

SUÁREZ DE FIGUEROA, CRISTÓBAL (1571 – 1639)

*VARIAS NOTICIAS IMPORTANTES LA HUMANA COMUNICACIÓN*

PRÓLOGO

VARIEDAD PRIMERA  
VARIEDAD SEGUNDA  
VARIEDAD TERCERA  
VARIEDAD CUARTA  
VARIEDAD QUINTA  
VARIEDAD SEXTA.  
VARIEDAD SÉTIMA  
VARIEDAD OCTAVA.  
VARIEDAD NONA.  
VARIEDAD DÉCIMA.  
VARIEDAD UNDÉCIMA.  
VARIEDAD DUODÉCIMA.  
VARIEDAD DECIMATERCIA.  
VARIEDAD DECIMACUARTA.  
VARIEDAD DECIMAQUINTA.  
VARIEDAD DECIMASEXTA.  
VARIEDAD DECIMASÉPTIMA.  
VARIEDAD DECIMAOCTAVA.  
VARIEDAD DECIMANONA.  
VARIEDAD VIGÉSIMA.

PRÓLOGO

SIENDO así, que es la vida milicia sobre la tierra, pasaje sobre la mar, conviene para su buen progreso ejercer las prevenciones que suelen para su acierto ambos símiles. ¿Quién ignora ser la guerra un epílogo de industrias, un concurso de estratagemas para evadir peligros, para conseguir vitorias? Pues la navegación, ¿qué apercibos, qué vigilancias no requiere, qué ministerios no solicita para escapar de tantas borrascas, para huir de tantos escollos? Así el hombre en el espacio vital, peregrinación ceñida de tanta miseria, para pasarla con menos, es necesario se valga de la ponderación de los ojos, de la advertencia de los oídos, como de pláticas centinelas, como de sagaces instrumentos. Poca noticia comunican las canas ociosas, y siempre residentes en un lugar. Parte se debe a los libros, si los revuelve ingenio vivo, si los medita maduro entendimiento: mas la mayor sin duda,

a la atención de las cosas, al escrutinio de muchos, diversos en calidades, opuestos en costumbres. En los negocios más arduos árbitro capacísimo es la prudencia, no menos discursiva en las dudas, que moderada en los afectos. Es de ver tras las alegaciones de varios accidentes, cuál deba ser el juicio en tan importante causa como la vida.

Incierta, y casi imposible de inquirir es la condición humana por las desigualdades de su inclinación, y ambages de su proceder. Hase de comparar la más conocida a una República libre, y sin alguna sujeción, por el don que posee del albedrío. No puede según esto ser una para con todos la manera de gobierno. El estilo que parecería a propósito con el flemático, tendría usado con el colérico, felicidad cortísima. Piden diferentes humores artificios diferentes, caso que se desee conservar la exterior conversación, y gozar no interpolada la interior quietud. Sólo se mantienen en un ser las leyes de la virtud, cuyos bienes en toda ocasión se descubren infalibles. Sobre tan fuerte columna solamente, como en propio centro reposan y hallan reformación las más desenfrenadas fantasías, los bríos más incorregibles. Por eso si no hay gozo que deje de faltar casi luego que se recibe, ¿en qué, si no en ella, séase cuanto se fuere superior y estimado lo pretendido, podrá poner el más ambicioso la esperanza de alguna prosperidad, que con toda brevedad no perezca? No hay cosa que justamente merezca atributo de ser, si todo como se ve padece continua mudanza. Esto se representa con más prontitud en el general teatro de la humana naturaleza, donde apenas en un instante suele volverse nada el sujeto más gallardo. Inconstante y veloz es en la misma la detención más firme. ¿Qué día, qué hora, qué punto pasa sin que se participe de algún dolor imprevisto, sin que se experimente alguna interna pasión? En la forma que no se conoce mar sin borrasca, ni guerra sin daño, así no hay grado sin perturbación, ni valor sin envidia: motivo para que siempre haya de qué dolerse y lamentarse. Sería pues efecto de Cristiana cordura señalar al hombre algún puerto en que pudiese resistir a tan diversos infortunios como por momentos le ciñen. Éste, si lo considero bien, consiste en la tranquilidad del ánimo, que se consigue por medio de modos compuestos. Eligiendo en tal conformidad este seguro camino, muchos de nuestros predecesores procedieron en el siglo que alcanzaron tan prudentes, y en todo tan ejemplares, que muriendo dejaron universal deseo de sí a todos los buenos.

Es mi intento, en la prosecución del presente volumen, confutando los errores del vicio, representar los aciertos de la virtud, unida a esta oposición ventilada, breve narración de vulgares historias, para común utilidad y recreación. Si por el exceso en variar es hermosa la naturaleza, por el mismo respeto confío no parecerán feas estas noticias. Ojalá hiciese tal título en el lector lo que la nobleza en el bien inclinado, que sólo se vale della para obrar dignamente. Serán los lazos de las materias que se fueren exponiendo principios asentados en el mundo desde su origen, y así como tan evidentes, poco necesitados de singular prueba, si ya no falta algún ciego que ose negar en el Sol permanentes resplandores. Los medios desta enseñanza se elegirán generales, por evitar los recelos de quien sin corregir sus malicias se muestra cuidadosísimo en todo género de mala interpretación. Aspiro, si no me engaño, a empresa no poco difícil en pretender esparcir discursos de tantas veras en siglo que tanto se deleita con los de burlas: mas el ejemplo de las monedas confirma mi determinación, y alienta mi desconfianza, donde la de vellón corriente por infinitas manos no quita su precio y estimación a las de plata y oro. Tanto más que en otros asuntos por mí hasta ora publicados, me reconozco a

mi patria deudor de copiosa cortesía, y de no menor generosidad, pues con el crecido interés que dellos ha resultado, he podido entretenerme tantos años en sitio de tantas obligaciones como la Corte. Así mientras su Majestad no me empleare en la continuación de su servicio, será forzoso no intermitir este linaje de ocupación, porque el talento no viva en ocio, ni corra el tiempo sin fruto. Hay algunos que con la hiel de sus entrañas procuran avenenar, deshacer y deslucir cuanto digno de alabanza con virtuoso sudor fabrica el más estudioso. Éstos por disimular su apasionada intención dan título de ajenos a los que son propios trabajos, aplicándoles nombre de mendigados fragmentos. De semejante idiota impugnación y pretendido menoscabo (aunque no me descuido, ni descuidaré jamás en la puntual merecida correspondencia, por ser defetos con tales la modestia y tolerancia) sólo esta vez debería ser la respuesta risa. Claro está conseguirán pública nota de malos los libros que de otros buenos, como suelen ciegos de guías, no participaren mucho. Poco se puede ofrecer que ya no se halle dicho, o por lo menos imaginado. Rózanse con unas materias mismas casi todos los escritores, en cuya conformidad avisa el común lenguaje: si quieres alcanzar lo que ha de ser, recorre a leer lo que ha sido. Con todo no se podrá negar ser artificio ingenioso explicar con curioso estilo las cosas más entre todos comunes y de la antigüedad más repetidas. Abrácese según esto, las advertencias que parecieren a propósito, sin embarazarse con la insuficiencia, o fragilidad de quien las propone, pues por humilde no merece ingratitud, ni ser correspondido con mengua el jardinero que de ajenas plantas coge y ofrece regaladas frutas. Mas no en la apuntada malquerencia consiste el más grave daño. Grandísima es la ignorancia de los más ostentativos, sea o por desproporcionada disposición, o por habituada flojedad. Raros son los que dedican algún tiempo a cualquier sabia lección, remisos y en toda ocasión olvidados de aprender y aprovechar. Es con seguridad, por más que lo contradiga la lengua más temeraria, el acto más valiente de la humana capacidad la organización de un libro con discreción ponderado, dispuesto con elegancia, y hermoñado con erudición, útil y deleitoso, cuyas partes con delgada maestría correspondan siempre a la perfección de un todo. Notable dificultad supone la resolución de seguir igual empleo, siendo escasísimo el número de los que cuerdamente obran algo por las imperfecciones y descuidos a que se halla sujeto el más acrisolado discurso, la más despierta imaginativa. Y aunque por la mayor parte los autores, como tan interesados, anhelan por inferir en las plantas de sus obras todo importante requisito, no siempre vemos logrados sus desvelos cuidadosos. Lo cierto es campea en casi innumerables modernos limitadísimo caudal de estudios para disponer con madurez lo que con celeridad piensan, careciendo de suave docilidad para enmendar los absurdos que como indoctos cometen. Irrisión vincula a su memoria y venganza previene a sus adversarios quien con inculto, si fertil natural (como campo productor de flores y espinas) engendra no bien formados hijos, y saca a luz mal castigados papeles: quien con apetencia de inmortalidad no planta en el distrito de las letras firme y proporcionado edificio. Cesan cuando la respiración, las diligencias de aplauso, las competencias en saber, y la siguiente posteridad remota en pasados odios, recta en presentes deliberaciones, pronunciará sentencia de opinión al paso que descubriere magisterio en lo heredado, Fue siempre ridículo deslumbramiento y efeto de necia arrogancia oponerse a la fortaleza del arte con flaco esfuerzo de novedad, que ni como verisímil recrea, ni enseña como erudita. ¡Oh insensata presunción, oh engañado pensamiento del que con imprudente satisfacción y aborrecible soberbia se enemista con la humildad, y se niega el

beneficio de ajena vista y censura! Yo pues asido a la inmunidad deste sagrado, suplico a los que con leerlos honraren estos borriones, no disculpen, sino castiguen cuanto notaren reprehensible en método y locución. El rigor será blandura, y gracia la corrección que con razón les aplicaren, pues podrán por su medio (ya resfriado el primer ardor) cobrar segunda vez mejor forma. Es fácil de conocer será esta protesta anticipada, esta debida resignación el verdadero recurso y el más seguro camino de su aprovechamiento, y no el de suplir las faltas con la bien afecta intención de quien con pasión los ama, y sin sazón los publica.

## VARIEDAD PRIMERA

VIDE la fachada deste suntuoso edificio, si no pomposo y dilatado, por lo menos algún breve elogio en aclamación de la verdadera gloria, y honor, y en su correspondencia, siquiera un rasguño de invectiva contra sus conocidas contrarias, soberbia y vanagloria; para que descubiertas las calidades de los dos bandos, ame, o aborrezca el Lector, al paso que viere persuadir, o disuadir esto, o aquello; pues si no tuviere vendados los ojos del discurso, es cierto arrojará el caudal de su afición, donde reconociere mayor concurso de méritos.

Es costumbre atribuir gran corazón al que generoso y magnánimo aspira a estados y riquezas, mas si se considerase bien el blanco en que ponen la mira los ambiciosos, sólo se descubriría en su intención, incentivos de aplauso, deseos de vanagloria para alimento de su soberbia. Naturales son al ánimo estas pasiones, y tan dañosas al alma, que si no se regulan con templados modos, y se fundan sobre la virtud, fuente del honor, producen peligrosos efetos. Los que quieren (decía Séneca) hacer elección de una vida feliz, no conviene sigan la manera de vivir que observa la mayor parte de los hombres, sino la de pocos. Esto se hace, cuando halla desprecio en la voluntad del honor aparente, la reputación mundana. La virtud sola juzga el sabio digna de su pensamiento, por ser quien puede llenar de verdadera felicidad, y gloria permanente. Hace (según Píndaro) grato todo sudor, sufrible toda fatiga el loor que se le sigue; puesto que como notó Cicerón, es propio de piedras no poner diferencia entre alabanza y vituperio. Mas sentimiento igual ha de tener por freno a la prudencia, para no conmovese de modo que rompa los límites de modestia. Este apetito de gran nombre es poderosísimo en los sujetos más templados. Corren a conseguirle los más detenidos, que parece nace asido al corazón semejante deseo. Por éste se apasionan, se ciegan, se precipitan: y es sin duda dignísimo de toda estimación, si los que le pretenden, fijan los ojos en lo interior, que es la sólida virtud, no en la corteza, que es el aura popular. Es justo huir la condición de Igión, que según poetas, se junto, pensando que con la diosa Juno, con una nube, de quien nacieron los Centauros. Los Romanos antiguos habían hecho erigir dos templos consecutivos, el uno dedicado a la virtud, y al honor el otro, mas de tal forma, que ninguno pudiese entrar en el del honor, sin que pasase primero por el de la virtud. Casi estoy por decir fueran ambos en este siglo poco frecuentados de las gentes. Terrible avenida de maldades se ha esparcido por el mundo. Ahogada se ve la vida humana de tantos excesos, de tantos crímenes: y así de sembrar vicios, ¿qué fruto espera coger sino vituperios? Por tanto los

buenos anteponen la pérdida del honor a la de la vida, a fin de lo entrar en el número de los que se contentan de una falsa idea en cambio de la misma cosa. La verdadera reputación consiste primero en bondad y justicia, después en guiar prudentemente las acciones humanas, según propia obligación, fundada en lo decente y honesto. Conviene no ignorar ser éstos los medios con que se adquiere el colmo de toda felicidad, con una duración estable, y para siempre firme. Por este camino solo se hacen los hombres sabios, justos, buenos, y por él se conducen a la mejor, y más excelente profesión que pueda hallarse, esto es, a la rectitud de la razón y del juicio; plenitud después de Dios, de la

naturaleza racional, y una disposición del alma consenciente y concordante consigo misma. La bondad pues, y reputación que procede de la sabiduría, y de la buena instrucción, es el primero grado para llegar al honor: puesto que dél como de viva fuente, sale todo lo que de virtuoso y loable obra en el hombre guiado de la prudencia: ya que, según afirma Cicerón, ninguno puede ser prudente sin ser bueno. Contraria parece esta opinión a la común que siente, bastar recibir honras de quien las puede conferir por bueno, o mal camino, para ser preferidos a cuantos no se hallaren constituidos en dignidad, aunque virtuosos. Persuádense para esto no deberse medir el honor sino sólo con la benevolencia y autoridad del Príncipe, asistiendo en su ánimo igual impresión, no obstante sean depravadas sus costumbres, y pésimas sus operaciones. Punto es éste que mereciera más larga ponderación, si despacio se considerara, cuán importante viene a ser al levantar hombres humildes, la consideración de sus partes. Resulta en no pequeño escándalo de la República la colocación de un indigno en alto puesto. Al nuevo Titulado, por más válido y facultoso que sea (cuando demérito) miran todos con desprecio particular, adquiriendo el valedor odios generales. Pues ¿qué si acierta a salir descortés, arrogante, soberbio?, entonces es imposible conservarse la fábrica de su aumento. Fuerza es que como fundada en falso caiga aceleradamente en tierra, llevando muchas veces tras sí (con peligro de perderse) la reputación del dueño, su buena opinión, su crédito. Errar en cosa tan clara es efecto de notable imprudencia: y así en tales aficiones conviene medir las mercedes con los sujetos; porque después empleos semejantes no vengán a salir infelices. Mas en el varón dotado de bondad ¿qué largo galardón no es corto? O ¿qué gracia de las gentes no se granjea con los premios que se le aplican? Propios de armas y letras son los más sublimes grados, o por lo menos de señalada virtud, o calidad ilustre: mas cuando el sujeto carece de todo, desdicha es grande admitirle al gobierno.

La gloria, dice Séneca, debe ser seguida, no deseada. Adquiérese con la grandeza del corazón, que mide todas las cosas con la conciencia, sin hacer cosa sin ostentación ni vanidad. El premio que en esta vida se debe esperar de toda buena obra, es el de haberla hecho, por quien el agente queda inmortal entre virtuosos. ¡Qué poco inquieta al bueno la murmuración del malo! Obra intrépido, sin poner la mira en el camino más cursado, ni en la usanza más común. No procura, según dicen, acomodarse con el tiempo, con temor de hallarse atrás. Antes ama quedar incógnito en la simplicidad propia, que hacerse lugar entre grandes con detrimento de su alma. Tiene el prudente por máxima temer el juicio y opinión de pocos sabios, no el de la ignorante muchedumbre. Así ejecuta sin recelo lo que le parece justo, estable en su deliberación, esento de todo peligro. Jamás le trasporta el amor propio, para incurrir en la nota de alabarse; vicio (según Aristóteles) más detestable que el mentir, de quien las más veces viene acompañado. Cuanto el hombre,

advierte Plutarco, posee más de razón por la Filosofía, tanto menos tiene de soberbia. Y los que no aspiran a más que a la virtud, sírvense de la ocasión y tiempo, haciendo caso sólo de la loa que proviene de maduro juicio, y del consentimiento de los mejores. Con todo juzgaría lícito el gloriarse de cosas con verdad bien hechas por ancianos de famoso crédito, para encender la juventud a su imitación. Tal Homero hace cuenta Néstor sus hazañas, para esforzar a Patroclo, y a otros nueve, con fin se elija la batalla de cuerpo cuerpo contra Héctor. Deste modo la exhortación hecha con la demostración de la obra, y el ejemplo con la pintura de la emulación incita maravillosamente, y ocasiona coraje, infundiendo esperanza de poder venir al fin de cosa que se juzga no ser del todo imposible. Mas en esto, como en todo lo demás, húyase con cuidado la arrogancia aborrecida de Dios, y de los hombres, causa de la corrupción y prevaricación de la humana naturaleza. La humildad y sumisión es más loable que el orgullo y desvanecimiento de las propias operaciones, aunque buenas. Por manera que observando el debido modo, conveniente y lícito es procurar con ánimo generoso fabricarse eterno monumento de heroicos hechos, a imitación de nuestros predecesores, amparo y esplendor de España patria nuestra, cuyos vitales cursos siguieron honrosas ocupaciones. Supo hacer esto admirablemente aquel osado y valiente Capitán Matatías, cuando no quiso obedecer a los tiránicos edictos de Antíoco, por quien se hallaba sojuzgada y destruida Jerusalén. Armado con cinco hijos que tenía, salió a campaña, y haciendo rostro desde una pobre aldea que le servía de habitación, llamaba los que querían seguirle, con fin de recobrar la amada libertad. Al cabo tras muchas vitorias, conseguidas gloriosamente, reconociéndose cercano al morir, exhortó a sus hijos a proseguir intrépidamente su justa y santa deliberación. Es cierto (les dijo) ser nuestros cuerpos mortales, y sujetos al común curso de los otros; mas la memoria de los hechos excelentes produce la inmortalidad, a quien quiero aspiréis de tal forma, que procediendo con suma animosidad, no sintáis la muerte.

Permitido será también, nos despierten los celos de buena gloria, como sea sin envidia del aumento de ajenos bienes, de quien nos serviremos como de estímulos en los sucesos de las cosas virtuosas. Sintiose herido desta suerte Temístocles, al entender una gran vitoria, habida por Milicíades en el llano de Maratón. Dijo por eso, inquietaba su reposo semejante nueva, queriendo inferir no concedería jamás paz a su ánimo, antes de haber con otro insigne acto excedido, o por lo menos igualado las alabanzas de Milicíades. Tito Flaminio Cónsul Romano, que libró la Grecia de servitud, y deshizo dos veces en batalla a Filipo Rey de Macedonia, se mostró también poseído deste deseo de gloria y honor. No con ser detractor de la honra y reputación ajena, sino con ser de naturaleza grande y generosa. Cuando podía poner la mano en los hechos más importantes, era el primero, hallándose de mejor gana con los que tenían necesidad de su ayuda, que con los de quien podía esperarla. Juzgaba éstos, cuanto al granjearse gloria, como sus competidores, y los otros como materia en que ejercitar la propia virtud. Indicio fue asimismo de juventud, prometedora de muchos y grandes progresos de sí, el dolerse Julio César al ver la estatua de Alejandro, por no haber en su edad imitado sus hazañas.

No sólo en nuestros tiempos, según proverbio, hincha la ciencia, sino cualquier menudencia, en que alguno sea práctico le desvanece, y altera en grado tan superior, que moriría por no caer en nota de insuficiente en aquello. Por ser un Indiano singular

flechero, habiéndole sido mandado tirase en presencia del grande Macedón, rehusó hacer prueba de su habilidad, de que irritado el Monarca, le condenó, si no obedecía, a muerte. Llevándole pues al suplicio, vuelto a uno de los que le conducían, dijo era verdad, había sido por el pasado diestro tirador; mas que por no seguir tiempo había semejante ejercicio, temía no se le hubiese olvidado, y que por eso le era más agradable el morir, que ponerse en ocasión de perder la reputación adquirida. Locos en extremo los que siguen este camino, siendo de mortales errar en las más estudiadas acciones. Mas prosiguiendo los ejemplos del menosprecio de vanagloria, y también los de algunos supeditados de increíble soberbia, Pompeyo el Magno dio notable indicio de no ser poseído de tal defeto. Tan lejos se halló deste contagio, que habiendo vencido, del todo, y preso a Tigrán Rey de Armenia, amó más restituirlo a su Reino, y coligarle con los Romanos, que retenerlo, y hacerse pompa de su calamidad, conduciéndolo en triunfo a Roma, como era costumbre. Desechando en esta conformidad aquel estimadísimo aplauso que solía resultar de la miserable ostentación de enemigos y despojos, afirmó este gran caballero, estimaba mucho más la gloria de muchos siglos, que la de un solo día. Al contrario del Tamborlán vitorioso severísimo con Bayaceto señor de Turcos, no obstante fuese nacido de humildes padres. Es ya sabido, gustaba teniéndolo por su prisionero, fuese conducido dentro de una jaula. Sustentábalo con las meajas que caían de su mesa, sirviéndose de su persona como de escabel, cuando subía a caballo. Mas Agatocles, aunque originado de un pobre alfaharero, supo valerse con diferente cordura de su grandeza, y mostrar el desprecio de aquel estado, sin olvidar la condición del primero. Éste habiendo sido por propia virtud electo Rey de Sicilia, quería se mezclasen de ordinario en su mesa vasos de barro entre los de oro y plata. Y para incitar a gloriosas empresas, advertía a quien le cortejaba, considerase cómo la perseverancia en las fatigas colocaba en eminentes grados, y era causa de que los vasos de tierra se volviesen de oro. Así cuando la fortuna levanta los hombres de ínfimo a sublime puesto, es justo no olvidar, granjea sólo infamia y vituperio quien en la grandeza se porta con soberbia y villanía, usando mal de su autoridad y favor. Jamás le nombran con el título que a despecho de la República posee, sino con el que le ministra su vil proceder y término. Mal haya quien te dio entrada en su voluntad, dicen todos, quien te ampara y favorece, pues emplea las fuerzas de su poder en el más asqueroso excremento, sin calidad, sin valor, sin virtud. Al opósito los que eligen la vía de la modestia, ni en su felicidad pierden de vista la moderación, adquieren de presente la gracia universal, y después loable y perpetua fama. Para que se entienda consiste la grandeza, el honor, la gloria en las virtudes de los hombres, no en las dignidades, en que se hallan constituidos. ¡Oh soberbia digna de indecible aborrecimiento! ¿qué cuerdo no te desecha, qué virtuoso no te abomina? Admira el estilo de casas grandes en razón de hacerse servir. De rodillas mandan, y permiten les hablen los criados. Amigo, seas cuanto quisieres noble o rico, ¿qué pretendes quede reservado para tu Hacedor? Ciego está, y no sé si diga prescito quien lo consiente. ¿De qué se ensoberbece el Cristiano, si los mayores Reyes tienen la misma condición de nacer y morir que los más miserables? Perdiera sin duda la hinchazón y orgullo el más alto en dignidad, si se acordara de la bajeza de su principio. ¿En qué fundas la elevación, lodo frágil, viva putrefacción, o cadáver vivo? Edificio mal seguro, ¿no te sientes desmoronar, no reconoces la flaqueza de tu ser? Breve ejercicio te fatiga, leve calentura te descolora, corto desvelo te descompone, accidente ligero te mata, importante, según esto, viene a ser tu idolatría. Pedía, cierto, pronto remedio tan

exorbitante escándalo, con imposición de grave pena para común escarmiento. Arrodióllase san Juan absorto con la hermosura del Ángel, y dícele el mismo, Alza, no hagas tal, consiervo tuyo soy; eso sólo se quede para Dios, universal dueño, en quien todas las cosas viven, se mueven, y son. Iguálanse los humanos, así en los primeros claustros que les señaló la naturaleza, como en el último paradero, que es el sepulcro. ¿Quién no condena el necio cuidado con que los mayores regatean la cortesía? Si han de dar silla, si han de mandar cubrir, si han de hablar por impersonal, por no encontrar con la dudosa merced, desvelos ignorantes, advertencias aborrecibles. Pregunto, impertinente receptor, ceremonioso vano, ¿qué te debe quien te busca, aunque te haya menester para algún expediente, si duerme y come en su casa, si en ella es tan señor como tú en la tuya? ¿Sabes que el odio que forjaste en su pecho, para abrir el tuyo, si pudiera, vituperando siempre tu nombre y proceder, por el disgusto que le diste? ¡Oh fuerza incomparable de la humildad! Los ojos lleva tras sí un frailecito descalzo, y el más altivo corre a postrarse a sus pies a besar su sayal. Cuán diferente del ricazo soberbio, del poderoso arrogante, que obliga a volver espalda, y a poner el sombrero sobre los ojos, juzgándole indigno de todo reconocimiento.

Herodes Agripa Rey de los Judíos, habiéndose alegrado fuera de modo, hinchándose, y desvaneciéndose, mientras desde el trono que ocupaba, advertía al pueblo le aclamase y dijese con altos gritos, ser su voz de Dios, no de hombre: fue herido del cielo al improviso, y sintiéndose roer, y consumir de gusanos, exclamó al mismo pueblo: Mirad cómo el que ahora llamábades Dios, muere con dolores increíbles. Diocleciano fue tan soberbio, que se intitulaba hermano del Sol, y de la Luna. En esta conformidad publicó un edicto, en que mandaba le besasen todos el pie, cuando sus predecesores daban la mano a los nobles, y a los del pueblo la rodilla; mas permitió Dios muriese rabiando. Demás de adquirir odio los soberbios, se hacen por momentos escarnecer y despreciar. El castigo que Filipo Rey de Macedonia dio a Menócrates médico, fue donoso. Éste por singular en su arte se hacía llamar Júpiter Salvador. De cuya arrogancia queriéndole castigar aquel buen Príncipe, le convidó a un espléndido banquete. Fue, y haciéndole sentar solo en una mesa aparte, se juzgó al principio no poco mejorado. Mas cuando vio le servían sin cesar en lugar de viandas humo de incienso, corrido y confuso, dejó sin hablar palabra el convite.

Finalmente la cortesía y agrado es fundamento de la sabiduría, y medio eficiente de toda tranquilidad. Así para llegar a ella debemos aprender, que quien considerare con los ojos del espíritu el estado de la naturaleza humana, la inestabilidad de su condición, la brevedad de la presente vida, sujeta a un súbito movimiento, es cierto no caerá en el precipicio de la soberbia. Desterrando pues todo impulso de presunción, y todo amor de vanidad, se debe buscar el honor, sólo por medio de la virtud, a quien siempre acompaña y sigue alabanza y gloria. Por tanto sin procurar ser loados de los hombres, es justo hacer cosas dignas de loor, con alegría de igualar, o exceder a los bien opinados, en razón de oficiosos, agradables y corteses, medios con que se eternizan virtuosamente los buenos. Es de ver, según el mediocre conocimiento, procedido de años, viajes, y experiencias, con qué tiento se puede poner la mira en este blanco, para no errar el tiro. Mas apuntemos en primer lugar de qué partes conste esta habitación terrestre, digna de ser antepuesta a otra cualquier narración, como atractivo albergue, y halagüeña estancia de vivientes.



Deleita en sumo grado la observante variedad de las cosas, desde que la humana memoria tuvo principio hasta la edad presente. Firmísimo es el palacio del hombre, criado sólo para su bien y uso. ¿Qué parte suya no publica omnipotente a su artífice, considerándole excelente en belleza, admirable en diversidad, singular en duración? Queda atónito quien escala la alteza de los cielos con las alas de la contemplación, al descubrirlos tan inmensos, y en sus contrarios movimientos tan sin reposo. Suspende toda imaginación la viva claridad, rara hermosura, y fuerza incomparable de Sol y Luna, reconociendo ser con su invariable curso, causa ya de la luz, ya de la sombra. ¿Qué discurso no impide el infinito número de estrellas, útil, y vistoso ornato de aquellos orbes? Por otra parte si se vuelven los ojos a la región elemental, no los deja menos admirados la firmeza y estabilidad de la tierra, murada de agua, que hacen juntas una masa redonda, punto indivisible, respeto del grandísimo, y apenas imaginable firmamento. Allí campea innumerable cantidad de flores, yerbas, plantas, y animales. Emúlense los tesoros ocultos de las minas, aspirando a la primacía de los metales las piedras, dignas de ser llamadas preciosas, por su forma, calidad, virtud. Pues ¿qué recreos no produce el perpetuo manar de las fuentes, el continuo correr de los ríos, y en general la perfección de tantas cosas, gobernadas por la providencia divina, que de todas tiene particular cuidado, siguiendo el orden que las dio al criarlas desde su principio? Por tanto, si bien era justo anteponer a cualquiera por particular asunto deste libro, para el fin que en él se pretende de instruir al hombre en tanta diversidad de objetos, comenzando por el cielo, que es lo más superior, se debe advertir ha recibido de Dios muchas excelencias entre las otras criaturas, siendo esférico, y teniendo en cada lado distantes del medio los extremos, que es la figura más perfecta. Diole asimismo conveniente circular movimiento, esento de las inconstancias y errores de las otras: mas esto no obstante, por tener cuerpo, no puede enteramente hallarse libre de mudanzas y alteraciones. Ocho esferas ponían en él los antiguos, descendiendo del firmamento por los siete Planetas. Observaron después otros la nona y décima. Afirmaban los nuevos Astrólogos dar vuelta al mundo la décima en veinte y cuatro horas, guiando de Oriente en Occidente: y por este raptó tan impetuoso y ligero llevar tras sí las otras inferiores, haciéndoles dar la misma vuelta en el mismo espacio, si bien contrarios éste sus propios movimientos, partiendo por la siniestra desde Occidente a Oriente. Decían era el giro de la nona, como más lenta de cuarenta y nueve mil años. Daban a la octava dos, uno de treinta y seis mil , y de siete mil otro. La de Saturno en treinta, la de Júpiter en doce, la de Marte en dos, la del Sol, Venus, y Mercurio en un año; el de la Luna en veinte y siete días y seis horas.

El tiempo fue ordenado de tal modo, con el cielo y estrellas, que habiendo tenido un mismo principio, tendrán igualmente un mismo fin, o una misma conservación. Los días, meses, años, y siglos, que no eran antes que fuesen criadas estrellas, y Cielo, comenzaron al punto que ellas: y por sus cursos fueron distintos y observados los números, esto es, la sucesión de los días a las noches por el movimiento cotidiano del firmamento. El mes, después que la Luna ha girado su cerco, llegando al Sol, el año ordinario cuando el Sol ha cumplido su curso: el año grande cuando los siete Planetas y las otras estrellas fijas vuelven a sus primeros asientos, representando la misma naturaleza que era al principio, con que se termina el ser y vida de las cosas, según la disposición de la materia de que se hallan compuestas, siendo la corrupción de una, causa sucesiva de la generación de otra. Así juzga Platón, sea alimento del mundo su misma consumación, subrogando siempre a

las viejas nuevas criaturas, sin que jamás falten las especies, que por este camino quedan como inmortales.

No obstante sea redondo el universo, ni haya en él alto, o bajo, diestro, o siniestro (no teniendo en sí parte diferente) respecto de nosotros decimos contener uno y otro. Es lo bajo, según Aristóteles, el Polo que se nos muestra, el que se esconde lo alto. El lado Oriental de quien procede el primer movimiento, dicese diestro; siniestro el Occidental, de quien se origina el contrario. Afirman pues, los Físicos y Astrólogos, descender de la parte superior cierta virtud, acompañada de luz y calor, llamada de algunos espíritu del universo; de otros naturaleza. Mézclase por medio la masa de su gran cuerpo, con que penetra, vivifica, y modera todas las cosas que debajo la Luna se hallan sujetas a variación. Ésta siendo de tal eficacia tiene su principio en el fuego y aire, que agitados de movimientos celestes, conmueven después el agua y la tierra, y por el consiguiente las naturalezas compuestas de estos cuatro elementos así de hombres, animales, aves, peces, como de yerbas, plantas, piedras, metales. De allí proceden diversas templanzas de individuos, inclinaciones de ingenios, costumbres, propiedades, vicios, virtudes, salud, enfermedad, vigor, flaqueza, largo, o breve término de vida. En fin concluyen, obedecer todo este inferior mundo al superior, ser gobernado por él, y del mismo depender en especial todos los sucesos. No ya que efectos tales provengan inviolable y necesariamente, dispuestos como por ley fatal: puesto que se pueden evitar con sabiduría, divertir con divinas plegarias, disminuir con humana prudencia, o moderarse con egregia educación. El Sol hace de todo prueba evidente, ilustrando todas las cosas con sus rayos. Con el nacer y morir constituye el día y la noche. Acercándose, o apartándose de nosotros, ocasiona continuamente la renovación de los años; y por la oblicuidad del Zodíaco (con ayuda de los doce Signos existentes en él, por los Solsticios y Equinoccios) distingue las cuatro estaciones, Primavera, Estío, Otoño, Invierno. Consiste en esto la graduación de muerte y vida, y en esto el cambiarse las cosas, interviniendo las primeras calidades, calor y frío, seco y húmedo, templadas para engendrar, destempladas para corromper.

En segundo lugar la Luna creciendo y menguando cada mes, dispone diversamente las humedades, sobre quien tiene dominio. Entre las otras maravillas, muestra su manifiesto poder sobre los flujos y reflujos en los Mares del Océano. Tras esto, las otras estrellas errantes, o más firmes engendran mutaciones en el aire, vientos, lluvias, truenos, nieves, o ardores; y con sus aspectos, eclipses, oposiciones, conjunciones, distancias y apariencias, producen grandes y diversos accidentes, generales y particulares, de guerras, hambres, pestes, de inundaciones, o sequedades, según la correspondencia de las partes de Cielo y tierra, la disposición de la materia que encuentran, y la diversidad de los tiempos que obran. Son los elementos en el universo como materia y los cuerpos celestes, y las inteligencias como causas eficientes: puesto que por la luz y calor que dellas procede prestan movimiento a las cosas inferiores. Débense con todo referir a la octava y nona Esfera, las alteraciones más raras, como la de dominios; procediendo éstas de su variable movimiento (llamado de trepidación) ya de Oriente, ya de Occidente, ya de Mediodía, ya de Setentrión.

Los grandes sucesos del mundo juzgaban los Caldeos, Persianos, Egipcios, y antiguos Griegos, por los eclipses de Sol, y Luna, y por las estrellas que miraban los lugares de los

mismos. En suma, toda mutación consiste en la causa movente, y en la materia prima. La causa movente es de dos maneras, una del motor primero, inmóvil; la otra del motor móvil, por cuya influencia y virtud (siempre dominando la divina providencia) los viejos individuos son al mundo sensible incesantemente restaurados por medio de la generación, haciéndose la materia prima sujeta a todos los movimientos de la misma perpetuidad.

La mutación de la parte inferior del mundo, consiste principalmente en los cuatro elementos de quien es compuesto. La mudanza de éstos es continua, tanto entre sí juntos, cuanto en cada uno aparte. Cuando se congela el agua parece piedra; espíritu cuando evapora. El aire abrasado se hace fuego, el fuego engruesecido aire. El aire denso se resuelve en nieblas y nubes, de quien procede el agua. De forma, que por giro y vecindad se comunican ambos una generación perpetua. Así respecto de no detenerse en un mismo estado, es difícil poder discernir uno de otro. Según esto, no se dirá ser la madre y receptáculo deste mundo inferior la tierra, el aire, el fuego, o el agua. Llamarse pues una especie invisible y mixta, sin forma alguna, capaz de toda cosa, que sólo se puede comprender por inteligencia, fuera de la noticia de los sentidos. En esta conformidad se puede decir, ser el fuego una parte della encendida, el agua otra húmeda: lo propio del aire y tierra, según que la misma recibe sus formas, sufriendo las demás pasiones, por quien parece ser uniforme. Mas respecto de no tener fuerzas, ni facultad semejante, ni del mismo peso, no retiene igualdad; antes desigualmente es conmovida de estos géneros. Por igual prosecución son de una y otra parte llevados y distinguidos los unos de los otros por especie y calidad, conservando el orden que les fue puesto, para que por la coherencia de los cuerpos diferentes, no se hallase en la confusión que tenía el mundo antes de su constitución.

Estos cuatro elementos así en naturaleza y calidad diferentes y contrarios entre sí, se hallan unidos con tal proporción, que los ligeros por los graves son detenidos para que no suban. Al opósito a fin que los graves no caigan, son por los ligeros, que a lo alto inclinan, sustentados; quedando por su esfuerzo iguales en su diversidad, y constreñidos en sus lugares por el perpetuo revolver del mundo. Éste girando siempre en sí mismo tiene en medio contrapesada la tierra, como más baja de todos. También ella los otros elementos contrapesa teniéndola suspendida; en torno de quien está estendida el agua: después sobre ambas, el aire, haciendo los tres solo un globo. El fuego en lo más alto situado entre el Cielo y el aire, es puro por la parte que toca los cuerpos celestes; mas impuro por donde se llega al aire, recibiendo mutaciones en diversas formas. Y aunque por lo más superior no tenga cosa que lo pueda corromper, quedando en su natural centro apto a su conservación: con todo no perseveran sus partes siempre en su pureza, por la deformidad del movimiento, que lo muda y revuelve, abatiéndolas hacia el aire hasta la tierra, donde se corrompen y desvanecen. Hállase asimismo el aire diversificado por los otros a quien se avecina, dividiéndose en tres partes, alta, baja, y media. Acércase la alta al fuego, y a los movimientos celestes, siendo por esta vecindad sutilísimo. Por la baja, a la tierra, que le hace grueso, y por la media templado, si bien más frío que en una y otra. Siendo así que la superior participa del calor de las estrellas, la inferior viene a ser templada por los vapores del suelo, por la reverberación de los rayos del sol, por los fuegos artificiales usados entre los hombres, y por los naturales escondidos en la tierra:

ocasión de que la media, remota de las dos extremidades, persevere en su frialdad. Por tanto hallándose el aire dispuesto en esta forma, es por la mayor parte vario, inconstante, mudable cerca de la tierra, en particular, donde obra y padece, según los varios sitios de lugares, aspectos y cursos de estrellas. Éstos por su orto y ocaso contrarios, conmueven las exhalaciones y vapores, de quien proceden nieblas, nubes, granizos, relámpagos, truenos, rayos, y otras calamidades. Por esta razón los vientos revolviéndose entre sí desigualmente, soplan unos contra otros, siendo ya suaves, ya impetuosos. Mueve Júpiter los Setentrionales, los Orientales el Sol, Marte los de Mediodía, y los de Occidente la Luna. Otros dicen ser movidos de las cuatro triplicidades de los doce signos del Zodíaco, conmoviendo los tres de calidad caliente y seca al viento de la parte de Oriente, bajo de la línea Equinocial, que Oest, a saber, viento de Levante se llama. Los tres de fría y seca al de Mediodía, que sale bajo del Polo Antártico con nombre de Sur, esto es Meridional, o sea Ostro. Los tres cálidos y húmedos al de Occidente, asimismo bajo de la línea Equinocial, dicho Oeste, que suena Poniente, o Céfiro. Los otros de calidad húmeda y fría impelen al que nace debajo el polo Ártico, llamado Norte, Tramontana, o Aquilón. Tienen todos las propiedades diferentes, según las partes de donde vienen, y los lugares por donde pasan. Asisten a los cuatro principales, por colaterales otros cuatro, llamándose los ocho, enteros, entre quien se meten otros ocho medios, y también otros seis cuartos de medios, con que es conducida toda navegación.

El agua sobre que se navega, siendo al aire contigua, no padece menos variedad que el mismo, formando ambos juntos un globo. Así como la tierra siendo por su naturaleza seca, no puede subsistir sin humor, así el agua sin su arrimo, no tendría sobre qué contenerse. Por eso fueron unidas de tal forma, que abriendo la tierra sus venas y conductos, recibe el licor de la que le sirve dentro y fuera como de lazos y ataduras. Toda agua por movimiento propio decae de alto; mas en el Océano circuyendo la tierra, se reconocen tres. Uno de Oriente a Occidente: otro de Setentrion a Mediodía: y el último de su cotidiano flujo y reflujo, que de seis en seis horas crece y se dilata, y después descrece y se retira. Del primero es causa el que todos los días hace el firmamento, por cuyo ímpetu son conmovidas todas las esferas, con parte del fuego y aire. Procede el de Setentrion a Mediodía de ser el mar más alto en el primero que en el segundo, atento produce el frío de Setentrion más agua que podría contener el mar en la distancia, espacio y alteza de sus riberas. Al contrario de la que se halla al Mediodía, a quien consume el calor del Sol. De suerte que la una parte del agua Setentrional impele la otra hacia el lado más bajo, y por eso se mueve accidentalmente del lugar de su generación. El tercero sigue las revoluciones de la Luna, que siempre creciendo y menguando aparece, ya con puntas, ya medio redonda, ya llena. Por eso siendo tan varia en sí, no es maravilla lo sean los flujos y reflujos, que principalmente suceden por su respeto.

En la tierra también no se halla cosa perpetua. Tal vez copia de licor, como preso impetuoso, desboca, y una parte cubre, y tal es visto retirarse. Aquí se secan ríos y fuentes, y allí otros manan y brotan. Los llanos se vuelven lagunas, o cobran forma de yermos. Otros de bosques, labrados se hacen fértiles terrenos, y no pocos de fecundos estériles. Los montes se allanan, levántanse las llanuras. Tráganse los terremotos algunos lugares, o los abrasa el fuego. Descansa la heredad, después de ser con demasía cultivada, y con reposo y beneficio cobra nuevo vigor. Tras envejecerse en largo espacio la tierra,

ya que no en el todo, a lo menos en sus partes, se renueva y remoza. Vemos todos los años del modo que por primavera, rociada de apacibles lluvias, conmovida de blandos vientos, caliente con moderación, echa fuera las semillas de todas las cosas que tenía encerradas en el seno. Los árboles, que al parecer carecían de vida, brotan hojas, flores, frutos. Reverdecen las selvas, y en sus ramas y troncos anidan pájaros, que deseosos de generación, a porfía cantan dulcemente. Señálase entre todos el ruiseñor, formando contrapuntos sobre las otras voces. Ninguna sabe imitar aquella melodía tan sabrosa, aquella entonación tan perfeta, aquellas fugas tan suaves. ¿Qué arte no cede a los pasos de su garganta tan concertados? Ya sube, ya baja, ya se encumbra. Hace quiebros admirables, y en compases espaciosos, forma elevaciones que suspenden. Apenas se oye regalar el cielo con la voz, cuando con suma velocidad la abate y despeña. Con brevedad toda cosa nace, toda cosa crece, se adorna y engalana. Tales son las delicias de la primavera; mas prosiguiendo las mudanzas de las estaciones, se sigue el estío. De su ardiente rigor apenas hay vida de planta que escape. Desfallece la tierra, que lánguida ve hacer por instantes destrozos en su verde hermosura. Ni bien con su templanza y lluvias parece intenta el otoño resucitar lo estinto, reverdecer lo agostado, cuando el invierno comienza a escupir en su rostro nuevos agravios, llenando sus horizontes de tristeza, de horror, de frío. ¿Qué nieves no se atreven a marchitar sus verdes? ¿Qué lodos no procuran desfigurar sus bellezas? con largas horas ceñidas de escuridad casi perpetua. Por puntos en fin la fatigamos, instigados más de satisfacer apetitos, que te solicitar alimentos. Y sería con todo tolerable lo que la misma padece en la superficie, si la codicia no penetrase y revolviese sus entrañas, a fin de hallar oro, plata, cobre, sin otros metales y piedras de fábrica y preciosas. Ni sólo es oprimida de los hombres, sino parece han conspirado en su ruina los demás elementos, principalmente el cielo, cuya intemperie impide y quita no pequeña parte de su virtud. ¿No debía bastar al mar circuir, y tener cubiertos tan grandes espacios de su cuerpo, sin estenderse por lo interior con tantos golfos, unos de otros tan poco distantes, rompiendo montes, y abriendo quiebras, como si para su extensión fuese breve su largo término? Sin esto, ¿qué disminución no le causan tantos ríos, tantos lagos que se descubren en su medio, tantos manantiales y arroyos, tantos torrentes repentinos? El aire la conmueve, haciéndola perder su verdadera propiedad, que es de ser inmóvil, derribando no sólo casas y árboles, sino sepultando con terremotos ciudades, provincias y naciones. Demás, el fuego siendo tan fértil, que de sí mismo se procrea, y de menudas centellas crece, volviéndose a menudo impetuoso y grande, la abrasa en muchos lugares. Parecerá pues maravilla no haya quedado ya deshecha y consumida, hallándose por tantas partes tan contrastada: mas tan lejos se ve por estas causas de semejante ruina, que antes para su conservación le prestan ayuda tales infortunios. Ya que los terremotos, por las quiebras que hacen, dan salida a los vientos corruptos, que encerrados en su interior, ocasionan temblores. Las inundaciones limpian sus excrementos; los fuegos la purgan de superfluidades; los hielos moderan su ardor.

En esta forma la tierra, y otra cualquiera cosa del universo es por contrarios templada y conservada. Por eso, no sin ocasión apetece los mismos tanto la naturaleza, formando dellos toda congruencia y hermosura.

Este temperamento es causa de que las cosas, antes diversas y diferentes, juntas, convengan y concuerden, para establecer, entretener, y hermosear ésta o aquélla,

uniéndose la contrariedad, y la enemistad amigándose. Decía, según esto, Heráclito, ser la guerra y la concordia padre y madre de todo, afirmando Homero, ofendía la naturaleza quien condenaba las contenciones. Mas en tal junta, la unión debe sobrepasar las contrariedades; porque de otra suerte se resolvería el particular, separándose los principios. Así en el cielo conservan lo criado contrarios movimientos. Venus asiste cerca de Marte a fin de corregir su impetuosidad, de suyo corruptible; Júpiter cerca de Saturno, para mitigar su malicia. Así el mundo inferior, compuesto de elementos contrarios, se mantiene por la proporción que tienen juntos. Las naturalezas que se hacen dellos, se conservan por la templanza de calidad diferente. Hállanse en el cuerpo del universo tierra, agua, aire, fuego, sol, Luna, y otras estrellas. Concurren materia, forma, privación, simplicidad, mistión, sustancia, cantidad, calidad, acción, pasión, y en esta conformidad se pudieran alegar innumerables símiles de todas artes y ciencias: ya que sólo pueden ser bien enseñanzas por conferencias de contrarios, considerando uno dellos principalmente, y por amor del uno accidentalmente el otro, a fin de guardarse: como la medicina, que por accidente trata la enfermedad, para evitándola, poder entretener mejor la salud. La Ética y Política no sólo dan a entender lo honesto, lo justo y útil, sino también lo deshonesto, lo injusto y dañoso. Deriváanse de aquí las comúnmente llamadas antipatías, puestas por la naturaleza en todas cosas, así animadas como inanimadas.

En este teatro tan ceñido de contrarios, tan adornado de opuestos, veen recíprocamente los mortales representar sus acciones. Al título deste libro querría pues, se debiese (oficio propio de noticias) la elección y hábito de lo bueno, el conocimiento y exclusión de lo malo. Para conseguir este intento, es bien se proponga, cuáles deban ser las partes y requisitos de un varón digno de alabanza. Luego las asechanzas que suelen poner los vicios a las virtudes, y de qué modo profesando éstas, se deben evitar aquéllos. Y aunque se suele juzgar más dulce la paz tras la guerra, y más suave tras la tormenta la bonanza, sea lo mejor esta vez, larga paz, armada para inopinada guerra, durable tranquilidad prevenida para contingente borrasca.

La noticia de sí mismo se encargaba en Delfos al hombre, y aunque la advertencia es comúnmente aplicada al examen de los defetos, se puede no sin propiedad adaptar a su excelencia, y perfección, digno por ella de ser no sólo servido del resto de los animales, sino también asistido de los Ángeles. Hízolo en fin Dios a su semejanza, coronándolo de gloria y honor. ¡Oh gran caudillo en la naturaleza, justo, santo y bueno fuiste criado; ojalá los efectos de tu ser correspondieran a los sumos beneficios de tu creación! Sócrates fue el primero, que ocupado al improviso de un profundo pensamiento, y arrebatado en alta contemplación, comenzó a examinarse a sí mismo. Para esto despreciando el camino que seguían todos los Filósofos de su tiempo (que sólo ponían estudio en inquirir las causas de las cosas naturales, y en disputar curiosamente dellas) se dio todo al conocimiento de sí, por venir a la inteligencia del alma, y a tratar de sus virtudes y bien supremo. Abriósele por este medio la puerta de la sabiduría, en que salió tan aprovechado, que tras la sentencia del Oráculo Delfico, fue llamado en general el sabio, el justo, el Príncipe de los Filósofos, y el padre de la Filosofía. Y es cierto, sacaron de sus palabras (escritas por sus discípulos) los demás que filosofaron, cuantos tesoros y flores se descubren en los campos y jardines de sus libros. Blasonando Heráclito de haber hecho una cosa señalada y digna de quien era, dijo haberse buscado a sí. Este principio es por extremo necesario al

hombre, como guía para encaminarse al verdadero conocimiento de Dios, don divino y particular de sus escogidos. Lo mismo enseñó Sócrates, advirtiéndolo, ser la obligación de quien discurre buscar las razones de las cosas hasta hallar la razón divina por quien fueron hechas, para que habiéndola hallado, la adore y sirva. Propio oficio del sabio, ponderaba Platón, era conocer en primer lugar su misma naturaleza: después contemplar la divinidad, y finalmente poner sudor en las cosas que pueden ser más útiles a los vivientes. La ignorancia de sí, dice Lactancio, y el no saber por qué, ni para qué haya nacido el hombre, es ocasión de errores y males, y de dejar el camino derecho, por seguir el torcido: es causa de huir la vía llana y fácil, y de caminar por penosas sendas, o ásperas montañas; errando lejos de la luz entre tinieblas. Si se tiene por vergüenza ignorar las cosas que pertenecen a la vida humana, ¿cuánto mayor lo será la falta de nuestro conocimiento? Fue pues, esta criatura compuesta de alma y cuerpo; alma inspirada por Dios con espíritu y vida; y cuerpo de excelente proporción natural. Recibió forma de la potencia divina, habiendo recibido su ser del eterno Hacedor del universo. Quisiera criar por su bondad incomprehensible, para que participase de su inmortalidad y felicidad permanente, sólo a fin de dar gloria a su propio Criador, y para hablar y hacer cosas que fuesen gratas al mismo, en reconocimiento de sus innumerables beneficios. De cuyo fin habiendo el hombre caído de su libre voluntad, por su ingratitud, y su inobediencia, fue despojado de los ornamentos y gracias, que de Dios había primero recibido. Por tanto, todas las maldades, impurezas y malicias entraron en lugar de la justicia y santidad, habiéndose hecho siervo del pecado y de la muerte. De aquí tuvieron principio todas las perturbaciones de que hoy se halla su vida rodeada, teniendo el alma ceñida de muchas pasiones molestas que le causan perpetua guerra; y el cuerpo sujeto a innumerables trabajos. De aquí procedió el llanto de Heráclito, movido a compasión de la humana naturaleza, tan combatida de violentas disposiciones, tan contrastada de inevitables miserias. De aquí la risa de Demócrito, al considerar la inconstancia de sus obras, la incerteza de sus acciones. Homero tras haber hecho comparación de los animales, de uno a otro, tanto en la industria, cuanto en el entretenimiento de su vida, exclamó, ninguno haber de todos los que caminan sobre la tierra tan miserable como el hombre. Deste aviso y noticia resultaron las horcas, que Timón Ateniense ofrecía sus ciudadanos, a fin de abreviar el vital curso, no sin haberle algunos dado crédito. Plinio tratando de los grandes infortunios con que nace el mortal, afirmó no debía nacer, o serle mejor morir en naciendo. Era costumbre entre Citas llorar al nacer los hijos, y alegrarse con solenes fiestas al morir los parientes. Mas yo con paz de tan insignes Filósofos, faltos del entero conocimiento de Dios, y del culto y religión verdadera, refuto sus opiniones, por tener sólo por fundamento discursos débiles con que pretendieron aniquilar el género humano. Ni admito el arrojado parecer de otros, que quisieron conducir el hombre a la consideración de su dignidad, como dotado de gracias excelentes. Persuadíanle, poder llegar con la viveza de su entendimiento hasta la inteligencia perfecta de los secretos mayores. Añadían, poderse hacer por sí mismo con el estudio de la Filosofía (siguiendo su naturaleza) dueño de todas las malas perturbaciones, aspirando con privarse dellas, a una suma virtud, y así libre de todos vicios, pasar una vida no menos feliz que perfecta. Esto han enseñado y mantenido vanamente los Estoicos, diciendo, se volvería quien siguiese su doctrina por la tarde varón virtuoso si fuese vicioso por la mañana. Y si a dormir fuese ignorante, rústico y pobre, se levantaría sabio, discreto y rico. Zenón, Séneca, Diógenes, Crisipo y muchos más (colmados en otros particulares de frutuosisima

doctrina) fueron desta opinión. Crisipo hacía igual en virtud a Dión con el mismo Júpiter, a quien atribuían la perfecta divinidad. Jatose también Séneca, de tener la vida por beneficio del Cielo, mas por sí el hábito de vivir bien. Por este camino queriendo conceder a la potencia del hombre, disposición excelente y divina, dieron motivo para elevarse en tan vana presunción, orgullo y confianza de sí, y de su propia virtud, que era forzoso fuese causa de su total perdición.

Siguiendo pues el medio entre estas dos contrarias opiniones, así como en la mediocridad se halla toda perfección, y prosiguiendo lo que se comenzó a decir del hombre, afirmo ser sumamente necesario el conocimiento de sí mismo, teniendo quien se llega bien a él, bastante ocasión para humillarse y gloriarse a un tiempo. Para humillarse primeramente, reconociendo su vanidad, malicia, y corrupción, en que se debe odiar, y desplacer, por ver esculpida en su conciencia su ruina y condenación. Gloriarse después en el conocimiento de Dios (que sigue inseparablemente el otro) sabiendo fue el Criador del mundo quien halló su origen, quien concertó y trabó sus miembros, quien le dio espíritu, alma, y vida, y en suma, quien formó su nacimiento. Podrá según esto, en lo que no alcanzare recorrer a la misericordia divina, con seguridad de no ser excluido, pues no en balde fue su artífice quien es todo poderoso, todo puro, todo sabio. Antes es verdad asentada, haberle criado para hacerle partícipe de su gloria, dándole para ascender a ella desde el principio por guía, la Piedad, la Santidad, la Religión. La Piedad, para que conozca por ella tener a Dios por padre; la Santidad para rendirle sin cesar gloria; la Religión para entretenerle en continua meditación de su gracia y buenas obras, sirviéndole con vínculo indisoluble, como a su Criador. Mas nuestro padre primero, no menos ingrato que inobediente, dejando estas lumbres divinas, por seguir su propia y libre voluntad (como si con tal desvío pudiera desenvolver muchas maravillas y secretos) privó a sí, y a todos sus descendientes de la promesa que se le hizo de la eterna vida. De suerte, que por la prevaricación y malicia de su pecado, habiendo muerto a aquel vivir inocente y felicísimo, comenzó a vivir una vida mortal, sujetando su cuerpo y alma a enfermedades dañosas, a miserias infinitas, y sobre todo a la condenación de eterna muerte. Dios todavía sin fin bueno y piadoso quiso reconciliar y asegurar de la sucesión paterna de su herencia inmortal a los que le agradó hacer por gracia muertos al pecado, y vivientes en él. Para esto admitió su ira satisfacción con la inocencia de su hijo, mundificándolos el caudal de su sangre preciosa, con que les abrió las puertas del Cielo, habiéndolos renovado en justicia, inocencia y santidad para abrazar la piedad y religión. Y conociendo podría el hombre, como tan frágil y débil, lisiarse fácilmente debajo el grave peso de las calamidades a que la corrupción de su naturaleza le sujetaba, y donde se detenía durante esta vida mortal por el pecado hereditario: también sabiendo con certeza, serían las furiosas y continuas pasiones, internadas y asidas en su alma, conjuntas a la indisposiciones comunes del cuerpo, grandemente poderosas para abatirle, y conducirle otra vez a precipicio, quiso esta divina misericordia quedase de nuevo en el espíritu del hombre una centella de claridad, que con natural amor lo impeliese a la verdad y al deseo de inquirirla. Ni sólo esto, sino que le compungiese y estimulase a no detenerse un punto en sus vicios. Este débil instinto, movido, ayudado, y dispuesto por la gracia, virtud, y fuerza del Autor de todo bien, incita y conmueve al Cristiano, reengendrado por el divino espíritu, después de haberse conocido, para aborrecer lo que en sí tiene, y para desear el bien y la justicia de que se halla vacío, y la libertad gloriosa de que se privó. De forma,



que ayudando la misma divina gracia, este santo deseo, le enciende en la doctrina de las Escrituras sagradas, que si bien del todo no puede remediar sus viciosas inclinaciones, por lo menos le contiene y reprime, para que no se encaminen a algún dañoso efecto. Por otra parte, le enseñan a recibir las enfermedades de la carne por paterno castigo de sus pecados, y medio necesario para domarla y tenerla en freno. Muéstranle asimismo por el cumplimiento de la felicidad mundana, cómo pueda gozar de una vida pacífica, alimentada con la contemplación de las obras admirables de la Divinidad, a quien debe aplicar toda adoración y honra. Demás, con la emienda y corrección de sus costumbres (naturalmente corruptas) deprender a reglarse, según el modelo de la virtud, haciéndose digno del gobierno de las cosas humanas para provecho de muchos. Por el consiguiente podrá por este camino llegar a la perfección del sabio, juntando la vida activa a la contemplativa, con cierta esperanza de una segunda vida inmortal y felicísima.

Pueden principalmente para esta institución y estímulo servir los preceptos de grandes Filósofos, con los ejemplos (que son vivas razones) de su proceder, y de tantos famosos personajes, como la historia, madre de la antigüedad, admira, y hace resplandecer. Mas justo es proseguir la arquitectura deste pequeño mundo, deste individuo del hombre, antes de ponerle en estado que pueda dar principio al consorcio y comunicación de los demás vivientes.

## VARIEDAD SEGUNDA

HÁLLANSE cuerpo y alma por naturaleza de tal forma conjuntos y ligados, que sólo la muerte los puede separar. Por tanto con notable presteza desvanece de nuestros ojos, y cobra nombre de nada todo cuanto vemos en el hombre. ¡Oh estraña miseria!, ¿no bastaba (exclama un moderno) nos recibiese el mundo en cárcel tan horrible, sin que comenzásemos a vivir tan cerca del morir, que fuese el principio de la vida las disposiciones más cercanas de la muerte? Vuélvese en fin lo terrestre a la masa de quien salió, conforme al dicho de Aristóteles, se resuelve todo en lo de que fue compuesto, partiendo lo invisible y espiritual a la inmortalidad eterna, donde le fue dado su ser. Maravillosa sin duda en la naturaleza es esta unión y lazo. Antes, según muchos Filósofos muestra ser contra la misma: puesto que el alma ligera por sí, es detenida dentro de cuerpo de suyo pesado. Ella, con calidad de fuego celeste dentro de quien es frío y terreno, lo invisible dentro de lo palpable; y lo inmortal encerrado en los límites de lo mortal y caduco. Mas ¿qué mucho si no hay sentido, ni imaginación humana que pueda comprender la razón de los hechos de aquel soberbio Artífice del universo? ¿A qué sabio por más que presuma de sutil, no deja confundido fábrica tan artificiosa? O ¿a quién la escuridad del caso no hace embotar los filos, andar a tienta, o dar de ojos?

El tiempo que dura esta unión, es fuerza que así como todo lo que tiene movimiento en el Globo universal, viene a ser mantenido por concordante discordia, así también haya entre alma y cuerpo cierta armonía, que en medio de su continua contrariedad, de la ayuda del uno, se sustente el otro. El obedecer tal vez lo espiritual a lo que es de masa corruptible, nace de la flaqueza de nuestro ser, y de su imperfección. Porque según Sócrates, a

proceder como Filósofos verdaderos, jamás nos conformaríamos con nosotros, antes sin cesar nos mostraríamos repugnantes.

Es el cuerpo (hablando en general de las cosas que le tienen) quien se puede, ocupando lugar, mensurar, y dividir en tres sentidos, longitud, latitud, y profundidad. Éste dice Plutarco, ni es pesado, ni ligero, estando en su natural centro, mas en el estraño inclina a graveza. El de que nos toca tratar al presente, diremos ser carne, cuyo afecto es muerte, y sus operaciones violencias, lascivias, enemistades y ofensas. Hallándose compuesto de materia corruptible, es poco durable, como suele vaso de tierra.

Por otra parte, no es justo despreciar la admirable composición desta celeste planta. Antes en ella como en pequeño mundo, podemos contemplar la excelencia de las obras maravillosas de Dios, con tan grande exceso, que los más sabios y elocuentes las pudieran celebrar jamás cumplidamente. Ni ocurriéndonos del modo que le fabricó desde el principio con su omnipotencia de un poco de barro, será menester detenernos en inquirir, cómo destroncada la masa primera, y encerrada en el retrete que le señaló la naturaleza, de materia tan informe y pequeña se pueda engendrar sujeto tan bien formado, sin tener en sí partes diferentes en color, ni en sustancia, cómo alimentarse, recibir ayuda, y salir a luz. Finalmente, cómo los seis primeros días después de la concepción, no es otra cosa que leche, los nueve siguientes sangre; y carne los otros doce. Cómo en los deciocho que se siguen, quede figurado; habiendo (según pondera delgadamente un autor) no sé qué mano divina, ausente, o muerto el padre, dormida, o descuidada la madre, endurecido parte y formado della, aquí la canilla para el brazo, allí el casco para la cabeza; amasando otra parte para el cerebro, otra para el corazón, con tantos vínculos y ligaduras. Comienza pues a vivir el fruto, y a tener sentimiento al día cuarenta y cinco después de haberse concebido. Obra por cierto rarísima, y tanto más admirable quanto más común: ya que no se aprovecha para engrandecerse, como otras maravillas, de la novedad. Secretos que pudieran parecer tanto más incomprendibles al sentido más despierto, quanto su primera creación. Si no pregunto, ¿cuál mayor prodigio que llegar a engendrarse de una pequeña gota de la humana simiente huesos, venas, nervios, arterias, partes similares, disimilares, y orgánicas, piel y carne, formándose en las especies las figuras y semblantes que vemos de continuo en los hombres? Por tanto ¿qué anatomía se podría hacer de todas las partes excelentes del cuerpo humano, si es suficiente la consideración de la mínima para dejarnos no menos absortos que confusos? Nada en él se halla superfluo, nada sobrado: ni hay partecilla sin quien pueda pasar lo más noble cómodamente. No se vee cuando más se mire con atención, en toda su naturaleza cosa que no participe y rinda útilmente aquello para que nació y fue destinada: que no se nueva por sí, haga y sufra; según le es más a propósito y conveniente, respeto de su mejoría, y del resto del principal edificio. El progreso y aumento de día en día, de hora en hora en un mismo punto de cualquier parte y todas juntas, desde el instante de su ser, hasta el de su entera perfección, sin duda son asombros más divinos que humanos. ¿Hay debajo del Cielo cosa más admirable que los sentidos naturales, conjuntos y sujetos a la cabeza? La vista, el olfato, el oído, el gusto, el tacto, por quien dijo Platón: El sentido común, que es como un receptáculo universal, conoce todas las cosas esternas. Aquella excelente propiedad de echar de sí una superfluidad útil de su nutrimento, de quien procede la causa de la conservación del género humano, ¿no infunde admiración inaudita? La voz articulada a él

solo particular, ¿no es digna de grande ponderación? ¿Cuál mayor secreto de naturaleza puede más bien robar toda imaginación para dejarla atónita, como considerar en la infinita muchedumbre de los hombres, la variedad de sus rostros, la diferencia de sus fisionomías, tan distantes de parecerse con derivarse de una misma forma? Hace crecer más la maravilla ver que teniendo todos lengua con que hablar y cantar, jamás semeje la habla y canto de uno al de otro; de donde procede, conocerse a menudo por la voz antes que se vean los amigos y familiares. Singular cosa es por el consiguiente la de la mano, pues si cien mil escriben una cosa misma con una misma pluma, tinta y veinte y tres letras, se diferencian todos en la forma, quedando por ella conocido el dueño.

¿Qué cosa pues de las que residen en el cuerpo del hombre no se descubre colmada de rara belleza, de vivo resplandor? Y con ser esto así le excede el alma en nobleza grandemente. Infúndesela Dios su Criador, con sólo su poder y virtud, cuando ya los miembros se hallan con figura. Difiéndola los antiguos, entre otros dijo Tales Milesio, ser una naturaleza que se mueve siempre por sí. Pitágoras, número que por sí mismo se mueve. Platón, sustancia espiritual movedora de sí, con número armónico. Aristóteles, acto continuo del cuerpo natural, e instrumental en potencia. El mismo Pitágoras afirmó, era compuesta de entendimiento, sabiduría, sentimiento y opinión, de quien proceden todas ciencias y artes, por cuyo respeto es el hombre llamado racional, esto es, apto para discurrir por razón. Advirtió Platón, hallarse tres virtudes en el alma, tocantes al conocer y entender, llamadas por este respeto cognoscitivas, razón, inteligencia y fantasía, a quien correspondían otras tres, pertenecientes a los apetitos, a saber; la voluntad, cuyo oficio es querer lo que le proponen inteligencia y razón. La cólera que sigue lo que le representan razón y fantasía; y la concupiscencia que aprehende lo que le es puesto delante por la fantasía y sentidos.

Aristóteles le aplica tres cosas de quien proceden las acciones humanas, sentido, entendimiento, y apetito. Otros pusieron en ella cuatro partes, entendimiento, razón, ira, concupiscencia. El entendimiento la eleva para la contemplación de las cosas intelectuales y divinas. La razón la guía por medio de prudencia en todas sus acciones. La ira recibe regla y moderación por virtud de magnanimidad; y la concupiscencia por la de templanza, con que se establece una igualdad armónica, que rinde a cualquiera de sus partes lo que le pertenece. La más inteligible, común y verdadera opinión que de la misma han tenido los más sabios, consiste en la división de dos partes, debajo de quien se hallan todas las demás comprendidas. Una espiritual e inteligente, donde está el discurso de la razón. Otra, sensitiva, que es la voluntad errante y desordenada por sí, donde asisten todos los movimientos contrarios a la razón junto con los malos deseos. En todos los discursos Filosóficos, escritos por estos grandes autores, se halla un notable error. Este consiste en querer atribuir tal fuerza y poder a la razón (que dicen residir en el alma, como una luz para conducir el entendimiento; como una Reina para moderar la voluntad) que por ella sola se puede el hombre gobernar óptimamente. Engaño grandísimo, y no menor deslumbramiento; ya que se conoce hallarse la humana razón por sí toda corrupta y depravada. Así debemos decir, que si bien el alma como espíritu y vida, es indivisible, es inmortal (desatándose y pereciendo todo lo que se divide) se puede, esto no obstante, en el ínter que se halla conjunta al cuerpo, llamar compuesta, y por el consiguiente sujeta a estas dos partes principales de inteligencia y voluntad. Sirve la

inteligencia de comprender todas las cosas que se nos proponen, y de discernir lo que dellas debemos excluir, o aceptar. Ejecuta la voluntad cuanto la inteligencia juzga ser bueno, y huye lo que reprueba, conformándose con los Filósofos, en que el entendimiento, comprensor de razón y sentidos, es como capitán y gobernador del alma, de quien pende la voluntad. Bien es verdad que de tal manera se hallan los dos depravados; el entendimiento ceñido de tinieblas por el pecado del primer hombre, plaga que les cupo a todos sus hijos por hereditaria sucesión; y la voluntad tan corrupta por semejante inobediencia, y tan debilitada para el bien, que si del cielo no le viene otra guía, que enseñe al entendimiento, enderece y conduzga la voluntad, sólo sabrán obrar y proceder los dos torcidamente: sólo sabrán atraer el alma a sí, que es lo mismo que a su total ruina, haciéndola consentir a la ley de sus miembros, llenos de ignorancia, de oscuridad, y malicia.

Mas con todo, si hemos reconocido en la masa corruptible, impura y pesada, donde se halla el alma contenida, materia de alabanza y contemplación de cosas divinas, ¿qué se podría decir de la que en sí es toda inmortal, de la que en un instante con sus discursos y pensamientos camina por todo el cielo, circuye toda la tierra, navega toda la mar, de la sin quien queda el cuerpo inmóvil, y toda su hermosura vuelta putrefacción, de la que sola le puede hacer feliz, por los tesoros de la sabiduría, a la misma propia y particular: antes el órgano solo por quien se puede inquirir, rastrear, y ver la divinidad? ¿En qué forma se podrá pues aclamar la que por su naturaleza es invisible, la que tiene por agentes y operantes de su esencia la voluntad, el juicio, los sentidos, inteligencia, espíritu, imaginación y memoria, con que contempla las cosas universales, y hace las particulares inteligibles, la que para aumento de su incomparable beldad, posee prudencia, templanza, fortaleza y justicia, sin quien se convirtiera en confusión el excelente orden de todas las acciones humanas? Es en suma el alma cosa tan grande y divina, que se juzga del todo imposible la puedan comprender los sentidos exteriores, y con mucha dificultad la razón. Della depende toda la felicidad del hombre presente y futura, cuando limpio de todas perturbaciones, por la regeneración procedida del espíritu de Dios, se deleita, y sólo recibe contento (en lo que según su naturaleza puede llegarse a la perfección) con la sinceridad y virtud, colmada de esperanza cierta de otro más cumplido y perfecto gozo en la renovación desta vida mortal, en la inmortal felicísima.

Este es el hombre que deseamos introducir en la conversación del mundo, lleno, como se ha visto, de tantas dotes, de tantas excelencias. Resta manifestar ahora por mayor sus naturales pasiones, sus comunes dolencias. Solían decir algunos antiguos, no hallarse animal más enemigo del hombre, que el hombre mismo. Nació esta aseveración, de que teniendo dominio sobre todas las cosas, no se dominaba a sí, antes era de sus apetitos predominado. La experiencia nos hace conocer cumplidamente la verdad desta sentencia. Sobre todo la confirma el Doctor de las gentes, confesando no hacer el bien que quería, antes más presto el mal que no quería hacer, lamentándose de no habitar en su carne bien alguno. De suerte que a fin tengan efecto las buenas obras, hemos menester auxilio de gracia divina y especial. Esta consideración no es vana, ni sin utilidad para el hombre, conociéndose de tal forma unido al mundo, y a cosas de suyo tan inestables (cambiándose de un estado en otro del todo contrario) que sin divino socorro por ningún caso alcanzaría el cómo se debían evitar. El que hoy está sano, espera la enfermedad, el enfermo la

salud. El que tiene un deseo en el alma, le muda a menudo en otro, antes que se cumpla el primero, y así vienen a ser más largas las congojas que la vida. Todas edades son perseguidas de trabajos, siempre mayor el que llega postrero. La riqueza recela peligros, y la pobreza padece daños. Salpícase de sangre el soldado hiriendo, o fenece al golpe de una bala. El labrador combate con la fatiga. Arde si no se casa el varón, y el que abraza el matrimonio, padece grave tormento en guardar la propia mujer. No sosiega el mancebo, siempre temerario, y cercan a la vejez males infinitos. Quien crece en honras y favores, se expone al agravio de la envidia. Suena al oído del avaro la voz de miserable, y sigue al largo gastador la infamia de perdido. Sirve el que pretende mandar, y tal dudoso en su bien, anhela por cosa que alcanzada le atormenta. A quien ayer cansó la severidad del padre, cercan hoy cuidados domésticos, y muchos buscando su honor, hallaron su afrenta. Ninguno en suma continúa y permanece en un mismo estado. Por eso Platón llama al hombre animal voluble, esto es, fácil de mudarse, o inclinado a mudanza. Entre cuantos males acarrió al ser humano el deseo de deleite, el recelo de dolor, impresos ambos desde nuestra primera corrupción en lo más íntimo del alma, el más grave y dañoso es sin duda el representarle las cosas sensibles más evidentes que las inteligibles, forzando a que el entendimiento haga más por pasión, que por razón su examen y juicio. Porque con la costumbre de atender a la naturaleza vagabunda, incierta y mudable del cuerpo, como cosa subsistente y visible, queda ciego (jamás fue lince el sentido de carne) y pierde el conocimiento de lo que tiene verdadera existencia. Pierde la lumbre del alma, que es inmortal y divina, y del todo inclinándose a la voluntad sensual, procura extinguir, o sufocar el instinto frágil del espíritu, que aunque débilmente, aspira al verdadero bien, de quien se siente haber caído con tal fuerza, que si Dios no le fortificase, y no le acompañase la razón, vendría sin duda a ser opreso de poderosos enemigos, conjurados para perderle. La palabra, Pasión, según los Filósofos dotados de mayor lumbre, es movimiento natural y actual en el alma. Este viene a ser de dos géneros. El uno fácil, bueno y santo, alegrándose de su verdadero bien. El otro potentísimo y pernicioso, deseando con ansia y codicia, y alterándose con inmoderado placer, por un bien imaginado falsamente.

La materia destes movimientos son opiniones, afectos, inclinaciones, que dejados en su naturaleza, son respeto del pecado, depravados y corruptos, cuyo origen y raíz son de nuestra propia materia; a fin (según dijo Platón) no piense alguno haber sido Dios causa de lo malo.

En dos géneros (llegándose más a la verdad) se puede comprehender y dividir la muchedumbre destas pasiones que difinieron los antiguos. Tocaré al primero lo que creemos por Fe: al otro lo que resulta de nuestras opiniones y afectos. En aquél quedará comprehendido cuanto se cree, piensa y desea de las cosas celestes, como de la verdadera justicia, de la inmortalidad de la otra vida, y del venidero juicio. En el otro cuanto concierne y mira las cosas terrestres, costumbres, gobierno de Económica, de Política, y universalmente todas nuestras inclinaciones. Quanto a lo que creemos por Fe, a que nos induce, el instinto de la divinidad, impreso en todas las almas, es de saber, las mueve, y hace aspirar al verdadero y supremo bien, siendo más poderoso, y de más eficacia en unos que en otros. Si bien en todos es propio del entendimiento humano carecer de

seguro camino, para inquirir la verdad: antes tiene por oficio andar vagando en diversos errores, como quien camina en continuas tinieblas.

El segundo género de nuestras pasiones, llamadas propiamente perturbaciones, de quien proceden todos los males, no son más que inclinaciones y afectos, recibidos de nuestra voluntad depravada, por los estímulos y halagos de la carne, repugnantes del todo a la divinidad de la naturaleza racional del alma. A éstas debe extinguir (antes que cobren potencia) el discurso de la razón, con que, mediante la gracia divina, se repulsan y deshacen. Y es cierto puede ser confusión de Católicos ver la solicitud con que acudieron a esto los antiguos Étnicos, enseñando este camino con ejemplos, preceptos y doctrina. Verdad es que si se considerase la utilidad que en oprimirlas se consigue, sería indecible la diligencia y cuidado que se pondría en semejante particular. ¿Qué bienes no produce la exclusión de una ambición vehemente, de una codicia insaciable, que aun en la sepultura no desamparan al sujeto? ¿Qué tribulaciones, que molestias no ocasionan desenfrenados apetitos, disinius inmoderados? Proceden (dice Plutarco) los supeditados destas dolencias como mareados, que en ninguna parte del bajel hallan reposo. Derívanse de aquí las mudanzas de las vidas, de las condiciones, de los estados, que todos, y cada uno de por sí no purga, sino antes aumenta las miserias y enfermedades del alma, mientras no se quita della la causa que las produce, esto es, las ignorancias de las cosas, las imperfecciones de la razón. Estos son los males que inquietan ricos y pobres; éstas las calamidades que acompañan a grandes y pequeños, a siervos y libres, a mozos y viejos, imitando al afligido enfermo, cuyo ánimo lidia de continuo con bascas y penalidad. Nota de enfadosa a la mujer; acusa de ignorante al Médico; laméntase de la cama mal hecha; juzga importuno al amigo que le visita, lleno de aflicción y dolores, hasta que cobrada la salud, se ríe de su pasada impertinencia. Mayores exorbitancias ocasiona la indisposición del alma que la enfermedad del cuerpo. Regida con la razón, resiste poderosamente a todas las pasiones, corpóreas, mas si la supeditan deseos, apetitos y placeres, obra como enfermo, querrellosa, vencida, indispuesta. ¿Qué serenidad podrá descubrir el rostro del hombre que tiene el espíritu tribulado? O ¿qué impedimentos no hallará al efetur las buenas y virtuosas acciones? Por eso encarga Demócrito, se tenga más cuidado con el alma que con el cuerpo. Son peligrosísimas las dolencias de aquélla. Conócense con dificultad, y con mayor se sanan. No así las del otro, a quien descompone un mínimo dolor, y pronto indicio de inflamación, o alteración de semblante, las descubre y manifiesta. Esto sin los socorros que halla en los remedios, sobre todo contra las pasiones naturales de sed, hambre, sueño, etc. Mas las del alma habiéndose hecho fuertes una vez, ¿quién sino el cielo las podrá desarraigar? Asisten dentro calladamente agudísimos estímulos, que oprimen todo conocimiento. ¿Quién podrá aplicar medicina a la avaricia de un viejo, a la ambición de un privado? O ¿cuándo darán ellos lugar a que se les aplique? Son males sin remedio, por hallarse asidos al corazón. Propio de la razón era este oficio (según Hesíodo) guía celeste, y sabiduría divinamente inspirada, mas halla tomados los pasos, ni le aprovecha el ser fuerte, que se rinde a tan potentes estorbos.

Las armas contra estas pasiones han de ser los documentos que por el discurso desta obra fuéremos sembrando, con aditamento, ha de tener por máxima el varón introducido, o formado en la idea, pelear y salir vitorioso de afectos desenfrenados, de ilícitos deseos. Conseguirase este intento con más felicidad, si se advirtiere, ser sólo las perturbaciones

del ánimo opiniones admitidas de estragada voluntad, y defendidas de juicio depravado. Y que así conviene refutar las erróneas y falsas con razones buenas y sólidas. Importa mucho esta soberanía en el ánimo, para dar a entender no ser bien ni mal lo que el mundo imagina serlo: y que según esto por ningún camino deben alterar al templado los excesos de dolor, o gozo. No como a muchos de la antigüedad, cuyos corazones de tal manera fueron de varios accidentes violentados, que unos murieron de deseo, otros de temor; éstos de melancolía, de alegría aquéllos. Diágoras y Quilón oyendo decir habían ganado sus hijos el premio en los juegos Olímpicos, sintieron tan íntimo impulso de contento, que la risa les sirvió de cordel para su fin. Erene Siciliano conducido en prisión, por haberle imputado ser de los compañeros que conspiraron contra Cayo Graco, atónito del juicio futuro, y supeditado de terrible miedo, cayó muerto al entrar en la cárcel. En Madrid vimos encanecer en una noche mancebo de veinte años condenado a muerte; tanta vehemencia tuvo en él tan fuerte imaginación. Plautio Numidio, sin los amantes de Teruel, viendo a su mujer difunta, se rindió tanto a la tristeza, que arrojándose sobre el cadáver, dio lugar a que allí le ahogase el dolor. La locura de Galeazo fue sin duda no menos extraordinaria. Decía éste muchas veces a cierta señora, a quien festejaba, moriría por ella mil veces, si fuese menester. Ella al oír por instantes estos encarecimientos, por burlarse, le mandó se echase en el río. Obedeció Galeazo al punto, quedándose por pasto de los peces en premio de la pronta ejecución.

Infiérese de lo apuntado hasta aquí, no venir las perturbaciones por el verdadero bien del alma, sino sólo por el falso, que es ídolo de imprudentes, llamado por los Filósofos bienes del cuerpo y de fortuna. Estos siendo por naturaleza caducos, acompañados y seguidos inseparablemente de excesivo deseo, desenfrenado gozo, temor y melancolía, son indignos del pensamiento del alma inmortal, no siendo justo llamarlos bienes, por poseerlos, ni males por no los tener. Debemos en esta conformidad hacer en la planta de nuestro individuo lo que los buenos cultores en las que corren por su cuenta: esto es, cortar los ramos muertos, las varas inútiles, porque no se lleve lo espurio la sustancia de lo legítimo. Así aprenderemos a querer y hacer lo que conviniere y fuere justo, con que se volverán enfermos sin acción ni fuerza los demás querer. Con esto hará el alma su oficio en reprimir y mandar a todos los estímulos corpóreos, extinguiéndolos al punto que fueren naciendo. Porque en la forma (dice Epícteto) que quien tiene bien sano el cuerpo, sufre con facilidad el calor y el frío; así el que tiene bien compuesta el alma, soporta enojos, tristezas, alegrías, y los demás afectos.

Confieso habrá sido para muchos la tratada hasta ahora, materia de poco deleite, mas si se considerare bien, no era justo, tras haber exhortado generalmente al séguito del verdadero honor y gloria, y por el consiguiente tras haber dibujado el universo por mayor, dejar de emplear algunas líneas en el compuesto del hombre, antes de traerle a la conversación del mundo.

Ahora, para que dél se tenga más entera noticia, y para que, según en la Filosofía, se busquen las naturalezas por sus efetos, es de advertir, no ser uno el proceder desta habitación, puesto que conforme al clima de cada una se hallará diversidad en las cosas. Por eso es conveniente proponer algo de su diferencia.

Donde el aire pues, no es demasiado ardiente, ni es el frío áspero y largo; donde no hay lluvias excesivas, ni vientos con demasiada violencia, antes las partes del año perseveran con moderada disposición, se halla grata temperie, salubridad de agua, fertilidad de tierra, con el medio de cuyas cosas, el país se hace agradable, de buena salud, apropiado para producir toda suerte de legumbres y mieses, para alimentar todas plantas domésticas y silvestres que en sus estaciones llevan frutos abundantemente. Hállanse los animales, las aves y peces mejor formados, más fértiles, y de mejor gusto. Que de todo esto participe con grande benignidad del cielo nuestra generosa España, pudiera bien afirmar con no comunes hipérboles, si entre las naciones tan envidiosas de su valor, tan codiciosas de sus tesoros, por ser patria, no fuera la pluma sospechosa.

Donde calor y frío, sequedad y humedad exceden, reciben ofensa todas las cosas, produciéndose de peor calidad. Mas las provincias templadas con medianía son fértiles, y para toda bondad más que las otras a propósito. Sus moradores en su modo de vivir son delicados, de buen ingenio, sutil y apto para percibir las cosas más difíciles. Paren en sus manos comúnmente los grandes Imperios, las ilustres Monarquías, casi imposibles de conservar a los que carecen de buena temperatura: ya que viene a ser su fiereza impedimento notable, para domar y hacer sujetas con duración otras naciones. Asimismo los animales nacidos en partes frías salen pesados y perezosos. No así los de países calientes, que son ágiles y ligeros, diversísimos unos y otros en formas, colores y propiedades. Los peces de varios mares, los pájaros de varias tierras son diferentísimos, como lo enseña la experiencia de ojos y libros. En las plantas se halla asimismo diversidad de menos o más virtud, según los lugares en que nacen y crecer. Contienen mayor perfección las que ocupan cerros, laderas y cumbres, expuestas al aire: menos las que se crían en llanuras copiosas de aguas, sombrías, ni batidas del viento. Fuera de que el terreno y la estación los hace tal vez menos eficaces, y de peor o mejor salida. Vense más en este que en aquel terreno los árboles hermosos; más ricos y cargados de hojas y frutos. Cedros, abetos, pinos, bojés, hayas, y encinas apetecen los montes; cerros y laderas, robles, larices y fresnos: lotos, alisos, plátanos, olmos y álamos, arroyos y humedades. Los contornos Meridionales abundan de limones, naranjos, cidros, palmas. La misma diferencia se reconoce en las yerbas. No nacen unas sino en partes cálidas; en frías otras; y muchassólo en las medianamente templadas. Éstas se alimentan de lagunas, aquéllas de aguas muertas. Quién busca las orillas del mar, quién las riberas del río. Propio asiento de algunas son viñas y campos: el de otras antes laderas que llanuras. Tal hay que elige por nacimiento los muros de las ciudades, las ruinas de las casas. Las mieses, las vides, los ganados nacen y se mantienen con más felicidad en un lugar que en otro. En Calicut es tan templado el aire, que jamás se siente peste, copioso siempre de perpetua verdura. Casi todos los meses producen nuevos frutos los árboles, diferentes del todo de los nuestros, más gratos y de perfeta bondad. El país de Soria, y sobre todo el contorno de Damasco, es fecundísimo de todas suertes de semillas, carnes, frutas, uvas frescas por todo el curso del año, granadas, membrillos, almendras, olivas, rosas de singular olor y belleza. Sólo carecen de buen sabor peras, manzanas y peces. En las Indias de Occidente, así en las islas como en tierra firme, se hallan vides silvestres, que sin cultura y beneficio dan buenas uvas, mas no bueno el territorio para avellanos, cerezos y guindos. El distrito de Babilonia es fértil con exceso de trigo, mas estéril de higueras y



viñas. Abunda Moscovia de miel, de cera, y exquisitas pieles, mas en el resto es pobre, y sin estimación.

Apacientan ganados copiosos Alarbes y Tártaros. Las Molucas fructifican drogas, siendo para lo demás infecundas. Siempre carece de regalos la tierra más rica de oro, plata, cobre, estaño, y otros metales. ¿Qué tiene España en sí que no sea excelentísimo? Amiga en extremo se le mostró la naturaleza, liberal, cortés. No sólo repartió viveza, actividad y valentía en sus hijos, sino singular sabor en sus frutos, admirable disposición en sus animales.

En esta forma cualquier provincia tiene su gracia y singularidad, distribuidas así por la divina providencia, para bien común del universo, que sin tal variedad no pudiera durar en su perfección, para que estos hombres tengan necesidad de aquéllos, y en esta conformidad se comuniquen, y recíprocamente se socorran.

Tampoco se libró el hombre desta diversidad, puesto que apenas nace, cuando comienza a morir, dependiendo su fin de su origen. Desde la infancia hasta la vejez es todo variedad. No tiene en sí las mismas cosas, ni jamás es su semejante, antes siempre se renueva, recibiendo alteración tanto en el cuerpo, en pelos, carne, huesos y sangre, cuanto en el alma, mudando por instantes costumbres, usos, opiniones y apetitos. Aprende y olvida, recibe alimentos, expele superfluidades, reparando continuamente la incomodidad de la flaqueza con nueva nutrición. Los muchachos son petulantes, los viejos deliran, los demás de continuo, o por intervalos no se libran de temas y locuras. Dejo los excesos del vino y crápula, que vuelven irracionales a muchos. Algunos son naturalmente más tardos y broncos; otros más ingeniosos y hábiles. Variedad cierto maravillosa que hace filosofar a los mas sabios, por hallarle razón, participando todos de ánima racional, y ser compuestos de una misma materia. ¿Quién no pondera la diferencia que hay en todos, cuanto a proceder y estilo, heredado de los climas en que nacieron? Parece se recrea la naturaleza por este camino a fin de socorrer a la humana necesidad, produciendo no sólo éste o aquél más idóneo en esto que en aquello, como en armas, letras, artes, sino también pueblos enteros en diversas partes de la tierra, criándolos diferentes de inclinaciones.

Juzgan los Físicos ser causa desto la mezcla de los cuatro humores, de quien están compuestos los cuerpos humanos, que al paso que concuerdan, o discuerdan, mudan las complexiones, disponiendo según sus dominantes calidades, diversamente las naturalezas. Esto principalmente, según la proporción del corazón, que es fuente y principio de los vitales espíritus, y de la sangre, moderador de los afectos, al paso que se halla diversificado. Atribuyen a la melancolía grandes efectos, como a madre de las artes, y de ingeniosas invenciones, que de su destreza y perseverancia reciben perfección. Procede de aquí hallarse hombres alegres, melancólicos, diligentes, sagaces, obstinados, graciosos, osados, pusilánimes, verdaderos, mentirosos, vanos, prudentes, fáciles, engañosos, sin otros afectos mayores o menores, según que un humor es supeditado de otro.

Semejantes buenas o malas calidades reciben disminución o aumento con la egregia educación, con el hábito loable de costumbres, y ocupación de estudios. Jamás ponen en

olvido este cuidado las Repúblicas bien ordenadas, adiestrando cuidadosamente la juventud, como plantas que cuando tiernas, si se tuercen, con facilidad se enderezan. Mas hoy como lo acertado es tan poco seguido, hasta en los padres de familias hay remisión y descuido para este común beneficio: y así salen los que se crían debajo su gobierno, faltos de institución, estragados, viciosos. Sábese ya ser sucesores unos vivientes de otros, y que para esto es necesario hereden la virtud de sus antepasados los que han de ocupar sus puestos. Del alma se dice, ser en su principio como tabla, ni hay cosa perfecta en su primer nacimiento. Poco segura es la bondad sola de la naturaleza, sin disciplina, como el campo, si bien fecundo, poco a propósito sin cultura. Conviene pues, fijar pies, hacer continuo ejercicio en los hábitos loables, en las materias y obras concernientes a la vocación, para que es llamado el hombre. Deténgase la virtud largo tiempo en el alma, y aplíquense los preparativos oportunos, para que la elija por habitación perpetua. Entre con esta prevención el mortal en las variedades de la tierra, en las propiedades de las gentes, guiando, cuanto es de su parte, prudentemente el bajel de su vida por el Océano del mundo.

Las ciudades que desean ser felices en paz y conservación, se desvelan continuamente en ocupar sus moradores en varios ejercicios. La ociosidad fue tenida aun de las más bárbaras naciones por madre de todos vicios. Abrazan esta razón de policía los Alárabes mismos que habitan desiertos, entretenidos, mientras apacientan sus ganados, en la fábrica de varias menudencias. Habilita a esto la misma necesidad inventora de todo, y hace reconozcan tales faltas los ingenios de los hombres, a quien por suplemento se dieron manos, habla y razón. La razón para hallar, la habla para comunicar, las manos para poner por obra lo que por sí, o por otros aprenden. Eran en su principio los vivientes por extremo simples y rústicos en todas las cosas, poco de los animales diferentes. Comían por las campañas tal vez carnes crudas, o yerbas con sus raíces, ramas y hojas que por los bosques producía espontáneamente la tierra, caza y frutos de árboles silvestres. Propio manjar de los que habitaban orillas de mares, ríos y lagunas, era el pescado. Las galas con que se cubrían eran pieles. Elegían por escudo contra las inclemencias del tiempo las cavernas de los montes, las hendeduras de los troncos. Entonces como más robustos se alimentaban de más recias comidas, y vivían así más largamente. Pasaban la vida en perpetuo trabajo, al aire de continuo, eligiendo por cama el suelo, donde el sueño les sobrevenía. Después como más débiles, no pudiendo resistir tan fuertes mantenimientos, ni andar por yermos desnudos y descalzos siempre, fueron constreñidos a endulzar modos tan agrestes. Así movidos de su provecho, comenzaron a unirse y juntarse por temor de las fieras, y para resistirlas más bien, dándose socorro unos a otros. De chozas pobrísimas vinieron a mejores casas, edificadas en seguros lugares. Inventaron los vestidos para huir la aspereza del frío, la violencia del calor. Conservaron los frutos para las ocasiones. Introdujeron las armas para la defensa: mas todas estas prevenciones recibieron aumento de perfección con el tiempo, extendiendo sus límites, hasta parar en los del gusto, ornamento y magnificencia.

Impusieron nombres a todas las cosas, y hallaron letras de varias suertes para comunicarse. Ya puestas en ejercicio las artes liberales y mecánicas, osaron medir tierra y mar, pasando tan adelante, que redujeron con instrumentos en forma visible la amplísima masa del cielo, apenas comprendida en su mismo entendimiento. En esta forma de la

vida brutal pasaron al vivir político, comenzando de allí adelante a sustentarse y vestirse más honesta y cómodamente. Tuvieron a los primeros inventores en grande veneración, invocándolos, y reconociéndolos por dioses. Emanó de aquí la Religión, el gobierno, el juzgado. De aquí los comercios por mar y tierra; el establecer leyes; el crear Magistrados, fundar ciudades, Reinos, Monarquías, de que ha procedido la grandeza y dignidad, en que hoy se halla el género humano. Mas la Religión excede sin duda en razón de antigüedad a las demás cosas. Jamás se encontró nación tan grosera, tan cruel y bárbara, que haya dejado de tener alguna apariencia de culto: porque si bien la mayor parte de los hombres ignore cuál deidad, y en cuál forma adorar se deba, por lo menos consienten todos en honrar, estimar, y temer a un Dios, principio y fin de cuanto se ve criado.

Los Chinos gente remotísima de nuestro hemisferio, insignes en policía, admirables en riquezas, ejemplares en documentos, cuyo gobierno en todo lo que no es religión, debía ser imitado de todos; tanto resplandecen allí las obras de caridad, tanto las operaciones del bien público; con estar envueltos en infinidad de errores en razón de sus falsos ídolos, todo se atropella, todo se postra en llegando a nombrar a Dios. Encarecen sin cesar las obras de su poderosa mano, Cielos, Sol, Luna, estrellas, y tantas preciosas diversidades colocadas y esparcidas por la tierra, en cuya contemplación gastan la vida entera.

Aún ahora no han perdido los hombres en muchas partes su primera rusticidad y grosería, particularmente entre los Antípodas. Refieren los que navegaron por aquellas regiones, haber hallado varias gentes que viven como las primeras, sin letras, sin leyes, sin Rey, sin República, pero ninguna sin religión. Tras ésta el segundo lugar heredaron las Políticas, de quien la primera es sin duda la Monarquía, que por medios lícitos establece el estado Regio. Mas cuando el Reino cae en sus próximos vicios, como la tiranía; de su extinción recibe origen el gobierno de los Optimados, que comúnmente se cambia en potencia de pocos. Y cuando la muchedumbre furiosamente castiga la injusticia de los Regentes, se sigue el estado popular, por cuyos excesos y maldades vuelve a resucitar el Reino, según que todo más por extenso se tratara en otra parte.

Esta es la natural revolución de los gobiernos, por quien el estado de la República se muda y remuda, haciendo de nuevo el mismo retorno. Si la virtud de los que rigen fuese semejante, y siempre una, las ocurrencias humanas pasarían mejor, y con más seguridad, sin que se viesen impelidos y mudados. Siendo así, que la autoridad fácilmente es mantenida con los mismos modos que fue granjeada. Mas donde suceden en cambio de la solicitud la pereza, en vez de la continencia y equidad, el apetito y altivez, se trueca la fortuna junto con la manera de vivir. En esta conformidad los Imperios son transferidos de los menos en los más idóneos, de familia en familia, de nación en nación.

Son por la inestabilidad de la fortuna, y por la imprudencia humana los estados públicos diminuidos, asolados, convertidos y trasportados de unos en otros, quedando la potencia de los mejores gobiernos en seguridad mayor y más estable. Aunque si bien se considera, ninguno perpetuo, ya que en largo curso de años se corrompe, no obstante cualquier buen orden que se le haya aplicado al principio. Por eso debe poner el hombre diligentísimo cuidado en reformarlo a menudo, y reducirlo cuanto es posible, a su primera integridad. Vese prosperar algún tiempo un bien fundado dominio por la bondad del gobierno, y

camina de bien en mejor, enderezándose al punto en que consiste el verdadero fin político: mas después de alto abajo declina, desfigurándose desde el medio a la extremidad. Verdad es que donde el uno acaba, comienza el otro, y por la ruina del precedente o muchos estados en un grande se reducen, o el grande en muchos menores se desmiembra.

Desto nos ministra la antigüedad bien claros ejemplos. Entre las ciudades, vemos comienzan unas, cuando otras acaban. Algunas crecen, otras se disminuyen, volviéndose de grandes pequeñas, y de pequeñas grandes. A aquéllas arruinaron las guerras; a éstas las sediciones. Otras por larga paz en flojedad convertida, o por el uso pernicioso de muchas riquezas, se pervierten y aniquilan: o incendios, inundaciones y terremotos las desfiguran y consumen. Los Turcos en las ciudades que conquistan a los Cristianos, asuelan los edificios, borran las memorias, y extinguen las ciencias.

Nínive tan dilatada, tan bella, tan suntuosa, fue destruida por Arbal y los Medos, Cartago por Cipión, y los Romanos. En sucesión de tiempo la mayor parte de Babilonia fue reducida a cultura, y hoy apenas se halla cosa della, o si la hay, mudó nombre. Atenas es ahora corta aldea; Troya campaña abierta, Jerusalén tan celebrada por las sagradas letras, ¿cuántas veces fue destruida, cuántas reedificada? Fue Tebas no sólo la más hermosa ciudad de Egipto, sino del mundo, mas el aumento de Menfis dejó diminuido su concurso, dejó eclipsada su magnificencia. La de Menfis derribó Alejandría. Roma comenzó, cuando tuvo fin Babilonia, y el crecimiento de Constantinopla procedió de los despojos Romanos, habiéndose transferido allá el Imperio con sus principales fuerzas y tesoros. Contenía antiguamente Candía cien ciudades, hoy todas se han reducido a tres.

Hállase Europa copiosa de Principados, que por el temor y recelo que unos de otros concebían, eran constreñidos a tener en buen punto el orden militar, y a honrar los valerosos en las armas. Abrazaba la Grecia, sin el Reino de Macedonia, muchas Repúblicas, y en cada una nacieron hombres excelentísimos. Italia fue madre de esforzados caudillos, émulos todos de ajenas hazañas. Los Romanos, los Samnites, los Tuscos, y Cisalpinos. Produjeron Alemania y Francia indómitos guerreros, y España sobre todas, invencibles hijos, belicosos, leales, y antes muertos que domados. Parece se había reducido todo el valor del mundo en la Monarquía Romana, tan felices progresos descubrieron sus conquistas. Cayó su opinión, su potencia, y con su caída desfalleció todo esfuerzo. Con esta ocasión pudieron los pueblos Setentrionales atreverse a su decoro, derribar su presunción, oprimiendo y deslustrando la inundación destes bárbaros su orgullo y lozanía.

Diversa era la razón de la milicia antigua de la que hoy impone la Religión Cristiana. Entonces los hombres vencidos en la guerra, o con rigor se mataban, o quedaban perpetuos esclavos, pasando miserable vida. Las ciudades opresas eran del todo asoladas, y despojados sus habitantes de todos sus bienes, padecían destierro perpetuo, y estrechísima calamidad. De tal miedo ocupados los hombres, conducían con buen orden y vigor los ejércitos, teniendo en sumo honor los excelentes en la milicia. Mas hoy se ha perdido en parte igual temor, porque de los vencidos se matan pocos, ni largo tiempo se tienen en prisión, librándose con facilidad. Tampoco con las tomas y sacos parecen del

todo las tierras; antes a los moradores quedan reservados los propios bienes, por lo menos raíces.

Entre tantas comodidades como se apuntaron arriba, creciendo entre los vivientes el ocio con la opulencia, al estudio de las letras se aplicaron. Es natural en todos el deseo de saber cosas nuevas, estrañas, admirables, diversas, y también de inquirir sus causas, sirviendo para esto principalmente el oído y la vista, que los ayudan a tener conocimiento. La necesidad enseñó desde el principio las artes útiles a la vida, sucediendo después las especulativas, pertenecientes a la curiosidad. Tras esto comenzaron a considerar todas las cosas del universo, en muchedumbre innumerables, en belleza maravillosas. Inquirieron primero su diversidad, luego sus propiedades y conveniencias. Mostráronse sobre todo, tan curiosos de aprender, que habitando y viviendo en esta parte inferior tiempo tan corto, osaron emprender la noticia, no sólo de lo que encima, debajo, y en las entrañas de la tierra se hallaba, como metales, yerbas, plantas, y animales, sino también la naturaleza del mar, de todas las aguas, y hasta de sus habitantes los peces. Después pasando al aire se informaron de los vientos, de las lluvias, tempestades, nieves, rayos, truenos, relámpagos, y otros accidentes, propios de la media región. Penetraron con el ingenio y arte hasta el propio cielo, procurando medirle. Imaginaron dos polos y un eje para sustentarlos. Distinguieron los Planetas de las estrellas fijas. Hallaron el Zodíaco. Observaron los Solsticios y Equinocios, la causa de la igualdad, brevedad y longitud de días y noches. La razón de las sombras, la manera de mensurar y describir el orbe, y de navegar de un país a otro, regulando los viajes por vientos y estrellas. Déstas observaron diligentemente los movimientos, las conjunciones, oposiciones, grandezas, prestezas, tardanzas, colores, esplendor, serenidad, calores, y frialdades, junto con el poder que alcanzan sobre las cosas inferiores, la felicidad o infelicidad que significan, y enteramente toda la conformidad y correspondencia de aspectos que el cielo tiene con la tierra, de quien como de perpetua fuente procede y se deriva la abundancia universal, con que se restaura y renueva incesantemente el mundo. Escaló su industria lo más inaccesible. No la densidad y solidez de la tierra, no la profundidad del mar, no la inconstancia del aire, no la actividad y resplandor del fuego, ni la espaciosa extensión de la celeste máquina ha podido deviar o entretener la fertilidad de sus ingenios.

Sin esto, los más especulativos considerando la flaqueza de los sentidos, la muchedumbre de las cosas, tan pequeñas, que apenas pueden ser sentidas, o tan movibles, que no prometen certeza, y hallarse la vida, fuera de ser tan breve, tan llena de opiniones y usos, tan ceñida de tinieblas, juzgaron no se podía conocer, alcanzar y saber por discurso humano cosa que no estuviese llena de incertidumbre y escuridad. Por tanto era conveniente, separándose de la vista, y del oído, poner sólo en obra el pensamiento del espíritu, y con el entendimiento (que sirve al alma de lo que al cuerpo los ojos) intentar conocer cada cosa, y lo que hay de limpio y puro, simple siempre y uniforme, sin ser jamás alterado por corrupción o generación. Estos tales traspasaron la extremidad del cielo, tan lejana de la tierra, y habiendo llegado a la más sublime parte, se retiraron de la contemplación del mundo a la de Dios, como si dijéramos de la sombra a la luz, de la corrupción a la eternidad, de la ignorancia a la sabiduría, satisfechos de todo cuanto podían desear y apetecer, por gozar el conocimiento de una verdad infalible.

En esta conformidad, a esta parte inferior de los orbes, donde lo más es incierto y dudoso, llamaban región de falsedades, y opiniones; y a la otra superior, por razón y por inteligencia conocida en quien está la forma y ejemplar de todo, silla de verdad.

En este progreso de saber, conocieron algunas cosas por instinto natural sin doctrina. Otras con observación, uso y experiencia: otras con demostraciones racionales, y otras finalmente por inspiración divina. Hállase por eso en igual contemplación tan gran deleite, que los que a ella se aplican con todo el ánimo, desprecian con facilidad los demás placeres, prosiguiendo tan perseverantes, que ni un punto se dejan lisonjear, ni atraer dellos. Tan remotos y seguros están de ser divididos de semejante elevación, que ni temen daños, ni pérdidas de bienes, ni la ignominia y oprobrio del pueblo. Antes viven prevenidos y promptos a tolerar toda suerte de incomodos y calamidades, hasta elegir pobreza voluntaria. Esto dio ocasión a las gentes, para afirmar sostenía Atlante el Cielo: que Endimión había dormido más veces con la Luna; y que a Promoteo aprisionado con fuertes cadenas en la cumbre del monte Cáucaso, comía un cuervo continuamente el hígado: queriendo con tales figuras significar el grande y maravilloso estudio, puesto por tan excelentes hombres en la contemplación de las cosas celestes y naturales. Demócrito habiendo comenzado a retirar el alma de los sentidos, se sacó los ojos; y otros sin número renunciaron dignidades, y cedieron patrimonios.

Así los mortales movidos del natural deseo de saber, y del contento que en él se encierra, hallaron la Retórica y Dialéctica, para ordenar la lengua, sentencias, y disputas; la Poesía para la composición de versos, medidos con armonía de rimas; la Aritmética para la razón de los números; la Geometría para medir y pesar; la Música, maestra de concordancias, y observadora de toda proporción en voces y sonos. Pasando más adelante, llegaron a la Astrología, apta para servir en la consideración de las cosas celestes: a la Física para investigar las naturales; a la Metafísica para las sobrenaturales, a la Teología para las divinas. Introducieron la Ética para la institución de las costumbres; la Económica para el gobierno de la casa y familia; la Política para el manejo de los estados; la Jurisprudencia para la interpretación de las leyes, y exposición de sus dudas.

Ahora, si bien en cualquier lugar se hallan hombres capaces de ciencia como debidamente sean instituidos, no se puede negar con todo, nacen en particular unos más que otros aptos en la invención de cosas nuevas, y más ingeniosos en el aprovechamiento de singulares disciplinas. Esto, o por inclinación natural, o por influencia del Cielo, o por el sitio del país, o por el ejercicio frecuentado desde la juventud, o por el honor y alabanza que se atribuye a los hombres expertos y sabios. Los Babilonios, moradores de espaciosas llanuras, careciendo de obstáculos, que les impidiesen la entera vista del Cielo, pusieron todo su cuidado en la observación de las estrellas. Lo mismo hicieron los Egipcios, por gozar aire sin nubes. Fueron por el consiguiente constreñidos a profesar la Geometría, por causa de las inundaciones del Nilo, que derramándose, y saliendo todos los años en el Solsticio del estío del propio lecho, inunda y cubre la comarca muchos días, confundiendo los límites y confines de la tierra. Hallaron los Fenices la Aritmética dedicada a la mercancía, y habitando en las riberas del Mar, prosiguieron la navegación, a quien dio principio Noé, que General de tan grande Océano, resistió en un Navío la mayor borrasca, y amparó la naturaleza. A tal arte, o más presto al acto más valiente que

ejército la humana osadía aplicaron perfetos realces Castellanos, y Portugueses, en los estendidos piélagos de Ocaso y Oriente. En cuya defensa contra un autor extranjero que los nota de codiciosa tiranía, pretendo referir algunos renglones de otro moderno (perdónese me la breve digresión) que dice; Cárcel fuera y no libre posesión la tierra, si se reservara de nuestro imperio el Mar. No uno, sino diferente se llamara el mundo que le dividían imposibles aguas. ¿Qué regalos, qué riquezas merecieran estima si no se la dieran el camino y el trabajo? Bien fue alcanzasen nuestros pies donde el deseo, y que ninguna distancia imposibilitase al hombre de poder comunicarse; pues por este medio vemos plantada la Cruz de Cristo, donde si todos fuéramos cobardes, no llegara su nombre. Alábase la navegación y cómprese la gloria y felicidad de tantos con riesgo de algunos. El resplandor y sumptuosidad de la insigne fabrica de Salomón y la grandeza de sus tesoros a soplos del viento acarrearón olas. Los Atenienses, los Tirios, y Fenices, ajenas tierras sujetaron, y enriquecieron las propias, atravesando mares. No colmara su felicidad Roma, antes bien diera el cuello a África, que puso, bajo sus plantas, si no tomara primero las arenas por ensayo, y después en las veras las aguas. Y España ¿cómo experimentara los pechos de sus hijos, como estendiera el Imperio de su Monarquía, y la Fe del Crucificado a tan remotos mundos, asombrada en los límites de Cádiz de la soberbia de las olas, y temerosa de la luz de nunca vistas estrellas? Hasta aquí aquella elegante pluma.

Los Arcades tenían por cosa torpe, no saber algo de música. Aprendíanla no por placer, sino por necesidad, a fin de volver dulce y agradable por uso, lo que era en ellos por naturaleza, áspero y duro; respeto de los fríos de aquel aire, y de los continuos trabajos de la Agricultura, y de la vida silvestre que pasaban, casi a manera de brutos. La elocuencia floreció en Atenas, y en Roma; puesto que por su medio se aventajaban los hombres en riquezas y dignidades. En tiempo de Augusto, aficionado a poesía, todos componían versos, y todos en el de Nerón frecuentaban la música y el canto, por ver se deleitaba con ambas cosas. Las naciones que por las armas deseaban crecer, y hacerse grandes, enderezaban sus leyes y ejercicios al fin de dominar, honrando y premiando valientes, ultrajando y castigando cobardes. Tales fueron los Citas, Egipcios, Persas, Traces, Lacedemonios, Galos, Iberios, Macedones, Indianos, juzgando sólo nobles los profesores de milicia. Obsérvase hoy semejante estilo entre Turcos, donde todo se reduce al valor, destinando para los más fuertes los mayores premios, según en otra parte se tratará más en particular.

Los Toscanos, el aire de cuyo clima por engruesecido y denso era molestado de truenos, fueron inventores de la adivinación, por mediode relámpagos y rayos. Los Árabes, Cilicios y Frigios, como grandes pastores atendieron a los agüeros, inferidos de las entrañas de animales, y voces de aves diversas. Cultivose la Filosofía en Grecia, copiosa de ingenios sutiles y curiosos. La Arquitectura comenzó en Asia, por la opulencia y ocio de sus grandes Reyes, y de los sumptuosos edificios, necesarios al uso y magnificencia de sus cortes. Después floreció en Grecia, donde por la aptitud de sus agudos profesores, fue corregida y desde allí pasó a Italia, consiguiendo su madurez principalmente bajo de los Emperadores, que así como habían sojuzgado el resto del mundo, así también le quisieron superar con admirables fábricas de gastos increíbles.

Los Egipcios por la abundancia de todas buenas yerbas, y simples vigorosos que en su provincia nacen, de la Magia natural fueron inventores, observando con ella las maravillas ocultas en las propiedades de las cosas, sus conveniencias y contrariedades. Platón, afirma haber sido los primeros que la usaron Zoroastes y Zamolsto; Batriano el uno, el otro Cita. Después fue trasportada a Persia, como se verá más adelante.

Siguiendo pues la general disposición de los hombres a las virtudes, no han faltado siempre aquí y allí profesores de sabiduría, como los Druidas en Francia, y en la gran Bretaña; los Caldeos en Asiria; los Ginosofistas y Bracmanes en la India; los Magos en Persia; los Sacerdotes en Egipto; los Filósofos en Grecia; los Fariseos en Judea; los Teólogos en la Cristiandad. Con todo eso, señala la antigüedad el honor primero de las letras a los Etíopes, atribuyéndoles su invención, que comunicaron a los Gitanos sus vecinos, de quien fueron aumentadas. De allí pasaron a los Libios, Babilonios, Caldeos; por el consiguiente a los Griegos, Romanos, Árabes, Españoles, Franceses, Alemanes, etc.

Mas si con atención quisiéremos ponderar igual curso de letras, y considerar cuanto es posible, el espacio de todo el tiempo corrido, originándolo, y repitiéndolo desde donde comienza en las historias la edad de los pueblos y de las ciudades, esto es, desde cerca de cuatro mil años que se comenzó a escribir, hallaremos no encontrarse entre Gentiles autor más antiguo que Homero. También reconoceremos, no haber sido después igualmente cultivadas las letras, ni de un modo recibidas en todos tiempos, y provincias, sino en ciertos siglos ilustres y heroicos. Así anduvo como en extremos la potencia y sabiduría humana (siguiéndose una a otra) ya floreciendo, ya marchitándose el arte militar, la elocuencia, la Filosofía, las Matemáticas, Medicina, Música, Poesía, etc. Esto se vio principalmente en los Reinados de Sesostre, Nino, Ciro, Alejandro, Augusto, Trajano, y otros. En particular en nuestra edad, donde tras haber estado sepultadas tan grande espacio, resucitaron otra vez, recobrando el valor antiguo. Ni conviene decir, hayan dejado de suceder en otras estaciones otros muchos casos admirables, mas estos son los más célebres, donde se han encontrado muchas extraordinarias maravillas en el concurso de armas y letras, teniendo entre sí más de similitud. Aunque si se preguntara la causa de haber sucedido tales accidentes más en un siglo que en otro, con dificultad se pudieran traer concluyentes razones. Proponen algunos, hacerse en espacio de muchos años, ciertos periodos del universo, creciendo en una edad todas las artes hasta llegar al colmo de excelencia y reputación; y cayendo y faltando en otra hasta ser despreciadas. Refieren otros esto al honor, y a los premios propuestos en un tiempo más que en otro, a la virtud y a la industria: ya que por los blandos tratamientos se encienden todos para seguir loables ocupaciones. Aristóteles, que como Ético juzgó eterno el mundo, y Platón que le daba principio, afirmando no había de tener fin; sienten, no hallarse cosa sin que haya tenido semejante por el pasado, y haberlo de tener en lo por venir. Y que así las artes, las ciencias, y otras invenciones humanas no podían ser perpetuas, destruyéndose las naciones donde ellas florecían. Publicaban proceder esto, o por extremos calores, o por diluvios grandes, que es necesario sucedan en ciertos tiempos. Aplicaban la causa a los movimientos y progresos de las estrellas, descendiendo de alto abajo el fuego y agua, con excesiva cantidad. Brotan por el consiguiente de las entrañas de la tierra llamadas estendidas que la consumen, y el mar discurriendo impetuosamente por sus límites cubre



las provincias enteras. También las crecientes de ríos inundan y destruyen muchos distritos, por no poder a veces descargar sus caudales en los Océanos donde suelen ir a parar. O temblando el suelo se abre, y con violencia arroja fuera el agua que encierra dentro. En esta conformidad, aunque los Astros tengan algún poder en la disposición de las cosas inferiores, prestan con todo particular ayuda a los ingenios los sitios de lugares, y la templanza de estaciones. Mas el fomento mayor nace de las alabanzas y galardones propuestos a la industria humana, haciendo principalmente los siglos doctos, y las artes excelentes la liberalidad de los Príncipes, hoy en premiar tan flojos, y remisos.

### VARIEDAD TERCERA

SIENTE la común opinión, ser Dios quien cuidando de todas las partes del universo, concede la primacía de armas y letras, ya a la Asia, ya a la Europa, ya a la África. Y que en la misma forma dispensando el supremo Imperio del mundo, una vez le establece en Oriente, otra en Occidente, otra en Mediodía, y otra en Setentrión; permitiendo honren, o difamen a las naciones la virtud, el vicio, el valor, la cobardía, la templanza, la gula, el saber, y la ignorancia. Esto, para que todos tengan parte en la dicha y en la infelicidad; a fin no se hinche, y ensoberbezca alguno por las demasiado largas prosperidades, según se tendrá noticia de la siguiente narración.

Hállase casi entre todos pueblos porfiada altercación sobre su antigüedad, honor, y precedencia. Los Indianos, moradores de dilatadas provincias, se glorian de ser verdaderos originarios de sí, por no haber admitido jamás a extranjeros en sus distritos, ni enviado sus pueblos a habitar otros. Tienen, se mantenían sus antepasados de los frutos que la tierra por sí misma produce, sirviéndoles sólo de ornato y vestido las pieles de animales. Hallaron después poco a poco las ciencias, y lo demás necesario a la comodidad de la vida. Son sus campos tan fértiles, que jamás tuvieron penuria de vituallas; frutificando el terreno todos los años dos veces. La abundancia de todo en aquellas partes es grandísima, por nacer casi sin ponerle mano. Sirve asimismo a los hombres en lugar de otros delicados mantenimientos gran copia de raíces de singular dulzura. Ayuda a semejante fertilidad por extremo, la costumbre observada por ellos en tiempo de guerra, de no hacer daño a los labradores; antes dejándolos en paz, como ministros de la utilidad pública, ni queman las caserías, ni destruyen las mieses, ni cortan los árboles.

La potencia de los Indianos, se conoció mejor cuando fueron asaltados de Semíramis Reina de los Asirios. Esta mujer siendo ambiciosa de honor y gloria, tras haber conquistado a Egipto y Etiopía, imaginó mover una guerra, de quien siempre hubiese de quedar memoria. Entendiendo pues, eran tales pueblos los mayores del mundo, y que sus países se descubrían excelentes sobre los otros en belleza y fertilidad; donde se hallaba gran cantidad de oro, plata, piedras preciosas, y lo demás perteneciente a opulencia y delicias; revolvió todas sus fuerzas contra su Rey Estaurobates. Con igual determinación juntó un ejército en quien concurrieron tres millones de infantes, quinientos mil caballos, cien mil carros, y otros tantos combatientes sobre Camellos con espadas, en la forma de

montantes, y dos mil gruesas embarcaciones. Entendido por el enemigo este militar aparato, puso diligencia en excederle. Así habiendo ordenado todas las cosas necesarias para la resistencia, envió delante sus Embajadores. Éstos en su nombre reprehendieron su grande ambición, pues sin ser de algún agravio, o injuria provocada, intentaba mover la guerra presente. Acusábala el Rey en diferentes maneras, y llamando a los dioses en testimonio, significaba la había de hacer crucificar si en batalla la vencía. A tales amenazas sonriéndose Semíramis, respondió era menester combatir con el valor, no con las palabras. Acercándose al fin los ejércitos, y cerrando uno contra otro, pareció se hallaba con ventaja la Reina en el primer encuentro; mas después en el segundo quedó rota y deshecha de modo, que casi todos los suyos volvieron espaldas. Estaurobates habiendo acaso encontrado a la valerosa Capitana, la hirió en dos partes, y queriendo subir a caballo, se vio casi presa, siguiéndola el Elefante del Rey. Rotos los Asirios en esta forma, eligieron el camino de las naves. Los Indianos prosiguiendo el curso de la vitoria, a casi infinitos hicieron pedazos en los pasos estrechos, donde confundiéndose caballos y peones, se impedían los unos a los otros. De tal suerte era imposible salvarse, puesto que por sí mismos, con su tropel y desorden retardaban la huida. Y cuando la mayor parte de los fugitivos hubo pasado el puente fabricado de naves en el río Indo, Semíramis lo hizo romper; y el Rey advertido de prodigios, y agüeros, en razón de no continuar, detuvo el alcance.

Esta fue la prueba de la potencia Indiana. Cuanto a saber, los Bracmanes profesaban una doctrina austera, casi como hombres sagrados, que vivían según su ley, dados en todo a la contemplación de Dios, sin hacer provisión de sustento, respeto de proveerles la tierra continuamente manjares nuevos de toda calidad; ministrarles los ríos la bebida, y serles blando lecho para reposar las hojas caídas de los árboles. Ni alguno era tenido por feliz, si viviendo, y hallándose con sano juicio, no separaba el alma del cuerpo con hoguera. Parecíales, consumían por igual medio cuanto tenían de mortal y caduco, saliendo así de la carne del todo limpios y puros. Y habiendo sido el pueblo dividido en siete géneros de personas, estos eran los primeros en dignidad, esentos de todos cargos, sin reconocer sujeción. Como hombres gratos a sus deidades (con reputación y crédito ya adquirido de conocer lo que pasaba en el infierno) recibían largas ofrendas en los sacrificios; y siéndoles cometido el cuidado de los muertos, conseguían por esta ocasión grandes dones. Juntábanse al principio del año, y hacían pronóstico sobre él, anunciando sequíos, lluvias, vientos, enfermedades, y otras cosas, de cuyo conocimiento se seguía a los pueblos no pequeña utilidad. Los ingenios de sus artífices eran sutiles, como criados en aire puro, sin beber más que buenas aguas. Dividido el Imperio de los Indianos en muchas partes, a ninguno era permitido mudar modo de vivir, por parecerles fuera de razón cultivase la heredad un hombre de guerra, y que un Filósofo se volviese artista.

Jatábanse los Etíopes por otra parte, de ser primeros en origen, por haberlos producido su mismo terreno. Alegaban, que como el calor del Sol desecando la tierra cuando húmeda, a todas las cosas había dado vida; así era necesario fuesen desde el principio en los lugares más vecinos al mismo Sol antes que en otros, procreadas todas las especies de animales. Y decían, había sido primeramente hallada entre ellos la religión, y el adorar a los dioses: después los sacrificios, las procesiones, las pompas, las solenidades; medios por quien atribuían loores los humanos a los divinos. Deste buen celo afirmaban haber

recibido singular recompensa, pues jamás los había supeditado, ni vencido Rey extranjero, causa de haberse conservado siempre en su libertad. Y que en confirmación desto, si bien muchos Príncipes con poderosos ejércitos pusieron toda diligencia en sojuzgarlos, jamás había podido alguno gozar de su Imperio. Aplicábanse demás, el honor primero de haber hallado las formas, y el uso de las letras, junto con la Astrología, de quien eran estudiosos, así por la viveza de sus ingenios, como por la oportunidad de su distrito, sereno siempre. Donde respeto de la templanza del aire, no son varias las estaciones, antes se vive en una incesable igualdad, casi como en continua primavera. Últimamente publicaban en honra suya, decendían los Egipcios dellos, pues se regían con los mismos órdenes, y usaban los propios modos y aparatos los Sacerdotes de una y otra religión.

Por semejante prerrogativa de antigüedad, hubo entre los Egipcios y los Citas, grandísima contención. Decían los primeros, que desde el principio de la creación del mundo, los dos extremos de la tierra, uno por el excesivo ardor del Sol se abrasaba, y otro por el demasiado rigor del frío se hallaba helado. Ocasionaban tales inconvenientes, no poderse introducir generación de hombres, ni ser admitidos extranjeros en aquellas partes, principalmente antes de ser inventado el uso de los vestidos, para defensa, así de yelo, como de ardor: y los demás remedios artificiosos para corregir las malas calidades de los climas. Por el contrario, reconocerse Egipto dotado continuamente de tal temperie, que los habitantes no son punto molestados, ni de grandes fríos por Invierno, ni de grandes calores por Estío. Demás, hallarse la provincia tan abundante de todas las cosas necesarias a la vida, que en ningún otro lugar se conoce terreno tan fértil y copioso.

Los Citas oponiéndoseles, proponían servir de nada para probar la antigüedad el temperamento del aire, y decían, tras haber la naturaleza el extremo calor del extremo frío en diversas regiones separado, era de creer comenzase a producir la tierra incontinente (libre destas dos calidades extremas) los hombres, y animales que podía alimentar, variando árboles y frutos, según la condición de los terrenos: y que cuanto se había mostrado el Cielo más áspero a los Citas que a los Egipcios, tanto más les había comunicado cuerpos duros y tenaces ingenios. Fuera de que si la máquina del mundo, dividida al presente en dos partes, había sido otras veces una, o porque toda la tierra se hallase ceñida de agua, o porque el fuego engendrador de todo, ardiese y ocupase todo su cuerpo, en ambos casos era cierto haber tenido los Citas origen antes. Puesto, que si el fuego toda cosa ocupaba, convenía decir, se había ido extinguiendo poco a poco para hacer lugar a la tierra habitable. En cuyo caso no admitía duda haberse primero apagado en la parte del Setentrion, habitada dellos, por ser región más fría que todas: y que cuanto a Egipto, y todo Oriente, era menester confesar, no haber sido sino bien tarde aligerado el ardor, pues aún ahora en la mayor fuerza del Sol se sienten calores grandes. Asimismo, que si la tierra desde su principio se hallaba toda sepultada en profundo Océano, es de creer quedasen antes descubiertos los lugares más altos; siendo así, que donde el suelo es más bajo, mucho más se detienen las aguas. Por el consiguiente, que donde el terreno quedó primero enjuto, comenzasen a ser primeramente engendradas todas las cosas. El país de los Citas, no admitir duda ser más que los otros elevado, pudiéndose conocer de que todos los ríos originarios dél, en la laguna Meotis descenden, y desde allí enderezan su curso al mar Póntico, y a Egipto. Que era notorio ser igual provincia de tan bajo sitio,

y tan sujeto a las aguas, que no le pudieron librar dellas tantos Reyes en tantas edades, no obstante hayan usado exquisita diligencia, y válidose de gastos excesivos, en la formación de tantos diques, y reparos para defender la tierra de impetuosas inundaciones, siendo así, que cuando de un lado se detenían, trabucaban de otro. En cuya conformidad, no ser posible cultivar las heredades, si primero no se trataba de refrenar el Nilo con artificiosas puertas. En virtud de que no se debía alegar, hubiesen aquellos contornos producido hombres con más antigüedad, siendo tan reciente su ser, que apenas le cría y conserva la invención de prevenciones y máquinas. Con estas razones procuraba una y otra nación, probar su antigüedad.

Mas por lo que toca a Egipto, es cosa clara haber sido otras veces cubierta de agua una parte suya. Todo lo que se halla sobre Menfis, partiendo términos hacia los montes de Etiopía, fue mar, según el parecer de Herodoto. Cuanto terreno, como escribe Estrabón, se halla pasado Siene hasta el mar, del Nilo bañado, fue desde principio llamado Egipto, cuyos confines se habían con extremo dilatado, como se puede ver por los versos de Homero. Allí dice, hallarse una jornada lejos de tierra firme, la isla de Faro, ahora cercanísima a la ciudad de Alejandría.

Estas cosas a ser verdad, manifiestan bien ser poco antigua semejante provincia. Menos, a ser verdadero Herodoto, pueden probar su antigüedad, afirmando ser originarios sólo mil años antes del Imperio de Darío, Rey de Persia. Como quiera que por las razones arriba alegadas, no haya sido una ni otra región bien cómoda para vivir los hombres, es más seguro creer, fuese primero habitada aquella tierra que tiene más templado el aire. Según esto, es más conforme a la verdad decir haya sido productora de los primeros mortales la media región que se halla entre estas dos extremas, como sería el territorio de Damasco, según lo certifica la sagrada Escritura. Esta parte carecía de las incomodidades de Egipto y Citia, siendo por razón de su sitio naturalmente templada. De otra manera, es difícilísimo conocer por saber humano, en qué lugar, cuál gente, y cuál nación haya sido la primera; ni en qué espacio de siglos se aventajase a las demás.

Cuanto al origen de los pueblos, corrió por común opinión tenían al principio de todas las cosas, Cielo y tierra una sola esencia y forma: mas que después, separados los elementos, recibió el mundo el orden en que al presente es visto. En esta división tocó al aire el continuo movimiento que tiene; al fuego por su ligereza el lugar que sobre él ocupa, y por esta misma razón al Sol y estrellas el curso que naturalmente alcanzan. Lo que de humedad fue mezclado, quedó por su graveza en la misma masa, y por eso de lo más húmedo fue criado el mar, y de lo más duro la tierra en sí blanda, y lodosa. Ésta, luego que fue seca y endurecida, con el ardor del Sol sollevada, y en la superficie engruesecida, se conrearon en ella en muchas y diversas partes humores generativos, cubiertos de hollejos pequeños y blandos. Pues como la generación se haga en las cosas húmedas con intervención del calor, junto con el aire que esparció la noche, y fortificó el día, conducidas semejantes corrupciones hasta su estremidad, como si hubiera llegado a una el tiempo de su formación y parto, engendran las figuras de todas las suertes de animales, tras haber roto aquellas pequeñas pieles.

Déstos, los que más habían participado de calor, en volátiles fueron convertidos, subiendo a la región más alta. Los que alcanzaron más de terrestre, quedáronse para habitar en el suelo. Los que retuvieron la naturaleza del agua, fueron colocados en el mismo elemento, conforme a su complexión. La tierra pues, vuelta de allí adelante más seca, así por el ardor del Sol, como por los vientos, cesó de engendrar de nuevo tales criaturas: mas las que ya se hallaban hechas, por la comestión de sí mismas, produjeron otras sus semejantes.

Los Caldeos, Astrólogos sapientísimos, fueron de parecer hubiese sido el mundo siempre; y que así como no tuvo principio, jamás había de tener fin. Siguió también Aristóteles esta aseveración, afirmando eran sempiternas todas las especies de los animales. Platón en el tercero, y en el duodécimo de las leyes, duda, si el mundo, y el género humano hayan sido eternamente, o no, diciendo, o no haber tenido jamás principio la generación de los hombres, o si le había tenido, poseer antigüedad de inestimables siglos. El mismo autor en el Timeo, Cricia, Menexemo Político, es de opinión se disminuyan poco a poco en larga sucesión de edades el vigor de los ingenios, y la fertilidad de los cuerpos, de forma que los unos se hallan en cierto modo privados de su dignidad, y los otros vacíos de su fecundidad acostumbrada. Entonces, queriendo Dios restituir al género humano en el estado precedente, inunda, o abrasa la tierra, templándose por él, que es su motor, de tal suerte los movimientos celestiales, que cede el superior destino, concurriendo siempre a la divina providencia. Así regada la tierra, produce de nuevo humor, y se vuelve fecunda por el subsecuente calor del lucidísimo Planeta, o por el caer de copiosas lluvias, tras excesivas sequedades, y largos ardores. Con esto, no sólo se engendran y reengendran pequeños animales, como los que comúnmente se veen, sino también otros mayores, naciendo de la tierra como de madre. Aplaudieron esta sentencia muchos Egipcios, Griegos y Árabes, en particular Algasel, y Avicena, con quien se conforma Aristóteles en los Problemas cuando dice, nacen pequeños animales en las pequeñas mutaciones de los tiempos, mayores en las mayores, y en las grandísimas se engendran monstruos grandísimos.

Sintieron en fin todos como Gentiles; mas los Judíos, Cristianos y Sarracenos, siguiendo al divino Profeta y legislador Moisés, creen hizo Dios de nada el mundo, y a su semejanza el primer hombre Adán del polvo de la tierra, habiéndole inspirado en el rostro el espíritu de la vida, y enriqueciéndole, y dotándole de alma. Después queriéndole proveer de compañía, resuelto por su disposición en un sueño profundísimo, tomó una de sus costillas, y della formó la primera mujer llamada Eva. Tras esto, colocados los dos en el Paraíso terrestre (donde se hallaba sin algún trabajo rica abundancia de todos bienes) fueron echados dél por su inobediencia. Que deste varón y desta hembra conjuntos en matrimonio, se derivaron y decendieron todos los hombres esparcidos por toda la tierra. Por eso, considerando S. Agustín, hallarse de cinco Zonas descritas por los antiguos Astrólogos, y Cosmografos, solas dos templadas y habitables, siendo imposible pasar de una a otra por el ardor de la Tórrida, puesta en medio (lo que cuando fuera, se seguiría necesariamente no ser sucesores de Adán los Antípodas) eligió antes negar no haberlos, que caer en alguna absurda impiedad. Mas es cosa cierta por las navegaciones de antiguos y modernos que los hay, como son los de la Trapobana a los Españoles. Conócese por el aspecto del cielo, por la aparición de las estrellas, por nuestro Polo

encubierto, y por la elevación del suyo, teniendo todas las cosas contrarias a nosotros, Invierno y Estío, día y noche, Oriente y Ocaso.

También proponían los Griegos en sus fábulas, que habiéndose enamorado Vulcano de Minerva, esparció en cierta ocasión su virtud generativa sobre el distrito de Ática, de quien los Atenenses nacieron, jactándose por eso haber salido de su propia tierra, sin reconocer origen de otra parte. Por la tierra entendían toda materia, y por Vulcano el fuego que a la misma vivifica y conmueve. Decían más, que Ceres sucedido el robo de Proserpina su hija, tras errar por el mundo larguísimo espacio, se detuvo en sus confines, donde enseñó primeramente el uso del trigo, manifestándolo ellos después al resto de las naciones. Que no sólo su ciudad comunicó esta forma de vivir a los menesterosos, sino también haber sido la primera que formó leyes, y estableció gobierno. Y que en parte halló las artes gratas a la necesidad, y al placer, y en parte las aprobó, y mejoró, volviéndolas más exquisitas. Que obtuvo el honor de la Filosofía, por cuyo medio las demás cosas fueron, o halladas, o corregidas. Que no admitía duda, ser ellos los inventores de la elocuencia, donde consiguió los postreros realces, y su mayor perfección.

Mas excluidas todas estas disputas y jactancias de los pueblos, como vanas y erróneas, junto con las imaginaciones y quimeras de los Filósofos, sólo es justo seguir la certeza de la Escritura sagrada, donde como se debe se trata de la creación del mundo, y de la generación humana. Bien, que por lo que pertenece al discurrir del vario florecer de letras y armas, como principal intento, es puesto en razón comenzar por los Egipcios, ya que por haber sido ingeniosos y valientes, parece ser los primeros que en sabiduría y potencia se aventajaron. En esta conformidad, Sócrates Orador insigne, loando a Busiris, como a quien hizo elección deste país para dominarle, escribe casi en esta forma.

Por tanto, reconociendo no estar los otros lugares dispuestos convenientemente según la naturaleza del universo: antes conocerse los unos demasiado sujetos a las lluvias, los otros ser molestados de excesivo calor; y esta región hallarse en el más hermoso sitio del mundo, y más abundante de toda suerte de regalos, con justísima causa la quiso elegir para su asiento. Cíñela casi como con natural muralla el Nilo, defendiéndola no sólo, sino fecundándola. Hácela igual disposición inexpugnable para los extranjeros que la pretendieren asaltar, y utilísima a sus moradores por los riegos y otras comodidades conseguidas por su singular industria y diligencia en la cultura. Ayúdales sobremanera el tener en su mano la humedad, o el sequío, uno y otro sólo dispensado por Júpiter en otros distritos. Su felicidad es tan grande, que considerándose la bondad y excelencia del territorio y la extensión de sus campos, se juzgará gozarse allí los beneficios de la tierra firme, y si la copia de las cosas que de las comarcas se comunican, se dirá ser toda isla su habitación. Porque corriendo de una y otra parte el Nilo, y regando casi toda la provincia, les ocasiona abundancia increíble de regalados frutos, y comodísimo trato por sus navegaciones.

Busiris pues comenzó de donde suelen los hombres sabios, esto es, haciendo elección de sitio bellissimo, para proveer todas las cosas convenientes a los moradores. Después dividiéndolos por órdenes y grados, los unos a los sacrificios, los otros a las artes, los otros a la guerra, dispuso. Juzgó, debían ser las necesidades comunes socorridas por los

agricultores y artistas, mas la segurísima protección de todo depender solamente de la devoción para con los dioses, y del ejercicio de las armas. Y concurriendo en él toda la perfección que se requiere en un buen legislador, ordenó ejercitase siempre cada uno dellos un arte misma, sabiendo no la puede entender exactamente, ni hacer obra alguna con destreza quien muda a menudo profesión. Antes ser cierto, salen comúnmente hábiles en una ocupación los que de continuo se detienen en ella. Sucedió de aquí, haberse aventajado los Egipcios tanto en las artes a todos los demás, quanto el más sabio suele al más ignorante. Demás, observan en su Reino gobierno tan acertado, que disputando deste particular los Filósofos más célebres, los anteponen a los más entendidos; causa de que las Repúblicas de más nombre y reputación refieran a los Egipcios, como a principales autores el estudio y ejercicio de la sabiduría.

Sobre todo, fueron entre ellos tan aventajados los Sacerdotes, que quisieron tuviesen en primer lugar rentas sacras con que sustentarse espléndidamente. Después, respeto de requerirse en ellos por sus leyes gran santidad, vivieron con templanza: y esentos de la milicia y otros cargos, pasaban la vida en reposo.

Gozando destas comodidades, hallaron la Medicina para socorrer los cuerpos; no la que pone en obra medicamentos peligrosos, sino otros tan suaves y blandos, que se pueden tomar seguramente como bebidas ordinarias: y con todo tan provechosas, que vive largamente quien las recibe, conservando siempre gallarda disposición. Para curar los ánimos pusieron delante el ejercicio de la Filosofía, con que poder investigar la naturaleza de las cosas, y formar leyes. Cometían a los ancianos los cargos de más consideración, y persuadían a los mancebos vacasen a la Astrología, Aritmética, y Geometría (prostrados cualesquier apetitos) como a facultades utilísimas para muchas cosas. Su piedad y devoción con los dioses fue digna de toda admiración y alabanza. Los Hipócritas como diestros en disimular su vida, con apariencia de saber, o con otra fingida virtud, dañan en sumo grado a los ignorantes y simples. Mas los que en las cosas divinas proceden de suerte que demuestran y hacen parecer hallarse más ciertas en la otra vida que en ésta las penas y los premios, son a los mortales de grandísimo aprovechamiento. Pues los primeros que en nuestros ánimos dejaron infundida semejante reverencia y temor, fueron causa de hacer cesar entre nosotros toda brutal fiereza.

Muchas cosas se ofrecen decir quanto a la rígida observancia desta nación en igual materia, conocidas y tratadas por insignes autores. Pitágoras Samio, partiendo a Egipto, fue discípulo de sus moradores, y el primero que trujo a Grecia la Filosofía. Éste mientras allí asistió, puso exquisito cuidado en la inteligencia de sacrificios y consagraciones de templos. Sentía, que si bien por tal diligencia nada más le habían de conferir los dioses, esperaba con todo por ella ser tenido de los hombres en mayor reputación. Ni le engañó semejante disinio, pues le sucedió en la misma forma. Fue tan estimado de todos, que deseaban ser sus discípulos hasta los más ingeniosos, siendo más caro a los ya entrados en edad madura, frecuentasen sus hijos la escuela deste varón, que el verlos atender a los negocios particulares de interés. Y es cierto, dura casi hasta el día de hoy el crédito adquirido de tiempos tan lejanos, pues son los que se llaman sus secuaces, tenidos en más callando, que los otros hablando elocuentemente.

Platón en el Timeo, narrando el viaje hecho por Solón a Egipto, y el cómo se informaba de los Sacerdotes de las cosas antiguas de aquellos países (poseídas por ellos maravillosamente) escribe haber hallado por experiencia, no entendían él, ni otro cualquier Griego en su comparación, cosa alguna. Después describe sumariamente la policía de los Egipcios, en que eran principalmente divididos los Sacerdotes del resto del pueblo. Luego los Artistas atendían a su ocupación, no mezclados con los otros, sino como si dijésemos, distinto cada gremio de los demás. Lo mismo hacían los pastores, los que atendían a la caza, y los labradores. La gente militar era por el consiguiente separada, sin que con ella se entremetiese alguno. Demás, ¿cuál cuidado no tenían sus leyes de la prudencia y templanza, de la adivinación, y de la Medicina? Conformándose con esto Aristóteles en la Política, dice; no ser nuevo, o recientemente venido a noticia de los que filosofaron sobre los gobiernos, el ser necesario partir la ciudad por los grados de los ejercicios, y que sean diferentes en lugar los soldados de los labradores. Porque este orden (prosigue) observa aún hoy Egipto, habiéndolo dispuesto así Sesostre.

Plutarco en el discurso de Isis y Osiris, escribe, se elegían en aquella parte los Reyes, del número ya de los Sacerdotes, ya de los militares, puesto que el uno era reverenciado por el valor, y honrado el otro por la sabiduría. La elección hecha en alguno de los hombres de guerra, era asimismo recibida en el orden del Sacerdocio, siéndoles comunicados, y descubiertos los secretos de su Filosofía. Cubría ésta muchos misterios con velo fabuloso, y bajo de palabras, que oscuramente mostraban, y hacían ver por oblicuo la verdad; siempre circunspectos en no profanar su doctrina, con publicar demasiado las cosas que pertenecían al conocimiento de Dios. Esto testifican también los más doctos varones de la Grecia, Solón, Tales, Platón, Eudoxo, Pitágoras, y según algunos quieren decir, el mismo Licurgo, que aposta fueron a Egipto, para conferir lo más importante con los sacerdotes. Déstos fue Pitágoras en particular muy estimado, pagándosele, con haberlos tenido en tanta consideración, que procuró imitar con palabras cubiertas su místico modo de hablar, ocultando sus concetos bajo de razones figuradas y enigmáticas, siendo las letras, que en tal provincia Hieroglíficos se llaman, casi todas a los preceptos Pitagóricos conformes y semejantes. Herodoto en la Euterpe, hablando de los Egipcios, afirma, ser los que habitan el terreno más fértil, y de mejor ingenio que los demás, vistos y comunicados por él hasta entonces. Cuanto a salud, los pone tras los Africanos, por recibir que entre ellos poca alteración las estaciones del año: siendo así que todas las enfermedades son engendradas en particular de sus improvisas mudanzas, con que se suelen abreviar los términos del vivir.

Tan digna reputación alcanzaron los Egipcios acerca de los más sabios de la Grecia. Glórianse sobre todo de haber sido inventores de las letras, de la Astrología, de la Aritmética, Geometría, y otras muchas ciencias, en particular de haber introducido, y hallado las mejores leyes. Los Tebanos asimismo ayudados grandemente del sitio de su provincia, llano todo y sin nubes, se aplicaron con singular afición a conocer el movimiento de las estrellas. Observaron por el consiguiente con tanta diligencia los eclipses del Sol y de la Luna, que por su medio pronosticaron muchas cosas, anunciando con inaudita certeza los accidentes de los años, a fin se pudiese proveer mejor la esterilidad o abundancia de los frutos, las enfermedades que amenazaban, así de hombres como de animales, los terremotos, los nacimientos de los cometas, y otras cosas difíciles



de conocerse, casi a ellos notorias, por la continua y larga experiencia. Este era el verdadero y propio oficio de los sacerdotes, tenidos por esta causa en grande estimación, así por estar a su cargo las cosas divinas, como por hallarse copiosos de ciencia que enseñaban a otros. Dividiéndose en tres partes todas las rentas públicas, les era señalada la primera para emplearla en el uso de los sacrificios, y en su moderado sustento. Mandábalos llamar el Rey, para aconsejarse con ellos en los negocios de importancia, siendo por esta razón junto con sus hijos, libres de todo tributo, con el segundo lugar después del Regio, en honor y dignidad. La otra parte de las rentas pertenecía al mismo Rey, para gastarla en guerras, entretener su aparato y Corte, y recompensar a quien lo mereciese. Esta orden se hallaba establecida con particular firmeza, sin inovarse jamás, causa de no ser molestados los pueblos con nuevas imposiciones. La tercera parte se recibía para los nobles, y otras personas militares, pláticas y bien ejercitadas, a fin de que por iguales entretenimientos estuviesen más prontos para emprender peligros, y abundantes y cómodos de bienes, se inclinasen más a engendrar hijos. De aquí nacía, que manteniéndose por este camino bien poblada la tierra, no tenía necesidad de soldados forasteros. Jamás deprendían arte vil, mas del todo se dedicaban a las armas, cuyo ejercicio era como hereditario en las familias. Los profesores de las artes acababan sus obras maravillosamente, rematándolas en la mayor perfección, por no ocuparse sino en lo que les era permitido por las leyes, y habían aprendido de sus padres. Era forzoso se registrase cada uno todos los años, haciéndose conocer del superior de su barrio, a quien constaba lo de que vivía. Tanto aborrecían los ociosos y holgazanes, que si se dejaba de hacer tal diligencia, o no se mostraba alguna razón justa o honesta con que entretuviese su vida, era sin remisión condenado a muerte. Y así como aquella tierra fue la más poblada que otra cualquiera del mundo, y bastecida de todo género de excelentes artífices; así sus Reyes edificaron grandísimas ciudades, como fueron Tebas, Menfis, y otras. Erigieron asimismo suntuosísimas pirámides, templos, laberintos, sepulcros, colosos, obeliscos, y fábricas semejantes, las mayores que entre humanos se vieron, sin que la envidiosa vejez en tan largo curso de tiempo, y entre tantas mudanzas de Monarquías del todo las haya podido consumir.

En lo demás, la circunferencia de Egipto fue juzgada siempre excelentísima, tanto por hacerla a maravilla fuerte sus confines, cuanto por la grata amenidad de todo el distrito. Tiene por límites hacia Occidente, grandísimos páramos, y una parte de la Libia desierta, difícil no sólo de pasar, sino también peligrosísima por el defeto de las aguas, y por la esterilidad de la comida. Fortificanla por el lado de Mediodía las puertas, zanjas, y travesías del Nilo, hallándose por el consiguiente circuída de cercanos montes. De la misma suerte cesa el recelo que la pudiera ocasionar Etiopía, por alta y distante espacio de trecientas leguas, así por no poderse navegar el río cómodamente, como por ser el viaje de tierra casi imposible, salvo a la persona de un gran Rey, proveído de innumerable cantidad de bastimentos. Por Levante le sirve de muralla inexpugnable una profundísima laguna, larga más de doce leguas, árbitro de términos entre la Soria y Egipto. Por Setentrión la asegura un mar cerrado, sin puerto, donde es difícil mucho encontrar parte, en que poder tomar tierra.

Con hallarse por tales medios segurísima y fuerte, no pudo escusar el ser dominada de diversas naciones, tanta incertidumbre traen consigo los Imperios. Gobernáronla primero

sus Reyes naturales: después los Etiópes, Persianos, Macedonios, Romanos, Griegos, Califas, Soldanes, y al presente el Turco. Mas entre todos los Monarcas así naturales como extranjeros que la han poseído, ninguno llegó al poder y magnificencia de Sesostre, habiendo excedido en valor y felicidad, no sólo a los Asirios y Persianos, sino también a los Romanos y Macedonios. Su padre advertido por anuncios de la futura grandeza del hijo, a fin saliese capaz, si fuese necesario, para poseer el más ancho imperio, hizo recoger y juntar todos los niños de la provincia, nacidos el propio día que el suyo. Tras esto mandó se criasen a un tiempo con él, y que siguiesen una misma inclinación y disciplina, juzgando saldrían por la conformidad de educación, más amadores unos de otros, y más valientes guerreros.

Enderezando su primera expedición contra los Árabes con ejército destos suyos (así en las fatigas y trabajos endurecidos y enseñados a la templanza) redujo a su obediencia toda aquella nación, franca y libre hasta entonces, y jactanciosa de la más acrisolada nobleza, por no haber mezclado su sangre jamás con la de estraños. Después aún sido bien joven, la mayor parte de la Libia le reconoció vasallaje. En esta forma ensanchando el ánimo por tan felices sucesos, tuvo fijo en el corazón hacerse señor del mundo. Para esto congregó un ejército de seiscientos mil infantes, veinticuatro mil caballos, y diez y ocho mil carros, apropiados a la guerra, arrojando cuatrocientas naves en el mar Rojo. Fue el primero de todos que halló el uso de las galeras, si bien con menos perfección y remos que las de ahora. Sobre tan poderosa hueste instituyó Capitanes la mayor parte de los que se habían educado con él, hombres (según se dijo) por extremo ejercitados en la milicia, y amaestrados desde la niñez en las cosas de honor y virtud. Con estas fuerzas tan superiores conquistó de un lado la Etiopía, con las islas adyacentes en su paraje, y toda la ribera del mar hasta los Indianos. De otro, el Asia mayor, sojuzgando no sólo aquellos pueblos que del Magno Macedonio fueron superados después, sino también otras muchas naciones, a quien jamás se avecinó, ni molestó Alejandro con sus armas. En esta conformidad pasando el río Ganges, marchó de una y otra parte por todo el distrito de la India, sirviéndole sólo de impedimento el grande Océano. Atravesó todos los Citas, hasta el Tanáis que divide al Asia de la Europa. Luego caminando desde allí a Tracia, le fue forzoso poner fin a su empresa, por la aspereza de lugares, y penuria de bastimentos. Erigió en las provincias conquistadas muchas columnas, algunas con la efigie de varón, y otras con la de hembra; queriendo significar así el valor o vileza de los pueblos vencidos. Dando pues vuelta, glorioso por tantas vitorias con todos los prisioneros (cuyo número era casi infinito) y con todos los despojos ganados, hasta de las cosas más menudas, traídas por él, adornó los Templos, recompensando liberalmente a los Capitanes y soldados que le habían seguido y servido a satisfacción. Y mientras en paz y reposo gozaba tan dilatado Imperio, hizo muchos y excelentes actos, así para ornamento, como para seguridad de Egipto. Enderezó baluartes, diques, reductos, tijeras, clavijas y puentes, sobre muchos de quien fabricó ciudades y villas, situadas antes en puestos bajos, para que hombres y animales, mientras duran las avenidas del Nilo, estuviesen seguros de sus inundaciones. Abrió canales capacísimos en la parte que encamina de Menfis al mar, así para conducir por ellos más fácil y prontamente lo necesario a la vida, como para fortificar los lugares, por donde se podían recelar invasiones de contrarios, volviéndoles más difícil el saltar en tierra, con la muchedumbre de revellines, cubos, fosos, y cavas. Mandó levantar un alto mundo de noventa y cuatro leguas de longitud hacia la Soria y

Arabia, desde el Pelusio hasta la ciudad del Sol, obra por cierto digna de fabricante tan poderoso, a quien sólo puede exceder el edificado a trechos en la China de cuatrocientas leguas, para defensa del Tártaro.

Éste solo entre los más aplaudidos y celebrados, pasó todos los términos de magnificencia y pompa, si se atiende a la costumbre observada por él. Cuando las naciones vencidas, y los a quien había dado el mismo Reinos, junto con los Generales, señalados para guarda de las provincias, llegaban a ofrecerle los dones y tributos que le debían, si determinaba visitar el Templo, o caminar por la ciudad; hacía ligar en su carro cuatro de los más principales, para que le tirasen en lugar de caballos. Mostraba por este camino, no debía con él igualarse otro algún Rey, Príncipe ilustre, o Capitán, pues en valor los había excedido a todos. Su fama y gloria fue tan grande, que largo tiempo después de su muerte, cuando los Persas poseían el Reino, queriendo Darío padre de Jerjes, colocar su estatua sobre la de Sesostre en la ciudad de Menfis, se lo contradijo públicamente el gran sacerdote de Vulcano. Propúsole, que no eran semejantes aún sus hazañas a las de aquel ínclito Monarca, debelador de no menos naciones que él, pues entre las otras había sojuzgado los Citas, a quien el mismo Darío no había podido hacer daño. Por eso no era conveniente precediese su oblación a la de un Rey de quien había sido superado en magnánimas empresas. Cuyas palabras recibidas por el Persiano en buena parte, agrado de hablar tan libre, respondió, pondría diligencia y trabajo en no ser en cosa alguna inferior a Sesostre, si le concediesen los hados vida tan larga. Así rogó al sacerdote quisiese conferir la edad con los hechos, y que esto le debía ser testimonio de su virtud.

Quien tras Sesostre, a mi parecer, mereció singular alabanza, fue Tolomeo Filadelfo, por el aumento que por su medio y favor consiguieron las letras. Fundó para su enseñanza y concurso en Alejandría, Metrópoli de su Reino, aquel celebradísimo estudio, donde todos los profesores se comunicaban unos a otros todas las ciencias, antes sólo de los sacerdotes poseídas, a quien por hallarse tratadas no más que en lengua Egipcia, hizo traducir en Griego. Llamó de todas las partes para enseñarlas hombres doctísimos, premiándolos liberalmente con mercedes y salarios crecidos. Hizo edificar el magnífico Museo que dotó de gruesas rentas para congrua sustentación de estudiantes. Juntó la famosa librería, de quien tantos han hecho mención, donde había seiscientos mil volúmenes. Esta fundación aumentaron después los Romanos, conservándose hasta la usurpación de aquel Reino, hecha por los Mahometanos que extinguieron del todo la lengua Griega, y la antigua Egipcia. Así por la rustiquez destes infieles feneció lo que había permanecido tres mil años, escapándose de tantos accidentes como traen consigo tan varias Monarquías, habiendo experimentado Egipto la Etiópica, Asiria, Meda, Persiana, Macedona, Pártica y Romana.

En Asiria imperaron antiguamente muchos Reyes naturales de la misma provincia, cuyos nombres y hechos dejó sin luz y memoria el largo curso de los años. Mas quien entre todos dio a los Historiadores mayor motivo para escribir sus cosas, fue Nino. Éste inclinado por su naturaleza a la guerra, y ambicioso de gloria, fue el primero que por fuerza de armas sujetó las naciones. Apoderose de la Monarquía feliz y brevemente, dilatando su Imperio al través y a lo largo del Asia. Casi parece increíble el número del

ejército que juntó, constando de un millón y setecientos mil hombres de pie, docientos mil de caballo, con un millón y seiscientos mil carros falcados. Con tan monstruoso poder debeló y venció en diez y siete años todas las gentes moradoras en las estendidas riberas del mar de Levante, y sus confinantes Egipcios y Fenices. Los de la Soria interior, de Cilicia, Panfilia, Licia, Caria, Misia, Lidia y Frigia que se halla sobre el Helesponto. El país de la Propóntide, el de Bitinia y Capadocia, con otros pueblos sobre el mar Mayor, sin dejar de sojuzgar alguno desde el Nilo al Tanáis. Demás, juntó a su dominio los Cadusios, Tapiros, Hircanes, Dranges, Dérvicos, Caramanios, Coronenses, Rombos, Vocanienses, Partos, Persas, Susios, Caspios, Batrianos, y otros muchos, a quien referir menudamente fuera prolijidad. Volviendo a Soria, hizo elección de sitio cómodo para fabricar una ciudad, igual a su grandeza y gloria. Deseando pues fuese la mayor que antes y después se pudiese hallar, mandó concurrir de muchas partes gran muchedumbre de hombres, congregando todas las cosas necesarias a tan ambicioso intento. Edificola sobre el río Éufrates, sacándola en forma, no en todo cuadrada, ni compasada igualmente de cada parte con un mismo nivel y medida, sino más de los dos lados que de los otros prolongada. Ciñola con dos murallas, no menos bellas que fuertes. La cortina mayor se extendía por espacio de diez leguas, y la menor poco menos de seis; de suerte que venía a tener treinta y una de circuito. Y sin duda no quedó Nino en esto frustrado de su opinión, ya que no tuvo después el mundo ciudad de tan grande circunferencia y ámbito, de tal suntuosidad, hermosura y magnificencia. Al fin por establecer en ella copiosa población, forzó a los más principales y ricos de Asiria la habitasen. Admitió sin esto los demás que quisieron acudir de los otros pueblos convecinos, ordenando fuese en memoria suya llamada Nine o Nínive.

Por su muerte obtuvo su levantado Imperio Semíramis su mujer, mostrándose tan ínclita en riquezas, vitorias y triunfos, cuanto jamás hombre. Dícese della, fue arrojada recién nacida en un campo copioso de ciruelos y malezas, albergue de cantidad de aves. Éstas por divino querer la alimentaban, sirviéndole sus propias alas de amparo y defensa. De las cercanas caserías traían al principio leche en los picos para dársela; después queso, frecuentando tan a menudo el ir, y el volver, que repararon en ello los pastores. Acudieron pues donde estaba, y viéndola de tan excelente belleza, la ofrecieron a su mayoral, que hallándose sin sucesión, la hizo criar como si fuera su hija. Ya grande, por su rara hermosura, por sus honestos, cuan gallardos modos, vino al conocimiento de Nino, ocasionándole también su briosa viveza, ayuda para ganar la ciudad de los Batrios, donde enamorándose della, la recibió por mujer. Ni fue (según fabulizan) menos maravilloso su fin que su principio. Puesto que tras haber efetuado grandes conquistas, fabricado suntuosos edificios, asaltado la India con el ejército apuntado arriba, y dado al volver orden al gobierno del Reino, desapareció. Fingen algunos, haberse transformado en paloma, y que en compañía de gran número de pájaros que se hallaban en su retrete, voló. Mas su muerte, según la historia, se atribuye a Ninias su hijo, irritado de la torpe afición que en él había puesto. Deseosa de igualar, o exceder en gloria y magnificencia al marido, emprendió fabricar la ciudad de Babilonia, juntando para este efeto los arquitectos más insignes de otras provincias, y todos los materiales necesarios a tan importante fábrica. Para acabarla con no menor brevedad que perfección, mandó concurrir de todos los pueblos tres millones de súbditos. Hizo construir semeiante ciudad en ambas riberas de Éufrates, a fin de que viniese a pasar por su medio. Sobre este río

ordenó se edificase un puente, largo una milla, y ancho docientos pies, y un palacio en cada extremidad del mismo. Las murallas circuían veintidós leguas, con torres a justas distancias, de belleza y altura admirable. Tenía cien puertas de bronce labradas y guarnecidas maravillosamente. Hallábase el cuerpo de la ciudad dispuesto a nivel, con calles derechísimas, copiosas de casas conformes, cada una de a cuatro suelos. Los suntuosos palacios, castillos y templos, correspondían a tanta grandeza con altares, estatuas, mesas, y otros ornamentos de riqueza increíble, siempre aumentado todo por los Reyes sucesores, hasta que los Persianos debelando aquella provincia, robaron parte, y el resto derribaron por tierra. Herodoto afirma, haber sido esta ciudad después de Nínive, la mayor, la más hermosa, y la más fuerte.

Por estas obras de Nino y Semíramis, se puede conocer, se hallaba entonces la arquitectura en lo sumo de perfección, no como en esta edad, donde los más pláticos maestros, tras larga ponderación, yerran cuanto se les comete. Belo padre de Nino fue el primer observador de las estrellas en aquellas partes, y quien instituyó el orden de los sacerdotes Físicos y Astrólogos. Zoroastes Rey de los Batrianos, a quien en batalla deshizo Nino, fue autor de la Magia, y (según la suputación de Eusebio) Abrahán el primer fundador de la Religión verdadera, el primero que observó cumplidamente la ley de naturaleza, y que trató de la divina: el primero que persuadió a los hombres adorar a un solo Dios contra los Idolatras: y el primero que desterró las tinieblas del error, emprendiendo guerra contra los malos espíritus. Por estas causas recibió tan señaladas mercedes y honras de Dios, que habló con él, prometiéndole multiplicaría su posteridad sobre las estrellas del cielo, y arenas del mar, y que en su generación serían benditos los pueblos, naciendo della el Salvador del mundo, cuando más corrupto y depravado. De cuya promesa han sacado su principio la ley Mosaica y Cristiana, y hasta el mismo Mahoma, para encubrir y disimular su falsa dotrina, y atraer a sí más gentes, dice no predicar otra cosa que la Fe de Abrahán, con pretensión de introducirla y establecerla en el universo.

Volviendo al principal intento, Ninias o Nino el mozo colocado en el Reino tras la muerte de sus padres, hizo paz con todos los pueblos convecinos pasando la vida en deleites y ocio, fuera de la vista de los hombres, encerrado la mayor parte del tiempo en su palacio. Mas para asegurar el Reino, y para ser temido de los súbditos, hacía venir todos los años de cada provincia cantidad de soldados, entre quien al de más valor señalaba Capitán. Y cuando todo su ejército se hallaba unido y congregado fuera de la ciudad de Nínive, sobre cada nación nombraba por Coronel, o Maese de Campo, uno de los que asistían cerca de su persona, conocido por de más prudencia y esfuerzo. Acabado el año, daba licencia para volver a sus casas a los primeros, mandando venir otros de las mismas provincias. Desto sucedía vivir los vasallos más prontos a la obediencia, por el temor de la gente que contino asistía en campaña. Y si algunos delinquían, o se revelaban, quedaban por este camino expuestos a pagar su culpa, por tener siempre delante el castigo. La mudanza de los guerreros juzgaba importantísima para oviar no pudiesen Capitanes y soldados coligarse con tanta facilidad, conspirando contra él. Enseñó la experiencia, ser en extremo peligroso permanecer armados largamente los ejércitos. Vuévelos la continuación más ejercitados en las ocurrencias Marciales, más fuertes, sufridores de más trabajos, y a los superiores más diestros y prevenidos. Requisitos que dieron muchas

veces ocasión para perturbar la República, y apartarse del servicio del Príncipe. Roma consideró mal este punto, cuando gobernada por los Padres, y cuando por los Emperadores. Es cierto arruinó la República por sucesión de tiempo, la prolongación de los cargos generales en la guerra, naciendo dos inconvenientes. El primero, que deste modo se ejercita menor número de Capitanes en los hechos y plazas militares, y por el consiguiente se viene a restringir la reputación en pocas cabezas. El otro, que el ciudadano con mandar continuamente a un ejército, se le adquiere, se le hace su aficionado y parcial: así olvida con el tiempo la autoridad del Senado, reconociendo sólo al General que le gobierna. En esta forma Sila y Mario hallaron quien los siguiese contra la pública libertad, y en la misma Julio César (por la continuación de años permitida en su cargo de Cónsul) tuvo modo y ocasión para ocupar la patria; sin otros casi infinitos ejemplos que se pudieran traer en razón de elegir la gente de guerra Emperadores a su beneplácito y gusto.

Semejante Rey por ocurrir a tales inconvenientes, no sólo elegía por limitado tiempo los Capitanes de sus ejércitos y provincias, sino que también observaba el propio estilo, hasta con sus mayordomos y otros ministros de su Corte. En lo demás imaginaba, pudiese tener secretos sus placeres el modo de vivir del Príncipe incógnito y retirado, estimándole sin atreversele, bien como si fuera una invisible deidad. Imitáronle en esto los demás Reyes sucesores hasta Sardanápalo, en cuyo tiempo aquel dominio fue trasportado a los Medos. Este fue el hombre más efeminado, y el de menos capacidad que jamás naciese. Cosía de continuo entre las damas, manejando la rueca y el huso en hábito de mujer, más delicado que otra alguna en los afeites del rostro, en los rizos y delicadezas. Repartía labores entre las sirvientes; frecuentaba las mudas y grasillos, acomodando la habla y acción en todo a la voz y melindre ferminil. Ignoraba el bruto cuánto agrada el valor al mismo cielo. Deseaba tener todos los días viandas y bebidas nuevas que le incitasen a sensualidad, entregándose de tal manera a semejante vicio, que abusaba igualmente entrambos sexos, fuera de toda honestidad y vergüenza. Costumbres tan escandalosas, y modos tan depravados, fueron causa de aborrecerle dos Gobernadores suyos Beloch, natural de Babilonia el uno, y Arbices Medo el otro. Éstos conspirando con desprecio contra él, tras haberle difamado en juntas varias, y representándole inútil, infame y lascivo, le movieron guerra. Finalmente, a su despecho salió en campo, y presentó batalla con su efeminada compañía sin algún orden. Mas habiendo llevado lo peor, se retiró apresuradamente en su palacio. Dentro, hizo erigir al punto una máquina de maderos de alteza de trecientos pies, a manera de pirámide, dejando en medio un grande espacio vacío. En el centro deste había otro lugar, hecho asimismo de tablas y gruesos trabes, tan espacioso, que tenía en cuadro cien pies, que son en circunferencia cuatrocientos. Allí quiso se acomodasen muchas camas riquísimas, que al modo antiguo servían de aparato en los espléndidos banquetes, aplicando su mesa a cada lecho. De tal forma se hallaba ceñida aquella torre, que no tenía entrada, o abertura, salvo en lo muy alto ciertas claraboyas, por donde descendiese alguna luz. Acabada esta máquina, mandó entrar en ella a su mujer, a sus concubinas, y a las damas de más suerte, y más queridas, sin saber, ni rastrear lo que el Rey en su imaginación tenía determinado. Después entró él mismo, y se hizo encerrar sin alguna esperanza de volver a salir. Mas primero había hecho conducir en aquel lugar todos sus tesoros, que eran inestimables, gran cantidad de riquísimos ornamentos, y de piedras preciosas. Luego sus eunucos y criados de su cámara, en quien

tenía puesta toda su confianza, y de quien había recibido juramento, tendrían secreta su determinación. Dispuestas las cosas desta suerte, pegaron fuego a la pirámide, que duró espacio de quince días. Con igual traza Sardanápalo se abrasó a sí, junto con las prendas más estimadas, y todas sus riquezas, haciendo sólo en esto, acto de hombre, si lo es el de tan fuerte desesperación. El Budeo apreciando lo recogido para tal hoguera, lo estima en una gruesa suma de millones, con que parece quiso aquel bárbaro despojar la tierra de bienes.

Los dos Capitanes dividieron al punto entre sí la Monarquía. Beloch quedó Rey de Babilonia, y Arbices de los Medos. Aristóteles en la Política, poniendo duda en el fin de Sardanápalo, y en el Imperio de Asiria, dice, cuando no hubiese sucedido en la forma apuntada, poder con todo acaecer a cualquier Príncipe, que como él se gobernase, exagerando por suma desdicha y calamidad la insuficiencia, remisión y flojedad de un Rey, cabeza en quien reside el valor de los sentidos, esto es, la felicidad de los súbditos.

En Asiria los Caldeos a las cosas divinas eran diputados, y sólo en estudiar gastaban todo su tiempo, con adquirida reputación de ser doctísimos en la Astrología. Muchos los accidentes futuros anunciaban, venerándolos por tal respeto como a semidioses. Tras haber pronosticado las malas fortunas en que los hombres caen, se las procuraban divertir con sacrificios y plegarias. Sin esto interpretaban sueños, agüeros y presagios, en que se hallaban expertísimos, por haberse ejercitado en ellos desde niños. Sobre todo la disposición de la provincia los hacía hábiles sumamente en tal ocupación, por habitar (como también se refirió de los Egipcios) en países llanos, donde el aire casi siempre se ve libre de nubes y montes que impidan la vista del cielo. Así tuvieron comodidad para aplicarse enteramente a la contemplación de las estrellas, observando sus cursos, cómo las unas de las otras se aparten o acerquen, sus conjunciones, oposiciones, y lo entonces sucedido. En qué estaciones, y de qué manera se escondan y aparezcan, prediciendo las señales de dichas o infelicidades futuras que ocasionan, primero al hombre, y después a las ciudades. En suma, concuerdan todos, haber sido los Caldeos sapientísimos en la doctrina celeste, por haber continuado su estudio largo tiempo. Platón en el Epinómides, reconoce haber tenido origen la Astrología en Soria y Egipto, donde por la serenidad casi de todas estaciones, se ven claramente las estrellas. Y que semejante observación fue continuada en aquellas partes por muchos siglos, y después a Grecia transferida. Con todo, Simplicio comentador de Aristóteles, certifica, haber cometido este gran Filósofo (hallándose cerca la persona de Alejandro) a Calístenes, el informarse con diligencia de la antigüedad de los Caldeos, mientras se hallaba el ejército ocupado en saquear la ciudad de Babilonia. A que respondió, tras hacer diligente inquisición, haber hallado, no excedía su historia el término de mil y novecientos años.

Otros atribuyen a los Caldeos, no sólo el loor de la Astrología, sino también el de otras muchas artes. Y que Prometeo (de aquella nación) por haber demostrado los movimientos de los Planetas, y descubierto los misterios de la naturaleza con el velo de fábulas, fue juzgado haber traído del cielo el fuego sacro (robo hecho a Palas) infundiendo con él, alma en el hombre, a quien había formado de tierra. Después que en venganza del caso, y por castigar esta osadía, fue por Mercurio en la cumbre del monte Cáucaso fuertemente amarrado a una coluna, queriendo con esto sinificar su asistencia grandísima en la

contemplación de la naturaleza, y del cielo. Siente la opinión Caldaica del mundo, como la de otros Étnicos, haber sido siempre, que no tuvo principio, ni tendrá fin, atribuyendo a la providencia divina el orden y forma de todo. Que las cosas celestes no son fortuita o naturalmente gobernadas, sino por el firme y determinado querer de los dioses. Alegaban, consistía la mayor influencia y virtud del cielo en los Planetas. Que el conocimiento de tales accidentes se alcanzaba, así por sus ascendentes, como por sus colores. Mostraban a menudo, como a la vista, a los pueblos, a las provincias, a los Reyes y a los hombres particulares, las cosas que les podían ser útiles, o dañosas, tomando la certeza de esto algunas veces de los vientos y lluvias, otras de los calores y cometas, de los eclipses del Sol y de la Luna, y de otras muchas señales provechosas grandemente al nacimiento del hombre, rastreando por su naturaleza y propiedad, su buena o mala fortuna. Así por iguales aspectos pronosticaron, cuándo había de combatir Alejandro con Darío, advirtiendo de la misma forma después a Nicanor, Antígono, Seleuco, y a otros Reyes lo que les había de suceder con tanta evidencia, y tan grande exceso del ingenio humano, que ocasionaba inaudita admiración.

Dividido pues el Reino de los Asirios, dominaron en Asia los Medos de una parte, y los Babilonios de otra; siguiendo de allí adelante los usos y costumbres de los que imperaban, sin descubrir alguna propia singularidad, así en armas como en letras.

Tal corren a su fin las cosas que prometían más prolongada duración, sin que aproveche prudente discurso, ni acendrado juicio. Descúbrese mayor en el hombre esta mudanza, causa de haber producido cuidadosa imaginación en los antiguos, siendo certísimo participan todos de un alma racional, y los cuerpos de una propia materia. Ofrécese por momentos dudas de dónde proceda la variedad que se ve en cada uno desde el instante de su nacimiento. Con esta diversidad de inclinaciones parece recibe recreo la naturaleza, haciéndose como diferente madre, según la calidad de los países. Afirman los Astrólogos, hallarse templadas y regidas todas las naturalezas inferiores de la de arriba. Esto es, que por el movimiento del cielo todas estas cosas de abajo se engendran y corrompen, o las unas en las otras se transustancian. Demás, sienten provenga tal diversidad de cuerpos, y de ingenios en los hombres de las influencias y revoluciones de los Planetas, con la intervención y asistencia de las otras lumbres, siendo los unos impelidos en particular a una acción, y los otros a otra; como en mar los bajeles de los vientos. Y en la forma que los navíos no pueden por sí hacer viaje, tal los humores en los cuerpos, por ser movidos por los rayos de las estrellas, por quien reciben diversas disposiciones, que el alma en sus acciones representa después. Por manera que según su parecer, ninguno puede aprender disciplina o arte, ni en ella hacerse excelente, si no le es comunicada del cielo y sus constelaciones la causa y origen de su excelencia. Si bien (prosiguen) el temple, situación, gobierno de provincias, leyes y estatutos de estados, religiones y costumbres sean muchas veces contrarios a la fatal disposición, no por eso deja de inclinar los sujetos al mal o al bien, acomodándose, cuanto es posible, con la principal naturaleza, derivada de arriba. No niegan con todo, sea grandemente divertida y ayudada tal inclinación de loables ejercicios, y virtuosas instituciones, pues sucede lo que en los terrenos, a quien hace más fértiles el cuidado y diligencia; mas dejados incultos, vuelven en corto espacio al ser primero de su maleza.



Considerando los más antiguos Filósofos, se divisaban en los espíritus de los hombres algunas semillas o vislumbres de todas las ciencias, junto con algún conocimiento de Dios, de la virtud, y del vicio, sin doctrina ni institución precedente, pensaron fuesen extraídas las almas de la divinidad. Y que antes de haber descendido del cielo a la tierra (lugar contrario a su inmortalidad) se hallaban dotadas de inteligencias universales, de quien, y de todas las ciencias que poseían, se olvidaban, por el contagio del cuerpo, donde venían a habitar. Mas que después recobraban la noticia de todo en virtud del cuidado, estudio y ejercicio de la memoria. Así juzgaron derivarse deste principio las primeras centellas y facultades del ingenio, a quien llamaban reminiscencia. Por tanto concluían, no proceder de elementaria materia, el discurrir, el enseñar, el aprender, disponer, inquirir, juzgar, y otras acciones del alma inteligente, en cualquier forma que esté dispuesta, sino de otra más noble, sempiterna, incorruptible, y separada.

Los Cristianos mejor instruidos, juzgan, consiste la causa desta variedad, no en las complexiones humanas, ni en las constelaciones celestes, menos en la inconstancia de la fortuna; sino conociendo ser verdaderamente gobernado el mundo de la divina providencia, reduciéndolo todo a ella, creen firmemente haber hecho Dios a su voluntad, y con sólo su espíritu todas las cosas. Después haber distribuido en todos (distintos en personas particulares) distintas y diferentes gracias, poniendo la mira en el bien común, y en la conservación del humano consorcio. Ser cierto que éste no permanece sin muchos grados, administraciones, oficios, cargos y obras, manteniéndose así por medio de un mutuo socorro, y recíproca ayuda de unos a otros. Mas la verdadera virtud sólo a aquel divino Señor debe ser pedida, y dél principalmente esperada, sin excluir la inclinación natural, y la buena educación. Convenir por tanto, sea excitado y promovido el instinto natural de virtuosa institución, que habiendo algún mal, le corrige, y aumenta el bien en los sujetos felizmente nacidos, conduciendo por advertencias sabías la aptitud y destreza natural a su verdadera perfección. Tanto más, habiendo visto no hallarse cosa cabal en su primer nacimiento, en quien precede de continuo alguna disposición, antes de seguirse el cumplimiento. La bondad sola de la naturaleza sin disciplina, es malsegura, como también inútil la disciplina sin naturaleza. Así, no basta, elija el labrador terreno por sí fecundo, si no aplica de su parte cultura y solicitud, esparciendo buena semilla, a fin de conseguir mayor utilidad. Después para confirmar estos dos requisitos, naturaleza y disciplina, y hacer hábito que haya de durar siempre, es necesario valerse de perseverancia y continuo ejercicio en las materias y obras concernientes a la vocación de todo sujeto. Conviene sin duda usar los necesarios preparativos, para hacer adquisición de durable alabanza en lo que se profesare, y aprender la virtud desde la niñez en el corazón y costumbres, con cuidadosa crianza, para que dure largo tiempo. Hállanse raras veces iguales condiciones juntas, mas donde concurren, y se encuentran, vuelven con seguridad a sus profesores cumplidos y maravillosos, según fueron muchos de nuestros predecesores, a quien hoy tenemos en tanta veneración, y loamos tan altamente.

## VARIEDAD CUARTA

TALES son las opiniones en el hecho de la variedad humana, conteniendo todas en sí grande apariencia de verdad: mas nosotros seguiremos la celeste y natural, como más común, de quien trató Tolomeo casi con términos semejantes:

Las propiedades de las gentes (dice) distinguió la costumbre, o por todos los paralelos y ángulos; o por su situación hacia la línea eclíptica. Puesto que los habitantes de nuestra región situada en un cuadrante aquilonar, sotopuestos a los paralelos australes, esto es, que son descriptos desde la equinocial hasta el trópico del estío, como el Sol pasa sobre ellos, tienen los cuerpos negros, y casi abrasados, los cabellos crespos y espesos, rostro estrecho, y estatura delgada. Son cálidos por naturaleza, y por inclinación crueles, respeto del gran calor que reina en su distrito. A éstos llamamos Etiópes, dispuestos en la forma referida, en que por la misma constitución del aire, convienen todos los animales, y cosas que nacen de la tierra. Mas los que tienen sobre sí los paralelos Aquilonares, esto es, los que habitan los lugares puestos debajo del Setentrión, respeto de estar muy apartado su punto vertical del Zodíaco, y del calor del Sol, abundan de frío y humedad, en quien hay mucho nutrimento, no atraído punto del mismo calor. Tienen por esta causa los hombres color blanco, blanda y delicada piel, largos y unidos cabellos, estatura grande, y bien dispuesta; mas de naturaleza fría, y de costumbres crueles, por la vehemencia de los hielos. Con esto cuadra la aspereza y duración del invierno, de quien es propia la grandeza de las cosas que la tierra produce, y la fiereza de los animales. Son éstos generalmente nombrados Citas. Cuanto a los que ocupan los lugares, puestos entre el Trópico del estío, y el Setentrión, respeto de no correr el sol sobre su Cenit, ni alejarse demasiado hacia el Mediodía, viven en aire de notable suavidad, dispuestos en habitaciones con agradables costumbres, siendo los más cercanos al medio, más ingeniosos y avisados. Hállanse más bien instructos en las cosas divinas, por tener su punto vertical más vecino al Zodíaco, y a las estrellas errantes puestas debajo dél. Por cuya familiaridad poseen almas prontas y fáciles para inquirir y comprender principalmente las artes, y las Matemáticas. También los Orientales son entre sí más vigorosos, y de más firme entendimiento, sin celar cosa. Por lo que con mucha razón decimos, ser el Oriente de naturaleza solar, debiendo en esta conformidad ser juzgada más viril y diestra aquella parte del día, en la forma que en los animales vemos, más fuertes y robustas las partes diestras. Por el contrario los Occidentales, son más efeminados, muelles y secretos, por ser igual jurisdicción debida a la Luna, que se muestra de continuo hacia Occidente, entre los espacios interlunares, causa de ser tenida como siniestra, y noturna, opuesta al Oriente.

Aristóteles da título de bárbaros a los que son molestados de excesivo frío y calor; puesto que vuelve mejores los ingenios y costumbres el buen temperamento del aire. Échase de ver, en que los estremamente Setentrionales, o Meridionales, ni son moderados por disciplina, ni por naturaleza políticos. Segregados de habitaciones, ni siembran ni plantan, ayudándose poco, o nada de las artes y oficios. En sus comercios, cambian cosas por cosas. No conocen uso de dinero. Viven sin casas, sin villas, sin repúblicas. Errantes continuamente en gruesas escuadras, grandes ciudades ambulatorias representan, guiadas de varias cabezas y señores. Válense de tiendas limitadas, cubiertas de cueros, cañas,

esteras, y toscos albornoces, para defenderse de calor, frío y lluvias. Sin detenerse largamente en un lugar, siguen la comodidad de las yerbas, y de las aguas, para alimentar sus innumerables ganados, que de toda suerte conducen, como caballos, camellos, vacas, ovejas, con que se sustentan, junto con alguna caza; privados de cebada y trigo, de legumbres y frutos. Tales eran antiguamente de la parte del Setentrion los Citas, y Sármatos, entreteniéndose en campañas casi infinitamente espaciosas y descubiertas, sin bosques, ni árboles, sin caminos, ni límites, sobre carros en quien ponían sus hijos y mujeres; por eso dichos Nómados, y Namajobitas. Ignorando toda suerte de agricultura de carne y leche se alimentaban, siendo la tierra llana y húmeda, acomodada propiamente a tal manera de vivir, con ayuda asimismo de muchos y grandes ríos, que con travesías diferentes la engrasan, y dejan bien embebida. A estos Citas sucedieron los Tártaros, que hoy pasan casi de la suerte referida.

De la otra parte hacia el Mediodía, se hallaban los Númidas, gentes sin edificios, que vivían continuamente al sereno. Sus fatigas y trabajos eran incesables. No bebían vino, y comiendo pobre, y simplemente, sólo trataban de socorrer la necesidad natural, tan lejos se hallaban de todo deleite y gula.

Éstos por igual ocasión, eran en sumo grado dispuestos, alentados, ágiles, sabios, y de larga vida. Los Árabes o Alarbes de hoy, son casi sus semejantes en todo. Conducen consigo sus casas, sus ciudades y villas, que llaman Aduares, sobre Camellos, siguiendo la comodidad de los pastos, por las montañas, y desiertos de Arabia, y del río Éufrates, hasta el mar Atlántico, injuriosos, y de notable daño a las vecinas llanuras de Soria, de Egipto, y de toda el África citerior. Al tiempo de recoger las mieses y los frutos, en numerosos escuadrones deciden en las viñas, y heredades. Después, habiendo robado cuanto han podido, se retiran con tal presteza, que antes parecen volar que correr; y así es antiquísimo en ellos el título y blasón de ladrones. Esta es una generación, no menos vagabunda que innumerable, dividida con todo por pueblos, y por señores, Schez llamados, como si dijésemos Alcaldes. Descúbrese casi siempre entre sí discordes. Carecen de firme habitación. De ordinario albergan bajo de tiendas, y pabellones, hechos de la peor lana. Susténtanse de carne y leche, y principalmente de Camellos, sin faltarles cantidad de arroz, miel, dátiles, uvas, higos secos y olivas. Frecuentan a menudo la caza con perros y pájaros, persiguiendo ciervos, corzos y avestruces. Son comúnmente deformes, flacos, consumidos, de estatura pequeña, el color de avellana, algo oscuro, con voz trémula y femenil. Apenas visten más que camisas, siendo sólo otros hábitos, propios de los más principales. La mayor parte se sirve de los caballos sin sillas, sin espuelas, ni herraduras. Sus armas son cañas de India bien largas, con un corto hierro en su remate, y un poco de tafetán en forma de banderilla. Con todo, entre tanta miseria viven gloriosos y satisfechos de ser los primeros hombres del mundo, por no haberse mezclado jamás con extranjeros. Juan León histórico Africano, escribe tienen éstos no pocas, ni menos admirables observaciones de Astrología, que enseñan de mano en mano a los sucesores, aumentándolas todos los días.

Las Galeras de Nápoles andando en corso junto con cuatro de Malta, aferraron una punta de Berbería, llamado cabo de Bonaandrea, hallándome yo embarcado en la Capitana, el año de seiscientos. En descubriendo las velas, concurrió innumerable cantidad de naturales

a la parte donde señalaban los nuestros tomar tierra. Por las insignias de san Juan conocieron la nación, por haber estado allí otras veces. En fin, haciendo las señas acostumbradas, permitieron comercio. Ofrecieron de ambas partes en rehenes algunas personas de consideración; y entregadas acudieron hombres y mujeres, con diversidad de bastimentos. Dábanlos no por dineros, que ni los conocían, ni estimaban (¡oh felicísima región, donde aún no se han promulgado las leyes del interés, la adoración del oro!) sino en cambio de varias cosas. El precio de una ternera consistía en un bonete de dos reales, sin hacer cuenta de un doblón, que muchos ofrecían por ella. Por un clavo grueso daban un cabrito, no por un real de a ocho, y tal vez por una escudilla un carnero, estimando en más el barro que la plata. No se fiaban de los recién llegados, sino al hacer las permutaciones, asía una y otra parte de la cosa trocada, y a un tiempo soltaba cada uno la suya. Jamás estaban quedos, antes meneaban como a compás la pierna y brazo derecho, en cuya mano tenía cualquiera una azagaya. Era gente del metal y disposición que apunté ha poco, enjutos y magrísimos, causa de ser ligeros en gran manera. Andan casi todos cubiertos sólo con cierta mantilla, en que se revuelven. Cuando llueve se la quitan, y doblándola se sientan encima, recibiendo toda el agua sobre el cuerpo desnudo. Pasado el turbión, o nubada, sacuden (como suelen los perros) el humor pegado a las carnes, y se cubren con la preservada mantilla contentísimos con tenerla enjuta. Dos días se detuvieron allí las galeras, ya restauradas con varios refrescos, y disponiendo al cabo la partida, fue para su efeto forzoso restituirse unos y otros los dejados en rehenes. Un poco antes se disparó una pieza, que sirviese de leva y aviso a los que por la tierra se entretenían. Es costumbre en habiéndose entregado, quedar rota la tregua, siendo lícito cautivarse ambas naciones. Al retirarse esta vez dos camaradas que se hallaron algo lejos, encontraron con una escuadra de Alarbes, de quien fueron acometidos. Escapose el uno por la ligereza de pies, tras haber herido a dos, primeros en echarle mano. Quedó el otro, como se suele decir, por las costas, llevado en medio de todos con tanta velocidad, que apenas pudiera ser alcanzado del pensamiento, tan imposibilitados se vieron los amigos de socorrerle. Efetuada la presa, por ningún caso se trata de rescate, ni se abre más la comunicación, causa de ser irremediable cualquier cautiverio. En la Patrona de Malta se hallaba en cadena un conterráneo de los de Bonaandrea, que ya ladino, preguntado lo que sucedería del preso, en sustancia dijo lo siguiente.

Los años pasados, antes de estar yo cautivo, en otra retirada como ésta, quedaron en nuestro poder dos soldados. El uno, que según entendimos, hacía oficio de cabeza, o cabo de escuadra de otros, queriendo resistir, fue al punto hecho pedazos. El compañero, mozo de buena cara y talle, con señales lastimosas movió a conmiseración a quien trataba de ofenderle; y en particular a nuestro mayor Alcaide. Éste viéndole bien vestido, y de gallarda disposición, se le aficionó grandemente. Regalole, y con amorosas caricias le aseguró del miedo concebido. Después deseoso de tener sucesión dél (por parecerle había de ser no menos hermosa que el padre) le hizo posesor de dos hijas suyas. Concurrieron en igual voluntad otros, poco inferiores en autoridad y riqueza, y con el mismo fin le remitían las parientas más cercanas. Pudo resistir al principio alguna cosa, por fomentar las fuerzas con los regalos, mas en breve fue perdiendo el vigor, al paso que cargaban las obligaciones. De ningún modo eran admitidas sus excusas, ni el dar a entender por señas su flaqueza, y desmayo, puesto que se esforzaba a quedar primero en cinta la menos

bella. Debilitole al fin semejante continuación, ni pudiendo acudir conforme las pretendientes deseaban, murió; enflaquecido, seco, y falto de vital sustancia.

Mas no desamparando el primer intento, es de advertir, son las gentes que están en la mediana habitación del mundo, por extremo avisadas, dispuestas, capaces, así para el ejercicio de las armas, como para el uso de las letras; alcanzando por naturaleza, inteligencia, y osadía juntamente. Viven en buena policía, con casas, calles, parroquias, aldeas, villas, ciudades, repúblicas y reinos. Tienen Universidades, donde se enseñan todas ciencias. Frecuéntase entre ellos singular variedad de artes, que sirven no sólo a la necesidad, sino también al gusto, ornamento y magnificencia de los edificios, del vivir, y de los trajes. Válese de Religión, rentas y milicia, todo bien ordenado. Entre estos medios los que más se acercan al Mediodía, respeto de ser naturalmente melancólicos, se inclinan de buena gana a la soledad, y contemplación, como ingeniosos y sutilísimos. Taleson los Egipcios, Líbicos, Hebreos, Árabes, Fenices, Asirios, Persas, Indianos. En esta conformidad inventaron muchas ciencias curiosas. Manifestaron los secretos de la naturaleza. Perficionaron las Matemáticas. Observaron los movimientos del Cielo, y conocieron antes que todos la Religión. Halláronse entre ellos sapientísimos Filósofos, divinos Profetas, ilustres Legisladores.

Los que tienen por vecino al Setentrión, como son los Alemanes, por la abundancia de humor y sangre, que impiden la especulación, se aplican más a las cosas sensibles, y a las artes mecánicas. Esto es, a la inquisición de los metales, al descubrimiento de minas, a fundir y formar obras en cobre, hierro, acero, bronce, en que son admirables, habiendo inventado la artillería, y el arte de imprimir. Los que moran verdaderamente en el medio, no son tan aptos como los más Meridionales para las ciencias especulativas, ni tan acomodados para las obras mecánicas como los más Setentrionales, pero son aptísimos para el manejo de los negocios públicos. Así se han derivado dellos muchas buenas instituciones, leyes, costumbres, el arte imperatoria, la militar, la Política, Retórica, Dialéctica, y Náutica. Y así como carecen de ejercicio en los más Meridionales las armas, y en los más Setentrionales las letras, abundando unos de ingenio, otros de fuerza, los de en medio, ingeniosos a una y esforzados, habiéndose a un tiempo mismo dado a las armas, y a las letras, con la prudencia acompañando el valor, establecieron floridísimos y durables Imperios; cosa que los otros no pudieron hacer. Puesto, que si bien los Godos, Humnos, y Vándalos, más temerarios que prudentes, asaltaron con las armas la Europa, la Asia, la África, con todo por falta de consejo permanecieron con su potencia poco. Diferente los Romanos, valerosos y cuerdos, pues superaron todas las otras naciones. Estendiose por el universo la gloria de sus empresas, ordenando Imperio, no sólo dilatado, sino de larga duración.

Tampoco se vieron privados de la excelencia de las disciplinas, ni de las obras mecánicas. Entre quien florecieron muchos heroicos Capitanes, admirables Legisladores, prudentes Jurisconsultos, Jueces rectos, severos Censores, Senadores graves, Poetas ingeniosos, elocuentes Historiadores, agudos mercaderes, y exquisitos artistas.

Cuanto al Oriente, consienten todos, y la experiencia lo demuestra, el sitio Oriental debajo de un mismo aspecto del Cielo, y en la misma posición de lugar, ser mejor mucho

que el de Occidente, creciendo allí todas las cosas con más hermosura y perfección, que en otra parte. Con todo, vemos ser excelentes en fuerzas del cuerpo los pueblos Occidentales, así como los Orientales en vigor y sutileza de ingenio. De forma que parece tener algún parentesco el Occidente con el Setentrión, y el Oriente con el Mediodía.

Por lo que pertenece a los distritos de la tierra habitable, hállanse por Europa nombrados en guerra muchos ínclitos varones; mas por África pocos, por Asia menos. La causa desto se puede atribuir, al haber tenido estas dos postreras partes, apenas dos principados, y pocas Repúblicas. Mas en la Europa hubo siempre copia destas, y escaseza de Reinos. Hácense famosos los hombres, y manifiestan su virtud al paso que se ven llevados adelante de su Príncipe, o República, manifestándose en los empleos los mayores quilates de valor y juicio. Según esto, es conveniente decir, abundarán más sujetos insignes, donde imperaren muchos Potentados; y al contrario, menos donde pocos. Óyense en Asia, Nino, Ciro, Darío, Artajerjes, Mitrídates, y apenas otros que les hagan compañía. En África (dejada aparte la antigüedad de Egipto) Masinisa, Yugurta, y los Capitanes de la República Cartaginés, pocos también en comparación de los de Europa, donde con certeza nacieron y se criaron muchos más supuestos célebres, si la costumbre de los años no los hubiese puesto en olvido. Por tanto, no admite duda, haber el mundo abundado de más valor, mientras más dividido se ha visto en estados, por acendrarse más el esfuerzo, la sagacidad, el aviso en las ocasiones defensivas y ofensivas, en los contingentes de competencias y emulaciones. Pocos hombres pues señalados hubo en Asia, respeto de hallarse casi toda sujeta a sólo un Rey, que viviendo por su grandeza, la mayor parte del tiempo en ociosidad y descuido, no podían nacer ministros famosos en el manejo de las cosas. Lo mismo sucedió en África, donde por el consiguiente se conoció penuria, salvo como se apuntó, en Cartago; atento se halla mayor copia de sujetos raros en las Repúblicas, que en los Reinos; por ser en aquéllas la virtud más premiada, y con los honores más retenida.

Quien quisiere aplicar la consideración a Europa, sin duda la hallará copiosa de Potentados, a quien por el temor unos de otros, era fuerza tener en buen punto las órdenes militares, siendo constreñidos a honrar y estimar en mucho los valerosos en las armas. Grecia, fuera del Reino de los Macedonios, se vio dividida en muchas Repúblicas, en cada una de quien nacieron varones excelentísimos.

En Italia se hallaban los Romanos, los Samnites, los Toscanos, los Galos Cisalpinos. España, Francia y Alemania, estaban asimismo llenas de particulares señoríos. Y aunque en comparación de los Romanos sean pocos los que se nombran, sin duda esto procede de la malicia y pasión de los escritores, siguiendo la fortuna, y comúnmente honrando los vencedores. Debríase poner singular cuidado en la elección de los históricos, no echando mano de los menos capaces, y más lisonjeros, sino de los que con entereza, con elegancia, juicio, y verdad, celebrasen los grandes hechos, y las heroicas hazañas de los hombres, cuya memoria para ejemplo de la posteridad, es tan importante como hacerlas. No es de creer se dejasen de hallar muchos valerosos caudillos, Toscanos y Samnites, que antes de ser vencidos, contra el pueblo Romano ciento y cincuenta años combatieron. Lo mismo en Francia, y sobre todo en España, madre siempre fecundísima de prodigiosos hijos, aunque estéril por el pasado de elocuentes plumas. De aquí es, haber espendido

algunos deslumbrados no poco tiempo en poner neciamente en duda, si hubo Bernardos, si vivieron Cides, deseando no como naturales agradecidos, sino como ingratos espurios, privar a la patria del honor que le ocasionaron guerreros tan gloriosos. Mas aquella virtud no celebrada en los hombres particulares, por falta de escritores, permitió el Cielo fuese por tradición encarecida de gente en gente, y en general encomendada a los pueblos, exaltando unos y otros con incesable admiración y alabanza, la esforzada obstinación que manifestaron en la defensa del culto común, y en la conservación de la amable libertad.

Siendo pues verdadero, se crían sujetos más valientes donde se hallan más estados, se sigue necesariamente conocerse más falta de virtud donde hubiere menos, disminuyéndose al paso que cesan las ocasiones, en quien se perfeccionan los mortales. Por tanto con el aumento y extensión de la Monarquía; sujetas ya todas las Repúblicas de Europa, y África, con la mayor parte de los Principados de Asia, sólo en Roma parece quedaba algún camino y refugio para la virtud. Así, habiéndose recogido en aquella parte, cuando en ella se corrompió la misma, se vino a corromper casi todo el mundo. Con esto fue fácil a los pueblos Setentrionales venir a robar y destruir el mismo Imperio, que con tener, como cifrado en sí, todo el vigor de los demás sojuzgados, no pudo por causa de tal corrupción, mantener el propio. Y lo que más es, con haberse por las inundaciones destes bárbaros dividido en muchas partes, no fue posible renacer la precedente virtud extinta, por la dificultad que se halla en reformar las órdenes una vez prevaricadas. Fuera de que la forma de vivir de hoy, cuanto a la religión Cristiana, no impone la misma necesidad de defenderse, que antiguamente había, por no ser la rotura de armas todas veces lícita entre Fieles.

Hasta en los alimentos están los hombres diversificados, pues de región en región no hay en ellos menos diferencia que en las otras cosas, gozando cualquier provincia de sus bastimentos particulares. El guerrear de los Turcos es mucho más fácil, como gentes que con menos están más contentos. Hoy los soldados de Europa quieren en campaña, pan, carne, vino, y dondesto falta sobran contagiosas enfermedades, con que se destruyen los ejércitos. Al contrario entre infieles, donde la mayor provisión consiste en granos de arroz, o trigo, en higos, dátiles, y pasas. ¿Quién pudiera mantener sino por este camino los innumerables ejércitos con que las gentes tiempos atrás se hacían guerra? No era posible produjese una, o más provincias vituallas oportunas para dos, o tres millones de infantes, y caballos, pues aun los más caudalosos ríos no eran suficientes a ministrarles agua

Hállase, según esto, gran diferencia en las vidas de los hombres. Apacientan los más ociosos animales domésticos, de quien se alimentan, sin pena y trabajo. Mas respeto de los pastos, siéndoles conveniente mudar los ganados, son constreñidos a seguirlos, casi una viva agricultura ejercitando. Algunos, como habitantes de bosques, se sustentan con diversidad de caza: otros de pesca, por la cercanía de lagos, ríos, mares. No falta nación que vive de frutos silvestres, como son los Setentrionalísimos, descubiertos por el Capitán Pedro Fernández de Quirós, en la parte que nombró la Australia. El manjar de aquellos moradores, reconocidos en la bahía de S. Felipe, y Santiago, si bien de gallarda disposición, y entera salud, eran sólo raíces curadas al Sol, y al aire, por ser la tierra copiosísima dellas. Su sabor es de avellana, y según refieren los descubridores, de más

sustancia que pan. Las colores de los naturales son diversas, y aunque las más comunes pardas, esto es de mulato, otras blancas en extremo con cabellos rubios.

En fin, la mayor parte de los hombres vive de los frutos domésticos. Los modos más comunes son el pasto, la cultura, la pesca, caza, y otros, según a que obliga la necesidad, o incita el deleite. Es cierto dura hasta hoy en los Cambalos, la costumbre de comer carne humana, de quien parte guisan, parte asan, y cuecen. En algunos distritos de Etiopía, y en la sierra Leona, Mazambique, Guinea, y Cafrería, comen los vencedores a los que cautivan y prenden en la guerra, vendiéndose hechos pedazos en publicas carnicerías. El común sustento de los Alarbes, son Camellos, y Avestruces, usando pan de mijo, y nabos secos, bien molidos. Los Tártaros apetecen las carnes crudas, indiferentemente de perros, caballos, gatos, culebras, y de semejantes sabandijas; a quien primero estrujan entre dos piedras, para extraer la sangre; o las hacen mortificar y manir sobre los lomos de un caballo estando encima el hombre. Beben leche de jumentas, preparándola de suerte que parece vino, sin algún mal gusto. También los Catanios se sustentan de carne cruda. Cómennla, cortándola primero en forma de gigote bien menuda, preparándola con bonísimas especerías. Su bebida es de arroz con diversidad de aromas, causa de ser más delicada, y excelente que vino, embriagando más que él a quien la usa con demasía. Los Meditos por carecer de mieses y viñas, en Estío ejercen grandísimas cazas, recogiendo de fieras y aves indecible cantidad, de que hacen cecinas para sustentarse el Invierno. En algunas regiones juntan montones de pescados secos, que cortados después en pedacillos menudos, los muelen hasta reducirlos en harina, de quien forman trozos a manera de panes abizcochados, sirviéndoles de provisión y sustento para todo el año. Los moradores de Calecut se alimentan de arroz, peces, especerías en todo diferentes de las nuestras. Beben vino de palmas y dátiles mezclados con arroz y azúcar. Por todos los extremos Ocidentales se gasta pan de un grano llamado Maíz, y de una raíz dicha Yuca vitualla común, así en las Islas, como en la tierra firme. Hacen bebida de ciertas manzanas de pino, a quien dicen Yayama, tenuta por saludable, si bien poco grata al gusto por demasiado dulce. Ocasionara no pequeña prolijidad el referir aquí menudamente las diferencias de manjares de que se valen los hombres en diversas Provincias para conservación de las vidas, introducidos, o por penuria, o por abundancia; y así juzgo a propósito poner límite a semejante narración. En las cortes de Europa triunfa y campea tanto la gula, que osaron maestros dignísimos de cocina publicar impresos no poco abultados volúmenes desta arte golosa, desta que tiene por fin la glotonería, y por el consiguiente la enfermedad.

Sin esto es de advertir, se abstienen muchos en varias partes de diversos manjares; o por opinión como los Pitagóricos de la vaca y de las habas; o por religión, como los Sacerdotes de Egipto de los peces, a quien comer, ni tocar juzgaban grande pecado, según escribe Herodoto. Los Egipcios aborrecían también la carne de puerco como los Judíos y Mahometanos, no admitidos de la misma suerte al vino. Los Malherbios y Guzarates no comen algo partícipe de sangre, ni matan cosa que tenga vida. Por eso no usan yerbas verdes, ni recientes frutos, pensando se halla espíritu en ellos, y que sea grave culpa hacerlos morir. Lo que en particular admira es ver la oposición que hallan en el gusto de muchos algunas viandas, siendo raros los que libres de todo escrúpulo y hastío coman de todo con indiferencia.



Esta diversidad participa sin duda la uniforme voluntad de todos en vagar y discurrir. Parece, se halla en los hombres algún natural deseo de cambiar sus estancias y habitaciones, teniendo el ingenio mudable, de reposo impaciente, curioso de novedad. Por esta causa no cesan de inquirir unos las partes donde viven otros, mudando costumbres, lenguajes, letras, señoríos, y tal vez religiones. Hállanse pocas tierras habitadas de sus verdaderos originarios, en particular las más capaces, como las Cortes. Casi todos los pueblos están mezclados. Antiguamente los Egipcios avencindaron en Babilonia; en Cólquides, en Soria, y en Grecia. Los Griegos en aquella parte de Italia, que es vecina al mar Inferior. Los Tirios en África, los Africanos en España (a quien hoy desustancian y chupan perniciosísimos extranjeros, tan amigos de sus riquezas, como enemigos de sus naturales). Los Foceses en Francia; los Franceses en Grecia y Asia; los Macedonios en Soria y Egipto. Del mismo modo los Árabes en Persia, en Soria, en África, habiendo pasado al distrito Francés y Español. Así los Tártaros en la Cítia. Así los Españoles en Italia, en África, en México, en el Pirú, en Filipinas, en Ormús, Diu, y Goa, Indias de Oriente y Ocaso.

No les pueden impedir el permutar sus moradas los excesivos calores, los insufribles fríos, los altos montes, los profundos mares, los caudalosos ríos, los dilatados bosques y desiertos. Con todo, hacen con más gusto y facilidad pasaje de las regiones frías a las templadas, como hicieron los Partos y Turcos a la parte de Asia: y en Europa los Cimbrios, Sicambrios, Sajones, Godos, Lombardos, Borgoñeses, Franceses, Vándalos, Normandos, Alanos, y Humnos; que saliendo en varios tiempos del Norte, ocuparon las regiones más principales de la misma. Algunos, tras haber largamente peregrinado, no escogen por la excelencia la habitación, sino sólo se detienen en los lugares donde el cansancio, o necesidad les sobreviene, sin poder pasar adelante. Otros por fuerza de armas adquieren domicilios; y no pocos vagando por varias partes, tras su largo errar, perecen por los caminos, asaltados de infortunios. Ni tienen todos la misma necesidad de abandonar sus naturales Patrias y de buscar otras nuevas; puesto que unos por las armas extranjeras despojados de las propias, las ajenas acometen. Otros molestados de sediciones civiles por sí mismos se destierran, dejando sus casas y ciudades con intento de no volver a ellas, estimando en poco vivir en parte donde pueden menos las leyes que los hombres, sabiendo ser sólo deseable la en que se pueden gozar seguramente bienes y amigos. Muchos por haber crecido en número exquisito hacían expulsiones de sí propios, y transmigraciones diferentes, pasando a diversas Provincias. Conocían, ser no menos necesaria la purga en los cuerpos místicos que en los humanos cuando se hallan llenos de humores superfluos; causa de confesar los Ingleses se comerían unos a otros en su Isla, si a menudo no fuesen diminuidos por la peste. También por ésta son a veces desamparados los nativos confines, con deseo de encontrar en otros aires más puros. La esterilidad asimismo de los terrenos, o los tributos excesivos, obligan por instantes a dejar el sitio del propio nacimiento. Tal inconveniente (esto es la demasiada pobreza del País) hace se despueblen contino las montañas de León, las de Asturias, y Vizcaya, descendiendo sus naturales a las fértiles llanuras de las dos Castillas. Allí por el medio de principios humildes, suben no pocos a honrosos puestos, si bien en la hinchazón, y soberbia, siempre con resabios de personas viles.

No será fuera de propósito gastar algunos renglones sobre la importantísima advertencia deste punto, tan necesitado de remedio, cuanto en general odioso, sin que parezca violento tratarlo en esta ocasión, pues son todas a propósito como se proponga lo justo. Es calamidad terrible, y miseria del todo intolerable la de ciudades y villas, a quien gobiernan, y mandan los peores, los más facinerosos, los más depravados. ¡Oh cuán perniciosos descuidos son los que caen sobre las elecciones a nuevos cargos! Exclúyase quien peor procede. Téngase piedad de la patria. Castíguense con rigor los malos. Muevan a comiseración tantas extorsiones, tantas violencias, maldades, y robos cometidos por momentos en las vidas y haciendas de los súbditos. Oprímanse tan abominables fieras, tan impíos Trogloditas, como son tantos Corregidores y Tenientes, a quien el favor adelanta, quedándose tan atrás el beneficio público, la quietud universal. Mas ¿qué maravilla, si es propia condición del mundo casi desde su principio guiarlo todo al revés, traerlo todo desfigurado? Movido desta consideración, ha pocos años perdió en cierta Universidad el juicio un gran supuesto; insigne sobre todo en la Jurisprudencia, y con grande aplauso y aprobación Catredático no inferior en la misma facultad. Los que por alguna fuerte aprehensión dan en locos, suelen quedarse con algún estribillo. El déste pues a todas horas era: Si no tenéis favor no estudiéis; tampoco si le tenéis. Léese en un libro moderno, usan los moradores de la China, pintar en casi todas las bóvedas de sus casas un hombre al revés, con los pies arriba, y abajo la cabeza colocado como si dijésemos en la forma de un galápago vuelto, y un letrado que en torno le va cercando, con esta significación: Todo cuanto hay en mí, es ansí. Publican aquellos naturales, denota igual pintura las vueltas del mundo, cuya figura representaba la de aquel hombre en igual postura, para manifestar mejor sus mentiras, desórdenes, peligros y embelecios, desengañando las esperanzas que se podían poner en sus engañosos sucesos.

En parte cierto, están disculpados los soberanos Príncipes, de los yerros que se cometen en razón de no acertadas provisiones, por la confianza puesta en los ministros, por cuya elección y consulta corren los sujetos. En esta conformidad, tratando de reformar el Imperio, curándole como cuerpo en todos sus miembros pervertido, exclamó el ínclito Vespasiano contra los más graves Senadores. A rarísimos (dijo) colocáis en sublimes puestos por méritos acrisolados de estudio y virtud, sino por humanas diligencias. Preséntanse estos indignos delante de vosotros con rostro compuesto, con presencia humilde, con semblantes de corderos, y corazones de lobos; todos convertidos en reverencias, todos resueltos en adoraciones, ¿qué mucho pasen de falso? ¿Qué mucho no sean conocidos? y más paladeando tan bien el gusto al ministro ambicioso, que muere por tal veneración, que anhela por semejantes sumisiones. Desorden es éste no menos antiguo, que merecedor de pronto remedio. Que la codicia y ambición se apoderen de pocos años de sangre que hierve, es deslumbramiento, es error, mas quizá por algún camino disculpable. No está maduro el discurso, ni afinado el juicio. Aún no se alojó en aquellas ideas el desengañador conocimiento, la advertidora experiencia. Mas que un ancianazo, un decrépito, un edificio que casi por milagro se tiene en pie; que a gritos le llama su fin, para que se resuelva en nada, no abra los ojos, no vuelva en sí, no ame la virtud, no se despoje de interés, no se libre de pasión, es perdición lamentable, es incurable ceguera, sólo digna del socorro con que suelen acudir los dioses. Por ellos pido volváis en vosotros; manifestad entereza: consúltense los buenos, ni para la provisión de

los cargos pueda con vosotros la mujer, el amigo, el pariente, que así seréis luces del mundo, y bienhechores de vuestra patria.

Tanta fuerza tuvo esta persuasión, que cuando más sin esperanza estuvo Roma de buenos Regentes, llovió como si dijésemos, en ella cantidad de virtuosísimos, y rectos sobremanera. ¿Qué más? habiendo carecido hasta entonces el dominio de loables Emperadores, siendo la Monarquía un centro, un incentivo, una sentina de todas maldades para sus poseedores, permite el Cielo entren a regirla, sin el mismo Vespasiano, cinco varones, delicias de las gentes, y honor del mundo. Esto es, Tito, Trajano, Adriano, Antonino, y Marco Aurelio, Príncipes de tan grandes virtudes, que sólo les faltó la sobrenatural lumbre de la Fe. Así jamás otros cual ellos gobernaron el Imperio por mayor autoridad, con más vigilante justicia, liberalidad y clemencia. Los más éstos cuando comenzaron a imperar, a ninguno de cuantos hallaron en oficios dados por sus predecesores, se los quitaron (conocían bien cuáles habían sido los electores) antes los confirmaban, juzgando no era bien removerlos a menudo, si usaban como debían dellos; por tan peligrosas tenían las nuevas elecciones. Adriano sobre todos, con ojos de tanta piedad miraba las necesidades de los vasallos, que como la muerte aborreció la imposición de nuevos tributos. En esta conformidad mandó moderar las rentas de su Imperio, y que se cobrasen blanda, y templadamente. Pretenden la total destrucción de los súbditos, los ministros que se desvelan en el ahorro, o crecimiento de la hacienda Real, introduciéndolos por estraños caminos, en que debiendo esquilmar desuellan con rigor. ¿Quién duda queda en eso deservido el Rey, pues sacan al cuerpo de quien es cabeza toda la sangre? Aniquilan el vigor, y apuran las fuerzas de los suyos, siempre prontas para emplearlas en las ocurrencias de su servicio. Gran cuidado tienen por otra parte en solicitar su aumento, el de sus hijos y casa, con rentas, con Hábitos, con esenciones, mas el bien público perezca. Quiera Dios cesen algún día tan mortales heridas, arbitrios tan extravagantes, máquinas tan perniciosas.

Confusión pudiera causar a los Católicos, lo que de Rey Gentil en los distritos de Oriente, escribe un moderno. Era (dice) mozo dotado de grandes partes, y amado por ellas generalmente. Tenía fama de liberal y magnífico. Lejos de toda tiranía, honraba la nobleza, y la plebe. Amparaba los pequeños; remediaba los pobres; favorecía pupilos y viudas; tan inclinado a hacer bien, que nadie le representó necesidad, que no se la remediase largamente, dando mucho más que le pedían.

Puesto que son hombres los que gobiernan las Provincias, Reinos, Monarquías, no tienen de qué alterarse, ni desvanecerse si consideran haber sido todos compuestos de una propia materia, de un mismo lodo. Antes deben dar muchas gracias al Cielo, haya querido juntar, y disponer tantos pueblos, tantas voluntades y albedríos, tan distantes y varios, para que todos concurriesen en un consentimiento, de quien pende su autoridad y soberanía. La naturaleza hizo todos los bienes comunes, todos los hombres libres. Sólo pues por ley humana y positiva, se hallaron los repartimientos de jurisdicciones, que hoy son innumerables. Según nuestra verdad, el político Principado será legítimo del a quien le hubiere concedido Dios, como en la antigua ley el de Moisés, de Saúl, de David. Puesta la mira en esta consideración, se admiraba muchas veces el Emperador de los Filósofos, y el Filósofo de los Emperadores Marco Aurelio, en razón de que durasen los pueblos en

tenerle por superior y cabeza. Demos, decía, se arrepintiesen, y que una mañana me hallase desamparado de sirvientes, destituido de tributos, ¿cuál había de ser la vida de Marco Aurelio, enseñado a delicias, magnificencias, y aplausos? Esta verdad tiene más fuerza, si echasen de ver cuán inútiles son por sí los personajes más sublimes. Críanse en deleites; menesterosos de gran número de ministros, a quien si se quitan, quedan sin duda menos poderosos que los más comunes; por no estar enseñados a ejercitar los pies, las manos, y las otras partes del cuerpo, sino a vivir por la mayor parte en ocio perpetuo, sabiendo mejor mandar que obrar: no obstante hayan procurado ser excelentes en ambas cosas muchos Príncipes.

Entre los Gentiles me ocurre en primer lugar tres dignísimos de toda veneración, Ciro, Alejandro, y Julio César, de quien, y de otros casi sus émulos, y competidores en valor, junto con los que degeneraron dél (causa de haber perdido los Estados, y Monarquías) pretendo hacer al presente provechosa mención. La historia del primero, aunque de algunos sabida, pienso será agradable el representarla a muchos, que por ventura la ignoran.

Fueron los Persianos en su principio pastores, nacidos en áspera región, que los producía en extremo robustos, por ser a todas horas moradores del campo, amigos de poco sueño, y de la guerra. Su ordinario sustento era solo pan y hierbas, con alguna caza, careciendo de frutos regalados por la esterilidad del país. Bebían agua en vez de vino; y para cogerla y matar la sed, era costumbre en todos llevar consigo una escudilla. No comían sin haber hecho ejercicio, que comúnmente era de caza. Sus hijos acudían a las escuelas a aprender justicia, como en otras partes se hace para letras pueriles. Eran de pieles sus vestidos, cubriéndose con ellas desde la cabeza al pie. Artembaro es introducido por Herodoto, hablando con los Persianos en esta forma.

Ya que Júpiter os ha concedido la Monarquía; y a ti Ciro el modo de destruir a Astiajes, no te descuides, prevenete, y hazte adelante. Es la tierra que poseemos áspera, pequeña, rústica, y así conviene partamos a conquistar otra mejor. Muchas tenemos cercanas; y remotas muchas, de quien si una sola ocupamos, nos haremos formidables a las demás. Y sólo en esto deben pensar, los que sobre otros tienen dominio: porque ¿cuándo se nos podrá ofrecer más oportuna ocasión, que cuando somos dueños de muchos hombres robustos, fuertes, y bien disciplinados? Escuchando estas palabras Ciro; mandó fuesen puestas en ejecución; mas al dar esta orden hizo quedasen advertidos sus pueblos, se preparasen, no a dominar, sino a ser dominados. Siendo así, que de las regiones deliciosas, sólo salen hombres efeminados, y raras veces es propio de una provincia producir regalados frutos, y varones en guerra valerosos. Casi quedaron con esto arrepentidos los súbditos, amando más, y escogiendo por mejor dominar en territorio estéril, que servir en el ajeno de cultivar fértiles campiñas. Con todo exhortados de nuevo, prosiguieron el propuesto disinio. Mostroles, los podía sólo hacer ricos el sufrir vigiliás, el padecer calamidades: y que ya conseguidas las riquezas, conviene usar dellas con hábito de virtud, pues no eran más que instrumentos para pasar mejor la vida. Advirtioles últimamente, les sucederían los mayores bienes, por la obediencia, y tolerancia en los trabajos, y por la constancia y osadía en las empresas peligrosas.

Es de saber, que en todos los grandes esfuerzos de naturaleza, y en las señaladas mutaciones de la humana generación, de ordinario se descubren, y levantan algunos Príncipes admirables y excelentes, ornados de grandes virtudes, y promovidos a grande autoridad, para fundar dilatados Imperios, y para introducir saludables leyes. En esta conformidad son muy antes anunciados sus nacimientos, y muertes, por Oráculos, profecías, señales del Cielo, y de la tierra, venerándolos después de muertos con divinos honores. Así Dios, queriendo entonces establecer una potentísima Monarquía; y al mismo tiempo introducir en el mundo los bienes de la Filosofía, hizo venir a Ciro, Príncipe entre cuantos hubo antes y habrá después dignísimo de alabanza y gloria. El solo es, quien entre todos los grandes señores, y excelsos Capitanes, que las historias proponen, supo conservar la modestia en todas sus prosperidades y vitorias, y refrenar con equidad y clemencia su poder, y suprema autoridad. Esaías da cierto testimonio de su excelencia, de quien hizo mención docientos años antes de su venida, siendo llamado por Dios su Rey. Prometele tenerle la diestra para expugnar las fuertes ciudades, para someterse las potentes naciones, para humillar los grandes Reyes de la tierra. Escogiólo entre todos los Príncipes de la Gentilidad, para reedificar el templo de Jerusalén, para libertar los Judíos de la captividad de Babilonia, en que se habían detenido largo tiempo, restituyéndolos en la entera libertad, y en el uso de la verdadera Religión. Las palabras de Esaías son las siguientes. Esto dice el Señor a su Rey Ciro: Yo he tomado la diestra para hacer sujetar las gentes delante de su rostro, y para debilitar las renes de los Reyes, para que se abran las puertas en su presencia. Yo le precederé y enderezaré los caminos torcidos. Yo romperé las puertas de cobre, y haré pedazos los postigos de hierro. Darele los tesoros escondidos, y las cosas ocultas en lugares secretos, para que sepas que yo soy el Señor y

Dios de Israel, que por tu nombre te llamo por amor de mi siervo Jacob, etc. Electo mío por tu nombre te he llamado mucho antes de ser conocido.

Por tanto, si bien la fortuna le fue al principio por extremo contraria, con todo no le desamparó jamás Dios, antes conformándose con la profecía, le libró de muchos inconvenientes y peligros. Astiajes Rey de los Medos, tuvo una hija llamada Mandanes, soñó el padre vía orinar a ésta en tanta copia, que se llenaba la ciudad de Ecbatanes, de donde venía a estenderse el riego, y a inundarse el Asia. Propuso esta visión a algunos intérpretes de sueños, y quedó espantado de lo que dellos entendió. Así cuando la Princesa llegó a edad de recibir esposo, a ningún señor Medo la quiso entregar. Juntola pues en matrimonio con Cambises, Persiano de noble estirpe, y agradables costumbres, no obstante lo estimase en menos que a un Medo de mediana condición. Habiéndola éste recibido por esposa, el primer año de su casamiento tuvo Astiajes otra visión. En sueños le parecía ver salir de las partes pudendas de la hija una vid que se extendía por toda el Asia. Comunicola, como arriba, con los adivinos, y oída su relación, mandó volviere de Persia Mandanes, que ya había concebido. Venida, ordenó fuese puesta en diligentísima custodia, con intento de matar lo que naciese. Afirieronle los Magos, había su nieto de reinar algún tiempo en su lugar. Luego que el parto salió a luz, que fue varón, y se llamó Ciro, cometió a Harpago, el más fiel y valido de sus sirvientes, le hiciese morir. Éste compadecido de igual inocencia, se le entregó a un pastor, para que le expusiese a las fieras. Obedeció el rústico, dejándole en medio de un bosque, envuelto en ricos paños, ceñidos con faja de diversos colores, adonde habiendo vuelto de allí a poco, halló junto al

infante una perra que le servía de ama, y defensa contra hambre y brutos. Así, movido de aquella misericordia, que había reconocido en la guarda, llevó a su choza el niño en la forma que estaba, haciéndole criar como a hijo hasta edad de diez años, que entonces por su hermosura tuvo lugar entre los Meninos del Rey. Procediendo en aquel cargo siempre con más valor que a la condición pastoral convenía, distribuía dignidades, daba órdenes, establecía leyes entre los otros muchachos. Mientras en esta forma atendía al gobierno, premiando con blandura, castigando con rigor, fue reconocido y llevado a Astiajes, que después continuó su educación, pensando se hubiese ya cumplido el sueño con aquel pueril Reinado. Mas él cuanto más crecía en edad, tanto más belicoso se hacía, ni teniendo al principio de sus empresas más que treinta mil soldados, al paso que adquiría dominio, aumentaba fuerzas. De modo que vino a juntar seiscientos mil de pie, veinte mil de caballo, y dos mil carros de guerra, que llamaban falcados. Por este camino, fue el primero que puso en reputación los Persianos, haciéndolos señores de los Medos, de quien antes eran súbditos. Poseyó el Imperio más feliz y dilatado que Rey de cuantos tuvo el Asia, partiendo términos hacía Levante con el mar Rojo; hacia Setentrión con el Euxino; por la parte de Occidente con los de Chipre y Egipto; con los de Etiopía por la de Mediodía. Conquistó primero el país de los Medos, y el de los Hircanos, que de su propia voluntad se le rindieron. Después por fuerza domó los Asirios, los Árabes, los Capadocios, los habitantes de una y otra Frigia, los Lidios, los Carios, los Fenices, los Babilonios. Debeló los Batrianos, los Indios, Celicios, Saguios, Paflagonios, Madadidos, y otros muchos pueblos. Hízose también señor de los Griegos que habitaban en Asia, y superó con marítima armada los Chipros y Gitanos. Puso cerco a Babilonia, que era increíble la hubiese podido fabricar fuerza de hombres, o que potencia humana fuese bastante a destruirla. Con todo la acometió como enemigo, saqueola como vencedor, y como señor dispuso della a su voluntad. Redujo a su obediencia innumerables pueblos, diversísimos de su idioma, que entre sí no se entendían, y con el terror de su nombre pudo estender su señorío sobre tantas regiones, de tal forma, que temblaba el mundo, sin que alguno le osase resistir. Por otra parte se hizo amar con tanto extremo, que jamás deseaban tener otro Príncipe, siendo de todos reverenciado como padre, y obedecido como deidad. Gobernábalos, en dando treguas a las armas, con admirable prudencia, proveyendo consejos, audiencias, guardias, órdenes de su casa, servitud, ejercicio y sanidad de su persona, séguito y conductas de su Corte, compartimiento de provincias y gobiernos, guarniciones en castillos y fronteras. Hacía poner gran cuidado en la administración de justicia, de quien publicaba depender la conservación de su Imperio. Encomendaba la rectitud en los jueces, castigándolos con severidad, si della declinaban punto. Los salarios eran competentes, mas por cualquier vía que aumentase riquezas el ministro, le privaba, dudando de su fidelidad y entereza. Su Corte era majestuosa, como de tan gran Monarca, mas por ningún camino dañosa a los súbditos; antes los llenaba de bienes con su asistencia, diciendo, debía ser el Príncipe con sus rentas como el Sol con sus rayos, bienhechor de todos. Los cargos tenían límite sólo en su albedrío, según por la administración reconocía el daño, o el provecho de las provincias. Encomendábalas a varones bien instruidos en virtud, y de buen gobierno sus casas, alegando no podía ser considerado Republico el depravado en costumbres, el distraído en su familia. Era tan agradable, tan benigno, y tan lejos de toda ambición, que jamás provocaba a sus iguales en años, para ejercicios en que se sintiese valer más. Antes seguía y abrazaba los en que era menos ejercitado, por no causar desplacer, con quedar vitorioso; y de otra parte por

tener motivo de sacar utilidad en aprender las cosas en que sabía menos. Las justicias y rigores salían de la determinación de los jueces, mas de su arbitrio sólo las gracias, quitándose de delante todas las ocasiones que le podían ministrar aborrecimiento. Privaban con él todos los buenos, sabiendo en lo distributivo elegir siempre lo mejor. Repartía los premios entre los más beneméritos, atendiendo más a sus buenas partes, que a importunidades de intercesores. Vituperaba el dar a pocos prodiga y derramadamente. Sólo de su mano se esperaban las mercedes, puesto que solía decir, ser propio de quien las recibe reconocerse más obligado al medio que se las procura, que al mismo que se las concede. Valíase en todo del acierto y madurez de su propio discurso, pareciéndole que así como se mueve con más potencia quien es movido del primer agente, que quien del segundo, así quien hace por propia virtud, obra mejor y más presto. Por eso afirmaba, ser cosa de valeroso criarse entre fatigas y sudores, regir, y no ser regido, y administrar el Reino antes con propio consejo y parecer, que con el ajeno. Sirviéronle muchos esforzados Capitanes, partícipes de su buena fortuna, siendo de opinión, nacía el no haber soldados donde hay hombres, por defeto del Regente, no de naturaleza: porque el cuerdo superior usa en los tiempos de paz las órdenes de milicia. Mostrose en suma tan religioso, tan venerable, liberal y magnífico, que se hizo digno de ser imitado de todos los Monarcas sucesores. Así Jenofonte considerando haberse portado Ciro tan admirable en sus obras, tan excelente en su gobierno, lo escogió por ejemplar, para exprimir en su persona la imagen de un justo Reinado, reduciendo en escrito su institución. Platón tras reconocerle por magnánimo Príncipe, nota en él, haber faltado grandemente a la educación de los hijos. Porque habiendo comenzado desde mancebo a seguir la guerra, en que ocupó casi toda su edad, no aplicó el pensamiento al gobierno de su casa, dejando sus dos hijos Cambises y Esmerdi en mano de las damas y eunucos de palacio. Criáronlos al tenor de la felicidad que se descubría en su padre, oviando les contradijese alguno, y obligando a que todos loasen sus dichos y obras. Por donde se viene a conocer la infelicidad de los poderosos, en ser por la mayor parte blanco de adulación y mentira. Queda también manifiesto la gran diferencia que se halla entre lo que se hereda y adquiere, pues viene a ser sombra la mayor Monarquía heredada, si no recibe resplandor del sol de la virtud adquirida.

En tanto que Ciro poseía tanta muchedumbre de hombres, tanta de animales, tanta de varias riquezas jamás le ocurrió no haber sido los a quien debía dejarlo todo, educados en la antigua disciplina Persiana, sino en la Meda corrupta. Esto fue causa de haber salido tales, cuales suelen los que se crían con suma licencia. Así sucediendo al padre después de su muerte, cuanto a lo primero, el uno mató al otro, por no sufrir compañero, y como insensato por ignorancia y embriaguez perdió la Monarquía por el menosprecio en que por su locura era tenido de todos.

Entró tras él Darío, primero deste nombre, en el Reino, que ni era hijo de Rey, ni alimentado en las delicias de Corte. Dícese que habiendo visto Alejandro descubierta y tratada con indecoro la sepultura de Ciro, hizo dar muerte al culpado: y puestos después los ojos en el título de la piedra, grabado con letras Persianas, vio decía: ¡Oh tú quien quiera que seas, vengas de donde vinieres, yo soy Ciro que adquirió el Imperio a los Persianos. Ruégote no quieras envidiarme esta poca tierra que cubre mi cuerpo! Estas

palabras movieron el corazón de Alejandro a grandísima compasión, considerando la inestabilidad de las cosas.

Gobernábase Darío con las leyes, introduciendo una igualdad común, y una amistad conforme en los ánimos de los suyos, conciliándoselos con hacerles beneficios. Conservó lo adquirido por su antecesor, recibiendo su dictado aumento por instantes. Dividióle todo en veinte gobiernos, que en Persia era llamados Satrapías, tasando los tributos que debían pagar en plata al peso del talento Babilónico, o en oro al de Euboica: ya que reinando Ciro y Cambises, ningún tributo fue impuesto haciendo sólo las provincias al Rey ciertos presentes, y gratuitos dones. Por semejante imposición decían los Persianos, tener Darío calidad de mercader, Cambises de señor, Ciro de padre. Juzgaban fuese Darío demasiado sutil Económico, queriendo sacar provecho de toda cosa. Llamaban a Cambises rústico y soberbio, a Ciro dulce, humano y gracioso, habiendo procurado a los Persas todo género de bienes.

En la primera Satrapía se comprendían los Jovianos, los Magnetes que están en Asia, los Eolios, Carios, Licios, Melios, y Panfilios, llegando todos (por no ser ricos) a la suma de cuarenta talentos de plata. La segunda los Higienios, Misios, Lidios, Alisonios, y Cavalienos, que pagaban cincuenta. La tercera abrazaba los Frigios, Helespontinos, Paflagonios, Mariandinos, Sorianos, tasados en trecientos y sesenta. Entraban en la cuarta los Cilicios, con obligación de proveer al año trecientos y sesenta caballos, blancos todos, como si dijésemos a caballo por día. Pagaban demás quinientos talentos, ciento y cuarenta de quien estaban consignados para el sustento de los mismos, depositándose el resto en los cofres Reales. Comenzaba la quinta desde la ciudad de Posidonia, puesta sobre los montes de Cilicia, y de Soria, estendiéndose hasta Egipto, exceptuada la Arabia, que era esenta. Esta extensión en que entraba la Fenicia, la Palestina y Chipre, contribuía trecientos y cincuenta. Numerábase en la sexta todo el Egipto hasta los Africanos convecinos, junto con Cirene y Barce, cuya obligación era de setecientos, sin la pesca de la laguna Meris, y trigo de quien se mantenían ciento y veinte mil Persianos, y los auxiliares que asistían en los blancos muros de Menfis. Era la séptima de los Satagidos, Gaudarienses, Dadiques y Aparitos, cuya suma llegaba a ciento y setenta. Contenía la octava la ciudad de Source, y la otra parte de los Cisos, acudiendo con trecientos. En la nona se numeraba la ciudad de Babilonia, y el resto de la Soria, grabada con mil talentos, y con quinientos muchachos Eunucos. Recebíase de la décima en que entraban los Ecbatanes, y el resto de la Media con los Paricanianos, y Ortocorumbantes cuatrocientos y cincuenta. Estendíase la duodécima desde los Batrianos hasta los Elios, con cargo de trecientos y sesenta. La decimatercia comenzaba desde los Armenios y tierras confinantes con el mar Mayor, contribuyente de cuatrocientos. La decimacuarta consistía en los Sargacios, Sarangrios, Tirios, Mecios, Tamananes, y en los pueblos de las islas del mar Rojo, que montaba seiscientos. Hallábanse en la decimaquinta con obligación de docientos, Sacios y Caspios. La decimasexta se componía de Partos, Corasmenios, Sogdios, y Arianos, con repartición de trecientos. La diez y siete acudía con cuatrocientos que ofrecían Paricamienses y Etíopes del Asia. La diez y ocho, en que estaban distribuidos Martinienses, Sarpitos, Alarodienses, correspondía con docientos. Numeraba la diez y nueve los Moscos, Tibarenos, Macrosios, Mosinicios, y Mardianos, de quien se



recogían trecientos. La vigésima constaba de los Indianos, cuya multitud grandísima rendía mayor tributo, esto es, trecientos y sesenta talentos de oro.

Ascendía pues la cantidad de las rentas del Rey Darío a la suma de catorce mil quinientos y sesenta talentos, reducidos del talento de Babilonia al Euboico. Esto sin otros tributos que se cobraban también de las islas y naciones de Europa, habiendo dilatado su Imperio hasta Tesalia.

La Persia como principal conquistadora se hallaba franca de todas imposiciones. Los Etíopes enviaban sólo algunos donativos, como de tres en tres años un modio de oro de mina, docientos haces de ébano, quinientos muchachos negros, y veintidós elefantes, los mayores que podían hallar. Los Colcos y Cáucosos remitían de lustro en lustro cien mancebos, y otras tantas doncellas. Los Árabes presentaban al principio del año la cantidad de lo que pesaban mil talentos de incienso, y varias aromas.

Conservaba estos tesoros haciendo fundir el oro y plata, y envasando uno y otro en vasijas de barro hasta llenarlas. En esta forma las hacía conducir por dondequiera que llevaba su Corte, y en teniendo falta de dineros, rompía vasos, y labraba moneda. Alegaba, ser la penuria ésta la mayor infelicidad de un grande Príncipe, como medio sin quien se llenaba el Reino de infortunios. Ni era importante (decía) haber llegado a pacífica posesión de dilatadas provincias, a quien parecía fácil mantener con el crédito y reputación adquirida, si en ocasión de sediciones y castigos faltaban riquezas para pagar ejércitos, para prevenir vituallas. El cuidado con que entretenía semejante potencia era increíble. Siempre curiosísimo de las armas, ordenaba por sí en cualquier gobierno pagas, municiones y bastimentos. En esta parte publicaba, eran por extremo defraudados vasallos y Reyes, cuyos ministros por enriquecer, no dudan de prevaricarlos todo. Confirma la verdad deste inconveniente el estilo observado por proveedores de armadas en años más modernos, habiéndose visto perecer grandísima cantidad de gente por la provisión corrupta y adulterada que hicieron de pan, vino, legumbres y cosas así. Sabía con certeza el número de soldados con que se hallaba, así forasteros, como súbditos y naturales, repartidos en guarniciones, queriendo bien a menudo ver en persona las muestras de todos. Quanto a los Capitanes, al que ponía cuidado en tener más cumplido el número de su conducta, más en orden de armas y destreza de pelear los que pendían de su cargo, aumentábale el estipendio, y hacía señaladas mercedes. Es sobremanera conveniente advertir en este particular tan importante los engaños y mentiras con que son tratados los Príncipes de los que hacen cabezas de iguales compañías. Róbanlos sin cesar en paz y en guerra, siendo certísimo padecer disminución poco menos que en la mitad del cuerpo del mayor ejército. Síguese de aquí, no igualar jamás las fuerzas con la voz, y verse de ordinario, quedar frustrados los disinius, y perdida la autoridad, llegada la ocasión de ejercer las armas: daño urgentísimo que pide castigo pronto, y vigilante remedio.

No se olvidaba pues, de darle Darío con gran rigor, subrogando otros caudillos en lugar de los que eran autores de tales excesos. Demás, visitaba por sí las provincias que le obedecían, procurando hacerse capaz del proceder de los ministros. A las que por imposibilidad no vía, enviaba varones fieles de conocida virtud, que con sus veces

hiciesen tales visitas. Al Sátrapa que tenía bien poblada, cultivada y bastecida de árboles, mieses y frutos la región que gobernaba, promovía a mayor dignidad, remunerándole con toda largueza. Al contrario, privaba y abatía a los que por flojedad, o insolencia, reconocía descuidados en esto. Alegrábase, cuando vía su dominio tan guarnecido de agricultura, cuan presidiado de armas, tratando con iguales honras a entrambos géneros de ocupación. El fasto, pompa, y augusta majestad deste Rey fue de las mayores que se conoció en el mundo. Estableció su asiento ya en Susa, ya en Ecbatanes. Su palacio a maravilla hermoso y suntuosísimo, abundaba de oro, plata, marfil, aromas, y de otras infinitas cosas exquisitas. No se exponía a los ojos de las gentes de ordinario, que el dejarse ver muchas veces tenía por ocasión de indecoro y desprecio. Asistíanle escuadras de Príncipes, parte de quien le servía, y parte le guardaba, repartidos unos y otros en grandes salas, riquísimamente vestidas. Eran muchos los corredores, sin número las puertas, guarnecidas de varios bronces, divididos por justos espacios. Había singular cuidado con los que entraban y salían, para que estaba señalada infinidad de porteros. Solicitaban su recreo copia indecible de jardines, donde sin la admiración de las fuentes, y el asombro de los estanques, quedaba en cuadros, orden y disposición, vencedora el arte de la naturaleza. Los criados de su casa eran tantos, que apenas la imaginación puede acordarlos, ni escribirlos la pluma, dispuestos en diversos cargos y oficios, según lo pedía la necesidad y el uso. Sin la muchedumbre de nobles, y otro pueblo que de continuo asistía en su Corte, iban y venían los Sátrapas que gobernaban todo el Imperio, siendo llamados a dar razón al punto que se escuchaba queja de importante agravio. No hay duda sino que resultan grandes bienes destas residencias improvisas, por hallarse los súbditos opresos por la mayor parte, y no sé si diga ahogados, de un hombre, de un Virrey, que mira su adoración desde el trono del poder absoluto. ¿Qué excesos, qué desvaríos no comete en los tres, o seis años que rige, teniendo sólo por ídolo su gusto, por ley su antojo? Decía por tanto Darío, no era mucho haber errado los Reyes en las elecciones, que eran hombres al fin; mas ser perniciosísimo durar en la obstinación de conservarlos, si descubrían bajíos de incapacidad demasías de insolencia. Manifiéstase, poderse hacer esto mejor, cuando el Imperio se halla contiguo, que cuando interpolado, por impedir el largo estorbo del mar la ejecución de breves resoluciones. De Lardes en Lidia hasta Susa o Menonia, que era la estancia Real, y el centro de la Monarquía, había tres meses de camino, y no era con todo inconveniente tan gran distancia para la buena disposición de las cosas. Mil leguas de longitud comprehende el China en su dominio, y no hay reloj tan concertado como su gobierno. A ciento y veinte y siete provincias se dice en el libro de Esther imperaba Asuero, y en todas se conoció concierto singular, escribiendo a cualquiera región, según su forma, y hablando a cualquiera pueblo según su lengua.

En este medio Darío, a quien los suyos llamaban Señor, y como a Dios veneraban, por vía de postas y correos miraba y entendía como presentes las cosas más lejanas. En las audiencias asistían incógnitos exploradores, que sin cesar remitían avisos. Por manera que habiendo tan gran número de Oficiales y Magistrados, todos cumplían con su obligación, por temor de las espías, de quien el Príncipe era incontinente informado, desde las fronteras de su Imperio hasta el lugar de su residencia. Contra las inclemencias del tiempo eligía habitaciones templadas, viviendo siempre en estación conforme a la de primavera. Al despertar era cada mañana amonestado, temiese a Dios, y proveyese a los negocios que a su cuidado había el cielo cometido. El tratamiento de las Reinas a

semeyante grandeza correspondía. Tenía señaladas provincias, para que acudiesen con lo que competía al uso de sus cosas, y al cúmulo de su magnificencia, según que diversamente se les pedía, o el título que se les daba. En naciendo el primer hijo que debía suceder en el Reino, celebraban los súbditos con solene festividad aquel día, y el mismo todos los años. Después para que le criasen, entregaban el niño a los Eunucos, que en palacio tenían honrosísimo lugar. El principal cuidado consistía en hacerle salir hermoso, componiendo sus miembros de venerable decoro, y adornándolos de airosa gallardía. En la edad de siete años cursaba el ejercicio de a caballo, y el de la caza. En el catorceno le entregaban a los preceptores, llamados Reales. Señalábanle cuatro, escogidos entre todos los Persianos por de mayor virtud y suficiencia. Enseñábale el primero la Magia de Zoroastes, concerniente al servicio de los dioses, y costumbres del Príncipe. El segundo le amonestaba, tratase verdad todo el discurso de su vida. El tercero, no se dejase vencer de algún apetito, o sensualidad. El cargo del último consistía en volverle animoso, intrépido, persuadiéndole huyese de toda pusilanimidad. Sabían ser la naturaleza del hombre como balanza, que no siendo guiada de la razón y ciencia a la parte mejor, se derriba a la peor por sí misma. Puesto que no obstante sea un personaje bien nacido, por falta de juicio recto, y purgado discurso, cae por instantes en innumerables yerros, indignos de varón prudente. Y aunque por naturaleza saliese uno de buena inclinación, tendría con todo, lo bueno que obrase realces más cortos, que si hubiese conocido por maestra la institución, bien como fruto que nace y crece sin ayuda y socorro de mano cultora.

Estas cosas en Persia bien instituidas, no eran como era justo observadas: ya que sucediendo a Darío en el Imperio Jerjes su hijo, criado en los mismos deleites que Cambises, vino a dar en sus propios inconvenientes. Por más grados de diferencias que tengan las almas, habiendo de obrar por los órganos de los cuerpos, es fuerza sea al paso que tuvieren la disposición natural, bien que se afirma, hace cobrar la buena educación nueva naturaleza. Esto no quanto a menudencias de aspecto, decoro y compostura, sino quanto al manejo de grandes cosas, y resolución de las mayores dificultades, de quien es último árbitro el Príncipe, como soberano y absoluto. A este propósito es loable el estilo que se observa en Francia, donde el primogénito y sucesor llamado Delfín, desde diez años es admitido en todos los Consejos, tratándose y resolviéndose en su presencia cuantas materias y dudas se ofrecen de estado, justicia, guerra y gobierno.

## VARIEDAD QUINTA

JERJES pues, poseyendo todo lo que Ciro y Darío su padre habían conquistado, viéndose poderoso y riquísimo, deliberó combatir la Grecia. Entró en ella con innumerable ejército: puesto que si se ha de dar crédito a los escritores, conducía entre los de pie y caballo dos millones de combatientes, suma la mayor que jamás hubo en hueste desde la de Nino y Semíramis. Por manera que no debe causar espanto lo que del mismo se dice acerca deste particular. Esto es, haberse desecado los más caudalosos ríos, por el infinito número de los hombres y animales que los bebían, perdiéndose la vista del mar con la cantidad de velas que le ocupaban. Bien que en este aparato fue más digno de admiración

su tesoro, que loable el fin de su empresa: porque fue visto siempre ser el primero en la huida, y el último en el combate, temeroso en los peligros; fiero en la seguridad, y antes de verse en el riesgo. Confiado en su gran poder, como si fuera señor de la naturaleza, allanaba los montes, y en los valles hacía cumbres altísimas. Ponía puentes en los estrechos del mar, con que hallaba fácil pasaje, y para navegar más cómodo, divertía el curso de las aguas por nuevos canales. Mas tanto cuanto su jornada en Grecia pareció terrible, tanto fue la partida más vergonzosa: ya que atónito con la destrucción de sus gentes por mar y tierra, pasó al Asia casi solo en una barquilla de pescadores. Débese cierto, considerar con asombro esta retirada, a fin de conocer la variedad de los hechos humanos, viendo en corto bajel escondido a quien poco antes apenas había podido suplir todo el mar, y hallarse destituido de sirvientes el cuyo ejército la opulentísima Grecia no podía sustentar. En tal forma Jerjes, antes terror del universo, comenzó a ser menospreciado de los suyos, por haber sido tan mal fortunado en semejante expedición. Movido desto Artabano natural de Hircania, de gran crédito acerca dél y Capitán de su guardia, le mató, esperando hacerse Rey por sí mismo. Mató por el consiguiente a Darío su primogénito; mas volviéndose al segundo hijo, llamado Jerjes también, y habiéndole ya dado una cuchillada, sintiéndose herido, si bien no de muerte, sacando la espada por defenderse, tiró un golpe tan a propósito, que cayó Artabano muerto. Así el segundo Artajerjes habiéndose librado casi milagrosamente, y vengado en un punto la muerte del hermano y padre, le sucedió en el Imperio de Persia, que en lo por venir careció de Reyes verdaderamente grandes, sino de nombre. Porque de allí adelante con restringir demasiado al pueblo la libertad, y con introducir una costumbre de señorío más absoluto que era razón, perdieron la amistad y comunicación del estado. Con esto no miraban ya los Príncipes a la utilidad de los pueblos: antes para la conservación de su autoridad, con leve ocasión que les ocurría, molestaban con tallas las ciudades, y consumían con fuego las amigas naciones, odiando como a enemigos los vasallos, que les pagaban con retorno de mayor aborrecimiento. De aquí nacía no hallarlos en disposición cuando se ofrecía combatir por ellos, procurando evitar el riesgo con huir las ocasiones. De suerte que dominando a innumerables hombres, los hicieron inútiles para la guerra, ignorando ser la más firme Monarquía la de las voluntades. Después teniendo necesidad de combatientes, asoldaron extranjeros, juzgando, se podían conservar con soldados colecticios, que asimismo olvidaron su obligación, mostrando con las obras, anteponían a la virtud las riquezas. Las tiranías de que usaban con los súbditos para la conservación del pretendido dominio, refiere, mas no aprueba Aristóteles en su Política. Era la primera humillar cuanto podían los más grandes, quitar de en medio los más valerosos, no permitir convites, ni otras juntas, antes fijar la vista para divertir cuanto suelen engendrar estos dos afectos, grandeza y confianza. Prohibían las escuelas, y tales concursos de juventudes, proveyendo por todos caminos, no se conociesen entre sí, atento enlaza y une el conocimiento y comunicación los ánimos con amor y fidelidad. Mandaban, se detuviesen de ordinario todos los soldados de las guardias en las calles, o se paseasen delante las casas de sus alojamientos, con que no estaría oculta cosa que maquinasen los súbditos. También los advertían, fuesen con los huéspedes rigurosos, porque les faltase osadía, enseñados a servir continuamente. Ordenábaseles, procurasen descubrir lo más íntimo de sus pechos, lo que trataban y hacían. Que tuviesen espías y exploradores esparcidos por las provincias, y en toda parte donde hubiese conversaciones; pues se osa menos por el temor de semejantes personas, y dado, se atravesasen a alguna cosa,

quedarían menos secretos sus motivos. Por el consiguiente abrían puerta a calumnias y pependencias entre los más amigos, provocando los del pueblo contra los nobles; los ricos contra los más poderosos. Ponían todo cuidado en hacer pobres los más calificados linajes, con fin de que no pudiesen sustentar gruesas familias, tener valientes, ni armarlos, porque constreñidos cada día de mayor penuria, careciesen de comodidad para conspirar, reconociendo sólo al Príncipe por cabeza. No permitían cerca de sí personas graves y libres, diciendo, disminuían éstos la excelencia y autoridad del señor, que solo ha de parecer sabio, solo majestuoso y espléndido. En los tribunales eran tratados asperísimamente los negociantes, actores y reos, sin que para robos, extorsiones y cohechos, hubiese remedio jamás. Los que mandaban eran los de menos valor, porque como subordinados al supremo, ejerciesen desde lo de menos importancia a lo más grave, a medida de su voluntad.

Estos modos y otros semejantes, sacados del gobierno de Persianos, recogió Aristóteles, no por enseñarlos, sino para que las Repúblicas se guardasen dellos, conociendo la miseria de los tiranos, que son constreñidos a elegir tantos males, por conservar estados y vida. Por tales asperísimos tratamientos degenerando pues los Persas de lo que fueron, se dejaron debelar en muchos lugares marítimos del Asia, y habiendo pasado a Europa, fueron repelidos unos infelizmente muriendo, y otros huyendo vergonzosamente. Porque no es posible (dice Isócrates en su Panegírico) se pudiese hallar alguna virtud y valentía, apta a triunfar de enemigos en pueblos de tal forma criados y regidos. Tan lejos está de concurrir entre iguales costumbres algún valeroso caudillo, por ser su mayor parte no más que confusa muchedumbre bozal en los peligros, floja en la guerra, y sólo para servir en la Corte bien instruida. Los de más lustre jamás con igualdad, o familiar y políticamente procedieron: antes sin cesar mientras duraba la vida continuaban el hacer desafueros, el cometer agravios, como gente del todo bestial y depravada. Con la copia de riquezas trataban magníficamente sus cuerpos. Adornábanlos de galas femeniles, poseyendo ánimos vilísimos por razón de la Monarquía. Asistiendo en los palacios, aprendían a humillarse, y a tener flaco corazón, adorando como a Dios un hombre mortal. Siempre con los amigos desleales procedían bajamente, con los enemigos mostrándose por una parte humildes, por otra soberbios. Jenofonte paragonando el Reino de Ciro con el de los sucesores, y dando razón cuanto a la mudanza de costumbres, sucedida en aquella nación, afirma, tener en su origen por estilo, jurar de cumplir su palabra, y guardar fidelidad constantemente, tocándose las manos unos a otros. Era entre todos conocidísima afrenta la mentira, y su verdad entre pocas palabras mantenía perpetua seguridad. Excluían de todo comercio al engañoso, teniendo a los sagaces por de mala inclinación. Pagaban las agudezas en beneficio de con quien comunicaban, lejos de toda falsedad y cautela, viviendo así con quietud y sin litigios. Después fueron más estimados de los Príncipes los que por granjear su gracia, violaban toda promesa y fe. A su imitación se dejaron caer en general los Asiáticos en toda suerte de impiedad, y abrazando todo género de injusticia y opresión, se hicieron más licenciosos en cualesquier malas obras. Con saber, no hay cosa más hermosa que el oro a la luz de la liberalidad, ni nada más feo que él, en las tinieblas de la avaricia, se apoderó de sus pechos fuertemente. Puesto que no sólo ponían tallas, y compelián a pagar dineros a los delincuentes de excesos graves, o ligeros, mas también a los que no habían cometido acto injusto. Sucedió de aquí, ser igualmente tratados malhechores y ricos, causa de ser ocupados unos y otros de continuo miedo. Por este

respeto, ni se domesticaban con los poderosos, ni acercarse al Rey osaban. Por no fiarse de su proceder, no se alistaban por soldados en sus libros, ni querían debajo de sus órdenes seguir la guerra. Así era facilísimo a los que se la intimaban, saquear y hacer presa en su país, sin contraste. Siguiéronse las rebeliones, frecuentadas sin temor de castigo, que la impiedad usada con los dioses, y la injusticia con los vasallos, los encendían y provocaban a incesables revoluciones. Es indecible cuán viles, cuán cobardes se volvieron, faltando a toda buena observación de cuerpo y ánimo. Dejaron perder la manera de ejercitarse que les había sido ordenada con otra cualquier regla de bien vivir. Tan medidos, tan compuestos eran en lo exterior, y en sus acciones, que por ley les era antes prohibido el no toser, el no rascarse, y limpiarse en público la nariz. Ni esto se había introducido, por hacerles retener los rumores en el cuerpo, sino para que por medio del ejercicio, fuesen todas superfluidades consumidas, y en esta forma se volviesen los hombres más ágiles y robustos. Y esta costumbre en razón de aquellas tres cosas jamás se vino a perder, juzgando grosero y falto de policía a quien las quebrantaba. También había ley entre ellos de no comer sino una vez al día, por hallarse las demás horas desocupados para atender a negocios, y es bien verdad que ésta no la violaron. Era el caso que comían sola una vez, mas hacíanla durar de la mañana a la noche. Antes no bebían vino, y causábales horror la embriaguez, mas después junto con la excesiva crápula, acompañaron la de copiosos brindes, perdiendo del todo la vergüenza que les causaba el inmoderado uso de semejante licor. Desampararon totalmente la caza con que cobraban notable agilidad hombres y caballos. Criábase la juventud de la Corte efeminada, floja, vana, regalona, ignorante, ornada de preciosos atavíos, llena (como en nuestra edad) de afeites, de melindres, de invenciones. Llegada la ocasión de guerra, ignoraban manejar un caballo, mostrándose al domarle tímidos. Perdieron la usanza de aprender desde niños justicia, y así no prácticos en la razón del juzgado, sólo vencía los pleitos quien más dineros gastaba. Primero en su modo de vivir usaban la disciplina y continencia Persiana, trayendo sólo el hábito magnífico de los Medos: mas dejaron extinguir la constancia de los Persas, y las delicadezas de los Medos conservaron cuidadosamente. Tras la exquisita blandura de las camas, inventaron el uso de las alfombras, porque no estuviesen quejosos los pies de la dureza del suelo. Era esplendidísimo el servicio de la mesa, de día en día aumentado con grande aparato y magnificencia, y sin cesar socorrido con nuevas delicadezas y golosinas. Abrigábanse el invierno con exquisito cuidado, huyendo, participasen de frialdad cabeza, y manos. Sobre todo, era singular el vicio de que se valían el verano. No permitían, les tocarse el Sol, y si salían de casa, llevaban detrás sirvientes que de continuo les hiciesen artificiosas sombras. Habitaban fresquísimas salas, acudiendo a los baños por instantes, sin elegir género de ejercicio por causa de no encenderse. Pasaban las fiestas en estrados como camas, o recostados en blandísimos lechos, sirviéndoles de colchas olorosas pieles. ¿Cómo pues con tanta prevaricación, con proceder tan estragado, no se habían de volver aquellos habitantes endeble, inútil, cobardes?

Enviábanse primero a la guerra hombres de todas edades, bien ejercitados en las armas, siendo en las provincias escogidos y señalados por los que las gobernaban; mas después sólo seguía la milicia la escoria de la República, los facinerosos y afrentados en ella. Hacíanse de menos valor los que tenían poco, conociendo las malas recompensas que sacaban de sus servicios. Elegíanse por Capitanes los más viles, a quien anteponía el

favor por mejores. Abundaban los ejércitos de cocineros, de músicos, comediantes, bufones y perfumeros. Tuvieron a los Griegos por auxiliares, pareciéndoles, no podían vencer sin su socorro, traza que resultó después en su gravísimo daño, por haber sido conocida su pusilanimidad de aquella nación que al fin la despojó del Imperio.

No se puede negar, eran numerosísimas las huestes que formaban; mas al paso que era grande la muchedumbre, salía inútil para la pelea. Esto se conoció claramente con la osadía y valor de Alejandro, que con cuarenta mil soldados rompió y deshizo tres veces a Darío, último Rey de los Persas, conductor de seiscientos mil combatientes. Y a tal extremo le redujo, que creyendo rehacerse la última, le fue hecha traición, quedando prisionero de Beso su gobernador de Batria. Éste, después de tenerle en estrecha guardia, mientras sobre un carro le conducía, oyendo se acercaba Alejandro, le hizo matar con botes de pica, dejándole de aquella suerte en medio del camino. Tal fin tuvo un Rey tan poderoso de gentes, provincias y rentas; uno, que de Levante a Poniente se intitulaba señor del mundo, tras haber gozado el Reino seis años, adelantándose en pompa, esplendor, magnificencia y regalo a los otros Reyes. Bien es verdad que esta manera de vivir con tanto exceso lasciva fue causa eficiente de su entera perdición. Ni es justo cause maravilla esta mudanza tan grande, siguiendo a las cosas humanas (tan instables por sí) esta orden fatal de precipitarse y confundirse, cuando han llegado al mayor colmo de felicidad. Del cumplido crecimiento de la Luna sólo se ha de esperar menguante. Ni es razón piensen los Príncipes, se hallan por todas partes libres y seguros, porque es propio de la confianza peligrar en la mayor. Deben pues abrir los ojos, desterrando de sí para la conservación de su imperio, toda negligencia, todo olvido, y flojedad.

Hallábase Darío sumergido en el piélago de varios deleites, y de tal forma había excedido los límites de toda superflua opulencia, que entre otras singularidades dormía en una alcoba puesta en el confín de dos salas adornadas soberbiamente. A su cama preparada con increíble suntuosidad, servía de pabellón una dilatada vid de oro, a la traza de un tejido, o emparrado, de quien pendían racimos de preciosas piedras, que retrataban la forma de las mismas uvas. En la una de las paredes donde reclinaba la cabeza, le servían de almohada continuamente cinco mil talentos de oro, y al lado de los pies tres mil de plata, llamado lo uno el cabezal, y lo otro el escabel del Rey: que al cómputo de nuestra moneda montan treinta millones de escudos. Las veces que salía a la guerra, para su placer y pasatiempo conducía trecientas y treinta damas con título de concubinas. Déstas eran algunas cantoras, alegres y discretas, bien instruidas en todo género de música. Cuarenta y seis hombres pláticos en la confeción de varios olores, compuestos y simples, docientos setenta y siete cocineros, entre quien cantidad de obreros, para que todos los días labrasen vasijas y platos; y otra no menor que atendía a pasteles, tortadas, y cosas que se cuecen en hornos: veinte gustadores de viandas y vinos Reales, para asegurar su persona de todo veneno. Era crecido el número de camareros, mayordomos, maestresalas, gentilhombres; y sobre todo innumerable la copia de los oficios más menudos. Considérese pues lo que sería en la paz, si en la guerra se hallaba ceñido el Persiano de tantas delicadezas, de tantas prevenciones. Con todo, en la flor de su fortuna habiéndole embriagado el humo de la prosperidad, y la abundancia de las riquezas, acumuladas por los Reyes sus antecesores, quedó a un tiempo despojado de la vida, y del Imperio; derribado de la más alta cumbre de la potencia y felicidad mundana; donde reside la

fuente de la soberbia, de la arrogancia, del descuido, y de la mayor insolencia. Por aquí se vino a conocer, ser éste el paso más peligroso, y el punto más difícil en que consiste el odio de la fortuna; y donde la suprema dicha confina sin algún medio, con la extrema calamidad.

Eran los Magos de aquel país diferentes mucho de los otros hombres, así en culto de religión, como en severa doctrina. No tenían templos, imágenes, ni altares; y su ley prohibía el poderlos fabricar, juzgando fuesen locos los que tales edificios erigían, siendo impiedad cerrar entre muros los dioses, a quien toda cosa debía ser libre y manifiesta, sirviéndoles el mundo entero de habitación. Por esta causa indujeron a Jerjes, guerreando en Grecia, a destruir con incendio todos los templos que hallase. Cuando querían sacrificar, subían sobre altísimos montes, donde no era lícito al sacrificante rogar por sí solo, sino por la prosperidad del Rey, y de todos los Persianos en general, hallándose por este camino también él comprendido en los ruegos. Conducíase la víctima en lugar no contaminado, y acomodada después la tiara en la cabeza, que era de mirto por la mayor parte, se invocaba el dios a quien se hacía el sacrificio. Reverenciaban los ríos, en quien escupir y orinar era gravísimo pecado. Antes de sepultar sus difuntos, los dejaban maltratar de aves y perros. Otros bañaban de cera sus cadáveres, y en aquella forma los entregaban a la tierra. Ellos, ni los Egipcios no usaban hacerlos ceniza en hoguera, diciendo los Persianos, ser inconveniente se alimentase un dios de un hombre muerto, pensando fuese el fuego, animal tragador y consumidor de todo lo que embiste. No permitía su ley se expusiesen los cuerpos para ser devorados de animales, por eso los embalsamaban con sal, a fin no los comiesen los gusanos. Jamás los Egipcios mataban cosa que tuviese alma; mas los Magos todo animal sacrificaban excepto el hombre. Tampoco fue éste reservado entre los Druidas de Francia, vaticinando por agujeros como los Magos, con quien en muchas cosas conformaban; mostrándose tan ceremoniosos en observar la Magia, que parecía haberla enseñado los mismos a los Persianos, no dellos haberla deprendido como Plinio dice. Estos Magos daban a entender, se les aparecían los dioses, y los advertían de las cosas futuras, afirmando hallarse el aire lleno de espíritus, que en los ojos de los que miraban se ingerían sutilmente. Publicaban haber dos Príncipes, esto es, un dios bueno, a quien Horosmades llamaban, y el otro malo, dicho Arinam. Adornábanse de vestiduras blancas. Alimentábanse de yerbas, queso y pan bazo. Dormían en tierra, y llevaban por báculos cañas. Juntábanse en un lugar a su modo sacro, para comunicar y conferir juntos. Era su autoridad tan grande, que partiendo Cambises al Asia cometió el gobierno de su palacio a uno que en su ausencia conspiró en su contra, y emprendió hacerse Rey con el favor de un su hermano. Toda su Magia concernía la religión y servicio de los dioses, a quien ofrecían votos, ruegos, sacrificios, como si a ellos solos se les diera oído, creyendo la resurrección de los muertos, y después su inmortalidad. Afirma Aristóteles, eran antiguos mucho más que los Profetas de Egipto; y dellos, según Clearco, venían los Bracmanes, o Ginofistas Indianos. El inventor fue sin duda Zoroastes, que algunos por la etimología de su nombre, piensan haya sido observador de estrellas, y no poco inteligente de las cosas naturales. Platón en el Alcibiades dice primero, ser la Magia de Zoroastes, un conocimiento de los misterios divinos, que era enseñada a los hijos de los Reyes de Persia, para que sobre el ejemplo de la república universal deprendiesen a gobernar la propia república. Y en el Charmides, que la Magia de Zamolsis era la medicina del alma, haciéndola templada y virtuosa, en la



forma que con la otra medicina se restituye en los cuerpos la salud. Pitágoras, Empédocles, Demócrito, y el mismo Platón, navegaron; y por entenderla largos caminos emprendieron; y habiéndoles sido enseñada, la celebraron al volver y tuvieron secreta. Otros muchos estudiosos antiguos abrazaron su curiosidad, sacando della grande crédito y reputación. Puesto que observando por su medio las maravillas en los secretos del mundo, escondidos en el seno de la naturaleza, descubrieron la concordia del universo, y la conveniencia del Cielo con la tierra, acomodando las cosas superiores con las inferiores, tras haber conocido los misterios y virtudes según que son dispuestos a hacer, o padecer, a quien los Griegos llaman simpatías, y antipatías. De aquí es moverse Plotino a llamar a los profesores de la Magia natural, ministros de la naturaleza. Hoy está puesta en uso grandemente en la China, provincia de hombres ingeniosísimos, donde no es posible arribar a los grados, y honras de la república, sin ser primero docto en ésta, y en particular en la que hablando simplemente, y según la antigua lengua Persiana, significa soberana sabiduría; en la forma que Mago, intérprete y observador de la divinidad. Tienen para su enseñanza suntuosas Universidades con grandes esenciones, rentas, y privilegios, recibiendo en ellas grados menores, y mayores, según estilo de las Europa. En todas en lugar de Retor, asiste un Chaén, que importa lo que Virrey en nuestra lengua. A éste se corresponde con crecido salario, y todo cuanto conviene a grandiosa pompa, aparato, y autoridad.

Fue después este nombre de Mago, por ignorante abuso, atribuido a los encantadores que malignamente engañan a los simples, dándoles a entender, saben las cosas futuras y secretas, con palabras estrañas, con señales y caracteres, con imposturas diabólicas, y otras observaciones supersticiosas de Nigromancia, Geomancia, Hidromancia, etc., reprobadas en todo tiempo por leyes divinas y humanas. De aquí se puede conocer haber dos géneros de Magia, una natural, otra supersticiosa. La natural que contempla cosas celestiales y terrestres, y que considera sus conveniencias y contrariedades, descubriendo las facultades en la naturaleza abscondidas. Mezcla por el consiguiente, las unas con las otras en proporción debida, y debajo de cierta constelación. Aplica a las pasivas las activas, atrayendo las unas a las otras por conformidad de naturaleza. Así la Imán atrae el hierro y con el se une: así el Ámbar la paja; el Sol muchas flores; la Luna las aguas, Marte los vientos. Muchas hierbas, muchos animales se convidan, y tienen maravillosas ocultas propiedades, por quien naturalmente esta Magia produce los que parecen inauditos milagros. La otra es supersticiosa. Hácese por invocación de malignos espíritus y es una manifiesta idolatría, prohibida siempre por las Repúblicas bien ordenadas.

Tales fueron los Magos de Faraón, remedando diabólicamente todo lo que por divino imperio hacían Moisés y Aarón, hasta que la vara de Moisés convertida en serpiente, se tragó sus varas, asimismo en serpientes vueltas. Platón en el duodécimo de las leyes hace mención de los nudos y cantos mágicos. Y en el Euchidemo, parangona la Oratoria con los encantos. Allí dice que así como la Oratoria es un deleite y tranquilidad del ánimo de los jueces y congregaciones humanas; así los encantos son un dulce arrobamiento, ocasionado de víboras, arañas, escorpiones, y enderezado a producir todo género de enfermedades y miserias.

La vanidad desta magia supersticiosa se conoció principalmente en Nerón, que se dio a ella cuanto jamás hombre. No le bastaba tener como Emperador potencia tan grande, y como particular ingenio discursivo, dotado de singular viveza, sino que también llegó su deseo a querer mandar a Dioses, y difuntos. Con todo, después de haber llamado Tirídates, Rey de Armenia, excelente en la Magia, para aprenderla dél; y después de emplear largo tiempo, porfiado estudio, y muchos dineros, sin dejar de hacer cualquiera abominable superstición que se le señalase, halló finalmente ser vano, y falso todo lo que della se decía, desamparándola con vergüenza de haber sido engañado.

En semejante estado calamitoso se hallaba la Persiana Monarquía, por la viciosa flojedad de su Rey, cuando de otra parte abundaba la Grecia de valientes supuestos en todo género de ocupación. Sea lícito dar esta vez el primer lugar a las letras, para referir (antes que se prosigan las armas) con cuántas ventajas florecían en aquella famosísima Provincia. Cien lenguas quisiera tener para sinificar con crecidos clamores el bien que resulta a todo Reino, de tener en suma veneración la virtud, las ciencias y sus profesores. Mas ¿qué necesidad tiene de encomios quien vive por sí tan acreditada, quien se halla de todos tan encarecida?

La Filosofía tuvo origen del sapientísimo Pitágoras, siendo el motivo principal el que se sigue. Considerando los hombres (como al principio se apuntó) el admirable ornato del universo, el continuo movimiento superior, la variedad y distinción de las estrellas, la recíproca sucesión de días, y noches; de meses, y años, que incesantemente renacen: la virtud vital del fuego, estendida por todo el mundo; el aire nunca firme, en virtud de quien respirando, tienen los animales vida; el mar que con repetidas ondas hiere las convecinas riberas, recibiendo, y volviendo a echar de sí las otras aguas, sin descubrir un punto de exceso o disminución: la tierra por todas partes unida al parentesco y orden de las cosas simples y compuestas, contenidas en esta gran circunferencia, innumerables en multitud, maravillosas en hermosura; comenzaron a inquirir sus propiedades y conveniencias para saber cómo eran hechas y engendradas; cuánto duraban, en qué se resolvían; cuándo y cómo faltaban; qué tenían de corruptible y mortal; y qué de divino y perpetuo. Observaban los cursos de las estrellas y su rigor sobre las cosas de abajo. Los Egipcios, los Babilonios, Indios, Magos, Druidas, se aplicaban a esta contemplación, según ha poco quedó referido. Después los Griegos cuidadosamente sus escritos escurecieron con nombres, y figuras, para que vueltos demasiado comunes, no fuesen del vulgo menospreciados. Ocultaron también su sentido con velos fabulosos, y versos medidos para hacerlos más durables, así con el deleite de las fábulas, como con la dulzura de las rimas. Cualquiera que tales cosas entendía, o algo dellas alcanzaba, quería ser llamado Sofí, que es sabio. Sólo Pitágoras fue el primero que con singular modestia tomó el nombre de Filósofo, que suena amator de sabiduría. Por tanto habiendo un día llegado a Philiunte, después de hablar docta y gravemente con León Príncipe de los Filiasios sobre algunos negocios; admirándose de su ingenio y elocuencia, le preguntó cuál arte profesaba. Respondió ignorar otra que la del ser Filósofo. Hizo a León novedad el nombre, y de nuevo quiso saber en qué consistía. Paréceme (prosiguió el sabio) asimilarse la vida a una de las juntas de hombres que en Grecia concurren a juegos públicos. Éstos con ansia crecida intentan allí conseguir el premio de la vitoria, propuesto a la mayor agilidad, vigor, destreza, ejercicio del cuerpo, y carreras de caballos. Aquéllos

tratan de comprar y vender, atendiendo sólo a granjerías. Mas otros con doblada generosidad sin buscar aplauso, o ganancia, intervienen como miradores. Así de los mortales llegando a esta vida como a famosa feria, unos según la diferencia de su inclinación, procuran honores, otros intereses; mas tales (bien que raros) estimando en poco las riquezas, consideran diligentemente la naturaleza de las cosas, por quien como curiosos investigadores son llamados Filósofos; esto es, estudiosos de sabiduría. Y así como en tales concursos era lícito mirar sin buscar ganancia, así en este mundo era de anteponer la contemplación y ciencia a las otras cosas.

Ni fue sólo Pitágoras inventor deste nombre (como se dijo) sino el primero que introdujo en Grecia igual disciplina, ilustrándola y acrecentándola mucho. Instituyó estudiantes de su secta, nombrados Pitagóricos, por quien fue tratado con suma veneración, quedando hasta hoy célebre su memoria entre todas naciones. Habiendo nacido en Samo, tras ser bien instruido en letras; partió a Egipto, y después a Babilonia, para aprender los cursos de las estrellas, y naturaleza del universo. Al volver tocó en Candía, y Lacedemonia, donde estudió las leyes de Minos, y Licurgo, tenidas entonces en grande estimación. Finalmente con su autoridad retiró el pueblo de la lujuria y ocio, reduciéndole a buenas costumbres. Era varia su doctrina. Enseñaba a las mujeres vivir con honestidad; obedecer y servir a sus maridos. Encargaba la modestia a los mozos: inclinábalos a las ciencias; advirtiéndoles a todos en general viviesen con templanza, como cosa de quien recibían origen las demás virtudes. Tras haberse detenido en Cotrón veinte años, fue a Metaponte donde murió. Consagraron los de aquella ciudad su casa en forma de templo, siendo allí dellos como un Dios adorado.

Concurrieron también en aquellos años los siete varones que la Grecia apellidó sabios: Solón, Tales, Pitaco, Biantes, Cleóbulo, Quilón, Periandro, que todos (excepto Tales) fueron o Legisladores, o Gobernadores de estados. Consiguieron este nombre, sólo por entender bien las ocurrencias de gobiernos, y cosas que intervienen en el común uso de los hombres. Los demás sabios de aquella edad, y los que les fueron sucediendo fueron Astrólogos, Físicos, Médicos; como Demócrito, Heráclito, Hipócrates, Empédocles, Parménides, Meliso. En aquel mismo tiempo se cuentan Stersicoro, Simónides, Alceo, Safo, Teógnides, Anacreonte, Arquíloco, Alcmeón, Epicarmo, Epiménides, y otros. Fue Solón Legislador entre los Atenienses, por cuya causa adquirió singular reputación, siendo excelentísimo en todas ciencias.

Descubrió sobre todo eminencia en poesía, a quien si se hubiera dado enteramente, no fuera menos estimado que Homero, y Hesíodo, según certifica Grecia en el Timeo de Platón. Éste deseando ver mundo, pasó a Egipto, y comunicó al Rey Amasis. Visitó desde allí a Cresos Rey de Lidia potentísimo, y rico en sumo grado, que por esta causa se tenía por el hombre más bien afortunado de la tierra. Habiendo pues a Solón hecho mostrar sus tesoros, lleno de mundana felicidad, instó le dijese qué sentía en razón de lo visto. Respondióle sin adulación; no podía ser alguno reputado dichoso hasta que llegase su fin. Alegaba, se habían visto muchos en esta vida caer en extremas miserias, tras grandes felicidades. Esto mismo sucedió después al propio Cresos, que vencido en guerra, fue por orden de Ciro hecho poner sobre un carro de leña, para que las llamas le consumiesen. Por tanto acordándose entonces del dicho de Solón, suspirando le nombró tres veces.

Entendiolo Ciro, y tuvo arrepentimiento, considerando entregaba vivo a la hoguera a un hombre que poco antes era no menos que él feliz. Así temiendo el castigo divino, y reconociendo no haber cosa estable en las humanas, mando se extinguiese el fuego y el preso quedase libre. Por este camino llegó Solón al conocimiento de Ciro, salvando a Creso la vida con su sabia advertencia.

Epiménides, fue familiar de Solón, y le ayudó a hacer sus leyes. Valió sobre todos en hallar cosas nuevas, siendo excelente adivino. Predijo mucho tiempo antes la venida de los Persianos en Grecia y que darían la vuelta sin buen efeto. Tales ilustre Físico y Astrólogo, fue el primero que en Grecia ordenó se dividiese el año en trecientos sesenta y cinco días. Halló los puntos de los solsticios y equinocios: la Osa menor y estrellas vecinas. Anunció el eclipse del sol en el Reino de Astiajes; y estorbó a los Milesios sus ciudadanos, entrar en liga con Creso contra Ciro, consejo que tras la vitoria fue causa de su salud. Dél escribe Aristóteles en la Política, haber previsto futura abundancia de olivas, con que podía ganar mucho, mostrando ser al Filósofo fácil enriquecer si quisiese: mas no ser éste su propio estudio. Una vez contemplando las estrellas cayó en un hoyo: por lo que cierta criada aguda le motejó, inquiría en vano las cosas del cielo quien ignoraba las que tenía entre los pies.

Séneca llama a Demócrito el más sutil de los antiguos, nombrándole entre los primeros y más excelentes maestros de ciencias. Cicerón le da título de hombre sabio y perfeto Geómetra. Encomienda mucho su estilo diciendo parecía, si bien se hallaba lejos del verso, más de Poeta, que de Orador, por ser elevado, y hallarse enriquecido de clarísimas lumbres, de palabras. Plinio refiere haber ido con Pitágoras a Persia, Arabia, Egipto, y Etiopía, con fin de aprender la Magia, siendo en las partes de Europa los primeros que después la celebrasen. Su mayor yerro nació del excesivo deseo que tenía de ayudar a los hombres, a quien prometía resucitar si muriesen; siendo por otra parte por extremo agudo, y a la vida utilísimo. Atendía con tanta tenacidad a la contemplación, que los Abderitas sus compatriotas, lo juzgaban loco; y así por sanarle llamaron a Hipócrates, que llegado, le halló solo cuerdo, y sabio entre todos los de Abdera. Dijeron algunos, haberse privado voluntariamente de los ojos con un espejo encendido, por ver más claramente con la imaginación. Afirma Tulio, no podía Demócrito, perdida la potencia visiva, discernir entre blanco, y negro; mas sí bien entre malo y bueno, honesto, y deshonesto, inútil, y provechoso; pudiendo vivir con felicidad sin la variedad de colores, mas no sin el conocimiento de las cosas. Persuadíase era impedida por la vista la contemplación del espíritu, y que así como los otros muchas veces no veen lo que tienen entre las plantas, así el ciego peregrinaba por toda la infinidad de las cosas, sin detenerse en alguna extremidad.

Atribúyese a Hipócrates el honor de ser primero que tratase de la Medicina y sus reglas. Refiere Plutarco dél, que habiendo escrito de las comisuras de la cabeza del hombre en el Anotomía, conociendo después no haber entendido, ni declarado bien alguna circunstancia, quiso confesar su yerro en público, por temor no incurriesen otros en él. Sólo san Agustín después deste, se halla que públicamente se haya correto, sacando a luz sus retrataciones. Los demás son tan tercos que antes morirían que desdecirse. Empédocles Agrigentino ilustre Físico, escribió en verso seis libros de la naturaleza, de

quien Aristóteles hace a menudo mención, en particular en la Poética. Dice allí, sólo hallarse común entre él y Homero los versos; por ser en los demás, uno verdadero Poeta; Físico otro. Y en la Metafísica hablando dél y de Anaxágoras propone, ser Anaxágoras en edad superior a Empédocles, mas inferior en obras. En otra parte afirma haber sido de complexión melancólica. Hizo según Plinio larguísimos viajes por saber la Magia como Pitágoras y Demócrito. Pretendiendo según Horacio en la Poética, dejar opinión de sí que fuese un Dios, desapareció secretamente de la vista de los hombres, y se precipitó en la caverna ardiente y espesos humos del monte Etna. Apunta haberse conocido esto después por uno de sus zapatos, que eran de cobre, a quien echó por lo alto la vehemencia del aire y fuego.

Anaxágoras de los nobles de Clazomenia, llegó a ser excelente Filósofo. Diéronle sus contemporáneos nombre de inteligencia, fuese o por la admiración que les causó su ingenio y sabiduría; o por ser el primero que juntó la materia a la inteligencia, constituyendo la misma a las cosas naturales por principio y primera causa de su distinción y orden.

Es de advertir ahora, haber sido poetas los que en primer lugar entre Griegos, discursaron de las cosas divinas, celestes, naturales, morales, políticas y militares. Comúnmente eran éstos Sacerdotes, Teólogos, Músicos, Astrólogos, Médicos, como Lino, Museo, Orfeo, Anfión. Lino hijo de Apolo y Terpsícore; sapientísimo en música, fue Preceptor de Hércules, de Tamiro, de Orfeo. Dicen haberse traído esta ciencia de Fenicia en Grecia, del modo que Atlante la Astrología de Libia. Museo fue como Profeta reputado, habiendo introducido muchas ceremonias entre Griegos. Desto rinde honroso testimonio Virgilio en el sexto de la Eneida, llamándole Poeta insigne y de entera perfección. Hácele parecer en los campos Elísios, más eminente entre todos los hombres de doctrina y fama que aquí introduce, cuyos nombres habían sido en todos siglos memorables. Orfeo, y Anfión fueron tan excelentes músicos, que se juzgó hacían mover con la suavidad de su canto árboles, piedras, ríos, y endulzar los más silvestres animales. Fue Orfeo el primero que en Grecia instituyó las Iniciaciones de las deidades, la expurgación de los pecados, los remedios de las enfermedades, por palabras, y encantos; y los medios para aplacar la celeste ira. Es común opinión haber procedido dél y de Zoroastes como de padres, y autores, toda la sapiencia de los antiguos. Pitágoras, según Iamblico, seguía la Teología de Orfeo, como modelo y basa sobre quien asentó y formó su Filosofía. De aquí escriben, haber emanado la doctrina secreta de los números, y cuanto de maravilloso tuvo la sabiduría Griega, enredada con velos de fábulas, y escurecida con poéticos colores. Demóstenes en la oración contra Aristógenes, llama a Orfeo autor de sacras ceremonias. Fue después de su muerte tenido por santo, y todos los años se celebraba una fiesta solene, dedicada al mismo, como al más sabio que hubiese habido, así en religión y Teología de aquel tiempo, como en Poesía.

A éstos sucedieron Homero, y Hesíodo, que casi fueron contemporáneos, adquiriendo por diversas virtudes alabanza no menos grande que permanente. Homero escribió la Ilíada, y la Odisea. Hesíodo dejó preceptos de Agricultura y de Astrología, mezclados con advertencias importantes al bien vivir, junto con la genealogía fabulosa de los dioses.

Sin controversia granjeó Homero el principado entre todos los Poetas de todas las naciones y edades. Plinio le atribuye la gloria primera del ingenio humano, en tan grande diversidad de naturalezas, multitud de disciplinas, variedad de acciones, de ejercicios y obras; habiéndola merecido así por la excelencia de su poesía, como por la felicidad de la materia, dichosamente tratada. Es tal su destreza en expresar, y representar a los ojos no sólo los cuerpos, sino también las acciones y afectos ocultos de los ánimos, que parece su poesía una imagen verdadera de la vida humana. Fue a los sentidos comunes tan conforme, y tan bien acomodó a las palabras los hechos; que tras tantas y tan grandes mudanzas, sucedidas en las costumbres y usos, desde el tiempo que vivió hasta el presente, conserva la misma gracia, y energía. En la forma que si escribiera nuestro siglo, retiene no sólo el decoro de la antigüedad, sino también el placer de las cosas nuevas, bien como si en él asistiera un espíritu que sin cesar se hubiese remozado para entretenerlo siempre en semejante vigor. Tanta fuerza tienen los escritos compuestos con la cercanía de lo natural, que jamás perecen: antes cuanto más adelante caminan, mayor gracia tienen, y más autoridad consiguen. Entre las demás sus singulares alabanzas, ésta es verdaderísima, ser sólo él quien en el mundo jamás hartó, o disgustó a los lectores, mostrándoseles siempre diverso y casi otro. Florece de continuo en nueva delectación, y con tanta destreza conduce de una cosa en otra, que por su novedad excluyendo toda molestia, no da lugar a que le dejen. Corren en particular sus versos con felicidad casi divina, y con nativa facilidad. Corrigió ésta con todo de manera, que observa gravedad en las materias altas, propiedad en las bajas, y templada decencia en las mediocres. Hállase por todo deleitosa variedad en narraciones, en símiles, oraciones, amplificaciones, argumentos, ejemplos, digresiones, palabras, sentencias, figuras, y tal disposición en la continuación de los propósitos, que se puede bien decir, no haber llegado jamás alguno a igualarle. Aristóteles, y Cicerón piensan, no habría podido llegar incontinentemente a tanta perfección, sin haber otros antes. Nada se halla perfecto, dicen, en su principio y primer nacimiento. Causó a los Griegos tan exquisita admiración, que le atribuyeron la noticia de todas las cosas; y creían haber salido de su fuente todas las disciplinas. Leíanle los más ilustres Capitanes, hallando en él los puntos más principales del arte militar. Los mayores Filósofos le alegaban, probando con sus versos sus razones. Otros fundaban en su congerie, el estado político y económico; la agricultura, el desprecio de las vanidades humanas, y el devoto proceder, debido a la Religión. Teniendo por esta causa, como lejos de toda ambición, callado su origen, contendían muchos pueblos en razón de hacerle su ciudadano, Smirnos, Colofonenses, Sciotos, Salaminos y Rodienses, erigiéndole Templo en sus ciudades. Mas quien de todos hizo mejor juicio, considerando concurrían en él tantas virtudes, pensó no ser posible hubiese sido humanamente engendrado. Diole pues por padre al cielo y por madre a Calíope, primaria entre las Musas. Con semejantes requisitos se deben escribir las obras, para que dellas se saque utilidad perpetua y quede memoria inmortal. Era de ver ahora si las modernas composiciones siguen las huellas de los Maestros antiguos; mas resérvoles para mejor ocasión, por no interrumpir el orden de lo que trato.

Hesíodo obtiene tras Homero segundo lugar entre Poetas Griegos. Éste dio a entender había llegado sin estudio a grado tan superior. Publicaba se adormeció en la cumbre del monte Parnaso, habiéndole enviado su padre por guarda de ciertos animales. Durando este sueño afirmó, le habían aparecido las Musas, divinamente inspirándole la poesía.

Después fue Sacerdote de las mismas en Helicon, escribiendo, como se apuntó de la Astrología, y Agricultura. Habiendo sido muerto (según Plutarco) con notable sinrazón y arrojado al mar, fue recogido de un escuadrón de Delfines, de quien fue llevado hasta el promontorio de Rión, junto a la ciudad de Molícrates, donde reconociéndolo sus habitantes (tan reciente era el delito) por su gran fama lo hicieron sepultar honrosamente. Tras esto teniendo fijo en el corazón el cuidado de descubrir el homicidio, tan buena diligencia pusieron, que hallaron los matadores, a quien vivos hicieron sumergir en el fondo del mar, arrasando sus casas.

No faltaron con todo religiosos de aquel tiempo, que vituperaron las fábulas impertinentes que Homero, Hesíodo y otros dejaron escritas de los dioses, como contrarias a la piedad y buenas costumbres. Proponía en sus formas, edades, sexos, transformaciones, vestiduras, y ornamentos. Expresaban convites, alegrías, sensualidades, quejas, lamentos, disgustos, iras, y odios. Fingían pendencias, discordias, escaramuzas, guerras, y batallas. Mezclaban adulterios, incestos, confederaciones, y compañías con los vivientes, haciendo fuese engendrado lo mortal de inmortales, y otras muchas cosas transferidas a la similitud de la humana fragilidad. Por eso decía Pitágoras, que descendiendo al Infierno había visto el alma de Hesíodo estrechamente ligada a una columna, y la de Homero colgada de un árbol, padeciendo allí por lo que ambos locamente inventaron y fingieron de los Dioses. Afirma Isócrates, haber sido casi todos por tales yerros fuera de la pena de la otra vida, no poco castigados en ésta; si se consideran ya vagamundos, ya mendigos, ya ciegos, sin los que de la patria fueron desterrados, o en ella muertos. Y propone del modo que Orfeo, autor principal destas fábulas, fue rabiosamente hecho pedazos, quedando por los caminos esparcidos sus miembros. Platón en su República, no les señalaba lugar por causa de tan absurdas impiedades; sino quería fuesen solamente recibidos los que compusiesen himnos celestes, o morales advertencias. De aquí se sigue cuán reprobado había de ser el renovar en los teatros semejantes fábulas, dañosísimas a la simplicidad plebeya, que aprehende iguales ficciones, como verdades. Debrían considerar los escritores deste género, vive ajena de toda suerte de superstición la Religión Cristiana en que se criaron: y que su principal intento, sólo había de ser informar los ánimos con la representación de las virtudes.

A los Poetas en antigüedad primeros, siguieron los Filósofos: que (como se apuntó arriba) comenzaron a florecer en el Reino de Ciro. Al principio casi todos, como los precedentes, compusieron en verso, dividiéndose en dos sectas, llamadas una de Itálicos, y otra de Jónicos. Tales, natural de Mileto, en la secta Jónica fue autor. Pitágoras Samio, habitando en Crotón (ciudad en aquella parte de Italia, dicha magna Grecia) instituyó la Itálica, cuyos secuaces de su nombre fueron llamados Pitagóricos, enseñando su doctrina por números y figuras.

A Tales, sucedió Anaximandro: a Anaximandro, Anaxímenes: a éste Anaxágoras, y consecutivamente Arquelao y Sócrates. De la otra parte, fueron sucesores de Pitágoras, Telanges su hijo, Jenófanes, Parménides, Zenón, Leucipo, Demócrito, y muchos, entre quien se celebran Naucífanos y Naucides. Hubo no pocos insignes en una y otra secta hasta el tiempo de Platón, y Aristóteles, que del todo las cancelaron. Éstos introdujeron las nuevas de Académicos, y Peripatéticos, extinguiendo la fama de quien había

comenzado las otras, del modo que Alejandro la gloria de Ciro, y sus sucesores, arruinando la Persiana monarquía.

Mas la prez mayor de los Griegos tuvo principio desde el viaje de Jerjes; no obstante los atemorizase grandemente su indecible potencia. Sabían, se intentaba esta guerra a fin de reducirlos en servitud; y viendo ya sojuzgadas todas las ciudades que en Asia poseían, pronosticaban no habían de quedar con mejor condición las de la misma Grecia. Mas en medio destas dudas, deste terror y cuidados, habiendo tenido la jornada diversísimo fin que el esperado por la creencia universal, adquirieron suma reputación y honra. No hubo tierra o ciudad que de aquel naufragio no saliese riquísima, causando admiración al mundo hubiesen sucedido las cosas tan al contrario de lo que juzgaban todos. Por esta causa la Grecia desde entonces hasta cincuenta años después, fue creciendo en toda suerte de felicidad, y riquezas, con que maravillosamente florecieron las artes. Hiciéronse asimismo adelante las ciencias, y en particular la Filosofía. La elocuencia sobre todo cobró aventajados realces en aquellos confines, y en Atenas singularmente. Concurrieron en esta edad varones excelentes en toda doctrina, Oradores, Pericles, Gorgias, Trasímaco, Hipias, Pródico, Protágoras, Isócrates, Lisia, Demóstenes, Esquines, Antífonas, Ardócides, Hipérides, Dinarco, Isco, Licurgo, Demades, Demetrio Falerio. Históricos, Herodoto, Tucídides, Jenofonte, Filisto, Eforo, Teopompo, Timeo, Calístenes. Poetas trágicos, Esquilo, Sófocles, Eurípides. Cómicos, Cratino, Aristófanes, Eupolis, Menandro, Filemón, Difilo. Estatutarios, Lisipo, Charis, Fidias, Policeto, Praxíteles, Ctesia, Dinómenes, Cimón, Plasto, Lisistrato, Mirón, y Dibutado. Pintores, Apeles, Protógenes, Polignoto, Parrasio, Arístides Tebano, Parales, Zeusis. Arquitectos, Dinócrates, que fabricó a Alejandría de Egipto; Cresifonte, Gnosio, Filón. Escultores, Alcamenes, Acorácrito, Scopas, Briaxis, Timoteo, Leócaris, Pitis. Músicos, Timoteo, Anaxarco, Damón, Aristógenes. Aritméticos, Nicómaco hijo de Aristóteles, Euclides, y Eudoxio, Geómetras juntamente. Astrólogos, y Filósofos, los ya referidos hasta Sócrates, el primero que retiró la Filosofía de la contemplación celeste y natural en que estaban ocupados los precedentes. Acomodola éste al gobierno de las casas, ciudades, y Repúblicas, juzgando difícil el conocimiento de las cosas antes ventiladas, y que aun cuando se conocieran, servían poco al bien vivir. Por tanto se aplicó todo a tratar principalmente de las costumbres, virtudes, vicios, y todo género de bien y mal.

Tras Sócrates florecieron Platón, Aristóteles, Teofrasto: Xenócrates, Polemón, Crantor, y otros así Académicos como Peripatéticos: Zenón Estoico, a quien sucedió Cleantes y Epicuro creciendo por horas los ingenios de Grecia hasta la Era de Filipo y Alejandro: en cuyo tiempo llegaron todas las cosas a su excelencia y perfección. Verdad es que al paso que faltaron ambos Príncipes, comenzaron a caer, y con más presteza que habían dado principio a subir: tanto alienta la liberalidad, y estimación de los Protectores.

Cuanto al arte de la guerra, Filipo, y Alejandro sin duda se aventajaron a todos los grandes Capitanes de su tiempo en noticia y experiencia militar, hazañas, magnanimidad y felices sucesos de conquistas. Exceso tanto más de estimar, cuanto abundaba más de ilustres caudillos, como Epaminondas, Pelópides Tebano, Timoteo, Conón, Cabria, Ifícrates Ateniense y poco antes Pausanias, Lisandro, y Agesilao hijos de Esparta, junto con Timoleón Corinto. Y sin éstos, Temístocles, Arístides, Cimón, Milcíades, que



intervinieron a las guerras de Media y Persiana. Por manera que quien quisiere comparar las virtudes de todos aquéllos juntos con los hechos, y gloria de padre y hijo, hallará estos dos mucho más excelentes que los otros.

Filipo, que en su principio fue señor de cortas fuerzas, hizo al fin su Reinado el más poderoso y temido de otro dominio cualquiera que en su tiempo hubiese en Europa. Hallando al volver la Macedonia tributaria y sierva de los Ilíricos, antes de morir la hizo libre señora de muchas ciudades y naciones convecinas. Su propia virtud fue parte para que toda la Grecia lo eligiese por su Capitán General, sometiéndose voluntariamente bajo de su conduta. Y después de haber con fuerza de armas roto, y deshecho los que habían robado el Templo de Apolo en la ciudad de Delfos, y hecho seguro el pasaje al oráculo, obtuvo primer lugar y voz en la junta de los Estados de Grecia, llamado consejo de Anfitriones; habiéndosele concedido por mérito de su virtud, y de la devoción mostrada con los dioses. Después tras instituir gobierno y leyes a los Ilíricos, Húngaros, Citas y Tracios, tomó por asunto destruir el Persiano Imperio. Siguiendo semejante deliberación, envió delante su ejército, con cuya ocasión hizo francas las ciudades Griegas, situadas en Asia: mas opreso de violenta muerte no pudo conducir a fin su grande empresa. Bien que dejó a su hijo y sucesor Alejandro tantas fuerzas, y tan gran poder, que después no tuvo necesidad de buscar socorros para proseguir el intento comenzado.

Todas estas cosas señaladas es cierto no haberlas hecho sólo con el favor de la fortuna, sino con su propia virtud, con su experiencia, y consejo. Fue Príncipe por extremo sabio, en particular en el arte de la guerra; valeroso por su persona, afable y liberalísimo. Así Alejandro en limitado tiempo obró prodigiosas proezas, aventajándose por su ingenio, y valor a todos los Reyes que por sus hazañas han sido celebrados desde que el mundo tuvo principio.

En espacio de solos doce años que rigió el Imperio, redujo a su obediencia buena parte de Europa, y casi toda el Asia, causa de haber adquirido con justa razón grandísima gloria, igual a la de los más excelsos Príncipes antiguos, que por la soberanía de sus empresas, han sido tenidos y venerados de la posteridad como semidioses. Mostró en su infancia evidentes señales de su futura grandeza. No se entretenía con las damas, con juegos, o cualquier otro pasatiempo, sino sólo se deleitaba con las armas. Y cuanto más vía prosperar en las guerras a su padre Filipo, tanto más disgusto sentía, diciendo, no le dejaría nada que hacer. A los señores de su edad que le convidaban para los juegos olímpicos, respondía, fuera allá de buena gana, si pensara hallar otros Reyes con quien combatir y probarse. Después de hablarle los Embajadores del Rey de Persia, refirieron, habían hallado en él magnanimidad y grandeza de ánimo sobre su edad. Deseoso Filipo de saber quién le sucedería, envió al Oráculo de Apolo en Delfos, donde le fue respondido, sería de su Reino sucesor, y gozaría de mucho más dilatado Imperio, quien permitiese el caballo Bucéfalo subiese sobre él, lo que sucedió a Alejandro. Era éste de singular belleza, mas con todos otro tanto indómito y fiero. Sólo con este Príncipe se mostró manso y tratable. Así hacía dél todo lo que quería, reservándole para las ocasiones, y pasos más peligrosos. Tal fue su felicidad que jamás dio batalla sin salir vencedor, ni sitió fortaleza sin tomarla. Hallándose aún muy mancebo, y de dineros no

bien proveído, ni teniendo más que treinta hasta cuarenta mil soldados, se aventuró a pasar el mar, osó ir al Asia y acometer al Rey de Persia, el mayor y más poderoso del mundo. Penetró bien adentro en su propio Reino y tres veces le deshizo y rompió, haciendo pedazos los ejércitos de su enemigo, el menor de quien fue de quinientos a seiscientos mil combatientes. Después de cuyas rotas, le envió a ofrecer el Rey dos mil talentos, y una parte de su Reino por rescate de su madre, hijas y mujer. Mas no las quiso entregar, respondiendo magnánimamente, no podía ser la tierra de dos Emperadores regida, como ni el universo iluminado de dos soles. Conquistado todo Reino de Persia, marchó con su ejército hasta la extremidad de Levante, haciendo viajes comúnmente tan ásperos, tan largos y entre tantas naciones, que difícilmente se pudieran pasar con poca compañía y menos estorbos, cuanto más con tantos arneses de a pie y caballo, tanto impedimento de hombres, y peligro de combatir. Volviendo de la India a Babilonia, fue de edad de treinta y tres años aclamado Monarca de todo el mundo, por medio de los Embajadores que enviaron Cartago y resto de África, Italia, España y Francia: tal era el terror de su nombre, tal la reputación de su felicidad. Vencido el Oriente, amenazaba ruina a Cartago, ordenando gruesas armadas por mar, y numerosos ejércitos por tierra. Era su intento debelar el Occidente, habiendo deliberado caminar por África hasta las columnas de Hércules. Pasar por el estrecho a España: de allí por Francia y por Italia dar vuelta a Grecia: mas la muerte rompió sus disinius en medio de sus vitorias. Era tan ambicioso de gloria, que diciéndole Demócrito había más mundos, se lamentaba por detenerse tanto en conquistar éste, doliéndole, no poder asaltar con brevedad los otros.

Intitulábase hijo de Júpiter, y hacíase adorar como tal. Después de su muerte, se detuvo su cuerpo siete días sin alguna corrupción, ni olor malo, con que se confirmó la opinión que de su divinidad se tenía.

Esta es toda la excelencia de las armas que se halló en aquel tiempo, referida juntamente con la felicidad de las letras que entonces concurrió: para que se entienda cuán hermanadas y conformes viven. La escuela de un valeroso Príncipe saca esforzados sujetos, siendo amado de virtuosos el premiador de méritos. Feliz la República que goza de semejante armonía, por quien el Regente se hace dichoso Monarca de albedríos, y los regidos, esentos de humanas calamidades.

Tres grandes supuestos, se quedaban en silencio, honor del siglo de aquel Príncipe, Platón, Aristóteles y Demóstenes. Pusieron los dos primeros la Filosofía en el mayor trono que jamás haya tenido. Ni sólo se dejaron atrás los demás Filósofos pasados de la Grecia, sino parece haber infundido impotencia al tiempo, para que entre los futuros nunca se hallasen otros que pudiesen ser sus iguales. Recibió dellos el mundo presente, la mayor parte de lo que alcanza, habiendo sido sus obras traducidas en todas lenguas, y esparcidas entre todas naciones. Supieron todo lo que fue posible saber en su edad, y lo que entonces podía entender el ingenio humano. No se halla doctrina liberal, arte o ciencia (sea la que fuere) de quien propiamente no hayan tratado. Cuanto se descubre en el cielo, en mar y tierra propusieron y explicaron, eligiendo para conseguir este fin, una forma de vivir tranquila y quieta, a propósito para entender y contemplar. Aborrecieron los cargos públicos, llenos de rencor y trabajo, buscando sólo sosiego para estudiar y escribir.

Platón tras haber largamente conversado con Sócrates; tras haber estado en Italia, en Sicilia, en Egipto, bien que amase mucho su patria, y fuese inteligentísimo en los gobiernos públicos, no quiso con todo entrometerse jamás en las cosas de la República. Era causa no sólo su inclinación, mas también ver al pueblo de Atenas delirar casi por vejez, y acercarse a su fin por su inconsideración. Empleó todo el tiempo de su vida en aprender, y en inquirir la verdad, mostrando con voz, escritos y efectos la vía de la virtud a los que la querían seguir. Decíase, que a usar los dioses el lenguaje de los humanos, sólo se valieran del suyo, tal viveza descubría su discurso, tal majestad su razonamiento. Llámale Cicerón, no sólo padre de todo saber, sino de todo bien hablar. Antes los Griegos peregrinaban tierras estrañas por aprovechar en letras; mas sucedió en su tiempo, venir a su Academia los más remotos, por aprenderlas de su boca, y participar de su milagrosa doctrina.

Aristóteles por el consiguiente, fue honrosamente llamado de Filipo, teniendo en mucho fuese natural de su Reino supuesto tan grande. Estimó sobre todo, le hubiese alcanzado su edad, porque pudiese servir de maestro a su hijo Alejandro. Asistió ocho años cerca de su persona, después no obstante tuviese singular crédito en la Corte de Macedonia, no obstante gozase crecidas rentas, y pudiese llegar a sublime estado, gustó de retirarse a Atenas, por pasar allí el resto de la vida, ocupado en estudios. Apenas, si bien dedicado todo a ciencia particular, consigue el hombre algún primor en ella, aunque para su posesión consuma todos sus años: mas él en todo cuanto profesó, salió siempre excelentísimo, ni jamás emprendió tratar cosa, que no la redujese a soberana perfección. Para esto fue grandemente ayudado de la perspicacia de su ingenio, de la inclinación a las letras, de la perseverancia en ellas, de la eminente doctrina de Platón (Preceptor suyo, a quien oyó veinte años) de la felicidad del siglo en que nació, lleno de buenos libros, rico de todas artes, y de la liberalidad de su discípulo Alejandro, que le socorrió generosamente, para que tuviese efecto su intención. Altercan muchos sobre el mayor ingenio que haya podido haber entre los hombres; contienda no poco difícil de decidir. Con todo bien considerado, ninguno se conoce tan admirable como el suyo, por la excelencia de las obras compuestas, y por la dignidad de las materias tratadas. No se detuvo Platón tanto como Aristóteles en la Filosofía natural. En la Moral y Política fue por extremo curioso, en la Metafísica excelente. El uno trató de la creación del mundo, calidades, figuras, y elementares movimientos, por quien se halla el universo establecido. Señalaba tres principios, Dios, la idea, y la materia prima, alimentadora de toda generación. El otro se esfuerza a probar, ser el mundo eterno, poniendo también tres principios, esto es, materia, forma y privación. Disputa del vacío, del lugar, del tiempo, del movimiento, de la generación, de la corrupción, de los cuatro elementos, de las mutaciones que hacen en el aire. Demostró los nacimientos, vidas, figuras, partes, inclinaciones de todos los animales. Trató (si bien se atribuye a Teofrasto su discípulo) las naturalezas, causas y razones de las plantas. Ambos escribieron de ánima; mas Platón con más agudeza que Aristóteles exprime su inmortalidad. Platón de la perfecta República de las leyes y virtudes discurre amplamente. Aristóteles también compuso muchos libros de Filosofía Moral, demostrando todas sus partes hasta la Económica.

Recogió demás las instituciones y disciplinas de las Repúblicas, y Reinados de su tiempo; y asimismo de los que en el pasado habían florecido. Divulgaron uno y otro las mudanzas

que en ellas intervienen, ni olvidaron los modos de remediarlas. Atribuye Aristóteles a sí mismo la invención y perfección de la Dialéctica. Trató también de Retórica y Poesía tan exactamente, que nada mejor en tales profesiones.

En lo demás, Platón escribió por diálogos, en que de ordinario es quien habla Sócrates, disputando muchas cosas afirmativa y negativamente, inquiriendo en todas el parecer de los asistentes, preguntando, sin resolver, ni decir su opinión. Tiene esta forma de escribir más eficacia, y vuelve las disputas más inteligibles, como si al improviso se hiciesen, ni fuesen tomadas de otra parte. Conserva en particular la dignidad de las personas introducidas, acomodando a cada una los convenientes propósitos para la variedad, que ocasiona maravilloso deleite. La observancia deste orden le dictó una manera de escribir elegante, magnífica, llena de grave majestad, así en palabras como en sentencias, enriquecidas de translaciones, alegorías, y otros colores Retóricos, sin observar modo determinado de enseñar. Mas entre todos Aristóteles ha escrito metódicamente. Explica sus concetos con propiedad, según lo pide la materia, sin exquisito ornamento de palabras. Continúa el asunto que comienza a tratar desde el principio incesantemente hasta el fin, sin salir un punto de lo propuesto, ni dejar algo indeciso. Nótanle no pocos, haya querido aposta en muchos lugares escribir oscura y ambiguamente, por temor de no ser tratado de la manera que trató a otros. Platón es más abundante, Aristóteles más nervioso. El uno mezcló en sus libros muchas estrañas opiniones, como la de la transmigración de las almas de un cuerpo en otro, de la comunión de mujeres, hijos y haciendas. El otro se conformó más con la vía común, y acciones civiles. Detúvose el uno principalmente en las cosas inteligibles; en las sensibles el otro. El uno ha vagado por todas las ideas o formas: el otro se burló dellas, como también de las precedentes opiniones, a quien reprehendió ásperamente. Con todo eso se hallan muchos de parecer, no haya habido entre ellos diferencia de sentidos, sino sólo en palabras, y se esforzaron a reducirlos a concordia. En fin los Griegos tuvieron en opinión de divino al uno, y su doctrina fue por extremo honrada, vivo, y después de muerto. El otro fue juzgado admirable; de grandísimo juicio, y de incomparable sabiduría, reverenciado singularmente de los que después han atendido a las letras. Brevemente Aristóteles encubrió cuanto de Platón sabía, siendo maravillosa su felicidad en ser discípulo del más excelente Filósofo, y maestro del mayor Monarca.

Demostenes oyó a Platón con diligencia, y fue amigo de Aristóteles. Tan eminente en elocuencia, que es juzgado regla y ley de toda culta oración, de toda habla elegante. No admiten como tan llenas de vigor y energía, diminución o adición sus palabras. En las causas tratadas en las oraciones escritas, cosa no se puede exactamente pensar, o exprimir sutilmente, que no le haya ocurrido, que no la haya explicado. Por el contrario nada se puede hallar más grave, ni mejor ornado de lo que dijo o escribió. Fue tan estudioso y solícito, que hasta edad de cincuenta años no se halló en Atenas Artista, como él madrugador y vigilante. Con tener muchas imperfecciones de naturaleza, las superó todas, valiéndose de industria y diligencia, sin que le fuesen estorbos ser tartamudo, desalentado, tímido. De tal manera se acomodó con el arte, que no hubo Orador en su tiempo (con haber muchos excelentes) que con más prontitud pronunciase, que con más osadía discurriese. Tuvo mientras vivió, grande autoridad en toda Grecia, respetado y temido del Rey de Macedonia, y honrado del gran señor de Persia. Manejó las cosas de

Atenas, de donde era natural, largo tiempo. En él entendió bonísimamente las cosas de estado, las alteraciones que suceden en los dominios, y de qué causas procedan. De cuanto se juzga necesario al gobierno público, se halla apariencia sus escritos, no teniendo sus consejos por fin lo útil sólo, sino también lo honroso y honesto. Así es cierto, no haber Platón ni Aristóteles filosofado mejor en escuelas, que él en juntas y juicios públicos.

#### VARIEDAD SEXTA.

DE un ansia inaudita de opinión era conducido Alejandro contra todas las naciones; de un apetito de dominar no menos soberbio que glorioso. Había propuesto con valerosa emulación; exceder los hechos de Baco y Hércules, haciendo ver sus fuerzas más adelante que ellos habían mostrado las suyas. Mas no sólo consistió en esto su grande felicidad, sino en lo que jamás sucedió a otro Monarca. Esto es, que en su tiempo concurriesen tan excelentes hombres en todas ciencias, y todas artes. Fomentó semejante eminencia en letras y armas el mostrárseles liberalísimo. Fueles asimismo a los artífices de grande aliento tener un asistente y conecedor que supiese sutilmente juzgar lo que ellos obrar singularmente, recompensándolos con generosidad y agradecimiento. De que se infiere, que así como la humanidad, honor y franqueza del Príncipe, son medios que provocan y llevan adelante el crecimiento de las más dignas ocupaciones; así por opósito, desmayan y se extinguen los más vivos ingenios, por la negligencia y poquedad de los que señorean. Infelicísimo, según esto, el Rey, aunque muy poderoso, cuyo talento carece de conocimiento y operación.

Teniendo pues, Alejandro tras sus conquistas, en su Erario cien mil talentos, sin las rentas anales, que eran de cantidad increíble, usó de todos los tesoros magníficamente, con maravillosa y bien ordenada liberalidad. Puesta la consideración en los méritos, colocaba sus beneficios en partes donde podía entender, no se había de borrar su memoria. Dio cargo a Aristóteles de reducir en escrito las naturalezas de los animales, a cuyo efeto le mandó librar ochocientos talentos; de nuestra moneda, cuatrocientos y ochenta mil escudos. Ordenó asimismo a infinitos hombres de Grecia y Asia, como cazadores, pescadores, monteros, y todos los que tenían cuidado de parques, de brutos, de estanques y lagunas, le conduciesen los animales, o le hiciesen fieles relaciones de sus naturalezas. Sus dádivas fueron muchas y grandes, hechas o para galardón, o para aumento de estudios. Admiraba la Poesía de Homero, y su Ilíada, con sus armas, tenía de continuo a la cabecera. Preciaba mucho la Filosofía en que le había instituido Aristóteles, estimando no menos aventajarse a otros en noticia de ciencias, que en potencia de armas. Esto le hacía desear sumamente, fuesen sus empresas encomendadas a la posteridad por los más raros y dignos escritores. La misma razón le obligaba a no permitir, le retratase en lienzo, sino Apeles, le esculpiese en estatua, sino Lisipo.

Mas demos al invictísimo Macedón, al grande Alejandro algún competidor en su gloria, en su fama, en los trabajos, en las conquistas, en el Imperio, y aun en la muerte. Sea éste Julio César, que parece es solo quien se quiere alzar con el mayor ingenio y valentía.

César, que habiendo superado sus ciudadanos, se hizo el primer Monarca del Romano Imperio. Adelantose, no hay duda, a los más insignes de su edad, y a cuantos poco antes pasaron; perdonen los Fabios, Cipiones, Metelos; cedan los Silas, Marios, y Lúculos. Grandes fueron sus victorias, conseguidas en varias partes, grandes sus títulos y triunfos; y así no es mucho, se le aplique la precedencia entre los más valerosos. Hacen su mayor decoro las dificultades de las tierras, en quien efectuó sus conquistas, las amplísimas regiones que juntó al Imperio, la multitud y potencia de los enemigos que debeló, la aspereza de los hombres, con quien trabó las guerras (cuya dureza después redujo a policía y dulzura) la clemencia con los rendidos, la liberalidad y magnificencia usada con los que combatían y militaban bajo de sus órdenes. Excede finalmente, a todos por el número de batallas que venció, y por la muchedumbre de adversarios que mató en ellas. En menos de diez años que duró la guerra de Francia, tomó ochocientas ciudades por asalto y fuerza. Sojuzgó trecientas naciones, y habiéndosele opuesto en veces tres millones de contrarios, al uno despedazó, y los dos dejó prisioneros. En lo demás se hizo amar tanto de sus soldados, que en cuantas ocasiones se ofrecía defender la gloria y honor de César, arriesgaban con tan indecible ímpetu las vidas, y con tal furia cerraban los ojos a todos los peligros, que ningún valor los podía resistir; y así quedaban siempre invencibles. Parecía haber nacido para dar cumplimiento a las mayores y más arduas empresas. Poseía corazón, siempre deseoso de grandes honras, causa de no entretenerle las prosperidades de sus conquistas y proezas pasadas, a querer gozar en paz del fruto de sus fatigas. Antes lo encendían y animaban a elegir otras en lo por venir, engendrando siempre en sí imaginaciones de más heroicos hechos, y deseos de más nuevas glorias. Era este incentivo en él, como una emulación y celos de sí propio, juzgándose como si fuera diferente. Era una obstinación de quererse vencer siempre, combatiendo de continuo la esperanza de lo futuro, con la gloria de lo pasado. Era una ambición de lo que deseaba hacer, con lo que tenía ya hecho, en razón de que, proponía ir en persona a la guerra de los Partos, puestas a punto ya todas prevenciones. Ni se detenía allí, sino tras haberlos debelado, intentaba pasar por la Hircania, y circundando el mar Caspio y monte Cáucaso, conquistar de nuevo el Reino de Ponto, para entrar después en la Cítia, y habiendo corrido las naciones y provincias, vecinas a la gran Germania, y a ella toda; volver finalmente por Francia a Italia, dilatando por ámbito en esta forma el Romano Imperio, de modo, que por todos lados partirse términos con el grande Océano.

Infiérese de lo dicho cuánto se hayan parecido estos dos Príncipes en las obras. Ambos grandemente ambiciosos; ambos sobremanera armígeros, prontos y diligentes en ejecutar resoluciones, impetuosos en los peligros, hasta menospreciar sus propias vidas. No les ayudó menos la audacia y fortuna, que la prudencia y disciplina militar. El uno, esto es, Alejandro, fue en la estación del estío por tierras sin agua a visitar el dios Amón: y habiendo atravesado el golfo de Panfilia, ganó el país con notable felicidad. Parecía al pasar sosegarse y detuviese la fortuna el ímpetu de las ondas. Después por la entrada del invierno puesto en camino, penetró nuevos mares, borrascosos mucho, hasta llegar a los Indianos, Hallándose en el cerco de Metona, subió el primero sobre los muros. De allí solo saltó en medio de los enemigos, y habiendo recibido trece heridas, quedó a pesar de todos invencible. Sojuzgó muchas naciones en Europa, y sobre todo la Griega, no menos belicosa que amiga de libertad, siempre de esenta cerviz, hasta que con título de Presidencia, obedeció a Filipo, como a protector. Conquistó el Asia, y según común

modo de decir, sujetó cuanto vio. Finalmente murió en la flor de su edad, mientras aspiraba a hacerse dueño del resto del mundo.

César asimismo en medio del invierno le fue tranquilo el mar Jonio. Navegó el Océano al derecho de Inglaterra, y si bien no tenía noticia de aquella costa, mandó a los Pilotos, que lo rehusaban, diesen velas, habiendo para este fin espiado el pasaje, solo en una barqueta, confiado más en su fortuna que en el mar. Metiose muchísimas veces también solo entre sus enemigos, cuando los demás temblaban de miedo. Combatió en batallas campales treinta veces contra los Galos, y sojuzgó aquella nación, causadora de tan grande asombro en Roma, por quien hasta Sacerdotes y Veteranos carecían de inmunidad las veces que contra ellos se ofreciese tomar armas. Peleó junto a Alejandría, y viéndose sobre un puente desamparado de los suyos, y ceñido de enemigos por todas partes, arrojando en tierra el manto de púrpura, saltó en la mar. Conociendo era perseguido de la misma forma en el agua, se encubrió largo espacio en el fondo, sin mostrarse fuera, sino tal vez para recobrar aliento. Esto duró tanto, que se acercó a una de sus naves, donde estendiendo la mano, se hizo conocer, salvándose. En las guerras civiles por temor o ambición, como él decía, tuvo por contrarios a muchos valientes Capitanes de muchos y grandes ejércitos, no sólo de extranjeros, sino de Romanos, y apenas en dos batallas superó a todos sus enemigos, a los que en felicidad y virtud habían excedido a tantos. Ni fueron con todo sus gentes siempre invencibles, como las de Alejandro. En Francia, Cota y Titurio sus Pretores quedaron vergonzosamente rotos: y en España de la misma forma se hallaron con sus huestes sitiados Afranio y Petreyo. También en Durazo, y Libia estuvieron determinados de huir al descubierto, sin el miedo que después tuvieron a Pompeyo el mozo. Mas cuanto a la persona de César es cierto, no haber conocido jamás temor alguno; antes haber quedado en todas ocasiones victorioso. Amplió el dominio Romano por agua y tierra, desde el marOcéano hasta el río Éufrates, tanto por fuerza, y virtud, cuanto por benignidad y clemencia. Su Imperio fue más firme y mejor fundado que el de Sila. Mostrose Rey en los efectos a los que rehusaban obediencia, bien que en lo demás se abstuviese de tal nombre. En fin, habiendo emprendido nuevas jornadas en la forma que Alejandro, fue muerto, como es público. Ambos tuvieron ejércitos casi semejantes. Fueron sus soldados, prontos, osados, amadores de sus Capitanes, ásperos y tremendos al combatir: a menudo inobedientes, y fáciles de amotinarse contra sus Emperadores, por causa de sus incesables fatigas: y esto no obstante, los lloraron amargamente después de muertos, ocasionándoles su pérdida intensísimo dolor. Juzgaron, debían ser como dioses adorados, por haber reconocido en ellos partes más que humanas. Ambos fueron gallardos de cuerpo, y de excelente hermosura, derivados ambos al modo Gentil del linaje de Júpiter. De Eaco y Hércules el uno; el otro de Venus y Anquises. Uno y otro fue furioso y cruel contra quien los irritaba, mas fáciles de reconciliarse, piadosos y agradables con sus prisioneros; liberalísimos con todos, sin descubrir más codicia que de la vitoria.

Por semejantes virtudes y condiciones, llegaron los dos, bien que por diversos medios, a tan gran Principado. Sábese poseía Alejandro, cuando comenzó a conquistar los ajenos, un Reino grandemente ampliado por Filipo. Mas César de particular ciudadano (dado fuese de ilustre linaje) sin gran patrimonio y sin dineros, consiguió tan alta gloria. Despreciaron los dos las señales que aparecieron de su muerte; ni por eso descubrieron

mal ánimo a los adivinos que pronosticaron su infelicidad. En lo demás fueron ambos amadores de virtud y ciencias, versados así en el idioma Griego y Latino, como en la diversidad de otros. Alejandro puso estudio en aprender la doctrina de los Bracmanes, tenidos entre los de la India por más sabios, como los Magos entre Persas. César asimismo caminando por Egipto con Cleopatra, se aplicó a entender los secretos de los más doctos, por quien después en Roma ordenó muchas cosas sabiamente.

Lo que de nuevo hallo que ponderar en los sucesos y vidas destes dos insignes Capitanes, es, cuán diferente quedó asentada la Monarquía del uno que la del otro. Bárbaros (según Platón) eran nombrados todos los otros pueblos, que no tenían alguna comunicación de hablar, o vivir con los Griegos: así eran juzgados todos serviles. Trataron largamente los Poetas el cómo habían de dominar los Griegos a los bárbaros, haciéndolos de una misma naturaleza que al siervo. Esta conveniencia de obedecer alegó también Demóstenes en la tercera Olintiaca. Y sobre todo dice Plutarco, no haber puesto Alejandro en ejecución lo que su Preceptor le aconsejaba. Persuadíale, se portase como padre con los Griegos, y como señor con los bárbaros. Que de los unos tuviese cuidado como de sus amigos y parientes, y de los otros se sirviese como de plantas y animales. Alegaba, libraría por este camino su Imperio de bandos, y parcialidades, casi siempre ocultas semillas de guerras. No fue admitido tal parecer de aquel magnánimo señor: antes juzgando de sí haber sido enviado del cielo como común reformador, regente y reconciliador del universo, constreñía por fuerza de armas los que no podía conformar con rigor de razones. Juntaba en uno el todo de todos los estados, y mezclando las vidas y costumbres, matrimonios y maneras de vivir, mandaba a todos, llamasen patria toda la tierra, eligiendo su campo por fortaleza, y su equidad por domicilio. Que todos los virtuosos se tuviesen por parientes, y solamente los viciosos por estraños. En lo demás no quería se pusiese punto de diferencia entre el Griego, y el Bárbaro, sino que fuesen unos los trajes, unas las armas, y los distinguiese sólo la virtud, o el vicio: de suerte que todos los virtuosos fuesen Griegos, todos los viciosos bárbaros. Aseguraba, resultaría desta comunidad y mezcla de mesas y matrimonios, grande concordia a su Monarquía. Y este sin duda es el derecho camino de imperar a multitud de pueblos, como más enderezado a la igualdad y amor con que se deben tratar los súbditos.

La altivez pues de los Griegos por ningún caso sufría esta provechosa hermandad, antes pretendían valerse de las naciones, como de esclavos. No se puede negar con todo, haber sido grandes los progresos de su potencia, así como singular la felicidad de su sabiduría. La ambición del dominar unos a otros estuvo de continuo arraigada en sus pechos, sin que semejante impulso dejase cesar la guerra en muchos años. En esta conformidad hicieron notables hazañas Atenienses, Lacedemonios, y Tebanos, en particular desde la guerra que les intimó Darío, que fue el principio de su mayor gloria, y de su más digna prosperidad, hasta el Rey Filipo hijo de Aminta.

Y aunque estas discordias tenían por circunferencia las más veces no más que sus límites, algunas llevaron las armas a otros Reinos, movidos no sólo de conservar lo de la patria, sino de estender su dominio. Los que a Sicilia pasaron en breve padecieron ruina. Otros que en Asia intentaron conquistas, hicieron poco, y volvieron presto. Así con gran dificultad establecían señoríos en tierras estrañas, mas en las propias se mostraron



poderosísimos cuanto a conservar su libertad con renombre de invencibles. Sólo en tiempo de Filipo y Alejandro comenzó a declinar su estado y fortuna. Por lo pasado las cosas de los Macedonios eran tenues, siendo por la mayor parte sujetos a otras naciones. Y si bien Filipo con sus hechos y trabajos los magnificó sumamente, con todo jamás se extendió su autoridad fuera del país de la Grecia. Sólo esta dificultad quedó vencida con el Imperio de Alejandro, glorioso y excelente así por la grandeza del conquistador, como por la celeridad de las conquistas. Mas tras haber subido a un grado con exceso sublime, y casi imposible de imitar, incontinentemente se dividió en muchas partes, a manera de un grueso relámpago y rayo, que en un súbito esparce copiosísimo resplandor, discurriendo por varias partes, pero después en un punto se extingue. Pérdida para el mundo notable, pues de tal hombre se podía prometer le había de moderar y regir con una misma justicia, del modo que le alumbraba no más que un Sol. Al fin luego que murió, su confuso y mal regido ejército comenzó a competir entre sí y desvanecerse, asimilando a quien tras haber perdido la vista, va a tientas con las manos, sin saber dónde. Con el eclipse de aquella luz superior, de aquel egregio Príncipe, su gran potencia anduvo vagando, errante, vacilando aquí y allí, y en todas ocasiones titubeando, por carecer ya de cabeza a quien obedecer. O por decir mejor, a manera de un cuerpo de quien sale el alma, cuyas partes ni más se entretienen juntas, ni más se hallan unidas, antes una de otras se divide y aparta. Así aquel grandioso ejército con la falta de su Emperador, quedó difunto, sin bríos, sin actividad, enfermo y debilitado, arrojándose ya al amparo de Pérdicas, ya a las órdenes de Seleuco, de Antípatro, de Antígono, Eumenes, Lacomonte, Lisímaco, Tolomeo, Filotes, Leonato, sucesores suyos, como sus más principales caudillos, si bien a él poco semejantes en generosidad y valor. Entre estos que usurparon y dividieron entre sí sus provincias y dominios, intitulándose todos Reyes, hubo después incesables guerras civiles, continuadas por larguísimo tiempo, causa de su asolación, y de dar en manos de remotos enemigos, como de Partos y Romanos, que del todo los deshicieron.

Este fin y brevísimo progreso tuvo la Monarquía Griega: mas la de Julio César quedó fundada sobre bases más firmes, sobre más fuertes columnas. Muerto pues este ínclito Romano, Otavio su sobrino tuvo tan señalada felicidad, que de particular ciudadano, obtuvo el Imperio de todo el mundo, que gobernó cincuenta años. Tales fueron sus virtudes, que mientras vivo, y después de su muerte fue venerado como un Dios, hasta edificarle templos, erigirle estatuas, y ordenarle sacerdotes, con gruesas fundaciones, para hacerle sacrificios. Antes de su natiuidad, predijo al Senado y pueblo Julio Marato, les produciría la naturaleza en breve un Rey. Y Publio Nigidio Filósofo y Astrólogo sapientísimo, hecho el cálculo de su nacimiento, afirmó, haber salido a luz un señor del mundo. Lo mismo antevió Cicerón en sueños, pareciéndole hacían llamar cierto día al Capitolio los hijos de los Senadores, por haberlo ordenado Júpiter así, para mostrar el que presto debía ser cabeza y Príncipe de Roma. Proseguía, habían todos los Romanos por el gran deseo de saber quién fuese, recorrido al templo, donde también se hallaban ya los muchachos, adornados con vestiduras de púrpura. Afirmaba, haberse abierto en un instante las puertas del mismo Templo, por lo que los convocados se pusieron en pie y con buen orden uno tras otro fueron pasando por delante la estatua de Júpiter. Figurábasele, los había mirado a todos, mas al llegar el rapaz referido, asiéndole de la mano, había dicho en alta voz: Romanos, este es el niño que pondrá fin a vuestras guerras civiles, cuando sea vuestra cabeza. Dícese, observó Tulio tenacísimamente las especies,

señales y calidad de aquel rostro, y habérsele impreso mucho en la memoria, mas no conocerle. El siguiente día por la mañana, se fue aposta al campo Marcio, donde los mancebos solían acudir a ejercitarse. Entre los que, acabado ya el ejercicio, se venían a sus casas, el primero que encontró, fue el visto en sueños, a quien reconoció con todo cuidado. Quedando por el suceso más admirativo que antes, le pregunto quién fuese. Respondiome, era su padre Otaviano, hombre de poca fama, y su madre Acia, hermana de Julio César, que por carecer de hijos, le había instituido heredero, dejándole sus bienes y casa.

En fin, fue Príncipe agradable por extremo, discreto, cortesano, gracioso, diestrísimo en toda la persona. Tenía singular propiedad en los ojos, que al moverlos, resplandecían como clarísimas estrellas. Por tanto, los que le miraban, sentían la misma turbación, que si en los rayos del Sol pretendieran fijar la vista, y así cuando algún soldado divertía los ojos de su rostro, preguntado por qué lo hacía, daba por respuesta, no poder sufrir la luz de los de Otavio. Ni hay duda hallarse algunos personajes destinados y elididos divinamente, para mandar a la generación humana, y efetur en el mundo cosas rarísimas.

Habiendo pues, como se apuntó, superado Julio César sus ciudadanos, se hizo el primero Monarca del Romano Imperio, a quien sucedió Augusto, que tras haberse hecho absoluto dueño, lo rigió felicísimamente. Y es cierto verdad, no haberse hallado tiempo en que haya sido gobernado con tanta opulencia y orden, con tanta paz y obediencia, como mientras dominó este magnánimo Príncipe. Jamás vieron los vivientes mejor establecimiento en todo; en el gobierno de su casa, y séguito de su Corte; en el del Senado, Consejo, justicia, manejo de rentas, administración de provincias, entretenimiento de fuerzas por mar y tierra, con que el mismo Imperio se mantuvo largamente, prosperando a maravilla. En su mayor grandeza y pujanza poseía cuanto a lo primero, en el mar Océano Británico muchos países: y por lo el otro lado, tras las columnas de Hércules, todas las islas, puertos, pueblos y naciones que se hallan en aquel mar. Toda la Mauritania hasta Cartago, toda la Numidia y Libia, que se estiende hasta las Sirtes, junto con la ciudad de Cirene. Luego los Marmáricos y Amonidas, y los que ocupan las lagunas de Mariana. Por el consiguiente la gran ciudad de Alejandría con todo Egipto hasta los Etiópes Orientales, descendiendo por Pelusio hasta el mar. Después volviendo a lo largo de las riberas del Nilo, el distrito de Soria y Palestina. Por lo más alto, una parte de Arabia. Prosiguiendo la tierra adentro los Cilirienses que confinan con Éufrates. Más adelante, los Balmirenses entre los desiertos arenosos que se hallan sobre el propio río: los Cilicios, también vecinos de los Sorianos, y los Capadocios, con una parte de la menor Armenia. Demás, todas las naciones que habitan cerca del Ponto Euxino en longitud del mar. Quanto a las regiones mediterráneas, comenzando de la mayor Armenia, no la señoreaban los Romanos, ni le tenían impuesto tributo; mas dábanle sus Reyes, y se los confirmaban. De allí viniendo a Capadocia hasta el mar Jonio, gozaba el gran Quersoneso, donde a mano derecha están las provincias y naciones de Ponto y Propóntide, del Helesponto y mar Egeo. A mano siniestra, el mar de Panfilia, y de Egipto. Sin éstos, los Licios, Fenices, Carios, hasta Jonia. Los Gálatos y Bitinios, Frigios y Misios, que habitan sobre el mar Póntico, y más arriba en tierra firme, los Písidos y Lidios. Obedecíanle asimismo los Misios de Europa y Traces, que confinan con el Ponto Euxino. Al territorio de Soria, sigue el golfo del mar Egeo, y el de Jonia, por el mar de

Cilicia y Tirreno. Dentro de cuyo espacio hay muchas naciones y provincias, que como las referidas se hallaron a los Romanos sujetas. Esto es, toda la Grecia, Tesalia, Macedonia, y los demás distritos pertenecientes a la Tracia. Los Ilíricos, los Peonios, con la Italia toda, ceñida del mar Jonio y Tirreno, que se extiende por tierra hasta los límites Franceses, teniendo de un lado el mar Mediterráneo, de otro el Océano Setentrional, y del otro el Reno, caudaloso río. Dominaban de la misma suerte la Francia y la España, que a lo largo del mar Atlántico corre hasta las columnas de Hércules. Cuanto a las regiones, situadas más adentro en tierra, no penetraron sus armas, juzgando inútil conquista la de territorio estéril, y moradores incultos. Tiene aquella parte de África, a un lado la Etiopía Occidental, y a otro la Libia desierta, y así viene a ser parte inhabitable, por los excesivos calores; sólo productora (hasta la Etiopía Oriental) de monstruos fieros, de bestias ponzoñosas. Tales fueron los confines del Imperio Romano por el lado de Etiopía y África. Por el de Asia, Éufrates, el monte Cáucaso, el principio de la Armenia mayor, los Colcos, que moran junto al Euxino, y el resto del mismo mar. Partía términos hacia Europa, con el Danubio y Reno, de quien éste entra en el mar Océano, y en el Euxino el otro. Señoreaban por el consiguiente, las naciones que viven más abajo del Reno, y los Griegos, residentes más adelante del Danubio, llamados Dacios. Todas cuantas islas se hallan en el Mediterráneo, dichas Cícladas, Spéridas, Híadas, Equinadas, Tirrenas, cuantas se descubren al contorno de Libia, Jonia, Egipto, y sobre todo, las que los Griegos llaman grandes, como Chipre, Candía, Rodas, Lesbo, Euboe, Sicilia, Cerdeña, Córcega, Mallorca, Menorca, con otras sin número pequeñas: y del lado del mar Boreal la mayor y mejor parte de la gran Bretaña. Tantas naciones y provincias redujeron a su obediencia los Italianos, con su policía, buen consejo, fuerza, animosidad, virtud, paciencia y tolerancia. Suya fue la mejor disciplina militar del mundo, con que solían marchar, alojarse, combatir, bien armados y dispuestos, resueltos de vencer o morir. Tenían puesta su más firme confianza, antes en los infantes que en la caballería. Servíanse dellos en todas sus batallas y conquistas, hallando en su valor todo socorro, y defensa en sus mayores peligros. Para conservación del Imperio y su seguridad, mantenían continuamente docientos mil infantes, cuarenta mil caballos, trecientos elefantes, amaestrados en la guerra, dos mil carros bien a la orden, y más de trecientos mil arneses de respeto, como si dijésemos de munición. Cuanto a las fuerzas de mar, tenían dos mil naves, mil y quinientas galeras de a cinco a seis remos, bien armadas y proveídas de todo. Ochocientas naos gruesas por aparato y pompa, y para llevar donde se ofreciese a los Emperadores, doradas y labradas ricamente de popa a proa. De oro y plata poseían un tesoro de inestimable cantidad, teniendo rentas casi infinitas, que consistían en subsidios, donativos y derechos, recogidos de tantos dominios, provincias, y tierras.

Esta fue la potencia Romana, a cuyos primeros poseedores no es posible negar grande valor, grande talento y alabanza. En paz y en guerra profesaban ser modestos, justos, valerosos. Entonces no se hallaba disensión entre nobles, o comoción entre el pueblo. Todo su estudio consistía en crecer y aumentar el Imperio, sin ponerse por delante jamás el beneficio privado, sino el público. Fue admirable su magnanimidad, prudencia, justicia. Huían de los halagos del deleite, pasando del vicio a la austeridad, de la gula a la abstinencia. Conocían los daños de la vida ociosa, y provechos de la ejercitada, medios con que de mediana República vinieron a fabricar tan dilatada Monarquía. Con los brazos fuertes que habían criado a manos del ejercicio, superaron intrépidamente a muchos, por

la cantidad de regalos viciosísimos, varios, inconstantes, supersticiosos, lascivos y efeminados, como si por tales caminos pudieran poner eternos fundamentos a sus Reinados. En Roma bonísimo el Príncipe, y loable la República. Las tres especies de gobierno se hallaban con tal igualdad ordenadas, con tal concierto dispuestas, que era dudoso afirmar si era toda Aristocracia, o toda Democracia, o Monarquía toda. La soberanía y potencia del Príncipe, la Monarquía representaba; la autoridad de los Senadores, la Aristocracia, y la admisión popular, enteramente la Democracia. Hallábase contra toda fortuna tal liga y conveniencia entre ellos, que era imposible poderse desear, o pretender ni mejor estado, ni progreso más feliz. Si fuera intervenía alguna común turbulencia, se esforzaba uno a otro para concurrir y socorrerse, siendo tan grande su poderío que nada le venía a faltar, o para propia defensa, o para ajeno castigo. Todos en público y particular se empleaban en ejecutar en tiempo las empresas deliberadas, de tal manera, que por igual prontitud y celeridad, eran tenidos de todos por gentes invencibles. Mediante la larga paz que tenían con todos los que antes eran sus enemigos, pudieron establecer y confirmar con fuertes medios el adquirido acrecentamiento. Hízose el terreno tras cuarenta y seis años de paz, por extremo fecundo, sin que hubiese en todo este tiempo peste, carestía, ni esterilidad. Menos intemperie de estaciones que trabajase la tierra; bien como si tan largo espacio hubiesen sido, no por humana prudencia sino por providencia divina regidos.

Habiendo por tanto Augusto recibido el gobierno universal, y principalmente el de la ciudad de Roma, puesto fin a enemistades y odios, extintos rancores y parcialidades, sepultadas iras y malquerencias, crecía en ocio con toda seguridad, sin guerras, sin enfermedades, sin temores. Como en toda su administración, ni hubo sedición civil, ni tentativo de novedad, endulzado el pueblo con el ejemplo de la justicia, clemencia y bondad del Rey, sólo trataban de vivir con quietud, de cultivar la tierra, de educar los hijos, y honrar los Dioses. Parece sirvió semejante estado de medio entre dos extremos viciosos. ¿Qué avenidas de naufragios, qué turbiones de miserias no padecieron antes los más ilustres ciudadanos de Roma, y muchos personajes y Reyes, sus confederados y amigos? Cabezas de las primeras revoluciones fueron los dos Dracos, Saturnino y Druso, enfurecidos Tribunos. Diversas veces se renovaron después entre Sila, y Mario, Pompeyo, y César. Continuáronlas con porfiado tesón Marco Antonio, Otaviano y Lépido contra Casio y Bruto. Finalmente las que intervinieron entre los dos cuñados Otaviano, y Marco Antonio, ocasionaron la mudanza de la República en monarquía. Murieron los más fuertes Romanos en batalla. De los demás, parte quedó desterrada, y fugitiva; parte cansada con tanta guerra civil, parte afligida de malos gobiernos, por la disensión de los nobles, por la avaricia de los magistrados, y así de bonísima gana siguieron todos la felicidad del gobierno de Augusto.

Es cierto que así como aquella edad produjo hombres excelentísimos en toda virtud y ciencia, así también abundó de autores de execrables crímenes. En la edad Catoniana (dice Séneca) nacieron muchos, dignos de gozar su siglo, mas también engendró muchos, que osaban cometer toda suerte de maldad: y fue necesario concurren ambos géneros. Para que Catón fuese conocido era menester interviniesen buenos que le aprobasen; y malos contra quien se ejercitase su fuerza en virtud. El mismo Séneca: Jamás alguna edad corrió sin vituperio; mas si se quiere considerar la licencia de todas (decirlo me da

vergüenza) nunca se pecó tan al descubierto como del siglo de Catón. El mismo Autor: Marco Tulio Cicerón entre Catilinas y Clodios, entre Pompeyos y Crasos, mientras junto con la República, agitado y periclitante la guía, él y la libertad es quitada de delante. Cicerón de Pompeyo y César: uno y otro (dice) ha procurado hacerse señor, no hacer la República feliz y buena. No cedió Pompeyo la ciudad, sino fuele su conservación imposible. Ni se puede decir haber desamparado a Italia por sentimiento; huida fue; echáronle della. La verdad es que desde el principio conmovió toda la tierra, y todo el mar: incitó los reyes Bárbaros, y solicitó las naciones fieras para que ocupasen la patria. Entre ellos no se podía establecer concierto alguno. Hiciérase bien presto; mas ni uno, ni otro tenía por fin nuestra felicidad. Ambos querían reinar, uno y otro era infeliz, pues tuvieron de continuo menos respeto a la salud y dignidad de la patria que a su ambición y comodidad. Su fidelidad y confederación fue pernicioso concordia; así tuvo como tal tan desdichada conclusión. Es cierto, prosigue, haber sido César de naturaleza y ánimo cruel; simulose clemente, pareciéndole, era tal virtud grata a los pueblos. Ni virtud, ni razón (dice Séneca) persuadía a Pompeyo el seguir guerras esternas, o civiles; sino hinchado con el vano amor de su falsa grandeza, conducía las armas, ya por la España contra Sertorio, ya por los mares contra Piratas, con protesto de quererlos pacificar, introduciendo tales causas sólo por continuar en su autoridad y potencia. ¿Qué cosa le impelía en África contra Mitrídates, en Armenia o Asia contra los Reyes, sino un infinito deseo de crecer, juzgando él sólo de sí no ser bastantemente grande? ¿Quién arrojó a César tan adelante en su propio mal, y en el público, sino la gloria y ambición, por querer sobrepujar excesivamente a los otros? No podía tolerar uno delante de sí, sin advertir toleraba a dos la República. Creed, fue sola una vez Mario verdaderamente Cónsul; por fuerza robó los otros seis Consulados. Cuando oprimía los Teutonios y Cimbrós; cuando perseguía a Yugurta por los desiertos de África, ¿juzgáis afectase tales peligros por instinto de virtud? Es engaño. Al paso que conducía Mario los ejércitos, era de la ambición conducido. Estos tales, que toda cosa volvían de arriba abajo, asimilarse deben a impetuosísimos vientos, que siempre más conmovidos desbaratan cuanto usurpan, ni pudiéndose detener, se hacen al doble furiosos. Habiendo pues sido malos contra muchos, sienten finalmente en sí aquella malignidad pernicioso con que a infinitos dañaron. El mismo Séneca: Todo es uno quedar Catón vencido, o vencedor en el conflicto Farsálico. Los bienes que en él se hallaban, y ser superados no podían, iguales eran al bien que saliendo vitorioso hubiera ocasionado a la patria; esto es, con pacificar las cosas. Mas ¿por qué no quedó vencedor, si por la misma virtud es la mala fortuna vencida, y la buena ordenada? No puede la virtud ser mayor o menor, siempre es de una forma misma: mas desfigúranla los accidentes. Pierda el ejército Pompeyo. Piérdase la honesta pretensión de la República. Atropéllese el Senado y los más dignos Senadores, secuaces de la parte Pompeyana, puestos en las primeras hileras queden rotos en sólo un hecho de armas, y estiéndase por todo la ruina de tan gran dominio. Cayó Egipto de una vez, de otra África, España de otra, no hay Imperio seguro, no hay monarquía durable: mas haga el hombre cuanto le fuere posible, que no puede de una vez sola quedar arruinada aquella miserable República.

Fueron verdaderamente en aquellas revueltas del mundo grandísimos los infortunios. Las adversidades vinieron a quedar mezcladas entre las prosperidades estranjerías. No se halló ciudad, Principado, ni persona ilustre que con exceso no padeciese. Representase entre

todas, la destrucción de Cartago, tras setecientos años de su fundación, florida y excelente, poseyendo señorío sobre tantos países, mares, islas, junto con exceder en valor a los demás coetáneos. Catorce años después los Numantinos, cercados por Cipión Emiliano, viendo no podían por defeto de vituallas sostener más tan molesto sitio, se abrasaron a sí y a su ciudad juntamente, deshaciéndose, parte con llamas, parte con hierro, parte con ponzoña. Nombra Cicerón a Cartago, y Numancia como a dos portentos del Imperio Romano. El conocimiento de los lugares y sitios no ayudó al Rey Juba en su Reino, ni la obstinada virtud de los súbditos le libró de ser vencido. Fue Siracusa saqueada, asolado Corinto, presas Antioquia, y Jerusalén, sin evitar Atenas cerco y saco. Marsilia fue llevada en triunfo. Roma vio vuelto fugitivo su Senado; y robados sus tesoros. Alejandría sintió dentro de sí guerrear a César, y el joven Tolomeo su Rey muerto. Tebas en Egipto fue destruida. En el Peloponeso, tragadas tres ciudades con terremoto, cuyo furor desmembró también de tierra a Caria y Rodas. Sucedieron inundaciones extraordinarias de mares, ríos, lluvias, y recísimos vientos. Nacieron monstruos fuera de toda naturaleza. Viéronse en el aire grandes Cometas, grandes eclipses de Sol y Luna, sin los desórdenes inauditos en los movimientos celestes, por quien sucedieron pestes, hambres, y otras enfermedades antes incógnitas. Escribe Cicerón, haber entonces aparecido de noche tremendos y espantosos fuegos, llamas terribles jamás en el cielo vistas, terremotos, relámpagos, rayos, que hiriendo las altas torres de los templos, echaron por tierra muchas imágenes de los Dioses: abatieron muchas estatuas de hombres ilustres, y en particular la de Rómulo; y derritieron las tablas de metal donde estaban grabadas las leyes. Deshicieron los Cimbros ochenta mil Romanos, y a sus manos murieron ciento y cuarenta mil Cimbros. Quedaron despedazadas las armas de los Alemanes, y Suiceros. Levantáronse los siervos y sus colegados. Ni sólo padecieron las famosas ciudades y poderosos ejércitos, sino también fueron destruidos noblísimos Reinos y principales señoríos. Las naciones, o fueron trabajadas con guerras o reducidas a servitud. La Italia misma tras haberse defendido valerosamente quinientos años, quedó sojuzgada. No hubo casi personaje ilustre, por letras y armas, que escapase de sufrir injurias atrocísimas, o muerte violenta. Cipión Africano, volviendo del Senado a su casa, le hallaron por la mañana ahogado en su propio lecho; delito que se imaginó haberle cometido sus más cercanos parientes. Aníbal echado de Italia, y desterrado de África se avenenó en la Corte del Rey de Prusias. Mitrídates se mató, por verse sitiado de su hijo, a quien venció luego César. Antíoco el grande fue despojado de la mayor parte del Asia, y por lo que le dejaron dio humildes gracias a los Romanos. Perseo último rey de Macedonia, vencido y preso se ve conducir en triunfo, siendo uno de sus hijos escribano de los Magistrados. Tigranes Rey de Armenia se postra a los pies de Pompeyo, a quien pidiendo perdón, torna a recibir el arrojado diadema. Tolomeo Rey de Chipre se precipitó en la mar, por saber era a instancia del Tribuno Clodio, enviado Catón a quitarle sustesoros. Sifaz, y Yugurta, grandes Reyes de África terminaron sus vidas infelizmente. Sertorio fue muerto a traición. Mario se vio varias veces en extremo peligro de la vida; fugitivo de Roma, adonde vuelto, murió insensato a los setenta años de su edad. Matose su hija en Preneste. Sila perece comido de piojos y gusanos. Craso muere mientras cediendo a los Partos, bajo de seguro trata conciertos. A Pompeyo cortan la cabeza en la plaza de Alejandría. Dan en medio del Senado mortales heridas a César. Mátanse con sus propias manos Catón, Bruto, Casio, y Antonio. Veese por la mordedura de un áspid muerta Cleopatra Reyna de

Egipto. Destierran a Nigidio. Prescriben a Varrón. A Cicerón cortan la cabeza y mano con que escribió las Filípicas: sacrílega determinación, impío intento.

No pasen sin breve elogio por lo menos, estos dos varones, por su gran capacidad tan venerados de todos. Tulio tomó por principal asunto imitar a los Griegos en sus escritos, donde parece representaba la vehemencia de Demóstenes, la abundancia de Platón, la gracia de Isócrates. Ni sólo adquirió con estudio lo que de excelente se halla en cualquiera, sino cuantas virtudes es posible imaginar, produjo la felicísima fertilidad de su inmortal ingenio, nacido para que la elocuencia mostrase en él toda su fuerza, toda su gallardía. ¿Quién con más diligencia pudo enseñar? O ¿quién con más ardor conmovió? ¿Descubrióse jamás alguno en el arte de Orar tan agradable? Pudiese creer impetraba a viva fuerza lo que conseguía con blandura. Junto con la vehemencia con que trasportaba al oyente, intervenía en cuanto hablaba tan grande autoridad, que era juzgado por indecoro contradecirle. Cuantas palabras le salían de la boca eran formadas sin afectación, dichas como al descuido; al parecer no limadas; mas con tanta excelencia, que en mucho tiempo no pudiera el más sutil ingenio igualar las cláusulas que al improviso formaba. Deleitaba los oídos; atraía los corazones su modo de discurrir. Por tanto fue juzgado por los de su tiempo reinar en los juicios, adquiriendo con los venideros el título no de hombre sino de elocuencia. ¿Por cuál yerro (dice Plinio tratando dél) dejaré de hablar de ti, oh Marco Tulio, o cuál excelente alabanza te podré atribuir que no la excedas? Sólo te puede cuadrar la conferida por los dilatados sufragios del pueblo, al tomar sólo de tu vida las obras de tu Consulado. Hablando tú, fue excluida la ley Agraria. A tu persuasión perdonaron a Roscio, autor del cómico deleite. Orando tú fue permitido a los hijos de los ciudadanos prescritos pedir honras, y Magistrados. Catilina huyó tu juicio. Prescribiste a Marco Antonio. Tú el primero fuiste llamado padre de la patria, primero de ropa larga que mereció triunfo, la corona de laurel por bien hablar; padre de la elegancia y lengua Latina. De ti solía decir César habiendo obtenido tantas prerrogativas, tantos triunfos, ¡Cuanto es más haber acrecentado los límites del humano ingenio que los del Imperio Romano!

De Marco Varrón escribe Plinio: Sólo a él mientras vivo, erigió Asinio Polión estatua en la librería que formó de los despojos enemigos. Débese juzgar esto a mayor gloria, como hecho de un principal Orador y ciudadano en tantos ingenios como entonces florecían. Cicerón enderezando a él la primera cuestión Académica, Tú has declarado (dice) la edad del país; la descripción de los tiempos; las razones de las cosas sacras y Sacerdotes; la disciplina de paz y guerra, los sitios de regiones y lugares, nombres de gentes y oficios; las causas de todos los negocios divinos, y humanos; ocasionando gran luz a nuestros poetas, y entero resplandor a las letras y palabras Latinas. Declaraste muchos lugares de Filosofía, que antes daban motivo más a contienda, que a enseñanza. Y en la segunda Filípica: Quería Marco Varrón, fuese este lugar domicilio de estudios, no de recreos. ¿Cuáles materias no eran tratadas aquí, y cuáles no eran escritas? Aquí se entendían las razones del pueblo Romano, los movimientos y memorias de los antiguos, junto con la doctrina de toda ciencia. Y en las epístolas, Siempre os estimé por gran personaje, viendo en particular sois en estos tumultos quien casi solo participa de quietud. Gozáis el fruto de vuestra sabiduría, que es grandísima, considerando, y tratando cosas, cuya delectación y utilidad debe ser a todas las de aquí preferida. Tengo por sin duda sea ese vuestro

detenimiento en el Tusculano, la vida más feliz y verdadera. En esta conformidad renunciaría de buena gana todas las riquezas, como me fuese permitido sin impedimento vivir deste modo.

Lactancio osa afirmar, no hallarse varón tan docto entre Griegos y Latinos. Llámale S. Agustín el más agudo de los hombres, y con certeza el más docto. Tanto leyó que es maravilla tuviese jamás breve intervalo para escribir; y con todo ha escrito tanto que es apenas creíble se pueda leer todo, pues son los compuestos por él cuatrocientos y noventa libros. En lo demás ninguno con más curiosidad buscó las cosas, las halló más doctamente, las consideró con más atención, las distinguió con más sutileza, las escribió con más diligencia y plenitud.

Serenáronse pues (volviendo a lo comenzado) todas estas borrascas en tiempo de Augusto, cuya buena inclinación mantenía en gozo y quietud los súbditos. Es el Príncipe en la República como primer móvil en el cielo, que arrebatada y lleva tras sí costumbres, ojos y obras de cuantos le obedecen. Grandes son sus obligaciones pues de sólo sus movimientos pende el feliz sosiego de sus gentes. Bondad ha menester sobre todo, mas officiosa, solícita, activa; no remisa, no descuidada. Tal era la deste ínclito Emperador digno de ser llamado en su tiempo delicia del género humano. Vivían con notable concierto todos sus ministros, y en particular los de justicia, atendiendo a la breve expedición de causas, y extinción de litigios; todo conforme a la disposición de las leyes, y al dictamen de la equidad. En medio de mayor diferencia de grados resplandecía maravillosa igualdad. No al débil supeditaba el poderoso. Gozaba cada cual en su estado seguridad y esención, libres los tribunales de admitir favores, ni dar lugar a otros medios. Su edad, ingenio, estudio, y fidelidad empleaban en beneficio público, pareciendo Jurisconsultos antes por naturaleza que disciplina. Padres eran y jueces, teniendo por no menos importante el uso de clemencia, que el rigor de la ley.

Heme valido hasta aquí de varias noticias concernientes al proceder humano de diferentes opuestos colegidos de paz y guerra, para que pueda el acierto campar mejor; y excluyendo lo depravado, elegir más bien lo conveniente. Según esto falta tocar ahora la declinación del feliz gobierno de Otaviano, puesto que todo padece mudanza. Este siglo que tan excelente se descubrió en potencia, sabiduría, y todas artes, no careció del infortunio que suele verse incorporado entre la mayor felicidad del mundo. Tan lleno se halló de maldades, y extraordinarias mutaciones, como si fuese necesario, produjese una misma edad ilustres maravillas, y horribles monstruosidades. Veese comúnmente salir los ingenios mayores al paso que son acrisolados de competencias, sean buenas o malas. Autores virtuosos y depravados parece eligen a un tiempo la virtud y el vicio (con ser tan repugnantes entre sí) para conseguir su entero colmo. De manera que en la parte donde la una se halla, sucede el otro bien presto, como para tenerle compañía, sin desampararse raras veces ni un punto. Porque como las naturalezas generosas debidamente instituidas se descubren con perfección buenas, siendo causa de grandísimos bienes, así las mal dirigidas salen malas con excelencia, ocasionando daños no menores. Los exorbitantes excesos no proceden de flaca naturaleza, sino de la recia y fuerte, depravada con la perversa educación. Esto se vio en aquel siglo, lleno de todas artes, rico de tan excelentes ingenios, tan copioso por otra parte de tan sangrientas mutaciones. De aquí es lamentarse



el Orador Esquines, clamando violaban los hombres en su tiempo la ley de la vida humana; pareciendo haber nacido sólo para que la posteridad refiriese sus inopinadas maravillas. Así Demóstenes respondiéndole, reconoce por adversa y durísima la fortuna de su edad. No se halla dice, Griego, ni Bárbaro que no haya padecido: y esto no sólo en particular, sino en general los Reyes, las ciudades, las naciones: todos han probado penosísimas desventuras. Entre todos fue el primero Filipo, que infundió en la Grecia insufribles trabajos, corrompiendo con dones los magistrados, y mezclando entre los moradores divisiones y parcialidades. Confesaba por eso, haber engrandecido su Imperio, más con el oro que con las armas. Y si bien a los Atenenses fue su aumento y grandeza sospechosa: si bien continuamente los exhortaba Demóstenes a tomar la protección de la común libertad, y a castigar capitalmente los ciudadanos que conociesen querían hacer traición a la República, no pudo con su elocuencia inaudita con su desusada diligencia refrenar la mala inclinación de algunos que atendían a vender la patria, tal copia de traidores manifestó aquel siglo. Mas mientras Filipo hinchado y soberbio por las muchas prosperidades, se hace poner en el número de los Dioses, es muerto por Pausanias, noble Macedón a quien denegaba justicia. Sucedióle tan infausto fin hallándose sin guardia, en medio de los dos Alejandro, hijo y hierno, hecho por él, Rey de Epiro. Acometiole cuando con solene triunfo, celebraba las bodas de Cleopatra su hija, al tiempo que con atención miraba los juegos. Atribuyó la mayor parte este homicidio a la Reina Olimpia, que repudiada del marido, incitó para hecho semejante al osado mancebo. Tampoco dejó la sospecha libre a Alejandro, haciéndole de tal muerte partícipe, por temor no dejase el Reino a otro. El mismo Alejandro tras alborotar, y confundir a Europa y Asia, fue avenado por obra de muchos sus íntimos amigos. Olimpia mujer de uno, y madre de otro, por su grande arrogancia y crueldades cometidas, muere a manos de Casandra, hecha pedazos.

Séneca llama al Macedón Alejandro joven furioso, que en cambio de virtud era acompañado de una feliz temeridad. Dice dél, ejercitó en la mocedad latrocinios, y destruyó muchas gentes, siendo ruina de amigos, y enemigos a un mismo tiempo. El sumo bien suyo consistía en atemorizar los hombres, y hacerse terror de todos los mortales. Furor (prosigue) era el que le incitaba al daño ajeno, haciéndole peregrinar por lugares no conocidos. Más era infeliz, que sabio, habiendo comenzado sus conquistas, por los destrozos y afliciones de la misma Grecia, adonde había sido criado. Constriñió los Lacedemonios a servir, los Atenenses a callar. Ni contento con la destrucción de tantas ciudades, como Filipo había vencido, o comprado, deshizo otras en otras partes, y llevó sus armas por todo el mundo, sin que jamás quedase satisfecha su crueldad; a manera de animales feroces, que muerden sin ser estimulados de la hambre. Ya junta muchos Reinos en uno; ya le temen Griegos y Persianos, y con todo pasando más allá del Océano, se lamenta de terminar sus vitorias en los límites de Hércules, y Baco. Parece, quiere violentar la naturaleza sin poderse detener; bien como las cosas graves, que precipitadas jamás cesan de rodar, hasta que hallan impedimento. Y en otra parte: Filipo, Alejandro, y otros así, no son menor ruina o peste (dice) para los hombres, que el diluvio de quien fue la tierra anegada. Piensa Lucano haya sido el Monarca Macedón de ejemplo pernicioso al mundo, por ser quien enseñó la manera de reducir tantas Provincias a la obediencia de un solo señor: llamándole daño fatal del universo, y rayo que hirió todas gentes: cuya ambición no de otro modo que con la muerte podía ser enfrenada. Por tanto

en esta conformidad le hablaron los Citas. Grande necesidad tienes de riquezas pues te hallas constreñido a desear más y más continuamente. Tú eres el primero que hiciste de la abundancia penuria, para que cuanto más poseyeres, tanto más desees lo que te faltare. ¿Quién jamás pensara, habrían de dominar al Asia los Griegos, y que un Rey tan pequeño como el de Macedonia, hubiese podido arruinar la Monarquía Persiana, de inestimable potencia, de singular extensión por mar y tierra?

El señorío de Dionisio en Sicilia, aterró de la misma suerte entonces Dión con pocas fuerzas, contra la común opinión y esperanza. Era aquella potencia la mayor que se conocía en Europa; y así ¿quién pudiera creer hubiese sólo con dos bajeles mercantiles supeditado a Príncipe que tenía en su dominio cuatrocientos navíos de remo; y que podía juntar cien mil infantes, y diez mil caballos con las municiones, vituallas, y dineros necesarios a la conservación de tan grueso ejército? Doblaba la admiración ver tuviese a su obediencia Dionisio entre otras cosas, una ciudad de las mayores y más opulentas de aquel tiempo. Demás, poseía tantos y tan seguros puertos, tantos Tarazanales, y castillos fortísimos, fuera de hallarse confederado con los más poderosos Príncipes. Mas lo que de tan ardua empresa dio la vitoria a Dión, fue principalmente la magnanimidad y grandeza de su corazón. Tras esto, la devoción y afectuosa voluntad que le tenían aquellos pueblos, a quien había venido a poner en libertad. Lo que también le aprovechó más que todo, fue la flojedad y cobardía del tirano, junto con el odio adquirido de todos los a quien tenía en servitud injustamente. El concurso de todas estas cosas a un tiempo mismo, hizo suceder felizmente los hechos que de otra suerte fueran del todo increíbles.

Fue también suceso extraño ver, viniesen por sí mismos los Atenienses y Lacedemonios (entre quien se había guerreado tanto tiempo por la superioridad) a la sujeción del Macedón, tributario poco antes de los Ilíricos. Y la ciudad de Tebas que aspiró tal vez a la posesión de aquel Principado, en sólo un día fuese destruida y abrasada, y sus ciudadanos, como esclavos vendidos. No hubo por otra parte, entonces varón insigne que no padeciese mucho. Sócrates, padre de la Filosofía moral, y política, falsamente acusado de no creer a los Dioses, y de corromper la juventud, fue capitalmente condenado y muerto con ponzoña. Después hallándose haber sido injusta su condenación, se arrepintió el pueblo al improviso. Considerando finalmente cuán gran personaje había hecho morir sin razón, se amotinó contra los que habían sido autores, haciendo muriesen todos de la misma forma, sin querer oír su defensa. A Platón vendieron Cosarios, y en la Corte de Siracusa se halló en peligro de perder la vida. Jenofonte fue desterrado de Atenas. Aristóteles constreñido a partirse, recelando no hubiese contra él proceso, como contra Sócrates. Matose Demóstenes con el veneno que traía en una sortija, por no querer rendirse a la misericordia de Antípatro su enemigo. Demetrio Falereo se retiró al Rey de Alejandría, donde causó su fin la mordedura de un áspid. Eurípides huyó a Macedonia, y allí le despedazaron unos mastines. Sin éstos acaecieron en aquella sazón otros muchos sucesos extraños. Escribe Plutarco, se había en su tiempo reducido la Grecia a casi nada; y que toda junta con gran dificultad habría puesto en campaña tres mil hombres, tanto se vino a disminuir en sucesión de años, dividida en muchas Repúblicas, discordes entre sí, empobrecida por las sediciones y guerras, inficionada con sectas en la Filosofía curiosas, y depravadas la mayor parte, como de Epicuros, Cínicos, Cirenaicos, Megaresios, Fitoneses. Sujeta ya a los Reyes de Macedonia, ya a los de Soria y Asia: tal vez a

Mitrídates, tal a los Romanos que la poseyeron largo tiempo: después a los Emperadores de Constantinopla, y últimamente a los Turcos, debajo de quien se halla reducida a miserable esclavitud; estéril y desnuda de las artes y ciencias; destituida de su antigua nobleza, y de las hermosas ciudades que solía tener. Ni hay si se mira bien, cosa tan cierta como la caída y declinación de las cosas que llegaron a suma alteza. Después que con el medio de industrias y fatigas, se asciende al colmo de potencia y sabiduría, parece la corrompe incontinentemente el torpe descuido en la frecuentación, y el uso licencioso de las riquezas. Degeneran de la precedente integridad de valor y doctrina, con la vana ostentación, con la superflua crápula. Esta verdad se experimenta bien en los desórdenes deste siglo, donde los más ricos son los más estragados, siendo causa de todo inconveniente la demasía de galas, el exceso de regalos. Raro es el que se aplica a virtuosos estudios, el que atiende a loables ejercicios. Ríense de las letras y sus profesores, juzgando por perdido el tiempo gastado en ellas. Gran dolor, ciega ignorancia, que sepan menos los que en la República valen más. Apoyemos esto con los mismos antiguos, hombres de buena fe, y de grande autoridad.

Es de inquirir (dice Séneca) cómo los ingenios se embotan más cada día. Ni sé por cuál malicia de la naturaleza, y proclividad o inclinación al vicio la elocuencia dio pasos atrás. Floreció cuando Cicerón, todo lo que la facundia Romana pudo oponer, o anteponer a la Grecia insolente. Nacieron entonces todos los ingenios que reportaron alguna claridad a nuestros estudios. Después fueron empeorando las cosas, o por el abuso de los tiempos, que a los ingenios es pernicioso; o porque habiendo perdido las alabanzas que eran atribuidas a esta hermosa virtud, se haya transferido toda la industria a ocupaciones deshonestas. O por algún destino cuya ley en todas las cosas es perpetua; esto es que en llegando al colmo, con más facilidad vuelven a lo bajo, que a lo alto subieron. Los ingenios de la perezosa juventud desfallecen; ni se emplean en algún honesto sudor. La torpeza en lo bueno, la agilidad en lo malo tienen ocupados los espíritus. La vanidad de músicas y bailes entretiene los efeminados, y los hace vacar al afeitado del rostro, al enrizo de los cabellos, al adelgazar la voz, a los melindres, y caricias femeniles, y al hacerse iguales a las mujeres en delicadezas del cuerpo.

¡Qué bien pinta Séneca las ninfetas, las mariquillas de ahora! Estas son (prosigue) las pruebas y el gallardo aliento de nuestra juventud. ¿A cuál entre los mancebos, por ingenioso, por estudiante, o siquiera por hombre, le será lícito tomar ira, o enojo? Muchos flojos, muchos insensatos envejecen, y mueren del mismo modo que nacen. Los Dioses no quieren permitir tan grande mal, como fuera hallarse en tales personas la elocuencia, que ni de mí sería admirada, si no escogiese las almas con quien se ha de juntar.

¡Oh cuánto debéis a Séneca mocitos cortesanos, hembras afeitadas, y afectadas; dueñas las de los petitos, pechidelanteras, medio corcovadas! ¿Qué suelo pues os sufre, o qué pueblo os alimenta abominable canalla, paseante, inútil, torpe? Cornelio Tácito desea saber la causa de haberse alejado los de su edad tanto de la facunda sabiduría, no habiendo corrido desde Cicerón hasta su tiempo sino ciento y veinte años. ¿Quién ignora (dice) haber caído de su antigua gloria entre otras el arte de orar, no por falta de los hombres, sino por la pereza de la juventud, por la negligencia de los padres, por la ignorancia de los preceptores, y por el olvido de las costumbres antiguas? Estos males,

comenzados principalmente en las ciudades, se esparcieron de improviso por la Italia, y Provincias. Los doctos destos tiempos en cualquier palabra, cuanto más en cualquier acción, cometen vergonzosos defetos. Restringen en pocos sentidos, y en tenues sentencias la Majestad de la elocuencia, como desterrándola de su Reino. Hallábase por el pasado ornada ricamente de todas las artes, con que llenaba copiosamente los pechos de los hombres. Ahora se ve reducida a cortos límites, deslucida, sin orden, sin adorno, aprendiéndose en la forma que otra cualquier vil disciplina. Eran tiempos atrás escritos los hechos del pueblo Romano con igual libertad y elocuencia, mas después de la batalla de Acio, faltaron aquellos grandes ingenios y fue la verdad aniquilada, principalmente por la ignorancia de la República, etc.

Plinio. Cáusame mayor maravilla que el mundo discorde y dividido en Reinos: esto es, en tantos miembros; tantos personajes se hayan empleado en alcanzar cosas tan difíciles; y hoy que gozamos una paz tan feliz, y tenemos un Emperador que tanto placer recibe con las ciencias, tan distante se vea la más sutil ponderación de hallar algo de nuevo, que apenas son entendidas las invenciones de los antiguos. Los premios no eran ya atribuidos mayores por la grandeza de mayor fortuna; mas muchos en tal inquisición se ocupaban, sin esperar otro reconocimiento, que el de hacer beneficio a la posteridad. El daño es, que no se pone ya la mira en las costumbres de los varones ancianos. Hallándose todo el mar descubierto, y las riberas de cualquier confín seguras, navegan muchos, mas sólo con deseo de granjear, no de aprender. Ignora el entendimiento, como ciego dado sólo a la avaricia, poderse hacer mejor semejante ganancia por medio de la sabiduría. Habiéndose hecho comunes tantas Provincias por la majestad del Imperio Romano (cosa que debía estimar mucho la vida humana por la comodidad del común comercio, y por la compañía de la dichosa paz) se hallan pocos que conozcan lo que los antiguos dejaron. Tanto mayores fueron sus estudios, tanto más fértil su industria. Mil años atrás, en la niñez de las letras, Hesíodo dio preceptos a los labradores, a quien siguieron otros muchos. Esto nos aumentó la fatiga, siendo así que conviene considerar no solamente lo que fue hallado después; sino también lo que nuestros mayores hallaron antes, habiéndose cancelado la memoria por la flojedad, sin que dello se pueda dar otras razones, más que las públicas del mundo. Otras costumbres se han introducido después, y los ingenios de los hombres se han embarazado en otros ejercicios.

¿Cuáles son éstos noble Plinio? Haced pausa, que después volveremos a cobrar el hilo. Todo lo que hoy pasa es mentira, es engaño, es aparente credulidad en toda suerte de ocupación. Genéricos son los nombres de todas, mas si por dicha queremos correr el velo a cada una, vendrá a ser conocida por manzana de Sodoma, toda hermosura por defuera, toda ceniza por dedentro. En la milicia, todos son soldados, el nombre es de buen sonido, mas si se llega a particular examen, contiene esta generalidad mucho cobarde, mucho insuficiente, no sólo para regir escuadra, sino para manejar arcabuz. Ninguno acude como debe a la obligación de servir, casi todos roban. Letrados, ¿quién niega ser este nombre de estendida jurisdicción? Comprehende innumerables súbditos, mas lleguémonos al oído del que se juzga más hábil, y queramos saber de dónde le nace la hinchazón, de dónde el desvanecimiento: parece responde, que de ser causídico, de hablar, y ser oído con aplauso en esos tribunales, de saber muchas leyes. Hasta aquí bueno. Mas preguntémosle si las aplica bien, si es ceñido, si es virtuoso, si tiene buena conciencia en patrocinar lo justo, en

hacerse pagar con moderación, y sobre todo si posee alguna parte prudencial: de eso no se trate, luego lo dicho es sólo corteza, es sólo falsedad. Venga la medicina, Reino bien dilatado. ¡Qué de Médicos!: todos los son en nombre, mas casi todos imperitos, hombres con razón mortales, esto es, nacidos para matar: antes cada uno la misma muerte, no hecha esqueleto con guadaña, sino en carne, hueso y espíritu con pluma. Sólo feliz en sacar de pronto yerro pronto galardón. Díganos éste si estudia, si consulta los libros para remediar dolencias. Pregunta bien escusada, basta sangrar y purgar a diestro y a siniestro, que es lo mismo que tirar estocadas, tajos y reverses sobre las vidas. ¿Quién se atreverá a las Paternidades y Reverencias? Todos son Religiosos, nombre bien abultado. Es cierto ser casi todos virtuosos y ejemplares; mas también padecen sus eclipses las luces de la Religión. Algunos hay con quien los Conventos no se pueden averiguar, como si dijésemos los sueltos, los dejados del todo, los que sólo por compañía eligen sus sombreros. ¿Quién osará decir algo a los Reverendos de a mula, sobre cuyos lomos se manifiestan gravadosos y tiesísimos? O ¿quién embestir a los que con doblada autoridad cursan coches en vez de escuelas? Cese, oh padres, licencia tan escandalosa, emienda por caridad, sin olvidar los fundadores. En casa parecéis admirablemente, pues según el melifluo Bernardo, la celda para el Religioso ha de ser como un cielo, desde donde contemple las cosas divinas. ¿Qué tiene que ver con esto el ser paseante en Corte, el ser visitador de ministros, el ser aseglariado negociante? Mas lejos se hallan las costumbres de la dotrina. Decidme, ¿seguís estudios, sois doctos, bien entendidos siquiera en ambas Teologías, en casos de conciencia, en noticia de Concilios? ¡Qué cansado examinador! Ahora sabe suple el artificio la falta de suficiencia, ostentamos con menudencias, no faltan cartapacios cuando nos queremos valer de la memoria. Ocasión se nos venía a la mano para zarandajear la rebusca de las letras, los poetillas modernos: mas ¿qué se les podrá preguntar, ni qué podrán responder, siendo escoria todo cuanto piensan, y yerro todo cuanto hablan? Proceden sin método, escriben sin erudición, fiados en las lumbres naturales que los deslumbran. Tampoco entren aquí muchos rudísimos varones, muchos ancianísimos humanistas, que pasan el curso de sus años en tragar sin digerir, en leer sin aprovechar, porque será lugar más a propósito el de la Residencia de talentos, que sacaré presto a luz.

Sólo se atiende ahora (prosigue Plinio) a las artes gananciosas, a los ejercicios de interés. Antes los Imperios de las naciones en sí mismos se hallaban encerrados, así por la necesidad de la fortuna era menester ejercitar los bienes del alma. Por las artes eran honrados innumerables Reyes. Dellas se valían a menudo, por creer podrían adquirir por su medio, no menos ayuda que inmortalidad, causa de abundar obras y premios. La extensión del mundo, y la ampliación de las cosas, ocasionó daño a la posteridad. Después que por la facultad comenzó a ser electo el Senador: después que el juez es hechura de su dinero, todo se ve pervertido, todo se halla desfigurado. ¿Quién sino las propias riquezas hizo ascender tantos al Magistrado, y a la conduta? Después que los hombres corruptibles se han visto colocados en autoridad; y la solicitud de los cargos se ha hecho por extremo interesable, y que sólo el deleite consiste en la adquisición, desvanecieron los ornatos de la vida, las dotes más sublimes del ánimo y precipitaron todas las artes en la profundidad del menosprecio. Sólo por medio de la servitud se ha propuesto sacar utilidad, adornándola por varios modos. Los de más circunspección comenzaron a tener más respeto a los vicios que a su propia autoridad, tanto puede una

ansia anhelante de ocupar mejor puesto. ¿Qué mucho pues haya por medio del favor comenzado a vivir la insolencia? ¿Qué mucho haya comenzado a morir la rectitud? Nada dejaron los antiguos por inquirir, nada por experimentar, sin retener después en sí lo que a los venideros reconocían ser provechoso. Nosotros al contrario, atendemos a escurecer, y oprimir sus honrosas fatigas; y a privar la vida de aquellos bienes que por otros fueron adquiridos. ¡Cuántos con mala intención solicitan descréditos contra los que más saben, envidiosos de sus loores, y pensando por tan ilícito camino autorizar su ignorancia! Hasta aquí Plinio, que parece escribe los desórdenes de nuestra edad.

## VARIEDAD SÉTIMA

EL otro extremo falta por referir, sucedido tras el feliz Imperio de Otaviano, apuntado arriba, y casi olvidado con la pasada digresión. Los Romanos pues, que por algún tiempo maravillosamente habían crecido en virtud, viviendo en libertad, después que por las facciones en que incurrieron, fueron reducidos a servitud, debajo el gobierno de un Monarca, poco a poco se fueron haciendo peores, hasta llegar a ser del todo inútiles en el estudio de las letras, y ejercicio de las armas. Para semejante descaimiento, opinan algunos fue oportuna la posesión de tan larga paz, que en todas las profesiones vuelve los ánimos perezosos. La verdad es, haber sido juzgado por siglo de oro el de aquel Príncipe, cuya blandura natural, y reputación adquirida mantuvo el dilatado dominio no menos contento que dichoso. Así la propia causa de aquel desfallecimiento fueron los que después de sus días, tuvieron la Imperial sucesión. Hombres por la mayor parte estragadísimos, y predominados, con extremo de escandalosos vicios. Y aunque por la virtud de algunos parece se levantase tal vez el Imperio, era con todo por la poquedad de otros al doble abatido. ¿Quién duda nació el daño más irreparable, de haber sido transferida la honra y alteza de aquella venerable y soberana dignidad, a varios extranjeros, esto es, a algunos rústicos y viciosos, que la ocupaban por fuerza, sin omitir cualquier género de corruptela, negándose a las antiguas familias Romanas? La mayor parte éstos fue muerta por los propios avarísimos soldados que la habían encumbrado, deshaciéndose por sí mismos los demás. Este desorden continuó hasta tanto que el Imperio acercándose fatalmente a su fin, vino a ser lastimosa presa de bárbaros. El yerro más conocido consistió en creer aquellos inconsiderados Emperadores, procedía su verdadera fortificación de las armas forasteras, mercenarias y auxiliares, que en su socorro y servicio llamaban. Por este camino aniquilaban y disminuían las fuerzas naturales y fieles del Imperio, de quien se habían servido sus predecesores, para adquirir el colmo de grandeza, con que sin pensar incorporaron, y atrajeron a su obediencia muchos pueblos Setentrionales, provincias y señoríos. Conocióse más bien su total flaqueza y declinación, cuando las fuerzas y riquezas más principales de Roma fueron a Constantinopla transferidas, dividiendo el Imperio en Oriental y Occidental. Fue el primero el de Occidente en quedar destruido, siéndolo el Oriental de la misma forma con el tiempo. No así cuando se hallaran unidos pues pudieran casi perpetuamente resistir a las invasiones.

Perdióse entonces la elegancia y pureza de la lengua Latina, viniendo en ignorancia y desprecio las disciplinas, y todas las artes liberales y mecánicas que se hallaban escritas en aquel idioma. Y si bien las Repúblicas y Reinos tienen sus naturales conversiones, límites fatales, y tiempos determinados de su duración, debe con todo, ser atribuida la principal causa de la ruina del Imperio Romano al magno Constantino. Quanto a lo primero, trasportó la silla de aquel dominio fuera de Italia, donde había tenido su principio, y donde tanto se había acrecentado. Alteró la forma del gobierno, en que después de Augusto, se había mantenido. Reformó los Pretorianos. Hizo hereditarios los feudos que antes poseían los soldados por tiempo, o por su vida solamente. Creó nuevos Magistrados. Instituyó nuevas leyes, pervirtiendo en corto espacio toda la policía antigua, causa de ser muertos Diocleciano, Maximiliano, Magencio y Licinio. Cuando el mismo Constantino, hijo de Constancio, y sucesor suyo, se vio pacífico Monarca, a fin de perpetuar su memoria, y dejarla más célebre, trató de fundar una grandísima ciudad, conforme en todo a la de Roma, ornándola de los mismos privilegios, dignidades y esenciones. El sitio fue sobre el estrecho del mar, en la extremidad de Europa, más al Asia vecina, en la parte donde antes se hallaba edificada Bizancio. Imaginaba, había de ser, por la fuerza de la misma ciudad, mantenido el Imperio en Oriente contra los Persianos, cuya potencia era en aquellos tiempos formidable. Quiso se tuviesen estas dos ciudades por una, y que los ciudadanos de ambas fuesen igualmente electos Cónsules, de quien el uno en Roma, el otro en Constantinopla residiese. Ordenó cuatro Prefectos Pretorios, tras la Imperial, de autoridad suprema. Déstos habían de ser administrados los mayores negocios, a saber, dos para los de Occidente, de Italia y Francia; y dos para los de Oriente, de Ilírico y Levante. Y en lugar de quince legiones, que ordenó Augusto, y entretuvieron los sucesores para común defensa, fabricó algunos castillos y fortalezas sobre las riberas del Reno, metiendo en ellas presidios demasiado débiles. Esto juzgó bastaría para detener los acometimientos y correrías de los Setentrionales, a quien pensaba tener enteramente debelados, por las grandísimas vitorias que había conseguido contra ellos. Engañole esta imaginación notablemente; porque viendo aquellos bárbaros tan flacas y mal guardadas las fronteras del Imperio, tardaron poco en ganarlas, entrándose en las otras provincias, a quien acometieron, y asolaron miserablemente. Esto es, los Ostrogodos y Longobardos la Italia: los Visogodos la España y Aquitania: los Francones y Borgoñeses la Galia: los Vándalos la Bética y África. Finalmente Roma, tiempo atrás cabeza y luz del mundo, llamada dominatriz de las gentes, fue sitiada, saqueada, presa, y muchas veces destruida. Procedieron estos males, según Ezequiel, de la parte del Setentrion, siempre tan fértil de hombres, que no sólo ha llenado de habitadores las más estendidas soledades, sino que abundó para enviar fuera innumerables pueblos, que con sus impetuosas avenidas fueron improvisamente la total destrucción de Europa y Asia.

Teodosio primero deste nombre, fue el último que poseyó sin división el Imperio de Levante y Poniente. Dividióle después entre Arcadio y Honorio sus hijos, en cuyo tiempo tuvieron principio las referidas aflicciones, por la deslealtad, y ciega ambición de Rufino y Estilicón sus Gobernadores. Teodosio hijo segundo de Arcadio, fue el postrero que con verdad, hasta Carlo Magno puede ser llamado Emperador. Reinando Marciano, y Valentiniano, el Vándalo Genserico, que tenía inteligencia con Atila Rey de los Hunnos, le hizo venir de Hungría a Francia con quinientos mil hombres, donde pelearon Romanos,

Godos, y Franceses. Ni se lee, se hayan visto enfrente uno de otro, dos tan poderosos ejércitos, ni que otros jamás hayan combatido con tanta obstinación. Tan horrendo fue el conflicto, que en él quedaron muertos ciento y ochenta mil hombres, entre quien Teodorico Rey de los Godos. Vuelto Atila tras esta batalla a Hungría, puso en orden nuevo ejército, y decendió furiosísimo en Italia, donde saqueó y abrasó a Aquileya, sin otras muchas tierras y ciudades. Habiendo ya determinado pasar a Roma, el Pontífice León (según ya se sabe) le salió al encuentro, y con sus ruegos hizo tanto, que mudó disinio. En esta forma dio vuelta su provincia, dejando en libertad a Italia. Fue sin duda, fatal tirano a la Cristiandad. Hízose potentísimo en poco tiempo, llamándose arrogantemente azote de Dios; mas su potencia se deshizo presto, por la discordia de sus hijos.

Por otra parte Genserico Rey de los Vándalos pasó de España en África, en cuyo distrito no hizo menores destrozos de los que había hecho Atila en Europa. Tomó a Cartago y a Hipona, Obispado de san Agustín, que murió durante el cerco, lamentando la ruina del Imperio, y destrucción de las Iglesias. De allí dio velas a Italia, con armada gruesa, encaminándose a Roma, a quien tomó y saqueó, y habiéndose rendido a los ruegos del mismo León, que antes aplacó a Atila, no la mandó llevar toda a fuego y sangre. De lo apuntado se descubre, haberse hallado el Imperio por la parte de Occidente, con demasía débil, que consecutivamente fue poseído de muchos Emperadores de poco nombre, despachándose unos a otros con brevedad, por medio de asechanzas y traiciones. Entre éstos vivió uno llamado Augustulo, que cedió voluntariamente la dignidad Imperial, eligiendo vida retirada, cuyo nombre parece fue misterioso por su disminución, pues tuvo en Augustulo fin tan grande Imperio, como había comenzado en Augusto. Mas cuanto a Roma, si hoy se considera su ser con ojos Cristianos, nunca tan grande, nunca tan majestuosa, nunca tan sublime como ahora, por ser cabeza donde tiene su silla el ínclito poseedor de la Monarquía espiritual del mundo. Ni es para ella de menor triunfo y trofeo, haber sido si antes madre de tantos Cónsules y Césares, feliz albergue después de tantos Mártires y Pontífices. Sabida es su fundación de muchos, mas cuán misterioso el modo no a todos patente. Será pues a propósito manifestarle antes de proseguir la última declinación del resto del Imperio, esto es, de la parte que pertenecía al Oriente.

No fue menos milagroso que pequeño y difícil su principio, como quien prometía grande aumento en lo por venir, doblando la admiración el nacimiento y educación de Rómulo. Dél publica la credulidad Gentil, ser hijo de Marte y Silvia, aunque Plutarco le aplica por padre a Numitor, que adornado de lucientes armas, acometió la doncella. En cuya generación propone, hubiese un grande eclipse, interviniendo una verdadera conjunción del Sol con la Luna; como por el consiguiente sucedió el día en que vino a morir. Nacidos de un parto pues, Remo y Rómulo, Amulio Rey y hermano de Numitor, que tenía constreñida la madre a entrarse religiosa, con voto de perpetua castidad (encerrándola en el bosque de Marte, donde la halló preñada) queriendo hacer morir los dos gemelos, mandó los expusiesen a las fieras, habiendo sido a un mismo tiempo enterrada viva por su orden la que los parió. Mas la fortuna que desde lejos había vuelto los ojos al principio de una ciudad tan grande, proveyó fuesen ambos socorridos por medio de un señor agradable y humano. A éste fue cometido el arrojarlos, mas él en lugar de exponerlos a la muerte, los puso en cierta orilla del río, contigua a una verde pradería, a quien hacía



apacible sombra cantidad de arbolillos, junto a una higuera silvestre. Allí una loba recién parida, que había perdido sus hijos, hallándose con las ubres tan llenas, que sentía dolor, procurando vaciarlas, sobre los infantes se acomodó de tal manera, que alcanzaron a asir los pezones con las bocas. Sin esto, el pájaro consagrado a Marte, cuyo nombre es Pico, llegando de nuevo, y acercándose a entrambos niños, abrió con las puntas de sus pies blandamente sus bocas, y metió dentro algunos pedacillos de su cebo. Visto por un pastor llamado Faustulo, los quitó de aquel lugar, llevándolos a su cabaña, donde los crío pobremente, ignorando quién eran, y que tenían por madre a Silvia, y por abuelos a Numitor, y Amulio. Habiéndose en esta forma educado entre pastores, de tal manera salieron animosos y fuertes, que por puntos defendían sus animales de la violencia de fieras y ladrones. Tras haber hecho esto muchas veces, sucedió quedar Remo en prisión, donde delante del Rey fue acusado de latrocinio. También se le atribuyó, haber acometido en diversas ocasiones, los ganados de Numitor, pidiendo sus enemigos, se mandasen soltar otros que por semejante imputación estaban presos, ya que se hallaba ser sólo aquél el culpado. Entregósele por tanto, el Rey a Numitor, para que dél tomase venganza, o recibiese recompensa de los hurtos hechos. Mas él reconociendo la florida juventud de Remo, y considerando los lineamientos del rostro, hecho juntamente cómputo del tiempo, comenzó a sospechar por su edad proporcionada, podía ser éste el uno de sus dos nietos. Apenas se hallaba detenido en esta duda, cuando se le ponen delante Rómulo y Faustulo, por quien quedó enteramente cierto de la verdad. Tras haber con matarle, tomado venganza de Amulio, remitieron en el Reino a Numitor, atendiendo después a la fundación de Roma. Habiendo pues Rómulo su primero Príncipe, ordenádola de hombres agrestes, pastores y vaqueros, hubo en razón de su rusticidad diversos trabajos, hallándose circuido de muchos peligros y guerras. Fuele necesario combatir contra los que se oponían al nacimiento y principio de aquel lugar, y al aumento de aquel pueblo nuevamente plantado. Pues en la forma que habían sido admirables el origen, preservación y crianza de la misma ciudad, así por el consiguiente, fue el fin de su fundador nada menos maravilloso. Cuéntase, que mientras hablaba en público a sus gentes, se mudó el tiempo al improviso. Alterose el aire horriblemente; el Sol perdió su luz del todo; oíanse temerosos truenos; soplaban impetuosos vientos; y sentíase por todas partes tan tremenda borrasca, que fue forzoso se retirasen a varios abrigos los atemorizados súbditos. Mas luego que cesó la tempestad, y que como antes se volvió claro el día, y el cielo con la misma serenidad, unido de nuevo el pueblo esparcido, comenzó a buscar a su Rey, y a inquirir lo que dél hubiese sucedido. A esto los Senadores, y otros de consideración, que se hallaban aparte, no les quisieron permitir hiciesen más diligente inquisición: antes los amonestaron y persuadieron, le honrasen y reverenciasen, como a quien había sido arrebatado al cielo, desde donde en lo futuro les serviría de favorable Dios en vez de valeroso Rey. Añaden a esta narración, haber afirmado Julio Próculo, uno de los amigos más familiares de Rómulo, de los más nobles, y tenido por hombre más bueno, que volviendo de Alba, le había encontrado por el camino, más grande, y más hermoso que jamás le había visto; armado de arneses candidísimos, y como fuego resplandecientes. Decía, tras sosegar la vista turbada con su presencia, le había preguntado la causa porque dejó huérfana su ciudad, y en tan grave dolor sumergida: a que le respondió en esta forma: Agradó a los dioses, de quien yo había descendido, que estuviese entre los hombres aquellos años; y que tras haber fundado una ciudad, que de gloria y grandeza de Imperio vendrá a ser la primera del mundo, me

volviese a ser como antes morador del cielo. Por eso cobra ánimo y alegría, y di a los Romanos, se ejerciten en el valor y templanza, por quien llegarán al colmo de la humana potencia. Y cuanto a mí, desde aquí adelante les seré dios protector y tutelar, que de vosotros seré llamado Quirino.

Muchas maravillas a esta traza, refieren los antiguos, en que no hay apariencia de verdad, queriendo sublimar la naturaleza humana, con hacerla compañera de los dioses. Bien es verdad (dice Plutarco) sería mal hecho negar la divinidad de la virtud, siendo cierto que tras la muerte, el alma como imagen de la eternidad, es sola quien queda viva; y al cielo de donde bajó se vuelve, no con el cuerpo, sino antes cuando del mismo se ve más lejos y separada, hallándose pura y limpia. Así, no es necesario, querer enviar contra el orden de la naturaleza al cielo los cuerpos de los hombres virtuosos, junto con sus almas. Sino conviene juzgar y creer firmemente, que mediante las virtudes, y según la divina justicia, se vuelven de hombres santos, y de santos, tras ser purificados perfectamente, como con sacrificios de purgación, libres de toda pasibilidad, según verisímil razón, se tornan del todo bienaventurados, consiguiendo un fin no menos feliz que glorioso. Notables palabras de Gentil.

En el mismo tiempo (volviendo a proseguir lo interrumpido) Odoacro Rugiense caló desde los Herulos en Italia con grueso ejército, adquiriendo en breve su dominio. Contra éste envió Cenón Emperador a Teodorico Rey de los Ostrogodos, que en dos batallas lo deshizo, y finalmente lo mató, quedando señor de Italia, a quien él y sus sucesores poseyeron cerca de sesenta años. Este señorío exterminó del todo Justiniano por medio del Eunuco Narsetes, y por el de Belisario, echó por el consiguiente del África a los Vándalos. De aquí adelante afligieron a la misma Italia los Exarcos de Lombardía y Grecia, hasta que fueron consumidos por los Franceses, restituyendo la perdida paz, el valor y felicidad de Carlo Magno.

Es de saber ahora, por tantas invasiones como hicieron tantas y tan diversas naciones, haber sucedido en el mundo admirables mutaciones de lenguas, de edificios, trajes, costumbres, leyes, Magistrados, oficios, modos de vivir públicos y privados, de la disciplina militar, de los instrumentos y máquinas, juntamente con sus nombres. Esto no obstante y con que el saber y la elocuencia viniesen poco a poco en disminución, hubo cantidad de insignes supuestos Griegos y Latinos, cuales podía producir la condición de aquellos tiempos calamitosos. Asimismo los que Doctores de la Iglesia son llamados, esto es, Eusebio, Atanasio, Cirilo, Gregorio Nacianceno, y Basilio el grande, ambos nobles, instituidos en Atenas, y condicípulos. Teodoreto, Gregorio Niseno, Epifanio, Netareo, Juan Crisóstomo, Patriarca Constantinopolitano, Apolinar Antioquense, Damasceno, Teólogos todos: antes de quien fueron Clemente Alejandrino, Justino Mártir, Arístides, Atenágoras. Después florecieron Apión y Didimo Gramáticos. Libanio Sofista, Plotino, Iamblico, Máximo, Porfirio, Proclo, Filósofos. Oribasio, Paulo Egineta, Aecio Médicos. Procopio, Agatio, Filóstrato, Históricos.

Los Latinos fueron, Cipriano, Tertuliano, Arnobio, Lactancio, Hilario, Ambrosio, Gerónimo, Rufino, Augustino, y otros muchos, Teólogos. Ausonio, Claudiano, Juvenco, y Prudencio Poetas, Servio, Donato, Prisciano, y Diómedes Gramáticos, Vitorino

Retórico, Sexto Rufo, Aurelio Víctor, Trebelio Polión, Quinto Curcio, Urbisico Lampridio, Sparciano, Capitolino, Idaceo, Eutroyo, Amiano Marcelino, Paulo Orosio, Próspero de Aquitania, Casiodoro Sidonio, Apolinar, Jornando, Paulo Diácono, Gregorio de Torsi, Anonio Mónico, Vegetio que escribió del arte militar. Tribuniano Jurisprudente por comisión de Justiniano de los escritos y disputas de los antiguos Consultos, recogió las Pandectas que solas nos quedaron de la antigüedad. Después hizo lo mismo de los editos y órdenes de los Emperadores, comprendidos antes en tres libros, a quien reducidos en un volumen, llamó Código de Justiniano. Simaco y Boecio fueron en tiempo de Teodorico Rey de los Godos, dicho el Veronés, que los hizo morir inhumanamente. Simaco fue Orador, y Boecio Filósofo, que en todas las partes de Filosofía, y en las Matemáticas se ejerció con tanta felicidad en prosas y versos, que es difícil de juzgar, si fue el último que hablase Latín, o el primero que emprendiese restituir la doctrina y elocuencia que perecía. Mas conviene tratar esto con más dilatada extensión, como punto, cuya noticia no es menos importante que las de otros asuntos.

Hasta las lenguas (cuanto más las disciplinas) padecen su continua alteración, cambiándose sus caracteres, palabras, escrituras, sin ser por ningún caso de mejor condición que otros objetos. Tienen su principio y duración, mas tras haberse perfeccionado, se corrompen y alteran. Algunas se pierden enteramente. Resucitan otras con mezcla de su antiguo ser, y otro de nuevo introducido: y no pocas, tras hallarse anuladas largo tiempo, vuelven a ser restituidas. Mantiénense con su propiedad, elegancia y dulzura, junto con las ciencias, en que son escritas, con la potencia de la Religión, y grandeza del Imperio. Con estos modos se estendieron en muchas provincias, y duraron no pocos siglos, en la forma que con los contrarios se perdieron otras. Con la venida de los Romanos a España, casi todos sus distritos olvidaron las lenguas naturales. Había orden expresa de los Emperadores, no se hablase en las Colonias sino el idioma Romano, de donde se derivó el que después entre nosotros fue llamado Romance. Cualquierpreciado de noble le aprendía con particular cuidado. Verdad es, que la lengua de que hoy usamos, fuera de ser Latín corrupto, se halla mezclada con otros muchos nombres Godos y Árabes, por el Imperio que tuvieron en nuestra patria ambas naciones. Lo que me suele admirar no poco, es la escuridad de la Vizcaína, y la dificultad con que se puede rastrear su origen.

La Majestad de Dios al criar el hombre, por grandísima excelencia le dotó de razón y habla, prerrogativas por quien le distinguió de los otros animales. Mas poco se pudiera ayudar de la razón, si le fuera prohibido exprimir los concetos de la mente. Los brutos al parecer le ceden antes en hablar, que en entender, haciendo con el instinto sutilmente muchas obras, que apenas él sabría imitar, siendo llamados, por no saber articular palabras, irracionales y mudos. Y puesto que los hombres sean más sociables, con todo en tal compañía les aprovecharía poco la semejanza de la naturaleza que se halla entre ellos, si juntamente no se entendiese el uno al otro, pues apetecerían más conversar con los animales mudos de diversas especies, que con otras gentes estrañas, y sin entendimiento. Siendo pues el hablar al varón político tan necesario, que con razón sola no puede con otros acompañarse, le es a él especialmente concedido este don, para declarar los afectos del ánimo. Asentada esta verdad natural, es de advertir, no vienen para semejante expresión a ser unos mismos los nombres de las cosas, a quien se ponen;

antes bien a menudo se mudan de provincia en provincia, de tiempo en tiempo, según el uso de los que hablan, comprobados y entendidos por su recíproca convención y consentimiento. De aquí procede la variedad de lenguas, que se conoce entre los mortales, esparcidos por la tierra habitable, sin perceberse en alguna manera unos a otros, salvo por vía de señas, o intérpretes. Ahora si así como en todos los hombres se halla un solo principio de razón, y una común interior inteligencia, así sólo corriese un idioma universal, con que ejercer comercios y disciplinas, los humanos por ventura se amarían entre sí mucho más, cesando la discordia nacida casi siempre de la ignorancia y diversidad de las lenguas. Fuera de que emplearían en el conocimiento de las cosas aquel tiempo que son constreñidos gastar en aprender las palabras. Escribe Diódoro Siciliano, siguiendo los antiguos Filósofos, exprimían desde el principio los hombres el son de las voces confuso, y no inteligible: mas que haciendo después poco a poco distinción, pusieron a cada cosas su nombre particular. Por eso, que habitando ellos entonces en muchas partes del mundo, no usaron todas las mismas palabras y lenguaje; de donde sucedió, haber tenido también diferentes caracteres de letras.

En el descubrimiento del estrecho de Magallanes, que por orden de su Majestad hizo Pedro Sarmiento de Acuña, refiere haber encontrado en cierto confín de aquel Archipiélago, cantidad de moradores de grandes estaturas, si bien de miembros proporcionados. Éstos, habiendo al descubrir la nao, corrido a la ribera, vista por los nuestros la poca seguridad que prometía su muchedumbre, les dispararon algunos mosquetes. Oído el trueno, huyeron velocísimamente; mas no pudiendo uno (por hallarse herido de una bala en una pierna) seguir los compañeros, fue alcanzado y preso por los Españoles. Llévanle al bajel, habiéndole primero curado y hecho muchas caricias, de que al parecer el casi irracional obligado, comenzó a templar la braveza. Después le fueron preguntando por señas algunas cosas del país, a quien respondía con voces, parecidas mucho a los vagidos de cabra, sin que jamás fuese posible entenderle palabra: tan incógnita, y remota de todo conocimiento humano era la articulación de tal lengua. Éste al fin, más del enojo que de la herida, murió en breve; lenguaje común en todos. En lo demás no hay para qué nos espante la escuridad de su hablar, si vemos la confusa herrería del Genovisco, al exprimir sus concetos con forma de palabras tan interrumpidas, y apenas medio pronunciadas.

Lo cierto es, haberse (según Moisés) confundido el idioma de toda la tierra en la fábrica de la torre de Babilonia, derivándose de allí la división de las naciones, y el principio de la diversidad de las lenguas, por la soberbia de los hombres. Desto se conoce, haber sido pena de pecado igual variedad, mudándolas incesantemente el apetito del vulgo, inventor cada día de vocablos nuevos. Por semejante introducción, es forzoso perezcan los precedentes, procediendo como las estaciones del año, que con alternación a veces despojan de flores y frutos la tierra; y a veces la visten de nuevas. Con el tiempo caen las palabras, haciendo colocar el mismo en su lugar otras, que por el uso adquieren gracia. Desúsánlas después los años, consumiéndolas la vejez, por ser mortales al fin nosotros, y todas nuestras cosas. Esta novedad y extinción por la mayor parte se deriva, de mezclarse diversas naciones en ferias y ejércitos, de cuyas juntas y comunicaciones resultan siempre novedades. Y no obstante sea el hablar natural a los hombres, podemos decir con todo, viene a ser su maestro el artificio, por no aprenderle, si antes no se oye a otros; como en

primer lugar a las madres, o amas, y después a los demás en común. Por eso es necesario confesar, haber los primeros como de milagro, puesto nombres a las cosas, por carecer de quien oírlos, y más habiendo de conformar con la verdad y naturaleza de los orígenes y etimologías, que hasta hoy se esfuerzan hallar en la sinificación de los vocablos de todas las naciones. Mas remito a otra ocasión el discurrir más por extenso deste particular, y vuelvo al principal intento de donde me aparté con más larga digresión de lo que fuera justo.

Los trabajos y variaciones de la Religión no fueron punto menores que las del Imperio. Los que tras la Resurrección de Jesucristo, hacían profesión del Evangelio, fueron por espacio de treientos años perseguidos con diversos géneros de tormentos horribles por los Emperadores Nerón, Domiciano, Severo, Maximino, y otros, hasta que abrazando Constantino nuestra Religión, a fin de ampararlos, emprendió una grande guerra contra Licinio César, su cuñado, mucho más importante que fue la de Pompeyo y César; la de Otaviano y Antonio. En ésta no intervino solamente como en las otras guerras, cuestión de Imperio, sino también de Religión. Esto es, si el mundo de aquí adelante obedecería a los Emperadores Cristianos, que la Gentilidad arruinarían; o a los Gentiles, que con certeza destruirían la Cristiandad. Desta contienda resultó una de las mayores mutaciones del mundo, quedando por divina gracia vitorioso Constantino, intitulado después el Magno. Tras la protección de los Cristianos, hizo exterminar el culto de los falsos dioses, y cerrar sus templos. Aseguró a los Fieles, permitiéndoles hacer rogativas al verdadero Dios, libre y públicamente. Dio orden, para que fabricasen Iglesias, para cuyas dotaciones asignó rentas, haciendo aquella larga donación que se sabe al bando Católico, para alimento de Predicadores y Sacerdotes, queriendo, no obstante su profesión, fuesen admitidos a honores y Magistrados. Apenas se había pacificado esta querrela, cuando se levantó la herejía Arriana, para cuya extirpación convocó Constantino aquel célebre Concilio Niceno. Mas dos años antes de su muerte, a ruego de Constanza su hermana, volvió a llamar a Arrio, autor de los que primero había desterrado. Ocasionó esta inconstancia grandísimos escándalos, particularmente entre Constante y Constanzo Emperadores sus hijos, de quien el uno fue Arriano, Ortodoxo el otro. Entre estos en tal modo discordes, hubo Concilios, tenidos contra Concilios: y unos retractaciones de otros; confesiones contra confesiones; símbolos contra símbolos. Dos Obispos diferentes en una misma ciudad, doblado servicio en las Iglesias, dobladas sediciones, continuas acusaciones, defensas, prescripciones y martirios. Duró semejante confusión mucho tiempo, habiéndose esparcido tal discordia por la travesía y longitud del mundo: a saber, entre Godos, Vándalos y Lombardos, que bajo deste pretexto cometían execrables rigores, y cruelísimos sacos. Tras este desorden se siguió otro peor mucho: porque Juliano su primo, habiendo sucedido en el Imperio, pareciéndole se hallaba la Cristiandad libre del paganismo, le volvió a poner en pie, renegando la Fe de Jesucristo, por cuya causa le fue atribuido sobrenombre de Apóstata. Usurpó las rentas que por Constantino habían sido señaladas a las Iglesias. Prohibió las escuelas a los Fieles, privando de emolumentos a Maestros y estudiantes. Hizo morir a muchos de la Religión Cristiana, privar a otros de sus oficios, como Joviniano, Valentiniano y Valente. Tomó los bienes a los demás, diciendo por modo de befa, les hacía de aquella suerte más ancha la entrada en la gloria, puesto que se hallaba escrito en su ley, ser el pobre feliz, y que por eso era suyo el Reino de los cielos. Exhortó los Judíos a restaurar su República en odio de los

Cristianos, y a edificar de nuevo el templo. Escribió libros contra la doctrina Católica, que decía repugnaba al sentido común, y rompía los nervios a la sociedad humana. Mas esta furia pasó presto, a manera de turbión, ya que no reinó sino diez y nueve meses, muriendo de una herida que recibió en la guerra que hacía contra Persianos.

En su lugar fue del ejército aclamado Emperador Joviniano, que en estado más suave puso las cosas. La destrucción de los dos templos Judaico y Delfico, sucedió entonces (la ruina de ambas religiones significando) que abatió mucho la insolencia y orgullo de Gentiles y Judíos, y prestó notable seguridad a los buenos Cristianos. Después los Godos, Vándalos y Lombardos, inficionados, como se apuntó, de la secta Arriana, casi por espacio de docientos años afligieron a Europa y África, y el Imperio Occidental arruinaron. Muchos que entre Étnicos eran tenidos por sabios, afirmaban, haber precedido semejantes destrozos de la mudanza de la religión antigua, en que se había el Imperio con tanta felicidad encumbrado, crecido, y conservádose largamente. Y que así airados los dioses, como en venganza de su menosprecio, enviaban tantas calamidades. Contra éstos se opuso S. Agustín, escribiendo para confutarlos, los libros de la ciudad de Dios.

Comovieron por otra parte, todo el Oriente Nestorianos, Eutiquianos y Maniqueos. Los Persas destruyeron la Asia y África, publicando Cosdroes su Rey un edito, renunciase a Cristo crucificado quien quisiese salvar la vida. Los Sarracinos al fin con su lenguaje y religión exterminaron del todo los Persianos. Después a los Emperadores de Constantinopla excomulgaron los Pontífices, porque hacían borrar las imágenes de los templos. Prohibieron, les fuesen pagados por Italia los tributos. Vedaron asimismo, no se pusiesen sus efigies en las monedas: que fuesen sus nombres excluidos en la celebración de las Misas, y públicas plegarias, recusando sus edictos, ordenanzas y letras, con que les hicieron perder el resto de lo que poseían en los distritos Occidentales. Y por asegurarse más dellos, y de los Lombardos, que tenían ocupado el Exarcado de Ravena, llamaron en su socorro a Carlo Martel, y Pipino Franceses, cuya fuerza, autoridad y fama era entonces grandísima. Por el consiguiente, crearon, consagraron, y coronaron a Carlo Magno Emperador de Occidente, intitulándole Augusto César, trecientos y veinticinco años después que en Italia habían faltado Emperadores. Éste libertó la misma Italia de Lombardos y Húngaros; a Germania y Francia de Sarracinos, juntando las suyas a las vitorias que su abuelo y padre habían dellos alcanzado. Domó los Sajones. Pasó dos veces a España, y docto en Griego y Latín (no siendo menos fautor de las letras, que amator de las armas) instituyó la Universidad de París, única entre las más célebres del mundo. Florecieron allí todas las ciencias y artes, sirviendo como de refugio a las que se habían resfriado en Asia, aniquilado en Italia y Grecia; y echado de Egipto y África. Así juntando en uno este magnánimo Príncipe las mayores provincias de Europa, fue como glorioso Monarca protector de la paz, de la religión, de las leyes, de los juicios, de las disciplinas. Por tan grande ocasión fue el Imperio restituido en Occidente, que en primer lugar tuvo su silla en Francia; después en Alemania, donde de hereditariose ha vuelto electivo. Éste en largo curso de años se ha diminuido de manera, y hecho tan pobre, que hoy es apenas sombra de lo que fue. Los Príncipes electores poseen casi todas las tierras Imperiales, junto con los derechos, rentas, y tributos, habiendo de la misma suerte hecho francas diversos Emperadores a las más principales ciudades del país, concediéndoles privilegios de administrar libremente sus Repúblicas. Cuanto a la Italia, que era el

primero y más antiguo patrimonio del Imperio, viene a ser ocupada de varios sujetos: parte del Sumo Pontífice, entre quien Roma y su distrito: parte de los Reyes de España, que poseen a Milán, Nápoles y Sicilia. El resto se divide entre los Duques de Saboya, de Florencia, de Mantua, de Urbino, de Parma, de Módena, y entre Venecianos y Ginoveses. Así el Imperio de Otaviano, que se vio en la cumbre de la mayor potencia, en sucesión de tiempo vino a declinar, a desmembrarse y dividirse. Después de cuya ruina no ha tenido el mundo tan unida su virtud, antes por varias partes muchos señoríos, Reinos y provincias, han procurado, sin reconocer a alguno, vivir con soberanía. El Imperio de Oriente se fue aniquilando poco a poco, hasta dar en el bárbaro poder de los Otomanos, como se apuntará en otra parte. De propósito parece olvidaron todos el buen gobierno en la paz, el orden acertado en la milicia, para cuya confusión será bien traer a la memoria algunas observaciones loables de los antiguos.

El ejército de los Cartagineses consistía principalmente en cosas marítimas. Hacían poco caso de la infantería, teniendo a los de caballo en alguna más reputación, por servir de forasteros y mercenarios. Los Partos no usaban gente de pie, ni combatían con orden, sino escaramuzando confusamente, y a lo incierto. En esto parece los imitaron los Portugueses, ínclitos conquistadores de la India, sucediendo tal vez embestir quinientos Cristianos a treinta mil infieles, sin más orden que el de su valor, consiguiendo sólo con él infinitas vitorias. Espantaba a los enemigos ver tan incontrastable tan corto número, y cedían con crédito de que los ayudase alguna invisible deidad. Los Romanos fundaban su fuerza principal en los peones. Combatían cerrados y dispuestos con arte singular, sin desamparar jamás el sitio donde eran colocados, resueltos de vencer, o morir, al modo que guerrear hoy los Suiceros y Alemanes. Las campañas estendidas, y el dilatado distrito habitado de los Partos, lejos del mar, y donde se hallaban pocos ríos, distantes mucho uno de otro, eran a propósito grandemente para su caballería, respeto de correr con libertad por todas partes. No así los Romanos, a quien por el peso de las armas era del todo imposible (habiendo de observar las órdenes) pasar muy adelante sin daño, por carecer de agua y bastimentos. Mas no obstante igual inconveniente, por la disciplina y ejercicio militar, superaron la muchedumbre de Franceses, la grandeza de los Alemanes; la fuerza incomparable de los Españoles, los tesoros y cautelas de los Africanos; la prudencia y astucia de los Griegos: bien que fuesen inferiores en tales cosas a las naciones referidas. En esta forma, habiendo conquistado el dominio de una gran parte del mundo, se conservaba, podemos decir en su colmo (como ya se apuntó) en tiempo de Augusto, por su industria, por su agrado, por su magnanimidad. Mas conocióse su declinación al tiempo cuando fueron excluidos los ciudadanos de Roma de los ejércitos que juntaban los Emperadores, fundando sus fuerzas en los mercenarios, en los a quien tantas veces habían vencido. Y aunque las grandes virtudes que se hallaron en el mismo Augusto entretuviesen, mientras vivió, la majestad del Imperio; con todo, con su manera de gobierno solicitó ruina a los sucesores, aprendiendo dél a dar sueldos a otros que a Romanos, como a Godos, Lombardos, Españoles, Franceses y Alemanes, de quien procedió la total destrucción de la Monarquía. Juntaban los que adquirirían su posesión un ejército de forasteros, a quien llamaban Pretorianos, dándole alojamiento alrededor de los muros de la ciudad. Con éste al parecer imponían freno, y ocasionaban terror a los más inquietos ánimos, a los corazones más ambiciosos. Mas el tiempo manifestó el peligro que contenía igual traza. Puesto que disponía tal número a su beneplácito de la dignidad

Imperatoria, hallándose sobre Roma armado y prevenido contra gente desnuda y descuidada. Así los otros ejércitos que se entretenían en Francia, en Germania, Panonia, Soria, África, o en otras partes, se abrogaban también la preeminencia de mayoría, y quién señalaba por Emperador a uno, quién a otro, siendo nombrados tal vez dos o más pretendientes del Imperio. Por este camino pensando oprimir y sojuzgar al competidor, arruinaban el dominio, en cuya adquisición se había gastado tanta vida, tanta riqueza, tanto tiempo. Sobre todo, hacía poner menos cuidado en su conservación, ser extranjeros casi todos los Emperadores creados, como lo eran los soldados electores; lo que no se pudiera esperar, si fueran naturales. Por tanto sucedía que así los declarados, como sus fautores y parciales con una misma conformidad embestían y asaltaban los ciudadanos, como a enemigos, cometiendo en el ínter destas mudanzas muchos robos y homicidios, así en la persona de quien competía el Imperio, como en las de Senadores, y otros padres gravísimos. Libráranse sin duda, de tan sangrienta y espantosa calamidad los Romanos, si se hubiera entretenido la institución observada, cuando florecía su virtud. Esto es, haciendo guerras con sus propios soldados, sin admitir en sus escuadrones a los vecinos y confederados en mayor número que los mismos. Con semejante advertencia ni se dividiera el Imperio, ni saliera de sus manos, ni su ciudad hubiera sido tantas veces asolada; pues cesaran todos estos inconvenientes, con mantener el modo primero de guerrear, medio eficaz de sus más felices empresas, todo el tiempo que se sirvieron de sus ciudadanos.

En el entretenimiento de los ejércitos ordinarios, y en las prolongaciones de los cargos generales de la milicia, erraron también grandemente los Romanos; descuido en que (como se tocó arriba) no incurrieron jamás los Reyes de Asiria. Díjose eran entre ellos frecuentes las mudanzas, anteviendo por las mismas sabiamente, no pueden con tanta prontitud coligarse unos con otros, ni conspirar con facilidad contra sus Reyes. Es cierto, poseen doblada valentía los hombres ejercitados continuamente en las armas, y endurecidos en los trabajos. Demás, los Capitanes mandando siempre a unos mismos ejércitos, se los hacen parciales, apartándolos de la obediencia de su República, o servicio de su Príncipe. Cometieron otro yerro nada menor que el precedente, mudando la simplicidad Romana con las ceremonias arrogantes de los Reyes Bárbaros. Los primeros Emperadores enderezaban todos sus intentos a la libertad de su patria, siendo en nada diferentes de los otros señores, salvo en la autoridad y obediencia que se les prestaba. Con ésta iban a la guerra; conducían ejércitos; conquistaban Provincias, combatían fortalezas, sufriendo igualmente toda suerte de trabajo con los soldados, a quien llamaban Comilitones. Mas los siguientes poseores del Imperio imaginando, fuese el supremo bien y felicidad el vivir en delicias y ocio, se encerraban en sus palacios. Absteníanse cuanto les era posible de los ojos de las gentes, volviéndose como Dioses casi invisibles (o vistos por lo menos raras veces) y por tales querían ser adorados. Para descubrirse más venerables, al modo de los Reyes Persas, Partos, y Asirios, se hicieron coronar de rayos, o ramas de laurel, y de diadema de oro con trono, y cetro de estraña majestad, cuajadas todas las vestiduras de joyas preciosísimas. Cuando salían fuera con este hábito pomposo, iban ceñidos de veinte y cuatro Litores, conductores de varias insignias, y de la turba Pretoriana. Hacían llevar delante un farol con luz encendida; y esparcir por donde habían de pasar arenas de oro, traídas de remotas partes, desdeñando tocar la tierra pura sobre quien caminaban los otros. Refiere Tito Livio, haberse introducido en Roma tras la



vitoria de Asia los deleites, y que sus ciudadanos desde entonces comenzaron a preparar los convites con mayor curiosidad y pompa. Séneca se lamentaba, eran las cocinas más que las escuelas de los Filósofos celebradas y seguidas. Calígula, en sola una cena consumió la renta de tres provincias. Halláronse en una comida de Vitelio dos mil exquisitos peces, y siete mil pájaros, servidos en platos diferentes. Los colchones en que dormía Heliogábalo eran de pelo de liebre y pluma de perdíz, y las sábanas de cendal sutilísimo. Atónito dejará sin duda a cualquiera la relación de los excesivos convites y fiestas de Marco Antonio y Cleopatra. Partiendo esta bellísima Reina en busca de su querido, entonces residente en Cilicia, se puso a navegar por el Cidno. Era de oro la popa del bajel, las velas de púrpura, los remos de plata, a quien al son de música movían hombres riquísimamente vestidos. Su persona iba colocada bajo de un pabellón de precioso brocado, adornada como se suele pintar la diosa Venus, sintiéndose a sus espaldas olores maravillosos, y perfumes suavísimos. Con igual arte y hermosura, y sobre todo con amor, que es la mayor tiranía, acometió al valeroso caballero, vencido con poca resistencia de tantos atraimientos. Mas ¿quién cuando más sabio y libre osará culpar un alma amante? O ¿quién con amor probará a defender la suya de semejantes yerros? Pero ¿quién dijera habían de resultar destos alegres principios, tan tristes fines? ¿Quién que cosas tan favorables habían de criar tantas desgracias? Los bienes y males desta vida (dice un autor) no guardan orden. Lo que parece gusto viene a ser tormento; y lo que pena, tal vez resulta en gloria.

Por este camino (vuelvo a los Regentes Romanos) deseando parecer más que hombres, se hallaron mucho menos, volviéndolos por una parte la arrogancia odiosos, y por otra despreciables la flojedad. Así por la siniestra opinión que se tenía de su vida, y menoscabado valor y potencia, dieron causa para que contra ellos se conspirase y para dispoecerlos o matarlos.

De lo apuntado hasta aquí se descubren las dos opuestas formas de gobiernos. De ambas pueden reconocer los supremos Reyes y ministros cómo en virtud del bueno se mantiene cualquier dominio con crédito y autoridad. Serales manifiesto, que destas dos circunstancias, resulta toda felicidad al Reino, siendo el descrédito del Príncipe urgente causa de dañosos inconvenientes. Esto consideraron bien los Romanos, cuando tras la pérdida de Canas, no admitieron tratos de paz, si primero no desarmaba Aníbal, y salía de Italia. Descubrirán que con el gobierno pacífico florecen artes, y ciencias, sirviéndoles de singular alimento la rectitud de la justicia. Que el verdadero tesoro del señor consiste en la gracia de los súbditos; pues ésta adquirida, viene a serlo más fácil valerse de sus haciendas, que ofrecen en toda ocasión voluntarios. Que empobrecerlos, es aniquilarse, pues toda su potencia pende de su vigor, siendo los bienes particulares sus mayores nervios. Que los tributos se deben imponer con grande moderación, ya que según el ínclito Trajano, el Fisco facultoso es bazo hinchado que descompone el cuerpo. Que han de cuidar sobre todo del buen regimiento de la República, sin permitir padezcan vejaciones los que menos pueden de los más poderosos. Que es acertado intimar la guerra con singular tiento, por los gravísimos daños que resultan del ejercicio de las armas. Si bien cuando la causa es justa, y de la opresión de uno resulta la quietud de muchos, se debe comenzar, y proseguir con grande ardor, echando el resto casi de una vez; pues se mata cualquier incendio con más facilidad en sus principios. Que deben con todo cuidado

excluir novedades y arbitrios, como enderezados al daño público, siendo todos con certeza copia de sangrías que debilitan el sujeto. Que es justo estimen el amor y servicio de los vasallos, correspondiéndoles recíprocamente con beneficios y voluntad. Mas veamos si esto se puede inferir mejor de las especies particulares de gobiernos.

Y erran los que imaginan ser la introducción de las Policías solamente obra humana. Ya que conviene creer proceda de divino consejo y de infinita providencia. Sin ésta (por ningún modo) se podrían conservar en ser no menos toda la máquina esférica, que las villas y ciudades. Así por medio de su auxilio y favor es necesario se ordenen leyes por quien los humanos honesta y justamente puedan vivir unos con otros. Siendo pues dos los gobiernos principales en el hombre, uno de quien pone la mira en el alma que no reconoce Rey temporal, sino al Señor del Cielo, según la doctrina Evangélica, pertenece el otro solamente a ordenar una justicia civil, y a reformar costumbres exteriores, donde el cuerpo, durante esta vida, se halla totalmente sujeto. Y aunque se conserve en nosotros el primer estado del hombre, en su condición libre, siguiendo la divina regla de piedad; con todo conviene también atender con diligencia a este segundo de sujeción y servitud, como tan necesario a los vivientes para la conservación de la paz, y tranquilidad común. Entramos ahora en el campo espacioso de la Policía humana, asunto de gran consideración, y materia bien importante a nuestra monarquía, así la supiese tratar la cordedad de mi ingenio, como conviene no ignorar las partes a ella pertenecientes. Es mi intento poner delante con la distinción y claridad posible, el fin principal a que se endereza esta organización política, que justamente se puede decir instrucción y regla de todos estados. Con ella si con diligencia se ponderaren los documentos que se propusieren, es cierto se conseguirá indecible aprovechamiento.

Mandar, y obedecer, dice Aristóteles, es no sólo necesario, sino provechoso. Nacieron algunas cosas para obedecer, otras para mandar, teniendo ambas por blanco el bien público, y la justicia civil, que se conserva por prevención bien establecida y rectitud de gobierno, según las leyes de naturaleza. Toda junta de mortales debe ser regida con algún concierto; siendo como favor oportuno y socorro conveniente para encaminar el hombre a su vocación. Mas del modo que entre los humores de que se halla compuesto, sería imposible conservarse, sino por medio de cierta proporción y desigual templanza; así juzgo no podrían mantenerse las policías sino por cierta desigualdad que se descubre en todas regiones por varias maneras de gobiernos.

Estas dos partes de obedecer y mandar son tan naturales en todas las cosas compuestas de materia y forma, que hasta en las que no tienen vida se descubre alguna apariencia, como vemos en la armonía que consiste en son y voz, en que parece manda el agudo al grave. Todo este mundo inferior obedece al superior. Entre los elementos el fuego y aire con su primera calidad son como agentes; pacientes el agua y la tierra como más materiales. Entre las aves precede el Águila; entre los brutos el León, en las aguas dulces, y saladas los más gallardos peces: sobre todos los animales el hombre. Pasando dél como particular, a una familia constituida de muchas personas, la cabeza manda diversamente a las partes de la casa. Así es necesario sea retenida toda congregación civil, unida con muchedumbre de familias (todas con intento de obrar bien) bajo de alguna policía, que consiste en mandar y obedecer. En muchas Provincias se hallan distritos donde las

ciudades no están cerradas, donde no se conocen letras, ni tienen Rey. Otros pueblos no habitan en casas, no usan moneda; aliméntanse de carne cruda, y en suma participan más de lo brutal, que de lo humano; y con todo no se hallará quien viva sin algún establecimiento de policía, y quien siquiera no se valga de algún género de leyes, y costumbres, a quien voluntariamente se someten; como ni tampoco quien viva sin alguna aprehensión y reverencia de divinidad, usando ruegos y sacrificios bien que condenables. Están estas dos cosas, la justicia divina, y la policía humana tan estrechamente conjuntas, que entre los hombres, no es posible tener lugar una sin otra. El primer concierto de los pueblos cuando dejaron la vida bárbara y rústica por unirse, fue de tener un lugar de religión en que concurrir todos. Y cierto es ésta el principal fundamento de las Repúblicas; de la ejecución de las leyes, de la obediencia de los súbditos, de la conservación de los Príncipes. Licurgo reformó el estado de los Lacedemonios, Numa el de los Romanos, Jone el de los Atenenses, y Deucalión el de todos los Griegos; universalmente haciéndolos devotos y aficionados para con los Dioses, por medio de plegarias, sacramentos, oráculos, profecías; y del temor y esperanza que de la divinidad imprimieron en ellos. Y Polibio Gobernador y Lugarteniente de Cipión Africano, conocido por el Político más sabio de su tiempo, afirma, no haber tenido los Romanos medio más fuerte que la Religión, para dilatar los confines de su Imperio, y la gloria de sus heroicos hechos por toda la tierra.

La principal significación desta palabra Policía, corresponde al orden y modo por quien se gobierna una ciudad, o muchas. Antes de pasar a sus géneros será acertado apuntar algo de su fin, y en lo que de ordinario suele poner la mira. Así como todas las vecindades se constituyen por ocasión de conseguir algún bien; así la Policía pone la consideración en lo mismo: esto es, en el acertado gobierno de la República. Solo su intento es mantener los humanos unidos y conformes en compañía, enderezando en el ínter que duraren sus vidas, sus acciones con la regla de la justicia civil. Trata de conformar unos con otros, y de sustentarlos en paz, haciendo sea conservado cualquiera en lo que fuere suyo. Es causa de que los súbditos comuniquen y conversen entre sí, sin engaño, y de que la insolencia de los malos quede con freno y castigo. Obra en suma, no sólo se ejerciten entre los hombres todos los oficios de humanidad; sino que también se descubra una forma pública de religión, sin que se usen y siembren en el pueblo la blasfemia y escándalo que suele ocasionar perturbación a la tranquilidad común.

Síguense las especies de gobiernos que hubo entre los antiguos. A lo ordenado por una ciudad, o por un Magistrado, como quien tenía la suprema autoridad de todos, se llamaba República, o como otros quisieron Cosa pública, que en su especie tomaba nombre de gobierno, según la calidad de los que eran superiores. Y las Repúblicas que cuidaban del bien común eran llamadas rectas, y simplemente justas. Mas si los superiores ponían los ojos sólo en su aprovechamiento, dábanles título de corruptas y transgresoras de lo justo; siendo éstas otro tanto dañosas al cuerpo de la ciudad, cuanto al mismo útiles aquéllas. Porque así como del Padre de familia depende el bien o mal de la casa; del piloto el de la nave; del General la próspera o adversa fortuna del ejército; así de los Magistrados depende la felicidad, o infelicidad de los pueblos.

La República pues se divide en buena, o mala, justa, o injusta. La buena es la en que los Gobernadores se desvelan sobre la utilidad pública de los ciudadanos, y el bien de toda la comunidad, procurando tenga debido lugar la justicia, y general ejercicio la rectitud. La depravada, o injusta, claro es será la que a ésta repugnare. Hállanse tres especies de Repúblicas buenas, y tres malas, consistiendo siempre su gobierno en los superiores de estado, de quien toman nombre.

#### VARIEDAD OCTAVA.

LA primera especie de buena, es la Monarquía. Tiene lugar cuando uno solo alcanza la suprema autoridad, con obligación de anteponer como padre el bien público al privado. El título desta es Reino, o potencia Real. Mas si sólo atiende al bien particular del dominante, queriendo reinar con absoluta potestad (tempestad según Baldo) sin alguna observación de justas leyes, entonces cobra nombre de tiranía, que es la primera especie de mala. Respeto de vivir nosotros bajo desta primera especie de buena República, llamada Real monarquía, convendrá dilatarla algo más en otro discurso, para que mejor pueda ser conocida su excelencia. A la segunda especie llamaron los Griegos Aristocracia, que en nuestra lengua podemos interpretar potencia de más virtuosos, dichos en Latín Optimates, por ser tenidos por buenos en sumo grado. Ha lugar esta forma de gobierno cuando pocos hombres de buenas costumbres y doctina tienen la superioridad en un cuerpo, dando ley a los demás ciudadanos, sea en general, o en particular. No tiene duda, sino que todas sus acciones, y desvelos han de elegir por fin el del beneficiopúblico, por ser sólo corrupción lo que se aparta deste disinio. Ésta se mostró excelentísima entre los Lacedemonios, cuya República hizo ventaja a las demás de su tiempo. Fue insigne, no sólo por su duración, pues llegó a cerca de quinientos años; sino por la gloria de sus hechos militares, habiendo poseído por larga edad el Imperio de la Grecia. Permaneció en esta felicidad debajo las leyes del gobierno Aristocrático, instituido por Licurgo, que viendo inclinar su estado ya a la tiranía, cuando en los Reyes se conocía exceso de potencia; ya a la plebeya confusión, cuando venía a crecer demasiado la autoridad del pueblo menudo, imaginó dar un contrapeso saludable al cuerpo universal de la República. Para esto ordenó un Senado, que fuese como fuerte trinchea para retener en igual balanza los dos extremos, dando a su estado por este camino firmeza y estabilidad. Puesto que los veinte y ocho Senadores, que hacían el cuerpo del Senado, se ponían tal vez de la parte de los dos Reyes (que habían sido despojados de la soberanía) cuando era menester resistir a la temeridad popular. Al opósito tal vez favorecían la parte del pueblo, contra los Reyes, que entonces no tenían en el Consejo más votos que de dos Senadores, con fin de evitar, no usurpasen una potencia tiránica. Verdad es, no haber sido su estado puramente Aristocrático hasta cien años después del primer establecimiento de Licurgo, en razón de haber dejado al pueblo el poder de confirmar, o revocar los pareceres y determinaciones del Senado. Polidoro, y Teopompo Reyes, viendo ser difícil juntar el pueblo; y que a menudo rebatían las santas deliberaciones de los Padres, para impedirlo, se valieron de un Oráculo de Apolo. Declaró éste, había de tener de allí adelante la junta de treinta varones toda la autoridad de los negocios del estado. Así de Senadores quedaron hechos señores soberanos; y para

dar satisfacción al pueblo, determinaron instituir los Éforos, que se elegían de los mismos populares; a manera de Tribunos, por impedir la tiranía.

La verdadera Aristocracia pues, es aquella policía, donde sólo se tiene respeto a la virtud en la distribución de los Magistrados, considerándose en el gobierno no más que el bien de los súbditos. Opónese a ésta como contraria la Oligarquía; segunda especie de República depravada; que es cuando pocos hombres nobles, o ricos ocupan la autoridad de la publica administración. Éstos menospreciando ínfimos, y pobres, cuidan sólo del beneficio particular, olvidando de todo punto el público. Tienen por costumbre hacer siempre las partes de sus aliados y semejantes en nobleza y caudal; a daño y opresión de la plebe, que algunas veces les suele dar mal rato, afligiéndolos y echándolos de la patria; de que Génova puede ser buen testigo. Gobiernan por la mayor parte todos los negocios según sus depravados afectos, ambición y avaricia, hasta que los más poderosos hallan modo de señorear absolutamente; y mudar la forma deste mal gobierno en otro peor, que es la tiranía. Desta suerte cuenta Aristóteles, haber pasado en Sicilia las antiguas Oligarquías; entre quien la de los Leontinos fue trocada en la tiránica de Panecio, la de Gela en la de Cleandro, la de Regio en la de Anaxilas, y así de otras.

La tercera especie de buena, y justa República, es llamada en Griego Timocracia, que podemos decir potencia de ricos mediocres. Ésta obtuvo peculiarmente entre los antiguos nombre de República, por ser una policía que trataba del público provecho, gobernándose por las leyes. Era compuesta de Oligarquía y Democracia, en sus extremidades por sí viciosas. Por eso de su mediocridad se estableció este linaje de gobierno en dos maneras. Primeramente, tomando las instituciones y leyes de ambas: después observando un medio entre las cosas que mandaban. Habla della Aristóteles, diciendo ser bonísima la compañía civil, constituida de mediocres: y que vienen a ser bien gobernadas las ciudades en que asisten muchos deste género, que tengan más fuerza o por lo menos tanta como las otras dos partes. Donde se hallan muchos con extremo ricos y pobres, se sigue, o intolerable Oligarquía, o extrema Democracia, o aborrecible tiranía por sus excesos. Timocracia, viene a ser la pequeñuela República de Luca, a quien mantiene en libertad la protección de España, pues a faltarle su sombra, la oprimiera con brevedad el vecino que tiene al lado.

Resta ver la última especie de República pervertida con nombre de Democracia, donde los libres y pobres por ser más, son señores del estado; y hállase de cinco maneras. La primera, cuando el gobierno es igualmente comunicado a todos: segunda, cuando se tiene consideración a los bienes aunque pequeños: tercera, cuando ordenándolo la ley, todos los ciudadanos participan del gobierno; cuarta, cuando cada uno puede ocupar puesto en el Magistrado, como sea ciudadano y lo mande la ley; quinta, cuando quedando todas las otras iguales, manda la multitud, no la ley, gobernando el pueblo a su voluntad. Entonces por vivir licenciosamente, con decretos y provisiones oprimen sin cesar los virtuosos ricos, y nobles. Este género no debe ser llamado República, pues en él no señorean las leyes, y es como correspondiente a la tiranía, indignísimo de tener nombre. Platón y Jenofonte, escriben haber sido tal la Democracia de Atenas, donde el pueblo se mostraba disoluto en toda suerte de libertad sin temor de los Magistrados, y observancia de las leyes.

De las tres especies de buena República que apuntamos; compusieron otra partícipe de todas, Aristóteles, Polibio, Dionisio Halicarnaseo, y Cicerón. Alegaron degenerar luego cualquier especie de República, establecida por sí sola y simplemente. Por tanto, que las Repúblicas constituidas con rectitud, para durar largamente, deben tener la virtud y propiedad de las otras unidas en sí. Sobre todo no ha de haber cosa que en ella tome algún desproporcionado aumento, porque no la haga inclinar a su cercana malicia, y por el consiguiente a su destrucción. Así sustentaron muchos políticos antiguos y modernos, eran compuestas, y justamente mezcladas de la Real potencia, Aristocracia y Popular, las Repúblicas de Lacedemonios, Romanos, Cartagineses, y otras de fama, como al presente la de Venecianos. Mas este sujeto merecía más larga extensión, si bien poco necesaria a la materia propuesta. Débese pues notar ser la causa de concurrir tantos géneros de Repúblicas como la antigüedad nombra, de ser compuesta cualquier ciudad de más partes, por cuya diversidad, según su disposición y poder, varían el nombre de gobiernos. Aunque para evitar confusión y oscuridad, podemos decir, ser el estado Monarquía, cuando la superioridad consiste en un Príncipe. Si todo el pueblo tiene parte, el estado es popular; y si sólo la mínima parte dél, será Aristocrático. Pero si la forma de cualquiera destos gobiernos, repugna a su misma naturaleza, sin mudar esencia, toma otra calidad.

Hallándose compuesto el estado de tres partes generales, Magistrado, Ley y pueblo, será bien apuntar algo de la autoridad y oficio del primero. La superioridad civil, es vocación santa y legítima. Y del modo que la justicia es el fin de la ley, la ley lo es del Magistrado. Es éste como imagen de Dios, que lo gobierna y rige todo, a cuya semejanza y ejemplo se debe formar, con el medio de la virtud. Así como en el hombre bien dispuesto de cuerpo, y de alma no depravada por naturaleza, precede y domina el alma por la razón, que es la mejor parte, y el cuerpo y sus afectos sirven y obedecen como inferiores; así también en la junta civil, toca el preceder a los más sabios, y el obedecer a los que saben menos. Por eso el Magistrado debe sobre todo ordenar toda cosa, por no mostrarse indigno de tal nombre, siendo igual superioridad el fundamento estable, la unión y lazo de todos los particulares en un perfecto cuerpo de república. Dios diligente gobernador de cuanto vive, y hasta de las más cortas menudencias, comprendiendo en sí su principio, medio y fin, haciendo según le agrada de un solo espíritu todas las cosas en el todo, con resguardo continuo al bien común del universo, y a la conservación del humano consorcio, en todos tiempos ha distribuido a varias personas, distintas y diferentes gracias. Esto para que ejercitándose en diversos cargos, administraciones, oficios y artes se conservasen, socorriéndose y ayudándose recíprocamente los unos a los otros. De aquí es ver en todas las ciudades, que llamamos compañías civiles (esto es muchedumbre de hombres disímiles en condición) ricos, y pobres; libres, y siervos; nobles, y plebeyos; ignorantes, y sabios; artistas, y trabajadores; imperantes, y obedientes, comunicando en un lugar los unos con los otros sus artes, obras y ejercicios. Todo esto con fin de vivir mejor, y pasar con más comodidad, obedeciendo todos a las leyes y Consejo supremo, cabeza y alma de la ciudad. Esta orden y regla de dominio tuvo su principio primero por la violencia de los más fuertes, sólo en esta parte, como importantísima, lícita y a propósito, según sienten Tucídides, César, Plutarco, y otros. También nos hacen fe las sagradas historias, haber sido Nembrot, último hijo de Chan, el primero que sojuzgó los hombres por fuerza, estableciendo su Principado en la Asiria. Otros queriendo dar crédito a Demóstenes, Aristóteles, y Cicerón juzgan haberse constituido el primer Magistrado de la voluntad y

benevolencia de los que por su quietud, seguridad, y cómodo, se sometieron al más excelente en virtud. Y ¿quién no sabe (dice Tulio en la oración por Sestio) haber sido otras veces tal la condición de los hombres; que aún no teniendo equidad natural establecida, erraban esparcidos por los campos, ni gozaban más de lo que podían quitar y retener con fuerza, heridas y homicidios? Por semejantes inconvenientes, conociendo los más ínclitos en bondad y consejo la humana inteligencia y docilidad, juntaron en una parte los esparcidos, y los trasladaron de la rusticidad en que se hallaban primero, a la justicia y blandura. Entonces instituyeron las cosas concernientes a la utilidad común, que llamamos públicas; ordenaron las congregaciones, que después se nombraron ciudades, ciñeron de murallas los edificios conjuntos, habiéndose introducido sobre todo el derecho Divino y Humano. Halló la misma necesidad de los negocios la autoridad de los Magistrados, instituidos con el consentimiento de los pueblos. El mayor incentivo para darle, nació de la heroica virtud que descubrieron en los primeros inventores deste concierto civil, a quien pusieron en las manos la jurisdicción de las leyes y la disposición de lo justo, para que según ellas rigiesen y gobernasen sus pueblos. Esta palabra Magistrado tomaron los antiguos en muchas sinificaciones. Platón forma dellas diez y siete especies; llamando a los unos necesarios, a los otros honrosos. Dice Aristóteles, deben principalmente ser dichos Magistrados, los que tienen poder de librar, juzgar, y disponer; mas principalmente de mandar, como declara la palabra Latina Magistratus, que significa señorear, dominar. Así el Dictador, que era quien tenía más autoridad para mandar, era por los antiguos llamado Magister populi. Y si bien a todos los que gozaban cargo público en el Estado, aplicaban título de Magistrados; aquí sin abusar por algún modo su nombre, se transferirá al supremo de todos, como al de quien dependen todos los demás; todas las leyes y ordenanzas de la República. Es de ver ahora, si esta vocación es legítima y aprobada del cielo.

Tenemos infinitos testimonios en la Escritura, no sólo en razón de ser aceptos tales grados a Dios; sino también en descubrirse adornados de honrosos títulos, para que la dignidad sea singularmente recomendada. Así vemos ser llamados Dioses todos los que se hallan constituidos en preeminencia. Según esto, no debe ser estimado por de poca importancia este título, ya que por él se demuestra tener autoridad de Dios quien le posee para regir y gobernar a otros. Por él (dice el Sabio) reinan los Reyes, los Consejeros hacen justicia, y se conservan los Príncipes en su señorío. Vemos en esta conformidad, haber poseído Reinos muchos santos, como David, Josías, Ezequías. Otros gobiernos y grandes estados debajo de Reyes, como Josef, Daniel. Otros la guía de un pueblo libre como Moisés, Josué, y los Jueces, cuya ocupación conocemos haber sido grata a Dios, según lo declaró por su espíritu.

Dos cosas se ofrecen que notar al presente. La primera, supuesto que los pueblos por el bien común, con sujeción voluntaria se entregaron a los más excelentes en virtud, ¿cuánta obligación le corre de tenerla señalada a quien consiguere semejante dignidad? La otra, que conociéndose, haber sido electos los promovidos a tales grados, por ministros de la justicia divina, ¿cuán ricos se deben hallar de prudencia, integridad, clemencia, y moderación? ¿Con qué osadía pues, presumirá dar ingreso a cualquiera iniquidad en su asiento, si es fuerza no ignore ser trono de Dios vivo el suyo, en cuanto administra en él la pureza y candor de su justicia? ¿Con qué atrevimiento pronunciará sentencia alguna su

boca si la juzgare ser destinada a órgano de la virtud del Altísimo? ¿Con qué conciencia firmará de su mano auto inicuo, si se acordare haber sido ordenada para escribir los divinos decretos? En suma, si el Magistrado no olvidare ser constituido en el suelo por lumbrera, y representación de Dios, como colocados en el cielo Sol y Luna por imagen de su divinidad, será forzoso emplee y ponga todo su pensamiento en representarse a los súbditos en todas sus acciones un trasunto de la providencia, custodia, bondad, agrado y justicia de Dios. Lo que el corazón en el cuerpo del animal, es sin duda el Magistrado en la República. Por tanto si esta parte abunda de pureza y sinceridad, como fuente de sangre y espíritu, da vida a todo el cuerpo; mas si por desdicha se halla corrupta, ocasiona muerte, y ruina a todos los miembros. Así el Magistrado alma y espejo de la República, y blanco en quien van a herir todas las saetas de los súbditos, si los ve torcidos los endereza con sus virtudes y acciones, siéndoles naturalísimo el conformarse cuanto pueden con las costumbres, hechos, y dichos de sus Príncipes. Esta máxima como regla infalible de estado, dejaron a la posteridad el sabio Hebreo, Platón, Tulio, y Tito Livio. Mas Teodorico Rey Godo, escribiendo al Senado de Roma, pasa más adelante, usando según Casiodoro, este modo de decir: Antes faltará el curso de naturaleza, que el pueblo sea diverso de lo que es el Príncipe. Y añade: Así como la parte del corazón en el cuerpo de cualquier animal es siempre la última a corromperse, por estar depositadas en él las últimas reliquias de la vida, así será conveniente que habiendo entrado alguna enfermedad en el pueblo, con que se pueda corromper y gastar, se reserve ileso y puro hasta el fin el supremo Magistrado. Síguese, que como sería estraña monstruosidad y contra naturaleza, se derivasen del alma los males del cuerpo, así desdiría notablemente emanasen al pueblo del Magistrado las costumbres corruptas, las malas leyes, las impiedades, los vicios. Y más teniendo (según Platón) el mismo lugar en la República que la razón en el alma que gobierna las otras partes con sabiduría. La comunidad no representa más que un cuerpo compuesto de varios miembros, de quien el Magistrado es cabeza. Así en razón de más excelente que todos, es necesario observe tal equidad, que aproveche a cualquiera dellos. Sobre todo debe advertir, no ocasione con mal ejemplo algún contagio a todo el cuerpo público. El medio, la intercesión, el aficionarse más a una parte que a otra, no es bien le incline y tuerza, corrompiendo la justa deliberación de su albedrío. Su limpio obrar ha de ser manifiesto a todos; ya que el pueblo (según Séneca) da más fee a los ojos que a las orejas. Siempre fue largo y difícil el camino de instruirle con preceptos; y al contrario, más breve y de más eficacia el de los ejemplos. Por eso debe el Magistrado anteponer las obras a las palabras, confirmando con hechos lo que enseña a los súbditos con leyes, a cuyo cumplimiento está principalmente obligado, junto con servir a un mismo Dios, y temer una misma muerte.

A tres cosas reduciremos brevemente el oficio del Magistrado. Esto es, a regir, enseñar, y juzgar a su pueblo, hallándose tan incorporadas y unidas, que no se puede ejercitar bien una sin otra. De aquí es decir Platón, ser una misma arte y ciencia la Real, la Filosófica, y la Política, por consistir todas tres en saber bien juzgar, enseñar y regir. Gran felicidad sería concurrir tales requisitos en una misma persona; y que en ésta estuviese depositada la suprema potestad del Magistrado. Mueve sobremanera la virtud del vivo, impresa en él como en visible simulacro. Y es cierto estimula a muchos la vida ejemplar de los mayores para ser voluntariamente compuestos, sin necesidad de reducirlos a hacer lo que deben con amenazas y violencias. En la elección según esto, se debería poner singularísimo



cuidado, por no ser los años iguales en la cosecha de virtud, ni en el valor de los sujetos. Admira ver la soberbia, hinchazón y desvanecimiento que descubren algunos en ocupando sublimes puestos. No consideran los infelices nace el decoro y respeto que se les tiene, de lo aparente, de la corteza, de la dignidad; no de la nobleza de su ánimo, no de su virtuoso proceder. ¿Es posible haya quien guste ser aborrecido por usar altivamente del mando? Sospechoso debería parecer el que anhelando por grandes cargos, se pinta de admirables colores; el que alega muchos estudios; el que supone en sí talento singular, capacidad inaudita. Es manifiesto engaño; es propia satisfacción. Sépalo y dígalo otro. Mas sin duda el que esto hace solicita su perdición, pues se empeña en grandes obligaciones. Obsequio y obediencia conseguirá; pero advierta si podrá corresponder con justicia y consejo. Las dignidades en malas inclinaciones solamente son capas de vicios. Con semejantes escudos viven con seguridad los que en público habían de ser castigados por sus excesos. Saben por lo menos se halla puesta en su mano, como en depósito, la espada que atemoriza ánimos rebeldes; que enfrena humores fantásticos, y así será puesto en razón sean limpias de propia nota las heridas que en otros dieren. Ojalá obrasen todos como deben, sin que alguno pusiese jamás en olvido, ser antes ministro de Dios que del Rey. Y que aquel divino Señor suele estender la diestra de su ira en venganza de la iniquidad, y contra las injusticias humanas. Los que se asientan en el trono del juicio vuelven los ojos sobre todos los malos para darles castigo. Divídase la escoria de la plata, y hará el artífice el vaso como quisiere. Tanto ofende a Dios, quien absuelve al inicuo, como quien condena al justo. En el delito es cómplice quien pudiéndole vedar le permite. No es bien abstenerse de la severidad, cuando ha de dañar la blandura. Las manos no limpias de sangre detienen las armas de los malos, siendo los castigos el verdadero antídoto de los crimines. No por esto será justo negar, ser el agrado y clemencia dignas partes de excelente hombre; mas usadas con discreción las veces que conviniere, sin que por ellas padezca el bien de la República. Así sería necesario valerse de mucha prudencia en la elección de un medio conveniente entre tales extremos como son rigor y blandura. Evitaríanse con él los inconvenientes de ambos, y el ministro pondría en igual balanza su amor y miedo. Severidad quería Isócrates se pusiese en inquirir las culpas, y clemencia en imponer las penas, por ser el descuido tan culpable en las primeras, cuanto la crueldad en las segundas. Hácese odioso el Magistrado con demasía severo, así como despreciable el con exceso clemente. Mientras se decreta y manda parece bien el compuesto decoro; mas en la común conversación ¿de qué utilidad puede ser el áspero endiosamiento? Aman por la cortesía al que por el cargo temen, y parece sufrible la más rigurosa sentencia del bien hablado.

Tras los ejecutores de la ley, no será fuera de propósito descubrir las calidades de la que ejecutan. En el cuerpo de la República dijeron los antiguos ser ésta lo que en el humano la sangre, que le da virtud y vida. Diéronle también nombre de lazo, que retiene en unidad todas sus partes, siendo la firme conservación de todo ayuntamiento político. Dijeron ser en las ciudades, lo que el aliento del hombre, sin quien sería forzoso ahogarse. Regla al fin, por quien el Magistrado es obedecido, y los súbditos mantenidos en paz. Si los peces, pájaros, y animales domésticos y silvestres, buscan cada género en su elemento, otros de su especie, con quien poder vivir mejor, según dan a entender: ¿qué mucho hagan lo mismo los mortales, hallándose singularmente adornados de alma inmortal, de razón, de habla, sin otras prerrogativas? Justo es según esto se amen unos a

otros tras la comunicación general y particular, instituyendo para poderlo conseguir con más aptitud leyes, Magistrados, juicios. Con éstos conociendo los principios, y las causas de las cosas, sus progresos, fines, consecuencias, similitudes y repugnancias, no hay duda sino que pasarán la vida más cómodamente, haciendo con equidad lo que los brutos sólo con instinto. Grátisimas dice Cicerón son al que todo lo gobierna las congregaciones bien gobernadas. Y aunque comúnmente es juzgado por ley viva el dominante, sin hallarse sujeto a alguna; con todo el ornado de virtud ama vivir como debe, y regirse por su disposición. Es propio del Príncipe soberano establecerla y publicarla, siéndole poco permitido derogarla de potencia absoluta, por ser Dios su Juez, si él lo es de los hombres.

Para mayor inteligencia conviene ver primero qué es ley, en cuántas suertes se divide; cuál fin deba ser el suyo; qué utilidad ocasione, y cómo se haya de obedecer. Ley es una razón singular impresa la naturaleza que manda las cosas que se deben hacer, y prohíbe las contrarias. Tenemos la ley de naturaleza y la escrita. La primera es un sentimiento que tiene cada uno en sí, y en su conciencia; por quien discierne el bien del mal. Quitásele por él, según lo necesario, la cubierta de ignorancia, en cuanto es redargüido del testimonio de sí propio. La escrita es de dos géneros, divina, y civil. La divina se divide en tres partes: Costumbres, Ceremonias, y Juicios. La de costumbres; fue llamada de los antiguos moral: verdadera y eterna regla de justicia ordenada a todos los hombres, que quieren conformar su voluntad con la divina. La ceremonial, si bien se pudiera referir a la de costumbres, quedó con todo diferenciada, por consistir en honrar a Dios con pura fe y piedad. Esta fue en tiempos pasados a manera de Pedagogo, o Ayo de los Hebreos; que es como si dijésemos, doctrina de infancia, dada a aquel pueblo para ejercitarle bajo la obediencia divina, hasta la manifestación de sus cosas, figuradas en sombra. Dióseles la ley Judicial por policía, de quien les eran enseñadas ciertas reglas de justicia y equidad, para vivir juntos pacíficamente, sin damnificarse unos a otros. El ejercicio de ceremonias, pertenecía a la doctrina de piedad, si bien se diferenciaba de la piedad verdadera. Así desde el punto que se añadió la Cristiana Religión a la ley moral Judaica, se extinguió lo ceremonioso de las leyes judiciales, sin violar en algún modo la obligación de caridad. De aquí es, haber quedado libertad a todas las naciones, de instituirse honestas leyes, al paso que conocieron importarles, dándoles nombre de civiles. Entiéndese, siendo ajustadas con la regla eterna del Evangelio, de modo que teniendo diversa forma, sean enderezadas a un mismo fin.

Déstas se descubren por el consiguiente, dos géneros principales: esto es, las estables sobre que toda Monarquía y gobierno público tienen siempre su primer fundamento y origen, que no deben por algún modo ser removidas ni mudadas, como por ejemplo la Sálica establecida por Faramundo, primero entre Franceses que se abrogase nombre de Rey. Hállanse leyes semejantes conjuntas y unidas con la corona: y así ni tampoco el Príncipe las puede derogar, pena de que el sucesor tendrá por nulo cuanto hubiere hecho en su perjuicio. Fuera de que todos los que ponen mano en igual quebrantamiento, sólo procuran alterar los súbditos, y mover sedición en el estado, en deservicio de los superiores.

Cuanto a las otras leyes civiles, como Constituciones, Premáticas, Estatutos y Ritos, que fueron dadas y recibidas según la condición y oportunidad de tiempos y lugares, es cierto

está en mano del Príncipe supremo mudarlas y corregirlas, según las ocurrencias. La voluntad del Rey es libre y absoluta, y conformándose su parecer con la razón natural, y con lo que dicta la justicia, puede conceder y vedar, mandar y prohibir, siendo tenido lo que ordenare por ley, por edito, por ordenación, a quien debe obedecer todo vasallo. En la mudanza y transgresión de las leyes antiguas, no obstante cualquier aparente utilidad, o presunción, suelen proceder con gran tiento los mayores Monarcas, por tenerse por peste perniciosa, y más cuando una República se conservó por ellas largamente en buen estado. Por esta causa en el gobierno popular de los Romanos, bajo el dictador Publio Filo, se recibió el edito de los Atenenses, y se pasó en forma de ley, que vedaba a todos presentar novedades al pueblo sin parecer del Senado. Entre los Locreses era la constitución más apretada y severa, pues mandaba (como cuenta Demóstenes) viniese cualquier ciudadano, que tratase de introducir nueva ley, a declararla con el lazo a la garganta en presencia de sus compatriotas. Denotaban con esta demostración, si no fuese conocida por buena y grandemente provechosa al público, quedase con aquel cordel ahogado incontinente, por digna recompensa de su temeridad. Ojalá pasasen por esta condición los molestísimos arbitristas, cuyos desvelos consisten en damnificar y destruir no sólo las ciudades, sino las Monarquías.

En toda comunidad (dice Aristóteles) bien instituida, conviene advertir con diligencia no se disminuya, o mude alguna cosa de la ley. Débese atajar con presteza cualquier principio de exceso, ya que no oponiéndose entonces, sucede después lo que al cuerpo humano enfermo, a quien si en el primer estado de la indisposición, no se aplica remedio, se aumenta poco a poco, y de fácil que era de sanar en su acometimiento, se hace por negligencia incurable. Jamás (según Paulo Emilio Cónsul Romano) se debe remover el estado de una cosa pública, dando entrada a alguna notable contravención de las leyes. Desamparan como si dijésemos la guardia de un dominio, cuando desdeñan hacer observar con cuidado sus instituciones, por pequeñas, y de poca importancia que parezcan. Y es la razón, que siendo la ley el firme fundamento de toda civil compañía, con su quiebra y falta, es forzoso quede arruinado cualquier edificio político. Por eso dijo el sabio Bías, ser feliz el estado de una República, en que todos los moradores temían la ley como a un severo tirano; porque entonces viene a ser puntualmente observado todo cuanto ella dispone. Después (nota Isidoro) de hallarse la ley establecida y aprobada, no es menester juzgar della; mas sí bien según ella. La mejor policía (advirtió Quilón uno de los sabios de Grecia) es la en que el pueblo presta más oídos a las leyes, que a los Oradores. Lo que también dio causa a Pausanias de responder a quien le pregunto, por qué no era lícito en su tierra remover alguna de las leyes antiguas: Porque (dijo) es menester sean las leyes señoras de los hombres, no ellos de las leyes.

Su antigüedad y provecho es tan evidente, que fuera superfluo hacer sobre esto largo discurso. Moisés fue el primero Legislador de los Hebreos, Mercurio Trimegisto de los Gitanos, Foroneo de los Griegos, Solón de los Atenenses, Licurgo de los Lacedemonios, Anacarsis de los Citas, Numa Pompilio de los Romanos. Diez excelentes hombres eligió el Senado y pueblo de Roma, para traducir y exponer las leyes de las doce tablas. La mayor parte y las mejores de las Germánicas estableció Carlo Magno Emperador. Sobre las Romanas instituyó en nuestra España el Rey don Alonso el Sabio las que tienen nombre de Partida; sin las de Toro, nueva Recopilación, y otras que después se fueron

ordenando. Así tuvieron todas las provincias diversos legisladores, según la condición y circunstancia del tiempo, del lugar, y de la nación. Verdad es, que antes de la publicación de la ley de Dios, no se tiene noticia hubiese legislador alguno. Entre todos, ni en Homero, ni en Orfeo, ni en cualquier otro viviente antes de Moisés, se halla una sola palabra de ley, sino que los Príncipes lo juzgaban y disponían todo con soberana potencia. De suerte, que siendo tal gobierno más tiránico que Real, no podía ser durable, ni firme, por no haber siquiera mínima ligadura, conveniencia o concordia entre pequeños y grandes. Demás, no hay duda sino que todos los súbditos tienen necesidad de ley, como guía, como luz en las tinieblas de las acciones humanas. En particular, para espantar los malos que podrían escusarse con la ignorancia o falsa, o verisímil; y así evitar por lo menos la pena de sus crímenes. Mas por otra parte es de considerar, no es la ley sola quien causa el recto gobierno, sino la verdadera justicia, y su igual distribución, que debe estar más impresa en los ánimos de los Reyes y Príncipes, que en las tablas de piedra, o en las hojas de papel. ¿De qué sirve promulgar cantidad de buenas ordenes, si después no se hacen observar todas severamente? Antes la primera señal de la pérdida de un estado, nace de la mucha facilidad con que se dispensan las justas constituciones, siendo escusado el hacerse tantas de nuevo en los tribunales.

Cierto, no es de menos penalidad a un estado la muchedumbre de leyes sobre leyes, que a un estómago enfermo la multiplicidad de medicamentos. Débense quitar del todo las nuevas introducciones y abusos, y reponer las cosas en su forma antigua y primera, pudiéndose ver por las historias, haber crecido las tiranías, al paso que se publicaba la multitud de editos. El monstruoso Calígula con propósito, o sin él, publicaba muchos, y los hacía escribir con letras tan menudas, que era imposible leerlos, a fin de coger como en trampa los ignorantes. Claudio sucesor suyo, promulgó veinte en un día; mas no por eso hubo jamás excesos tan crueles, ni hombres tan pésimos como entonces. Sean pues las leyes del estado, inviolables, no sujetas a interés, no favorables a poderosos, sino iguales y comunes, que entonces se hallará firmísimo el lazo de la congregación política.

La equidad es alma de la ley, y a ella se someten todas las del mundo: mas su institución, por estar conjunta con diversas circunstancias, no es inconveniente sea diversa entre diferentes naciones, como todas se encaminen a un mismo intento. Toda ley (dice san Agustín) que no tiene imagen de la divina, es vana censura. El blanco de cualquiera bien establecida, es la caridad, madre de la justicia; por eso encumbra tanto san Pablo su vigor. Así no obstante haya alguna diversidad en la pena, ponen todas la mira en un mismo fin cuanto a la rectitud, pronunciando sentencia de condenación contra los reos. La ley de Dios prohíbe el robar, y ordena diversos castigos al ladrón, según la especie, el tiempo, y el lugar del hurto, en la policía de los Hebreos. Las más antiguas leyes de otras naciones castigaban los ladrones, con hacerles restituir doblado de lo que importaba el hurto. Las que después vinieron, hicieron distinción entre el robo manifiesto y el oculto. Otras no pasaron de destierro, otras llegaron a muerte. Prohíbe la ley de Dios decir testimonio falso, pecado que entre los Hebreos era castigado con la misma pena en que había de incurrir el falsamente acusado, a ser verdadera la culpa. En otras tierras el castigo era ignominia, o prisión; y así en muchos varios ejemplos que se pudieran alegar. En lo criminal tiene con justa consideración gran parte el arbitrio. La obstinación de algunos en los escándalos, es merecedora de horribles suplicios. El accidente asimismo pide tal vez

aumento de pena, por el común escarmiento. Merecen algunas naciones, ser castigadas gravemente de un vicio particular, a que son más que otras inclinadas. De modo que en vez de parecer opuesta, es proprísima tal diversidad para la conservación y observancia de la ley.

Es importante, no dispute el pueblo de su causa, sino que recorra a su obediencia, pues le obliga a ello no sólo el miedo de la punición, sino la seguridad de la conciencia. Lo que aprovecha al todo, aprovecha también a la parte; y lo que sirve a la parte, sirve al todo. Por tanto, el obedecer, que es necesario, y se requiere en el pueblo, aprovecha grandemente a todo el cuerpo político. Veamos como lo deba hacer cada uno en particular.

En todas las disciplinas se toma el principio las más veces de sus más pequeñas partes. La Gramática reconoce el suyo de las letras, simples menudencias de la misma. La Lógica de sus dos mínimas partes el nombre y el verbo; la Geometría, del punto; la Aritmética de la unidad; la Música del semitono, y del tono. Pues tras haber visto, ser la policía orden y vida de la ciudad, y la ciudad ser muchedumbre de moradores, me parece, antes de tratar de todo su cuerpo, se haya de discurrir primero del ciudadano, que no obstante sea en sí diverso, según la variedad de Repúblicas, debemos entender propiamente del que tiene preeminencia de juzgar en su ciudad, y voz deliberativa en su consejo general, o común. Esta definición no se puede aplicar a los de todas Repúblicas, sino sólo a los de las que son regidas popularmente; en que se hallan todos iguales, y se gobiernan por ayuntamientos; donde cada uno tiene lugar de decir su parecer. Con todo, se puede afirmar generalmente en cualquier suerte de gobierno, ser reputado ciudadano aquel que puede conseguir Magistrados, y otros oficios; excluidos deste número los extranjeros, no admitidos en España a dignidades, si no es naturalizados. A los hijos propios se les concede lugar, no sólo para ser por virtud, o ciencia ennoblecidos, sino para ocupar los mayores puestos Eclesiásticos, y cargos públicos. No corre esto así en todas Repúblicas, porque en la de Venecia parece, no haber más ciudadanos que señores y nobles, que gozan solo de los Magistrados, y pueden entrar en el gran Consejo, en llegando a edad de veinticinco años, sin entremeterse el pueblo en cosa concerniente al gobierno. Roma habiendo sido gobernada diversamente, tuvo también en sí diversos nombres de ciudadanos. Durante el tiempo de los primeros Reyes, era totalmente excluido el pueblo de los cargos públicos. Cuando se mudó el nombre Regio en gobierno de cierto número de hombres, electos por sufragios y voces comunes, el pueblo fue recibido en los Magistrados, y en el manejo de negocios, asistiendo a Comicios (suenan ayuntamientos públicos) que se hacían en el campo Marcio; distribuidos por Tribus, Curias, Clases y Centurias, para deliberar del estado común, crear Magistrados, y establecer nuevas leyes. Allí era tenido verdaderamente por ciudadano, quien era libre, y se hallaba con domicilio, y tribu, con facultad de conseguir honores, gozando de muchos privilegios y prerrogativas. Mas ocupado el señorío por los Emperadores, fueron continuados los Comicios, sólo en tiempo de Julio César y Otaviano. Después los anuló Tiberio, transfiriéndolos al Senado y potencia absoluta del Príncipe, con que quitó al pueblo la autoridad de cosas públicas.

Volviendo pues a nuestro primer discurso, es cierto deberse llamar ciudadanos, los a quien fuere permitido entrar al gobierno de las ciudades, que es toda la compañía de los que viven debajo unas mismas leyes, y de un supremo albedrío. Y aunque Platón puso esfuerzo en hacer iguales en dignidad a todos los de su República, no escusó distinguirlos en tres especies, esto es, en Grandes, Soldados, y Labradores. De aquí se puede colegir, no haberse hallado jamás, ni poderse establecer acertado regimiento, donde los vecinos sean iguales en todas prerrogativas; sino que conviene posean unos más o menos que otros, evitando, según sabios Estadistas, no tengan, respeto de su condición, de qué dolerse los más pequeños.

La primera obligación de todos los súbditos, que viven debajo un mismo estado y policía, consiste en la puntual obediencia, y en tener grande estimación a cualesquier Magistrados. Deben reconocerlos como cargos cometidos, y dados por Dios, y así reverenciarlos, como a quien representa el divino Imperio sobre todas las criaturas. Porque, así como el mismo Señor colocó en el cielo por símbolo de su divinidad, al Sol que aclara, vivifica y alimenta en todas partes las cosas criadas para el uso del hombre; así debe mostrarse y resplandecer en las ciudades y reinos el supremo Magistrado, y más cuando tiene principalmente en el corazón el temor de Dios, y la observancia de la justicia. Todo viviente (dice san Pablo) esté sujeto a la potencia preeminente, ya que resiste a la divina disposición quien la resistiere. También escribe a Tito: Exhórtalos a estar en la sujeción de sus Príncipes superiores, y a ser prontos en todas buenas obras. Añade más el gran vaso de elección: Deben los súbditos encomendar a Dios la conservación y prosperidad de sus gobernadores. Aconsejo y exhorto (dice) hagan los hombres ruegos, oraciones, y acciones de gracias por los Reyes, y por todos los que se hallan constituidos en dignidad, para que gocen vida pacífica con justicia y santidad.

Debajo desta obediencia se comprehende también la moderación que deben observar las personas que con el Príncipe fueren más validas, para no entremeterse de propio capricho en el gobierno de cosas públicas y particulares. Su autoridad no se debe disminuir, ni alterar el estilo acostumbrado en consultar y resolver lo que a su oficio y cargo pertenece; porque tal vez lo contrario produce para con todos menosprecio en los súbditos, viendo la temeridad de los unos, y el menoscabo de los otros. El recurso de los agravios es propio del superior. Él solo tiene las manos desatadas para disponer de las leyes, como juzgare convenir. A los de sus consejos, ojos y orejas suyas, pertenece poner en ejecución sus órdenes, haciéndole advertido por consultas de las cosas que piden remedio con la interposición de su autoridad suprema. De donde se infiere, ser dos los modos de mandar, uno con potencia pública, otro con absoluta soberanía sobre leyes, Magistrados y particulares. El primero, si bien legítimo, se halla sujeto a las leyes, y al Príncipe, propio de los que tienen poder extraordinario de imperar durante su comisión. El último, después de Dios, a nadie reconoce, por ser soberano y absoluto. Grandes bienes ocasionan en la patria los de sus mayores consejos. Padres son de la provincia que gobiernan, pastores del pueblo, mantenedores de paz, protectores de la justicia, conservadores de la inocencia. Carecería pues, totalmente de juicio, quien tratase de reprobear semejante dominio. No hay duda, sino que está arraigado en los humanos corazones este afecto de no aborrecer menos, y tener en execración los injustos tiranos, que de amar y reverenciar los justos Reyes. Por otra parte, viendo engolfado al Príncipe en vicios, estraños no sólo de su

obligación, sino también de toda humanidad, sin descubrirse alguna forma de la imagen divina que debe resplandecer en él, fácilmente corren al odio, al menosprecio, y al cabo a la rebelión. Bien que el celeste precepto encarga se obedezca a unos y otros: pues derivándose sólo de Dios su imperio y autoridad, elige los buenos como espejo y ejemplar de su bondad, y los malos como azote de su ira, para castigar las maldades del pueblo. En medio de las mayores aflicciones, causadas de pésimos Regentes, suele el inmenso Rector acordarse de los suyos, enviándoles por no esperados caminos, tras indecible borrasca inaudita tranquilidad. En Daniel se halla escrito: El señor muda los tiempos, constituye y humilla los Reyes, para que conozcan los vivientes ser el Altísimo poderoso sobre los Reinos de los hombres; y estar sólo en su mano darlos a quien fuere su voluntad. Bien manifiesto es a todos, qué Rey haya sido Nabucdonosor. Entre otros muchos defetos fue ambiciosísimo. Tomó a Jerusalén, y en semejante facción se mostró sobremanera codicioso, despojándola de todas sus riquezas. Con todo afirma Dios por Ezequiel, haberle dado a Egipto en premio de sus obras, en que lo sirvió con disiparla y llevarla toda a saco. Y Daniel le dijo: Tú Rey eres Rey de Reyes, a quien Dios del cielo ha dado Reino de tal poder, fortaleza y gloria: de que se infiere merecer aun los malos honra y reverencia. Cuando Samuel anunciaba al pueblo de Israel, lo que había de sufrir respeto de sus Reyes, no según los privilegios de la Majestad, sino de los modos y costumbres tiránicas; manifestó, que les tomarían los hijos para servirse dellos, que les usurparían las heredades, viñas, y jardines, para darlo todos sus criados, contra el precepto de la divina ley. En medio destas angustias, en vez de abrirles camino para resistir, les impone necesaria obediencia, sin permitirles alguna lícita ocasión, de oponerse a su Rey. Yo (dice el Señor a Jeremías) hice la tierra, los hombres, y las bestias con mi potencia grande, con mi brazo fuerte; y les reparto los distritos según me agrada. Ahora pues he puesto todas estas razones en mano de Nabucdonosor mi sirviente. A él servirán todas las naciones, todas las potencias, todos los Reyes, hasta que venga el tiempo de su tierra. Y sucederá, que toda gente, o Reino que no le hubiere servido, y no hubiere inclinado la cerviz bajo de su yugo, será de mí visitada con guerra, con hambre, y peste. Por lo que servid al Rey de Babilonia y vivid.

Colégese destas palabras, con cuánta obediencia y respeto quiso Dios fuese correspondido aquel tirano, sólo por haberle colocado su diestra en la Majestad Real. Tan lejos de la razón se hallan excluidos cualesquier sediciosos pensamientos, no obstante sea escandaloso el proceder del Príncipe. Léese en el mismo Profeta otro mandamiento de Dios a su pueblo. Miraba éste a desear la prosperidad de Babilonia, donde estaba detenido en cautividad, y en rogar por ella, respeto de consistir en su paz, también la suya. Por manera que manda, rueguen los Israelitas por la felicidad de quien los tenía despojados de sus bienes, en destierro de su patria, y precipitados en miserable servitud, sin permitirles por eso rebelarse contra él. David ya electo y unguido por divina orden, perseguido injustamente de Saúl, se abstuvo (bien que pudiera) de ofenderle. ¿Quién pondrá, dijo, las manos sobre el unguido del Señor, y será inocente? Con esto es justo quedemos amaestrados, no ser lícito espiar las acciones del supremo Príncipe, ni censurarlas temerariamente; teniendo sólo por firme, haber sido constituido por voluntad divina en estado de inviolable majestad. Léese en Josefo, tratando varias sectas de Judíos, afirmaban los personajes de mayor santidad, llamados Eseos, debían ser los Príncipes soberanos para los súbditos inviolables, como sacros y enviados por Dios. En el Éxodo se

veda murmurar del Príncipe y sus Magistrados, no obstante sean rigurosos. De aquí es castigarse con la mayor pena que se halla el maquinarse contra la vida de cualquier ministro. Ni sólo viene el suplicio sobre él, como principal, sino también sobre quien tuvo mano, quien dio consejo, quien lo imaginó, aunque saliese vana la ejecución. Entre los Macedonios había ley que hacía morir cinco parientes más cercanos de los que se hallasen convencidos de haber conjurado contra su Príncipe. En medio pues, de los mayores excesos del que gobierna, cuando más sacrílego y desnudo de piedad, sólo se debe recorrer a la Majestad divina, y creer, lo eligió su providencia para castigo de humanas culpas. Importará sufrirlo con paciencia, como dado por quien se sabe, no puede errar. Sólo para el remedio destes males, se debe implorar el socorro del cielo, en cuya mano están los corazones de los Reyes, y las mudanzas de todos los imperios. Este es aquel Dios que se pondrá entre los dioses, dijo Daniel, y hará sobre ellos juicio; a cuyo mirar solo caerán, y quedarán confusos todos los Reyes, y jueces de la tierra, que no habrán obedecido a su hijo Jesucristo; que habrán promulgado leyes inicuas; oprimido en el tribunal los pobres; derramado la hacienda de los débiles, robado a los huérfanos; desamparado a las viudas. Si se suele quitar el sombrero a una imagen desmoronada por lo que representa, la misma reverencia se debe al ministro, por el cargo que ocupa, aunque su proceder le haga indignísimo y sobremanera odioso.

Explicada la obligación del súbdito, cuanto a obedecer, juzgo conveniente advertir las que corren al Príncipe que ha de mandar, dando primero noticia de lo en que venga a consistir la Monarquía, o potencia Real, con que de camino se cumplirá lo prometido arriba.

Semejante especie de República, juzgaron los más excelentes hombres, y más dignos Filósofos, fuese la mejor, la más feliz, y estable de todas, a quien nos enderezan y guían todas las leyes de naturaleza. Este pequeño mundo, este cuerpo humano, entre todos sus miembros, tiene sólo una cabeza, de quien depende la voluntad, el movimiento, y todo sentido. Si consideramos el bulto del universo, sólo tiene un supremo Dios. Si queremos poner los ojos en el cielo, allí descubriremos sólo un Sol. Hasta los animales no pueden tolerar entre sí la precedencia de muchos. Esto corre en todas las cosas, así animadas como inanimadas, por cuyas naturales demostraciones podemos juzgar ser mejor que todos el Real gobierno.

Hubo en todas edades grandísima altercación entre los que trataron de las formas de policía, sobre si fuese más conveniente a la naturaleza, y más útil al género humano vivir debajo el señorío de uno solo, o tener a muchos por superiores, no faltando a tal disputa copia de argumentos, y razones por una y otra parte. Y aunque parezca vana ocupación de quien carece de autoridad para ordenar cosas públicas, contender cuál sea mejor estado, con todo he querido por satisfacer a los ingenios curiosos, referir aquí las más fuertes consideraciones de los que se oponen a la conocida utilidad de la Monarquía. Pondranse también a su lado las contrarias concluyentes que defienden la misma, a fin de quedar más aficionados al feliz y legítimo dominio, de que ha tantos años usa nuestra España.



Aquel pues, se puede decir Monarca, que sólo tiene potencia de dar ley a todos. Debajo deste poderío están comprehendidas todas las señales de superioridad soberana, que los Jurisprudentes llaman razones de Reinos. Éstas siendo tratadas por los mismos en particular, las podemos reducir a ocho artículos supremos. A dar y anular leyes; deliberar la guerra, o hacer la paz; conocer en última apelación los juicios de todos los Magistrados; instituir y destituir los mayores ministros; grabar y desgravar los súbditos; conceder gracias y dispensaciones contra el rigor de las leyes; subir o bajar el título, valor y liga de las monedas, y hacer jurar a los vasallos fidelidad.

Esto aparte, vengamos a lo que ofrecimos tratar ha poco. Muchos han querido sustentar, ser negocio peligroso vivir debajo las leyes y señorío de un solo Rey, o Potentado. Siendo cosa demasiado difícil hallar un Príncipe perfeto en todas sus partes, como es necesario sea todo Rey para ser digno de tal nombre. Entra a propósito aquí la sentencia de Ciro. Sólo conviene (decía) mande el que es mejor que todos los a quien manda. Añádese, que si bien fuese posible, hallar uno de la perfección que se requiere, sería con todo, siempre mucho de temer, mudando condición y naturaleza, pasase de Rey a Tirano por culpa de la humana fragilidad, y de la gran licencia que tienen de poner su voluntad en ejecución.

Desto se pueden ver muchos ejemplos en las historias, siendo también cosa clara, y que la confiesan la mayor parte de los que escribieron materias de estado, degenera cualquiera especie de República establecida sólo por sí, y cae luego en su próximo vicio, si no es moderada y retenida de las otras; como la Real se transmuta fácilmente en tiranía, la Aristocracia en Oligarquía, y así de las otras. Mas este peligro hállase con particularidad mayor en la Monarquía, que en el señorío de muchos, por no ser verisímil sean todos malos; y cuando alguno lo sea, estar en mano de los buenos refrenarle. Concluyen en esta forma, no ser tan peligroso vivir debajo el gobierno de muchos, como de uno solo, que con más facilidad puede depravar su naturaleza, siendo Monarca, que harían muchos electos en Aristocracia: como eran los señores Areopagitas en Atenas, los Éforos en Lacedemonia, y en Roma el Senado.

Tras el fallecimiento de Cambises Rey de los Persas, ya muerto por los principales el Mago, nuevo usurpador del señorío, deliberando sobre sus ocurrencias, convocaron consejo general. En él, como escribe Herodoto, se trataron muchas cosas, dignísimas y memorables. Propuso Otaneo, gobernasen los Persianos en común los negocios, hablando en esta forma: Yo no soy de parecer sea alguno de nosotros de aquí adelante solo Monarca de todos, respeto de ser tal superioridad ni buena ni grata. Ya sabéis a qué violencia había llegado Cambises, ni os es oculta la osada temeridad del Mago. Desto podéis bien pensar, cuán peligrosa sea la Monarquía, a cuyo posesor parece lícito cuanto le agrada, sin hallarse sujeto a corrección. El más virtuoso constituido en tal estado, puede ser al instante acometido de pensamientos desenfrenados, y volverse insolente por las presentes prosperidades, engendrándose en él a un tiempo mismo oculto aborrecimiento. Poseyendo estos dos vicios, abunda de iniquidad, cometiendo muchos actos injustos, ya por insolencia, ya por odio. Y si bien el Tirano debería por toda razón hallarse lejos de envidiar a sus ciudadanos, por sobrarle tantos bienes, sucedesto no obstante, al contrario. Es cierto quiere mal a los que viven bien y participan de prosperidad. Recibe placer con los más viles, a cuyas murmuraciones presta siempre

grato oído. Y lo que es peor, si le admiráis y loáis con moderación, tiene a mal, no lo hagáis excesivamente, y si lo hiciéredes, tampoco le agradará, juzgándolo a efeto de adulación. Últimamente muda las leyes y costumbres del Reino, fuerza las mujeres, mata los virtuosos sin ocasión, y sin conocer si lo merecen.

Concluyendo pues, este Persiano semejante razonamiento, aconsejó, se debiese dejar la Monarquía, y elegir la Democracia. Fue también de su mismo parecer Megabises en lo primero; sólo diferenció en persuadir el gobierno Oligárquico, afirmando, no haber cosa más ignorante, ni más insolente, que una inútil muchedumbre. Y así no era por algún modo tolerable, cayesen por huir los rigores de un tirano, en los de un pueblo desenfrenado y bestial. Otros muchos conocieron diversas incomodidades, y grandes peligros en la Monarquía; y principalmente cuando hay mudanza de Príncipe; o sea de mal en bien, o sea de bien en mejor. Fuera desto se ven en tales nuevas entradas nuevos disinios, nuevas leyes, nuevos oficiales, nuevos amigos, y nueva forma de vivir. Agrádanse de ordinario los recién poseores de mudar casi todas las cosas, por dar siquiera motivo a que se hable dellos. Esto ocasiona las más veces gravísimos daños a los súbditos; y cuando no sucediese en esta forma, y el Príncipe fuese el más sabio que se pudiese desear, por lo menos interviene de molesto y grave, que los tratados hechos antes con los predecesores, terminan con el mismo, y acaece las confederaciones acabadas, ponerse en arma los vecinos, haciéndose el más poderoso sujeto al de menos fuerzas. Para esto aprueba la opinión de muchos, no estar obligados los sucesores de los Príncipes al cumplimiento de lo capitulado, si no fueren sus herederos. Déjanse aparte los inconvenientes que resultan de quedar el Rey pequeño en poder de Gobernadores, que las más veces no son de poca consideración, por los bandos y disensiones que se descubren. Ni es menos de temer, suceda en la corona fuera de tutela, si es mancebo; puesto que hallándose con plena libertad, entonces cuando sus apetitos son más evidentes, corre riesgo de verse sin cesar en su Corte continuos rastros de su inclinación, todo fiestas, todo mocedades, todo pasatiempos. Si es belicoso, arriesgará los súbditos, el estado y la persona, por hacer pruebas de valor, y dejar de sí perpetua fama, careciendo de experiencia y juicio para discernir lo bueno de lo malo, ni elegir lo que conviene mediante el sano consejo.

Estas son las principales razones de los poco afectos a la Monarquía. Resta ahora mostrar las que sus parciales alegan en su defensa y sustentación: a que daremos principio, con traer aquí la respuesta, dada por Darío a los compañeros que ha poco alegamos en la junta general de los Persas. Tan memorable fue, y por ella quedaron los concurrentes de tal manera convencidos, que sin discrepar alguno, aconsejaron todos en favor desta dignidad. Paréceme (dijo) por extremo bien lo apuntado por Megabises, en lo que pertenece a la muchedumbre; pero no así en lo que toca a la Oligarquía. De las tres especies de Policía que entre las demás suelen escoger por mejores las provincias, es forzoso defender por más conveniente la Monarquía. ¿Quién ignora no haber cosa tan digna como el gobierno de uno solo? y más si adornado de virtud; pues sirviéndose de su juicio, rige los que tiene a su cargo sin reprehensión. Mas en la Oligarquía, en que muchos son interesados, es fuerza nazcan terribles enemistades entre sí, de quien se derivan sediciones, de sediciones homicidios, y éstos se viene a dar últimamente en la Monarquía, que como es fácil de entender, para en ser la mejor. Quanto al pueblo, es imposible deje de haber mucha

malicia donde él gobierna, quedando incógnita y paliada la grande de los que administran mal el público, hasta llegar hombre que adquiriendo autoridad sobre el pueblo, los haga conocer por quien son, y privar. Y entonces viene semejante sujeto a ser admirado de todos, haciéndose Monarca por medio de tal admiración. Soy pues de parecer nos conservemos en tal estado, ya que de no hacerlo, se romperán las bien fundadas leyes del Reino, con daños innumerables.

Cuenta Dionisio Halicarnaseo en las antigüedades de Roma, haber hecho semejante razonamiento Rómulo, cuando primeramente estableció el gobierno de aquella ciudad, donde Amulio concluye en favor de la Monarquía, como lo hizo Darío entre los Persas. La misma controversia puso Augusto en deliberación entre sus amigos, puesto que deseaba vivir en reposo, y dejar el estado; mas determinose, ser mucho más a propósito para el público el género de gobierno hasta allí seguido. Esto se conoció mejor por el efeto; porque habiendo tiempos atrás, no podido vivir diez años sin guerra civil, o alguna sedición, Otaviano los mantuvo cincuenta en buena concordia, que tras su muerte continuó después gran tiempo. Esta misma excelencia y ventaja demostró en la primera Olimpiada Demóstenes a los Atenienses, loando el haber sólo un General que pusiese en ejecución las grandes empresas, y tuviese solo inteligencia de todos los negocios más importantes, con autoridad de resolver y deliberar como señor, como Capitán, como Tesorero. La potencia absoluta tiene en freno la insolencia de los grandes; ampara la flaqueza de los pequeños, y libra de toda opresión a los afligidos. Desto puede hacer amplísimo testimonio la infeliz Italia, que unida, señoreó la mayor parte del mundo, y dividida, fue señoreada de varias naciones, habiendo sido largos tiempos como presa de todos, sin desampararla infinitas calamidades. Todos los antiguos observaron con grande honor el Real gobierno, por el beneficio que dél les resultaba. La ciega Gentilidad juzgó, que aun hasta entre los dioses había un Rey, a quien como soberano temían y respetaban. Obedecieron (dice Cicerón) las gentes todas antiguamente a los Reyes, siendo para tal suerte de gobierno, señalados en lugar más principal los varones justísimos. El primer nombre de imperio conocido en el mundo, afirma Salustio, haber sido el de Regio estado; mas que entonces los hombres vivían sin codiciosos deseos, cada uno contento con lo que poseía. En el principio de las cosas (escribe Trogo Pompeyo) y de las naciones, se daban los dominios a los Reyes, sin llegar a tan sublime puesto, ni ocupar el trono de aquella Majestad, por popular ambición, sino por modestia, conocida y aprobada de los buenos. No se hallaban entonces enfrenados los pueblos por ley alguna, y eran los quereres de los Príncipes conformes en todo a las leyes, tratando más de conservar los confines del propio Imperio, que de extenderlos y ampliarlos. Nino Rey de los Asirios, a quien la Escritura llama Nembrot (como decir, Señor terrible, o poderoso cazador) fue el primero que mudó la costumbre antigua de las gentes, por codicia y ambición de dominar. Con este impulso vehemente rompió la guerra con sus vecinos, que no conociendo aún cómo oponérsele, y resistirle, fueron todos sojuzgados por él hasta los confines de Libia. Roma tras haber privado a Tarquino su Rey por su insolencia y orgullo, les vino a ser tan enfadoso y aborrecido semejante nombre, que por edito y juramento solene fue del todo extinto. Después cayendo la República bajo de Monarquía, no quisieron llamar al Monarca Rey, por evitar el perjurio, sino le dieron título de Emperador, que antes tenían los que gobernaban ejércitos. Cuanto a los inconvenientes de arriba, se responde

brevemente, cesar todos, cuando la Monarquía corre por justa y recta sucesión, como la nuestra.

Lo cierto es, que si muchos pilotos (sean sabios y expertos cuanto quisieren) se ponen juntos al gobierno del timón, se impiden unos a otros; y así es de creer hagan lo mismo muchos que tratan de gobernar a un tiempo la República, aunque sean sabios y virtuosos. No hay estado Democrático, o Aristocrático (salvo el de Venecia) que haya durado más de seiscientos años, y éstos se hallan bien pocos: mas muchas Monarquías han continuado mil y docientos en un mismo ser, tan conformes se hallan con las rectas leyes de naturaleza. Afirmaron muchos Políticos, debe ser una República constituida para largo y durable fin, no simple, ni de una sola especie, sino que contenga la virtud y propiedades de las otras, porque carezca de todo lo que le puede ocasionar desproporcionado crecimiento para su ruina. Esto observó Licurgo, cuando ordenando su República, mezcló el Senado con los Reyes, y sobre éstos fueron también establecidos los Éforos, quedando por aquel camino todo tan en balanza, que no se podía discernir bajo de cuál gobierno fuese enderezada. La República Cartaginés floridísima por largo tiempo, fue instituida en sus principios con mezcla de Reyes y Aristocrática, teniendo también el común su preeminencia en las cosas que le pertenecían. La Romana en medio de su más digno esplendor, gozó destas tres partes con indecible igualdad. Si se ponían los ojos en la potencia de los Cónsules se habría juzgado Real: si en la de los Senadores, Aristocrática; y Democrática si en la de los Tribunos y pueblo. Todos estos estados comprende asimismo Venecia en la suya. La suprema potencia del mayor consejo, de quien depende todo el Senado, y la autoridad de todos los Magistrados, representa el estado popular, el Doge que mientras vive precede a todos, denota la dignidad Real, reteniendo principalmente en sí gravedad semejante, y el Senado y Colegio de los ancianos (llamado en común de Sapientes) significa la Aristocracia.

#### *Variedad Nona.*

NO se puede negar, ser nuestro modo de gobierno felicísimo, por regularse no por antojo, o capricho, según el apetito sensual, sino con maduro consejo, y observación de leyes. En la policía de la República tienen parte el ayuntamiento de Regidores, o Veinticuatro, donde asiste como cabeza el Corregidor. Éste lo es también de la justicia ordinaria, con asistencia de uno o más Letrados, con nombre de Alcaldes mayores, o Tenientes. Síguense los tribunales de apelación, Audiencias y Chancillerías, donde con Cristiandad se juzgan las causas de haciendas, honras y vidas. La sala de los Alcaldes de casa y Corte es admirable freno de delincuentes. Sobre todos el Consejo supremo es verdadero amparo de virtuosos, y padre de toda piedad y justicia. Infeliz, o facineroso ha de ser sobremanera, el que puesto en sus manos, no participare de su misericordia. Soles de tan lucientes estrellas son los Reyes; felicísima España en haberlos tenido tantos siglos tan Cristianos, tan prudentes, tan valerosos. Dellos se puede decir lo que en sumo honor de Trajano, Plinio en su Paregórico; pues tras haberle encumbrado hasta el cielo, concluye, ser el mayor bien que podía suceder al Imperio, aprendiesen ejemplo de su vida los dioses. Son protectores de armas y letras. Premian los beneméritos de ambas profesiones.

No agravan con demasía de tributos los vasallos. Solicitan la propagación de la Fe por las remotas regiones. Defienden sin cesar la causa común de la Religión contra herejes depravados, y otros infieles. Mantienen la Real reputación entre Potentados. Desvélanse en que salga acertado el gobierno político de sus ciudades, enviando a regirlas los sujetos de talento más capaz, y de virtud más conocida; con que ni los súbditos son opresos, ni el intento de la justicia defraudado. Así los pueblos crecen cada día más en gente, en felicidad, paz y abundancia.

No mirando pues a los pasados y presentes, sino al bien que se puede esperar de los futuros, será acertado hacer aquí algunos recuerdos en razón de la obligación que para con los súbditos se ve asida a dignidad tan suprema, a puesto tan soberano. Sobre dos columnas principales, se halla fundada toda seguridad de estado; integridad de Religión, y benevolencia del pueblo. Debe según esto el Rey, profesar sobre todo, lo primero, habiéndole el cielo señalado a tal fin sobre tantos millares de hombres. Déste depende el segundo infaliblemente; en que consiste la diferencia que hay entre el Rey y el tirano, que reina por fuerza. Descúbrese en el Príncipe la providencia de Dios, autor y conservador de las policías, y de todo buen orden. Así es justo tenga siempre delante su temor y respeto, para que sirviéndole sin cesar, aproveche a cuantos viven bajo de su dominio, haciendo oficio de experto Médico en todos los accidentes y enfermedades de la República.

Convidó un día Periandro, Príncipe de Corinto, a los siete sabios de la Grecia, con intento de que allí se tratasen algunas cosas pertenecientes al estado de los Grandes. Solón, que fue en hablar primero, propuso ser en un Rey supremo el medio más poderoso y eficaz para conseguir glorioso nombre, hacer de la propia Monarquía una Democracia; esto es, una comunicación de la soberana autoridad con los súbditos. Bías dijo, en dedicarse primero a la obediencia de las leyes de su provincia. Juzgó Tales fortunado al Señor, que con el templado regimiento de su persona, y con el acertado gobierno de sus vasallos, llega a verse en la vejez morir de muerte natural. Anacarsis, tuvo sólo por felicidad el ser sabio. Cleóbulo, el no fiarse de los que le asistían. Pitaco, si podía obrar temiesen los súbditos, no a él, sino por él. Y Quilón, no debía un Príncipe poner el pensamiento en cosa transitoria, sino inmortal y eterna. Periandro, oídas tales opiniones y sentencias, juzgó ser todas bastantes a hacer perder de ánimo a cualquiera de buen juicio, para abstenerse en todo tiempo de mandar a otro.

Trajano escribiendo al Senado de Roma, se valió destas mismas palabras: No puedo dejar de confesaros que habiendo comenzado a gustar los pensamientos y trabajos que trae consigo la Majestad deste Imperio, me arrepentí mil veces de haberle acetado. Puesto que si es grande honor el poseer señorío, es por el consiguiente, de grandísima penalidad el gobernarlo. Pero lo que merece más atenta ponderación es ver la invidia y vituperio a que está sujeto el que rige a otros. Al justo llaman cruel; al liberal pródigo, si quiere acumular dineros, júzganle por avaro, si es pacífico, por cobarde. Al de grande ánimo dan título de ambicioso; al grave de soberbio; al afable de simple, al solitario, de hipócrita.

Así concluyó aquel buen Emperador, afirmando para manifestar su disgusto, ser dos cosas, la mar, y el Imperio, hermosas para ser vistas, mas peligrosas para ser manejadas.

Platón advierte en esta conformidad, sólo tener demostraciones de buen Príncipe el que asciende al señorío violentado. Porque cualquiera que le desea, es menester sea poco advertido, no conociendo cuán peligroso y lleno de imaginaciones sea el cargo de Rey, o tan malo, que sólo tenga por fin reinar por darse placer; viviendo ocioso en medio de tantas ocupaciones, o siguiendo sólo su capricho particular, con notable detrimento de los vasallos. O tan ignorante, que no considere cuán grave sea el peso que recibe sobre sí. Fuerza es le tengan ceñido escuadrones de cuidados, concediéndole corta quietud. Perdónaseles a los otros hombres algún error en la juventud, y permítenseles reposar en la vejez. Mas a quien es cabeza de la República, siéndole necesario trabajar por todos, no es permitido ser mozo, o viejo; puesto que no puede hacer tan pequeño error que no concierna el daño de muchos, ni abstenerse de su deber, sin damnificar los súbditos. Por esto dijeron los Filósofos, no debía el Príncipe dedicar la República a sí, sino dedicarse él a la República, mostrándose siempre, cuanto a su salud, solícito, diligente, bueno, y sabio.

Asentados tiene sus principios el oficio, y obligación Real, y así poco se podrá decir que deje de ser común, y no se tenga dello noticia. Quanto a lo primero, es necesario, no pierda continuamente de los ojos la ley de Dios, imprimiéndola con afecto dentro de sí, y meditando todos los días sus palabras, y disposiciones. Sin fiarse en su talento, debe pedir al cielo espíritu de inteligencia para comprehenderlas bien, y guiar según esta divina regla, sus intentos, y acciones a gloria de aquel grande, eterno y omnipotente Rey de Reyes. Ha de preferir la salud de su alma al Imperio de todo el mundo; luego la utilidad de los que le han sido dados en gobierno para enseñarlos y regirlos. No hay duda sino que del conocimiento de la verdad que asiste en el corazón del Príncipe, depende todo el buen orden de su estado, y que su piedad es de gran fuerza para despertar y mover los súbditos a su obligación. Obra esto principalmente con más eficacia, cuando le ven seguir y abrazar el verdadero culto, sin disimulo o ficción. Por esta causa debe con diligencia advertirse, vede todo abuso de falsa doctrina y toda blasfemia contra el nombre de Dios y su verdad. Demás ha de consistir todo su esfuerzo en que se vea siempre en su Reino publica forma de religión católica, que es el solo y firme fundamento de toda bien ordenada Monarquía.

Vamos ahora comprehendiendo bajo de breve discurso, todas las partes que los antiguos así Étnicos, como Cristianos, supieron desear en un perfecto Rey. Entre oficios y acciones principales, epilogaron otros muchos requisitos: particularmente, regir, alimentar, conservar. Regir con buenas leyes y ejemplos; alimentar con sabiduría, providencia, justicia; conservar con destreza, cuidado, y vigilancia. Esto al Príncipe Nicocles, parece quiso advertir Isócrates Griego orador y Filósofo, cuando le escribió: La prueba mayor para ti de haber bien reinado, será ver haberse vuelto el vulgo que a tu dominio está sujeto, más modesto y más rico. Puesto que las buenas leyes, la justicia y la vida ejemplar hacen los súbditos mejores; la prudencia conjunta con la determinación, más facultosos. El medio eficaz para llegar a estas calidades excelentes de bueno y justo Príncipe, es sin duda el amor correspondiente de señor y súbditos. Esta benevolencia es forzoso sea recíproca, si el lazo ha de ser indisoluble; pues sólo con su intervención se aseguran Reinos. Es la primera cosa que se le encarga, regle el estado de sí mismo; reformando primeramente todo lo que en su vida y costumbres se pudiese hallar sin regla. Cae

asimismo la moderación hasta en las cosas más íntimas de su Corte, considerando ha de venir a ser de allí adelante teatro público, expuesto por todos lados a la vista de cada uno, haciendo de sus operaciones a los demás, dechado de bien, o mal obrar. Por esto ha de poner singular cuidado en superar a todos los a quien domina, así en prudencia y virtud, como en autoridad y riquezas. De la multitud de cortejantes que le siguen, debe siempre tener cerca de sí los más sabios. Ha de estimar con extremo los hombres doctos y de reputación, valiéndose en las ocasiones de sus prudentes pareceres. El escuchar a menudo sus razonamientos es sobremanera importante, para deprender dellos las resoluciones que conviene seguir en las mayores dudas; con cuyos medios, y ejercicios le será fácil conseguir facultad de saber administrar rectamente. Y porque el uno de los fines principales de la sociedad civil, es el público reposo, será la primera parte de buen Rey para con los súbditos, el mantenerlos en concordia; siendo imposible florecer una República en religión, justicia, integridad de vida, o en cualquiera virtud necesaria a su conservación, cuando los ciudadanos no gozan una paz estable y firme. Así se han de procurar siempre los más fuertes medios, para que jamás falte tan conveniente quietud. Suyo es también librar con todas sus prevenciones y ardidés los vasallos de cualesquier calamidades, manifestando curiosidad particular en todo cuanto pudiere ocasionarles algún bien.

El alimento más propio de estos varios miembros, conformados y unidos en un cuerpo, es la discreción con que los dispone el superior, mientras los reduce a obediencia, sin olvidar jamás la rectitud de órdenes y mandatos. No permita, se vuelvan insolentes sus pueblos; y mucho menos sean atropellados y oprimidos de sus ministros. Grande emienda sería razón hubiese en los excesos y maldades que ejercen de ordinario en los súbditos estos comunes ejecutores de la justicia. Andan de continuo aquellas solícitas guarda-espaldas no a presa de delincuentes, sino a caza de bolsas, atropellando por conseguirlas, ajenas honras; y esto a los ojos de supremos tribunales. Propio es del Príncipe Cristiano quitar del mundo esta sentina de abominaciones; como propio también suyo, reciban premio y honor los más dignos, y que con más limpieza acuden a su obligación.

Mude las órdenes, o leyes que no se hallan bien instituidas, o se han reducido en abusos, por ser a los súbditos perjudiciales. Forme otras de nuevo que sean justas, útiles, y concordantes en sí, a fin no nazcan dellas controversias y litigios; y si nacieren, mande sean juzgadas y decididas con brevedad. Principalmente debe consistir todo su cuidado en la recta administración de la justicia, no menos para conservación de los buenos, que para castigo de los malos; siendo su descuido causa de haber hecho perder a muchos, estados y vidas. Sobre todo es importantísima la facilidad en dar audiencias, y el breve despacho de los memoriales. Demetrio perdió su Reino, por la dificultad que mostraba en dejarse hablar; y también porque habiéndole un día presentado muchos memoriales, los arrojó desde un puente en el agua, sin leer alguno. Por tanto debe el buen Príncipe evitar no estén por esta razón quejosos los súbditos. Oiga con paciencia sus lamentos, sus querellas, proveyendo a sus necesidades con benignidad y clemencia; calidades más divinas que humanas, y singularmente propias de quien ha de conformarse con la celeste virtud, siempre justa, y misericordiosa. Ésta (como dice Plutarco) rige todas las cosas sin fuerza: antes con dulce persuasiva de razón obliga a que cada uno le obedezca.

La clemencia y agrado vuelven con extremo amable al señor; no obstante le sean ornamentos necesarios en los criminales, rigor y severidad, como concernientes al bien de los vasallos. Así debe hacer siempre justicia en lo que toca la parte de la razón divina y natural, dando lugar a la pena establecida sobre sus transgresores. Es conveniente guardarse no sea promotor de males con la facilidad de gracias y dispensaciones. Mas donde solo el Príncipe será ofendido con algún leve menosprecio, o contravención excusable de sus edictos, es acto de generosidad usar perdón y misericordia. Las cadenas fortísimas (según dijo Dión al tirano Dionisio) para conservar feliz, floreciente y pacífico todo reino, son bondad y justicia. La fuerza del miedo, la multitud de guardias no le aseguran y mantienen tanto, cuanto la benevolencia, la gracia, el afecto y amor de los súbditos. Del temor solo ¿quién no sabe resulta sólo aborrecimiento? Sólo deben ser tenidos por sospechosos los que sirven forzosamente, no los que obedecen por razón y voluntad. Valiose de estos loables preceptos admirablemente el buen Emperador Marco Aurelio, pues trocado el odio que se suele tener a quien manda en amor, con ser tan gran Monarca, no sólo carecía de alabarderos su persona, sino hasta de un portero su palacio: con tanta seguridad vive la virtud entre los mayores peligros. También el Rey Numa quitó los trescientos arqueros que Rómulo instituyó para su guardia, alegando, no quería desconfiar de un pueblo que se había fiado dél. A semejante propósito viendo Platón al referido Dionisio ceñido de muchos soldados, le dijo: ¿Tanto mal has hecho que has menester el amparo de tantos? Hoy tales prevenciones parece se ordenan sólo para aparato de majestad. La gravedad es menos, o más usada entre los Reyes de varias naciones; como por ejemplo, menos en Francia y en España más. Suele la prudencia mediar tales extremos, haciendo quede templada la severidad con el agrado, la bondad con el rigor, lo fácil con lo austero, resultando de tal armonía la disposición de dar a cada uno tan presto premio, como castigo.

De términos semejantes, asidos a la obligación de un loable Regente para con los suyos, y del paterno cuidado que tiene de su prosperidad, deriva la conservación, y aumento de sus propias comodidades y riquezas: no de permitir le persuada otro, o le estimule a quitar las ajenas indebidamente. Debe reconocer, que si bien alcanza potencia y autoridad en los bienes de los súbditos, no por eso se ha de servir dellos con el dominio que tiene sobre sus mismas propiedades, sino valerse a tiempo, por el bien y utilidad de la República. Homero introduciendo la persona de Aquiles, para ultrajar con graves injurias a Agamenón, contra quien se hallaba por extremo airado, le hace llamar Devorador del pueblo. Al contrario, queriendo en otra parte loar al Rey, le intitula pastor de pueblos. Marco Antonio hallándose en Asia, impuso los tributos en un año dos veces, a fin de suplir más cómodamente a sus inmoderados gastos. Convocáronse los pueblos, y habiendo elegido a Ibrea, para que en nombre de todos se lamentase, no rehusó la embajada; antes llegado a su presencia, le dijo con notable determinación: Si quieres tener facultad de imponerlos en un año solo doblados tributos, es de necesidad la tengas también para darnos dos Estíos, y dos Otoños, a fin podamos tener dos cosechas, y dos vendimias. Asia te ha pagado docientos mil talentos (serán éstos ciento y veinte millones) si esta suma ha entrado, o no en tus cofres, pide la cuenta a los que la recibieron; mas si se cobró, y ya está toda gastada, sabe que nos hallamos del todo deshechos y perdidos. Con este libre modo de hablar, quitó a los suyos el daño del servicio extraordinario; y a Marco Antonio hizo más advertido en la satisfacción, manejo, y cuenta de sus ministros.



Son éstos la total perdición de la Real hacienda, pues olvidando su aumento y utilidad; sólo tratan de la propia suya, cometiendo para conseguirla continuamente robos, y cohechos. Debríanse inquirir estas fraudes con vigilantes ojos, y castigar con exquisito rigor. Desta demostración resultaría tan gran beneficio al Príncipe, como si de sus Reinos despidiera las máquinas de extranjeros, que es lo hasta donde puede llegar el mayor encarecimiento. No fuera menor el bien de sus vasallos, con cuya flaqueza no engordarían las aves de tan pésimas plumas. Vemos abundar de galas, regalos, casas y juros, a cuantos se ocupan en administración de papeles, acumulando todos los días mayores facultades, sin que por ningún modo llegue el de su tan necesario castigo. Gran cuidado pues es justo tenga el Rey, de la sangre y sustancia del cuerpo de quien es cabeza; porque no le halle sin ella cuando menester. Evite todas ocasiones de sangrías, y sobre todo que no la chupen tan viles zánganos.

Mas volviendo a los tributos, Ezequiel exclama contra los Príncipes que con gravezas devoran las sustancias de los pueblos. Dice Apolonio, ser más vil que el hierro el oro que con tiranía se consigue de los vasallos, por ser bañado de sus miserables lágrimas. Pertenece mucho más (advirtió Artajerjes) a la real Majestad, el dar que el recibir, el vestir que el desnudar. Darío, habiendo llamado todos los Gobernadores de las provincias a él sujetas, se informó entre otras cosas, de si eran excesivas las contribuciones; y habiéndole respondido parecerles moderadas, mandó se cobrase dellas sólo la mitad. Fundose, y lo expresó así, en juzgar por más rico tesoro la benevolencia de los súbditos, que cuantos montes de oro podía juntar. Para las guerras de Francia contra herejes, escribe un moderno, se dio al santísimo Pontífice Pío V un subsidio caritativo de treientos mil ducados. Cien mil ofrecieron los nobles, cien mil el clero, y Roma otros cien mil. Juntaba su Ciudad su cantidad de sisas, puestas sobre el vino de la tierra, vilísimo, y en particular sustento de la gente plebeya. Pareciendo a Pío, lo pagaba quien menos podía, ofreció perdón de la oferta, porque no se sacase del sudor de los miserables. Visto por el Senado, dio orden de repartirlo entre los caudalosos. Huía de dejar mal ejemplo, ni ocasión de vejar al pueblo con imponer tributos. Alegaba, que aunque fuesen temporarios, y para ocasión cierta, la codicia de los señores los perpetuaba. Casi semejante a éste, es aquel memorable ejemplo del santo Luis Nono, en Francia, primero introductor de particular talla. La forma y título fue de subsidio necesario durante la guerra contra infieles. Jamás por su orden se hizo estrecha cobranza; antes la remitió siempre a la voluntad de los agravados. Volviéndose después a Filipo, su primogénito y sucesor, puso tales palabras en su testamento: Sé devoto en el servicio de Dios. Ten corazón piadoso y caritativo para con los pobres; y consuélalos con beneficios. Observa las buenas leyes de tu Reino. No admitas socorros de tus súbditos, si urgente necesidad, y evidente provecho no te forzare, y por justa causa: voluntariamente jamás, porque si lo hicieres de otra suerte, serás tenido no por Rey, sino por tirano.

Aunque la liberalidad es digno ornamento de todo varón, resplandece sobremanera en el Príncipe, y le ocasiona singularísimo decoro. El oficio de buen Rey, dijo Sócrates, consiste en hacer con dones amigos de los enemigos, mostrándoseles magnífico y espléndido. Vigilantísimo le debe tener la distribución de cargos. Antepuestos a todos han de ser los de mayores virtudes y servicios. No le inclinen y trastornen hombres nuevos, inútiles y sospechosos por la mayor parte. Suélese poner mucha diferencia entre el

premio y beneficio, ya que el premio se da por mérito, el beneficio por gracia. Es escusado apuntar, haya de ser verdadero, y observante de lo que dijere, si es costumbre dar más crédito a su simple palabra, que al juramento de otro. La fe que prometiére ha de ser inviolable y sagrada. Tiénese por fundamento y apoyo de la justicia, sobre que estriba el estado de los grandes. No le canse, ni moleste el oír lo que importa, advertido con la sentencia de Teopompo. Preguntado este Rey de Esparta, cómo podía el que lo era conservar seguramente su Reino. Con dar libertad (respondió) a sus amigos para que sin temor le digan verdades. De sus familiares debe el Monarca tomar parecer en las dudas, para gobernar su estado con más acierto. Tócale pensar maduramente sobre las opiniones de todos, y con prudencia hacer juicio y elección de la más cuerda. No ha de tener por mejores criados los que alaban cuanto hace y dice; mas sí bien a los que con modestia advierten sus yerros. Distinga con discreción los que astutamente le adulan, de los que con afición le aman y sirven; porque no tengan mayor crédito cerca de su persona los fingidos y malos, que los leales y buenos. Es importante pues, poner todo cuidado en informarse bien de las calidades de sus domésticos, de quien ha de andar ceñido continuamente. De ordinario apetece los necios sus semejantes. Hállase entre la ignorancia, y sabiduría, grande aversión; por eso le juzgarán del color que tuvieren los con quien practicare. Osiris Rey de Egipto traía por empresa un cetro, tratando como a rostro su extremidad, adornada con un ojo. Denotaba con esto, consistir la Real sabiduría, en guiar al que no ve, en enseñar al que no sabe, en mandar al que rehúsa obedecer. Es su más digna ocupación, no someterse a sus placeres, sino reprimir más que los súbditos los propios afectos. No ha de perder jamás la memoria de quien es, porque como tal no ose hacer cosa indigna; antes procure perpetuar su nombre con acciones generosas y magnánimas. Si los hombres particulares, nacidos a la virtud, no rehúsan morir por adquirir honor, es justo se empleen los más señalados en obras, por quien se hagan honrar, estimar y temer en vida, dejando después de muertos glorioso esplendor de sí. Pertenece al Príncipe ser belicoso, y bien inteligente del arte militar: mas sobre esto se discurrirá con más estensión en otra parte propia de tal materia.

Vede, y quite de su estado toda semilla de civil discordia. Ésta interviene casi nunca en España, por su indecible lealtad, y respeto a la justicia, mas sucediendo, solicite la paz y quietud de sus pueblos, con la intervención de su autoridad, y con la prudente dulzura de su proceder. Requiere en su ánimo, osadía para emprender grandes cosas, modestia en la prosperidad; en la adversidad constancia.

En suma le toca gobernarse de tal suerte, que en él hallen qué imitar los súbditos, y qué loar los estraños. Dos asuntos he pretermitido de propósito por comunes a diversas plumas; uno la institución del Príncipe en las buenas costumbres, y otro del consejo, y consejeros de estado. Todo cuanto se puede decir juntaron sus autores en semejantes tratados; y así superfluo el trasladarlos aquí. Sólo por sello de materias tan graves, quiero tocar como de paso las causas que hacen mudar, y corromper todo imperio.

Mientras la enfermedad se ocultare, sin duda será imposible remediarla el médico, causa de ser forzoso carezca el indispuerto de salud. La misma regla corre en estados y monarquías al padecer mudanzas. Las ocasiones suelen ser diversas, y bien conocidas de expertos Príncipes y Gobernadores. Débense pues oviar tan perniciosos males con

prudencia y razón. La división entre los súbditos del mismo señor, procede las más veces de la mala satisfacción que algunos reciben. Ésta nace de injurias, o menosprecios; y también del deseo de evitar fuertes calamidades. El ocio, la pobreza y necesidad producen por el consiguiente bien a menudo alteraciones; y más en Reino donde se tiene por general profesión la de las armas. Al más débil y pequeño principio en cualquier cosa, hace grande con presteza la continuación y perseverancia. Todo mal recién nacido (dice Cicerón) pierde curso, si se obsta con impedimento; mas envejecido, hácese más firme y difícil. Si en la primer apariencia se pone la mano delante y se remedia, resultará mucho menor el daño, aunque nazca de la corrupción natural que asiste en todo. En las cosas inanimadas también, no se deja de ver tal peligro; la lombriz en el grano, la carcoma en el madero, en el hierro el orín, sirva de ejemplo. Pues como el buen Médico, si sucede ser súbitamente asaltado el enfermo de violento dolor, trata en particular de mitigarle; y después aplica los remedios a las causas de la enfermedad: así el sabio Príncipe debe prevenir en cuanto alcanzare, las mutaciones ordinarias en todos estados, que pueden sobrevenir, o por fuerza exterior, o por interiores males. Éstos, luego que tuvieren principio ha de sosegar en todas maneras: después conocer las causas de las comociones, y remediarlas convenientemente. Claro es ser principio de todo oportuno socorro para impedir con destreza lo que puede ocasionar daño, o para enfrenarle ya sucedido, el conocer la causa de quien depende el efeto. Los males previstos (dice el Poeta) no dañan tanto, cuanto los no pensados. Por corta luz que se tenga en la condición de las cosas humanas, cesará la duda de que en llegando al colmo de su perfección, ha de ser forzoso declinar. Su ruina puede proceder de enemigos, cuando se juzgare el estado más durable y con mayor firmeza. También hallándose envejecido por larga continuación de edades, recibe fin de lo interior de sus propios menoscabos. O por otra cualquier razón oculta, vuelto grave a sí mismo, cae a plomo de su grandeza impensadamente.

A todas las cosas proponen los Filósofos cuatro causas principales, esto es, eficiente, material, formal, final. La eficiente de las sediciones, se divide en dos; una próxima, otra lejana. La próxima consiste en los autores, con cuyo consejo, guía, y ayuda se promueven, y reciben cumplimiento. Débese entender la lejana de los accidentes que provocan a mover alborotos, de que ahora se tratará principalmente. La materia de las alteraciones está en los contra quien son promovidas, y ejecutadas: de quien algunos son superiores, como Príncipes, otros inferiores como súbditos. La forma de la sedición, es como si dijésemos, el ímpetu del pueblo, ruidos, muertes, guerras civiles, etc. Si se comete de parte de los súbditos contra los señores, llamarase rebelión; facción si pasa entre iguales. El fin desta será por el que fuere introducida. Cuatro fines pone Aristóteles, valor, honor, y sus dos contrarios, daño y deshonor. Con esperanza de los primeros, o con temor de los últimos, mezclan los hombres discordias, y se alteran, deseando lo uno, y huyendo lo otro. Entre las causas que los mueve a murmurar, y a incitarse, sin duda la más principal, es la avaricia de quien gobierna. Ésta hace imponer pesos tan graves, que sin poderlos satisfacer los regidos, pierden el sufrimiento y fidelidad. Convertida la paciencia en furor, se arrojan a imitar a los que por la misma causa (según refiere la Escritura) desampararon a Roboán. El consorcio civil se instituyó para que bajo de buenos Regentes puedan conservar sus haciendas los hombres. Así los que poseen estados, deben principalmente proveer, no sólo se distribuyan y empleen los bienes públicos, según la necesidad, y provecho común, sino que también los particulares sean

conservados a cada uno. Bienes públicos son rentas de señoríos, Reinos, Imperios, tributos, socorros, confiscaciones, derechos y tales imposturas, introducidas para la pública necesidad. En ella se comete avaricia (esto es injuriosa codicia de lo ajeno) cuando tales dineros son aplicados por quien los maneja, antes al uso privado, que al público. Cométese también en los bienes particulares, cuando son despojados de los suyos los más pobres de los más ricos. Sufren con grandísima dificultad los pueblos semejante usurpación, por verse por la mayor parte opresos de los que debrían ser socorridos, esto es, de los más poderosos. Llenas están las historias de mudanzas, sediciones y ruinas de Repúblicas, por tales causas de avaricia. Ésta ejercitada por los más principales Suiceros, hizo alterar los Cantones, librándose de tan pesada servitud. Joel y Abías, hijos de Samuel, jueces de los Israelitas, de tal forma supeditaron aquel pueblo con la codicia, que le forzaron a pedir Rey, con que se les quitó el gobierno.

La segunda causa que destruye las Repúblicas, es la ambición. Promuévense levantamientos cuando los indignos son adelantados y preferidos a los más capaces. Conviene pues en la distribución de cargos públicos, de premios y honras, tener consideración a la calidad y suficiencia de las personas. Siempre deben ser excluidos los deméritos, y los dignos antepuestos, para que la virtud abra la puerta a las honras, no el favor, no el dinero. La tercera causa que del todo aniquila las Monarquías, es la injuria. Sucede cuando los que tienen la suprema autoridad con demasiada insolencia ofenden las personas particulares. El Reino (dice el Sabio) se trasporta de una en otra gente por los agravios de los superiores. Marcio Coriolano, desterrado injustamente de su patria, conquistó con las armas gran parte del dominio Romano. Quemó su territorio casi hasta las puertas de la Ciudad; y puso en tal calamidad su estado, que estuvo en punto de perderse del todo, si el llanto y ruegos de la madre, y otras matronas no le retiraran. A Quíldirico Rey de Francia, y a su mujer cercana al parto, mató Bodilo, a quien había hecho azotar ligado a un madero. También fue muerto Justino Emperador por Atilio, General de su ejército, porque le mató a un hijo, y violó a su mujer, con intento de infamarlo.

Tal vez el miedo es por el consiguiente causa de mudanza y peligro a la República. Esto cuando los culpados y convencidos de crímenes hacen sedición, y se rebelan contra los Magistrados, por prevenir y evitar el castigo de sus culpas. Así Catilina sintiéndose agravado de muchas maldades, por temor de los juicios conspiró contra la patria, favorecido de Léntulo, Cetego, y de muchos sacrílegos, homicidas, deudores, y otros delincuentes, que por sus excesos temían los tribunales. Ni se debe dudar, aman los malos más poner en trabajo y ruina cualquier estado, que exponer su vida y bienes a algún peligro. En todo acontecimiento tienen delante los ojos la misma resolución de Catilina, que propuso apagar con sangre pública en vez de agua, el fuego encendido en su habitación. Una de las causas porque César se movió a tiranizar la patria, fue las amenazas de sus enemigos, sobre que le habían de hacer dar cuenta de su administración en viéndole fuera de sus cargos. El exceso de autoridad, de riquezas, y amistades, produce también indecibles riesgos a toda suerte de policía. El desmedido poder corrompe los ánimos, sufriendose malamente la prosperidad de quien pretende alzarse con todo. Esta razón hizo introducir entre Atenieses el Ostracismo. Era éste un destierro por tiempo limitado, en que condenaban a quien juzgaban excedía a los demás en

grandeza. Refiere Plutarco, haberse puesto esta orden en ejecución con Temístocles, Arístides, y otros excelentes hombres, por recelo no adquiriesen con su autoridad, crédito, y benevolencia, potencia de Monarcas, y fuesen ocasión de mudanza a su gobierno popular. Perecieron muchos Reyes y Príncipes por haber hecho demasiado grandes a algunos de sus amigos y criados. Por la mano que dieron Tiberio a Seyano, Cómodo a Perenio, Teodosio II a Eutropio, Justiniano a Belisario, a Artabano Jerjes, vieron sus estados, y vidas en grande riesgo, y algunos perdieron uno y otro. La crecida autoridad de los maestros del Palacio y Condestables; hizo mudar la Corona de Francia, de la estirpe de Clodoveo, en la de Carlos Martel, siendo por el propio respeto quitada a este linaje, y transferida a otro. Asimismo es el desprecio, no leve motivo de alteraciones. Considerase en dos maneras, de parte del superior para con el súbdito; no admitiéndole a premios, dignidades, y honras; o sea de parte del súbdito para con el superior, por juzgarle incapaz, ignorante, y para poco. Deniega éste la obediencia (basa fundamental del Imperio) debida a cualquier Príncipe jurado (como se apuntó arriba) no menos que la del hijo al padre, de la mujer al marido, del discípulo al maestro, del esclavo al señor. Es cierto, alimenta el deseo de obedecer al Regente la opinión que acerca de todos alcanza en razón de su prudencia, justicia, constancia, voluntad, y otras virtudes; del modo que las cosas contrarias provocan a dividirse y alterarse.

Es sobremanera dañoso, domesticarse los Príncipes con sus inferiores, o con los que de humilde estado colocaron en sublime. Corren a su centro siempre los sujetos bajos. La improvisa eminencia los turba, haciéndoles cometer su hinchazón, y soberbia desusados géneros de maldades. Estrema desdicha que aborrezcan lo principal por lo acesorio. Malquistó el buen Príncipe, por lo que obra el mal ministro. Elíjanse pues, ya que tanto importa, instrumentos oportunos, varones virtuosos. Sean los electos para arcaduces de premios y gracias, castizos, nobles, amables; no los que propusiere la engañosa afición, no los que adelantare el inconsiderado antojo.

Viéndose los Grandes de Francia menospreciados de Luis onceno, que sólo favorecía y tenía cerca de sí gente de baja condición, le asaltaron como enemigos. Fue la batalla reñida con gran peligro del estado y vida del Rey, mas asegurolo todo su prudencia y disimulo, aplacando con blandura la indignación de los señores. Por experiencia conocieron ya no pocos privados ser su total perdición el excesivo aumento exterior, odioso a toda comunidad. Así como el cuerpo está compuesto de partes que deben crecer proporcionadamente, para que se conserve la Simetría, tal hallándose la República, formada de estados diversos deben los mismos ser conservados en concordia por debida conveniencia de uno con otro, puesto que el exceso y demasía entre sí engendra siempre disensión. Mientras Roma, contrapesó proporcionadamente las tres órdenes de sus estados Patricios, Caballeros, y populares, fue su policía floreciendo: mas después que el uno por invidia, ambición, y avaricia, se puso a contender con el otro, comenzaron a brotar y crecer las divisiones y parcialidades. De aquí es haber encomendado mucho la igualdad, intitulándola madre y alimentadora de la paz y benevolencia entre los súbditos. Al opósito llamaron a la desigualdad, origen de enemistades, facciones, bandos, y odios. Mas conveniendo a toda bien ordenada comunidad, la diferencia de dignidades y prerrogativas, se dirá ser su igualdad bien observada, cuando se proveyere con diligencia, no sobrepuje un estado con demasía al otro, porque no le oprima y supedite.

La negligencia también ocasiona mudanza y tumulto. Considérase ésta de dos modos; uno de parte del que elige indignos para lugares públicos, en que dan mala satisfacción, por no ser hábiles. Otro de la diversión de los que ocupan tales puestos, como sus enemigos y contrarios. ¡Oh cuántos inconvenientes se siguen de juntar escuadrones de mal despachados y descontentos! Conviene desamparar al punto el cargo, o administrándole satisfacer a todos, siquiera con buenas palabras. Descuidos grandes en obligaciones precisas son del todo insufribles. Desto notan a muchos Prelados, que faltando al principal deber de sus Iglesias, se entran perdidamente a negocios seculares, con notable escándalo y daño de sus feligreses. ¿Es posible, no se ha de poner jamás límite al ambicioso deseo? ¿Nunca ha de cesar la pretensión? Gentil amante el que con tanta facilidad repudia y desampara su esposa. Varón quizá criado con legumbres y el pescado más humilde, conténtate con seis, diez, veinte, o treinta mil ducados de renta. Trátate honrosamente. Come bien y entrega lo demás a los menores de quien eres mayordomo, a las medallas de Cristo, a sus pobres.

Muchas Provincias pues alborotaron las negligencias de vida y administración déstos y otros tales, alterando con su mal proceder los ánimos más detenidos. También la disimilitud suele dar ocasión de mudanza en la República. Interviene cuando los moradores de un lugar no vienen a ser de un mismo género. Por ejemplo si los últimamente recibidos en una ciudad, conociéndose más numerosos y gallardos se alzan, y expelen los naturales, como según dice Aristóteles, les sucedió a muchas ciudades Griegas. En Siena, en Génova, Zuric, y Colonia, habiéndose multiplicado con demasía los forasteros, viéndose cargados de insoportables imposiciones, y juntamente maltratados, sin tener parte en las dignidades, echaron los señores, con muerte de muchos. Lindave, tras haber muerto los magnates, mudó la Aristocracia en estado popular. Los de Estamborg, pasaron más adelante, puesto que en despecho de los nobles, no permiten pueda ascender a Magistrado sublime, o cargo público, si primero no justificare haber sido villano su abuelo. Estos ejemplos incitan a que los nativos originarios procuren por instantes humillar los advenedizos, cuando los veen multiplicar con extremo. Estilo semejante se puede notar más bien en la ciudad de Ginebra, donde habiéndose retirado muchos de varias naciones, por vivir en la libertad de la carne, y depravadamente, jamás han sido del todo afectos a los naturales, ni ha podido aplacar los íntimos odios la utilidad grande que de su concurso se le ha seguido, haciéndola de pobre y poco habitada, populosa y rica. Antes han suscitado muchas conspiraciones contra ellos, a fin de darles muerte, o privarlos de su comunicación. Viendo Faraón (combatido de recelo igual) multiplicar los Hebreos entre los suyos, ordenó por edito, matasen las matronas en naciendo los que fuesen varones. Por esta causa se puede juzgar acertadísima la expulsión de los moriscos de España, sospechosos de cualquier daño por su crecida cantidad. Débese pues en la admisión de los extranjeros vivir alerta, cuanto al número y cuanto a la autoridad; no sea humor superfluo y redundante, que ahogue el cuerpo de la República.

Hállanse otras muchas especies de disimilitud como las que se derivan de ciencias liberales, y artes mecánicas, mercancías y otras deste género, sin quien no hay ciudad, o provincia que pueda florecer: tan imposible es quitarlas; mas con todo se debe evitar el desorden que de las mismas puede nacer. Cordura es, reducirla a debida conveniencia con

el modo que tienen las partes diversas, conocidas en la construcción del mundo, y del hombre. No es pequeña disimilitud también, la diferencia entre las Religiones, por cuya diversidad tienen de ordinario origen las mayores guerras: ya que por su celo se combate con más ardor que por la patria, vida, hacienda, hijos y mujer. Por esta contrariedad pierden los parientes más cercanos el natural amor. Persíguense los de una misma patria, y lengua, como enemigos mortales, y se miran con horror diversas naciones. Partícipe de muchas calamidades ha sido Francia por tales respetos, habiendo ocasionado los diferentes pareceres de Religión, sus mayores guerras civiles, sin que apenas les pudiesen servir de freno ejércitos numerosos, cuanto más la autoridad de leyes y Magistrados.

No se puede negar con todo, ser importantísimos remedios de semejantes alteraciones la vigilancia y sabiduría. Dio ésta (afirma Lactancio) Dios a cada uno, para que, según su ingenio y facultad, pueda investigar las cosas no alcanzadas, y examinar las ya entendidas. Ni se debe juzgar la hazaña de manera ocupado toda nuestros predecesores, que se halle retirada su virtud a más estrechos límites para con nosotros. Sábese ya ser tan inocuable como el resplandor y claridad: y no se ignora que así como el Sol es la luz de los ojos, así la sabiduría es el sol del corazón humano. Amadla pues, dice el Sabio, los que apetecéis cetros, los que anheláis por sentaros en tronos, los que deseáis mandar a los pueblos. Y es cierta provisión conveniente a los que quieren reinar, para ejercitar dignamente, y mantener con seguridad su estado, siendo no menos necesaria a todas vocaciones. Con ella se ilustra y afina el discurso de la razón, con que dando a conocer las cosas, regla y conduce la voluntad al verdadero y solo bien. Los propios modos de hacer florecer y durar larga y felizmente toda Monarquía, son, el contentarse cualquiera con su fortuna y bienes: el abstenerse de lo ajeno, y de hacer injurias: y sobre todo, el atender siempre a obrar bien.

Aquel grande amador de la ciencia y virtud Tolomeo Rey de Egipto, discurriendo por divertirse un día con siete Embajadores de las más floridas Repúblicas de su tiempo, quiso fuese introducida la materia de gobierno. Sobre ella se altercó largamente, mas al cabo deseando el Rey, declarase cada uno su opinión, sobre cuál fuese más acertado, pidió refiriese cualquiera tres costumbres, o tres leyes de las más perfectas de su estado. Fue el primero el de Roma, que dijo: Nosotros tenemos los templos en gran veneración: obedecemos con grande puntualidad a nuestros gobernadores, y castigamos con rigor a los delincuentes. El de Cartago apuntó: En nuestra República los nobles no cesan de combatir: los mecánicos de trabajar, y de enseñar los Filósofos. Declaró el de Sicilia: En mi patria se observa la justicia enteramente: negóciase con verdad, y todos se tratan como iguales. Tras éstos publicó el de Rodas: Los ancianos de mi ciudad son honestos: los mancebos vergonzosos: las mujeres retiradas y de palabras pocas. Divulgó el de Atenas: En nuestra República, no se consienten sean los ricos parciales; los pobres ociosos: los que gobiernan ignorantes. El de Lacedemonia propuso: En Esparta no hay envidia, porque todos son iguales: ni avaricia, por ser todos los bienes comunes: ni ocio porque todos trabajan. Entre los nuestros (dijo el Embajador de los Sicionios) no se permiten viajes, porque al volver no traigan los ciudadanos cosas nuevas: médicos que puedan matarlos sanos; ni abogados, o vocingleros que defiendan y litigios.

Si todo esto pues concurriese junto en un estado, no dudo se conservaría largo tiempo en grandeza y felicidad, quedando troncadas del todo las causas de toda sedición. El doctísimo Poeta Horacio, conociendo ser la inquietud de los hombres fuente y origen de todos vicios, comenzó con notable razón sus sátiras (antes útiles sermones) de los que jamás llegan a verse contentos. ¿Qué maldad podrá haber que no tenga raíz y fundamento sobre una codicia insaciable? Todas es cierto concurren en quien no halla contento ni quietud en cualquier estado, o condición, constituyendo su fin, no en lo que tiene, sino sólo en lo que pretende tener. Esta apetencia incurable comete robos, perpetra homicidios, ejercita traiciones, levanta guerras, produce cismas, retarda reformaciones, disimula abusos, alimenta ignorancias. Su poseedor pide con iniquidad, recibe indebidamente; disuelve pactos, rompe palabras, pervierte juicios, y finalmente confunde toda razón. ¡Oh vicio detestable, fuego inextinguible, piélago sin fondo, cuán asido te vemos en los sujetos más cercanos a la sepultura, en las carnes más arrugadas y más rancios huesos! Hombre ¿a qué engaño aspiras? ¿Por ventura podrá añadir un hora a tu vida cuantos montes de tesoros puedes acumular? Abre los ojos pues, mortal, caduco, perecedero.

Gran beneficio resulta al público estado del conservar cada uno lo que le dio el cielo, contentándose con la mediocridad, en que está librado el seguro contra el peligro de los extremos. Muchos Príncipes deseosos de estender injustamente sus confines, y de conquistar nuevos dominios, perdieron no pocas veces, o por lo menos disminuyeron los suyos, con terribles calamidades de sus pueblos. También cuando se halla haber puesto en manos de avaros ministros Gobiernos y Magistrados, se han deshecho, o a bien librar perturbado. Por tanto dijo Jetro, a Moisés: Elige entre todo el pueblo hombres virtuosos, temerosos de Dios, verdaderos, que aborrezcan la avaricia: y éstos constituye Príncipes sobre los demás. Tiberio, conociendo inclinarse la naturaleza de los suyos sólo a su propia utilidad, tenía por costumbre mudar tardísimo, o nunca los que gobernaban. Afirmaba ponían todo su ingenio en robar al doble los que se vían vecinos al fin de sus cargos; y lo mismo los que en los tales entraban de nuevo. Solamente los ya del todo enriquecidos tienen por lo menos alguna causa (si bien mal considerada siempre de todos) de cesar de los hurtos y extorsiones; dando tal vez lugar al pueblo para tomar aliento y respirar. El modo que usaba Aurelio Severo era sin duda mucho más loable. Hacía cuando quería enviar Gobernadores a las provincias publicasen sus nombres muchos días antes. Era su disinio, si se supiese dellos alguna cosa digna de reprehensión, llegase a su noticia, por no cometer error. Honraba a los que le proponían verdad, y castigaba severamente a falsos relatores. Por el consiguiente, daba a los en quien hacía las provisiones, oro, plata, servitud, y todo lo necesario; para que durante sus puestos, no les constriñese la necesidad a cometer injusticia, o extorsión.

La modestia de los Magistrados en el mandar sirve también de buen remedio para retener los súbditos en su deber. Principalmente cuando se añade a los mandatos cierta agradable persuasión, fundada sobre vivas razones, y demostraciones verdaderas. Muéstrase con ellas, querer antes instituir los pueblos en las cosas tocantes a lo justo y honesto, que traerlos por rigor a la obediencia. Tú dispondrás bonísimamente tu Reinado (dijo uno de los intérpretes a Tolomeo) si imitando la benignidad de Dios, te valieres en todo de paciencia y consideración.



A los Reinos que por lejanos carecen de la presencia Real, importaría muchísimo enviar lugartenientes de conocida virtud. Vendría a ser suma desdicha se apoderasen de tres grandes Reinos que posee la Monarquía Española; Nápoles, Pirú, y México, cada seis años seis hombres, tres Virreyes, con tres Secretarios, y que éstos fuesen en superlativo grado codiciosos. La opulencia de los tres es grande, la jurisdicción estendida, la autoridad suprema (por ser casi imposible emprender recursos tan distantes) síguese tendrá bien espacioso campo de obrar como quisiere una ganosa avaricia. Mercadería es en que ninguno se pierde: felices si los que envían cumpliesen con su obligación. De creer es que ni mienten, ni roban, ni engañan. Que ninguno defrauda el servicio Real, ni veja los vasallos a su albedrío cometidos. Así, no tienen ocasión de clamar a su Rey, por verse de continuo bien gobernados con aumento de quietud y riquezas. Lástima sería estuviesen en manos de los que no fuesen varones cuerdos, Cristianos y prudentes, tantas vidas, tantas honras, tantas haciendas. Los deseos más insaciables podrían dejar satisfechos los copiosos bienes que mete en casa todos los días el que rige el Reino Napolitano. Las tratas o sacas de varios bastimentos, ¿qué tesoros no le rinden, qué utilidad no le resulta del dinero aplicado a gastos secretos, donde sólo sirve de cuenta su palabra? Si en el despacho de comunes vituallas no admite escrúpulos la conciencia, granjea tan excesiva cantidad, que no la osa apuntar la pluma, recelosa de corto crédito. Dejo los corsos, las provisiones de oficios y gracias, que ni aquéllos son útiles, ni éstas vendibles. Hácese poco caso allí de escudos que entran con limitados millares. Los manejos son grandes, y así sólo se trata de grandes aprovechamientos, excluidas menudencias, que ha muchos hicieran riquísimos. ¡Válgame Dios! ¿qué es ver tanto aparato, tanta sumisión y acompañamiento, deseando todos agrandar a quien con poder sin límite, hace ley de su gusto? Atropella cuando quiere los Magistrados, y lo que no negocia por su consulta, despacha por su escritorio a título de Capitán General. Por este camino vienen a ser un Virrey y un Secretario, Regentes universales y absolutos poseores de cuanto comprehende aquella feliz provincia, aquel terrestre paraíso.

Halla Aristóteles, no haber sido acertado en Lacedemonia, fuese perpetua la potencia de los Senadores, y que solos ellos viviesen esentos de corrección; ya que pudiendo errar como hombres, era justo se hallase quien tomase cuenta de sus acciones. Así a su perpetuidad llamó eslabón con que se enciende en la República el fuego de las sediciones. A este parecer se oponen, sin Platón, una escuadra de Políticos, no faltando argumentos y razones por ambas partes. La verdad es, que así como los estados contrarios se deben gobernar con modos opuestos, es también necesario, se halle en la Monarquía de todo; oficios perpetuos y temporarios. Para tenerlos en freno, se suelen introducir las visitas, cuando intervienen quejas, y se conoce ser menester, que a ejercitarse con el rigor conveniente, vivirían todos alerta, como inciertos del día en que se les había de pedir cuenta y razón.

En otro lugar se apuntó, ser medio de gran quietud la igual proporción y medida de todas las partes del cuerpo político, distribuida según los grados y méritos de las personas. Porque si bien el Teólogo, el Jurisconsulto, el Capitán, el Senador, el Feudatario, son diferentes de estados, entre sí, deben todavía ser iguales con cierta conveniencia; no en los oficios que tienen (que esto no puede ser) sino en su proporcionada similitud; de modo que cada uno haga su oficio sin impedirle los otros. Por eso dijo Platón, ser bueno

el estado público, si se halla instituido según la proporción geométrica, de quien pende todo lo bueno que se hace. Si el Rey concede las Presidencias a varones sabios, amadores de la justicia, y del sosiego público; los Virreynados a Titulares, inteligentes y expertos en milicia y negocios de estado; el gobierno de las Iglesias a Teólogos de buenas vidas y santas costumbres, las Judicaturas a Letrados de crédito, ciencia y bondad, el cargo de la hacienda a sujetos de rectitud y confianza: si en esta forma tiene cada uno el lugar perteneciente a su cargo, y lo ejercita sin empacharse en más (no reciba trabajo la conveniencia pública) sin duda hará tal orden entre disímiles una armónica igualdad. Esta es de dos suertes, de cantidad, y de proporción. Igualdad de cantidad se requiere en la justicia conmutativa, para que cada uno solamente reciba lo que se le debe, y quede contento. La de proporción se pide en la justicia distributiva, y en el mérito respeto del galardón. Esta igualdad (dice Platón) distribuye a los más excelentes en virtud y disciplina, las mayores dignidades; y a los inferiores las menores, compartiendo a unos y otros lo que por razón les conviene. El proveer con tiempo a todo mal, por pequeño que sea, juzga Aristóteles oportuno medio de pacífica conservación. Puesto que como de mínima centella procede tal vez fuego grandísimo; así de pequeños insultos suelen resultar a la República increíbles trabajos. Por la mayor parte las sediciones y guerras civiles tienen origen de causas ligeras; como las grandes lluvias y tempestades se causan de exhalaciones y vapores insensibles. Alega asimismo por importante al común sosiego, se porten modestamente los constituidos en Magistrados, sin que el desvanecimiento les haga romper los límites de razón y compostura. Sin causa pretende adoración un ministro, de quien siendo bien nacido vive como debe. Justísimo es el respeto que se les tiene, cuando no por ellos, por la dignidad que representan; mas es acto de tiranía atropellar sin delinquir a los buenos. Si las injurias y descortesías se vituperan en los sujetos más ínfimos, ¿de cuánta mayor culpa serán en los mayores, y que deben ser dechados de toda cortesía y urbanidad? Usan por antiquísimo estilo los tribunales de Francia, Italia, Inglaterra, y Alemania, no decir por algún caso palabra afrentosa a los reos, ni los jueces hacer las partes del Fisco, pienso se debería observar lo mismo en los de España.

Los bandos seguidos más ahora que en otra edad, alborotaban también mucho el reposo común. ¿Qué atroces muertes no causaron los Güelfos y Gebelinos de Italia, pudiéndose formar de sus parcialidades y séguitos ejércitos numerosos? Tampoco careció dellos España fomentados con ligas de los mayores, con que se vio muchas veces en peligros grandes. Ponen los Príncipes singular diligencia en sosegar tales tumultos, reconociéndolos del todo opuestos a la tranquilidad de sus estados. Por eso suelen componer las enemistades y disgustos de los vasallos, procurando reciban satisfacción conveniente los que tienen justa causa de querellarse. Todos aprueban por necesario sobremana el pronto castigo de los rebeldes, como uno de los modos más principales para conservar reinos. Este punto requiere singular discreción, debiéndose seguir el consejo de Hipócrates, en no aplicar medicinas a las enfermedades incurables. Esto es, cuando todo el pueblo, o la mayor parte se halla culpado, castigar a todos, sería querer arruinar el cuerpo entero de la República. Habiéndose pues, de perdonar a la muchedumbre, conviene entresacar las cabezas que incitaron la rebelión (no faltando jamás tales espuelas) y demostrar a los demás, ser justo medir la pena con la culpa, para que en lo por venir reciba escarmiento su temeridad.

No será fuera de propósito, apuntar también los cinco requisitos que se desean en toda República: ser fielmente amada, varonilmente defendida; hermoseada con nobleza; ordenada para utilidad, y gobernada con prudencia. El amor del lugar originario es natural en todos. Hasta los brutos (dice Casiodoro) aman los bosques, los pájaros el aire, los peces el agua, los hombres el lugar de su nacimiento. Quien se inclina (advierde Aristóteles) más a su particular provecho que al del público, pierde el nombre de buen ciudadano, y falta al amor que aun las fieras reconocen a la patria: tanto deben dedicar así pequeños como grandes, todo lo que tienen de bueno a su aumento y servicio. Tócales defenderla con fortaleza heroica de las invasiones de extranjeros, hasta perder la vida por su ciudad, amando como Curcio morir animosamente por muchos. El ornamento de la República consiste en la nobleza. Por la mayor parte son los caballeros de más honestas costumbres y mayor policía, que plebeyos y mecánicos, por ser desde su infancia instructos cortesantemente. Críanse entre hombres de honor, siempre con altos pensamientos. Es propio de su generoso corazón ser invencible al resistir, grande al usar liberalidad, osado al efetuar disinios, humano al perdonar. Estas gracias y virtudes no se hallan fácilmente entre hombres de vil condición, sino entre los que se derivan de buena y antigua sangre. Por eso había en Roma una ley, llamada Prosapia (esto es de linaje) por quien se ordenaba, consiguiesen el Consulado los decendientes de Fulvios, Torcatos y Fabricios, la vez que naciese alguna diferencia en el Senado sobre la elección de Cónsules. Y los que se originaban de Licurgo en Lacedemonia, de Catón en Útica, de Tucídides en Galacia, no sólo eran privilegiados en sus provincias, sino también con extremo honrados de todas naciones. Mucho se requiere en la República el buen orden, puesto que sin él viene a ser confusión toda comunidad. Éste se aprende de la buena disposición de cuanto se mira en el universo, en que la sabiduría del Criador dispuso todas las cosas divinas y humanas con orden maravilloso.

Finalmente, es de advertir ser Señorío, Reino, Dominio y Potenciaantes palabras Étnicas que Cristianas. En rigor el Imperio Católico no es más que una justa administración, un recto aviso, un seguro medio de obrar bien. Toca pues al Príncipe, cuando ve delante la innumerable muchedumbre de sus súbditos, considerar hallarse tantos millares de hombres dependientes de su voluntad, no para obrar según le agradare, sino para trabajar en hacerlos mejores que los recibió. En todas las cosas en que consiste la salud común, debe prevenir las causas para poner remedio en los inconvenientes con que puede ser perturbada. Tal vez le conviene hacer pasaje de algún justo rigor, como dijo Lucio Papirio, por la quietud del pueblo, que es la superior y más recta de todas las leyes humanas. Ha de dar a la necesidad todo lo que no pudiere retener, sin violar la sangre, el nombre y estado de la República. Acto de escasa cordura embestir empresas que están siempre respirando impedimentos. No es justo lo que se opone al bien público, y daña al estado; como dijo Apio Claudio de la autoridad de los Tribunos en Roma. La verdadera y natural prudencia consiste en ceder tal vez a los tiempos, y siempre a la necesidad. El buen Piloto no se muestra obstinado contra la fortuna; sino baja las velas, y solicita puerto en que se ampara. Después recogidas las áncoras, navega con seguridad sobre las ondas, poco antes hinchadas para sumergirle. Sólo puede combatir contra vientos y tempestades, quien desea precipitar ciegamente, y perderse en la propia ruina. No requiere menor advertencia la conservación de estados y monarquías: ya que la cabeza

deste cuerpo político, por librar de peligros los miembros, debe interponer toda prevención, toda industria, y hasta el derramamiento de su sangre si conviniere.

#### VARIEDAD DÉCIMA.

ESTO por mayor cuanto a Reinos y Monarquías, y cuanto a sublimes grados, decendamos que es tiempo a los menores; porque cualquiera en su estado inquiera lo que le conviene; y coja, como en fecundo jardín, las flores que más agradaren a olfato y vista.

Compónense las riquezas de variedad de instrumentos: así, no se podrá llamar rico un hombre con sola una virtud, caudal ha de tener de muchas. Lo que puedo hacer, es representarle las Indias dellas; sean los empleos suyos, pues ha de ser toda suya la utilidad. Para la expresión elegiré el orden que me pareciere más a propósito, pues según opinión común, es una sabia y prudente disposición de las cosas impares y pares, mayores y menores, símiles y disímiles, a quien se da el lugar, premio, corona y honor que merece su naturaleza, valor, virtudes y perfecciones.

Siempre he juzgado por verdadera nobleza la que se adquiere, no la que se hereda, y así propongo, se deba hacer poco caso de la sangre cuando mejor, si el sujeto la estraga degenerando. Con todo es fuerza decir, ser certísimo que aunque este purpúreo humor por quien nacen, viven y se conservan hombres y animales, no ponga diferencia alguna en cuanto la sustancia humana, y animal naturaleza; puesto que vienen a ser las mismas la materia y forma del hombre y animal, partes esenciales y constitutivas de ambos, como también no es causa que aquél sea más Cristiano que éste; más Filósofo que el compañero; más Médico que el concurrente; y más Legista que el adversario en cuanto al arte, reglas, modos, dones. Siendo así, que la gracia y sacramentos concedidos al Cristiano, la ciencia al Filósofo, los secretos al Médico, y la justicia al Abogado con esencialidad es la misma. Mas así como la disposición y prontitud de la voluntad Cristiana, es causa de recibir mayores dones de gracia, ciencia, secretos, y justicia, por quien no merece uno nombre de mayor Cristiano, de más digno Filósofo, de Médico más prudente, y de más excelente Abogado; así la sangre del hombre, y del animal es causa sea aquél más noble y digno que éste. Hallaranse desto pruebas a cada paso en la grande y maravillosa variedad de vivientes. Es cierto, no tienen algunos sangre, otros tienen poca, otros templada, otros muy caliente, otros hirviente, otros delicada, otros sutilísima. Sábese, carecen de sangre muchos gusanos. Tienen poca los peces. Es gruesa la de los toros; templada la de tórtolas; muy caliente la de palomas; hirviente la de los leones; delicada la de la pantera; la del hombre templada y sutilísima. Movidos desto, advierten los prácticos, ser los gusanos viles, los peces de poca sustancia, los toros gallardos, las tórtolas castas, las palomas lascivas, los leones intrépidos, la pantera amable, el hombre ingenioso, sabio y prudente. Esto afirmó el Filósofo, discurriendo acerca de los sentidos humanos, en el lib. 2 de ánima, donde concluye ser entre todos el más cierto el del tacto, en que el hombre lleva ventaja a los demás animales. Tras el tacto, loa de certeza al gusto, puesto que vienen a tener entre sí vecinísimo parentesco: si ya no son una cosa misma, sacando por conclusión: Duri carne, inepti mente; molles autem carne bene apti.

Los hombres de carne y tacto áspero y duro, son por extremo débiles en la mente, en el ingenio, en las virtudes, ciencia y prudencia: antes sin disposición ni aptitud para saber. Al opósito los que poseen carnes blandas, y tacto delicado, son en la mente contemplativos, en el ingenio sabios, en la sabiduría prudentes, y en la prudencia maravillosos. La causa desta prudencia (como dice el mismo Filósofo, y con él Galeno y naturales) nace por depender nuestro conocimiento del tacto. Tanto sabe pues nuestro entendimiento de las naturalezas, cuanto le traen y representan los sentidos internos y externos de vista, oído, olfato, tacto, gusto, sentido común, fantasía, imaginativa, estimativa y memoria. Estos son a manera de cristales y ventanas, por donde entran las especies y similitudes de colores, sonidos, olores, sabores, caliente, frío, húmedo, y seco. De aquí es, faltar al entendimiento, al paso que falta uno, la noticia de sus objetos. Así el del ciego no sabe realmente qué sean colores: sólo alcanza los nombres dellos; no la esencia. El del sordo, ignora real y aparentemente la naturaleza, la dulzura y suavidad de la música, por carecer del órgano del oído; medio no menos potente que necesario, para sentir y recibir cantos y sonos. Sin esto, al paso que tales sentidos, tales órganos, tales medios son perfectos y excelentes, reciben con más facilidad las especies y semejanzas de colores, sonos, etc., según su excelencia, integridad y perfección. Désta produce el entendimiento una ciencia perfecta, entera y excelente, con que discurre, habla, obra y rige perfecta, entera y excelentemente. Mas si todos estos sentidos que se engendran en el hombre, dependen de caliente y húmedo, y ambas estas dos cosas no son más que sangre, parte líquida que corre por las venas, y parte convertida en huesos, médulas, nervios, carne, etc., es fuerza decir, serán cual fuere la sangre en su pureza, los sentidos de vista, oído, gusto, tacto. Síguese que donde el espíritu humano y animal halla la sangre pura y sutil, camina y corre fácilmente, recibiendo las imágenes y similitudes de criaturas, piedras, flores, yerbas, plantas, animales y cielos, haciéndose con presteza docto, sabio y prudente. Será pues la conclusión de todo, ser la excelencia de la sangre un argumento de nobleza y dignidad, y que es de creer, procederá mejor el que la tuviere más buena.

Juntando Platón la acción con la contemplación, para pasar vida felicísima, dijo, era menester, tras la gloria de Dios, hacer cosas que al público sean de utilidad. La Filosofía comprehende toda suerte de buena operación, siendo (según el mismo) tan grande su excelencia, que lo propio suena Filósofo que Rey y gobernador de Repúblicas. Siendo así que el arte regia, civil y filosófica, se hallan compuestas de una misma materia, esto es, de justicia y prudencia.

Digamos primero quién sea esta señora, que con tanta razón tanto debe presumir de sí. Luego el bien que della nos resulta, cómo se ha de aprender, qué provecho sacar della, cómo se deba conocer en sí, cómo mostrar sus efectos, y finalmente cómo menospreciar toda cosa, por adquirirla. Filosofía es deseo, o amor de sabiduría. Su profesión, estudio y ejercicio hace científicos en todas las cosas divinas y humanas. Désta no se aparta jamás la justicia, la piedad, la religión, junto con la escuadra de las otras virtudes, enseñando a adorar lo divino, a querer y beneficiar lo humano. Divídola en dos partes genéricas, contemplativa y moral, que algunos llaman activa. Haremos de la contemplativa dos especies, divina y natural. Por lo que toca a la divina, es cierto ser ésta la suprema ciencia, a quien del todo conviene enderezar el fin de nuestro ser, y de todos nuestros intentos, acciones y estudios, para poder conocer y glorificar al Criador y conservador del

universo. Acerca desta sabiduría digamos, con Justino Mártir, deben poner cuidado todos los amadores de la Fe Cristiana, en saber particularmente todo punto de lo que pertenece a la conciencia, y entera observancia de los preceptos de Dios, y tener sobre todo por singularmente encomendado su servicio y adoración verdadera. Cuanto a lo demás, débese desear poseer perfeto conocimiento de los misterios divinos, según la propia inteligencia y capacidad; y según el don y medida de las gracias que le fueren dadas de arriba. Mas si los ojos del alma se ofuscaren en su consideración, bastará admirarlos y honrarlos con toda reverencia, dándoles entera fe, con juzgar son inaccesibles para todo ingenio, y discurso humano.

La natural consiste principalmente en las Matemáticas, divididas en más ciencias singulares, cuya mayor parte parece a muchos no ser muy necesaria, consistiendo en lo que ya en otro lugar apuntamos. Sirven muchas veces de contentar más la curiosidad de los entendimientos elevados, que de hacerlos mejores, inquiriendo tal vez por especulaciones frívolas y cuestiones vanas las causas naturales de las cosas. Ponen esfuerzo en hallarles otro principio que Dios, donde finalmente quedan engañados y confusos en medio de su saber, según publican los escritos de tantos antiguos Filósofos. Con todo, es necesario tener conocidas algunas partes de la Matemática, por la grande utilidad que dellas resulta, como de Medicina, Aritmética, Geometría, etc.

Resta tratar de la otra parte de Filosofía, llamada Moral, de quien el prudente Sócrates parece quiso discurrir, cuando dijo; no consistía en aprender muchas cosas, y en ocuparse en más artes, sino en conocer perfetamente la justicia, la prudencia y todas las otras virtudes morales; profesión que hacía dos efetos en nuestro espíritu; uno de purgarle, así de perturbaciones molestas, como de opiniones falsas: y otro de hacerle pasar de las formas sensibles a las espirituales, que se hallan insertas en nuestra alma, y por ellas a la idea del bien, que es Dios. Necesarísima es ésta a la vida del hombre, porque del modo que el caballo indómito es inútil para todas cosas, por su demasiada ferocidad, así el que se halla trasportado de aquellos afectos, que sola ella puede moderar, es inútil, es indigno de toda conversación particular, de toda administración civil. Propone el arte de vivir bien. Hácenos conocer el mal, y el modo de guardarnos dél. Forma en nuestro entendimiento el juicio de la razón, enseñándonos a tener el término conforme a la dotrina. Demuéstranos todo lo que pertenece a honestidad verdadera; perfeta hermosura, y lo que es con seguridad provechoso. Reprime las pésimas pasiones del alma. Sosiega los deseos insaciables. Libra de todo temor y de todo cuidado terreno. Llena de quietud, de constancia, de magnanimidad y suficiencia. Purga el orgullo, la presunción, enojo, ambición, venganza, avaricia, y por decirlo en una palabra, es quien nos compone por medio de la razón conducida del espíritu divino, que nos enseña a obrar voluntariamente lo que otros hacen por fuerza, y por temor de la pena. Advierte, cuán debido sea el respeto y obediencia a superiores y leyes, y cuán justo amarnos y respetarnos unos a otros, y cómo conversar con hermanos, hijos y mujeres, junto con los que no son de nuestra sangre. Amaestra perfetamente las operaciones humanas, y las acciones, así de los que se hallan constituidos al gobierno de Monarquías, Reinos, Repúblicas, ciudades, y pueblos, como de los más mínimos que viven debajo de su orden, informando a unos cómo deben mandar, y a otros cómo obedecer. Enseña mantenerse iguales en todos estados y condiciones, en mudanzas de prósperas o adversas fortunas, y en particular a

mostrarse constantes en las cosas contrarias, huyendo de todo deleite; soportando cualquier dolor, menospreciando aplausos, y no haciendo caso de menosprecios. Sabrase, eligiéndola por maestra de la vida, hablar bien, y a propósito; sacar utilidad de cuanto sucediere; excluir la vanidad que proviene de placeres mundanos; no dejarse vencer de sus apetitos, y regirse en todos sucesos con cierta moderación y medida. Es certísimo, depende de tal suerte de la primera, que llamamos contemplativa, antes se halla tan unida con ella, que al paso que se dividiere, tendrá imperfección en el hombre, siendo el temor y conocimiento de Dios, el principio y fin de todas las sabidurías. Y aunque nos la enseñan sus divinas palabras con tanta perfección, que no hay cosa que añadir, ni más que poder desear: con todo, la doctrina conjunta con los ejemplos que podemos sacar de las historias, tienen gran fuerza y eficacia en el alma, para moverla a su imitación, naciendo deste deleite querer seguir sus pisadas. Es el hombre por naturaleza deseoso de inmortalidad; y viendo ser hoy, tras tantos siglos, celebrados los virtuosos, le incita y conmueve esta emulación de gloria, para efectuar todo cuanto se pudiere ofrecer digno, heroico y de memoria, a fin de merecer ser también alabado. Según esto, recibiremos indecible utilidad, y será como ingreso para la vida feliz, como guía para las divinas contemplaciones, si abrazáremos ardientemente la lección de buenos libros, con cuyo ejercicio y estudio saldremos aprovechados en toda diversidad de loables preceptos. Debémosles (según Alejandro hablando de Aristóteles) no menos que a los propios padres, de quien recibimos simplemente las vidas: y así hallándose el alma en sus principios por su prisión, podemos decir informe, ruda, y bozal, es justo reconocerlos por autores de sus buenas costumbres. Mas siendo la singularidad y alteza desta Filosofía moral, tan sublime, tan excelente, que es difícilísimo su cabal conocimiento: ya que los buenos principios de todas las cosas grandes, son siempre más dificultosos que las obras, conviene fundar bien nuestra empresa, para subir y llegar a lo más sublime de grado en grado. Debe ser el primero y más necesario fundamento un ardiente y perpetuo amor a la verdad y cosas eternas, desechando de nosotros la mentira, y deseo de las temporales. Platón juzga por partes necesarísimas, el espíritu vivo y agudo; la naturaleza dispuesta a la contemplación; asimismo grave, pronta, osada para ejecutar, y amadora del bien público. Sobre todo es importante al que la desea poseer, la noticia del bien verdadero. Porque así como todas las cosas sin la posesión del bien, son poseídas sin algún fruto; así el conocer las artes y ciencias, ignorando lo que es éste, es ocupación inútil: ni hay quien pueda poner en ejecución algo de bueno, si primero no conoce por razón lo que debe ser bueno llamado.

La continuación en los estudios es también importantísima, poniendo sólo en ellos alguna tregua, para recrear así el cuerpo como el ánimo con ejercicios honestos; mas no dejarlos del todo jamás. Avisa Cicerón, deben ser tales intermisiones de tiempo breve, respeto de estar siempre el vicio en asechanza para robarnos al punto que nos dejemos vencer del ocio, a fin de incitarnos con los estímulos de la carne, a seguir nuestras naturales imperfecciones. La presunción y confianza propia, es justo no sea parte para pretermitir la profesión desta virtud; bien como algunos, que deslumbrados de su falsa capacidad, y aparente suficiencia, juzgan no poderse añadir algo a su saber. Los bien considerados, así mozos como viejos, hallan siempre que aprender en ella, y ocasión de disminuir toda vana opinión de sí mismos, siendo el uno de sus más notables efectos purgar el orgullo y elevación. Acontece, dice Plutarco, lo que en los vasos donde se pone algún licor, que

según que él va entrando, el aire va saliendo fuera. Así al alma, llenándose de un bien cierto y verdadero, cede y da lugar toda vanidad. Cuanto más el hombre (escribe Platón) tiene de razón por la Filosofía, otro tanto pierde de soberbia y arrogancia. Atónito suelo quedar, cuando por instantes veo jatarse de ingenios sutiles escuadras de mozuelos ignorantísimos, perdiendo el decoro a los que más supieron, a los antiguos, lumbres resplandecientes de toda erudición y modestia. Cuán diferente proceder fue el de Antístenes, pues habiendo oído cierto día disputar a Sócrates, recibió placer tan crecido, y halló en él tanta sabiduría, que no obstante fuese con extremo docto, y tuviese gran número de discípulos, les avisó buscasen otro maestro, porque él todavía gustaba de aprender: y caminando a pie más de tres leguas, por la distancia del lugar de su habitación, iba a ser oyente de Sócrates todos los días. El mismo Platón mostró, como ya se apuntó en otra parte, la poca presunción que tenía de su grandísimo saber, cuando no satisfecho del mismo, tras la muerte de su maestro Sócrates, anduvo vagando por Egipto, después por Italia, para oír y platicar con los más doctos, y aprender lo que ignoraba. Así galardonó Dios de tal suerte su celo, y loable ardor de sabiduría, que ninguno de los Étnicos se acercó jamás sino Sócrates, a la grandeza de su discurso en razón de las cosas eternas.

Si alegra mucho al arquitecto, tras haber puesto fundamentos firmes en grande edificio, ver su prosecución y crecimiento, ¿qué maravilla cause al hombre sumo contento, y no menor ánimo, para la continuación ver que tras haber fundado felizmente sus disinius, para llegar al conocimiento de Filosofía, goza y gusta ya las primicias de tan salutíferos frutos? Doblará sobre todo el regocijo el reconocer con evidencia la utilidad que hemos sacado de semejante estudio, y el ver la emienda que por él se descubre en el estado de nuestras obras modernas parangonadas con las antiguas. Y así como se toma por buen indicio, se dilate una enfermedad por las partes menos nobles, así el ver, se cambien nuestros vicios en pasiones más dulces, nos servirá de esperanza, para echarlos del todo poco después. El verdadero modo de conocer esto, conocer esto, consiste en poner la consideración en lo más íntimo de nosotros, en las inclinaciones más dañosas y potentes, haciendo comparación de unas con otras. Después, en la forma que el buen Médico se va reglando en el principio de las grandes enfermedades con remedios apacibles; tal nosotros corrigiremos en primer lugar las mínimas, para que con más facilidad vengamos a la reparación de las mayores. Y es de saber, que con el ejercicio de guardarnos de las cosas que son en alguna manera escusables, lícitas, o permitidas, nos será más fácil abstenernos y emendarnos de las ilícitas y escandalosas. Con semejantes correcciones dejaremos del todo extintas las imperfecciones de más consideración, ni juzgaremos pequeña alguna falta, antes las evitaremos todas. Entonces con verdad nos podremos llamar Filósofos, cuando por nosotros mismos hiciéremos conocer, recibe universalmente la vida del hombre en todos tiempos, en todas partes, y en todas pasiones el uso de la Filosofía. Y cuando por tal diligencia, vigilancia, trabajo de espíritu, y estudio continuo hubiéremos conseguido utilidad; ya vueltos mejores que éramos, por la quietud del alma, purgada de las perturbaciones, conviene advertir hagamos partícipes a otros de igual beneficio, en la forma que obliga el mandato de Dios, y la deuda natural.

El mayor documento que desta profesión se saca, es el menosprecio de todo lo que puede perecer; tales son los bienes terrenos: puesto que el afecto de adquirirlos, mantenerlos y



aumentarlos, es quien nos trasporta más de ordinario, y nos impide todas las buenas y virtuosas inclinaciones. Conviene pues dejarlas, y retirar el espíritu de otro cualquier cuidado. El Tebano Crates renunció un gran patrimonio, por filosofar con más comodidad y tiempo, libre de la solicitud de sus bienes, y gobierno de familia. Por la misma razón dejó incultas todas sus heredades, y tras sus largos estudios volviendo a su casa, y hallándolo todo arruinado y desierto: A no perecer estas cosas (dijo) sin duda hubiera perecido yo. Esto es, no adquiriera el tesoro de la ciencia, ornamento del alma, si hubiera atendido a la conservación de los bienes, y granjería de los frutos. Demócrito Abderita teniendo tantas riquezas, que su padre banqueteo al numeroso ejército de Jerjes, que pasó por la Grecia, hizo donación a su ciudad de toda su hacienda, sin retener más que corta suma de dineros, con que pasar: y esto para poder darse mejor al estudio de la ciencia filosófica, a cuyo efeto eligió su habitación en Atenas. Euclides natural de Megara, deseosísimo de escuchar a Sócrates, que residía en la misma Atenas, le fue a buscar con grande riesgo de su vida. Entre estas dos ciudades había tan cruel guerra, que ningún ciudadano de la una osaba hallarse en la otra por el inevitable peligro de morir como fuese conocido. Euclides pues intentada por el deseo de saber, semejante temeridad, disfrazó su persona en la de mujer, y se fue un día a Atenas, donde se quedó la noche por oír a Sócrates, que pasaba la mayor parte filosofando y discurriendo de la sabiduría. Mas ¿de qué sirve embarazarnos con tan antiguos ejemplos, si tenemos hoy tantos en los que con puro celo de virtud, dejan por la Religión facultosos mayorazgos? Si la modestia de los interesados no detuviera el incentivo de la lengua, pudiera nombrar aquí no pocos, que con varias rentas de muchos ducados eligieron la suma pobreza de los menores Descalzos, de los Serafines del suelo, ejercitándose con grande alegría en las más humildes menudencias de los Conventos. Fortísima es la virtud, y su atraimiento tan grande, que me arrebató la pluma a sus alabanzas. Así no enfrenara mi insuficiencia las osadías del deseo, las diligencias de la voluntad, como en ellas gastara larguísimo espacio, mas en la forma que me fuere posible no dejaré de formar algunas.

Débase ante todas cosas loar aquel paradojo Estoico; no haber otro bien que la virtud; ni otro mal que el vicio. Pasando más adelante, siguiendo su opinión y la de muchos antiguos; digo ser sólo libre y feliz el virtuoso, si bien metido en el toro de Falaris, y el vicioso siervo y desdichado, aunque con los tesoros de Crespo, ocupase el trono de Ciro. Nada son las grandezas si tiene inquietud el ánimo; y el corazón estimulado de deseos, impide la tranquilidad del alma. Las riquezas (dijo Pitágoras) son poco firmes columnas. Menor establecimiento tiene el popular aplauso. Hombre se mira ayer idolatrado del mundo, y hoy aunque vivo, sepultado en las nieblas de un olvido mortal, tan inconstantes son los halagos de la más favorable fortuna. Breve duración publican por el consiguiente, magistrados y dignidades; solamente es sólida la virtud; planta de profundas raíces, a quien la más terrible borrasca no puede arrancar; siendo la voluntad de Dios que sea sola ella la estable, la poderosa, la invencible. Conforme la verdad que nos enseñan las sagradas letras, son dos los bienes: uno, el último fin; otro el medio de llegar a él. El primero y mayor, supremo, perfectísimo, y eterno, es el que esperamos en la bienaventuranza. El que nosotros llamamos medio para llegar al otro, es solamente la virtud. Digamos pues qué sea; proponiendo su división, su origen, su excelencia; junto con los efetos admirables que produce en quien la posee.

Ésta según Filósofos, es una disposición y potencia de la parte racional, que reduce a concordia y conveniencia la irracional, haciendo anteponer a sus afectos y pasiones un fin conveniente. O es una igualdad y proporción de vida, conforme en el todo a la razón. Divídese en la forma que la Filosofía, hallándose conjuntas de tal manera, que casi vienen a ser una cosa misma, por ser una sustancia y materia de la otra. Es pues contemplativa, y moral. La Sabiduría eterna por operación de su santo Espíritu, conduce y eleva la contemplativa a su propio fin, que es la ciencia inmutable, concerniente al servicio debido a la divina Majestad, que Sócrates llamó Religión, y virtud grandísima; diciendo haber causado a los hombres su menosprecio una infeliz ignorancia. La piedad y honor desta, es fundamento de todas las buenas obras; y ella pervertida, quedan destruidas las demás partes. La Religión, es no sólo cabeza de la justicia y virtud, mas un vivo espíritu que le da vigor. Desta ciencia soberana sale la prudencia hechura suya, para regir y moderar por medio de las virtudes morales los afectos de la parte irracional del alma con la mediocridad; trocando todos los excesos de aquellas pasiones, moderándolas entre el mucho y el poco, para ser causa de que el hombre no yerre. Por ejemplo, a fin de que no se pierda por la temeridad y cobardía, le retiene dentro los términos de un verdadero valor, y con recelo de que no se estrague con la avaricia, o le arrastre la prodigalidad, le hace usar de liberalidad sabiamente. También, para que no se abata mucho en la adversidad, ni en la prosperidad se levante fuera de medida, le mantiene igual y constante, en una y otra. Así aprende generalmente (siguiendo la razón de la verdadera prudencia) a reglar todas sus inclinaciones y obras, tanto por el bien particular, cuanto por el provecho de la conversación humana. Conócese clarísimamente, ser el fundamento de toda virtud la razón divina, que deciente al alma por la bondad gratuita de nuestro Dios, echando viva raíz por la solicitud, estudio y diligencia; bendiciendo nuestra obra la misma gracia; ya que sin ella no podemos cosa alguna. Y todo lo que meditamos para vivir justamente en continencia, y templanza, es vano y frívolo delante de su divina Majestad, faltándonos la eficacia de su auxilio, sin quien será forzoso naufragar muchas veces en el piélago del vital discurso. Así de la excelente razón y doctrina, de que nos ha enriquecido la Sabiduría eterna, para darnos conocimiento del bien, y del mal, se engendra la prudencia, que es la parte más necesaria para gobierno de las cosas terrestres (de quien trataremos a su tiempo) y por quien el hombre viene a ser dotado de la virtud moral, para regla infalible de todas sus operaciones. Con fin de que gozando llenamente de la felicidad humana, que consiste en las buenas costumbres, calidades y condiciones del alma, descubra los frutos y efectos en beneficio de muchos.

Decimos pues, consistir toda virtud en mediocridad, así como el vicio en exceso, eligiendo el medio equiparado con el defecto deste. Bien es verdad, que respeto de sí misma, por causa de su excelencia perfecta y cumplida viene a ser extrema, sin tener necesidad de crecimiento, ni disminución. Ahora, así como todas las imperfecciones del alma son llamadas vicios y pasiones; así todos los contrarios que sirven a las mismas de medicina y remedio, son nombradas virtudes. Y aunque la virtud sea siempre una, y cualquiera que con afecto abrazare una de sus partes, se hallará deseoso de las demás; con todo puede ser la misma intitulada con más nombres: principalmente, que en cualquier buena acción se halla siempre alguna particular virtud, que cobra eminencia sobre las otras. Siendo así, que según los sujetos donde se halla, produce diversos efectos, conformándose fácilmente con las costumbres y naturales inclinaciones de los que las

poseen. Sucede de aquí, ser unos más excelentes y más bien disciplinados en una virtud que otros, ejercitándola éste de una manera, y aquél de otra. En esta conformidad trataremos más abajo distintamente, y por orden del número de las virtudes, de sus particulares fines, y sus más dignas propiedades. Prosigamos pues en tanto los comenzados loores desta superior riqueza, aclamando en general las admirables circunstancias, que engendra en el hombre este inestimable ornato.

La virtud cuanto a lo primero es sola, el mayor, el más propio y verdadero bien del alma, que no puede ser usurpado por algún accidente. Es quien solo vuelve a su posesor feliz, haciéndole hallar en ella todo contento y toda suerte de vida, dulce, grata, y apacible. La virtud sola, es la materia del reposo y quietud del ánimo, purgado por la razón de temores, de fatigas, deseos y cuidados del mundo. Desta viva fuente entendió hablar Demócrito, cuando dijo, se engendraba el placer de la moderación de la vida, y templada concordia. La virtud dijo Tales, es la cosa más útil que se halla por volver provechosas las demás, obrando se use bien de todas. Así podemos afirmar ser sin el ornamento desta, inútiles y dañosas otros cualesquier dones y riquezas. Prueba Cicerón con muchas sutiles razones, ser sola ella suficiente para hacer vivir con felicidad. Por eso todo virtuoso varón de cualquier condición que sea, es, si lo sabe conocer, tan dichoso, que en él viene a ser superfluo el deseo de más cosas. Hallarase en éste una libertad natural, un desprecio no insolente, un desvío no afectado de lo en que los hombres ponen más solicitud y trabajo. No tendrá por mal cuanto emanare de la natural necesidad, o más presto de la voluntad divina: pues al paso que la miseria aflige, muestra la virtud sus más admirables efectos, haciendo conocer consiste en las cosas más difíciles y raras. Por esta misma razón, es su fuerza comparada a la palma, que cuanto más oprimida, tanto más fuerte se endereza; formándose a este propósito la común empresa con el mote de, *Inclinata resurgit*. Resplandece con más gloria, cuanto más la procuran escurecer sus enemigos. No se paga de alabanza, o adulación, de quien otros se hacen tan siervos: antes queda siempre libre en sí, y gratuita a cada uno; sin otra esperanza de premio, más que de mostrarse agradecida a Dios, y de obrar cosas dignas de ser galardonadas eternamente en la otra vida, por la divina liberalidad.

Si comparamos con la virtud los bienes del mundo (llamando bienes lo que se usurpa este nombre, siendo con certeza corruptible) a quien los Filósofos llaman de fortuna, hallaremos, que es solo la nobleza un bien de nuestros antecesores, que la riqueza se pierde con facilidad: que no es menos incierto cualquier Principado, y la gloria de los más grandes. Quanto a los bienes del cuerpo; la belleza y disposición es flor que dura brevísimo espacio. Aniquílanse las fuerzas de continuo. Todo deleite corporal es imperfeto y seguido de perturbaciones. Solamente la virtud es calidad soberana, es circunstancia divina. Para el vivo y muerto (dice Hesíodo es firme y estable posesión, sobre quien no tiene poder la fortuna, la malicia, el ultraje, la calumnia y adversidad, aumentándola el curso del tiempo, que disminuye todas las cosas. Los otros bienes referidos, son como fantasmas; no más que aparentes. Causan por instantes ruina a quien los posee ministrándole en las más importantes ocasiones, no fuerzas, sino desmayos, y vienen de ordinario a parar en los menos dignos. La virtud sola es inmortal, y propia herencia del alma; ocasión de su felicidad, siendo (como afirma Cicerón) imposible explicar cuánto se aventaje a las demás cosas en gloria y excelencia. Si todos los otros bienes (dijo Sócrates)

se juntasen, no llegarían al valor de un átomo con el precio de la virtud. Platón apuntó, se hallaba tan gran diferencia entre sí, que si todos aquellos se pusiesen en una balanza, y en otra ésta, una se levantaría al Cielo, y otra tocaría la tierra. Escribió por tanto cincuenta y cuatro libros, o diálogos, que todos tratan de la virtud, de quien se puede sacar mucho provecho, en particular de los de República, y sus leyes. Allí por no mostrarse ingrato a su maestro Sócrates, que no quiso escribir cosa alguna, le hace recitar lo que en voz le había oído. Estilpón Filósofo, como estuviese en su ciudad de Megara, cuando la tomó y saqueó Demetrio, queriéndole favorecer, le pregunto, si había perdido algo de su hacienda: No (dijo) Rey, porque la guerra no sabe hacer presa en la virtud. Esta es la riqueza de quien debemos hallarnos prevenidos, para que en acaecimiento de naufragio pueda salir nadando con nosotros. Preguntado Sócrates, en que opinión tenía a un Rey grande, y si lo juzgaba feliz. No sé (respondió) cuán rico sea de saber, y virtud. Ninguno puede dudar ser ella sola quien vuelve al hombre dichoso; puesto que no sólo le hace prudente, sabio, justo y bueno, así en hechos como en dichos, sino que también es parte para que adquiera honor, gloria, y autoridad. Sucedió por la misma, haber merecido el Macedón el renombre de Magno, en la experiencia que le dio de las armas, en la liberalidad de sus riquezas; en la magnificencia de su ánimo; en la osadía y seguridad del combatir; en la continencia de los apetitos; en la clemencia de las vitorias, y en todas las otras cosas en que superó todos los vivientes de su tiempo; cuyo nombre y aclamación le hizo sin sacar la espada, sojuzgar voluntariamente más cantidad de ciudades, provincias y hombres, que la potencia de su ejército. Por lo que se conoce verdaderísima la sentencia de Sócrates, en razón de hallarse bien a menudo constreñido a obedecer a la virtud; el mayor número de soldados, y el colmo de las mayores riquezas. Darío, Monarca de los Persas, entendida la continencia usada por Alejandro, con su mujer a maravilla hermosa, mientras la tenía en prisión, y la humanidad ejercitada después en el funeral de la misma, dijo vuelto a los suyos: No tienen ocasión los Persianos de perderse de corazón, ni de juzgarse débiles y efeminados, habiéndolos tal adversario vencido. Yo no pido a los dioses vitoria, sino para exceder a Alejandro en beneficios. Así les ruego si he de perder la jornada, no permitan se sienta otro que él en la silla y trono Real de Ciro.

Si queremos más testimonios de la fuerza invencible de la virtud, y de sus potentes y loables efectos en cosas más adversas; entre muchos que nos proponen diferentes historias, juzgo singular el de Pelópidas, Capitán general de Tebanos, librados por él de la servidumbre de Lacedemonios. Es éste loado mucho más por la singular virtud que mostró hallándose preso en poder de Alejandro, tirano de Fares, que por las antecedentes vitorias. Entonces no sólo en algún modo cedió a su calamidad; antes al opósito con una constancia invencible confortó los habitantes de la ciudad que le iban a visitar. Exhortábalos a no perder el ánimo, pues era venido el tiempo en que el común enemigo con sólo un golpe quedaría castigado de todas sus maldades. Por el consiguiente, envió a decir al mismo, se hallaba privado de razón en hacer morir en tormentos a sus pobres ciudadanos, que no le habían en cosa alguna ofendido; y entretanto le dejaba en reposo a él, de quien podía bien esperar que librándose de sus manos, se vengaría. El tirano espantándose desta grandeza de espíritu, le preguntó de dónde nacía tener tanta gana de morir. Procede (le respondió) de desear acabes tú más presto, haciéndote odioso a Dios, y a los hombres mucho más de lo que eres ahora. Filocles, uno de los más famosos Capitanes Atenienses de su tiempo, y que fue causa de ordenar, se cortase el primer dedo

de la mano diestra a los que la vitoria reservase vivos, para que no pudiesen de allí adelante manejar en su daño lanza y remo; habiendo quedado junto con tres mil de sus soldados prisionero de Lisandro Almirante de Lacedemonios, condenados todos a morir, fue preguntado al caudillo; de qué pena se juzgaba merecedor por haber aconsejado a sus ciudadanos una cosa tan impía. A esto Filocles con valor indecible le respondió: No acuses a los que no tienen jueces de sus hechos: mas pues los dioses te concedieron fueses vencedor, haz de nosotros lo que hiciéramos de ti, si te hubiéramos vencido. Tras esto se fue a la estufa a lavarse: después habiéndose vestido un rico manto, como si hubiera de ir a algún convite, se presentó primero al suplicio, mostrando a los suyos el camino de verdadera constancia. Anaxarco Filósofo, encarcelado por orden de Nicocronte, para saber de su boca los autores de cierta conjuración, sabiendo le había de constreñir el tirano a revelársela con todo género de tormentos; ya llevado delante dél para esta ocasión, cortándose la lengua con los dientes, se la escupió en la cara. Zenón, no habiendo podido matar al tirano Dimilo, se mató a sí. Resuélvese por sentencia de Cicerón, morir todos los sabios de buena gana y sin pena; al contrario de los ignorantes, que se desesperan por la muerte. Si muchos que han ignorado la verdadera inmortalidad del alma, y algunos conducidos solamente de un deseo de loor y gloria mundana, y otros estimulados de un debido celo de amor para con la patria, han mostrado en los horrores de la muerte el argumento de su virtud, ¿qué debían hacer por lo justo los que esperan ciertamente una eterna vida? Foción tras ser electo en cuarenta y cinco ocasiones Capitán general de los Atenenses, y hecho infinitos servicios a la República, caído por algunas parcialidades, y divisiones en la parte más débil que él había mantenido; ya condenado a beber el veneno, siéndole preguntado, si tenía algo más que decir: Yo te mando (dijo entonces, enderezando la habla y vista a su hijo) no tengas por mi muerte a los Atenenses odio alguno. Y poco después destas palabras, viendo se afligía con impaciencia uno de los condenados a morir con él: ¿De qué te lamentas (le dijo) hombre pusilánime? ¿No te puedes tener por muy dichoso en perder la vida al lado de Foción? El temor y aprehensión de la muerte espanta (como comúnmente se dice) a los más seguros, no ya a los más virtuosos, por saber (según Plauto) no muere quien perece por la virtud. Calicrátides, Capitán general de Lacedemonios, hallándose a punto de dar batalla contra los Atenenses, el adivino, después del sacrificio hecho a los dioses, dijo, prometían los interiores de las víctimas vitoria al ejército, y muerte al Capitán. A esto respondió sin alterarse, teniendo aquello por certísimo: Esparta, no se halla tan obligada a un hombre. Cuando yo fuere muerto mi patria será la misma; mas si yo me retirase ahora, quedaría diminuida de reputación. Por tanto eligiendo en su lugar a Cleandro, dio la batalla, sucediendo lo que había pronosticado el agorero. Otros se dieron muerte por no hacer cosa indigna de su virtud. Grandeza es (dice un moderno) y por quien sólo se debe llamar un ánimo fuerte, la de osar morir, pero que mueva los pies mayor bien que el de la vida despreciada: la gloria de la Religión, la defensa de la patria, la guarda de la inocencia, y que entonces se sufra con aliento la violencia ajena, no se encruelezca contra sí la mano propia. Matarse el Cristiano es perjudicial locura, detestable maleficio, condenado por tal de todas las Repúblicas, de todos los Filósofos, de todos los Santos. Al fin acción indigna de ánimos fuertes, como la más infame cobardía. Miserias tiene nuestra vida, peligros, enfermedades, miedos, cuidados. No es tan de amar como algunos piensan, ni digna tampoco de ser tan cruelmente aborrecida. Es don de Dios, a quien injuria el hombre que

se mata, como esclavo que de su legítimo señor huye: tanto más amando todo su conservación, y resistiendo a su contrario.

Mas volviendo a los Étnicos (lejos de quien asistió consideración semejante) a veces sosegaron los naufragios de la vida con el puerto de la muerte, buscando a menudo para ostentación de mayor ánimo, la más horrible fiera. Temístocles, desterrado injustamente de Atenas, se retiró al Persa, de quien recibió singulares favores. Mas llegando aquel Rey a romper guerra con los Atenienses, Temístocles a quien se habían ofrecido grandes cargos, se mató con veneno, por no mostrarse indignado contra sus ingratos compatriotas; y por temor de no escurecer, y contaminar la gloria de tan nobles hechos, triunfos y vitorias, como había conseguido. Pues si la muerte no ha podido impedir el curso de la virtud, ¿cuánto menos lo hará otro cualquier accidente más débil? La vejez, que disminuye y aniquila todas las fuerzas del cuerpo, no pudo debilitar la gran virtud de Agesilao Reyde Lacedemonia. Éste en edad de ochenta años viendo eclipsada la gloria de su tierra, por la vitoria que contra él habían obtenido los Tebanos, eligió servir a un Rey de Egipto, admitiendo cargo de su Capitán; para que por los servicios que le pretendía hacer mereciese (como se le aseguró) socorro para los negocios de su patria. La envidia es muy difícil de vencer, y sigue las mayores potencias, dice Tucídides. La honra, la gloria, las riquezas, sirven como de leña, para encender su fuego. Todavía la excelencia de la virtud, triunfa por puntos della, hasta forzar a los que la tienen a decir bien de sus secuaces. Vemos claramente ser su vigor invencible, y que por él son vencidas las mayores dificultades. Así ninguno puede dudar haber florecido mucho más por ella los Imperios, Repúblicas, Estados y Ciudades, que por la potencia de sus tremendos ejércitos. Por sus efectos grandiosos, por sus admirables frutos descubrimos ser ella el solo bien, lo honesto y útil; partes que no pueden ser separadas una de otra; siendo la división destas tres cosas, para quererlas atribuir a otros bienes terrenos, y corruptibles, la fuente de todos vicios, de todos engaños y falsedades. ¿Qué mucho pues desprecien los que la ejercitan trabajos, pérdidas, molestias, siendo la recompensa, no sólo de alabanza inmortal, que los antiguos se prometían, sino también de la eterna vida, que no conocieron la mayor parte dellos? Débese por ella posponer todo; como nos amonestan los ejemplos de tantos excelentes varones de la antigüedad, no como ahora que tiene el primer lugar entre nosotros el cuidado, y ansia de bienes terrenos. Anacarsis, movido sólo del amor de la virtud, dejó el Reino de Citia a su hermano el menor, por venir a Grecia, donde adquirió tanto con Solón, que mereció entrar en el número de los siete Sabios.

Tres cosas (después de haberla pedido a Dios, que sólo la puede dar) deben concurrir en nosotros, para poseerla, naturaleza, razón y uso, que enderezadas, ilustradas y conducidas del divino Espíritu, llegaremos al colmo de perfección humana desta rica virtud. Echará entonces profundas raíces dentro de nuestros pechos, y como castiza y generosa planta, paciente a la fatiga, y cultivada por la razón, se volverá con los preceptos de la Filosofía, firme, potente y fecunda, produciendo por uso y ejercicio realzados frutos, así para provecho de nosotros mismos, como de la común conversación humana.

Mas en tanto que con débil elocuencia, si bien con gallardo afecto, he discurrido del respeto y amor que se debe tener a esta gran señora, he visto asistir a un lado con notable ceño, a un grosero enemigo suyo, que de mala gana escuchó sus excelencias,

prerrogativas y alabanzas. Este es el vicio, cuyas calidades conviene pintar brevemente con los colores de su proceder, porque amaine las velas de su presunción.

Importa saber cuanto lo primero, que así como quien no conoce el bien, no sabe amarlo, así quien no tiene noticia del mal, jamás lo podrá bastantemente aborrecer, ni menos huir. Sobre todo, ignorará el cómo se ha de guardar de caer en los lazos y emboscadas, donde está en asechanza continuamente. La compasión consiste en que se hallan pocos que quieran ser sus enemigos, y pretendan alejarse dél cuanto más pudieren; pero si jamás supieron lo que era virtud, ¿qué mucho dejen de conocer al vicio? Del modo que aquella (dijo Platón) es una sanidad y vigor del alma; así éste es una enfermedad, dejamiento y flaqueza de la misma. Su afectuosa prosecución vuelve al hombre depravado: puesto que si los mortales tuviesen suficiente fuerza y constancia para resistir al vicio (alhaja que nos viene por hereditaria sucesión) seguirían la virtud; mas vencidos por la debilidad de su sensualidad, son llevados cautivos, como en triunfo, debajo el yugo del pecado. Siempre entendí, ser verdadero el dicho de los antiguos, en razón de ser cien veces más trabajo hacer mal, que obrar bien. Afirman asimismo, ocasiona el vicio en el alma, lo que la hidropesía en el cuerpo, engendrando un continuo deseo de lo que resulta en mayor mal. De aquí es verse con extremo miserable el que se le inclina buscando con desvelo su perdición; de que me parece se podría atribuir la principal causa al ignorar todo lo que no es bueno. Si no pregunto, ¿quién (séase cuanto quisiere vicioso) habría tan falto de entendimiento, que si con certeza conociese al vicio, no se apartase dél con velocidad, aunque se le hubiese acercado algún tiempo? Con mayor razón le huirá diligentemente quien tuviere dél verdadera noticia, antes que en lo íntimo haya hecho pernicioso hábito. Por eso (según Plutarco) le comenzamos a odiar, cuando por discurso entendemos la vergüenza y daño que de ser sus parciales se nos sigue.

Cuanto a su definición podremos decir, ser una desigualdad, y discordancia de costumbres, que procede de la inclinación natural del hombre a deleites ilícitos, y a depravados afectos. Ésta, no siendo detenida por el freno de la razón (obrando en ella el espíritu de la gracia) ni regulada por sus prudentes demostraciones, hace que el poseedor se engolfé poco a poco en todas pasiones viciosas, siendo el fin de la una el principio de la otra; por quien el humano viene a ser el más infeliz, el más indómito, y silvestre de todas las bestias. Crisipo Filósofo, llamó al vicio esencia propia de la infelicidad; y si va a decir lo justo, él es un peritísimo artífice de maldades, disponiendo los hombres a toda suerte de miserias. Y es cierto, que tras haberse una vez asido al alma, no la desampara jamás hasta que del todo no la oprime y arruina, llenándola continuamente de nuevas perturbaciones, de sensualidades, venganzas, homicidios. Fluctúan allí los remordimientos inútiles, los arrepentimientos sin fruto de ambición, de avaricia, y de cualquier otro apetito; dolencias incurables si una vez echan raíz. Cuanto más se aumentan, tanto más quieren crecer, siendo (como dijo Platón) del género del infinito. Por tanto, según Crisipo, era casi mejor arrojarnos al mar para huir de tan dañoso enemigo; que dejarle reinar sobre nosotros. Platón escribió también, ser más a propósito para el hombre no vivir, que pasar vida viciosa con ignorancia. Porque a ésta solo se podría dar nombre de verdadera sombra de la muerte, que sigue paso a paso al vicioso. Bías, uno de los Sabios dejó escrito, no poderse llamar prisionero el más cargado de cadenas, cuando no se halle cercado de vicios; pues vemos no haber llama, hierro, o

cordel que tanto violenten al hombre cuanto los mismos. Muchos padecieron (dice un autor) ultrajes, y suplicios sin número con tan grande constancia, que antes se cansaban los tiranos de perseguirlos, que ellos de tener sufrimiento. Demás, alcanzaban tanta potencia sobre sí mismos, cuanta convenía para reprimir del todo la voz en medio de los tormentos. De forma, que alguno los habría juzgado impasibles, o viéndolos habría pensado no verlos. Mas el vicio se descubre siempre por sí; y se hace conocer por todas partes, ocasionado, infame, pernicioso. Llamole Tales, el más nocivo del mundo, por inficionar y corromper todo lo en que se halla por más certeza que tenga de honroso y magnífico. Antes se muestra tanto más vil, cuanto es conjunto a mayor nobleza y autoridad; puesto que allí descubre mucho mejor sus dañosísimos efectos. Encamina su ligero curso por el campo de la potencia, y poniendo toda impía voluntad en ejecución, hace se convierta presto una cólera en una muerte, un amor en un adulterio, una avaricia en una confiscación. Mas así como los vicios de los grandes son más dañosos, así también sin duda se dobla en ellos la vergüenza y deshonor. Porque siendo mejor vistos y notados, se vuelven más despreciables y odiosos; recibiendo asimismo el premio con doblado exceso, pues se pedirá más a quien más hubiere recibido. Pero ¿qué mayor ignominia debe hacer colorear al constituido en mando de toda calidad, y condición, cuanto la de obedecer a cosas tan infames y viles como la sensualidad, el rancor, la ignorancia, pasiones cual irracionales, criadas sólo para súbditas y abatidas? ¿A quién no dejará atónito la consideración de lo que pasa en el proceder de algunos, colocados en mayor dignidad? Habiendo nacido con naturaleza de generosas plantas, de liberales fuentes para dones, para beneficios, gastan los años de su preciosa juventud en empleos indignísimos. Allí ejercen los juramentos escandalosos, aquí ordenan los desordenados banquetes. En otra parte por medio del juego, descubren vergonzosa codicia. Tal vez eligen el broquel, y tal entablan la valentía. ¡Válgame Dios!, ¿para qué tantas prevenciones? Si el Cielo y la tierra os concedió tan poderosas fuerzas, ¿quién habrá bien considerado que deseando evitar toda irrisión, se atreva a sacar la espada con vosotros? Mercedes, y no rencillas han de pretender de vos los que menos pueden; sea el hacérselas vuestras estocadas, sean vuestros fieros sus honras. ¿Quién deja los caudales de amor por los de aborrecimiento? Éstos acumulad con buenas obras, si queréis adquirir albedríos. Soles son los Reyes, sed vosotros Estrellas de alegres vistas, de suaves influencias; no árboles sin fruto, no faroles sin luz. No juzguéis la flaqueza gala, ni hagáis ostentación del vicio. Sea la condición sin aspereza, el semblante sin esquividad. Usad con todos benignidad y agrado; con todos mansedumbre y modestia.

Por otra parte es de advertir, no tendremos más excusa que los mayores, si fuéremos viciosos por ser medianos, o pequeños, porque cualquiera ha nacido para mandarse a sí, blanco en que debe poner la mira nuestro principal cuidado. Es justo por el consiguiente notar, ser el vicio no sólo dañoso a quien dél está inficionado, sino para otro cualquiera, procurándole corromper por su medio. Ni se verá jamás hombre deste género, que no procure hacer a otros sus semejantes; y cuando no pueda con la obra pervertirlos, pondrá esfuerzo por lo menos con la persuasión, para que le sigan, y se vuelvan tales. Así se debe con certeza juzgar, ser esto lo que echa a perder las Repúblicas, y más cuando los Gobernadores y Magistrados, son ministros de vicios. Déstos han procedido siempre las ruinas de Monarquías, de Reinos y Estados. Roboán por imprudencia, Sardanápalo por destemplanza, Perseo por temeridad (sin otros que se alegrarán después) perdieron sus



Reinos. Para tener mayor causa de aborrecer y huir este horrible monstruo de naturaleza, es de saber se castiga el vicio, no sólo por la ley humana, sino por el escozor que se siente en la misma conciencia, cuyo gusano hasta en sueños, sigue y atormenta.

A este propósito respondió bien uno de los Setenta intérpretes a Tolomeo, habiéndole preguntado, cómo soñando podría tener reposo: Ten (advirtió) la piedad por fin en cuanto dijeres, o hicieres, porque si a ella aplicares tus discursos y obras, no perderás la quietud, o veles, o duermas. No hay cosa según Platón, que tanto haga temeroso al hombre, como acordarse de la vida que pasó con vituperio. Tras el cometido crimen (escribe Justino) sirve al culpado la conciencia de acusador, de testigo, de juez, y verdugo. Los perversos (se dice en el Deuteronomio) tiemblan al caer de una hoja, como si estuviese su vida pendiente de un hilo. Debemos creer, procede del Cielo esta violencia del remordimiento, con que hace sentir su juicio, y furor a sus enemigos. Este es aquel gusano de quien habla Esaías, que jamás muere, antes roe y devora de continuo. Calígula cruelísimo Emperador, jamás tenía reposo; puesto que lleno de ansia y dolor despertaba a menudo, combatido, y agitado de penosísimas pasiones. Nerón, tras haber muerto a su madre, confesó era por su causa atormentado de las furias, que le abrasaban con llamas. Ni aun cuando un acto inicuo quedara oculto a los hombres, fuera menor el tormento; porque Dios en toda ocasión sabe tomar venganza del que le comete, no habiendo para su juicio cosa escondida. Pongamos la vista (dijo Demócrito hablando del crecido número de los vicios) en lo interior de nosotros, y hallaremos una masa y unión de muchos y diversos males, que de allí se originan. Tan seguidas son las almas de las pasiones, como de las sombras los cuerpos: así no se debe admitir su comunicación, ni un instante. A los más horribles y execrables delitos, hace familiares y comunes la costumbre y uso. Y lo que es más, con el hábito se vuelven pertinaces, y contenciosos; pretendiendo defenderse porrazones. Éstas, aunque del todo vanas, son con todo de gran peso, respeto de la carne enferma y frágil del hombre, que se deja fácilmente ligar debajo el yugo del pecado. Los más justos suelen abundar de ligeras imperfecciones. Por eso impetrado primero el auxilio celeste, nos debemos ejercitar en todas las cosas contrarias al vicio, sin darle ingreso, ni acogida en nosotros; que esto nos servirá de reparo seguro contra este poderoso tirano, contra este enemigo de virtud. Léese de Pitágoras, haberse abstenido de ejercer injusticia y crueldad, hasta con los mismos brutos; rogando a los cazadores soltasen después de presos los pajarillos. Lo mismo hacía cuando encontraba pescadores, comprándoles las redadas de peces para darles libertad, y volverlos de nuevo al agua. Prohibió después a sus discípulos matar bestia alguna; ejemplo que nos puede servir para abstenernos de todo lo que nos puede ocasionar vicio. De las menores centellas suelen resultar grandes incendios; así la permisión de cosas ilícitas, por pequeñas que sean, hace trabucar los hombres poco a poco en una licencia desenfadada. El Oráculo de Apolo respondió a los de Cirra, convenía hiciesen guerra continuamente contra sus vecinos, si querían vivir en paz unos con otros. Así para que pasemos el curso de nuestros breves días en paz y quietud de ánimo, es menester combatir incesantemente contra este adversario de todo bien. Toma tal vez falso semblante, con que, y con vestirse de cosas que sólo pertenecen a la virtud, arma lazos, tiende redes para hacer varias presas. Atribúyese falsamente los bienes que el hombre debe desear, con cuyo disfraz ayudado de los placeres corruptibles, que pasan ligeramente, va reduciendo bajo de su yugo las gentes de ánimo bajo. Sólo se vale de lo terrestre que les pone delante, con título de felicidad, aplicando a las virtudes todos los

males que él tiene. Firmes contra tales atraimientos se hallan los que tienen verdadera noticia del bien; imitando a la Serpiente, que tapa con la cola las orejas por no oír los versos y conjuros del encantador. Puesto que si escucháremos por brevísimo espacio (menospreciados los buenos documentos) las lisonjas del vicio podría con facilidad (a manera de espinas que nacen entre la buena semilla, a quien bien a menudo ahogan) ofuscar todo el buen instinto de naturaleza, que se hallare en nosotros. Paseándose Diógenes Cínico un día en Atenas, por una calle en que estaban muchas estatuas de los antiguos que más habían merecido en la República, pidió limosna a todas consecutivamente. Preguntada la ocasión desta novedad: Hágolo (dijo) por enseñarme a ser repulsado. A propósito pues será el ensaye de huir todo género de vanas ocupaciones (en que tanto se deleitan los deste siglo) que así aprenderemos a menospreciar lo que está lleno de vilipendio, siguiendo el camino mejor, para que el uso nos le haga poco a poco más cómodo, y agradable.

#### VARIEDAD UNDÉCIMA.

PARA aprovechar en la virtud, y huir con todo cuidado el vicio, me acuerdo propuse arriba, ser no poco importante la continua ocupación de letras, y particularmente la lección de buenos libros. Conviene pues aplicar a este punto la parte que le toca de expresión. Dese principio por las lenguas para salir del empeño en que se quedó en otra parte, y consecutivamente tendrá su debido lugar la breve noticia de las ciencias.

Juzgan los Hebreos, ser su lengua la más antigua del mundo. Queriendo un Rey de Egipto (según refiere Herodoto) saber cuál fuese la primera, mandó criase un pastor dos niños, ambos nacidos de pobres personas, con prohibición, no se dijese jamás en su presencia palabra alguna. Ordenó, se pusiese cada uno en parte separada, donde sólo a ciertas horas remitían dos cabras para el ministerio de la leche. Esto hacía por el deseo con que se hallaba de oír cuáles palabras articulaban primero. Sucedió, que tras haberlos tenido dos años en esta forma, al abrir el pastor la puerta para entrar donde estaban, los dos se le arrodillaron, y estendiendo las manos dijeron Bec; que suena tanto como pan en lengua Frigia, descubriendo por este camino tener más antigüedad los Frigios que los Gitanos, y ser su habla la primera.

Vitrubio insigne arquitecto, habla más groseramente deste particular. Mientras habitaban (dice) bosques y selvas los hombres los árboles en algunas partes más espesos, conmovidos unos con otros violentamente del ímpetu de los vientos, respeto de los encuentros y heridas excitaron llama, de cuya novedad espantados huyeron los que más vecinos se hallaban. Después, ya sosegado el rumor, acercándose poco a poco al fuego, echaron de ver se seguía grande beneficio a los cuerpos de aquel calor, y añadiendo leña para entretenerlo, llamaron los otros, mostrándoles con señas la utilidad que de tal alimento sacaban. En esta primera junta, saliendo las voces diversamente de sus bocas, fueron los vocablos compuestos, como se ofrecía, por quien significando a menudo las mismas cosas, comenzaron a hablar fortuitamente, formando deste modo el lenguaje entre ellos.

Pitágoras, juzgaba con soberanía sabio al primero que fue autor de los nombres. Y Platón en el Cratilo, afirma haber sido hecho de potencia sobrenatural: puesto que sin el divino favor, no pudiera el hombre por sí mismo distinguir innumerables cosas en el universo contenidas por vocablos propios, habiendo de quedar por fuerza incógnitas, faltando este camino. Si no pregunto, ¿quién acertara a nombrar el Cielo, sus partes y movimientos, las Estrellas errantes y fijas, los elementos con sus calidades, vientos, lluvias, borrascas, nieves, tronidos, y otros meteoros? ¿Quién conociera aves, peces, animales, yerbas, árboles, mieses, legumbres, minerales, de cobre, estaño, azogue, plata, oro, perlas, y piedras preciosas, con sus naturalezas y propiedades? ¿Quién los mares, los golfos, las playas, puertos, islas, ríos, lagos, tierras, gentes, pueblos, aldeas, villas y ciudades? ¿Quién las partes internas y externas de la fábrica humana; los sentidos junto con sus objetos, los olores, sabores, enfermedades, y remedios? ¿Quién pudiera distinguir tanta copia de acciones, tantos modos de vivir, trajes, leyes, magistrados, juicios, policías, gobiernos, ceremonias, milicia, rentas, monedas; tantas artes y ejercicios con sus instrumentos, tantas personas con nombres, y apellidos? Ni hubo tiempos atrás pequeña controversia entre doctos, sobre si se habían impuesto a las cosas los nombres según los apetitos de los que hablaban, o por arte y razón natural. La variedad y mutación continua que se vee en las lenguas, hacía pensar a los unos, fuese fundada tal asignación, según la disponía el caso y arbitrio aprobándola el acuerdo y uso de los hombres. Afirmaban por otra parte los otros, ser los vocablos como instrumentos, instituidos para representar las cosas que por nuestras opiniones no se cambian; antes según su naturaleza permanecen siempre en un mismo orden. No es parte nuestra fantasía para mudar los verdaderos nombres si convienen con lo significado, y se imita en ellos esencias y similitudes. Tanto más si en primer lugar los concibe el ánimo, se exprimen por medio de son y voces, y se describen por letras y sílabas. A esta opinión prestan algunos tanto crédito, que quisieron sacar la propiedad de las cosas por la de las palabras, o por la virtud oculta que juzgaban tener; presuponiendo, se podía con su pronunciación, hacer casi milagros, cuanto a sanar las enfermedades de ánimo y cuerpo. ¿Qué más? con todas veras afirman, se hallaron algunas por divina inspiración, entendiendo (entre otras) haberse pronunciado el nombre de Dios sólo con cuatro letras en todos los idiomas, en que jamás habrían podido convenir tantas naciones sin maravilloso misterio de divinidad.

Si la imposición de los nombres, con propiedad y virtud, es admirable, nada menos lo es la invención y uso de las letras, y el haber hallado modo de comprender en pocas notas, tanta variedad de sonos y voces humanas. Por éstas son escritas las cosas más útiles al mundo; como las leyes, las sentencias, testamentos, contractos y tratados públicos, sin otras cosas necesarias a la inteligencia de la vida. Por éstas resucitan los muertos ha muchas edades en la memoria de los vivos; comunicándose por su medio en las ausencias los amigos, como si estuvieran presentes. Ellas mantienen en su ser los libros santos de la palabra de Dios, las sentencias de los hombres sabios, la Filosofía, y en general, todas las ciencias, transmitidas continuamente a los sucesores. Esta invención calumniaron algunos, como Tamis Rey de Egipto en el Fedro de Platón, donde gloriándose responde a Tetis, apenas haber hallado remedio de reminiscencia. Por tanto los Pitagóricos y Druidas, cosa alguna no escribieron, sino los unos a los otros comunicaban sus misterios sin escritos, para que con la confianza de las letras no se ejercitase menos la memoria. Esto no obstante, la experiencia, maestra doctísima en todo, ha hecho conocer su error

evidentemente. Puesto que nada habiendo escrito los mismos, en largo curso de años por la humana fragilidad, se han enteramente perdido los rastros de su doctrina, sin haber quedado hoy, siquiera una mínima apariencia. Asimismo los Hebreos alegan, haber sido su Cábala dada por Dios en el principio a los Patriarcas, a Moisés, y después a los Profetas, no escrita, sino sucesivamente revelada, y conferida de mano en mano, de unos a otros. Mas que tras haber sido de la Babilónica servidumbre, liberados por Ciro, y ser bajo de Zorobabel reedificado el templo, entonces Esdras que tenía ya restituidos los libros de Moisés, anteviendo, no podría su nación conservar a lo largo entre tantas calamidades, destierros, fugas, mortandades, a que se hallaba expuesta, los secretos de aquella celeste doctrina (a ellos divinamente revelada, y a la ley escrita antepuesta) recogió lo que pudo de los hombres sabios, vivos entonces, reduciéndolo todo en siete volúmenes.

Siendo pues, las letras necesarísimas, tras su invención los que más sutilmente pensaron, en vocales y en consonantes las dividieron: después en semivocales, mudas y líquidas, intitulado Gramática al arte que servía para conocerlas, discernirlas, y juntamente acompañarlas, para hacer sílabas, nombres, verbos, cláusulas y oraciones. Y aunque Plinio, arrimado a la autoridad de Epígenes, eterno juzgue el uso de las letras, es con todo, en esto contradicho de otros autores. Filón Hebreo atribuye a Abrahám el haber hallado las Hebraicas, Eusebio a Moisés; otros a Esdras. Refiere Josefo, haber los hijos de Set, hijo de Adán, enderezado dos columnas, una de piedra, y otra de ladrillo, en que escribieron las artes, inventadas por ellos, y que la de piedra duraba aún en su tiempo en Soria. Cicerón atribuye las letras Frigias a Hércules y a Mercurio las Egipcias. Tipo Livio las Latinas a Evandro de Arcadia, a quien por semejante milagrosa invención nombra venerable. Cornelio Tácito las Toscanas a Demarato Corintio. Los Esclavones las suyas a san Gerónimo, de quien dicen trasladó en su idioma el viejo y nuevo testamento. El Obispo Gordiano dio las letras a los Godos. Los antiguos Franceses recibieron tres géneros dellas. Las primeras por Vuastaldo; por Doraco las segundas, y las últimas halladas por Nico. Beda escribió a los Normandos las suyas.

Asimismo muchas naciones introdujeron nuevos caracteres, o los mudaron y corrompieron, como los Esclavones los de los Griegos, los Armenios los de los Caldeos; los Caldeos los de los Hebreos. Los Españoles, Lombardos, Alemanes, Franceses, perficionaron los suyos con la comunicación de los Romanos. Las letras Toscanas que se divisan y rastrean aún hoy en la sepulturas antiguas, son enteramente incógnitas.

Algunos semejante origen con más ponderación inquiriendo, afirman, haber sido inventores los Etíopes, comunicándolas a los Egipcios, éstos a los Asirios, los Asirios a los Fenices, los Fenices a los Pelagios, los Pelagios a los Latinos, los Latinos a los Italianos, Franceses, Españoles, Alemanes, Ingleses, Escoceses, Noruegos, Suecios, Polacos y Húngaros.

Los caracteres de las letras, son como las lenguas, diferentes, ni pueden servir sino sólo al lenguaje a quien están destinados, ni representar la entera y nativa pronunciación; puesto que apenas bastan a expresar la suya propia, mudándose ésta a menudo, no sólo de ciudad en ciudad, sino poco menos que de villa en villa. Así vemos, no se puede escribir

bien la lengua Griega con letras Latinas; ni la Latina con las Griegas: ya que no siempre pronuncian los Griegos y Latinos como escriben, pues se ve mudan, para hacer el son de sus palabras más dulce, la pronunciación de algunas letras, tomando unas por otras. Escribió Suetonio de Augusto, no observaba la ortografía instituida por los Gramáticos, llegándose antes a la opinión de los que juzgaban ser necesario escribir como se habla. En esto fue seguido generalmente, pareciendo acertada su opinión, sin que pudiese resistir el uso a su imperial autoridad y potencia.

De aquí es causar admiración el estilo observado en Francia en razón de escribir con tanta diferencia de lo que se pronuncia comúnmente. Por este respeto es difícilísimo aprender aquel idioma por las obras impresas, por causa de sus muchos diftongos, y de poner en las dicciones muchas letras más de las que se pronuncian. Acerca desto no faltaron resoluciones de varios Parlamentos, deseando ejecutar semejante reforma: mas fuéronse a la mano, puesta la consideración en el inconveniente que ocasionarían las escrituras antiguas, cuya inteligencia quedaría en pocas edades del todo imposible: tal fuerza tiene el uso en la pronunciación, como dice Quintiliano, doctísimo maestro de tal arte.

Es común opinión de los que más bien entienden este particular, no puede un pueblo que tenga lengua propia, valerse de letras estrañas, sino con grandísima dificultad, según vemos usarse en Inglés y Alemán las Latinas, y las Árbigas en Turquesco y Persiano; tanta fuerza y énfasi encierra la natural elegancia de los propios lenguajes. Los Hebreos y Latinos tienen veintidós letras. Mayor número alcanzan los Esclavones y Jacobitas, pues últimamente llegaron a introducir treinta y dos. Los Armenios poseen treinta y ocho, los Abexinos o Etíopes cuarenta y siete, los Árabes treinta y una, los Caldeos veintiocho. Los Latinos, Griegos y otros de Europa, junto con los Indianos del Malabar, teniendo letras propias, escriben partiendo del siniestro hacia el diestro lado. Los Hebreos, Caldeos, Árabes, y en general todos los Asiáticos y Africanos, del diestro hacia el siniestro, imitando el cotidiano movimiento del cielo, que se hace de la diestra a la siniestra parte, siendo según Aristóteles perfectísimo, por acercarse a la unidad, llamada por Platón movimiento de similitud, o sea de uniformidad.

Los Chinas y Japones escriben de alto abajo, diciendo siguen en esto el orden de la naturaleza, que en los hombres puso en lo alto la cabeza, y en lo bajo los pies. Nota Diódoro Siculo, no escriben los habitantes de cierta isla descubierta por Iambol cerca del Mediodía, por través como nosotros, sino encaminando las líneas de alto abajo derechamente con uso de veinte y ocho letras. Ni pueden ser hallados otros medios, salvo si no quisiese alguno escribir por oblicuo.

Los Orientales y Meridionales se valen de puntos, los Griegos de abreviaturas, los Latinos de títulos. Los Egipcios en las cosas sacras ponen figuras de animales en lugar de letras, a quien llaman Jeroglíficos. Lo mismo afirma el alegado Diódoro de los Etíopes, sirviéndose para sus intentos de las extremidades de los miembros humanos, y de muchos instrumentos y utensilios. En esta conformidad no venían a ser expresados sus concetos y palabras por composición de sílabas y letras, sino por las formas de aquellas imágenes, cuya sinificación había quedado por uso en la memoria de los hombres. Por ejemplo, el Milano denotaba entre ellos una cosa hecha con priesa, respeto de su velocidad, siendo

este carácter propio a las cosas domésticas que se hacen prontamente. El uno de los ojos del hombre, daba a entender la observancia de la justicia, del modo que fueron dados los dos por guardas de todo el cuerpo. La mano derecha abierta, con los dedos estendidos, denotaba libertad, y la siniestra cerrada, malignidad y avaricia. La pintura del cocodrilo argüía toda cosa mala. Así, valiéndose destas y semejantes figuras denotaban lo que querían, quedando aprehendidas de edad en edad, y de gente en gente.

Los del Malabar, y otros Indianos habitantes entre los dos ríos Indo y Ganges, escriben aún hoy en hojas de palmas, grandes menos o más, según lo que en ellas pretenden explicar. Ponen en las mayores las cosas que desean tengan más larga duración, como los hechos de su Religión, o historias. Las otras más comunes acomodan en cuartos, o medios cuartos de las mismas hojas: y cuando tienen grabadas algún gran número, las encierran entre los tablillas, en lugar de las cubiertas que usamos. Quanto a las cartas misivas, escrita la hoja, la doblan y envuelven en sí misma como rollo, siendo su sello una ligadura sutil, hecha con un hilo de la propia palma. Los de la provincia de Arcadano, sujeta al gran Can, según refiere Paulo Veneto, carecen del uso de las letras. Allí los mercaderes hacen sus contratos y obligaciones en pequeñas tablillas, dividiéndolas por mitad, que juntas después, vienen a conferir las señales, por cuyo medio reconocen las notas y condiciones. Los simples moradores del mundo nuevo, todo uso de caracteres ignorando, se maravillaban mucho viendo cómo los Cristianos se entendían por su medio. Así creían hablasen por orden suya las misivas, manifestando los más ocultos secretos. De manera que al ser sus correos, las tocaban con temor, como si dentro asistiera algún espíritu con lengua, dada más por divina que por humana industria. Casi todas las naciones estuvieron sin letras largo tiempo, causa de volverse inciertos los orígenes. El más antiguo de los volúmenes que tenemos, no pasa de tres mil años, salvo los libros Hebreos, juzgando a Homero por autor de más vejez entre Gentiles. Por tanto, el sacerdote de Egipto en el Timeo de Platón, da a Solón en rostro, con que eran todos los Griegos de ingenios mozos, por la poca ancianidad de sus ciencias. Para confirmación desto, llegando (según escribe Herodoto en la Terpsícore) los Fenices con Cadmo a Boecia, introdujeron las letras, que antes no tenían los Griegos, de quien después por sucesión de años mudaron el sonido, penetrando tarde en Italia, como nota Tito Livio. La lengua Alemana no se escribía antiguamente, ni ha mucho se comienza a escribir la Húngara: cosa casi imposible en la Vizcaína por su oscura brevedad. Los Nómados de la gran Tartaria, y los más silvestres del territorio nuevo por ningún caso usan letras. Conservan entre ellos alguna noticia de sus antigüedades, no escrita ni representada con notas, sino conferida a boca sucesivamente de unos a otros, en la forma que los Judíos conservaron largos siglos la memoria de sus cosas antiguas, reducidas después en escrito por Moisés, continuadas por los sucesores de Adán y Noé hasta los tiempos del mismo. Desta suerte los versos de Homero antes de ser, como vemos, recogidos por Aristarco, eran aprehendidos en el corazón, y cantados solamente.

Mas no se puede negar, ser felicísimas las gentes entre quien hallaron admisión los caracteres, y el arte de bien hablar, pues por ellos viven con doblada reputación de sabios, de políticos, de facundos. Los medios por donde las letras se estendieron por tan varias partes, fueron sin duda nobilísimos, esto es, el culto de la Religión, y la potencia del Imperio, ínclitos conservadores suyos. Algunas lenguas más que otras han sido por su

excelencia más bien admitidas y propagadas. La Griega en particular, por su elegancia, dulzura y riqueza, y por la Filosofía que en sí contiene, halló aplauso en muchas provincias. Dilatóse por las navegaciones, por las Colonias de los Atenieses, y por las armas de los Macedonios. Éstos habiendo con su dominio penetrado bien adelante del Asia, principalmente en Soria y Egipto hicieron entender su lenguaje en tantas regiones y países, que como afirma Cicerón, era leído en su edad casi de todas las naciones. Por haber sido también el nuevo testamento escrito primeramente en Griego, le hizo conocer en muchos lugares, si bien se hallaban con la venida del santo Espíritu, dotados de varias lenguas los Apóstoles y discípulos sus primeros predicadores.

Los Romanos por el consiguiente, no menos ambiciosos de ampliar su idioma que su Imperio, constreñían a que hablasen Latín todos los pueblos por ellos superados, sin negociar con los extranjeros en otra lengua que la suya. Esto era causa de que (según en otra parte apuntamos) la desprendiesen desde la niñez los más nobles, teniéndola en suma veneración como refiere Valerio. Demás, no sólo ordenaban mudasen los provinciales el habla, sino también las costumbres y hábito, para hacerlos por este camino más tratables. Síguese desto, ser no pequeña circunstancia de discreción, acomodarse el forastero al traje del Reino o ciudad donde llega, respeto de volverse muchos ridículos por semejante olvido.

Pasando después la Religión Cristiana en Occidente, y sirviéndose del Latín en las Iglesias, en las Universidades, en los instrumentos públicos y sentencias, se ha conservado en Italia, España, Francia, Alemania, Inglaterra, Escocia, Polonia, Prusia, Suecia, Hungría, y Bohemia.

Los Cristianos en Levante y en Mediodía, como los Nestorianos, Jacobitas y Maronitas, se sirven de la lengua Soriana, del modo que nosotros de la Latina. Los Abesinos o Etiópes teniendo en la Caldea toda la sagrada Escritura, no prestan alguna fe a otro cualquier lenguaje. Los Judíos por todo el mundo, donde se hallan, no han querido jamás sea traducido el testamento viejo, de quien los mismos se sirven: antes en Hebreo le leen y cantan, valiéndose en lo demás de las hablas de las provincias en que habitan y ejercen sus tráfgos. Los Mahometanos asimismo, no han permitido sea el Alcorán trasportado a otra lengua, sino que sea leído y platicado en la primeramente escrito, que teniendo conformidad con la Hebrea, Caldea y Soriana, se ha estendido hasta hoy amplamente. Puesto que los Tártaros, los Corasmenios, Persas y Turcos, teniendo lengua diferente de la Arábiga, los Sorianos, Árabes y Moros semejante algún poco, no hay con todo para la religión otra Gramática que la Arábiga. Esta misma se observa y sigue para las disciplinas entre doctos, jueces, y sacerdotes, comunicándose casi a todos los habitantes de Asia, de África, y a la tercera parte de Europa.

Entre todas las hablas, no se encuentra alguna más estendida que la Esclavona. Úsanla los Serbianos, Misios, Rascios, Bosaneses, Dalmacios, Croacios, Carnienses, Bohemios, Moravios, Slesitas, Polacos, Marzobitas, Pomeranos, Casubitas, Sarbios, Rutenos, y Moscovitas. Della se valen no poco los de Nugurdia y Plescobia, los Esmolnienses y Otalicenses. Era también familiar a los Mamelucos, como lo es al presente en

Constantinopla. Corre por toda el Asia la Tartaresca, estendiéndose por todo el Setentrión, y una parte de Levante.

Mas no por eso las lenguas son de mejor condición que lo demás. Tan mudables vienen a ser como los edificios, trajes, costumbres, leyes, Magistrados, modos de vivir públicos y privados, armas, máquinas, instrumentos. Perecen a largo andar los vocablos y palabras, sin quedar apariencia dellas, ni de sus escritos. Por ningún caso se tiene noticia de la lengua Osca, ni de la primera Toscana. La Provenzal celebrada de tantos nobles escritores, no es entendida de los Provenzales desta edad. Estinguiéronse totalmente la antigua Francesa, Española, Persiana y Cartaginesa. Perdió mucho de su integridad la Hebrea, por los calamitosos destierros, y frecuentes mudanzas, sucedidas a los Judíos bajo de varios señores, reinando sobre ellos Asirios, Egipcios, Griegos, y Romanos, gentes que por el odio, tenido a su religión, aplicaron todo esfuerzo en abatir y envilecer (demás de su habla) los libros de la ley, de quien hicieron abrasar todos los que pudieron haber. Mas fueron restituidos milagrosamente por Esdras, o por Jesús, hijo suyo Pontífice Máximo, que los sabía en el corazón. Éste mudó asimismo los caracteres, por oviar, no se juntasen los Hebreos con los Samaritanos, venidos (como dice Eusebio) de entre los Gentiles a Judea. Hallándose pues, tantas veces acá y allá en diversas partes esparcidos y mezclados con forasteros, de quien eran cautivos o tributarios (como lo son al presente en cualquier parte donde habitan) ha retenido el idioma Hebraico poquísimo de su pureza. Así entre sus vocablos se hallan muchos ambiguos, significadores de cosas contrarias, apenas inteligibles por la continuación de los puntos que tienen en lugar de vocales. Sus frases son oscuras, llenas de metáforas, parábolas y enigmas, dirigidos a diversos significados. Con todo, es a los Cristianos utilísimo su conocimiento, en particular a los Teólogos, así para alcanzar la mejor inteligencia de las escrituras, como para redargüir a los Judíos con más fundamento, si por ventura sucede venir a disputas con ellos. Por esta razón es también necesario saber la Arábiga para la conversión de los Mahometanos. Con esta consideración fue ordenado en el Concilio de Viena, fuesen enseñadas estas dos lenguas en los principales estudios de la Cristiandad.

Los Sarracenos dilatando con las armas, junto con su religión y dominio, la lengua Arábiga, la Persiana del todo destruyeron, haciendo abrasar por orden de su Califa, las obras escritas en ella. Juzgaban, no podían ser buenos Mahometanos, mientras los Persas (competidores tiempos atrás de los Griegos sobre armas y letras) tuviesen en uso tales libros, que contenían ciencias naturales, leyes del país, y antiguas ceremonias. Pasando después los mismos Sarracenos a Egipto, extinguieron en Alejandría la Griega con sus disciplinas, y la Latina en África, junto con haber extirpado sus caracteres. Así con semejantes invasiones y tránsitos de pueblos de región en región, mudan costumbres, lengua, señorío, religión, siendo por los vencedores robado todo lo insigne y hermoso que se halla en la tierra de los vencidos. Supeditados de aborrecimiento interior, cancelan sus títulos, o lo que no pueden llevar destruyen, aniquilando del todo la virtud y el honor, porque su fama, y no la de otras gentes, sea solamente celebrada. Lo mismo observan hoy los Turcos con los Fieles sojuzgados a imitación de los antiguos Godos, Alanos, Hunnos, Vándalos, Suevos, Turulos, Longobardos. Éstos habiendo salido diversas veces a conquistar provincias, desdeñando sus lenguajes por no entendidos, los corrompían al punto, introduciendo nuevas formas de hablar, y mezclando las propias suyas con las que



hallaban en los lugares oprimidos. Desta suerte era forzoso a los miserables pueblos (que tras iguales transmigraciones quedaban súbditos) aprender las lenguas de los crueles usurpadores, para usarlas con ellos, y hacérseles por este medio más gratos. Demás, reduciendo éstos, como inhumanos toda cosa a la milicia, con menosprecio de las otras ciencias, las librerías con los volúmenes en ellas encerrados entregaban al fuego, privando a los hombres doctos de lo en que tenían puesta la confianza de su memoria. Procedió de aquí, haber florecido tan poco, siglos atrás, las letras en nuestra España, como poseida de aquellas naciones Bárbaras, introduciéndose por semejante camino la inaudita ignorancia en el mundo, que duró después tanto tiempo.

En esta forma nació el vulgar de la Gramática Griega: del Latino, el Italiano, Español, Francés; del Árabe, la lengua Morisca, usada desde Soria, hasta Marruecos, acercándose la corrupta a la verdadera. Así de la Francesa, y Alemana resultó la Inglesa; de la Tártara, la Turca, entendiéndose al conversar como suelen los Italianos y Españoles. Por el mismo estilo de las que hoy han quedado en flor se hacen y se harán otras en lo por venir. Mas si bien las lenguas incesantemente se mudan; si bien en el propio país en corto espacio se descubre no poca diferencia en la habla y pronunciación, no se puede negar con todo permanecieron algunas con mayor elegancia y énfasi. Tales fueron la de Atenas en Grecia, la de Roma en Italia, y en España la de Castilla; en Alemania la de Sajonia; la Pérsica en Asia, en Francia la de los caballeros, y Príncipes que siguen la Corte.

Parece queda con esto resuelta la cuestión disputada no pocas veces, sobre si los antiguos Griegos, y Romanos tenían dos lenguas: y si Platón, Aristóteles, Demóstenes Griegos; Cicerón, Salustio, y César Latinos, escribieron sus obras en las hablas maternas. Es cosa certísima se hallaba en Atenas sola una lengua, y en Roma otra; mas la del pueblo era menos elegante que la de los nobles, y personas de más consideración, como se puede echar de ver en la latinidad de Vitrubio que fue arquitecto.

Es opinión de muchos se conserva más largamente entre las damas la pureza del hablar, por comunicar menos que los hombres con los forasteros, y ser más advertidas en todo género de conversaciones. Bien es verdad que las demasiado curiosas en este particular suelen correr riesgo que ser tenidas por bachilleras, por afectadas, por penosas. Escribe Tulio en su Orador, se hallaba perdida en su tiempo entre los Atenienses la disciplina, y que sólo había quedado en aquella ciudad el domicilio de los estudios. Con todo, no era parte el descuido de los ciudadanos, para que los extranjeros dejasen de ser atraídos de la fama y autoridad de aquel sitio; siendo así que el más indocto Ateniense excedía a los más doctos del Asia, no tanto en virtud de las palabras, cuanto del sonido de la voz, ni sólo por bien, como por hablar dulcemente. De la misma forma (dice él) se halla una cierta voz, propia de la nación Romana, y de su ciudad, de que resulta al oído singular gratitud, ofendiéndose no poco, si se entremete con ella algo de forastero. De suerte que los Romanos menos estudiosos que los Latinos, se aventajaban en dulzura a los tenidos por más sabios entre ellos. Los Griegos que habitaban en la verdadera Grecia, en Italia, Asia y Sicilia, tenían usode cuatro lenguas, Ática, Dórica, Eólica, y Jonia. Eligiendo pues los Poetas de todas éstas las figuras y palabras que más juzgaron a propósito, establecieron una, a quien llamaron común, comprendiendo las demás con el nombre de la Griega. Y sin bien era la Ateniense más que las otras elegante y fecunda, escribieron

los sabios extranjeros a su modo natural, temiendo por ventura, no poder llegar a la pureza del Ática, que tarde conseguían los nacidos en otras partes. Esto se ejemplifica mejor con Teofrasto, que no obstante residiese en Atenas largo tiempo, y fuese juzgado en lo demás elocuentísimo, con todo en el modo de su locución le conoció por forastero una mujer de la misma ciudad. Polión daba en rostro a Livio con la grosería de Padua. Tampoco escapó Virgilio de algún género de oposición, pues como Mantuano le notaban desnudo de la suavidad Romana.

Síguese de aquí, ser toda habla menos pura, cuanto se aparta más de su natural fuente. ¡Oh cuánto se pudiera tocar de camino contra los nuevos perseguidores de la lengua Castellana, contra los que afectan toda diabólica escuridad, poniendo particular cuidado en no ser entendidos!: mas tengo por acertado librar sólo en silencio semejante impugnación, por no merecer censura tan extravagante novedad, tan perniciosa introducción. Así antiguamente hablando Griego los Sorianos y Egipcios, vinieron a deslustrar el candor de su natural idioma, quedando incapaces y torpes en uno y otro.

Las lenguas como todo lo demás, tienen principio, progreso, perfección, corrupción y fin. En su primer nacimiento son toscas, después poco a poco se adelgazan con la policía de las costumbres, y frecuentación de las ciencias. Al cabo, tras haber permanecido algún tiempo en pureza y elegancia, se corrompen, y finalmente perecen. Fueron al principio los Griegos (según refieren Tucídides, Platón y Aristóteles) groseros mucho. Los primeros que entre los mismos comenzaron a ser políticos, fueron los Atenienses. Pulieron éstos su lengua, solicitándole toda perfección; en que no duró mucho, por la asolación que en ella hicieron Macedonios, Romanos, y otros. Por eso no fue posible restituir jamás su propiedad nativa, ni su verdadera elegancia a la forma en que hablaron y escribieron Platón, Aristóteles, Isócrates, Demóstenes. Antes en vez de aquélla, que se puede afirmar, haber sido la mejor del mundo, se fue a largo andar introduciendo otra, diversísima de la primera, usada ahora en Grecia, y en las islas cercanas, con mezcla de diferentes.

Si hasta hoy se pudieran haber conservado las primeras escrituras Latinas, viéramos hablaban de otra manera Evandro, Turno, y el resto de aquella edad, de lo que hicieron después los Reyes Romanos, y los primeros Cónsules. Apenas eran entendidos los versos que cantaban los sacerdotes Salios; mas a causa de haberlos ordenado así los primeros fundadores, ninguno por reverencia de la religión osó mudarlos. Nota Polibio, haberse trocado de tal suerte la lengua desde la primera guerra Púnica hasta la segunda, que no sin gran dificultad se entendían los tratados, hechos antes entre Romanos y Cartagineses, corriendo edades de quinientos años con estilo tan inculto, que en todos no se halló escritor digno de memoria. De allí adelante aplicándose los hombres a las letras, salieron algunos doctos, sin bien cuanto al habla ásperos y oscuros; mas loados solamente por haber sido los primeros inventores y maestros de Latinidad. A ésta volvieron después elegantísima César, Cicerón y otros elocuentes varones, que en gran número florecieron entonces, de quien verdaderamente se reconoce su pureza. Porque después que la República se convirtió en Monarquía, y se corrompieron las costumbres, también se cambió y corrompió la lengua, perdiendo debajo los Emperadores su precedente noble naturaleza. Al fin habiéndose trasportado el Imperio de Roma a Constantinopla,

acometida la Italia continuamente de varias naciones, se le siguió tanta alteración, que se intermitió el hablarla, quedando depositado su vigor sólo en los libros, que en ochocientos años ni se leyeron, ni fueron entendidos. En tanto se perdieron unos; otros consumió la vejez, hasta que después algunos Italianos y Griegos resucitaron con su estudio estas dos admirables lenguas, puédesse decir muertas del todo. Para esto transcribieron, publicaron y corrigieron las obras que pudieron hallar en las librerías, donde como de milagro las reservó la rabia de los fieros bárbaros. Efectuóse con tanta felicidad semejante intento, que casi recobraron ambas el perdido esplendor, y juntamente no pequeña luz las artes en ellas escritas, añadiendo a las de la antigüedad muchas nuevas invenciones. Imitando a tan insignes mayores, deseosos de la humana comodidad, se aplicaron muchos a la interpretación de varias lenguas, trasladando y traduciendo unas en otras. No todos las pueden entender todas: y así ninguno, si no es con malicia podrá negar, seguirse a la República singular beneficio de tal ocupación.

En otra parte advertí, no debían entrar en el número de autores bien entendidos los que sin poseer la fineza y elegancia de ambas lenguas, emprenden groseramente las versiones. Así será propio del ingenioso que a esto atendiere hacer riguroso escrutinio de la fuerza, énfasi, y gala de una y otra lengua, inquiriendo delgadamente qué frases tengan entre sí más digno parentesco, y más dichosa vuelta. Propongo también para el acertado fin deste empleo, ser necesario herede quien traduce las ideas mismas del traducido, transformándose en él de tal suerte, que se pueda afirmar, haberse convertido dos en uno. Si con dulzura y propiedad se pudiese hacer la versión palabra por palabra, argüiría sin duda mayor ingenio; mas no siendo posible, es loable arrimarse (enseña Horacio) al sentido con todo cuidado, de forma que no venga a ser diferente el conceto.

Con igual advertencia fue trasladado el Testamento viejo de Hebreo en Griego y Latín, y el nuevo en Latín del Griego: y por el consiguiente los dos juntos en la lengua Soriana, Caldea, Egipcia, Persa, Indiana, Armena, Cita, Esclavona, Alemana, y en otras; sin cuya utilidad, la mayor parte de los hombres quedaran en perpetua ignorancia del mismo Dios. Y que en esto se halle alguna divinidad, se echó de ver, principalmente entonces cuando Tolomeo Filadelfo deseando colocar en su excelente librería los santos volúmenes del Pentateuco, y de los Profetas, traducidos en Griego, ordenó viniesen para este fin desde Judea, setenta y dos intérpretes, doctos en ambas lenguas. Llegados, para prueba de su fidelidad, los hizo escribir separadamente, hallando después en todos tal consentimiento y conformidad, que no hubo quien de los sentidos de la Escritura discordase. Visto el suceso, fue juzgado haber recibido de Dios este don tan admirable, para que la misma Escritura fuese reconocida por celestial, según fue, y para que la traducción quedase confirmada en mayor autoridad, como hecha no por diligencia de los hombres, sirviendo a las palabras, sino por el Espíritu santo, que llenaba y regía la mente de los traductores.

Por este medio fueron comunicadas de Griego y Árábigo en Latín la Filosofía, la Matemática, la Medicina, y otras muchas artes, junto con casi infinitas historias. Entendida (según escriben Marco Varrón y Columela) por los Romanos la utilidad que se hallaba en los libros de Agricultura, compuestos por Magón en lengua Púnica, se ordenó por decreto del Senado, fuesen convertidos en Latín. Con todo, no se puede negar, contiene de ordinario tal estudio más fatiga que loor, pareciendo sea necesario en él antes

exquisita diligencia, acompañada de buen juicio, que posesión consumada de alguna ciencia. Fuera desto, no es posible, por más que se alcance la propiedad de las lenguas, ser intérprete tan fiel y elegante, que cobre la traducción tanta suavidad y energía como tiene el original. La misma dificultad se ofrece en la expresión de afectos, en los términos de religión, policía, leyes, Magistrados o ciencias, y en las metáforas, alegorías, comparaciones, similitudes, y otras figuras y ornamentos de hablar. Hacen sobre todo difíciles las versiones, los motes y equívocos forasteros, tan propios y naturales en cada lengua, que en otra no se pueden explicar con igual énfasis y gracia. Todo esto es causa de no haber merecido jamás el trasladador más suficiente la propia alabanza que el autor primero; por más que se esfuerce a sentir lo contrario Teodoro Gaza, en esta profesión excelentísimo. Cicerón, padre de la elocuencia Romana, volvió en Latín la Económica de Jenofonte, las oraciones contrarias de Esquines y Demóstenes, el Timeo de Platón, y el poema astronómico de Arato. Mas San Gerónimo hallaba mucho que decir entre sus escritos y sus traducciones, en que de continuo deseaba su nativa facilidad, y acostumbrada elegancia. En suma si se emprenden tales fatigas, por ayudar a los que ignoran las lenguas, o por particular estudio, a fin de formar el estilo con más dulzura y eminencia, y establecer la severidad y juicio sobre los mayores autores, como hacía Tulio, acomodando las virtudes de los antiguos más estimados a las costumbres y negocios presentes, viene a ser sin duda el traducir de grandísimo fruto y momento. Impío según esto será, quien pretendiere menoscabar la loa y aplauso de los que pusieron delante a las naciones los mayores asombros de las letras: esto es, Isócrates, Jenofonte, Demóstenes, Aristóteles, y Platón, a quien llama Séneca maestros del género humano, lumbres que largo tiempo o estuvieron oscuras en las escuelas, o sin ser puestas en uso, sepultadas en las librerías.

Síguese de aquí, convenir en extremo, sepan los más doctos exactamente sus lenguas, sin atender con ansia tan solícita a las forasteras: tanto más hallándose las nativas como vulgares hasta hoy no bien reguladas, ni como se debe comprehensoras de disciplinas. Por tanto, es convenientísimo escribir tal vez en ellas las materias más graves, así para hacerlas mejores, como para servir con su importancia a sus compatriotas. Es cierto lastima ver ocupados a muchos hombres toda la vida en los idiomas estraños, Griego, Hebraico, Arábigo, con que casi ponen en olvido el materno, llenando sus ideas de ignorancia y oscuridad. Error sin duda conocido, consumir tan largo tiempo en aprender las palabras, que debería ser dado al conocimiento de las cosas, a quien mal se puede atender, si pasan los floridos años, y llegan a envejecerse potencias y sentidos.

La sabiduría Romana claro es haberse dedicado de las fuentes Griegas, valiéndose siempre en la profundidad y primor de ciencias y artes de las invenciones estrañeras. Plinio (apuntemos algo de lo con que objetan los antiguos) componiendo la historia natural, se fió de los autores, de quien tomaba las materias sin verificarlas. Cornelio Celso habiendo escrito sobre todo, consiguió solamente loor de general estudioso, aplicándole muchos títulos de mediocre ingenio, sin hallarse algo digno en lo que escribió de Medicina, salvo el estilo y Latinidad, tal cual se usaba en su tiempo. Lo más que se alaba en

Séneca, es la acérrima reprehensión de los vicios, mostrándose en lo demás (según sienten los mejores Críticos) poco metódico. Cicerón que se jata de haber juntado la Filosofía, y la elocuencia del Fuero (lo que no había hecho hasta entonces Griego alguno) es juzgado por mejor Orador que Filósofo, habiendo tratado algunos lugares más por ostentación, que por institución y doctrina. Marco Varrón tenido por el más docto de los Romanos, comenzó la Filosofía más por incitar a los otros, que por instruirlos, como lo testifica el mismo Cicerón. Virgilio confiesa modestamente, ser los Griegos más excelentes Oradores, Poetas, Pintores, Estatuarios; los Caldeos y Egipcios mejores Astrólogos, Geómetras, Aritméticos, y otros extranjeros más insignes en otras disciplinas; afirmando ser la verdadera arte de los Romanos, sojuzgar los soberbios, y mostrarse piadosos con los humildes. Habla Tulio con más alentada osadía. No se contenta con igualar los Latinos a los Griegos, y a otros, sino que los prefiere en muchas cosas, como se nota en el proemio de las Tusculanas, donde escribe: Siempre fue mi juicio, haber sido los nuestros por sí más sutiles inventores que los Griegos; o haber mejorado lo que prestado tomaron dellos, como lo juzgasen digno de fatiga y estudio. Nosotros tenemos mejor ordenadas las costumbres y modos de vivir, mezclando más honestamente unas con otros. Cuanto a la República, nuestros antiguos la templaron con instituciones y leyes más saludables. Pues ¿qué diré de la milicia, arte en que los nuestros se han manifestado excelentísimos? Cuanto a lo demás adquirido más por naturaleza que estudio, exceden sin duda no sólo a la Griega, sino a cualquier otra nación. ¿Dónde se halló jamás tal gravedad, tal constancia, grandeza de corazón, bondad, fe, que pueda ser igualada a la de nuestros mayores? Antes la Grecia nos aventajaba en doctrina, y en toda suerte de letras, en que era fácil superar a quien no hacía resistencia. Es cierto, son los Poetas entre Griegos los más antiguos en ciencia, y por esta parte superiores en orden, por haber sido Homero y Hesíodo antes de la fundación de Troya. No vino tan presto la Poética a nuestros confines. Puesto que cuatrocientos y diez años después de haber sido edificada Roma, publicó Livio una fábula, siendo Cónsul Cayo Claudio, hijo del tuerto, y Marco Tuditano un año antes de la natividad de Enio, mayor en edad que Nevio y Plauto. Fueron los Poetas conocidos de nosotros tarde; y aunque se hallaba escrito en los orígenes, tenían los hombres mientras estaban a la mesa uso de cantar al son de lira las virtudes de los más famosos: muestra Catón, era esto poco estimado en su tiempo. Así mordió en cierta ocasión a Marco el noble, por haberse acompañado con Poetas; siendo así, que este Cónsul, como sabemos, llevó a Enio en su compañía, cuando fue a la provincia de Etolia. Por hacerse pues honra limitada a tales profesores, fueron menores sus estudios. Mas esto no obstante, si algunos dotados de grande ingenio, se aplicaron a la Poesía, tan bien como los Griegos han correspondido a la consecución de gloria. Y si Fabio, nobilísimo varón, hubiera sido alabado, por saber pintar bien, es de creer, se hallaran por el consiguiente entre nosotros muchos Policletos, muchos Parrasios. El honor alimenta las artes, y todos por la gloria son incitados a los estudios, siendo siempre lánguidas las cosas que en alguna parte son reprobadas. Los Griegos estimaron mucho el saber cantar, y tañer con destreza instrumentos: por tanto se dice, tocaba bonísimamente un laúd Epaminondas, según mi parecer el hombre primero de aquella provincia. Y Temístocles habiendo algún año antes rehusado la lira, estando a la mesa, fue tenido por ignorante. Por eso los Cantores florecieron en Grecia, y todos aprendían la música, siendo juzgado poco inteligente quien no la sabia. La Geometría fue acerca dellos en grande estimación, causa de no haber algo tan ilustre como los Matemáticos. Mas nosotros hemos moderado estas

artes, por la utilidad del medir y contar. Al opósito halló aceptación al instante el Orador, bien que sin ciencia al principio, apto con todo para hablar, haciéndose después docto. En esta conformidad se lee, haber sido sabios, Galba, Africano, Lelio, y Catón que fue antes. Después Lépidio, Carbón y los Gracos. Finalmente viniendo a nuestra edad, hemos tenido tan grandes supuestos, que a los Griegos ceden en casi nada. La Filosofía fue pretermitida hasta ahora, no habiendo aún recibido lumbre alguna de la lengua Latina, a quien nos conviene ilustrar. En esto debemos insistir tanto más, cuanto nos viene apuntado, hallarse muchos volúmenes Latinos de hombres de buen ingenio, mas no muy doctos, escritos inconsideradamente.

Y el mismo en la cuarta Tusculana: Así como en muchos lugares he tenido por costumbre admirar los ingenios y virtudes de nuestros hombres; así los admiro principalmente en los estudios, que deseados dellos tardísimo, fueron traídos de Grecia a esta ciudad. Puesto que hallándose desde su primer nacimiento por instituciones, y leyes ordenados divinamente los auspicios, las ceremonias, los comicios, las apelaciones, los consejos de los padres, el orden de los soldados de caballo, de pie y toda la milicia, entonces cuando la República fue libertada del dominio de los Reyes, se hizo ciertamente un progreso maravilloso, y un curso increíble en toda excelencia. Considerando pues los estudios de las ciencias, muchas razones me hacen pensar hayan sido las mismas trasportadas donde se les ha correspondido con cultura, y conservación. Según esto ¿cuántos Poetas han florecido en corto espacio, cuántos Oradores? De tal manera, que parece llegaron los nuestros fácilmente a todas las cosas al paso que dellos fueron deseadas. La profesión de sabiduría ha sido antigua en ellos, mas todavía no hallo quien pueda nombrarse sabio antes de la edad de Lelio, y Cipión. En la juventud éstos enviaron a nuestro Senado los Atenienses por Embajadores a Diógenes Estoico, y a Carneades Académico, electos en tal cargo en virtud de su mucha inteligencia, y doctrina, sin haber manejado jamás algún negocio público. En suma entre tantos como escribieron en diversas profesiones, algunos trataron de las leyes civiles. Otros compusieron oraciones, o historias, anteponiendo esta disciplina del vivir bien por la más venerable de todas, representándola más con el ejemplo de la vida, que con las letras. Según esto, en aquella verdadera y elegante Filosofía que comenzó con Sócrates y ha quedado entre Peripatéticos y Estoicos (sectas que dicen lo mismo, bien que por diverso modo, esforzándose los Académicos a decidir sus diferencias) no se hallan algunos escritos Latinos, o si los hay, es su número pequeño, tanto por la grandeza de las materias, cuanto por los impedimentos de los hombres. Hasta aquí Tulio.

Quintiliano, que sucedió a Cicerón en vida, equiparando los autores Latinos con los Griegos; primeramente cuanto a la poesía heroica, atribuye el segundo lugar a Virgilio, admirando singularmente la feliz y fácil naturaleza de Homero, y en Virgilio la diligencia y curiosa imitación. En la Elegía hace gran caso de Tibulo, y Propercio, a quien iguala con Elegíacos Griegos. De los Líricos señala el primer lugar a Horacio, mereciendo casi solo ser leído. Confiesa no poderse imitar Píndaro. La tragedia Latina no llegó a la gravedad de Sófocles, ni de Eurípides, y mucho menos la comedia a la gracia, y facundia Ática. Ningún Poeta Latino ha hecho obra Yámbica, o Ditirámbica. Los Latinos fueron más felices en la historia, que en la Poesía, no siendo Salustio inferior a Tucídides; ni Tito Livio a Herodoto. Mas por lo que toca a la elocuencia, es cierto haber sido sus

mayores lumbreras Demóstenes, y Cicerón. Fueron estos dos Oradores, semejantes en sus inventivas, y disposiciones. Observaron el mismo orden, y casi la misma forma de decir en los discursos, en las preparaciones, y argumentos, sin bien diferentes mucho en los afectos, y locución. El uno es más ceñido, el otro más abundante. El uno concluye en menos palabras; el otro disputa más difusamente. El uno es siempre agudo; el otro por la mayor parte grave. Nada se puede al uno quitar; nada al otro añadir. Finalmente, se descubre mayor diligencia en Demóstenes, mayor naturaleza en Cicerón. Era vedado en Atenas usar proemios, y epílogos, ni al Orador era permitido el comover afectos; por lo que viene a ser inferior Demóstenes, pero la lengua Griega de que usaba, era mucho más feliz, y más deleitosa que la Latina. Demás, quien quisiese inquirir la calidad de ambos personajes, y cómo vivieron, hallará no poco semejantes sus vidas, y fortunas. Principalmente, uno y otro de principio bien limitado, y casi oscuro, ascendieron a grande autoridad. Los dos fueron de su ciudad desterrados; después vueltos a llamar con singular honor. Formaron queja de los señores de más poder, en cuyas manos cayeron, muriendo cuando espiró la libertad de sus ciudadanos. No así los insignes Poetas, que viviendo en solitario reposo, terminaron sus vitales cursos más felizmente. Sin estas semejanzas, y diferencias, no hay duda, haber empleado Demóstenes todo su espíritu, y ciencia natural, o adquirida en el arte de la facundia. Así en vigor, y virtud de elocuencia, aventajó a cuantos en su tiempo trataron de entremeterse en la profesión Causídica. Cediéronle en gravedad, y magnificencia de estilo, cuantos pretendieron hacer mayor muestra, y ostentación con sus escritos: y en exquisita diligencia, y artificio todos los Sofistas de la Grecia, y maestros de Retórica. Por otra parte, Cicerón fue tan instruido en ciencias, cuanto se podía esperar de un hombre político, empleado ordinariamente en los hechos privados, y en los negocios públicos, civiles, y criminales. Esto confirman muchos libros Filosóficos, que de su propia invención escribió al mundo, siendo también fácil de conocer por sus Oraciones, en que buscaba ocasión de mostrar como de paso, que era docto. Sus estilos descubren por el consiguiente las ideas, y retratos de su natural. En el suyo Demóstenes, nada tiene de jocoso, nada de motejador. Es por toda su serie restringido, y mirado. Todo lo hiere al descubierto, resintiéndose, como si dijésemos, de un gran trabajo con todo rigor de naturaleza. Al contrario Cicerón, que a menudo se valía de donaires, hasta dar en gracioso, y burlón. Tal vez en sus Oraciones convertía, por venirle a propósito, en risa y juego, las cosas de más importancia; y tal olvidaba la obligación de persona tan grave, y sabia cómo era. En sus composiciones asimismo, se ve hablar el uno de sus alabanzas con tanta modestia, que ninguno podría escandalizarse. Evita todo género de circunloquios, y arengas, salvo en negocios de grandísima consideración, para hacer bien capaces a los oyentes. Diferente Cicerón, cuyas numerosas repeticiones de una misma cosa (de que a todos propósitos usaba en sus Oraciones) demostraban en él un excesivo deseo de gloria. Loaba sin medida, no sólo sus actos mayores, sino los más menudos, exagerando niñerías, ya en voz, ya en escrito; como si le tocara más controvertir con algún Retórico Escolástico, que corregir los errores del Romano pueblo. Parece, no quería fiar los propios loores de ajena intención, y lengua, como si alcanzara esta edad, en que se ve tanto escuadrón de hombres, que miden los ajenos estudios con las cortas fuerzas de sus ingenios. Mas sin duda, el solicitarse opinión con industrioso hablar solamente, o mendigarla con artificio, es cierto cosa de humilde corazón. Por eso conviene confesar haber sido esta parte Demóstenes más grave, más cuerdo, más generoso. Confesaba el mismo, era toda su elocuencia, sola una costumbre

granjeada por largo ejercicio, que tenía necesidad de quien con paciencia quisiese oír; y que así juzgaba impertinentes, locos, y vanos los que de semejante uso se gloriaban.

Cuanto a la Jurisprudencia que en Roma tras la elocuencia obtenía el segundo lugar, toda su reputación, sin controversia, pertenece a Italia. No se halla en otras Provincias, y Repúblicas cuando más bien instituidas, quien hiciese profesión de solas leyes civiles. Los Atenienses, y Lacedemonios, de quien fueron traídas a Roma, no las usaron de suerte, que las tomasen por facultad. Menos los Egipcios, Asirios, Persianos, Cartagineses, Macedones, Partos y otros, cuyos poderosos dominios fueron con buena policía gobernados. Semejantes profesores (de quien para las razones se valían los particulares ciudadanos) atendían a encaminar los estilos, en los pleitos; consultándolos hasta sobre los más menudos negocios. Enseñaban a guiar los procesos; la manera de entender los autos; proponer las excepciones, pedir términos; alegar tachas; representar nulidades; producir escrituras, responsorios, contradictorios; poner demandas; ofrecer informaciones, y en hallándose las causas en estado, a definir las después de haberlas con diligencia examinado, y juntamente a ejecutar sin dilación las sentencias. Su autoridad vino a ser en Roma, y en Italia tan grande, que no se hacía obligación, pacto, transacción, contrato, rescisión, o cualquier otra cosa, sin su participación y consejo. Y los hombres acudían a ellos, no sólo por los casos concernientes a la razón civil, sino también por las demás pretensiones, y manejos. Los mismos aconsejaban a los Emperadores, al Senado, y también al pueblo, en las ocurrencias de los amigos. Eran llamados en paz y en guerra; ocasión de ser dichos Prudentes. No se podía ejercitar esta profesión, sin haber visto, sin haber leído y oído mucho; sin conocer las cosas antiguas; sin entender la disposición del género humano; la naturaleza de lo justo, y de la equidad, sin haber observado las costumbres de diversas naciones, y especialmente de la suya. Cuán al revés de lo de ahora, pues los más con cuatro textos mal sabidos, se las apostarán en sabiduría legal al mismo Ulpiano. Bachilleres al fin, mas esto en el sentido común; todos voces, todos insuficiencia, todos ignorancia, sin método, sin formalidad, sin discurso.

Escribieron casi infinito en la Jurisprudencia, sobre cuyos libros cayó la abolición de Justiniano, después de haber hecho recoger las Pandectas que hoy corren. Gran pérdida para tal arte, y para la lengua Latina, no habiendo quedado de los antiguos Jurisconsultos excepto que algunos pedazos, mal cosidos y dispuestos. Su verdadero oficio era exponer los sentidos de los editos de los Pretores, de las constituciones del Senado, decretos del pueblo, órdenes de los Príncipes y otras leyes; demostrar las razones de cada una; avisar cuáles se debían observar, renovar, o anular, según los lugares, tiempos, personas y circunstancias. Trocáronse ya las manos, y así hoy los que habían de servir de rectos intérpretes, de causídicos verdaderos, de amorosos árbitros, se volvieron engañosas hienas, hambrientos lobos, codiciosas garduñas.

Consiste todo su cuidado (queden siempre reservados los sabios y virtuosos) en intricar las causas, en solicitar dilaciones, con que vengan a perder los interesados haciendas, y vidas. Tan grande exorbitancia descubren en razón de interés, que tal vez obligaron con ella a que los Magistrados les pusiesen tasa. Mas sin duda fuera semejante exceso tolerable, si se fundara en causa lícita, y en cumplir con su obligación. Patrocinan a bulto sin examinar justicia, ni despedir negociante. A todos entretienen con frívolas apariencias.



No escriben, ni hablan cosa de sustancia. Así todo es manchar papel, lejos del punto, remotísimos de la decisión. Mas póngase fin a esta parte, que aunque al parecer escusada disgresión, puede entrar bien en el número de importantes noticias.

#### VARIEDAD DUODÉCIMA.

EL estudio de las ciencias es un camino tan dilatado y difícil, que pensando algunos hallar su fin, apenas suelen pasar de su principio. Otros llegando a los términos de un entender profundo y curioso, en vez de la quietud que de allí esperaban conseguir, añadieron al ánimo turbulencias. Con este pretexto, afirma la mayor parte, ser lo mejor saber poco, atribuyendo a la ciencia la causa de la humana imperfección. Persuadidos desta máxima, no tan presto se dan a su aplicación, cuando se retiran; y valiéndose de interrupción, procuran disuadir a los demás el seguirla. Por esta misma razón impiden muchos padres a sus hijos la ocupación de las letras, pareciéndoles este camino de mucho gasto, y no corto; ya que para enriquecer se hallan hoy no pocos, más provechosos y breves. Unos y otros merecen no pequeña reprehensión, pues no conviene ahorrar asistencia y trabajo para adquirir los tesoros del alma racional, que son las ciencias. El hombre (dice Aristóteles) fue criado para entender y hacer; por eso es necesario preceda la instrucción a la obra. El conocimiento engendra el juicio, por quien se ejecutan cualesquier virtuosas acciones. Síguese, ser rico y seguro medio el del estudio para darnos inteligencia; demás de no haber cosa que con él pueda ser comparada, por consolarlos mientras vivos, y hacernos vivir cuando muertos.

¡Que amada sería la ciencia (dijo Platón) si fuese conocida! No son tan necesarios el aire y fuego para la vida, cuanto el arte y regla de bien vivir, que se conocen por las letras. Y así como la salud es la conservación del cuerpo, así la doctrina es custodia del alma. Lo que es provechoso no sólo a una casa y familia, a una ciudad y nación, sino universalmente a todo el género humano, débese con razón estimar por más precioso, y como tal comprarse con todo el caudal de la hacienda. Pero si esto fuese la verdadera sustancia de todo bien y felicidad, y la causa eficiente de prudencia, guía necesaria de las acciones humanas para hacerlas dignas de inmortal gloria, ¿qué más se podrá desear, o qué más pretender para alcanzar los tres inestimables requisitos de útil, deleite, y honor, con tanto anhelo apetecidos de los hombres? Ocasionará la mayor copia de tesoro alguna alegría al dueño, mas siempre con imperfección, pues siendo toda riqueza ciega por sí, no puede comunicar claridad al alma, antes saca della su hermosura y resplendor, cuando se halla conjunta con la virtud. Los grandes ejércitos consiguen reputación y gloria con vitorias señaladas, mas si no tienen por fundamento sus empresas, derecho y justicia, no se libran de injusto título, y por el consiguiente de vituperio. Navegando el mercader por mares espaciosos podrá reportar ganancia de su tráfigo, mas comprada con peligro de la vida, con riesgo de su caudal. Ni esto sucederá tampoco, sin tener primero fundado bien su viaje sobre cierto discurso de razón, y conducta de experto piloto. Estas cosas así pobres por sí, y que de otros mendigan todo su ornamento, ¿acaso aseguran algún cierto gusto, algún honor verdadero, o alguna grande utilidad? No por cierto, antes comunicarán un continuo sobresalto, y recelo de mudanza en peor estado que antes tenían, por la

inconstancia y poca certeza del ser humano. Pues ¿dónde podremos buscar estas raras y excelentes propiedades de utilidad, deleite, y honra todo junto? Sólo en la ciencia. Ella cuanto a lo primero, endulza la naturaleza de los mortales, antes indómitos y silvestres, y los vuelve más capaces de razón. Después les establece, y asegura el juicio, para que puedan pasar el curso desta vida con toda quietud, y con la misma hacer tránsito a la eterna. Esta sabiduría es la que hace al hombre considerado. La doctrina engendra prudencia, y ocasiona al alma un indecible placer. Es la inquisición de la verdad la propia obra, y perfección del espíritu, ni hay deleite que llegue al que recibe de la erudición. La ciencia, es quien guía, y conduce los juicios humanos, por cuyo medio vienen a cumplir sus más loables deliberaciones, así en los hechos de guerra, como en el establecimiento de Leyes, Reinos, Monarquías, Repúblicas, Ciudades. Y al paso que se hallaren instruidos, tendrá el manejo de los negocios, feliz, o infeliz suceso. A este propósito dijo Séneca, saldrían tarde, o nunca buenos Gobernadores, los que sin ciencia, con la experiencia sola, aunque hubiesen nacido con casi divinos talentos, emprendían las cosas públicas. Al opósito de los que se propusiesen adornados de preceptos, que casi luego sin penalidad se hacen dignos de los cargos. ¡Oh sabiduría (exclamó Cicerón) sola causa de la virtud, sola mortal enemiga del vicio! Tú edificaste las ciudades; congregaste los hombres esparcidos y errantes, a fin de pasar en compañía de vida y amistad común, con prolongación de dichoso estado. Tú primero los juntaste por casas, y matrimonios; después por la armonía de voces y palabras. Tú has sido inventora de leyes, guía y maestra de costumbres y disciplinas. Sólo a ti tenemos los mortales recurso en nuestras aflicciones; sólo en tus brazos nos ponemos, y a ti sola pedimos socorro. Y a la verdad un día gastado rectamente, siguiendo tus santos preceptos, debe ser preferido a una inmortalidad infame, y viciosa. ¿De qué riquezas nos valdremos antes que de las tuyas, pues nos diste liberalmente los modos de adquirir la tranquilidad en esta vida, quitándonos todo miedo, y terror de la muerte?

Podémosnos en suma asegurar, ser sola la ciencia en nosotros calidad inmortal, y divina, y regla infalible que reduce así la paz como la guerra a su perfecta forma, sin quien el que quisiese fabricar un edificio de felicidad, o gloria, sería como ponerse a navegar en mar alta sin timón, o caminar por lugares incógnitos sin guía. Conociendo pues los antiguos la soberanía y dificultad de la ciencia, cuya posesión sin notable trabajo (como sucede en todas las cosas grandes) no se podía adquirir, dividieron su todo en diversas partes. Así procuraron nos fuese provechosa su industria; porque de grado en grado, sin sumergirnos en la inmensidad de su piélago, nos hiciésemos cada día más capaces.

Primeramente pues, todas las artes y ciencias que se tratan con razón fueron reducidas a tres géneros principales. Filosofía, Retórica, y Matemática. Después se dividió cualquiera de las tres en otras partes, y especies. La Filosofía en Moral, Lógica, y Física. La Retórica en demonstrativa, deliberativa y judicial. La Matemática, en Aritmética, Música y Geometría. Luego para mayor facilidad, y para que con más comodidad se aprendiesen, fue puesta en método toda la Filosofía humana, como la tenemos hoy, de donde se derivó el nombre de artes liberales, por ser sólo dignas del varón libre. Esto es la Gramática, que es el ingreso y principio de todas las ciencias. La Retórica; arte de decir bien, y persuadir. La Dialéctica, y Lógica, hallada para deprender con argumentos las verdades. La Física, que consiste en el estudio de las cosas naturales. La Metafísica en el de las

sobrenaturales, y la Matemática que tiene muchos miembros. El primero es la Aritmética, ciencia de números, y fundamento de las otras, sin quien niega Platón pueda haber hombre que sea ni Filósofo, ni gran Capitán. Síguese la Geometría, como si dijésemos arte de medir la tierra, importante por el consiguiente al Capitán, y a muchas cosas militares. Suceden la Cosmografía, y Geografía para conocer la situación del universo desde el giro del más alto Cielo, llamado primer móvil, hasta el centro de la tierra, de sus diversas razones, y temperaturas particulares. Viene luego la Astronomía a propósito, para conocer el curso de las Estrellas. Ésta, como sienten algunos, aunque curiosa, es de poca consideración por lo que hace divertir a quien la profesa. Contentáronse nuestros primeros padres con la práctica, y experiencia de verlas hasta que los sucesores compusieron, y les aplicaron nombres de Saturno, Júpiter, Marte y otros, atribuyéndoles varias naturalezas (según sus imaginaciones) y otras potencias sobre nuestros cuerpos. De allí ha salido la Judicaria, donde se engañan y pierden tantos buenos entendimientos, originándose della tantos abusos. La Música, se pone también por uno de los miembros de las Matemáticas, como ciencia sacada de los números; ya que por ellos fue hallada la proporción armónica, por cuya razón viene a ser también su compañera la Poesía.

Hácese bien conocer en este breve discurso, la extensión admirable de la ciencia, y cuán difícil sea, antes cuán imposible llegar a su perfección, y al entero conocimiento de todas sus partes. Debemos por tanto primeramente buscar las más necesarias; después desear entenderlas todas medianamente, según los favores del Cielo, repartidos en las almas. Ni deben encoger, o apocar el ánimo las dificultades que se proponen al proseguirlas. La grandeza de Alejandro no quitó a los sucesores intentar toda suerte de generosas empresas, ni el saber admirable de Platón, estorbó jamás a Aristóteles el tratar a su placer de la Filosofía.

Quien desconfía de su ingenio, y propias invenciones, muéstrase con demasía ingrato. Parece juzgar haber colocado la naturaleza, madre de todo, en algún sujeto todos sus dones y gracias, y que después haya querido estar siempre ociosa, y estéril, casi como dando a entender carece ya de fuerzas para producir sujetos de admiración. Esfuerzo pues conviene mostrar en la investigación de las disciplinas, sabiendo ser grandes las cosas que tienen vecindad con las perfectas. Déjase bien entender ser el manejo de los volúmenes importantísimo para salir con este intento. Es el mundo una tienda de joyería, llena de diversas cosas de varios precios, que se venden a todos. Así en los libros, cuyo deleite va enderezado a tantos y tan diferentes gustos, es forzoso, no sean todos de materias graves, haya algunos entretenidos. Mas esto con tanta consideración, que jamás se pierda de vista la excelencia del método, jamás se yerre el blanco del buen ejemplo. Los que no fueren deste metal, entréguese sin dilación al fuego, como aconsejaba Horacio a Telesino.

Prosiguiendo pues mi propósito, digo ser los buenos escritos, maestros de toda virtud y verdad; alimento, reposo y quietud de las almas. La utilidad que dellos se saca, se puede en parte inferir de lo que a Crespo Rey de Lidia aconsejó Anacarsis. Sabe (le dijo) aprendemos

en los estudios de Grecia, primero a obedecer que a mandar; a callar que a decir; a humillarse que a ensoberbecerse. Antes a contentarse con poco, que a codiciar lo mucho; a perdonar injurias, que a solicitar venganzas; a dar nuestros bienes, que a usurpar los ajenos; antes ponemos trabajo en ser virtuosos, que en desear ser honrados. Finalmente, nos enseñan a despreciar la riqueza amada de otros, y a estimar en mucho la pobreza dellos aborrecida.

Estos son los suaves frutos de la ciencia, y estudio de aquellos antiguos sabios, con quien de ninguna manera es comparable el mayor tesoro, acerca de cuya posesión, es género de infortunio el ser dichoso. Las historias confieren mucho, como tesoreras de las cosas pasadas, ejemplos de las futuras, prueba de nuestros hechos, arquitectos de nuestro honor. Ellas nos hacen ver sin algún detrimento lo que tantos millares de hombres han probado con pérdidas de sus vidas, honras y bienes, a fin de hacernos sabios con sus peligros. Es engaño entender, podemos sacar con sólo nuestra experiencia las excelentes instrucciones que comprehenden sus discursos: pobreza sería todo, comparado con sus grandes riquezas. Es la prudencia por uso, demasiado peligrosa; y tárdase tanto en llegar, que por la mayor parte mueren los hombres antes de adquirirla; de modo que para poseerla fuera bien menester vida segunda. Por tanto, conviene acelerar su venida con la inquisición de las cosas que antes sucedieron; y así se debe juzgar por don particular del Cielo, pues quiso fuesen por su medio continuados en las memorias de los vivientes sus maravillosos hechos. Preguntado Zenón, cómo podría el hombre ser dichoso, respondió: Acercándose, y escuchando a los muertos. Esto es, si leyendo las historias, procurare deprender las doctas advertencias de los pasados. Casi lo mismo respondió a Tolomeo uno de los Sabios intérpretes. Otra excelente calidad suya es, hacer viejos a los mozos, puesto que los ejercitados en su inteligencia, se veen salir tales (bien que de pocos años) en el conocimiento de las humanas operaciones, que no se diferencian de los más ancianos. Al opósito los ignorantes de las cosas sucedidas tiempos atrás, se hallan siempre ceñidos de tal simplicidad, que en la patria donde nacieron y se criaron, parecen en todo extranjeros.

Échase de ver (volviendo a la lección de buenas composiciones) lo mucho que las estimó Alejandro, cuando entendiendo había Aristóteles sacado a luz algunos escritos, se dolió con él escribiendo leve en esta conformidad: Maestro, no hiciste bien en publicar tus libros de las ciencias especulativas. De igual condición seremos desde hoy todos, pues comunicas generalmente lo que nos enseñaste en secreto. Y quiero sepas me sería más caro, superar los otros en la inteligencia de las cosas altas y

virtuosas, que en la potencia. Julio César en medio de sus ejércitos cuidada de sus Comentarios, y el tiempo que le sobraba de combatir, lo empleaba en escribir y leer, ocupando ambas manos con lanza y pluma. La prudencia adquirida con los estudios, hizo conduciese Jenofonte (dicipulo de Sócrates) de Persia a Grecia, un ejército de diez mil hombres a pie, vadeando cincuenta ríos, y pasando por medio de cien mil adversarios que le perseguían sin poderle romper, no obstante combatiese infinitas veces; tan singular se mostró en todas su providencia.

Los éxtasis de los sujetos por el recreo de las ciencias han sido en muchos singulares. El pintor Nicias se deleitaba tanto sus obras, que preguntaba por instantes a sus criados

estando ayuno, si había comido. Sócrates fue visto en la estación del Verano, estar en pie veinte y cuatro horas continuas, contemplando, y discurrendo; de cuyo pensamiento arrebatado sacó por conclusión entonces, que sólo había un Dios; y que el alma era inmortal. El emperador Carlos Quinto, habiendo ido un día al Colegio de Praga, por oír las disputas de la virtud que allí se hacían, se detuvo a escuchar cinco horas. Al fin cuando sus cortesanos (a quien semejante detención daba molestia) le dijeron era tiempo de cenar, respondió, había ya pasado para él, pues tan bien había cenado. Roberto Rey de Jerusalén, y Sicilia, doctísimo Príncipe, fue tan aficionado a las letras, que decía ordinariamente en caso de serle forzoso perder su Reino, o la dotrina, eligiera antes la conservación ésta que la de aquél. Mucho pudiéramos decir de varios personajes, a quien las letras causaron increíble placer. El ejemplo de nuestro Rey don Alonso, es en todas partes vulgarísimo, lo propio el de Carlo Magno, fundador de aquellas dos ínclitas Universidades, París, y Pavía. Otros Reyes vivieron, a quien justamente se les dio nombre de restauradores de ciencias, y disciplinas, poniendo todo el esfuerzo de su liberalidad en decorar continuamente sus profesores con honras, y premios. Amemos pues con todas veras este divino objeto, lejos de toda soberbia y presunción, imitando a Sócrates, que con ser el más docto de su tiempo, afirmaba siempre de sí, no saber cosa; procediendo en todo con tanto tiento, que jamás respondía sino casi con duda, diciendo, parece, o puede ser. Para esto hallo ser dos cosas necesarísimas, pronto espíritu para comprender, y para retener firme memoria, circunstancias que a concurrir en un sujeto, le harían sin duda maravilloso.

Así como las obras de la potencia divina, son del todo incomprendibles a los sentidos exteriores del hombre, así no debe alguno admirarse si le es tan difícil el conocimiento de sí propio, para todo tan importante. Es claro excede su composición en gran manera a todos los efectos visibles de naturaleza. Infírese, que si viene a ser para él de tanta dificultad esta noticia, la tendrá mucho mayor para comprender la ciencia de las cosas mayores y sobrenaturales, escondidas en el Cielo. En esta conformidad ¿habrá alguno que se pueda jatar de tener cabal inteligencia de la parte principal de sí, esto es, del espíritu? ¿Quién soy yo? decía Sócrates. ¿Soy por ventura un individuo, compuesto de cuerpo y alma, o más presto un alma que se sirve del cuerpo? ¿O es cualquiera de nosotros la principal porción del alma, por quien entendemos, discurremos, y obramos, siendo las otras partes corpóreas, no más que instrumentos, y órganos de aquella misma potencia? Así pasa más adelante, discursando variamente sobre materia tan difícil. La misma tratan los más agudos Filósofos con trabajo increíble, ansiosos por llegar al conocimiento de su parte más noble, que es el alma, o espíritu, tomando indiferentemente uno por otro.

Entre todos habló Sócrates con más excelencia de su inmortalidad, diciendo ser con verdad ella lo que es hombre, y no esta mortal masa del cuerpo, que es en su ser nada más que el simple y vil instrumento, comparado con el más ingenioso artífice de cualquier ciencia. Por esta razón muriendo entre sus discípulos, preguntado por Clito, dónde quería le enterrasen, Cuanto a Socrates, respondió, no es menester recibas enfado, porque te sería imposible el encerrarle, respeto de tener preparada su tumba en todo tiempo. Cuanto a lo que deja acá bajo, no es digno de su pensamiento. La mayor cosa (advirtió Periandro) que se puede decir contenida en pequeño lugar, es el alma en un cuerpo humano. Empédocles pregunta, ¿quien nos dio la sustancia del alma, y el principio de la vida, ya

que el cuerpo sólo es un compuesto, terrestre y mortal? Claro es ser su generación celeste, y como tal enviada de arriba, deteniéndose en el mundo como pasajero desterrado de su patria. Así continuamente suspira y gime cual noble planta, trasportada de bueno en mal terreno. Deshácese hasta volver, y ser recibida en su eterno albergue, cambiando con la otra inmortal y cierta la presente vida, para ella no más que ilusión de algún sueño. Semejantes Filosóficas especulaciones, son convenientes mucho, para conducirnos al dichoso fin que buscamos de nuestro ser. Porque si somos bien instruidos del lugar grande, y honroso que tiene el alma sobre el cuerpo, tanto en su generación, cuanto en las contemplaciones y acciones; y que de su felicidad (como ya se trató) depende la del entero edificio humano, es justo aplicar todo desvelo en hacer provisión de las cosas que desea, y que le son más propias, y saludables.

Esto así cuanto al alma. La excelencia, y dignidad de sus potencias, a todos es ya bien notoria; cuyos oficios son como gobernalle de bajel, como norte de vivientes. Parece pues, se puede afirmar, sin nota de algún absurdo, concurren todas tres en la clara, y fácil aprehensión de cualquier negocio. Es el entendimiento como hoja de papel blanco, en que creciendo el hombre de edad, y juicio, escribe las imaginaciones, y pensamientos que le traen el estudio, y doctrina. Por el conocimiento de la razón se forma la inteligencia, siguiéndose la memoria, madre (según Plutarco) de las musas, tesoro de ciencias, oído de cosas sordas, y vista de ciegos. Así nada como ella sirve tanto para engendrar, y conservar las letras, y el saber. Léese de Mitridates Rey de Ponto, grande enemigo de Romanos, que teniendo bajo de su dominio veinte y dos naciones de diferentes lenguas, las aprendió todas, y respondió a las demandas de todos en su mismo idioma. Temístocles, conocía por sus nombres a todos sus ciudadanos. Cineas Embajador del Rey Pirro, el día siguiente de su entrada en Roma, saludo a todos los Senadores, y Caballeros por sus propios nombres. Cuéntase de Publio Craso, oía hablar en un mismo instante cinco suertes de lenguas, y respondía en la suya a cada uno. En que se descubre, era dotado de espíritu vivo y pronto, y de memoria fácil y firme para retener, concurso difícil de hallar en muchos. Letrado conocí tan memorioso, que recitaba todas las leyes del Derecho; mas carecía totalmente de discurso y capacidad. A esta traza se hallan no pocos, monstruos quanto a memoria, mas brutos quanto a entendimiento.

La perfección destes dos grandes dones de naturaleza consiste sin duda en la posesión de un claro juicio, procedido del aditamento de razón, y purgado de los yerros de ilusiones, y de toda vana opinión. Trocaríamos (dijo Platón) el ser de humanos con el de divinos, si la memoria pudiese retener tanto quanto leer y ver los ojos. Refieren de Julio César, dictaba a un mismo tiempo a cuatro secretarios cosas diferentes. Séneca recitó dos mil nombres diversos, sólo con haberlos oído, comenzando del último, y acabando en el primero. El no amar y creer de ligero las cosas (efeto de la voluntad según Plutarco) hace tardas las personas al comprehender, y por consiguiente remisas al acordarse. El aprender, es lo mismo que recibir alguna impresión: de aquí se sigue ser más aptos para encomendar a la memoria los que menos resisten; los que más presto creen. Otros (como escribe Justino Mártir) alegan por causa de la prontitud, o remisión del ingenio, la buena, o mala mistión, y templanza de los elementos, que componen y establecen nuestro cuerpo; y por el consiguiente de la simetría y proporción de las partes orgánicas, o instrumentales a él conjuntas.

Hasta aquí se propuso cuán necesario sea al hombre el conocimiento de la Filosofía, cuán bueno abrazar la virtud, y huir el vicio. También cuán grande sea la utilidad de las ciencias, la lección de los buenos libros, y sobre todo cuánto importe para poseer los tesoros que encierran, la prontitud del ingenio, la felicidad de la memoria; es de ver cuál sea su obligación en seguir lo lícito y honesto, y con qué prudencia ha de gobernar sus acciones, que son como frutos producidos de las precedentes plantas.

El primero punto (esto es de obligación y deuda natural) se divide en dos partes. La primera mira a Dios, perfecto y sumo bien, a quien debemos el ser, la conservación y abundancia de bienes a esta vida necesarios, que derrama liberalísimamente sobre malos y buenos. La satisfacción de tantos dones y beneficios, quiere aquel inmenso Señor, libremos en un amor encendido, acompañado de honor, reverencia y servicio suyo; y en una voluntad resignada y obediente a sus preceptos, de quien nace la regla de la perfecta justicia, dada en la divina Ley, como madre, y custodia de todas virtudes; antes como origen y raíz de todos bienes.

La otra parte es concerniente al prójimo, que viene a ser caridad con ejercicio. Por ésta tenemos obligación de no hacer cosa contra las leyes, ni público provecho; de no amedrentarnos por algún daño, ni debajo de cualquier pretexto. Antes mostrarnos siempre constantes en la acción, en el uso perfecto de la virtud, y en las cosas honestas por sólo su amor. No hemos nacido (dice Tulio) sólo para nosotros. Sábese deben sentir alguna utilidad del propio nacimiento, la patria, los deudos, los amigos; ya que cuanto se halla sobre la tierra, todo fue criado para los hombres, y los mismos para socorro unos de otros. Por manera que si queremos seguir la naturaleza, todos nos hemos de emplear en el bien común, y por la conservación del consorcio humano, no se ha de perdonar a la industria, al trabajo, a la hacienda. Es cierto vive mucho mejor, quien menos vive para sí. Los Gentiles fueron grandes observadores desta ley que entre ellos imprimió la naturaleza en las almas, hasta sacrificar por el general beneficio los hijos a sus falsos dioses, y no solamente los hijos, sino a sí propios.

Calano Indio Ginosofista, hallándose viejo, tras haber hecho sacrificio, vino a despedirse la última vez de Alejandro, con quien había venido a Babilonia. Después, según costumbre de los sabios de su provincia, se estendió sobre un gran monte de leña, para tal intento prevenido, y ordenando le pusiesen fuego, se abrasó, ofreciéndose por la patria en víctima a sus deidades. Procedió en esto tan sin alteración, y con tan maravillosa constancia, que Alejandro estaba presente, confesó haberle vencido aquél en grandeza de corazón, y en magnanimidad de ánimo. A propósito entraba aquí un elogio, o Panegírico, a los que en esta edad rigen la policía de la República, a los que suelen dar título de padres de la patria. Morirían si fuese menester, mas sería por acabarla de consumir, por arruinarla del todo, chupando como viles sanguisuelas su sangre, devorando como torpes arpias su vigor. ¿A quién no admira la estrecha observancia de la antigua religión de los Egipcios, Griegos, y Romanos; movidos del deseo de pagar la deuda de su ser al honor de una divinidad falsa y frígida? ¿Qué pues no debrían hacer los nacidos en el gremio de la Iglesia Católica en obediencia de sus preceptos, enderezados a la propia caridad, y bien del prójimo? Mas ¿de qué sirve dar voces en desierto? pasemos adelante.

Notable (cuanto a finezas de religión) es el ejemplo de los Judios, celadores con todo extremo de su ley. Cayo Emperador envió a Siria a Petronio, con orden hiciese guerra a sus habitantes, cuando no permitiesen poner en su templo su imagen. Rehusando esto los Hebreos, advirtió Petronio, les sería necesario combatir contra César, sin considerar cuáles fuesen sus riquezas; y cuál la impotencia suya. Nosotros (fue su respuesta) por ningún caso combatiremos; mas sin duda nos dejaremos matar antes que removernos de nuestra ley. Así, ofreciendo muchos las gargantas, decían hallarse prompts para recibir el golpe. Y en estado semejante se detuvieron (como Josefo refiere) por espacio de cuarenta días, dejando pasar el tiempo de sembrar los campos; causa de que Petronio difiriese la ejecución cometida, escribiendo en el ínter lo sucedido a Cayo, que con su muerte los libró de tan grande calamidad.

Ejemplifiquemos algo más la ardiente afición con que abrazaron los antiguos el bien, y salud del estado público, procurando aprovechar a todos, y en particular a su patria, por cuyo servicio juzgaron gran felicidad perder la vida. El dulce afecto que la naturaleza imprime en el corazón, y la conformidad de humores que se hallan de ordinario en los cuerpos con el Cielo, y aire, donde desde el principio respiramos, parece engendra un impulso recíproco, y natural, que junto con la razón de la rectitud humana, con la religión del derecho divino, y con la deuda de la conciencia, obligan a que todos con todo su poder sirvan y se apliquen a la solicitud del común provecho, bajo de cuyo título se comprehende la vida, el honor, y bien de cada particular. Catón Uticense, habiendo venido algunos amigos suyos a darle gracias, por haberlos patrocinado en juicio de una falsa acusación: respondió, pertenecía aquello a la República, con quien era menester mostrar agradecimiento: puesto que por sola ella aconsejaba, y hacía todas las cosas. Por esta causa también, emprendió la persecución de los Tribunos del pueblo, por resistir a la facción de Pompeyo, que procuró hacer dar a Metelo el mismo oficio, por asegurar las propias pretensiones, y fortificar su liga. Ahora es tiempo (dijo Catón a sus amigos) de emplear y distribuir la potencia y autoridad, por sostener la ruina que amenaza a la patria. Ahora conviene o vencer, o morir honrosamente por defensa de la libertad. Aplíquese diligente solicitud, ya que pide gallarda medicina enfermedad tan apretada. Por este camino se opuso, cuanto le fue posible, a todas las novedades que intervinieron por los dos competidores. Y aunque Pompeyo deseando traerle a su bando, tratase con él parentesco por vía de matrimonio, pidiéndole dos nietas suyas, una para él, y otra para su hijo: Catón sin admitir el tratado, respondió, no era hombre que se dejaba prender con lazos de mujeres. Que estimaba su amistad, y en igual correspondencia la hallaría en él más cierta y segura que la derivada de casamientos: mas que él no quería hacer, ni imaginar cosa que fuese contra lo justo; y que así entendiese, no daría jamás consentimiento a los apetitos de Pompeyo contra las cosas públicas.

Habiéndose pues, reducido los negocios de Roma a extrema necesidad, por la corrupción ocasionada del oro; y juntamente intervenido muchas contenciones ilícitas, sobre sojuzgar hasta las cosas de la República, muchos Senadores concurrieron, en que sólo Pompeyo se eligiese Cónsul. Catón aprobó, se escogiese el menor mal, por obstar a los mayores, siendo de parecer fuese mejor introducir voluntariamente una especie de Monarquía. Juzgó por inconveniente la tardanza, ya que del éxito de las sediciones que entonces corrían, no se podía esperar, sino una violenta. Y que así podría por ventura



Pompeyo tomar a su cargo el conservar la República, viendo era cometida a su fe con tanta liberalidad. Con esto, aprobada elección semejante, Pompeyo envió a llamar a Catón, y habiéndole dado muchas gracias, por la honra que le había hecho, le rogó, quisiese ser su asesor y consejero en su Magistrado. Respondiolo, no se había opuesto por lo pasado contra él por alguna mala voluntad; ni tampoco había dado este último parecer, por bien que le quisiese, sino sólo por la utilidad de la República. Cuanto a las ocurrencias particulares, le daría consejo las veces que le fuese pedido. Mas en razón de lo público, siempre le diría lo que él juzgaba por mejor, aunque no se lo preguntase. Desta suerte procedió Catón toda su vida, como buen ciudadano, varón justo, libre en hablar verdad, y sobremanera incorruptible. Metelo Senador Romano dejó también de sí memorable ejemplo. Fue, cuando no quiso jurar en manos del pueblo, observaría lo que ellos ordenasen. Era la disposición de cierta ley, propuesta por un Tribuno contra toda justicia. Y esto no obstante, la juraron y prometieron cumplir a su pesar el Cónsul, y los demás Senadores, por el temor que tenían del mismo pueblo. Sólo Metelo partiéndose de la junta, dijo libremente, ser cosa de hombre vil consentir en lo que era malo. Que obrar bien cuando no se ofrecía dificultad, o daño, era casi en todos común; mas hacer bien con el peligro cierto, era propio oficio de varón virtuoso y constante. Por esta razón habiendo sido desterrado, oyó la intimación sin algún sentimiento, pronunciando semejantes palabras: Cuando se emendaren las cosas, y el pueblo arrepintiéndose de su error, me volviere a llamar, entonces recibiré placer, con que se revoque mi destierro. Mas si los negocios de la República quedan en el estado de hoy, será mucho mejor estar bien lejos della.

Licurgo, tras haber dado sus leyes a los Lacedemonios, fingió faltarle cierta cosa que consultar con Apolo, perteneciente a su estado. Por tanto al partir de Esparta en Delfos, hizo prometer con juramento a sus ciudadanos, observarían inviolablemente sus leyes, hasta que volviese vivo, o muerto. Tras esto se fue a la isla de Candía, donde se relegó con perpetuo y voluntario destierro. Mandó, fuesen después de su muerte echadas por el aire las cenizas de su cuerpo, para que por tal camino jamás fuesen los Lacedemonios absueltos de su juramento. Fue su intento, gozase siempre su patria, por cuyo amor renunció libremente cuanto tenía, del fruto de sus trabajos. Marco Otón mostró también ejemplo de no menos ardiente amor para con la misma, por cuyo bien se dio voluntaria muerte en edad de treinta y siete años. Después de haber perdido una batalla, combatiendo con Vitelio y Cecina, solicitado del resto de su ejército, aún bien poderoso para tentar nueva fortuna; instando se sirviese dél, y valiese de sus soldados, hasta que les quedase en los cuerpos sola una gota de

sangre; después de afirmarle un soldado común que tenía en la mano la espada desnuda: Sabe, oh César, tienen todos mis camaradas deliberado morir por ti en esta forma; diciéndolo apenas, cuando se mató, él, dando vuelta con los ojos a sus gentes, habló casi desta manera: Yo juzgo esta jornada (oh compañeros) mucho más feliz para mí que la en que me eligistes, y declarastes vuestro Emperador, viéndoos tan mis aficionados, y haciéndome tanto honor con tan grande demostración de benevolencia. Mas ya que fui merecedor de recibir por vuestra elección el Imperio Romano, conviene lo muestre ahora con interponer la vida por el bien y salud de mi patria. Bien sé que aún no se halla mi enemigo con entera vitoria. Nuevas tengo de tales y tales socorros (y nombrosos

particularmente) que son de nuestra parte, y no tardarán en llegar. El Senado sigue asimismo nuestra parcialidad. Hállanse en nuestras manos los hijos y mujeres de nuestros contrarios. Mas esto ¿que importa? No es semejante guerra contra un Aníbal, o contra un Pirro, con quien se haya de combatir por el dominio de Italia, sino contra los propios Romanos. De modo que en este conflicto; vienen a ser ellos los vencidos y vencedores: y así ambas parcialidades ofenden la patria: puesto que lo que resulta en bien del vencedor, es siempre en daño de la República. Creed que yo sé mejor morir que reinar, viendo especialmente, nos sabría beneficiar tanto a Roma, cuando al fin quedase superior, cuanto sacrificando la propia vida por la paz, unión y concordia de mis ciudadanos. Tras esto, ordenó se retirasen, y pusiesen en salvo los Senadores, y otros de su ejército: y volviéndose a un sobrino suyo, a quien había adoptado, Yo te doy, le dijo, por último advertimiento, no quieras olvidar del todo, ni tampoco tener demasiado en la memoria, el haber tenido un tío Emperador. En suma, habiéndose recostado en el lecho, tomó la espada al amanecer, y aplicándose la punta al pecho, se dejó caer encima, sin alguna muestra de dolor.

No se descubrió menos fino con su patria Cosdroes Rey de Atenas, cuando habiendo entendido, prometía el Oráculo cierta vitoria a los Traces, enemigos de Atenienses, con que salvaran su Rey, se fue disfrazado a su Real, donde matando a uno, fue incontinente muerto, sin ser conocido; y así quedaron sus contrarios sin el vencimiento que tenían ya por seguro, consiguiéndole los Atenienses. Sabido es ya lo de Marco Curcio Caballero Romano, que siendo Cónsul, ganó una jornada notable contra los Cimbrios. Éste como es notorio, se precipitó a caballo dentro de una profundísima cava, hecha en medio de Roma, por el temblor de la tierra, de quien había recibido gravísimo daño. Hízolo, por haber publicado los adivinos, no se sosegarían los dioses contra la ciudad, hasta que la horrible quiebra hubiese tragado a un hombre vivo. Curcio pues, deseoso del bien y quietud pública, quiso servir de víctima, con arrojarse dentro, sucediendo cerrarse al punto, caso que causó grande admiración a todo el pueblo. Ésta juzgaban por tan propia obligación los Gentiles, cuando llegaban a considerar la salud de muchos, que no rehusaban por ella peligro, o daño, hasta exponer liberalmente sus vidas. Por ningún caso hallaban lugar en sus orejas los pomposos sonidos de honras, favores, riquezas, como pudiesen correr riesgo, para declinar en parte alguna de la grandeza de su ánimo, terminado sólo entre estos confines de lo justo y honesto.

Ojalá tuviesen noticia deste ardentísimo celo del bien común los señalados para solicitársele. Es lástima ver cuán desalmadamente echan algunos por medio, sólo por lograr su interés. Si oyese el Príncipe soberano, y sus mayores ministros los continuos clamores de miserables, sin duda como tan grandes Cristianos pondrían pronto remedio en sus muchos desórdenes. En todo tienen mano. Todo se adultera, siendo improbables sus manejos, por el secreto con que van a la parte. Notable había de ser su castigo, para que de poder absoluto se consiguiese una vez notable escarmiento.

Vengamos a la prudencia, donde tras representarle brevemente sus contrarios, se tratará cómo se ha de valer della el hombre en lo que discurriere y hablare, dividiendo sus edades, junto con sus oficios y obligaciones. Hállase un supremo Criador de todas las cosas, omnipotente, sabio, terrible, fuerte, de quien sale toda sabiduría, que estuvo

siempre, y estará eternamente con él, estendiéndose sobretodas sus obras, y sobre todos los mortales, según su liberalidad. Ésta entre las demás celestes noticias que nos da, nos adorna de prudencia, justicia y fortaleza. Comunícanos el conocimiento de lo pasado, y juicio para rastrear lo futuro. Así los que viven dotados de tales dones y gracias, son la conservación del mundo. Seguridad de su pueblo es llamado el Rey prudente, por ser esta virtud firmísima columna, y guía necesaria en cualesquier tratados y negocios. Toda vida que promete digno fin de su ser, consiste en contemplación y obra. Viendo los mortales, cuán agravado se halla de continuo el espíritu del cuerpo, ceñido siempre de innumerables pasiones, elevan y dedican sus pensamientos al resplandor de aquella eterna luz, que ilustra sus almas, con la pureza de su gracia. Por ésta reciben lumbrer los entendimientos, dirigiendo sus pasos al conocimiento de la verdadera y perfecta idea del bien, de quien proviene la prudencia, para regir sus acciones, según la voluntad divina, a beneficio de la especie humana. De la ciencia pues, y de la razón granjeada en el estudio de la sabiduría, se deriva el vigor desta excelente calidad, por medio de cuya deliberación loable y cierta, discierne el hombre el bien del mal, y lo útil de su contrario, para huir lo uno, y seguir lo otro. Por eso dijo Aristóteles, ser su propio oficio saber consultar y elegir para ejecutar lo que pareciere lícito y honesto. Los sabios hicieron distinción entre la ciencia y prudencia. A la primera llamaron muerta noticia de las cosas, que por sí no cambia la voluntad, de modo que pueda huir lo que conoce por malo, o abrazar y seguir lo bueno: lo que se ve en los pervertidos, acompañados de sabiduría. La otra equipararon a un rayo que nace del verdadero Sol, que ilustra no sólo el entendimiento, sino que también enciende la voluntad. Esta virtud (dijo Bías) es entre todas las otras lo que la vista entre los sentidos, queriendo por esto darnos a entender, que así como tal potencia es la más hermosa, la más sutil y penetrable que las demás: así la virtud de la prudencia, por su vida y clara luz, guía y conduce todas las otras virtudes en loables operaciones. Por ella está de continuo el hombre en una quieta disposición, de quien no tiene menos necesidad, que la nave en medio del mar de la presencia del piloto, para emprender con aviso y sabiduría ejecutar lo que habrá conocido ser a propósito, con cierta consideración y deliberación de todas las circunstancias del hecho. Los Filósofos morales dieron a esta virtud tres ojos, esto es, memoria, inteligencia y prudencia, a quien Cicerón llama partes suyas. Con el primero mira el tiempo pasado; con el segundo el presente, y con el tercero el futuro. Así el sabio y prudente juzga por las cosas pasadas, y por lo ocurrido en ellas, lo que en caso semejante pueda suceder en lo por venir, y deliberando maduramente, espera la comodidad, considera los peligros, y conoce las ocasiones. Después cediendo alguna vez al tiempo, y siempre a la necesidad (como no sea contra el deber) pone osadamente mano a la obra. Por esta razón notó Isócrates, debía el prudente acordarse de las cosas pasadas, servirse de las presentes, y antever las venideras. Ignorancia es (advierde Demóstenes) decir tras el suceso, ¿quién pensara que esto pudiera ser? Y a este propósito anda por ahí escrito un librito con título de Non putaram, que es nuestro común, No pensé.

La Prudencia se muestra y hace conocer en quien la posee, primeramente en el gobierno de su persona, así en las cosas dentro de sí, en sus costumbres y condiciones, como en las cosas de afuera concernientes al cuerpo, en templanza de manjares, lícitos entretenimientos, cómodo mueble de casa, y uso loable de sus bienes, de cuyas perfecciones, y otros buenos efectos, que bajo el nombre de muchas virtudes, provienen de la prudencia, trataremos en el resto de las variedades, donde veremos, cómo el hombre

prudente ornado dellas, se puede hacer buen Económico, llegando después a la singularidad de la ciencia política, que es arte de saber gobernar y regir a muchos. Éste no da jamás sino buen consejo, declarándole siempre con libertad: y como advierte Platón, puede conocer los buenos y malos, ayudando la inocencia, y corrigiendo la malicia. No desmaya por algún temor, ni se muda por vituperios, o loores. No pierde el ánimo por violencia, o falsa acusación: ni le abaten infortunios, ni le ensoberbecen prosperidades; puesto que jamás ignorante de la incerteza de las cosas humanas, queda en todo acaecimiento igual en constancia, y semejante a sí mismo, sabiendo alegar de todos los inconvenientes, el menos malo por mejor. En todo muestra osadía. Hácese dueño de sus apetitos, sabiendo, tras mandarse a sí, sacar aprovechamiento de los más siniestros accidentes, y de sus mayores enemigos, sin ofenderlos. La conversación del prudente en toda ocasión es útil y saludable, hastasus encuentros, risas y recreaciones, no son sin fruto. Éste (apunto Heráclito) ninguna cosa cree con ligereza, antes se descubre severo examinador de la verdad. Siempre cuidadoso, siempre prevenido, sin dejarse torcer, ni por blandura de palabras, ni por acometimiento de obras.

Los medios más a propósito de adquirirla, se derivan de la continuación de estudios, y largo uso de cosas, ilustradas particularmente con ejemplos. Si consideramos todos los hechos heroicos de los mayores Capitanes y cabezas de ejércitos, hallaremos haberse gobernado más con prudencia, que con cualquier otra fuerza y modo. Conociendo esto Alejandro, las veces que alguno proponía razonamiento de virtud o ciencia, y llegaba a hacer comparación, tenía siempre en la boca aquel verso de Homero:

Sabio en consejo; en la batalla osado.

Como si quisiese decir, era la prudencia, la soberana de todas las virtudes, y que por ella se ejercitaba la valentía. Rico pues della, emprendió el Imperio Persiano; antes el de todo el mundo con treinta mil hombres de pie, y cuatro mil de caballo, con dineros y vituallas, para entretenerlos solos treinta días. Mas ¿qué mucho, si fueron los medios de su confianza su prudencia, seguida de sufrimiento, templanza y animosidad? Del estudio de la Filosofía sacó esta provisión para su viaje, en que (según atrás se apuntó) no sólo deshizo en dos batallas a Darío tan poderoso, sino que sojuzgó también quince naciones diversas, y tomó cinco mil ciudades. Pretendió reducir a Real ejecución aquella forma de gobierno que encarecía tanto Zenón Filósofo Estoico. Ponía éste la mira, en que los hombres generalmente se uniesen, por divididos que se hallasen en provincias, por separados que estuviesen en razón de ley, y particulares costumbres; como si todos fuesen compatriotas, ni hubiese más que un género de vida, de la suerte que hay un mundo solo. Así empleó toda su capacidad en cultivar Reyes bárbaros, y en fundar ciudades Griegas, para habitar civilmente entre los feroces; sembrando por todo la forma de leyes, y estado pacífico, hasta por entre los pueblos más rudos que jamás habían oído hablar de paz ni ley. Por eso dijo Plutarco, haber sido mucho más dichosos los que dél fueron sojuzgados, que los que huyeron de su potencia. Carecieron éstos de quien los hiciese cesar de vivir miserablemente, y los otros fueron constreñidos del vencedor a pasar con felicidad. Mereció no menos el nombre de grande Filósofo que Pitágoras, Sócrates, y otros que sin haber escrito, fueron tan nombrados, por lo dicho y hecho en la fundación de su Monarquía. Suele haber del entender al obrar distancia grandísima, de

que galanamente motejó a Tácito el agudo Bocalini, cuando tras haberse manifestado en sus escritos tan gran Repúblico, enviado por Apolo al gobierno de Lesbos, de quien fue electo Príncipe, desamparó el estado, perdido y confuso entre los preceptos de su misma doctrina. No así nuestro ínclito Macedón, pues de tal manera ajustó lo teórico con lo práctico, que ninguno de cuantos vivieron en varios siglos, ni pudiera advertir con más capacidad, ni llegar a ejecutar con más prudencia. Demás, que en todas estas cosas se halla haber excedido a los mayores maestros con notables ventajas. Enseñaron aquellos a hombres de buen discurso, de la Grecia como ellos, sin mucho trabajo. Mas éste padeciendo indecibles fatigas, y derramando con alegría su sangre, mejoró costumbres, endurecidas con rusticidad, y reformó innumerables naciones de bestiales naturalezas. Por el consiguiente, si consideramos las acciones de César, ¿no fue la prudencia quien le abrió camino para tanto imperio? Reconcilió en primer lugar los dos de más autoridad en el Senado, Craso y Pompeyo, por cuyo favor obtuvo después la dignidad del Consulado. Habiendo llegado a él, deseando granjear en alguna manera la benevolencia del pueblo (ya conseguido el arrimo de los Senadores) propuso muchas leyes en su favor, mostrándose tan magnífico y popular, cuanto jamás otro entre Romanos; sin ahorro de cosa necesaria a juegos, convites, torneos, donativos, y otros aparatos, para adquirir el común aplauso, y ganar crédito de caritativo con la popular menudencia. Enviado al gobierno de la Galia, con prudencia exquisita, acompañada de providencia diligente, mantuvo la guerra diez años, y usando sabiamente y a propósito todas las ocasiones, hizo los progresos que en otra parte apuntamos. Los comentarios que dejó escritos descubren bien haberle aprovechado más su virtud que todo su ejército. Demostró también ésta admirablemente en el principio de la guerra civil entre él y Pompeyo, valiéndose de tal diligencia, que viniendo de Francia en sesenta días, sin derramamiento de sangre, y con expulsión de su enemigo, se apoderó de toda Italia. Cicerón, que según algunos conjuró su muerte, le llamó en una epístola, monstruo de prudencia y celeridad increíble. Esta fue quien le manifestó los dos yerros de Pompeyo, que fueron causa de su ruina. El primero en un encuentro que hicieron los dos ejércitos, en que César (mucho más débil entonces, tuvo la peor parte, y viendo que su enemigo no seguía la empresa; antes que se había retirado a su Real, dijo: La vitoria estuvo hoy en mano de nuestros contrarios, mas su cabeza no la supo conocer. El otro que notó, fue en la facción de Farsalia, donde Pompeyo quedó desbaratado del todo: puesto que había ordenado a los suyos, estando a punto de batalla, se estuviesen quedos en su lugar, y esperasen en él los enemigos. Publicó entonces César, había quitado con tal orden a las gentes de guerra el ímpetu y violencia que suele ocasionar el acometer en semejantes conflictos, sin la vehemencia y ardor de ánimo que trae consigo igual fiereza. Vemos pues, cuán necesaria sea la prudencia en los casos de la milicia. Por la misma quedó restaurado Agesilao Rey de Lacedemonios, tan grandes pérdidas, sufridas por la violencia de Epaminondas Capitán general de Tebanos. Asaltándole de nuevo éste con gran pujanza, decía a sus gentes: No os dé cuidado la muchedumbre de enemigos. Enderezad todo vuestro esfuerzo contra Epaminondas solo; porque solamente los sabios y prudentes son los valerosos, y la principal causa del vencimiento. Si podéis aterrar a éste, traeréis sin duda los otros a vuestro dominio. Sucedióle así en la batalla; porque huyendo uno de los Lacedemonios (casi del todo deshechos) y siendo seguido de Epaminondas, forzado a volver rostro, le mató; por cuyo acaecimiento cobraron tal osadía los fugitivos, y por otra parte los Tebanos se perdieron de tal manera, que fue de Agesilao la vitoria.

Pues si en el arte militar posee lugar tan digno la prudencia; ¿quién duda haya de ser otro tanto y más necesaria en el gobierno civil y político? Propuso Platón en su República, fuesen favorecidas la prudencia y justicia de la potencia y fortuna, para hacer en la administración de lo público operaciones dignas de perfecta alabanza. Mas podemos también pasar más adelante, afirmando, haber reservado muchas veces la prudencia de ruina y alteración muchos grandes estados, poniéndolos en pie. Los Atenieses hallándose divididos y coligados en tres partes y facciones contrarias, Solón prudentísimo y sabio no quiso juntarse con alguna, sino procuró conservarse amigo de todas, y hacer y decir cuanto se puede imaginar, para reconciliarlos y unirlos. Portose en esto tan bien, que electo sólo por pacificador y reformador de su estado, los subió a la mayor gloria que tuviesen jamás, con sus prudentes y sabias leyes, recibidas de los mismos por inviolables.

La prudencia de Licurgo Legislador de Lacedemonios fue causa de mantener su dominio más de quinientos años, superior a cuantos tenía la Grecia en gloria y bondad de gobierno, de que cayeron al punto que pusieron en olvido las bien consideradas órdenes que les dejó.

La utilidad que el prudente saca de sus enemigos, consiste en que los conozca, y tenga por exploradores de su vida, y tome por tal ocasión solícito cuidado en mostrarles sus acciones irreprehensibles. A semejante propósito, preguntado Diógenes, cómo podría uno vengarse de su enemigo: respondió, haciéndose conocer bueno y virtuoso. Al prudente asimismo ocasionan provecho los más siniestros accidentes, porque hallándose prevenido con tiempo para cuanto sucediere, tanto más le confirman los peores en el conocimiento de la variedad de las cosas humanas, y le elevan a la contemplación de las divinas. Oyendo Anaxágoras las nuevas de la muerte de un hijo: Bien sabía yo, respondió, le había engendrado mortal. Asimismo el antever del prudente se descubre por extremo maravilloso. Esto se manifiesta en Marco Catón, que conociendo, se coligaba Pompeyo con César, le predijo, ponía por sí el cuello al yugo del nuevo amigo, de quien si desde luego no sentía la opresión, habría sentido presto su peso grave. El prudente no desmaya por temor de vituperio, ni de falsa acusación; antes fiando en la propia inocencia y virtud, despejadamente se hace camino aun entre sus contrarios. Cipión Africano argüido de muchas cosas por los Tribunos del pueblo, casi como menospreciando imputaciones y acusantes, sólo les respondió: Señores, tal día vencí a Cartago, y a su caudillo Aníbal, por tanto voy a sacrificar a Júpiter, a fin de darle gracias por la vitoria. Si entretanto hubiere quien pretenda hacer juicio de mí, no se lo estorbo. Y esto dicho, se avió al Capitolio, seguido de los suyos, y de la mayor parte de los Senadores. Lo que visto por el pueblo, siguió también su acompañamiento. Por manera que en vez de quedar condenado, adquirió por semejante decir casi nuevo triunfo. Siendo por el consiguiente acusado Emilio Escauro de cierto delito que Varo le imponía, respondió: ¡Oh Romanos, Varo afirma esta acusación contra mí, y Escauro la niega; ¿a cuál de los dos daréis vosotros más crédito?

Respuesta magnánima, con que desvaneció el mal intento del enemigo, siendo su inocencia bien conocida de todos.

La conversación, risas, juegos, y cosas así de los prudentes, no dejan de ser de algún fruto. Platón discurre en su convite del último fin de las acciones humanas, y del supremo bien del hombre, con términos familiares, ejemplos y ficciones agradables y deleitosos. Al opósito de lo que observa en otros escritos, donde se vale de más circunspección y gravedad. Así los doctos razonamientos son juegos y placeres de sabios, teniendo entre ellos a vanidad y cosa indigna, otro cualquier pasatiempo, por juzgarle a manera de desborbo, lejos de todo deleite. Todavía acomodándose prudentemente a lugares y personas, pueden con el medio de sus eruditos discursos introducir algún honesto recreo, mas no del todo sin provecho. Así no deja el mismo Platón de mezclar en su convite un entretenimiento de comedia, perteneciente a cosas de amor; si bien el resto de la cena fue sazonado sólo de prudentes y sabios puntos de Filosofía. Preguntado un Lacedemonio en razón de cierta cosa, dijo lo que era contrario a la verdad, y habiéndole el otro dicho que mentía: Eres loco (respondió) en preguntarme lo que te hallas también informado. Diógenes yendo a una junta popular, caminaba al revés, y viendo, se reían todos, exclamó: ¿No os avergüenza hacer burla de mí, por andar al revés, mientras paseo, si vosotros hacéis lo mismo todo el tiempo de vuestra vida? Y diciéndole Aristipo, mientras lavaba una col para cenar, Si supieses, oh Diógenes, obedecer a los Reyes, y granjear su favor, no lavaras esa berza. Ni tú Aristipo (respondió) si la supieras lavar, serviras a los Reyes: antes pasaras vida dichosa, y libre de tan molesta sujeción. ¡Oh cuán provechosa doctrina se puede sacar de estos Filosóficos motes y burlas!

Tampoco el prudente cree de ligero; puesto que deja aparte toda reputación del que habla, por examinar el razonamiento: tan lejos está de dar crédito al ignorante o vicioso. Por ningún caso se deja sobornar de un facundo decir, sino (como dijo Zenón) mira si el habla, por más ordenada y elegante que sea, está fundada en sentido y razón, para juzgar después sanamente de la verdad, y ordenar según ella el juicio. Mas ¡cuántos ejemplos se pudieran alegar de grandes infortunios, sucedidos por la facilidad del creer a Magistrados, Gobernadores, Cabezas de Monarquías y Reinos! En suma, no hay cosa tan necesaria a todos, ni que menos campee en el mundo que la prudencia. Vemos carecen della hasta los más ancianos, gobernando sus acciones puerilmente.

Raros son los con quien se pueden tratar negocios graves. Parece embota y no adelgaza sus discursos la experiencia de las cosas, o los ciega la íntima pasión de sus intereses. Sin duda al paso que en tales sujetos se aumentan los años, se envejece el espíritu, y se entorpecen los sentidos, destemplándose siempre más la armonía del humano edificio. En la juventud no es mucho falte la prudencia, sobrandotanto en ella el ardor de la nueva sangre. Ésta vuelve por la mayor parte a los mozos (si bien tal vez ingeniosos y vivillos) imprudentes, inconstantes, y deslumbrados, criándolos también la malicia del siglo con falsías y dobleces. Es lástima ponderar su corta sagacidad y astucia, conocida en lo insensato de sus rostros. Hacen a dos manos. Conversan con dos caras, siempre con indigno proceder, y sobre todo, sordos, ciegos, y mudos, cuanto a regirse como buenos. Desvanecidos con bestial presunción y orgullo, todo lo miran con ojos de menosprecio, llenos de ignorancia y envidia. Cuanto más uno, afirma Cicerón, en lo aparente se mostrare agudo, caviloso, y sutil, tanto más debe ser aborrecible, y no menos sospechoso de haber perdido la reputación de inocencia y bondad. Mas salgamos desta menudencia

indigna de más dilatada prosecución, y apuntemos siquiera algunos de tantos daños como ocasiona la imprudencia.

A ninguno puede la fortuna dar nombre de magnánimo, si ignorare valerse con prudencia de los sucesos, sean adversos o prósperos. El imprudente cuanto más se levanta a eminentes grados, tanto más descubre la flaqueza de su ingenio, por quien viene a ser al doble vituperado. Así pueden las dignidades y riquezas encumbrar el ánimo del cobarde, como la pobreza y humildad de estado, envilecer el corazón del valeroso. Todo imprudente es malicioso, y cualquier acto de malicia es infame y pésimo. ¿Qué me detengo más? Direlo en una palabra con Terencio: No contiene la tierra cosa peor que un hombre deste género. Es como estatua, como tronco, en nada diferente de un bruto. En él como en propio centro se halla el colmo de todas imperfecciones que le hacen supersticioso, tímido, inútil, grosero, y en todo impertinente. Esto si el sujeto poseyere mediocre estado; mas si fuere poderoso y rico, demás que por el mismo defecto podrá caer en semejantes miserias, no se librárá por otra parte de ser arrogante, cruel, temerario, injusto, insolente, y en suma tanto más abundante en todos vicios, cuanto tendrá más comodidad de ejercitarlos: por esto indignísimo de todo cargo, económico, y político, siendo claro gobernará mal a muchos, quien no se sabe regir a sí. Notable contagio es éste para el entendimiento, de quien sin duda proceden todas las enfermedades del espíritu. Jamás con semejante insuficiencia habrá acierto las operaciones, ni donde asistiere tal nota saldrá conforme al deber acción pública, o particular. Porque así como la vista debilitada y enferma no se puede fijar en los rayos del Sol, así jamás el alma imprudente sabe conocer luz de verdad. Con esta falta pensando ejercer justicia, da en ser severo; si quiere usar de franqueza, se vuelve pródigo; si trata de huir la superfluidad, se despeña en la avaricia, siéndole todos sus apetitos autores de toda infelicidad. Quita (dice Platón) la imprudencia la vista del entendimiento, y así es mucho mejor morir que ser ignorante. Acertado es (enseñó Sócrates) dejar el uso de la cosa de quien no sabemos servirnos oportunamente. Por tanto los que no saben valerse de ojos, de orejas, y de todo el cuerpo, les resultará en más utilidad no ver, no oír, ni ayudarse de los otros miembros. Así pues el que ignora servirse de las potencias de su alma, más a propósito le sería no tenerlas. Y si acaso le conviene vivir por haber nacido, le será mejor ser siervo que libre. Miserables son según esto, los que tienen las riquezas en la mano, y la autoridad de mandar a otros, si sucede que no sabiendo servirse de las comodidades en obras de virtud, las abusan en vicios. De aquí es incurrir muchos en Ateísmos, por no haber tenido verdadera inteligencia de la perfeta divinidad, ni ponderado la excelencia de sus obras. Innumerables Étnicos viendo no haber en el cielo cosa reprehensible, desorden, negligencia, o mínima confusión en los movimientos y estaciones, considerando asimismo el alimento, y consideración de todas las especies de animales, las generaciones de frutos, y otras maravillas, creyeron y adoraron por causa primera, y esencia suma la que lo gobierna y rige todo, y los que traen (¡ay dolor!) consigo la insignia y excelencia del nombre Cristiano, y los para quien están abiertos y presentes los tesoros celestiales con innumerables gracias, en cierta manera niegan con las obras haber Dios. Cuando el estado del imprudente poderoso se muda, y se le muestra algo contrario, vilmente se abate y postra con cualquier golpe. Véncenle mil perturbaciones, cayendo en pronta desesperación, por no tener más fundamento que el de la débil confianza de inciertos y frágiles bienes exteriores. Perseo Rey de Macedonia, uno de los sucesores de Alejandro,



en medio de aumentos grandes, procedidos, antes de engañosa fortuna, que de propia virtud, vencido en batalla por Paulo Emilio, fue conducido a su presencia. Viéndole el Capitán venir desde lejos, se levantó de la silla con intento de recibirle y honrarle como a hombre de mucha estima, si bien caído por razón de guerra en tal infortunio. Mas Perseo por pusilanimidad todo anonadado, todo encogido, se postró a sus pies, teniendo el rostro bajo. En esta forma moviendo la lengua a ruegos y súplicas, las pronunció con tanta sumisión, y tanta indignidad de la Real virtud, que no lo pudiendo sufrir el vencedor, le dijo: ¡Oh imprudente ignorante! mientras disculpas la fortuna, y acusas tu infelicidad, descubres la vileza de tu corazón. Cuán indigno eres de las honras pasadas, y de ser llamado jamás enemigo de Roma.

### VARIEDAD DECIMATERCIA.

LAS en cosa se echa tanto de ver este defeto, quanto (como se acabó de decir) en los términos de la palabra. Acude la abundancia del corazón a la boca, y así hablar poco, y bien, es notable indicio de virtud. La habla es obra divina, y de grande admiración; según esto, tenido por absurdo vituperable, manchar cosa tan buena con depravados razonamientos. Siempre es sobrio en hablar, dice el Sabio, el fundado en inteligencia. Al indocto cuando calla juzgan discreto; y prudente al que cierra los labios. El que estima la vida, y desea ver días felices, guarde su lengua de mal, y de pronunciar mentira, porque cualquiera comerá del fruto de su boca en salud, o en condenación.

En los escritos de los doctos se halla esta voz, palabra, o razón, de dos suertes. La una interior, o mental, llamada guía divina. La otra, pronunciada, que es mensajera de los concetos del hombre. El fin de la primera es benevolencia para consigo mismo, porque mirando sólo al blanco de la virtud con intervención de Filosóficos argumentos, hace al sujeto concorde siempre consigo. Jamás se duele, o arrepiente de cosa, por hallarse entre sí lleno de paz, de amor, de contento; libre de toda rebelde pasión, a la razón inobediente, de todas las contiendas de voluntad contra voluntad, y en suma, de toda repugnancia de discurso a discurso. ¡Oh rara excelencia de la sabiduría en las almas de los bienaventurados!

El fin de la otra palabra que se pronuncia, es la benevolencia para con otro, que nos hace decir y enseñar cosas útiles. Incita y mueve, siendo su gala y dulzura medio fortísimo para persuadir. Ésta, si bien tiene pequeño lugar, le ocupa grande entre los secretos de naturaleza. Advierten los Filósofos, ser hecha del aire donde hierre, con resulta de son articulado: mas de qué modo se forme, es difícil no poco de comprehender al sentido. Por tanto, debemos desear entender por qué causa se nos diese, y temer hacer inútil, o mal empleada cosa tan singular y maravillosa. Escribió Demócrito, ser la palabra sombra del hecho. Temístocles la comparó a una rica tapicería historiada, donde al desplegar de los paños, se ven las cosas que allí se pintan y representan, a quien teniendo dobladas y escondidas, ningún deleite ocasionan. Cuando el prudente abre la boca, dice Sócrates, se miran a un tiempo bellísimas imágenes, y simulacros del alma; según Plutarco, el más gracioso y familiar instrumento para la virtud, es la palabra. Pues ¿qué cuando es seguida

de la obra? Entonces con grandísima eficacia estimula a sus oyentes, imprimiéndoles dentro fe al decir, y deseo al imitar. La vida de un virtuoso ha de conformar con su palabra y doctrina: debiendo reputar todas las que explica por ley voluntaria que por sí se impone. De aquí se infiere, deben tener por fundamento todas las que se pronuncian, la razón; y por fin el amor del prójimo. Esto es lo que nos quiso enseñar Agapeto, diciendo, ser la lengua instrumento resbaladizo, que trae gran daño a los que le desprecian; y que así conviene darle por guía un entendimiento religioso, con que formará canto de ejemplar armonía. Así como el oro, dice Plutarco, en pequeña cantidad contiene mucho valor, así las palabras, bien que pocas, deben encerrar mucha sustancia. Tal fue el hablar de los antiguos Griegos, como testifican los mismos Apotecmas, dellos derivados. De su concisión provechosa emanó aquel proverbio, dicho Lacónico, esto es, breve y sentencioso. Parece a un río que corre por lugar estrecho, donde pasa el agua con tanta velocidad, que estorba a los circunstantes el poder mirar dentro. Y así es muy difícil el percibir sin ciencia y grande estudio, el fondo del sentido, y la inteligencia de las palabras, llenas de gravedad y sentencias. Cuando les convenía responder, se valían de cierta agudeza, bien acomodada al propósito, buscando los términos más significativos y breves. Con todo, debemos atender a juntar con la gravedad de la doctrina, el hablar dulce, gracioso y elocuente: porque, como dijo Eurípides, no hay compañía tan hermosa como la de las Gracias con las Musas.

Lo justo y honesto son invencibles, si se saben explicar bien. Por la delectación de lo que se dice, es el alma inducida a creer con facilidad las buenas razones que siente. Ni aprovechan menos los ejemplos referidos a propósito y con buena gracia; ya que con la fuerza del persuadir, asida a la naturaleza del ejemplo, asiste también la virtud del deleitar. Entre los vocablos, es cierto se hallan algunos más favorecidos que otros, y como tales más veces usados, trayendo en todo discurso, no las palabras al propósito de los concetos; sino al opósito, los concetos al deseo de las palabras. Debemos pues, al eligirlas y favorecerlas, huir toda afectación exquisita, toda frecuente repetición, excluyendo las hinchadas, las inútiles y superfluas, porque no se nos dé en rostro con lo que Foción a Leóstenes. Éste ponía esfuerzo en persuadir la guerra con hablar soberbio y elegante, mas desnudo de la urgente necesidad que podía provocar a semejante rotura, y así le dijo: Tus palabras se deben comparar al Ciprés, pomposo y alto, pero sin fruto. Deste género debía ser el a quien Aristóteles respondió, preguntándole por puntos, ¿No es esto admirable? No (dijo) mas es bien maravilla, pueda sufrir hombre que tenga pies tu hablar importuno. A otro que tras impertinente y largo discurso, cesó con decir; ¿La cabeza te rompí, oh Filósofo? respondió: No hiciste, porque a nada de cuanto trataste estuve atento. A éstos (llamados por Platón con propiedad ladrones del tiempo) compara Plutarco a vasos vacíos, resonantes más que los llenos. ¡Oh cuán diestros oficiales del razonadillo se hallan en las Cortes! En tomando la pelota, es imposible en su condición soltarla. Todo es charlar; todo vaciarse, ya mintiendo, ya gracejando. Importa pues huir de semejante exceso, por ser (como dijo Bías) la lengua la cosa peor y mejor del mundo. Con ella instruimos y aprovechamos, y con la misma estragamos y corrompemos. Y así como escaso fuego consume madero grande, así este corto instrumento mancha el cuerpo todo. La naturaleza, maestra diestrísima, parece nos quiso enseñar, se hallaba esta parte más bien reparada, que las demás corpóreas. Púsola delante dos cancelos de dientes y labios, para que le sirviesen de freno si no obedeciese a la razón. Fuenos por otra parte

liberal de dos ojos, y dos orejas, dando a entender, se ha de oír, y se ha de ver mucho, mas hablar poco. Por esta causa preceden vista y oído a la palabra, siendo necesario al niño entender primero, y después hablar. Isócrates, puso solos dos tiempos para hablar; uno cuando es por cosa conveniente; otro cuando el hombre trata particular de que tiene entera noticia. Así respondió Apeles a Megaviso, gran señor Persa, que ignorando la pintura, ostentaba saberla: Mientras tuviste silencio me engañaron tus galas, juzgándote por algo; mas con tratar lo que no alcanzaste, te descubriste menos hábil, que aquel aprendiz que se ríe de oírte. En esta conformidad, dijo un Religioso a un Príncipe, preciándose de versado en lo Escolástico, y Positivo: Vuestra Señoría, es entre Caballeros buen Teólogo; y entre Teólogos buen Caballero. De aquí se infiere, deben los grandes ponderar bien lo que han de decir en público, y usar palabras graves, sentenciosas, y de estilo diferente que el vulgar. Y si carecieren desta gracia, les convendrá callar, o hablar poco. Por eso tienen los Reyes tan medidas sus razones, pues a toda relación larga, o breve, no se les oye sino un; Harelo ver, o, Bien está. Y es no poco necesaria tal observación, por ser tenidos sus movimientos, dichos, y hechos, por constituciones, leyes y oráculos. Con esta consideración, puso Tiberio en costumbre, se hablase al Príncipe por escrito, y respondiese por él, a fin no le saliese de los labios cosa, sin tenerla bien ponderada.

Insufrible y molesta con demasía, es la habla inculta, y dignos los que la ejercen de tratar con brutos. Alejandro dio muchos dineros a Quirilo, Poeta ignorante, porque callase y no escribiese. Mas cortísimos eran sus tesoros para tapar las bocas de tantos Quirilos como hoy residen en las Cortes. Colégese de lo apuntado, convenir ser más circunspectos en lo escrito que en lo hablado. Corrige con facilidad el hombre lo que dice sin consideración; mas lo que una vez escribe, ni lo puede negar, ni admite enmienda sin nota. Para hablar es a propósito el despejo de un pronto espíritu; mas para escribir se requiere saber mucho, y tener si no tarda, por lo menos imaginativa nerviosa. Los mismos preceptos cuadran a la pluma que a la lengua; llámase por eso muda palabra la Escritura, que debe ser compendiosa y documental. Vine, vi y vencí, escribió César en una carta que de la batalla Pérsica envió a Roma. Otaviano, dijo en otra a Cayo Druso: Hallándote en Ilírico, acuérdate que naciste de Césares, que el Senado te envió, que eres mancebo, mi sobrino y ciudadano de Roma. Platón dijo a Dionisio el mozo: Matar a tu hermano, doblar los tributos, violentar el pueblo, aborrecer los amigos, enemistarse con los virtuosos, obras son de tirano. Al Senado escribió Pompeyo desde Levante: Padres, Damasco está preso, Pentépoli sojuzgado, Siria, Ascalona y Arabia, confederadas, y Palestina vencida.

Vemos pues la forma de escribir de los antiguos, a quien la brevedad hizo tan dignos de estimación entonces, quanto ahora merecedores de reprehensión los que se valen de largos, y prolijos razonamientos. Es importante saber la instrucción de Marco Tulio, en semejante materia: Nuestro hablar (dice) sea apacible, no molesto, y obstinado. No sea el discurso tan largo, que sirva de impedimento al de los otros, pues consta toda buena conversación de igual correspondencia. Hase tener respeto al propuesto asunto, añadiendo a las cosas graves severidad, y maneras dulces y graciosas a las placenteras. Guardarnos sobre todo conviene, no descubran nuestras palabras algún vicio en nuestras costumbres, como de ordinario sucede cuando en ausencia se dice mal, o se moteja en presencia por desprecio y burla. Si por alguna ocasión saliese el razonamiento de su

primer propósito, débese advertir, se vuelva a él prestó con la discreción que conviene. Las cosas se han de acomodar con el tiempo, pues aunque buenas, si exceden, en vez de recrear, fastidian. De tal manera debemos emprender la expresión del sujeto, que conforme el fin con el principio, huyendo de toda petulancia, de toda imperfección.

Asimismo es de saber, contiene el silencio oportunamente usado, profunda sabiduría, llena de altísimos secretos. Por eso Arquídamo oyendo calumniar a Hecates Orador, de no haber hablado en un banquete, respondió en defensa suya: Conocen el tiempo de callar los que en hablar tienen eminencia. Algunos ignorando lo que han de decir, asisten de continuo en las conversaciones taciturnos, medio arrebozados, calado un poco sombrero; postura en todo falsa y misteriosa. Con esta artificiosa destreza, se hacen juzgar de quien los mira por unos expertos Sátrapas, por unos sabios Catones. Es ridículo acerca deste particular, cierto aviso del Parnaso de lo sucedido con el silencio. Mandó Apolo viniese su abogado Harpócrates a su presencia, y hecho escrutinio de su callar, quiso orase un breve rato, por ver si procedía de insuficiencia, o virtud. Afligióse el Semidios notablemente; mas al fin siéndole forzoso obedecer, rompió los lazos de la lengua con tan grande impericia, que a toda priesa se taparon los oídos los circunstantes. En esta forma satiriza aquel autor en algunos, la costumbre del silencio, cuya observancia en él fuera bien importante, para no terminar como hizo con tanta celeridad el curso de sus días.

Prosigo pues con decir, ser el callar en ocasiones por extremo loable. Así Hipérides hallándose en una fiesta donde se recibía placer entre junta tumultuosa, preguntado por qué no hablaba; Los discursos de las cosas (respondió) a que yo soy aplicado, no cuadran a este lugar, y las que son propias deste tiempo, no vienen con mi condición. Bías, beñado de un charlatán, por no haber dicho palabra durante una cena; ¿Cómo será jamás posible (dijo) callar un loco estando a la mesa? Los Embajadores del Rey de Persia, convidados en la casa de un ciudadano de Atenas, viendo que estaba callando Zenón gran Filósofo, comenzaron a hacerle caricias, y a brindarle, diciéndole: ¿Y de vos noble Zenón, qué diremos a nuestro Rey? No más (respondió) sino que vistes un viejo estar callando a la mesa. Y cierto no sirvió jamás tanto una palabra dicha, quanto aprovecharon muchas calladas, pudiendo siempre cualquiera decir lo que calló; mas no callar lo que dijo. La razón sale con alas, y vuela al instante por todo, sucediendo bien, arrepentirse de haber hablado; de haber callado, jamás. ¡Oh cuántos ejemplos ponen las historias de hombres, que por la destemplanza de sus lenguas, se despeñaron en infinitas calamidades! ¡Oh cuántas populosas ciudades, y potentísimos estados quedaron destruidos por la manifestación de algún secreto; obra sola de hablar incauto! Atenas fue tomada, y destruida, por haber oído las espías tratar en cierta junta del más débil lugar de la ciudad, que estaba mal guardado. Tras pared y soto (dice el común proverbio) no digas tu secreto a otro. El demasiado hablar de un hombre sólo, impidió no quedase Roma libre de la tiranía de Nerón. Éste, viendo se afligía cierto condenado a muerte por el tirano, le dijo: Ruega a Dios, poder prolongar la vida sólo hasta mañana, que tendrás ocasión de alegrarte. Por cuyo respeto, considerando el detenido ser mejor elegir lo cierto que esperar lo dudoso, proponiendo la segura manera de salvarse, manifestó a Nerón semejantes palabras, con que se puso en cobro. ¡Válgame Dios, cuántos hay que mueren por dar parte no sólo de los hechos, sino hasta de las imaginaciones! Nada les cabe en el pecho; al fin vasos de corta capacidad, sin advertir se hacen al punto que le dicen

esclavos de su mismo secreto. Los que tienen (dice Plutarco) noble educación, primero son en callar, que en hablar instruidos. Por eso el grande Antígono, preguntado de un hijo suyo, a qué hora se había de desalojar el campo: ¿Temes por ventura (respondió) ser solo en no oír la trompeta? No fiando una palabra secreta, de aquel a quien pertenecía la sucesión de su Imperio, enseñándole por este camino a ser más retenido, y cerrado en cosas tales.

De sabios y virtuosos es (vuelvo al hablar como se debe) ser libres en los consejos, y en las prudentes demostraciones; aunque de estilo semejante resultasen riesgos a la vida. Sirva de ejemplo Damarato, que viniendo de Corintio a Macedonia, en tiempo que Filipo estaba en controversia con hijos y mujer, y siendo preguntado del Rey, si las ciudades Griegas estaban conformes; ¿A propósito (respondió) es inquirir igual concordia, cuando se halla tu palacio lleno de domésticas disensiones? Diógenes también preso en el campo del mismo Príncipe, cuando vino a hacer guerra a los Griegos, le preguntó al conducirlo delante, si era espía: Sí soy (respondió) y he venido a explorar tu imprudencia, viendo eliges, sin ser constreñido de alguno, poner como sobre tabla, al arbitrio de un hora tu Reino y propia vida. Preguntado Demóstenes del tirano Epemetes, por qué lloraba con tanta aspereza la muerte de un Filósofo su compañero, pareciéndole cosa estraña ver llorar a los sabios, antes indigna de su profesión: Sabe (le dijo) no procede el llanto de la falta del amigo, sino de que vivas tú, asegurándote, nos entristecemos más en nuestra Academia de la vida de los malos, que de la muerte de los buenos.

Apréndese de lo dicho, que siendo la palabra mensajera del pensamiento, se debe siempre enderezar a gloria de Dios, y utilidad del prójimo. Que se pronuncie de modo, que acredite las costumbres. El árbol con raíces secas carece de verdes hojas: así del alma viciosa y corrupta, no pueden salir sino villanos concetos, de quien se siguen deshonestas obras.

Mas ya apuntado el beneficio del habla, y la moderación con que se debe usar la lengua, acomodemos algún antídoto contra la ponzoña del yerro, y sea éste la amigable amonestación. Ninguno anda tan ajustado por los límites de la modestia, que no exceda tal vez, y se haga digno de reprehensión. Escribiendo Platón a Dionisio, en favor de Helicón Matemático, tras muchos loores, formados para su crédito, añade: Estas cosas escribo de un hombre, como decir de un animal, que de su naturaleza se altera y muda fácilmente. En otro lugar hablando de los que en Atenas estaban bien educados: También temo (dice) que siendo hombres, y semilla de otros, no den a conocer la grande enfermedad, y flaqueza de la vida humana, que a la verdad se perturba tan fácilmente (por ser circuída y sitiada de infinitas miserias) que el más sabio tiene siempre necesidad de instrucción. Ejemplo admirable para los que con el resto de su autoridad, y crédito, dan en favorecer por escrito y en voz, a los más incapaces, y deméritos. Bien, que por otra parte se halla obligadísima la República a semejantes fautores, pues por su medio se hace a tiempos conveniente expulsión de vilísimos sujetos. Desocupen las Cortes, aunque sean con injusta ocupación de plazas, hombres tan indignos, y lleven la peste de su ignorancia en particular a diversas islas, habitadas según san Pablo de malas bestias, mas sobre todo infelices en llegar a ser regidas de tales monstruos.

Finalmente, para las faltas públicas, y aun para las secretas, sirve no poco la libre reprehensión, y amonestación del amigo. ¡A cuántos bienes alargó la mano, el que de la amistad mostró el camino!, dice el suavísimo Garcilaso. Qué partes hayan de tener los dignos deste nombre, advertí algo difusamente en El Pasajero, y así no quisiera rozarme con igual materia. Bien, que por ser tan importante, no dejaré de proponer a su tiempo algunos forzosos requisitos de amistad. Por ahora basta, según Séneca, decir, ser propio de la verdadera amonestar, y ser amonestado. Y todos deben (dice Tulio) juzgar lejos la salud de aquel cuyos oídos se hallan cerrados a la verdad, y no pueden sufrir la reprehensión. Tal es la frágil inconstancia del hombre, que hasta el justo (como advierte la Escritura) cae muchas veces al día; mas lo incurable consiste, en que sea pertinaz el que yerra. Hay algunos, que cerrando los ojos, con notable obstinación se ponen a sustentar, haber procedido en todo según deben. Juzgan por caso de nota, haber podido errar, sin admitir con paciencia las razones de quien siente lo contrario. Sin duda anda todo pervertido, aprendiendo los pequeños de los mayores, a ser viciosos. Mas pudiérase esperar alguna reformación de estado y costumbres, si se concediera lugar al amor, y a la obediencia. Observaban los Lacedemonios, castigar rigurosamente a quien no reprehendía el exceso en su presencia cometido, aplicándole la misma pena que a quien le hacía. Y el castigo era doblado para el que ásperamente resistía, o se airaba por la reprehensión del amigo. Ahora sólo campea el consentimiento en las imperfecciones, y sólo sirve la compañía de encubrirse, y disimularse unos a otros. Sólo en las juntas desta edad, se excluye toda virtud, y se hace gala de todo vicio, juzgando de más valor al que más comete. Una reprehensión saludable, hecha tiempo, es como medicamento preservativo, que dado en ocasión salva la vida. Al contrario es el amigo del adulador, cuyo estudio para en complacer con cuanto dice y hace, al que lisonjea. Mas como el diestro músico para acordar su instrumento, baja unas cuerdas y sube otras; así el amigo prudente concede algunas cosas, y otras refuta y rebate, adaptándolas a lo justo y honesto, sin temor de causarle tal vez tristeza, como resulte en provecho suyo. De semejantes amigos se contentaba ser loado Agesilao Rey de Esparta, como le vituperasen, y reprehendiesen sin respeto cuando les diese ocasión. Hoy están los amigos tan cerca de ser lisonjeros, que conviene abrir los ojos para echar de ver si asistimos entre voraces lobos, o fieles y amorosos canes, dados para nuestra guarda. Por menos dañoso juzgó Antístenes, ser puesto a discreción de cuervos, que de aduladores: porque los unos se contentan con alimentarse de la carne muerta, y los otros despedazan la viva. Mas es bien entendamos, el seguro modo de valernos en buena ocasión deste importante oficio. Así como en las grandes aflicciones, llega cualquier consuelo intempestivo, pues conviene tal vez primero conceder siquiera un breve intervalo al dolor y sentimiento: ya que suele la copia de lágrimas causar no pequeño descanso al corazón; así juzgo conveniente, no llegue la amonestación antes de haberse resfriado el ardor del enojo. Desbrave y desfogue un rato el supeditado de ira; y sea el semblante del amigo algo más austero entonces, que el ordinario, mas no tanta la severidad, que en vez de ocasionar blandura, produzga saña. Descúbrase venir a tal acto a viva fuerza, y contra todo querer, como experto cirujano, que corta y cautiriza a su despecho, y con muestra de comiseración. Suele en las adversidades el hombre de espíritu ser las más veces desdeñoso y mostrar desapacible oído, aun para los útiles y prudentes recuerdos; mas hase de procurar hagan en su dureza lo que la miel en las llagas, que las purga, y limpia, bien que con tormento y dolor. Las palabras no deben ser mordaces, ni los términos ásperos, por no irritar con nueva ocasión

al opreso. Si las burlas no tuviesen el peligro de menosprecio, serían por extremo acomodadas para advertir defetos, por estar entre las risas más bien dispuesto el humor. Toda advertencia requiere blandura, y más si halla por contraria la ira. Esto nos enseña con aquel enigmático precepto el doctísimo Pitágoras: No atices el fuego con la espada. La mayor industria consiste en sobrellevar la reciente pasión del amigo, contemporizando con sus ímpetus y amenazas. Si el ultraje tuvo gravedad, y ha poco se hizo, en vez de importunarle a perdonar prontamente la injuria, y de mostrársela de poco momento para reducirle desde luego a quietarse, le rogará con agrado quiera prolongar la venganza, procurando después disuadírsele suavemente. Lo que no es lícito esperar de algunos mientras se hallan en el colmo de furor, y rabia. Por eso Plutarco entre otras cosas aconsejó a Trajano, tolerase con agrado los impacientes, no siendo menor el número de los casos que modera el tiempo, de los que muda la razón. Ejecútanse raras veces los primeros disinios por hacerse con apasionado discurso, y no ponderarse los inconvenientes y circunstancias, que sosegada la tempestad se representan al entendimiento. Diferente debe ser el modo cuando se trata de poner freno a algún precipitoso apetito, o reprimir alguna peligrosa cólera, o remediar alguna injuriosa insolencia, porque entonces, aparte todo artificio, debe el amigo prudente detener con ímpetu cualquier loco movimiento. Conviene descubrirse vehemente con razones y con la voz, y si es menester alterarse; como si tal imperfección resultase en su mismo daño, y se hubiese de seguir su total ruina. Entonces ha de alegar con Foción, no querer permitir jamás se pierda su amigo, siéndolo suyo con este fin. En tal ocasión pues, no se debe esperar se haga el yerro para dar luego la advertencia, porque quedaría muy tarde, y así poco a propósito.

El recato con que se debe usar este oficio, es bien notorio aun a los medianamente entendidos. Júzgase por injuria la pública reprehensión. No es negocio para intentarse, sino a puerta cerrada; siendo así que los pecados y vicios, son en los ánimos lo que en los cuerpos las vergonzosas llagas, que no se deben descubrir sino a los que tienen cuidado de curarlas.

Hace bien a este propósito el ejemplo de Sócrates. Riñendo un día en presencia de muchos con uno de sus sirvientes, fue advertido de Platón, le parecía convenir le reprehendiese aparte. A esto Sócrates dándole en rostro con el mismo error: Y mejor fuera (le dijo) me lo hubieras también tú advertido en secreto. De que podemos inferir, ser mucho más fácil conocer los defetos ajenos que los propios; y que sería doblada discreción corregir primero en nosotros las faltas que en los demás descubrimos dignas de emienda. Evitaremos así el verso de aquella antigua tragedia. Curar todo llagado quiere a otro. Aborrece al sabio, que no sabe para sí, dice Eurípides. En los teatros de ajenas vidas, se deben representar las propias, en la forma que se veen resplandecer nuestros ojos dentro las luces de los ajenos. Conformas con esto lo que Lisandro dijo a un Megarés, exagerando en una junta, cuán osada y altivamente se debía hablar por la libertad de la Grecia. Estos razonamientos (oh amigo) tendrían menester de una Ciudad potentísima. Sólo con el ejemplo de su vida, afirmaba Platón corregía a Speusipo. También Senócrates, fijando la vista en Polemón, que con hábito indecente había entrado en su escuela, le dejó reformado. La más ingeniosa reprehensión juzgo sea la en que quien la ejerce entra a la parte del defeto, culpándose a sí de lo que en otro nota. Hacíalo

de la misma suerte Sócrates, cuando enseñaba, y reprehendía sus discípulos, confesando no se hallaba tampoco él, libre de ignorancia, y que así juntamente con ellos, tenía necesidad de ser instruido en la virtud, y en el conocimiento de la verdad. Esta sujeción en los mismos defectos, causa hacer más amable y de más crédito al reprehensor, excluyendo de su mente toda sospecha de pasión particular. Por el consiguiente es artificio agudo apuntar, mientras se hace alarde de las virtudes, y buenas partes del interesado, lo que en él se reconociere de nota, afeándolo ligeramente, como mancha en rostro hermoso.

Es cierto, que si se fundaren las amonestaciones en los modos ya referidos, no dejarán de tener salida grata y provechosa, ocasionando a un tiempo cuanto al que las recibe, afecto en su voluntad, y colores en su rostro. Causa aborrecimiento natural ser reprehendido y vituperado; mas los buenos tienen por grandes bienes los avisos; y páganlos con mucho agradecimiento. En esta conformidad desagradó sumamente a Celio Curión mientras oraba la continua lisonja de un cliente. Tan sin intermisión aplaudía cuanto pronunciaba, que al fin vino a decirle: Oponete por tu vida, y di algo en contra, porque parezcamos dos, y no uno.

La obligación con que se queda a los que emprenden tales recuerdos, representa doctamente Platón: Si errando el camino (dice) en un viaje, es de singular contento hallar quien nos le enseñe; cuál no resultará de hacernos advertidos de nuestras faltas, enseñándonos la senda de la virtud? ¿Cuánto mejor es emendarnos por agenda corrección, que perdernos en la perseverancia del propio deslumbramiento? En esta parte, no quieren los bien considerados haya excepción de personas, sino que se entienda universalmente sobre todos tantas veces, cuantas se juzgare necesario. En los señores, promete igual determinación bien pronto peligro, aunque se intente con todo respeto y discreción. Lastima ver vivan siempre engañados, ceñidos de Camaleones, Monas, Ecos, que es lo mismo que de aduladores. ¡Oh cuán bien escuchan los lisonjeros clarines, sonos con que alimentan sus almas muertas en vicios! No se debrían pues dejar en igual desamparo los mayores, sino procurarles tan gran beneficio, con toda sagacidad y astucia. Así tendrá lugar el amaestramiento de Solón, a quien por vía de amonestarle, dijo uno; convenía, o no acercarse a los Príncipes, o acercándoseles, complacerlos en todo. Antes al contrario (respondió) o no es menester estarles cerca, o si fuere, importa decirles verdades sin género de adulación. Los Atenenses, aborrecieron tanto la demasía de Demágoras, por dar a Alejandro título de Dios, que le condenaron en diez talentos. Y la verdad es, haberse aquel prudente no menos que feliz Monarca fingido hijo de Júpiter, sólo por adquirir mayor reputación, y espantar más a los enemigos.

Memorables son los ejemplos de los antiguos, cuanto a decir su parecer con libertad, no sólo a sus familiares, sino a Magistrados, Príncipes, Reyes, a quien tanto más son necesarios semejantes amigos y consejeros, cuanto que bien a menudo, ni oyen, ni ven cosa sino por ajenos ojos, y orejas. De aquí tomó ocasión Plutarco, para proponer debía principalmente un Filósofo conversar con grandes señores. Sólo es propio suyo (dice) abrazar un amor común. Sólo suyo, inquirir y conservar amistad, que pueda ser frutuosa a muchos. Dellos se halla lejísimos el interés, y muy cercana la afición al bien público. Si merecen gran loor los que ponen trabajo en instruir y amaestrar hombres comunes, para



solicitarles agrado y contento (cuya utilidad sienten solamente los mismos) ¿cuanto mayor se debe atribuir al que corrige oportunamente la voluntad, y apetitos de un Magistrado, o Príncipe, de cuya deliberación penden tantas cosas? Con verdad se podrá decir, haber ilustrado el espejo, y perfeccionado la regla de quien vienen a ser regidos y reformados, tantos y tan distantes sujetos. Con todo es necesario usar muchas cautelas, y disimulaciones, para decir alguna verdad, si el a quien se dice no está dispuesto a quererla oír. Y así es cierto, se deben proponer las cosas, en particular a los Príncipes, y señores, con mucha reverencia. Porque no suceda con ellos lo que a Calístenes con Alejandro, que por reprehenderle con libertad en público, le mandó hacer pedazos. Este libre proceder en amonestar, uso Sólon con Creso, viéndole hinchado y orgulloso por la opinión de una incierta fortuna. Los dioses (le dijo) han dado a los Griegos todas las cosas con mediano ser, y sabiduría, no magnífica y real, sino humilde y moderada. Con ésta consideramos hallarse la vida sujeta a infinitas mudanzas; y así no deberse fiar mucho, o gloriarse de bienes terrenos, ni tener por segura la felicidad del hombre, que mientras vive, sólo se arrima a continuos peligros de mudanza. Trae el tiempo todos los días tantos y tan diversos accidentes, que aun apenas podrían ocurrir al pensamiento humano; y el eximirse de todos, casi sería propio de divinidad. Mas cuando los Cielos continúan la buena fortuna en un sujeto hasta el fin de sus días, entonces sí que le juzgamos felicísimo.

El deseo de aprovechar a muchos hizo navegar a Platón, de Grecia a Sicilia, por detener con graves documentos, y sabios discursos, dentro los límites de la razón la desenfrenada juventud de Dionisio. Y aunque éste con licencia libidinosa, a rienda suelta frecuentaba toda suerte de vicios; por obra de aquel varón se apartó dellos poco a poco. Tan bien le supo conducir por el camino de la virtud, que reformando casi al improviso su Corte, pareció habersele por entonces enviado el Cielo. Mas volviendo poco después a ser presa de los aduladores, despidió a Platón, diciéndole: Yo sé relatarás mis maldades menudamente a tus amigos en llegando tu patria. Sonriéndose el Filósofo, con la acostumbrada libertad respondió: No quiera Dios, tenga tanta necesidad de razonamientos en la Academia, que me ocurra hacer mención de ti. Y apenas partió de la isla cuando volvió el tirano a los primeros modos de vivir. Llenó la casa de músicos, bailarines, lisonjeros y otros prevaricadores de costumbres. Sumergiose en las delicias y sensualidades, causa de que le imitasen sus pueblos en la misma disolución de vida. Tanto poder tiene el Príncipe en mudar y llevar tras sí los corazones de los súbditos.

Prosiguiendo la libertad de amonestar los grandes, es bien volver a Platón, que viendo desvanecido con su prosperidad a Dión (tras haber quitado del trono al mismo Dionisio) usó con él la misma severidad en la amonestación. Díjole sobre todo, se guardase de la arrogancia, como de cosa que tiene por fin al vituperio, quedando desamparada de todos. El propio estilo observó Speusipo, que escribiendo al mismo Dión, le advierte, no presuma nada de sí, ni se desvanezca por verse loado hasta de muchachos y mujeres. Antes tuviese sólo por respeto, ornar con tanto cuidado la Sicilia de piedad y religión para con los dioses; de justicia y buenas leyes para con los vasallos, que la Academia quedase siempre con honra, y reputación. Merece sobre todo ser imitado de los grandes el ejemplo del buen Trajano, cuando escribiendo a Plutarco su preceptor, le dice: Ten aviso de que gusto me sirvas de aquí adelante sólo de consejero, advirtiéndome los errores en que podré incurrir. Porque si Roma me tiene a mí por defensor de su república, yo a ti por

observador y corrector de mi vida: y si juzgares nuestro tal vez displacer por las libres reprehensiones, te ruego maestro mío, no eches esto en mala parte, ya que nacerá mi dolor, no por las amonestaciones que me habrás hecho, sino por la vergüenza que tendré de haber errado.

La corrección de Filoseno, merece por el consiguiente memoria; y es, que habiéndole enviado Dionisio Príncipe de Zaragoza, una tragedia compuesta por él, para que la leyese y emendase, se la volvió a enviar borrada desde el principio al fin, hallándola en toda parte indigna de salir a luz. ¡Valgame Dios, cuántas borrascas pareciera este sabio, si con su libertad alcanzara este siglo, donde tantos yerros se cometen en los escritos, sin permitir abra la boca la más docta censura! Libros se publican hoy cuyos autores ignoran hasta lo que saben los niños, esto es, el común hablar, con periodos y cláusulas rodadas, ¡supóngase lo que será el resto!

Vimos hasta aquí la utilidad del silencio, del habla, y de la reprehensión ésta cuando errase; ahora falta distribuir las operaciones de los años, dividiendo la edad, para saber cuál ocupación pueda cuadrar a cada una. En el modo de criar los hijos, parece cometen en general los padres notable error. Cuando pequeños los entregan a maestros y preceptores, para enfrenarlos, y corregirlos, en tiempo que sus mayores males son pueriles travesuras. Mas cuando el ímpetu, y ardor de la adolescencia, los comueve, y atrae a depravados quereres, cuando tienen más necesidad de que se les ponga freno, hallándose sus perturbaciones más violentas, y así en mayor peligro de perderse, les sacan de la sujeción, y les conceden amplísima libertad de aplicarse al modo de vivir que más les agrada. Entonces mucho más que nunca se debrían tener abiertos los ojos, y asistirles con más diligente custodia, para que su primer disciplina pueda hacer pie en el vago periodo de la virtud. Convendría pues, advertir, y enderezar tan conocido avieso, señalando sumaria instrucción de lo que más necesariamente se debe observar, para que con los proporcionados medios, cuales son las buenas costumbres, y tantas instituciones, se consiga el fin de la verdadera felicidad.

Aunque afirme Platón, deberse aprender toda virtud desde la primera infancia, no es justo con todo se emplee parte alguna de nuestra edad en otra cosa, si bien es fácil de colegir, se imprimen en aquélla mejor los decretos a la vida más importantes. De ningún modo es negable, convienen mucho el lugar, y el tiempo a la honestidad, y a la virtud; porque con igual ponderación, algunas cosas serán decentes y lícitas en una ocasión que en otra vendrán a ser con extremo fuera de propósito. Dice el proverbio, ser diferente mucho la manera de gobernar al sano, de otro que se halle con necesidad de dieta. Así, bien que la honestidad y la virtud, se requieran en el hombre, como verdaderos ornatos del alma, todavía pertenecen a diversas edades diferentes modos; ni siempre las mismas cosas son en los mismos convenientes. Algunas son propias a la edad varonil; otras a la juventud, otras a la vejez: porque como la naturaleza se muda con los años, vienen a ser también mudables las costumbres en los sujetos.

Entre los más diligentes observantes de los secretos de la naturaleza humana, se hallaron dos diversas opiniones sobre la división de la edad. Distribuyéronla unos en siete partes, contando tras la vejez la decrepitud. Fundaron su principal intento en ser tal número

perfecto y universal. Tantos son los Planetas, cuyos movimientos causan las generaciones, y corrupciones de la tierra, y así con más fuerte razón, dicen, se aplicará igual setenario a la continuación del tiempo. Demás, el crecimiento humano, según la edad, consiste en el número séptimo; porque los dientes nacen en el séptimo mes, y se mudan en el séptimo año. Sin esto, en el mismo año duplicado, esto es, en el catorceno, se recibe la potencia de generación. El número siete obra en las cosas el aumento de los hombres, y hace la diferencia y juicio de las enfermedades. En él se halla también comprendido todo el tiempo de la creación del mundo, y por el consiguiente el reposo de su inmenso fabricante. Todos los antiguos notaron, ser el año de sesenta y tres (que es multiplicación de siete por nueve) quien se lleva ordinariamente tras sí el fin de los viejos. Ya que pasamos todo el curso de nuestra vida debajo un clima sólo, que es de siete, o nueve años, que se ingieren en el sesenta y tres, en que vienen a terminar dos divisiones del Cielo, o clima, que son nueve setenarios, o siete novenarios. Por esta causa este año es dicho climatérico, en que (según podemos notar de las historias) han sucedido muertes de muchos grandes supuestos, y diversas mudanzas de Reinos, y Estados.

La otra división en seis partes solas (a quien se llega la opinión de Isidoro) será la seguida al presente en lo que intentamos tratar. Estas son Infancia, Puericia, Juventud, Adolescencia, Virilidad, y Vejez. La Infancia es la primera, comenzando desde el nacimiento; así llamada, porque entonces se carece de hablar, por cuya causa el muchacho no puede ser instruido en alguna costumbre, o virtud; no teniendo ingenio, ni entendimiento para comprenderlas. La Puericia, es cuando los niños comienzan a hablar, sin poseer dictamen de razón; y en este estado se puede decir están hasta edad de siete años, en cuyo espacio se deben alimentar y criar en el temor de Dios, y reverencia de los padres. A ésta llamaron los Latinos Pueritia, cuasi pura, y limpia de pecados. No tienen los rapaces entonces uso alguno de discreción, por donde se pueda formar juicio de sus operaciones, para llamarlas buenas, o malas. La Juventud se toma desde los siete a catorce, tiempo en que los hijos se deben entregar a preceptores hábiles, y de buena vida. Cuidadosamente deben advertir los padres, concurran ambos requisitos en los a cuya educación encomiendan prendas tan preciosas, medallas a ellos tan parecidas: no les suceda lo de que Hiperides Orador Griego motejó a uno, que decía, haber enviado a un esclavo con su hijo, para su gobierno, esto es, Hiciste bien, porque en vez de uno, tendrás dos. Según esto, es muy necesario elegir maestros doctos, y de buenas costumbres: siendo certísimo que así como los pláticos jardineros fijan palos en torno de las plantas para que estén derechas, así los prudentes preceptores, plantan sanas advertencias alrededor de los discípulos, a fin de enderezar sus inclinaciones si se torcieren encaminándolas a la virtud. No ha de elegir la avaricia hombres indignos de tal cargo; ya que (según Platón) destilan sus vicios en los ánimos tiernos de sus discípulos. En esta edad tan peligrosa colgaban los hijos de Romanos en el templo una pequeña joya que traían al cuello durante su infancia; demostrando así renunciar la puericia, y querer en lo por venir mudar costumbres. En señal desto recibían una vestidura blanca a manera de manto, y una sotana de púrpura. Con el primer color se les denotaba cuidasen huir los vicios, porque no quedase manchado el candor del alma; y con el segundo, se fatigasen en volver su vida resplandeciente con buenas operaciones. Y parece llamaron los Latinos Iuventus, a esta edad, casi como demostrativa del socorro y alivio que se prometen ya de la buena inclinación de los mozuelos. La Adolescencia, cuarta edad del hombre, comienza desde

los catorce años hasta los veinte y ocho. Derívase deste verbo, Adolesco, que significa crecer, porque entonces se crece en cuerpo, en fuerzas, en razón, en vicio, y virtud. Ésta descubre la naturaleza del hombre, y a qué cosa incline el entendimiento, oculto antes por la imprudencia de la edad. Por eso afirma Cicerón, sinifican los estudios a que nos inclinamos en la adolescencia (casi yerbas y frutos recién formados) cuál será la virtud en la madurez, y cuál también la cosecha en lo por venir. Así conviene (prosigue este gran padre de la elocuencia) hagan los adolescentes elección de una manera de vida, a quien se dediquen todo el tiempo que durare la suya. Advierte, no se retiren della por algún modo, sino que constantes y resueltos, procuren enderezar todas sus acciones a este fin. Respeto de no dejarnos ver la corrupción deste siglo, sino pocos frutos en el pasaje destes años, podemos decir, tienen necesidad los hijos en la adolescencia de gobierno más rígido, de freno más gallardo. El inclinarse al deleite, y el aborrecer las fatigas (defetos tan naturales al hombre) se hallan con más fuerza en aquella, que en otra edad. Por lo que si no se interpone en su ímpetu, y violencia grande solicitud y socorro, fácilmente se muestran parciales del vicio. Nace de aquí, aborrecer a los que ponen diligencia en dirigirlos a virtud, y doctina, mostrándose perezosos, y tardos en bien obrar. Por ningún modo procuran lo que les puede ser útil en lo por venir, consistiendo todo su cuidado en satisfacer desenfrenados deseos. Esto consideró Marco Aurelio, cuando dijo a los que dejaba encomendado a su hijo después de su muerte: Advertid, no le dejéis bañar dentro de los placeres; puesto que es demasiado difícil moderar, y detener los ardientes afectos de un mozo, principalmente si tiene autoridad, y comienza a seguir una inmoderada licencia con que después se rinde a todo género de sensualidad, y desordenado apetito. A este desenfrenado estilo llaman los imprudentes mancebos poseer libertad, y salir de sujeción, sin advertir ser el salir de infancia, y de su primera juventud, entrar en el lugar de los hombres, mudando sólo orden de mandamiento. La vida en vez de mercenario maestro que antes la gobernaba, toma entonces cierta divina guía, a quien sólo el que obedeciere debe ser juzgado franco, y libre. Mas ellos comenzando a vivir como se les antoja, olvidan lo que aprendieron, esto es, sólo a querer lo conveniente, y decente. Así entre licenciosos impulsos y acciones depravadas, viene a ser corto, enfermo y débil el vigor de la voluntad, mezclado al fin con mucho arrepentimiento. Gran juicio y conocimiento pues se requiere en las guardas para preservar, y defender esta edad de corrupción y ruina. Valga el artificio donde se hallare resistencia, y consiga la suavidad lo que no pudiere el rigor. Así con los jarabes se prepara la purga, y así para que se tomen con menos dificultad de bascas, se doran las píldoras. Por eso los antiguos velaban con tan singular cuidado en reprimir a veces (según la disposición del sujeto) con blandura en la audacia, y otras en castigar con severidad los yerros que acompañan a la adolescencia. Ejemplo notable de tal observación, fue la usada con uno de los hijos de Catón, desterrado en edad quince años, por haber roto livianamente un cántaro con que cierta moza iba a la fuente. Lo mismo se usó con un hijo de Cina, por haber cogido en un jardín algunos frutos sin licencia. Culpas veniales, sin duda comparadas con las frecuentes perniciosas insolencias que cometen muchos de los Caballeros mozos deste siglo.

Y échase de ver, consiste el mayor desvelo de los que administran lo público, en refrenar (según las ocasiones) estas mocedades, perturbadoras de toda tranquilidad y sosiego. Al paso que son tales años intrépidos y vigorosos, carecen de maduro juicio para ponderar despacio lo que les puede estar bien, o mal. Faltos de conocimiento y discurso, echan en

todo por medio, ni para evitar los crímenes los atemoriza las tremendas penalidades de las prisiones, de los gastos, y tal vez los peligros de afrentas. Ni cuando por su dicha desto quedasen libres, se les representa las incomodidades de caminos, y el destierro forzoso del propio lugar, grandemente atractivo por el nacimiento.

Si el adolescente pues, se halla con caudal de razón, debe elegir y proponer aquel género de vida que ha de tener hasta la muerte, comenzando por un proceder tan loable, que merezca veneración entre los hombres de virtud. Queriendo demostrar esto los antiguos Romanos, cuando habían llegado sus hijos a esta edad, los conducían al público mercado, adornados de vestidura viril, y haciéndoles esparcir nueces, comenzaban un juego entre ellos usado, que desamparaban al punto. Con esto significaban, hacían dejación de las locuras de sus primeros años, por abrazar cosas más graves, y de mayor importancia. Su obligación será (decía Cicerón) respetar sus mayores, y reconocer entre ellos cuáles sean de más bondad y fama, para deprender por su consejo cuanto conviniere, teniendo siempre el honor delante los ojos. Y así como el navegante debe hacer provisión en tiempo de bonanza de las cosas oportunas al de tormenta: así en la adolescencia, conviene prevenirse de modestia, templanza y continencia, para poder soportar mejor la ancianidad. Eso quiso inferir Platón, cuando dijo, dependía de moderada juventud la reposada vejez, y de la inmoderada la grave y enfadosa. Y Marco Tulio atribuye la principal falta de vigor, antes a los vicios de la adolescencia, que a la flaqueza de la postrera edad. Movido desto alegaba un Arzobispo Andaluz con gallardía de mancebo en vida de noventa años, había recogido en los primeros munición de fuerzas, para gastar los últimos, esto es, viviendo virtuosamente.

Mas puesto que es propio de la juventud engolfarse en todas suertes de disoluciones, juzgando su mayor gloria el colmo de los mayores vicios, será para su confusión no fuera de propósito alegar algunos ejemplos de grandísima virtud, con que quedó ilustrada la adolescencia de algunos antiguos. Merecen con razón el primer lugar Josef, Daniel, y otros; que bien mozos descubrieron acciones de maravillosa prudencia, como se puede sacar sufficientísimo testimonio de las sagradas letras. Pero cese por ahora lo mucho que éstos, favorecidos particularmente del cielo, se pudiera decir, y vengamos a los Gentiles, cuyas obras pueden bien incitar a los mancebos para toda loable ocupación. Alejandro en su adolescencia dio de mano a las delicias, huyó las mujeres, menospreció el oro, los juegos y pasatiempos inútiles, amando sólo la virtud y la gloria que por su medio se adquiere. Pompeyo desde su primera juventud descubría en el rostro (según escriben las historias) un decoro agradable, acompañado de benignidad inaudita, manifestando en sus costumbres y modos de conversar una venerable alteza, una majestad Real.

Acto fue prudentísimo la pacificación de los soldados, que conspiraban contra la vida de su padre Estrabón, cabeza del ejército Romano contra Cina. También merece particular memoria y loor la prudencia de Papirio. Conducido éste al Senado, según costumbre de caballeros (tras haber tomado la vestidura pretexta, que se daba a los adolescentes) a fin de ejercitarlos algún tiempo en manejar los negocios de la República, se detuvo dentro algo más de lo ordinario. Entendido por la madre, quiso saber la causa, y rehusando manifestársela, por ser expresamente vedado, instó de nuevo con amenazas. Él, por huir tan siniestro inconveniente, y librarse a un tiempo de su importunidad, la sosegó con

semejante fingimiento. Declaró, haber altercado grandemente los Senadores, sobre consultar si los hombres habían de recibir dos mujeres, o las hembras dos maridos; y haber quedado la resolución para la mañana siguiente. Creyolo la madre, y al punto hizo avisar a las matronas sus amigas. Acudieron pues en gran cantidad a buen hora a la puerta del Senado, rogando al entrar pronunciasen en su favor los jueces; entre quien nació grandísima risa, estimando en mucho el prudente artificio del mozo.

La Virilidad (siguiendo el discurso de las otras dos edades) comienza, cuando el hombre está del todo maduro y formado, y dejade crecer el cuerpo. Ésta es sola, única y acomodada para adquirir virtud y honestidad; porque entonces se halla con razón fuerte y poderosa, con juicio estable y firme, y con el vigor de la fuerza corporal, apto para trabajar y fatigarse. Su nombre se deriva desta palabra Latina, Vir, y de la misma tomó primeramente su nombre la de Virtus. Y tanto significa vir, cuanto quien posee años de virilidad; esto es, capacidad, para ser ministro y cultor de toda virtud. Verdad es que el divino Isidoro confunde la juventud (que pone tras la adolescencia) con la virilidad, diciendo, ser esta palabra, vir, nombre de sexo, y no de edad. Mas de cualquier modo concuerda, en que el tiempo de la perfección de las fuerzas del hombre toda su principio en los veinte y nueve años, donde dijimos acabarse la adolescencia. Consérvase en su vigor hasta los cincuenta; mas de allí adelante comienza a debilitarse, a enflaquecerse, y a declinar de continuo. Estoy por decir, es irremediable el fruto que a este tiempo carece de sazón. El que en estos años no pierde la licencia de mozo, y se vale como de timón el piloto, de buenos avisos, para guiar con acierto el bajel de la vida, peligrará, o en el golfo de insuficiencia, o en la relajación del vicio, y más si le falta la excusa de no haber sido educado como debía en la juventud.

Con todo, sienten muchos, ser la aptitud desta edad muy a propósito para aplicarse a varias disciplinas, por el vigor con que aprehende el entendimiento. Clitomaco Cartaginés teniendo cuarenta y más años, vino a Atenas a ser discípulo de Carneades, con quien adquirió tanto, que muerto él, ocupó el lugar de enseñar a otros, manifestándose singularísimo en Filosofía. Baldo comenzó tarde el estudio de la Jurisprudencia, y salió en ella insigne. Y casi en nuestros años atendió a la misma facultad cierto personaje entrado ya en edad, ascendiendo por diversos grados brevemente a superior Presidencia.

Respondió Marco Aurelio a Lucio (que por encontrarle acompañado de sólo un hombre por las calles de Roma, le había preguntado adónde iba) Yo voy a casa del Filósofo Sexto, a fin me amaestre en lo que ignoro, que aún a los viejos está bien aprender. Entonces Lucio, alzando los ojos al cielo, exclamó: ¡Oh buen Dios, qué es lo que miro, un Emperador cano todo, va con su libro a manera de muchacho para oír lección, con intento de ser instruido, y la mayor parte de los Reyes del mundo en edad de cuatro lustros no se dignan leer una hoja! Solón pronunciaba de ordinario esta sentencia: Aprendiendo envejezco. Así el día y hora en que murió de ochenta y más años, oyendo a algunos de sus amigos que disputaban sobre ciertos puntos de Filosofía, se asentó sobre la cama lo mejor que pudo, descubriendo ansia particular en razón de atender a lo que se trataba. Por tanto, preguntada la ocasión de semejante novedad: Hágolo, respondió, porque aprendiendo la materia sobre que disputáis, ponga fin a mis días; y sucedió así, pues al punto falleció que feneció la disputa. Sócrates aprendió la música, siendo ya muy

anciano. Terencio, Varrón, y Marco Porcio Catón aprendieron ya viejos la noticia de las letras Griegas, Julián gran Jurisconsulto solía decir con mucha edad, que aún con el un pie en la huesa no le faltaría el deseo de aprender. Alfonso Rey de Aragón de cincuenta años estudió la lengua Latina, y tradujo a Tito Livio de su idioma en el Español. Por manera que estos y otros muchos calificados varones no desdeñaron ser discípulos en la ancianidad.

La sexta y última edad se nombra vejez, que según Marco Varrón, y otros autores, comienza en los cincuenta años, en que declina la virtud, y fuerzas naturales del hombre. Llámala Isidoro gravedad, y haciéndola durar hasta los setenta, da a lo demás título de vejez. Mas así como la división de la edad, puesta en los limitados términos referidos, no podría convenir a la de nuestros primeros padres, tanto en el primero, cuanto en el segundo siglo (donde comúnmente vivían tantos años, cuantos nosotros meses) así considerada la brevedad de nuestros días, que el Psamilsta a lo más largo termina en los ochenta, me parece debemos seguir la opinión de Varrón, que tiene, ser vejez lo que corre sobre los cincuenta. El sosiego y cordura eran ornamentos muy necesarios a esta edad, que los antiguos adquirían con largo estudio y ejercicio, así de ciencia, como de experiencia. Consistía por tanto su oficio en dar socorro y favor a los mancebos, a sus amigos, y a la República con prudencia y parecer. Por esta causa Rómulo en la fundación de su ciudad, eligió ciento de los más ancianos, con cuyo consejo quiso fuese regida. Y destes viejos que en Latín se llaman, Senes, se derivó el nombre de Senatus, que es como si dijésemos, junta de hombres de edad; ahora Consejeros, o Senadores. Y aunque en estos tiempos se observe con algún descuido la distribución de tales cargos (hablo de las provisiones hechas en mozos) con todo es propio de los mayores el gobierno político, y la administración de justicia, sirviendo a los demás de espejos y dechados. Estos tales (dice Cicerón) no han de reposar entonces, sino aumentar tanto los ejercicios del alma, cuanto se ven disminuir las fuerzas del cuerpo. Tampoco deben poner en olvido la memorable respuesta que dio un Espartano a quien le preguntó, por qué se dejaba crecer tanto la barba: Porque viéndola, tan larga y blanca, me avergüence de cometer cosa indigna de tan venerables canas. Acuérdense juntamente de la sentencia de Platón, cuando dijo: Mueren presto los mozos, y los viejos no pueden vivir mucho. A este propósito afirmaba Epaminondas, se podía decir a los hombres hasta edad de treinta años, Seáis bienvenidos, porque hasta entonces parece que aún vienen. De los treinta hasta los cincuenta, quería se dijese, Conservaos dichosos, por hallarse entonces la vida en su mejor ser, y de los cincuenta hasta el fin, deberse decir, Andad en buen hora, por irse poco a poco despidiendo. La vejez (dijo Catón a uno que la tenía acompañada de mala vida) es por sí misma demasiado fea, sin añadirle también la deformidad del vicio. No solicita el pelo blanco y cara rusa átomo de autoridad, sino el honesto vivir pasado, regido según el mejor fin de nuestro ser, a quien se debe referir toda edad. Aunque, como saben todos, es por extremo abominable el defeto de ambición, parece pudiera ser en alguna manera disculpable en los que pretenden con gallardía de espíritu, y viveza de entendimiento: pero ¿qué podrán alegar los poseores de rancios huesos, cuando anhelaren por dignidades, que cuanto más se les concede sublimes, tanto más les corre de obligación? Descaecidas las potencias, y turbados los sentidos, ¿quien intenta ser de provecho? No hará poco el anciano en ajustar las cuentas desta vida para la otra con las horas que al reposo dedicare. Cuando no por esto (que fuera justísimo) debería siquiera por su misma

comodidad retirarse. Dura cosa hallarse a todas horas expuesto a la importunación del negociante, a la necesidad del expediente, hechos los oídos a confusión, y a perturbadora publicidad. ¡Oh infeliz, si noble servidumbre!, quien deja por ti la quietud de su casa, y la calma apacible del retirado retrete, si con cuidado despacha, el trabajo le rinde; si se reserva, tiene quejosos. ¡O sobrehueso terrible del mandar, humo, sombra, nada!

#### VARIEDAD DECIMACUARTA.

DEJADO aparte el número casi infinito de los hombres que entran en religión, y el de los que se dedican al estudio y ejercicio de varias ciencias y artes, de quien en la Plaza universal traté bien por extenso, deseo no ser breve aquí en lo que pertenece a la disciplina militar, por su excelencia abrazada de tantos. Esta profesión tan estimada y seguida de nuestros predecesores, como medio eficaz de todo aumento y honor, padece en nuestra edad, si no patente menosprecio, por lo menos pernicioso descuido, causa de que siendo una siempre en valor la calidad de los desta provincia, salga por su poco séguito tan escasa la cosecha de ilustres Capitanes. Pocos nobles la tienen por amiga, pocos le muestran afición, no sé si detenidos en los deleites de casa, o resfriados por la falta de ocasiones que hay fuera. Poniendo en esto la mira Justiniano en el proemio de su Instituta, dice, ser conveniente a la Magestad Imperial aplicar la consideración a dos tiempos, esto es, al de paz y al de guerra, para que en cualquier acaecimiento se halle preparada y prevista, así en una como en otra. Es menester que los pueblos, aunque libres de inquietudes militares, se ejerciten en las armas, por ser la paz desarmada muy débil. Fingió Gelón Príncipe de Sicilia, tener necesidad de combatir, con que hizo ejercitar los suyos en los instrumentos bélicos. Al fin habiéndolos sacado un día así armados y en orden, fuera de la ciudad, les mostró los campos, y dijo: Con éstos habéis de pelear, cultivándolos de continuo, por cuyo medio combatiréis contra el ocio y la pereza, y os haréis formidables a los enemigos. Torcedores de husos llamó un Sabio a los soldados ociosos, a los inútiles, y langostas a los vagamundos, que devoran la tierra.

Son en tiempo de paz necesarias las leyes, y constituciones políticas, para gobernar con tranquilidad los Estados, y en tiempo de guerra las armas, que (según se apuntó) deben siempre estar prevenidas con fuerzas convenientes, para ayudar los amigos, resistir los enemigos, y enfrenar los súbditos inobedientes. La primera parte se trató en las Variedades octava y nona, propias de las materias de Estado, y Policía. La segunda ha de ser deste lugar, hecha primero una salva al decoro de la paz, y a los muchos bienes que della resultan.

Haced todo lo posible (dice el Apóstol) por tener paz con todos los hombres; y asista siempre al gobierno de vuestros corazones la paz del Señor, a quien sois llamados en un cuerpo. Penuria es sin ella toda riqueza; toda alegría dolor; y muerte toda vida. Si camináredes en mis ordenanzas (dice Dios) yo os daré la paz en la tierra: pero si no me obedeciéredes, y despreciáredes mis Mandamientos, haré venir sobre vosotros la vengadora espada de mis confederados, y seréis entregados en poder del enemigo. Licurgo, entrado al Gobierno de los Lacedemonios, y hallando corrupto grandemente



aquel Estado, deliberó mudar del todo su policía. Temía su prudencia, y vigilancia acertar en la reforma de aquella República, donde conocía ir de caída fuerzas, y reputación, perseverando los vicios, y licencia de la prosperidad. Consideró podía servir de poco más, el hacer sólo algunas leyes, y órdenes particulares; que el dar a un cuerpo gravemente enfermo una ligera medicina, sin consumir primero, y resolver sus malos humores. Fue su intento darles nueva forma, y regla de vivir; y su empresa, si bien grande, y difícil, sucedió felizmente. En fin fueron sus leyes recibidas, y aprobadas del pueblo, tras alguna contradicción, y resistencia. Mas parece, las dirigió, y encaminó todas a la milicia, y a la vitoria, teniendo sus ciudadanos entretenidos siempre en Marciales ocupaciones. Por ningún caso les permitía seguir otro ejercicio, ni obra manual, estando esto solamente cometido a los Iliotos, hombres hechos esclavos por razón de guerra. En esto se conoce haber sido de opinión deberse en todos los manejos humanos, el título de señora a la Fortaleza; y que las otras acciones, divididas de las armas, fuesen de poca consideración. Daba a entender fundaba en cierta continua razón militar, ser justo aplicar los bienes, y vidas de los vencidos a los vencedores, sin que jamás se gozase en este mundo, sino con el nombre, el ocio de la paz. Así vivían todos los señores, y pueblos en perpetua disidencia unos de otros. Sólo entre ellos (como refiere Plutarco elegantemente) se buscaba, y pretendía de ordinario prevenir asechanzas, en que cogerse de improviso, no obstante cualquier confederación y tregua que hubiesen hecho.

Numa Pompilio segundo Rey de Romanos, contrario en todo a Licurgo, de tal manera amó la paz, y de suerte transfirió todas sus leyes a ella, que durante su Reino, no hubo guerra o sedición civil. Sobre todo no se tentó novedad alguna, ni mínima conjuración por deseo de reinar: antes tan de propósito se dejaron las armas, que casi se perdió su memoria y rastro. En esta conformidad no se vio en cuarenta y tres años el templo de Jano abierto, señal verdadera de paz entre Romanos. Ni gozó sola Roma de tan feliz estado, por la justicia, clemencia y bondad de Numa; sino también las ciudades vecinas comenzaron a sentir gran mejoría en sus costumbres. El cercano ejemplo, casi como rayo de resplandeciente Sol, entró en sus pechos afectuosamente, y los hizo desear vivir en paz, gozar con alegría de los frutos de la tierra (cultivándola como por deleite) criar los hijos en reposo y quietud, y servir y honrar a los dioses. Con semejante elección no se oía ni vía por toda Italia sino fiestas, juegos, sacrificios, convites, pudiéndose decir, haber sido la sabiduría de Numa, una fuente viva de todas honestas y virtuosas ocupaciones; de quien brotaban muchos arroyuelos, aptos a bañar varias regiones, habiéndose comunicado casi a todo el mundo la tranquilidad de su prudencia.

Es de notar ahora, que si bien estos dos personajes han sido con extremo alabados y engrandecidos por sus raras y diversas virtudes, todavía las extremidades que siguieron ambos en esta forma de gobierno, no fueron halladas después buenas del todo. Si es pernicioso mover guerra, y continuarla, sólo con intento de sujetar los vecinos, y estender los confines del país, sojuzgando los ajenos, no es menos dañosa una larga paz, pues hace comúnmente a los hombres, por la demasiada prosperidad insolentes, y por la opulencia y ocio, regalones, viles, efeminados. Así Platón, Aristóteles y Polibio, reprehenden a Licurgo, por haber propuesto a sus ciudadanos el ejercicio de la sola virtud militar, que es la mínima de las cuatro necesarias al establecimiento y conservación del Imperio. Decían, eran todas sus leyes bien ordenadas para hacer los naturales valerosos, mas no justos,

templados y prudentes. Y que al opósito, los que se muestran con demasía dados al reposo y paz, se debilitan sin pensar poco a poco. Ablándanse por el consiguiente, los ánimos de la juventud, que por tal medio se expone a las injurias de quien propone asaltarla; por lo que no hallándose apta para defender las personas y bienes, fácilmente pierde la libertad.

Los antiguos pintaban armada a la Diosa Palas, para dar a entender, aprovechaban poco las ciencias y las artes usadas en la paz, si las armas no las defendían. Infieren desto, que así como está organizado el mundo de cuatro varios elementos, por cuya unión se halla establecido en la forma que se vee, conservándose en tal concordia y amistad que no puede ser deshecho sino de quien le hizo; así, cualquier estado público debe ser constituido de cuatro virtudes, con cuya conveniencia haya de ser conservado. Y del modo que para volver el universo visible y palpable, se criaron en primer lugar fuego y tierra, entre quien fueron colocados agua y aire, para templar con proporción la disimilitud de los extremos: tal son fortaleza y justicia, antes que todo, convenientes para ordenar las Repúblicas, atento que ambas no pueden durar sin jurisdicción, y fuerza, y la prudencia y templanza moderan el vigor y debilidad de las mismas. Demás hallándose por las diversidades de naturalezas, de quien todo es hecho, contrapesado el mundo de tal manera que las cosas leves son retenidas (a fin no suban demasiado) por las graves: y éstas porque no caigan sustentadas de las ligeras: así por la diversidad destas cuatro virtudes, esparcidas entre los hombres, la República se conserva en buena constitución y disciplina. Que si ella no puede durar por causa de la variedad de las cosas humanas perpetuamente en este decoro (como ni tampoco el mundo sino en virtud de la potencia superior que le formó) se conservará con todo muchos años. Y de la misma suerte que los elementos son engendrados los unos de los otros, y recíprocamente se mudan, entrando y saliendo continuamente de la materia prima que les sirve de receptáculo, causa de no poderse conocer simples, sino compuestos, y templados de forma, que ni se pierden por sequedad, ni se queman por ardor, se inundan por aguas, o secan por exceso de frío: así las virtudes de quien están constituidas las ciudades, deben ser mezcladas entre sí, y compuestas de modo, que con mutuo consentimiento atiendan a su conservación. Queda siempre preferida y antepuesta la sabiduría, en que se hallan contenidas todas; no pudiéndose mantener la una sin las otras, ni conservarse en su vigor y dignidad. La justicia sin la templanza es rigor, la fortaleza separada de la justicia es temeridad. Si se quita la prudencia, cobra la justicia nombre de malicia y astucia. La templanza sin fortaleza antes se debe llamar vileza y molicie. Tan asidas se hallan, y con tal necesidad dependientes una de otra, que no pueden ser separadas. Y si al opósito sucediese, sería forzoso padecer la República sujeta a tal desorden, mudanza y caída.

Destos Filosóficos discursos se puede sacar esta provechosa instrucción: que para hacer retenga el estado bien instituido, la conveniencia de las cuatro virtudes, importa se hallen los hombres bien instruidos, para gobernarse bien, así en tiempo de paz, como de guerra. En esta forma conservando tal moderación, y entendiendo los modos de ambas ocasiones, se reconocerán dispuestos a guerrear, cuando menester, con intento de conseguir la paz, que debe siempre ser preferida a la guerra, como el bien al mal, y el reposo a la fatiga. Y así por la consideración de un contrario, vendremos a entender los efectos del otro. No hay duda sino que en tiempo de paz resplandece con mayor aumento la majestad del Real

trono, y posee la Filosofía la cátedra de su propio ejercicio. Cuando el hombre se halla sin el trabajo de la guerra, tiene el ánimo quieto, y acomodado a todo honesto ocio, de quien reciben artes y ciencias su crecimiento. Entonces, no pierden su vigor las leyes; florece la justicia; descubre mejor sus frutos la virtud; enflaquecese el vicio; auméntase el celo de la piedad; fortifícase el culto divino; y así el noble como el plebeyo conserva y acumula sus riquezas. Queda libre el comercio y tráfico, y en fin todo resulta en bien particular y público.

La principal intención del Príncipe debe ser, vivan en paz los súbditos: por tanto sólo se valen de las armas, para defenderse con ellas de quien pretende inquietarlos. Para dar a entender esto, usaban traer los Romanos el anillo militar en la mano siniestra (que es la en que se acomoda el escudo, y no en la diestra, propia de la espada) pareciéndoles, tenían las Repúblicas bien instituidas más necesidad de defenderse, que de ofender a otro. Los Espartanos preguntaban a los que volvían de la guerra, si habían perdido el escudo, por tener en más salvar éste que el resto de las otras armas. Así Epaminondas Capitán Tebano al punto de morir por las heridas recibidas en la guerra, mandó le trujesen su escudo, y abrazándose con él, despidió el espíritu. Denotó en esto, haber sido el hacer guerra a sus enemigos, intento sólo de amparar la libertad, y defender la paz de su tierra. En suma se valió Dios de las guerras para castigar los pecados de los hombres, y así mucho de temer si se consideran los horribles efectos que produce. Vive entonces despierta la codicia; la avaricia crece; la justicia cae; la violencia domina; el robo reina, triunfa la sensualidad; imperan los malos; son oprimidos los buenos; hollados los inocentes; las mujeres violadas; arruinados los países; abrasados los edificios; destruidos los templos; violados los sepulcros, robados los bienes; desterrada la virtud, y honrado el vicio. Véense despreciadas las leyes, indecoradas las Iglesias, desamparado el servicio de Dios, oprimidos nobleza, y pueblo de infinitos cargos; el comercio impedido; y en fin entre diversos géneros de atroces muertes, sólo campea el espanto, el terror, la calamidad. Débese por tanto juzgar dichoso aquel Reino, cuyo Príncipe es obediente a la ley de Dios y de naturaleza; los Magistrados al Príncipe; los particulares a los Magistrados; los hijos a los padres; los criados a los señores. Sobre todo donde viven los súbditos ligados en amistad y benevolencia entre sí, y todos con su Príncipe, con que gozarán unos y otros la dulzura de la paz, y la verdadera quietud del ánimo. Pluguiese a Dios (decían de continuo Lacedemonios, y Atenenses) estuviesen nuestras armas cubiertas siempre de telarañas, y orín. Tanta estimación hacían de la paz. En la que Romanos concluyeron con el Rey Porsena, sacaron por condición, no se usase hierro, sino en cultivar la tierra; tan lejos deseaban vivir de la militar inquietud. ¡Oh profesión penosísima la de la soldadesca, donde es propio alimento el sobresalto, la incomodidad, el peligro! Ocupación al fin que hace a los hombres fieros, bárbaros y crueles; no como la pacífica que los conserva tratables, corteses, amorosos. Plutarco escribe haberse vuelto los Sicilianos por las continuas guerras tan feroces, que distaban casi nada de silvestres fieras. Tampoco tiempos atrás carecieron desta nota los Ingleses, cuya condición indómita por las dos fronteras Francia y Escocia, con quien sin cesar peleaban, los hacía a otras naciones intratables y asperísimos.

Los efectos así de la paz, como de la guerra, fueron bien conocidos de Arquidamo Rey de Lacedemonia, que entendiendo, enviaban los Eliesios socorro a los Arcades sus

contrarios, con intento de hacerles guerra, les escribió con Lacónico estilo deste modo: Arquidamo a los Eliesios: No hay cosa tan bella como el reposo. Otra vez habiéndole loado algunos por una vitoria que consiguió contra los Arcades, mostró cuánto prefería la paz a la guerra, diciéndoles: ¡Oh cuánto fuera mejor haberlos vencido de prudencia que de poder! La misma razón de amar la paz, y de tener en horror los que la violaban, indujo a Catón a oponerse en pleno Senado contra la instancia que hacían los amigos de César. Pretendían éstos, debiese hacer el pueblo solenes sacrificios, para rendir gracias a los dioses de las señaladas vitorias que había obtenido contra los Alemanes, de quien en varios conflictos había deshecho trecientos mil . A esto fue de parecer Catón, se debía en vez de los sacrificios y solenidad, entregar César en poder de los a quien había ofendido tan sin razón, violando la paz que tenían con el pueblo Romano. Alegaba ser justo, lo castigasen a su modo; porque sobre él, y no sobre la ciudad, que carecía de culpa, cayese la pena de su error y exceso. A la verdad debe ser temido de sabios todo principio de guerra: puesto que creciendo, y aumentándose, tras haberse sembrado imprudentemente, con increíble fatiga la pueden extirpar y extinguir los mayores y más cuerdos Reyes, si no es con grandísimo esfuerzo y peligro Por tanto los que se muestran deseosos y arrojados en romper la guerra, pervierten toda orden de razón, porque comienzan a ejecutar su disinio con la fuerza, que debe ser la última.

Es cierto, merece más alabanza y honra quien granjea el corazón de los enemigos con amor, que quien consigue cualquier vitoria con crueldad y derramamiento de sangre. Sólo se debe comenzar la guerra, dice Cicerón, para que podamos vivir quieta y pacíficamente, sin recibir ultraje; fin con que es justo elegir las armas. Por estas consideraciones Foción, gran Capitán Ateniese, puso esfuerzo en impedir los aparatos bélicos que el pueblo de Atenas prevenía a instancia de cierto Leóstenes contra Macedonios. Mas formado (no obstante su contradicción, un numeroso ejército, maravillándose muchos de su grandeza, y disposición, le preguntaron lo que dél le parecía. Hermoso es (respondió) para una muestra, y partida; mas temo mucho la vuelta, y la continuación deste principio. No descubro pueda tener esta ciudad otro medio para juntar más dineros, más bajeles, y soldados que éstos. En fin fue del suceso ratificada su providencia. Porque si bien Leóstenes, tuvo en los principios de la empresa felices acaecimientos, últimamente fue muerto en el viaje; y el ejército deshecho por Antípatro, y Cratero Macedonios. Con esto la ciudad de Atenas quedó reducida a tal extremidad, que fue constreñida para capitular paces, enviar el papel en blanco, y recibir guarniciones forasteras; que no rinde mejor fruto el arrojamiento de un imprudente parecer.

Lo mismo sucede de ordinario a los que sin justa ocasión vienen a rotura de armas, violando el derecho de las gentes. Los odios que contra sí concita un Príncipe sin consideración belicoso, son indecibles; no sólo de sus ciudadanos a quien molesta, sino de los confinantes que temen quedar sujetos. Término más loable sería (excluida toda violencia) serles superior en bondad, en equidad, y justicia, cautivando con la benevolencia los albedríos, cuyo imperio es en toda ocasión potentísimo. Todo ambicioso disinio es ruina, y perdición de la patria; y tiránico rigor anteponer a su quietud, y utilidad, el dominio, y extensión de propia gloria. Fuera de que bien a menudo suele padecer disminución la autoridad del temerario, que no contentándose con lo que posee pacíficamente, suele caer en las manos del enemigo, mientras procura oprimirle, y

sujetarle. La guerra para ser buena, decía Augusto, hanla de ordenar los dioses, y justificarla los Filósofos. Sólo Trajano, escribe Elio, de los Romanos Emperadores, no fue vencido en batalla, por no haber emprendido jamás guerra que no fuese bien justificada. No sé si entre Cristianos se podrá decir esto, donde los intereses, y pasiones ciegan del todo el discurso, sin dar lugar a excluir manifiestos engaños, cuanto más pequeños escrúpulos. El testimonio del viejo Antígono en acusarse a sí mismo, es sin duda con todo encarecimiento notable para mostrar ser la guerra inicua, y perniciosa. Dirigiéndole cierto Filósofo un libro con título de Justicia; Eres loco, le dijo, en querer lea, y trate de justicia, quien como yo usurpaba las ajenas ciudades. No fue de menos ponderación a este propósito lo de César a Metelo Tribuno del pueblo Romano. Éste, queriéndole impedir el tomar algunos dineros, depositados en las arcas del Erario público, alegaba la ley que lo prohibía; mas respondiolo, ser diversos los tiempos de las armas y de las leyes.

Dos damas acompañan casi de ordinario a la guerra, por cuyo respeto la debiera evitar con todas veras el prudente y cuerdo, esto es, hambre y peste. Ni es maravilla, sean ambas dignas hijas de tal madre. Ninguno ignora, consume su ejercicio la abundancia de todas las cosas, y produce la necesidad de todos bastimentos, a quien siguen diversas enfermedades contagiosas. En fin son propios suyos estos y otros desórdenes, infortunios y calamidades, y así es impiedad (salvo en forzosísima ocasión) tenga lugar entre Fieles. Mas no por eso (como ya se apuntó) se ha de poner en olvido en República bien gobernada la disciplina militar, porque enflaqueciéndose el vigor, no se vuelvan los súbditos inútiles. El fuerte escudo de las armas ofensivas y defensivas es sobremanera importante, no sólo para conservar hacienda y libertad, sino también la vida. Su protección hace temblar a los mal intencionados, y poner freno a los más indómitos, de quien serían los políticos supeditados y opresos.

Con gozar Augusto tan firme y segura paz, no quiso extinguir las cuarenta Legiones; sino las envió a diversas provincias de las naciones más fieras fronterizas, a fin de conservar con gallardo sudor el militar decoro. Por no haber hecho otro tanto el gran Constantino, que reformó las suyas, casi mostró con el dedo abiertas las puertas a los enemigos del Imperio Romano. Servían, según esto, los juegos de los antiguos como de seminarios de Capitanes y Generales valientes, siendo prudencia del valor, no perder de vista en la paz las ocasiones de la pelea.

Débase en suma, aborreciendo el uso de la guerra, desear toda pacífica quietud, por ser ésta cierta señal de la bendición de Dios sobre su pueblo, y aquélla de su maldición y de su ira. Trajano advirtió, no haber sido llamado ni electo para militar, sino para regir, no para matar enemigos, sino para conservar amigos. Así, con milagrosa Providencia desde Roma meneaba el mundo, y reparaba inconvenientes, no vistos de los que presentes los tenían, siendo desde el día que subió en aquel trono, el peso de regir la tierra, ligerísimo a su talento. Alegaba para confirmar su opinión, sólo podía el Príncipe en la guerra combatir por uno; mas en el estado suplir por muchos. Esto se entiende (decía) cuando no se ofrece forzosa ocasión de empuñar su diestra la espada: puesto que entonces no la podría emplear mejor que en resistir y disipar las fuerzas de los que tiránicamente intentan fatigar la publica quietud, o por deseo de ambición, o por codicia de dilatar sus

confines con los ajenos. En medio deste agrado era su resolución terrible. Mandaba, se averiguase el derecho de cada uno por juicio, y no por armas, mostrando a los negligentes en obedecer, no se daba el castigo fiado, sino también presente.

Es conveniente pues, instruir y ejercitar la juventud, en especial de nobles, en cualesquier instrumentos militares, por hallarse entonces el ingenio más vivo, y la memoria más aparejada a recibir la doctrina que se les señala. Será mejor cuanto más presto se comenzare este ejercicio, porque teniendo por maestro al tiempo, no se ha de perder; ni menos hallándose en la guerra, emplearle en cosas ajenas desta profesión, como se ha visto en algunos de tan estraño natural, que cuando todos los demás trabajaban, se estaban ociosos, sin notar lo que se hacía, ocupados en diversiones impertinentes.

Mas prosiguiendo mi intención, como arriba propuse, entremos en el espacioso campo del tratado de la guerra. Bien sé, me contradirán los que tienen más antigua conversación con este hábito, juzgando angostos límites los deste cuaderno para tan pomposo título, y que siendo este arte tan vario y accidental, de necesidad convendría ensancharle en más espaciosos discursos, tratando más por menudo las virtudes que en él concurren, así infusas como adquisitas. Mas yo pienso librarme con facilidad desta objeción, sin entrar en difícil empeño, sólo con referir lo depositado en la memoria por medio de los ojos y oídos.

Si ponemos la atención en la disciplina militar antigua, halláremosla no menos copiosa de grandes honores, que tratada con maravilloso concierto. Hoy la moderna, o por insolente, o por despreciada, parece ha rompido el freno de toda loable observación, llenándose de abusos y desórdenes. Lo cierto es, mantiene la buena el orden de todas las cosas de campaña, y ocasiona en los ejércitos no sólo obediencia, sino vitoria. No es lícito tolerar a soldados alguna desenfrenada licencia. Es de prudentes ser rigurosos en castigar los delitos de la guerra, porque no se yerra sin gran peligro, ni ha de haber pena liviana, donde todas las culpas son graves. Si hemos (dijo Sócrates en Platón) atribuido particularmente a cada uno el arte, a quien es inclinado por naturaleza, en que debe ejercitar su vida, dejando aparte las otras, para que acomodándose a las oportunidades, se puedan valer mejor dellas, no hay duda sino que la disciplina militar, mucho más excelente que todas, tendrá necesidad de más tiempo, mayor arte y más largo ejercicio. No basta en este negocio manejar bien arcabuz o pica, sino que conviene tener noticia particular, y sobre todo animoso corazón para combatir varonilmente. Conviene saber el método de cada oficio en el gobierno de una compañía de infantería, y de caballos. Tampoco son despreciables las menudencias, para quien bastará la guía de algún soldado plático que vaya diciendo los nombres de los instrumentos, y la manera de servirse dellos, que no es lo menos necesario. Importa asimismo enterarse de las fortificaciones, y los diversos nombres de las que se levantan, así en ofender, como para defensa, que es el modo más ordinario de guerrear hoy. Esto se adquiere por largo uso y experiencia, cursando ocasiones, frecuentando campañas, y exponiéndose a innumerables riesgos.

No consiste la perfección deste ejercicio en horas, días, meses, muchos años ha menester uno para conseguir en él, crédito singular y dignas alabanzas. Jamás el valeroso ha de ver el rostro al miedo. Ganoso ha de abrazar el trabajo; intrépido ha de entrarse por los

peligros siendo más honroso morir combatiendo en justa batalla, que huyendo salvar la vida. La buena institución con que la juventud es alimentada en sus principios, importa mucho para la posesión de tan bizarros pensamientos, y para el conocimiento de la verdadera fortaleza. A éste sigue inseparablemente el deseo de honor y fama inmortal, que quitan el temor de los enemigos, haciendo parecer agradable el velar, el padecer, el sufrir, el obedecer, y todo cuanto ocurre para conseguir el fin de una gloriosa empresa. Los Asirios, los Persas, los Griegos, los Romanos, cuyos heroicos hechos son casi increíbles, tuvieron siempre en principal consideración el conservar y mantener la militar disciplina. Sobre todo en imprimir en los ánimos de sus soldados estos tres puntos, voluntad, respeto y obediencia. A quien había sido bien alimentado en la virtud, era la voluntad como hereditaria para efetur actos loables y generosos. Los conductores de ejércitos, electos como se debía, expertos y sabios, provocaban con su imitable y maravilloso valor a que todos los reverenciasen. Hallábase la obediencia tan naturalmente conjunta a la voluntad y a la reverencia, que todas venían a hacer un individuo inviolable entre ellas. Con éste se facilitaba cualquier empresa por más que la ciñesen escuadrones de dificultades, como lo certifica la sentencia de Cipión Africano. Porque preguntándole, con qué pensaba seguir tan arduo intento como era acometer a Cartago; respondió: Con aquéllos (señalando sus soldados) que mandándose yo se echarán de una torre abajo. Así consistía el mayor estudio de los Capitanes en instruir soldados, más devotos y obedientes a sus órdenes, que aficionados a cualquier otra cosa, no obstante se reconociese en ella grandes ventajas. Hoy al paso que se va disminuyendo casi en todos la buena educación militar, conviene se aumente en los Generales y caudillos la suficiencia. Es ya sabido nace desta falta la inobediencia y desorden de los soldados, y por consiguiente, en lugar de la vitoria, sucede la pérdida de las batallas, y la ruina de los ejércitos.

Antes de introducir la moderna milicia, es a propósito proponer algunos particulares de la antigua, porque hecho alarde de las dos, sea más copioso el fruto que de ambas narraciones se sacare. Tocaré en primer lugar, el orden que observaban los Romanos, superiores en hechos de armas a las demás naciones. Apuntaré después algunos ejemplos de su grande obediencia, y severo estilo de vivir. Entre todas sus historias pienso, no se puede hallar expedición tan memorable como la que pasó entre los mismos Romanos y Latinos, en el Consulado de Torcato, y Decio. Allí cualquiera que perdía, quedaba sin remedio alguno sujeto, y en servitud del otro. En la disposición de cuya jornada Tito Livio, que pone ambos ejércitos iguales de número, de valor, de constancia y orden, declara haber consistido toda la diferencia en la virtud de sus caudillos, siendo de opinión llevase el de los Romanos ventaja al otro, y que por eso alcanzase vitoria. Ahora es de saber, procedía la competencia y casi igualdad destos dos contrarios, de haber por largo tiempo seguido y practicado ambas gentes un orden, una lengua, unas armas. Seguían un mismo estilo en disponer las batallas, los ánimos eran unos, y unos hasta los nombres de las cabezas. Era el cuerpo del ejército Romano, dividido en tres partes. La primera de picas; la segunda de señores y personas de cuenta; y la última servía de retaguardia. Cualquiera parte destas se hallaba principalmente compuesta de infantes, y acompañada de cierto número de caballos. El orden de la batalla era éste: Ponían los piqueros en la vanguardia, y a sus espaldas los Caballeros. Luego los de la retaguardia, con nombre de Triarios. Tras esto algunas compañías de caballos a diestra y a siniestra, por todas las

partes del ejército, que llamaban alas, por el lugar que tenían, y por lo que las semejaban en razón de aquella forma. Ordenaban la vanguardia bien cerrada enfrente, para que así apretada y unida, fuese apta a romper los enemigos, y a sostener su ímpetu. Y porque el cuerpo de la batalla no había de combatir primero, sino socorrer la vanguardia, si acaso fuese rota, o la rebatiesen; no la tenían gran restringida, sino hacíanle ocupar el terreno de suerte, que en las ocurrencias le fuese fácil darle abrigo, y recibirla en sí, sin confundir punto el orden, cuando por fortuna, o por demasiada carga, la competiesen a retirarse. La retaguardia después, se hallaba también con menos estrecho orden unida; para que por cualquier acontecimiento pudiese dar lugar, y recibir la vanguardia, y batallón. Éste acomodado en tal forma, entraba después en la mezcla, y en caso que los soldados de las picas fuesen forzados a ceder, se retiraban a los intervalos y espacios, que a este fin les habían dejado los señores. Después ambos juntos, haciendo de dos batallones un cuerpo solo, renovaban la escaramuza. Y si también sucedía quedar rotos, se recobraban con el mismo orden, en los vacíos que les habían dejado en la retaguardia los Triarios. Entonces estas tres partes de nuevo recogidas y esforzadas renovaban la contienda, de modo que sin poderse rehacer más, ganaban, o perdían la jornada. Y porque la vez que la retaguardia entraba en el conflicto, se hallaba en gran peligro el ejército, se formó aquel proverbio, Res redacta est ad Triarios: suena, el hecho llegó a la retaguardia, esto es, a lo extremo. La observancia y puntualidad en todo era singularísima, en particular la de las cabezas, que con grande conocimiento y valor, disponían y guiaban sus gentes, según lo requerían las ocasiones. No sé qué me diga de algunos Capitanes destes tiempos, a quien hace el favor empuñar la jineta en verdes años, sin prudencia y ejercicio. Lastima el proceder de tantos incapaces, que puestos en la ocasión se descubren pusilánimes, atajados, aturcidos. No saben mandar, ni obedecer, temerosos y confusos, como no expertos, ni prácticos en la pelea. Mírese por Dios a quién se dan tales cargos. Gástese el favor en otros, que suele ser un indigno déstos vituperio, y afrenta de su nación.

Los que hoy abrazan la milicia, habiendo desamparado del todo el orden antiguo, siguen camino diferente. Mas quien le considerare bien, le hallará de grandísima importancia. Es claro, que el que ordenare su ejército de forma que tres veces se pueda componer y reparar, es forzoso también halle la fortuna enemiga tres veces para perder, y ser del todo rompido. Pero quien se funda sólo en el vigor del primer encuentro, como por la mayor parte se usa en esta edad, se expone a pérdida demasiado fácil. Porque un solo desorden, y una mediocre virtud, les puede quitar la vitoria de la mano. Y lo que estorba a nuestros ejércitos el recobrase las referidas tres veces, no es más que haber perdido la manera de recoger un batallón en otro, teniendo por común costumbre no hacer más que la vanguardia y batallón. Quieren ante todas cosas consista la esperanza y fortaleza del ejército en la caballería, olvidados tenían los antiguos la infantería en más estimación. Si los de caballo reciben carga, y quedan rotos, casi con seguridad peligran el resto; principalmente, siendo de ordinario los de pie puestos en quiebra, y desorden de su propia caballería, cuando es forzada a retirarse. Entre Españoles tienen más estima los infantes, y lo que más pueden ofrecer al más noble, es servir al Rey con una pica. Esto hacen, y han hecho en muchas ocasiones hijos de Grandes sin número, y de no pocos Potentados, cuando por la milicia han pretendido cargos supremos, en particular en su juventud Alejandro Farnesio, y Ranucio su hijo Duques de Parma en Flandes. Puesto que es regla general no salir sin experiencia buenos Generales, si bien se conoce haber sido su



excepción el grande Alejandro, y el señor don Juan. Mas para evitar el ímpetu y peligro de la caballería, suelen los soldados más diestros cuando quieren entrar en batalla, principalmente con Franceses, hacerse aparte y costear un poco. Con este astuto desvío hallándose casi al lado, en suceso que rebatan y hagan retroceder la caballería, vienen a quedar compuestos; no embestidos, ni desordenados della. Semejante cuidado descubrió la experiencia ser importantísimo, como se suele decir con la furia Francesa, que consiste en su vanguardia, a quien oponiéndose con valor al principio, queda el resto en bonísimo estado. Confirmando esto Tito Livio en más de un lugar, alega ser sus primeros asaltos más que de hombres, mas los últimos menos que de mujeres. Desta desigualdad podemos descubrir mejor la causa, si consideramos haber dos géneros de ejércitos; uno que tenga furor y orden juntamente, como eran los de Romanos. En ellos (como se colige de todas las historias) se hallaba un admirable concierto, introducido por largo uso de disciplina militar. Así todo lo que se hacía era limitado de leyes y reglas tan rigurosas, que apenas usaban los soldados dormir, o comer, sin particular consentimiento del Cónsul, cuanto más hacer otra cosa de momento. Semejante estrechez de orden causaba en ellos tal virtud, que cuando con furor se movían, le usaban sólo con grande ocasión y oportunidad. Ni entre ellos nacía jamás dificultad alguna, que quitase el efeto a las bien tomadas resoluciones, o les hiciese perder un punto de ánimo. Antes en virtud de tales órdenes, en los mayores peligros más se esforzaban, y recibiendo nuevo vigor, combatían con cierta esperanza de vencer; que nunca falta a quien con prontitud obedece. En el otro género de ejércitos, en quien sin orden domina el furor, si no quedan vitoriosos en los primeros asaltos, la furia desvanece, y pasa ligeramente. Es error poner su confianza en tan veloz ímpetu, sin haber hecho provisión antes de otro medio oportuno. Gran cordura es tener a quien dar la mano, a quien volver los ojos para sustentarse de nuevo, y hacer rostro valerosamente; porque privados de cualquier otro refugio, no sea forzoso ceder y dar espalda. Los Romanos pues con iguar advertencia temiendo mucho menos los trances, como copiosos de muchos partidos, bien ordenados, no desconfiaban jamás de la vitoria por apretados que se viesen. Mostrábanse casi todos incansables en combatir con igual tesón y valentía; firmes y obstinados así en el fin de la batalla, como en el principio. Antes cuanto más eran provocados de las armas enemigas, tanto más se inflamaban contra ellas. Descubriose Papirio Cursor celosísimo desta Romana disciplina, por quien (según escribe Tito Livio) quiso castigar a Fabio, maestro de los Caballeros; lamentándose de la corrupción que comenzaba a nacer en la misma, con estas palabras: Ya ninguno tiene respeto a los dioses, ni a los hombres. No son ya observados los auspicios, ni obedecidas las órdenes del capitán. Los soldados van errantes, y derramados así por tierras de amigos, como de enemigos. Bórranse de las listas militares cuando les agrada, poniendo todo juramento en olvido. Las insignias y estandartes quedan solos sin ser seguidos. No se vuelven a juntar por editos, ni mandatos, ni se tiene consideración a combatir, más de día que de noche, más con ventaja que sin ella. Desamparáronse los sitios con temer de lo poco que se padece en ellos. Cuando no menester se acomete, o se pelea sin orden del caudillo. En suma la guerra en lugar de ser solene y sacra, carece de concierto y consideración, siendo conducida a la ventura, casi por obra compuesta de maldades y robos.

Mientras la disciplina militar conservó su asiento entre los antiguos Romanos, su campo era escuela de honor, de templanza, de continencia, de justicia, y cualquier otra virtud. A

ninguno era lícito vengar sus injurias, ni proceder por vía de hecho y violencia. No sabían lo que fuese alojar, y vivir a discreción, y mucho menos cometer asasinios y hurtos como ahora. Era maravillosa grandemente la obediencia de los soldados para con sus Capitanes, puesto que intrépidamente la preferían al salvarse. El día de la memorable batalla de Canas, los Caballeros Romanos visto a pie el Cónsul, con algunos cerca de sí por estar herido, no teniendo noticia de la causa, y pensando lo hubiese ordenado así a todos, dejados incontinentemente los caballos, causaron la pérdida y estrago de su ejército. Por eso gritó con grande alegría Aníbal: No me agrada este acto menos, que si todos me los viera conducir delante atados.

Las ejecuciones contra inobedientes y contumaces, eran con todo extremo llenas de rigor en los suplicios. No dudaban los Generales, en ocasión de algún notable yerro, hacer pasar por las picas una legión entera, que constaba ordinariamente de seis mil infantes y quinientos hombres de armas. Entre las más terribles era una cuando se dezaban los ejércitos, haciendo morir de diez uno. Ni para castigar una muchedumbre se pudiera hallar traza más espantosa. Usábanla cuando en particular se había cometido algún grave exceso, de cuyo autor no se pudiese tener noticia. No juzgaban expediente castigar toda una compañía por la maldad de pocos; y sacar algunos por elección, podría ser con castigo de inocentes, y perdón de culpados. Mas el dezmarlos, era un ponerles temor en lo por venir para no volver a semejantes delitos. Fuera de que por tal medio se manifestaban con más facilidad los más ocultos, juzgando injusto el silencio que redundaba en tan general perjuicio.

También los Gobernadores y otras cabezas de ejércitos se hallaban sujetos a rigurosos castigos. Los Príncipes supremos se los imponían las veces que los reconocían culpados por algún camino. No les perdonaban aunque venciesen, haber combatido contra las órdenes. Érales vedado hacer algún concierto con los enemigos en detrimento del público, en cuyo caso enviaban y remitían a los mismos, no sólo los principales en el pacto y capitulación, desnudos y llenos de afrenta; sino también todos los que en ella hubiesen prestado consentimiento, para que sólo sobre ellos cayese toda la punición del quebrantamiento y perjurio.

El Emperador Aurelio puso gran diligencia y trabajo en restituir a su estado primero la observancia de la antigua milicia. Desto hace fe una carta que se halla haber escrito a un General de ejércitos deste tenor: Si quieres ser Tribuno, o por decir mejor si deseas vivir, contiene y reporta las manos de los soldados. Ninguno ose (notable singularizar) robar gallinas, o reses, dañar viñas, o heredades. No tome del huésped donde alojare, aceite, sal, ni leña. Todos se contenten con los sueldos; y si tras esto tuvieren gana de enriquecer, sea con presas de enemigos, no con lágrimas de nuestros súbditos. Tengan las armas no sólo lucientes y limpias, sino fuertes y buenas. El nuevo vestido haga deponer el viejo, y sirva lo que sobrare de su estipendio, para ornarse de arneses, no de pompas, como cadenas, joyas, sortijas, que sólo sirven de hacer codiciosos a los contrarios. Piense cada uno y atavíe su caballo, mostrándose aficionado y pronto en servir a los demás. No falten en los ejércitos médicos y cirujanos, que sin otra parga más que la suya ejerciten su ministerio. Cosa no se dé a los agoreros. Viva en su alojamiento cada uno con muestra de

continencia. De tal manera esté el Real prevenido y guardado, como si tuviese cerca los enemigos, y por puntos se hubiese de combatir.

Estas pocas palabras contienen una admirable forma de guerra, de cuya observancia se hallan muchos de los soldados modernos tan distantes, que fuera lo menos concederles, y hacer entre ellos lícitas las menudencias que prohibía a los suyos aquel Emperador con pena de la vida. Casi todos los que en nuestros tiempos se alistan (hablo de la escoria de la República) sólo tratan con desenfadada licencia de robar en los alojamientos, poniendo en ejecución todo género de maldades. Después llegada la ocasión de embarcarse, si no ponen los oficiales diligentísima industria, echan la bendición al mar, volviendo a desandar lo andado, con gran detrimento de los súbditos y del Real servicio. A éstos llaman chorrilleros, dignísimos todos de horcas; pena que con estar impuesta a tales fugitivos, jamás se ejecuta, por saberse poner en cobro, o por no hacer caso desta transgresión las justicias.

Si un soldado (vuelvo al rigor de Aurelio) cometía adulterio con la mujer de su huésped, le hacía desmembrar en dos árboles, doblando el uno hacia el otro. Por sólo un huevo que robase, padecía cantidad de azotes, y a menudo por mínimo error, o falta se borraba y despedía una legión entera, quedando el Capitán rigurosamente castigado. Ni por semejante severidad dejaban los soldados de amar como a padre a su Emperador; puesto que por otra parte los reconocía con mucha liberalidad. Dábanse las pagas puntuales, los socorros a tiempo, con que todos procedían sin olvidar su obligación. Y es cierto se puede decir, no haber otro más verdadero y seguro modo de remediar tantas desórdenes y calamidades como se miran hoy en los ejércitos. La inmoderada licencia de los soldados Pretorios, que servían a los Emperadores de lo que ahora los Jenízaros al Turco, ministró la ruina del Imperio Romano. Fue la mayor causa alzarse con la autoridad de elegir los Emperadores a su devoción y gusto. Por lo que sucediendo, por puntos ser aclamados a un tiempo dos en diferentes lugares, rompían después la guerra uno contra otro, sin cesar, hasta que con la destrucción del menos poderoso, entraba en la posesión el vencedor. Así, pasando de una insolencia en otra, no pusieron antes fin a las sediciones y guerras civiles, que a todas las órdenes de milicia Romana y al mismo Imperio. Por esto de tal manera se concitaron contra el odio universal de los pueblos, que eligieron oponerse con las armas a su intolerable proceder, emprendiéndolo con tanto vigor de ánimo que los destrozaron y destruyeron. Más recientes castigos se dieron después a militares excesos, pues Sicilia en una tarde con memorable ejemplo de secreto y silencio se libró de un insufrible género de opresión.

Infelices progresos tienen en la milicia las extorsiones y malos tratamientos, pues quedan en la mejor ocasión interrumpidos los disinius. Belisario lugarteniente General del Emperador Justiniano (para mayor confusión de la moderna milicia) no con estragos y crueldades, recobró de los Bárbaros toda la Italia sino con valor, con templanza y otros géneros de virtudes, con que igualó el antiguo militar ejercicio de los Romanos. Ni es de callar que durante la guerra de Piemonte, se dejaban pacíficos y en reposo los labradores y artífices; mostrando bien aquellos ínclitos héroes, combatían por poseer, no por destruir la tierra.

No se puede negar ser grande la excelencia deste siglo en hechos de armas. El uso de la artillería es notable, a cuyo estrépito y furor apenas hay fortaleza que resista, ni valor que destos y otros instrumentos de fuego esté seguro. Antiguamente con lanza y espada, se hacía lugar por todas partes el esforzado; hoy con una bala derriba el más cobarde al más valiente. Dícese haber sido Cijaro Rey de Medos, quien primero distribuyó por escuadras, compañías, y tercios la gente de guerra. Ordenó asimismo tuviesen los de caballo y pie sus cuarteles separados con intento de que no marchasen confusamente, como antes solían. Los Romanos (según se insinuó) haciendo mayor estima de los infantes, fundaban sobre ellos los intentos de su potencia. Así los disponían, parte armados gravemente, parte a la ligera, con nombre de Belites. Debajo deste vocablo eran entendidos todos los que obraban hondas, dardos, y arcos; la mayor parte de quien (según Polibio) estaban armados de yelmo, teniendo para cubrirse una rodela en el brazo. Combatían sin observar orden ni lugar, lejos mucho de los soldados cubiertos de grave armadura. Éstos usaban celada que les guardaba la cabeza y descendía hasta la espalda. Llevaban armado el cuerpo con un coselete, que con sus faldas defendía los muslos hasta las rodillas, y por el consiguiente piernas y brazos guarnecidos de armas. Traían escudo, largo cuatro pies y ancho dos y medio, con un cerco de hierro en la extremidad, para sufrir y reparar mejor los golpes. Pendía la espada del siniestro lado, y del derecho un puñal corto. Hallábase la mano ocupada con un dardo que llamaban Pilo; y le arrojaban al comenzar el combate. Los Griegos no se cargaban de tan pesados arneses como los Romanos, mas se adiestraban mucho más en la pica, principalmente en las falanges Macedónicas. Contenían éstas ciertas picas nombradas Sarisas, largas diez pies, con que se esforzaban y ponían conato en abrir las ordenanzas de los enemigos, y esto sin salir de su orden. Ahora el soldado que ejerce pica, o alabarda, viste peto y espaldar, dicho comúnmente Coselete, bastantes para defender.

Cuanto a las armas de ofensa, se trae la espada como los antiguos, si bien un poco más larga. Las demás son la pica, o media, alabarda, partesana, y arcabuz. De la rodela es menos el uso, salvo en ocasión de asalto, ni della se carga apenas sino quien es Capitán. Hallose el arcabuz de pocos años a esta parte. Es instrumento bonísimo, mas conviene manejarle personas aptas, y diestras. Las alabardas introdujeron nuevamente los Suiceros. Son a propósito como sean fuertes, de buenos filos, y no tan ligeras como las de que se sirve Italia. Arcos y ballestas hacen daño más entre gentes desnudas que armadas. Obrarían mejor en tiempos de lluvias, cuando es poco útil el arcabucero. La prontitud de sus tiros es singular; ni suele salir vana su certeza, con todo se valen del arco, en particular más Asia, y África, que Europa. De la pica fueron inventores los Suiceros, o por lo menos la practicaron más que otros. Deseando vivir con libertad, fueron constreñidos a combatir contra la ambición de los Príncipes de Alemania, que por sus riquezas podían entretener muchos hombres de caballo, imposible a los que pretendían sujetar. Forzados pues a defenderse de la caballería contraria, recorrieron a la forma antigua, escogiendo della algunas armas, que pudiesen contra los caballos servirles de reparo y defensa. Esta su necesidad les hizo hallar o mantener la industria de tiempos pasados, sin quien son los peones del todo inútiles: mas con las picas, no sólo sostienen los combates de los caballos, sino los vencen. Los soldados que llaman perdidos, son los que comienzan la batalla. Para obrar bien en ella importa agilitar los miembros con las fatigas. El cuerpo hecho a Holanda, no sufre el peso de la cota; la cabeza enseñada a

tocador rehúsa el yelmo, dice san Gerónimo. Augusto y Adriano sacaban tres veces al mes sus soldados al campo, haciéndoles subir cuestras, y endurecer con el ejercicio lo que ablandaba el vicio en la ciudad. Los Tirones de Esparta (esto es soldados nuevos) recibían dos veces al año tormentos en sus carnes, sin que se oyera una voz, una queja, un suspiro. Salían con esta lección aunque penosa, intrépidos, invencibles, venciendo en materia de valor el arte al pensamiento. Son los mejores los más curtidos, los más erizados, los más duros, como quien ofrece mejores esperanzas del trabajo y ejercicio, que del regalo y ocio. Los placeres echar a perder todas las fuerzas del ánimo. Confunden el entendimiento. Enflaquecen la virtud. Destruyen el ingenio más vivo, y sobretodo impiden, y entorpecen el más prudente discurso, y consejo. ¿Qué no padecerán los más conocidos del sudor, los a quien no espanta la hambre, ni el sueño solicita más blando lecho que la tierra? Publio Rutilio, fue el primero que enseñó por ciencia a los Romanos el manejo de las armas. Industriábalos en ofender, y defender, en acometer y retirarse, sueltos y en escuadrones, en que fueron tan diestros, que (como se refirió arriba) los que habían sido rotos se retiraban por entre las hileras, sin descomponer los demás; y peleando mudaban la forma de los escuadrones según el puesto, con sola una palabra y señal que se hacía. En las Academias se leían las cuatro virtudes Morales, sus realces y circunstancias, sin otras sus dependientes; costumbre que con certeza animó a Alejandro a sus conquistas, y a Bruto a lo que emprendió.

La milicia Turquesca entre los que bien entienden es con extremo encarecida. Tienen muchas cosas en suprema observancia, mantenidas con justicia y severidad, en que sin alguna duda se aventajan a los antiguos, Griegos y Romanos. Lo principal, es ser sobrios; ya que en estrechez de vituallas, se sustentan guerreando con un poco de pan (medio cocido entre ceniza) y de arroz, mezclados algunos polvos de carne seca al Sol. Su bebida es agua pura, siéndoles vedado el vino, particularmente en campaña, ley observada también en la guerra por los Cartagineses. Veneran su religión, o secta, por cuyo respeto son al errar más temerosos y reportados. Jamás se vio en otra parte semejante obediencia (salvo entre Tártaros, como se verá más abajo) porque no se halla compañía que pase el número de diez hombres que no tenga su cabeza; y para los inferiores son en todo suceso inviolables las órdenes de los superiores. El silencio en tanta muchedumbre es cosa maravillosa, siendo gobernado tan gran número de gentes con las señales de mano y rostro, sin decir palabra. De tal suerte, que por no hacer rumor de noche dejan a menudo huir los prisioneros. Ninguno se halla tan osado, que conduzga mujer en el ejército. No tratan de dados, naipes, ni otros juegos. Entre ellos blasfemar, es abominación antes nombran siempre a Dios con gran reverencia. Los dos casos que con más severidad castigan, son robos y extorsiones. Cuando marchan por Estío, no se atreven a entrar los campos, ni tocar una hoja, cuanto más destruir las mieses. Menosprecian la muerte, teniendo sea fatal a cada uno, ni posible evitarla, haciéndoles tal creencia más intrépidos en los peligros. El castigo y galardón están contino presentes para los que obran mal, o bien. En la guerra jamás alojan en ciudades, ni acercándoseles, es permitido a persona dormir dentro. Ordénanlo por escusar injurias; y también porque mientras asisten en el campo, no puedan gustar delicias, considerando fueron parte para arruinar los más poderosos ejércitos, y corromper las naciones más belicosas. Por desterrar el ocio, suelen los Príncipes Otomanos llevar de dos en dos años la guerra a alguna parte, con que se ejercitan los soldados. Casi de todas las gentes con quien los Turcos tuvieron contiendas,

quedaron vencedores, si no es de Tártaros. Y con abundar aquel Rey de hombres, y cosas a la milicia necesarias, no los arriesga temerariamente; antes consigue más vitorias con industria que fuerza. Conoce las costumbres de los con quien trata, o las de quien se recela. Espía sus íntimos consejos y deliberaciones. Embarázalos con otros enemigos, para divertir, distraer y debilitar sus fuerzas. Hácese pintar los sitios de los lugares por donde ha de marchar su ejército, por do ha de acometer, combatir, o retirarse. No penetra mucho otros países, salvo si no son divididos, recibiendo si ha de entrar, favor de una de las facciones. Tiene por costumbre cuando parte a larga y difícil expedición, si la tierra es mal dispuesta para conducir artillería, trajinarla en piezas; después cerca de los confines contrarios, o pasados los malos caminos, hacerla de nuevo fundir. Cuando conquista con las armas nueva Provincia, arrasa luego todas las fortalezas no necesarias. Destruye las Ciudades, y las reduce a lugares cortos; y extinguiendo del todo los súbditos más grandes y nobles, permite a los populares vivir en la religión que antes observaban.

Toda esta fuerza consiste en los hombres de caballo, dichos Espaques, y en la guarnición de pie, que son los Jenízaros. Los primeros gozan estipendio igual en paz y en guerra, y llega su número a docientos mil; comprendidos así los ordinarios de la Corte y casa del Príncipe, como los cometidos a Belerbeyes. Demás hay sesenta mil aventureros a caballo, llamados Azangiís, con quien se juntan los Turcos, y Tártaros como auxiliares, cuando los avisan. Mas en esta monarquía no hay fuerza de mayor seguridad que la de Jenízaros. Suelen éstos como Argiráspidos Macedónicos, ordenados antiguamente en Falanges, sufrir y romper todos los esfuerzos contrarios, ni juntos han sido vencidos. Fue el primero que los instituyó Amurates Segundo, ganando con su ayuda la vitoria del Varno, en que fue muerto Lanceloto Rey de Hungría y Polonia. Mahometo su hijo tomó a Constantinopla por asalto, Bayaceto a Metón. Selín venció al Sofí, y a los dos Soldanes. Solimán obtuvoseñalados vencimientos en Asia, África, y Europa. Sus armas son arcos y escopetas: manejándolas con destreza. Las picas son algo más cortas que las de Suiceros. Traen cimitarras y una hacha de armas pequeña. Combaten por mar y tierra valerosamente, despreciadores del hielo, calor, hambres y muertes. Tómanse de los hijos de todos los Cristianos sujetos al Rey, y hácenlos criar con escaseza, y dormir en el suelo, por enseñarlos a padecer.

Todos los Turcos siguen las armas con tanto ánimo, ardor y presteza (en particular si se trata defensa de religión) que cuando se juntan para ir, parecen más convidados a bodas que a guerra. Apenas pueden esperar el tiempo señalado a marchar. Previénense mucho antes, desagradándoles en sumo grado el ocio. Tienen por felicidad morir, no en sus casas entre llantos femeniles; sino en ejércitos entre lanzas, y flechas de enemigos. No se duelen de los que mueren en esta forma; antes los juzgan por santos, y ruegan por ellos en todas juntas. Por oviar homicidios, que tienen en grande horror, no traen armas en Corte, ni por las Ciudades. No temen la aspereza de caminos; ni les molesta sean los viajes inútiles. Frecuentan por instantes las correrías, de quien son indecibles las presas que sacan. Muestran gran madurez en sus costumbres, huyendo toda ligereza en actos, acciones, vestidos y palabras. Esta detención en liviandad, y poco afeite en lo exterior, los hace a la vista de alguna selvaticidad, mas es propia naturaleza, no enfado cuidadoso. No se halla entre ellos exquisita curiosidad; nada superfluo, nada vano; antes por opuesto, grande simplicidad, grande modestia.

Cuando el Segundo Amurates, tenido entre ellos por santo, y juzgado de todos valerosísimo, y felicísimo en armas, iba a orar al Templo, salía de su palacio sin pompa, acompañado sólo de dos criados, sin querer le saludasen ni aplaudiesen con aclamaciones. En el Templo no estaba debajo de dosel, ni tenía aparato de otra cualquier magnificencia. Renunció antes de su muerte la Monarquía al hijo, y se retiró a religiosa soledad. Era afable oportunamente; maduro en los juicios, liberal en las limosnas. Mahometo su hijo tuvo favorable fortuna, asimilándose a Alejandro, en corazón, en ingenio, y deseo de gloria. De veinte y cinco años tomó a Constantinopla por asalto, y lamentábase con todo; había Alejandro en la misma edad con tan pocas fuerzas adquirido el Imperio del mundo. Tan animoso soy (decía) como él; tan potente de hombres, caballos, armas, y dineros, y puedo apenas ganar una parte. Eran antepuestos por él Alejandro y Julio César a todos los Capitanes antiguos. Leía incesantemente (gran vergüenza para los Príncipes desta edad) sus hechos, traducidos en lengua Turquesca; y esforzándose a imitarlos, ganó las mayores vitorias de nuestros tiempos. Solimán, tras haber sabido, y felizmente gobernado aquel grande Imperio por espacio de cuarenta y siete años, reverenciado de los suyos, temido de los estraños, caro a todos, murió en edad de setenta y ocho. Ya muerto, por el terror de su nombre, y reputación de su magnanimidad, tomó a Sigeto en Hungría, dejando a Selín pacífica aquella dilatada potencia.

Jamás fueron desbaratados y oprimidos al descubierto (dejo aparte el naval conflicto en Lepanto, gloriosísimo para la Cristiandad) si no es del Tamborlán, que en ciencia y experiencia de armas, poder, autoridad, dicha, viveza de espíritu, osadía, y tolerancia, superó no sólo los Otomanos, sino también los mayores Capitanes antiguos, como se dirá en otra parte cuando convenga retirarse algo atrás para buscar el origen del Imperio que a este rayo resplandeciente de milicia, sirvió como de basa.

No hay cosa que tanto enseñe como la narración de ejemplos y así sólo con su congerie presumo se podrán introducir mejor los preceptos militares. La materia comprehensiva de progresos bélicos y famosas hazañas será por la variedad curiosa, y por este respeto no molesta. Deténgome tal vez en las alabanzas destes que entre nosotros tienen nombre de Bárbaros, por ver si refiriendo en razón de lo moral acciones egregias suyas, sirviesen como de estímulos en nuestra remisión.

Otomán (volviendo a los Turcos porque no haya omisión en la noticia de su principio) fue el fundador de la poderosa familia, que tomó su apellido de su nombre. Militó en sus primeros años debajo las órdenes del gran Can. Diole al mundo lugar pequeño, pobre de bienes, mas fuerte de cuerpo, de animoso corazón, de gallardo aliento. Imaginando pues, había recebido cierta sinrazón, se partió de Tartaria, y acompañado de cuarenta caballos solos, ocupó corto lugar en los montes de Capadocia. Después ayudado de la comodidad del sitio, y oportunidad del tiempo, comenzó a hacer correrías en las convecinas llanuras, consiguiendo presas riquísimas. Juntáronse con él muchos hombres facinerosos, multiplicándose el número de día en día. Viéndose por eso reforzado de gentes, hizo con pública guerra lo que antes con oculta; conquistando pueblos, ciudades, provincias, sin gran resistencia. Por manera, que en poco tiempo adquirió en Asia gran señorío, mantenido feliz y valerosamente de sus sucesores. En intervalo de catorce, o quince decendientes de padre a hijo, se veen unidos a su Corona dos Imperios, más de veinte

Reinos, y gran número de Ciudades, sin haber perdido jamás algo de lo que poseen. Tienen todo lo que antiguamente se llamaba Arabia, Egipto, Soria, Mesopotamia, Caldea; parte de la Persia, de la Media, Asiria, Adiabena, parte de la grande Armenia, parte de los Colcos, a quien ellos llaman Mangrelos. Es suya toda la Asia Menor, que contiene Cilicia, Capadocia, Panfilia, Galacia, Caria, Frigia. En Europa parte de los Sármatos, o Getos; los Dacios, los Misios, los Traces, y Macedonios. Los Griegos, Albaneses, Dálmatos, Panonios; parte de Hungría, Yacigos Metanastos. En África, Argel, Trípoli, Túnez.

Esta potencia tan famosa, tan formidable a todo el mundo, subió de tan pequeño principio, al colmo de tan grande reputación en menos de treientos años. Los medios se tocaron arriba; esto es, por el sabio gobierno de que usan en guerra, y paz, por su paciencia, templanza, obediencia, concordia, diligencia, orden, valor, abundancia de hombres, caballos y armas. La buena disciplina militar y política, que curiosamente observan, les ha ministrado siempre sucesos prósperos, con daño de sus vecinos, débiles, o con sediciones inficionados. No se hallan con todo ahora estos infieles enteramente tales cuales fueron: puesto que con el tiempo empeoran todas las cosas. Enriquecidos por las expediciones de Persia y Egipto, se manifiestan más pomposos en vestidos y armas, más deliciosos en sensualidad y regalo, por nacer siempre de las riquezas y prosperidades la corrupción de los hombres. Mas si permite el Cielo muden fortuna, al paso que manera de vivir, no se puede esperar sino futura destrucción deste común enemigo, infestador tan acérrimo de la Cristiandad. Sin cesar le molesta el Persiano, con felices empresas. Sus fuerzas marítimas antes tan poderosas, hoy se descubren flacas, casi siempre de apariencia, sólo para espantar. No abunda de cabezas valerosas, como tiempos atrás; y así no dudo cayeran eclipsadas sus Lunas, si se uniera, y confederara el poder Cristiano.

#### VARIEDAD DECIMAQUINTA.

ANTES de discurrir sobre el importante oficio de General en la guerra, y sobre las advertencias particulares de la milicia, para que en ella salgan bien disciplinados sus profesores, no quiero desamparar la narración de algunos incidentes que solicitaron gloria a las armas, y extensión a los Imperios.

Ofrécese en primer lugar los de los Tártaros (conviene cumplir lo prometido) por sus acaecimientos no menos admirables que prodigiosos. Mientras los Califas ardían en disensiones y diferencias, saliendo los Citas del Setentrion Oriental, entraron en Asia. Tras haber andado largo tiempo vagabundos, se detuvieron en Persia, donde sus habitantes los llamaron contra los Árabes, y otros de la reciente secta de Mahoma que los oprimían. Mas hallando al llegar el Reino de Persia superado así por armas, como por religión, y viendo ser imposible resistir a los vencedores, se confederaron con los Árabes; siguiendo también su culto. Luego que se les ofreció ocasión rebelándose, ocuparon el Califado de Babilonia, que después poseyeron no corto espacio. Tanto había crecido su potencia, que cuando los Franceses, conducidos por Gofredo, fueron a recobrar el sepulcro sacro, señoreaban de Asia la parte mejor. De allí los echaron, tras muchas



vitorias alcanzadas contra ellos, los Cristianos Latinos, Georgianos, y Armenios. Después de su partida, viendo los Corasmenios enflaquecido y sin defensa el Reino Persiano, le asaltaron y rindieron, dando título a su Príncipe de Emperador de Asia. Luego emprendiendo ocupar también la Turquía, fueron rebatidos, con pérdida de su señor, que fue muerto. Desde entonces no pudieron volver más en sí, antes poco a poco quedaron deshechos. Destruídos éstos, los Tártaros comenzaron a ser célebres. Vinieron éstos de aquellas mismas regiones de donde poco antes habían salido los Turcos, como parece por la afinidad de su lenguaje, y por la conformidad de las costumbres. El principio, progresos, vitorias y adquisiciones son de más admiración que las de todas naciones que antes y después hubo, en grandeza de armas, en celeridad de expediciones, y sucesos de batallas, ampliaciones de dominios, fundaciones de Imperios, y manera de vivir, diversísima de los otros.

Cuanto a lo primero, habitaron aquella parte de Citia que se halla más adelante de la excelsa montaña de Belián, hacia la India, donde penetraron las armas de los Macedonios debajo la conducta del grande Alejandro. Vivían con estilo bestial, sin costumbres, sin letras, sin religión. Alimentábanse de animales. Erraban de lugar en lugar, según la comodidad de los pastos, inhábiles para las armas, menospreciados de todos, y tributarios de sus confinantes. Estos pues así incultos, crecieron de manera, que divididos en siete poblaciones, eligieron cabezas. Por ellas eran conducidos, y juntamente gobernadas sus cosas, andando desta suerte sujetos, hasta que un pobre anciano (herrador, según dicen; y que ellos creían haber sido engendrado de los rayos del Sol) fue constituido su primero Can, esto es, su Rey o Emperador. Publicaba éste aquella Gentilidad, había visto durmiendo un mancebo con caballo, y arneses blancos, que le llamó por su nombre, y le dijo: Scianguís (tal era su nombre) es la voluntad de Dios inmortal seas Gobernador de los Tártaros, y Dominador de los siete pueblos, para que sean por ti librados de los tributos, y servitud en que están. Oídas semejantes palabras, luego que despertó Scianguís, partió alegrísimo, contando aquella visión a todos. Mas los Capitanes, y otros interesados en mandar; no hicieron caso de lo referido; antes se burlaron del viejo. Sucedió tras esto, aparecerse a los mismos la noche siguiente el mismo Caballero, en cuya visión les fue mandado de parte de Dios, prestasen obediencia a Scianguís, y en todas las cosas ejecutasen sus órdenes. Unidos y conformes pues, le admitieron todos por su natural señor, y colocado sobre una silla, a manera de trono, le llamaron primer Can, haciéndole prostrados reverencia solenísima. Electo en esta forma por consentimiento universal, quiso hacer algunas pruebas exquisitas para experimentar, si le obedecerían fielmente. Mandó lo primero, creyesen todos en el Dios inmortal, por cuya gracia a la dignidad Imperial había llegado. Ordenó secundariamente, se tomase muestra general de los que podían traer armas; y hecha la lista, a cada ciento se señalase una cabeza; otra a mil, a diez mil otra. Impuso ante todo a los siete Capitanes, hiciesen al punto dejación de sus cargos, y lo que es más horrible, les mandó, conduciese a su presencia cada uno el hijo mayor, y con su mano le quitase la cabeza, precepto que si bien pareció cruel con todo encarecimiento, fue con puntualidad obedecido de los siete, juzgando, debía ser justo, pues lo ordenaba quien por señor les había dado la divina providencia. Cuando hubo probado y conocido su voluntad, y descubrió, se hallaban prontos a obedecerle hasta morir, les señaló un día, en que precisamente comenzasen a marchar. De allí decendió sobre muchas naciones, a quien hizo sujetas con brevedad. Ocupó todas las

tierras que se hallaban de una y otra parte del Belián, poseyéndolas sin contradicción, hasta que en sueños volvió a ver el joven de blanco que le dijo: Scianguís Can, es la voluntad de Dios, que pases este monte, y caminos hacia Occidente, donde conquistarás Reinos, señoríos y tierras, sometiendo a tu dictado muchas naciones. Y para que estés seguro, procede lo que te digo de Dios, levántate, y camina con tus gentes hacia la montaña, de aquel lado donde se ve conjunta con la mar. Allí, luego que llegares, te arrodillarás nueve veces, y otras nueve adorarás al Señor, que él como todopoderoso, te enseñará camino por donde puedas pasar. Despierto, con suma alegría comenzó a obedecer, sin dudar punto, asegurado con lo sucedido en la visión primera. Por tanto, puestas con diligencia en orden todas sus gentes, las mandó le siguiesen, acompañados de mujeres, hijos y haciendas. Caminaron pues tanto, que llegaron adonde el mar grueso y profundísimo arribaba a las montañas sus ondas, sin descubrirse camino. Entonces apeado Scianguís, y de la misma suerte todos los suyos, arrodillados a Dios, puestos los ojos al Levante, le pidieron con humilde adoración en gracia y misericordia, les descubriese el modo de pasar adelante. Estuvieron aquella noche en oración, y levantándose a la mañana, vieron el mar retirado lo que bastaba para dejarles un espacioso camino. Atónitos con el milagro, rindieron gracias a Dios con devoción afectuosa; y caminando a Occidente, pasaron los hombres, animales y carros en grande y terrible muchedumbre.

El año precedente a éste, que de la Natividad de Cristo se contó 1211 en el mes de Mayo por espacio de deocho días, apareció un cometa que sobre los polos se revolvía, estendiendo la cola por la ribera del Tanáis, y la Rusia al Occidente. Es fácil de creer, sinificase la venida de los Tártaros, sucedida el año siguiente. Mas si es verdadera igual salida en la forma que se refiere, tiene al parecer apretada similitud con la que hicieron de Egipto los Hebreos. Escribe también Josefo, haberse abierto el mar de Panfilia a Alejandro que marchaba con su ejército contra los Persas.

Pasados pues los Tártaros, su Can enfermó, y murió casi luego, encomendada primero a sus hijos la concordia, con el ejemplo de las flechas juntas, ya común a todos. Hizo antes de su muerte, recibir por señor y heredero suyo en el estado al hijo mayor, el más digno y sabio de todos, llamado Hocota. Éste habiendo deliberado pasar adelante, ganó las puertas Caspias, guardadas continuamente para impedir el paso en Asia, a los pueblos innumerables que de la otra parte, como en otro mundo habitan. Tras esto ordenó tres ejércitos, y entregolos a tres hijos suyos, mandando a Iaquís el más mozo echase hacia Occidente, a Batón al Setentrión, y a Talladáis al Mediodía. Él, copioso de pertrechos y gentes, marchó a Levante, conquistando todo el país, hasta el Cethay, donde estableció el potentísimo Imperio, poseído aún hoy de sus decendientes. Entró también el Reino de Persia, en cuyo viaje los Tártaros aprendieron las letras, el uso de quien era para ellos antes incógnito. Por favorecer a los Cristianos Latinos que reinaban en Jerusalén, partió en socorro suyo. Después asaltó a Babilonia, y prendiendo a su Califa, de prosapia Turca, le hizo morir de sed y hambre. Encerolo (burlándose de su avaricia) en el retrete de sus tesoros, como hombre indigno de poseer las riquezas de quien no se sabía valer.

Talladáis, caminando al Mediodía, llevó las armas hasta Etiopía, mas su progreso fue poco fortunado, porque siendo vencido por los Etfopes en batalla, y obligado a seguir

desiertos, perdió la mayor parte de sus gentes. Al fin, torciendo el camino al Occidente, se juntó con su hermano Iaquís, que había afligido grandemente el estado de los Turcos en Persia, Asiria, y Mesopotamia.

El viaje de Batón fue más venturoso y célebre, pues habiendo en un grande hecho de armas vencido a Gonota Rey de Turcos, destruyó en breve todo el Reino de aquella nación. Domó los Rosolanos, los Iapigos, Polonios, Lituianos. Penetró hasta Hungría, Austria, Germania, metiendo a fuego y sangre todo cuanto había por donde pasaba.

Tales fueron en poco tiempo las espantosas expediciones de los Tártaros, en Setentrión, Mediodía, Oriente y Occidente, con grandes mutaciones de las cosas humanas. Por tanto los Príncipes Cristianos, y en particular el Pontífice, temiendo no diesen vuelta, enviaron Embajadores a su Emperador, rogándole, reconociese y adorase al Dios de todas las gentes, y a Jesucristo enviado por él, y que no usase más de aquellas crueldades contra los Fieles. Sobrevinieron en esto los mensajes de Sarracenos, en que le persuadían, recibiese la ley de Mahoma, como más fácil y conveniente a sujetos militares, oponiéndose con palabras impías a la profesión Católica. Proponían grandes comodidades y delicias en la suya, haciéndola principalmente domadora de las otras Religiones, por sus fuerzas formidables, con que debelando los soberbios, imponían tributos a los humildes. Agrado esto a los bárbaros, por su naturaleza corajosos, indómitos, sensuales, y así recibieron aquella secta bestial, que observan hasta el día de hoy. Tienen muchas tierras en la Europa, que parten términos con la Rusia, Lituania y Polonia. En Asia todo lo que se contiene tras el río Tanáis, y el mar del Ponto, y del Bacú hasta el Catay y China. Los Zagatayos, que confinan con los Persas, son más políticos y civiles. Siembran, plantan, fabrican, y ejercen artes y mercancías. Su gobernación es de Reino. Tienen por Corte y silla de su Rey (siempre enemigo del Sofí) la gran ciudad de Escarmandia, patria del Tamborlán, hermosa y rica, situada riberas de Iajarete, que a distancia de cuatro lenguas desboca en el mar Caspio. El Emperador del Catay o China, es por el consiguiente Tártaro, y descendiente de la raza de Scianguís. No es su secta Mahometana, sino sigue religión aparte (no obstante reconozca a Dios por primera causa de todo) llena de abominables supersticiones, y nefandas idolatrías. Es grande su potencia, y tanto, que en tesoros y magnificencia excede a los otros Príncipes. Da leyes a longitud de ochocientas y más leguas de país, admirablemente habitado, lleno de hermosos edificios a nuestro modo. Sus villas, castillos, ciudades, ricas y fuertes, abundan con extremo de todo género de vituallas, y de toda suerte de exquisitos artífices. Juzgan de sí, ser los primeros del mundo en sabiduría, teniendo por ciegos a los demás, y que ellos solamente veen con dos ojos, por ocasión de su habilidad y sutileza. Y cierto salen algunas cosas tan perfetas de sus ingenios, que parece ser antes sus autoras las manos de naturaleza, que las de tales hombres. Hacen singular estimación de las letras y disciplinas, atribuyéndoles cualquier honra. No admiten más que los doctos a soberana dignidad, y otros cargos públicos; puesto que no miran en la distribución de Magistrados a sangre, ni a riqueza, sino sólo a virtud y saber.

Más vuelvo al invencible y grande Tamborlán; que espantó el mundo con el terror de su nombre en el año del Señor mil y cuatrocientos. Con el increíble ejército que conducía en las armas experto y obediente sobremanera, conquistó el Imperio del Asia, con

deliberación, si la peste no entraba en sus gentes, de pasar a Europa, para sojuzgar cuanto contenía hasta los últimos confines de España. Era su disinio pasar desde allí al África, por donde allanando todo género de impedimento y dificultad, proponía dar vuelta a su patria. Bien notorio y vulgar es su principio. Así siendo para grandísimas cosas destinado, vista la generosidad que en su primera introducción descubría sobre los otros, fue elegido Rey de sus compañeros, como por burla. Mas él acetando el Reino a la descubierta, como quien en su conceto aspiraba ya a ilustres y heroicas empresas, recibió de los mismos el sacramento de fidelidad. Habiendo pues jurado de no desampararle jamás, y de hacer cuanto les ordenase, se constituyó su caudillo, mandando, dejasen la vida pastoral como vil ocupación, y poco a propósito para adquirir y gloria y riquezas. Persuadioles por tanto, se armasen, y lo siguiesen, pues sólo por este camino de la pequeña y baja fortuna, en que despreciables vivían, podrían llegar a no menos grandeza que impensada felicidad.

Con esta compañía decendiendo poco a poco de los montes a los llanos, y prosperando de día en día, al paso que iba creciendo en señorío, cobraba aumento de fuerzas. Aquistó primeramente el dominio de su tierra. Después ocupó la Partia y la Persia. De la parte del Setentrion se le rindieron los Hircanios, Batrianos, Sogdianos, Sacios, y otros innumerables pueblos, habitadores de acá del monte Ismabo, todos con nombre de Tártaros. Sojuzgó los Sirios, los Arienos, Drangianos; Aracosenses, Gedrosenses, y Paramisios que están de la otra parte del Ismabo. Cediéronle todos los Mesagetas; y por el consiguiente, entrando más adelante en Asia, hacia el Levante, se hizo señor de la Bitinia, del Ponto, y de todo el país, hoy Anatolia llamado, con el resto que confina con el mar Euxino, Propóntide, Maráis, Meotis, y el Bósforo Cimeriense. Demás desto, caminando a mano diestra, adquirió infinitas ciudades y provincias, sometiendo los Reyes y Tiranos que encontraba. Pasado río Tigris, asaltó con todas sus fuerzas de pie y caballo, los Usonios, a quien sujetó, junto con los Susianos, y toda la región hasta el mar de Persia. De allí pasando el monte Tauro, caló en la Mesopotamia; después en la Media, a quien rindió, haciéndose obedecer también de los Cadusianos, Tapirdos, y Circienses. Volviendo hacia Mediodía, pasó el monte Amano; decendió en Soria, y en la Comogena vecina, puesta sobre el Éufrates, infestando sus riberas hasta el Arabia, y cerca de Jerusalén. Rindió los Lidios, los Frigios, Capadocios, Paflagonios, Misios, Jonios, Dóricos, y Eolios. En fin no dejó gente o nación entre el monte Ismabo, mares rojo y Caspio, y el Océano, que no domase y oprimiese. Sin esto, deshizo en batalla a Bayaceto Rey de Turcos, que con docientos mil combatientes pretendió oponérsele, y habiéndole preso, le hizo atar las manos atrás, y mostrar en aquella forma miserable a sus soldados vencidos, para que de allí adelante, sólo él fuese tenido por absoluto Rey del Asia. Servíase de su espalda, inclinada a manera de escabel, para subir a caballo, y cuando comía, ordenaba se lo pusiesen al lado de la mesa, como un perro, arrojándole pedazos de pan y huesos por menosprecio y escarnio. Lo demás del tiempo le tenía con cadenas encerrado en una jaula de hierro, del modo que se suelen las bestias. Esta gran vitoria asombró maravillosamente no sólo todos los habitadores del Asia, sino también los otros pueblos, a quien el Tamborlán jamás había inquietado, ni quería molestar con guerra. Por eso los Moscovitas, divididos de los Tártaros por el río Delrha, le pagaron tributo, y ofrecieron grandísimos dones. Los Mosineses, Cerceturos, Lebocosirianos, y todos los pueblos que se hallan entre el mar Caspio, y el Tanáis, de su misma voluntad se pusieron bajo de su dominio. Recibió a su obediencia a los Nogaínos y Escabenienos, naciones

belicosas, cercanas a los Moscovitas. Tomó por fuerza a Esmirna, Sebasta, Trípoli, Antioquia, y Seleucia. Después pasando a la Soria interior, acometió a Gálata y Rabata, donde mató casi todos los habitantes. Fue de allí a Egipto, constriñendo al Soldán a salvarse con la fuga, siéndole impedido el pasar más adelante por los desiertos arenosos, y por la falta de las aguas. Sentía con extremo semejantes estorbos, puesto que hallándose poderoso y feliz en la guerra, ninguna cosa deseaba más que emprender los más arduos intentos, atravesando por lugares ásperos y difíciles, y asaltando fortalezas al parecer inexpugnables, sólo a fin de que le juzgasen osado Capitán y valeroso Príncipe. Sábese el estilo que observaba en los cercos de ciudades. Mandaba, se pusiese el primer día un pabellón blanco, negro el segundo, y el tercero colorado. Quería significar con el blanco, recibiría los de dentro a pacto y merced; por el negro que abrasaría el contorno, y por el colorado que lo llevaría todo a sangre y fuego, pasando a cuchillo cuantos hubiese. Advirtiéndole cierto Italiano a quien por su inteligencia, y agilidad (que aun hasta allí no pudo faltar una destas viles sanguisuelas) había cometido el manejo de sus tributos, y el recibo, cuenta y razón de sus rentas, quisiese añadir la clemencia a su inmenso poder y felicidad, le respondió con rostro alterado, y ojos encendidos, que él era la ira de Dios, y la funesta ruina del siglo depravado. A otro, que le rogaba, usase piedad con Bayaceto, poco antes gran Rey, dio asperísima respuesta, concluyendo con que no castigaba a un Príncipe por victorias insigne, sino a un Tirano vicioso, y cruel que había muerto a Solimán su hermano mayor, por privarle del Reino. Y al Emperador de Constantinopla que le ofrecía su persona, su dominio y su ciudad, como a quien había adjudicado Dios el Imperio de todo el Oriente; por cuyo beneficio se reconocía libertada la Grecia del cruel Tirano Bayaceto, dijo; no quería hacer sierva la más hermosa ciudad, la más célebre y rica de todas las otras, libre tan poco había de las manos Turcas. Añadiendo, no haber entrado en aquella guerra por medio de execrable orgullo, ni de insaciable codicia de adquirir Provincias, sino a fin de socorrer al Emperador, y señores Griegos, y mantener su dominio en libertad, en la forma que pretendía quedase siempre. Que el Tirano, como tendría ya entendido, preso y ligado, padecía las penas de sus maldades, recibiendo el mismo suplicio con que había propuesto afligir a los más principales de la Grecia.

De todo cuanto asoló, situado entre Mediodía, y Poniente, no permitió se llegase a los templos, antes los dejó inviolables. Por la reverencia de su falso Profeta, no quiso entrar en la Arabia, movido de íntimo temor de Dios, y respeto a la Religión. La fortuna que siempre le había favorecido, parece le negó entre tantos y tan admirables sucesos, el vivir entonces algún Histórico de excelente doctrina, y elocuencia, igual a sus virtudes, para celebrarlas dignamente, y como ministro de la inmortalidad hacerlas presentes en los siglos futuros.

Militó asimismo debajo las órdenes deste Capitán invictísimo Usuncasán, que estableció nuevamente el moderno Principado de Persia. Por tanto advertido éste, se hallaba en su tierra un señor llamado Arduel, del linaje de su Profeta, cuya fama, así de santidad, como de saber (principalmente en su falso culto, y en Astrología) se dilatava mucho entre Persianos, le casó con una hija suya, naciendo de aquel matrimonio Ismael Sofí. Arduel pues recobrada seguridad, y osadía por el Real parentesco, comenzó a introducir, con ayuda de Tequel Caselba, en el Alcorán nuevas exposiciones y ceremonias, siguiendo a su Alí, antepuesto por ellos a Mahoma. Indignado desto Jacub, sucesor de Usuncasán, lo

desterró, juntamente con el hijo Ismael, niño entonces, temiendo so color de reformar Religión, no aspirase al estado con el favor de sus adherentes. Ya grande el Sofí, volvió con armas a Persia, donde restauró de nuevo la secta del padre, caída por el temor. Atrujo a sí, debajo este pretexto muchos hombres que siguiendo su parcialidad, conquistaron en pocos años, no sólo el dominio de Persia, sino también el de Media, Armenia, y Asiria. Halló al volver discordes a Morato, y Alebant, hijos de Jacob, sus primos, con quien trabando guerra al uno mató en batalla, y forzó al otro se retirase en Arabia, quedando con esto pacífico poseedor del estado. Mas porque el Rey Jacob, su tío, había muerto, antes que dél se pudiese vengar, mandó quemar su cuerpo; por cuyo acto inhumano reprehendido de su madre, la hizo morir, o él propio la mató. Con todo eso fue llamado Sofí, que es santo, habiendo adquirido tal nombre, no por sus méritos, sino por la bondad del padre: título que después pasó a sus herederos, si bien tenidos por herejes entre Turcos.

Este Sofí por el imprevisto feliz suceso de sus conquistas, espantó el Oriente, estendiendo su fama por toda la tierra habitable. Opúsosele el Tártaro Zagatay, guerreando contra él continuamente. Lo mismo Selín Otomano, que con poderoso ejército le asaltó, bien dentro de su dominio. Tomó y saqueó a Tauris, ciudad principal del mismo Reino, y fue superior en el memorable conflicto de las llanuras Calderanas, donde los dos Capitanes quedaron heridos. Consiguieron los Turcos esta vitoria por la ventaja de artillería, entonces no conocida de Persianos. Después en otra batalla deshizo Selín al Soldán, que pretendía ayudar al Sofí, siendo estas dos vitorias las más señaladas, que en espacio de quinientos años sucediesen. Sultán Solimán, siguiendo las pisadas de su progenitor, prosiguió la molestia comenzada en aquellas partes. Gano pues, de Tamas Sofí la provincia de Asiria, y la ciudad Imperial de Babilonia, antiguo asiento del Califado de Caldea, destruido por los Tártaros, como lo fue el del Cairo por los Soldanes. Así los que hoy tienen igual nombre en dos ciudades, son titulares solos, poniendo a los Sultanes en posesión, sin entremeterse en el estado. Los que hacen esto, reciben por el pretendido derecho tres mil Serafos, a fin de retener con tal color alguna forma de la religión primera. Mas su soberanía no es por ellos gobernada, sino por los Mufitos (como si dijésemos Patriarcas, inteligentes de cosas divinas, y tocantes a la conciencia) a quien el Rey tiene cerca de su persona, o en las mayores ciudades de su Imperio, no porque a la verdad haga dellos alguna estimación, sino por cumplir con los pueblos. Por la ruina pues, del Reino Latino en Jerusalén, y del Califado de Egipto, comenzó el estado del Soldán en el mismo Egipto, y en Soria, instituido por Siracón, y Saladino, que fue hereditario hasta Menascale. Éste ordenó los Mamelucos, entre quien quedó largo tiempo electivo. Jamás se vio tan estraña y detestable forma de gobierno como la suya. Eran todos Cristianos renegados, y de condición servil, que tiránicamente mandaban a los Egipcios y Sorianos libres, usando contra ellos brutal rigor, y miserable indignidad. Merecía por tanto semejante potencia ser llamada antes servitud que dominio. Criábanlos desde pequeños los Circasos, vecinos de Temerinde, o Marenero. Después conducidos a Egipto, y vendidos por esclavos, pasaban mucho tiempo pobremente. Endurecíanse a las fatigas y trabajos, con hambre nunca satisfecha, por cama las más veces el suelo, ejercitándose continuamente en las armas. Los que se hallaban más aptos para la guerra, eran sentados en lista de Mamelucos, y les sucedían de mano en mano, no ya los hijos de los muertos, sino otros escogidos y alimentados del modo mismo. A éstos pertenecían las

honras y emolumentos del estado, que los repartían entre sí; sin dar gobiernos de provincias, ni conductas de armas, salvo a personas expertas, de virtud conocida, que hubiesen pasado por todos los grados de milicia; y así entre ellos, y dellos era el Soldán elegido. Tenían en sujeción estrechísima los pueblos de Egipto y Soria, prohibiéndoles toda suerte de armas, y el andar a caballo. Eran solos diez y seis mil; mas entretenían cerca de sí muchos criados, y siendo hombres de grande fuerza y animosidad, no sólo habían domado varias naciones circunvecinas, y derribado los Árabes, sino hecho también muchas guerras con los Turcos (aborreciendo su prosperidad) de quien a menudo habían quedado vitoriosos, y raras veces vencidos. Mas como se estragaron después en el militar rigor, y dividieron en parcialidades, Selín en dos batallas los deshizo, matando en la primera al Soldán Campsón, que con ejército había pasado a Soria en ayuda del Sofí. De allí prosiguiendo la vitoria, dio vuelta a Egipto, contra el Soldán, promovido en lugar del muerto. Preso al fin, le hizo conducir ignominiosamente sobre un vil camello, con el rostro atrás, por las calles mayores, y más cursadas del Cairo y ahorcarle a la puerta de la misma ciudad. Así dobló su potencia, por la conquista de tan grande estado, nunca reverenciado bastantemente de los sectarios de Mahoma, y amado de todos con no menor afecto. Tanta fuerza alcanza la prudencia y valor del buen Regente.

Colígease desta relación (nada remota del principal intento) haber ocasionado la gloria en armas, y extensión de Imperios a Tártaros, Turcos, Mamelucos, y Persas, la prudencia y esfuerzo de sus caudillos. Y no hay duda, sino que como el alma vivifica, rige y gobierna el cuerpo, así el valeroso Capitán, es espíritu, es brío, es acierto de sus gentes.

No me parece pues, fuera de propósito, inquirir qué partes hayan de ser las de hombre tan importante. Un moderno incógnito, bien entendido y agudo (de quien en las ocasiones casi a la letra, pondremos mucho en materia semejante) le aplica tres requisitos principales, ventura, experiencia y prudencia. Pónese en primer lugar ser venturoso, contra el parecer de muchos, que excluyen la fortuna de los sucesos militares, atribuyendo la desdicha o felicidad a otras causas que no subsisten, según la opinión de gravísimos autores. Si el General no es dichoso, ni la experiencia le servirá, ni tampoco la prudencia será de provecho.

Los acaecimientos pasados nos muestran, que infinitos Capitanes, por extremo entendidos, y por juicio universal de incomparable suficiencia en este arte, habiendo dispuesto las cosas de manera que la misma envidia no hallará en qué culparlos, ejecutando sus disinius, se han visto caer en grandes inconvenientes. Por eso, es precepto militar, asentado de muy atrás, debe el Capitán venturoso hacer singular ostentación entre sus soldados desta su felicidad, engrandeciéndola todo lo posible para volverlos más osados y animosos, ardid de que se valió César con los suyos en tantas ocasiones. La experiencia por otra parte es madre de todo; porque sin ella no hay teórica, o regla que baste a enseñar lo que se debe hacer en cosa tan incierta como la guerra. Denote esta verdad (por librarnos de muchas alegaciones que se pudieran traer) un caso sucedido al más astuto Capitán que ha tenido el mundo. Hallándose Aníbal en Efeso, donde Formidión Filósofo con agudeza Griega, y escolástica Retórica, leía los preceptos del arte militar, después de haberle oído un rato, se llegó a él, y algo risueño le pregunto, en cuántos ejércitos le había despertado el son de la trompeta; con que le dejó tan confuso y

atajado, que no supo darle respuesta. El verdadero libro para aprender la milicia, es la campaña, y las lecciones, el ejercicio en la guerra, porque con el tiempo se viene a conocer lo que se debe obrar, que son tantas cosas, y tan menudas, que solía decir el Duque de Alba (gran maestro de campear) faltan a los hombres razones y palabras para explicarlas; y que el caso suele representárselas tan oportunas, que luego se halla modo de ejecutar. En saber gozar de la ocasión consiste todo, y los más prontos en valerse della son los expertos, como sutiles conocedores de cualesquier inconvenientes.

La prudencia no es menos necesaria que las demás, porque abraza la justicia; se junta a la fortaleza, y sigue la templanza. Ha de ser natural en el sujeto, a quien se diere tan gran cargo, y ejercitada, produce maravillosos efectos. El prudente Capitán atiende con vigilante diligencia a lo presente, y previene con destreza y cuidado lo por venir, gobernándose en todo por razón. Hízolo así admirablemente Fabio Máximo, pues mientras halló que no convenía pelear, se abstuvo; y cuando vio al compañero que por ser temerario, le habían roto, con ánimo generoso y fuerte le socorrió, librándole del peligro, sin que para estorbarlo fuesen parte los más apretados odios, y más vivos rancores. Notable ejemplo para los que por iras particulares dejan perecer a sus compañeros, y por satisfacer su enojo, son causa de grandes daños. En fin por el tiento, y cordura con que procedió le dieron nombre de defensor de la patria, y restaurador de la República Romana. La mayor hazaña de un buen General, es, reducir la suma de la guerra a darle honroso fin, y las muchas victorias no siempre le consiguen, como nos lo muestran las de Aníbal, que no pudieron evadir una afrentosa paz: lo que se debe huir cuanto sea posible, por lo que interesa la reputación, basa que sustenta los Reinos. También es propio de la prudencia, confirmar los ánimos de los amigos, y aliados en su amistad, y atraer los que no lo son. En esto fueron excelentes Cipión Africano, Quinto Flaminio, y Paulo Emilio. El primero en la reducción con Masinisa, y los otros con los Griegos, y Macedonios, y no menos que éstos el Gran Capitán con los Italianos.

Es cierto, tiene de continuo más prosperidad en los negocios quien los entiende más, y el más diligente y solícito en ejercerlos. A éste será también fácil rastrear y juzgar con madura determinación los futuros sucesos, hallándose entre las cosas presentes y pasadas de ordinario alguna similitud y parentesco. Todas son obras de hombres, y como quiera que éstos hayan tenido, y tendrán siempre unos modos mismos de proceder, es casi forzoso, resulten dellos unos mismos efectos. Mas la causa de la fortuna buena, o mala (entendamos siempre de los segundos agentes) en la diversidad de los casos, según la debilidad de la humana naturaleza consiste, en que encontrándose las formas de obrar con el tiempo, se observe con diligencia el punto de la condición en cada uno, y el de la ocasión ofrecida en todos. Teniendo pues, en los negocios particulares esta consideración lugar, no hay duda lo tendrá mayormente en las ocurrencias militares, donde todo pequeño error es causa bien a menudo de perderse un entero ejército. Sábese proviene el bien, o el mal deste grande ayuntamiento, por la mayor parte del General, o cabeza, según que el tal es digno, o indigno de tal cargo; y según que bien, o mal le gobierna y guía.

Suele entre los más apacibles, ser penoso obedecer a los que no saben bien mandar. Así juzgo necesario, haga el Caudillo de muchas gentes, demás de ser bien experto en casos de guerra, resplandecer en medio de sus acciones singular grandeza, magnanimidad y



constancia de ánimo, por quien incite y mueva a sus soldados, no sólo a obedecer, sino a intentar gloriosas empresas. Mucho importa su crédito y reputación, y sobre todo (como ya se dijo) la voz de su buena fortuna. Lisimaco, gran Capitán Ateniense afirmaba, no se podía errar dos veces en la guerra. Vienen (decía) a ser los yerros allí de tal consecuencia, que ocasionan casi siempre ruina de estado, o pérdida de vida, a quien los comete. Por eso, que siendo la experiencia difícil y peligrosa, era menester valerse de mucha industria en apresurar con la prudencia el uso de la misma, de la que cuesta tan caro, y tarda tanto en venir, que las más veces es prevenida de la muerte.

Añádese para su más breve consecución, el diligente examen, y fatigoso escrutinio de las cosas, sucedidas así en el pasado, como en nuestro tiempo, para volvernos sabios con el ajeno peligro. Nace de aquí, convenir al que pretende el bastón, ejercitar tanto el ánimo en las ciencias, y noticia de historias, cuanto el cuerpo en las obras y fatigas marciales. Memorioso de lo que ha leído, observa con diligencia las acciones de hombres señalados y valerosos, y ve cómo se gobernaron en las guerras, examinando con maduro consejo, las causas de sus ganancias, o pérdidas, para imitar aquéllas, y huir éstas. Y así como sería inconveniente obedecer un bien armado y experto soldado a un desnudo y falto de experiencia, y ceder un plático piloto en los peligros y borrascas el manejo del timón al que jamás hubiese estado en la mar, ni conociese sus efectos: así lo sería mucho mayor, no hallarse primero el que pretende igual cargo, con reputación de singular esfuerzo, y generoso espíritu, acerca de todos, por quien venga a ser su autoridad respetada. Las insignias y títulos de dignidad (¿de qué sirve el hábito, si el sujeto es vil?) no honran punto a los hombres, mas sí bien los hombres a los títulos. Por tanto, la buena opinión que los soldados tuvieren del valor y merecimiento de su Capitán, les será como un solícito estímulo para obrar bien. Harales juntamente reverenciar y observar sus órdenes; ya que consiste el verdadero celo de virtud en el afecto de imitarla, imprimiéndose en los corazones de los mortales, con singular benevolencia del principal que es ocasión.

No se movieron pues los antiguos sin notable razón, cuando juntaban siempre los cargos de Generales con la valentía, ciencia y experiencia de la militar disciplina. Puesto que della (después de la causa primera que viene de Dios) dependen de ordinario los buenos, o malos sucesos de la guerra. En esta conformidad, decía Cimón, Ateniense valeroso, le agradaba más un ejército de corderos conducido de un león, que otro de leones, gobernado de un cordero. Mas si queremos ceñir en breves palabras, cuáles sean los más dignos de semejantes puestos, podemos recorrer a la concisa respuesta que en tal propósito dio a Tolomeo uno de los sabios intérpretes. Los más excelentes (dijo) en esfuerzo y justicia, y que prefieren la salud de los hombres a la vitoria.

Ejemplo de buen Capitán, es el de Valerio Corvino General de Romanos, cuando afrontado con los Samnites para darles batalla, ánimo con pocas razones a los suyos, para que combatesen según su obligación. Bastantes muestras dio entonces para representar cómo es justo se porte quien desea conseguir dignamente el grado de Capitán supremo. Habloles casi en esta forma: Debéis considerar quién es el que os acaudilla en este combate; si quien sólo trata de hacerse obedecer con magníficas palabras, siendo ignorante y nuevo en el arte militar; o quien por sí mismo sabe manejar las armas, ponerse el primero delante de las insignias, y hacer su deber en medio de la batalla. No

sigáis (oh soldados) mis palabras, seguid mis obras. Aquí os presento el ejemplo de mi disciplina, como quien con estos brazos adquirió con superior alabanza tres Consulados.

Tal era la costumbre de los antiguos Capitanes de ejércitos. Desta manera esforzaban sus gentes para emprender hechos magnánimos; mas la mayor persuasiva era, el bien opinado valor de su caudillo. Tiene la elocuencia humana tan gran fuerza, que muchos con discursos elegantes, y argumentos agudos fundan sus razones de manera, que parece exceden a los más peritos: mas llegando a la ejecución, se muestran embarazados, y aun del todo ignorantes. Y como esta facultad consiste en efectos, sólo se ha de dar crédito a las obras que descubren el talento.

Campea sobre todo en la guerra la literalidad de los Generales, medio con que son amados y seguidos hasta morir. Es gran prudencia ganar los corazones de muchos con agrado y beneficios: que estos tales siguen a su bienhechor, no sólo en los sucesos prósperos, sino también en medio de sus infortunios y adversidades. Ni hay duda, sino que en los trances apretados importan mucho los graves recuerdos de un Capitán, fundados en ejemplos y buenas razones, con que se vuelven osados y animosos los más tímidos. Pero si el razonamiento viene acompañado después con valientes efectos del que habla, se allana todo imposible, se vence toda dificultad. Importantísima es al que gobierna militar muchedumbre la providencia, para que en el ejército no falte lo necesario de vituallas, pertrechos y municiones. Esta vigilancia le evitará el ser forzoso padecer penuria, inconveniente que ha dañado en muchas ocasiones, si se atienden las antiguas historias Griegas y Romanas. Ni porque se halle abundancia dellas en los principios, las ha de dispensar con exceso, desperdiçándolas fuera de ocasión, sino usar de su copia moderadamente, considerando lo por venir. Cesarán con este cuidado los lamentos y quejas de los soldados, si llegasen a conocer falta. Pueblos hay de quien la mayor fidelidad estriba en la abundancia de bastimentos, habiéndose visto titubear en tiempos de carestía los que más firme nombre adquirieron de leales.

Ciro, queriendo manifestar a sus soldados, haber procedido como cuidadoso y diligente en semejante provisión, y que por eso se le mostraban gratos y benévolo, les dijo: Alégrome mucho (oh amigos) de veros contentos, por tener abundancia de todas las cosas, con que poder galardonar a cada uno, según su virtud. Mas es de considerar, la principal causa de tanta comodidad haber sido el desvelo, la fatiga, el sufrimiento en las necesidades, y el usar diligencia en todas nuestras operaciones, para que de aquí adelante no nos olvidemos de ser virtuosos. Procuremos con todo estudio, no declinar, sino aventajarnos siempre, teniendo por firme, nos harán abundar de todos bienes, la obediencia, la constancia, y osadía en las peligrosas empresas.

Todo buen General debe asimismo, poner exquisita diligencia en no dejar ocioso jamás su ejército, sin emplearle en algún ejercicio. Por falta deste han llorado las Repúblicas más floridas su miseria. Conociendo a los Lidios Ciro su contrario, invencibles por las armas, los inclinó a regalos y ociosidad, y los venció con astucia. Lo mismo envileció los ánimos de los soldados de Sila, y ¿quién ignora, haber procedido de aquí también la ruina de Aníbal y sus gentes, sumergidas en los deleites y ocios de Capua y Nápoles? Según esto, es justo procure el Capitán, dañen siempre los que gobierna a sus enemigos, o por lo

menos se aprovechen a sí. Ejerciten las personas corriendo, saltando, jugando las armas, en tirar la barra, nadar, y si no fuere de pie, en picar caballos, correr lanzas, y tornear: porque demás de ser necesario, da reputación, como lo juzgó Antígono, padre de Demetrio. Paseándose por su campo un día, vio jugaban unos soldados armados de todas piezas, a cierto ejercicio corporal; y habiendo enviado a llamar sus Capitanes para loarlos, y oyendo que los hallaron bebiendo en un bodegón, les quitó las compañías, y las proveyó en aquellos soldados.

Molestia causa alimentar un hombre ocioso, mayor una familia, mas en grado superlativo un ejército entero. El intento de quien rompe la paz sea propia defensa, procediendo, si posible, de suerte que en vez de empobrecer, enriquezca su distrito. Sea breve la guerra por adquisición, o conservación, sin ocasionar gastos inútiles, sino obrando de manera, que resulte en publica utilidad. Las expediciones de los antiguos Romanos eran cortas y gruesas; porque poniéndose en campaña con potencia grande, despachaban luego, o en pocos días. Así todas sus expediciones hechas contra Latinos, Samnites, y Toscanos, fueron terminadas, las unas en seis, las otras en diez, y las más largas en veinte días. Y si bien por la distancia de otros lugares y regiones más lejanas, fueron constreñidos a tener más tiempo ejércitos en pie, no por eso se seguía, desamparar jamás su primer instituto y costumbre de abreviar cuanto se podía sus militares empresas, con prontas batallas, según permitían tiempo y ocasión. Después en la edad de Fabio Máximo parece haberse mudado el estilo, puesto que solía decir, ser más convenientes diez años de guerra, que un día de batalla: y así procuraba salir vitorioso con dilaciones.

El ínclito don Fernando Álvarez de Toledo siguió también con felicidad este camino, procurando deshacer, y superar sus contrarios con detenciones, no siendo cordura aventurar en un punto lo que se junta con tanto gasto y tiempo. Muchas veces los Generales por ambición de que no espire el mando y el provecho, dan larga al militar estruendo con gravísimos daños del Príncipe, y de la República, mas Dios permite tronquen los disinios de su perniciosa codicia, pestes, y otros contagios. Esto cesa, cuando las plazas que se sitian son difíciles de tomar, pues sólo para las prevenciones son entonces menester no sólo meses, sino años.

Consiste pues el oficio de un prudente Capitán, en saber reducir y superar al enemigo con cualquier ventaja. Y cuanto más juzgare valerosos y de más ánimo regente y regidos, tanto más debe fatigarse en conservar a sí, y a los suyos, con la diligencia que usa en guardar bien las cosas, poniéndolas en seguro lugar. Siempre sería poca cordura no examinar los inconvenientes con maduro juicio, de que resultase perder un soldado, cuanto más muchos. Sobre todo, no es justo se arriesgue sin notable ocasión la persona del General, puesto que dañaría sobremanera la pérdida del que debe salvar a todos los otros. Por eso Timoteo, Capitán Ateniese, contendiendo con Cares (Capitán asimismo) sobre haber mostrado un día públicamente a los de Atenas las cicatrices de muchas heridas, recibidas en su persona, y todo el escudo roto y pasado de muchos golpes de pica, dijo: Pues yo haciendo lo contrario, pienso haber servido más; porque cuando tenía sitiada

la ciudad de Samo, hubiera reputado a gran vergüenza viniese a caer cerca de mí un dardo impelido de la muralla, ya que en esto habría mostrado ligereza juvenil, cuando temerariamente quisiera arrojarme a los peligros que no eran convenientes a un Capitán de tan grueso ejército.

Diversa observación pide una urgente necesidad, puesto que entonces importa mucho para salvar las otras gentes se exponga el General a peligro. Entonces sí que inclinada la cabeza, cerrados (como se suele decir) los ojos, ha de emplear las manos y toda la persona, sin reservación. Ni en tales ocasiones conviene preste oídos a las palabras de los que afirman debe morir de vejez, o por lo menos anciano, el bueno y prudente Capitán. La costumbre de nuestros tiempos no permite por acertado consejo, se mezcle el General con los otros en las escaramuzas, sino que desde aparte considere con atención el estado del combate. Disponga lo soldados, envíe los socorros, y dé las órdenes. Esto tiene más lugar, cuando su falta y pérdida amenaza daño universal y ruina. Antes entonces, no obstante le sucediese bien, debe ser semejante temeridad condenada de todos. Reciente ejemplo desta verdad, tenemos en el infeliz suceso del valeroso Rey don Sebastián, pues no reservar su ínclita persona de los peligros, fue ocasión de tan inauditas calamidades.

Debe también el buen Capitán general, ser diligente conservador de los animosos que le siguen, y no exponerlos por poco a riesgos evidentes, sino disponer de su valentía con madura circunspección, acordándose del dicho de aquel buen Emperador Antonino Pío, que afirmó serle más caro salvar un ciudadano suyo, que hacer morir mil enemigos. La misma respuesta dio Cipión a su soldados, cuando le importunaban diese asalto a Numancia, molidos de tan largo cerco, esto es: Déjolo de hacer, porque estimo más la vida de un Romano, que la muerte de todos los Numantinos. El mismo solía decir, se debía en la guerra intentar toda cosa antes de sacar la espada, juzgando por mayor vitoria la que se conseguía sin efusión de sangre. Sila, Tiberio, Calígula, y Nerón, sólo trataban de hacer matar; monstruos al fin del mundo. Diferentes el grande Augusto, Tito, Trajano y otros, que se mostraban siempre solícitos en concordar con blandura, y en perdonar con piedad. Común dicho era de Augusto, debía ser el Príncipe cuanto más poderoso, tanto más circunspecto y prudente en dar batalla, pues no convenía llegar a tal rompimiento, sino cuando la utilidad llevase conocidísimas ventajas al daño. Narsetes, aquel gran Capitán Eunuco, de quien fueron sojuzgados los Godos, vencidos los Batrios, y sometidos los pueblos de la Germania, nunca acometió con las armas a sus enemigos, sin haber la noche antes de combatir derramado lágrimas en el templo. Jamás permitía Teodosio Emperador a sus gentes asaltar alguna ciudad, sin haberla tenido cercada primero diez días, haciendo saber a los sitiados por públicos editos, se los daba de término, para que se pudiesen valer de su clemencia, antes que fuesen forzados a experimentar el rigor de sus armas.

Inútil cosa sería saber bien conducir el General sus gentes a la batalla, si primero no anteviese y proveyese el modo de retirarlos, y salvarlos en la necesidad. El valeroso y prudente, no debe valerse sólo de lo que actualmente ve delante, sino juzgar con bien fundados discursos de lo por venir, temiendo siempre los dudosos acaecimientos que resultan de las empresas militares. Por eso los Capitanes antiguos, ni marchaban jamás, ni sentaban el real (si bien lejos de sus enemigos) sin cerrarle, ponerle trincheas, y a breves

distancias vigilantes postas. Preguntándole esto a Leónidas, respondió: Si el mar abunda de bajíos, golfos y rocas, no carece dellos la guerra; antes los tiene de mucho mayor daño y peligro.

Es necesario por el consiguiente, a un experto conductor, tener buen conocimiento de la naturaleza, y sitio de los lugares propios y ajenos; montes, llanuras, valles, ríos, para defender y ofender; mejorar de alojamiento, y saber cómo se pueda en el suyo molestar al enemigo. Entre las alabanzas grandísimas que los autores atribuyen a Filopomenes Príncipe de los Aqueos, no olvidaron estudiaba con todo cuidado, durante la paz, los modos de hacer mejor la guerra. Así cuando después salía a campaña, discurría por instantes con los suyos en esta forma: Si nuestros enemigos ocupasen esta montaña, y nosotros la parte donde ahora estamos, ¿cuál de los dos se hallaría con mayor ventaja? ¿Con qué orden de batalla partiríamos a buscarlos? Y si por suerte se retirasen ellos, ¿cómo los habíamos de seguir, cómo darles alcance? Deste modo les proponía en el viaje, todos los particulares que podían suceder y ocurrir, escuchando en las dudas los ajenos pareceres, y declarando después su opinión que corroboraba con evidentes razones. Tal, con incesables disputas y pensamientos, dilucidaba toda intrincada dificultad, mientras conducía el ejército; así no se le atravesaba impedimento, para quien no hallase conveniente salida, y remedio pronto.

Jenofonte muestra en la vida de Ciro, que al partir contra el Rey de Armenia, discurría por vía de pasatiempo con los suyos; ser tal expedición sólo una caza en que con él tantas veces se habían ejercitado. En esta conformidad traía a la memoria a los que cometía las emboscadas sobre los montes, no olvidasen el tiempo y modo que tenían cuando iban a tender las redes sobre los cerros. A los que iban a trabar la escaramuza decía, eran como los que partían a hacer salir las fieras de sus grutas, para que diesen en los lazos y fuesen muertas, o presas. Descubrió bien este generoso Príncipe, no haberle salido inútil el ejercicio de la caza, pues mostraba servirse dél como de verdadera imagen de la guerra, para juzgar de la naturaleza y forma de los lugares, que solía frecuentar en su país. Tienen los sitios cierta conformidad entre sí, que conocidos los unos, con facilidad se alcanza la noticia de los otros. Publio Decio, Tribuno de los soldados en el Romano ejército que conducía Cornelio, Cónsul contra los Samnites, viendo sus gentes reducidas en un valle, en que fácilmente podían ser circuidas de los contrarios, vuelto al Cónsul, le dijo: ¿No veis cómo contrasta la extremidad deste monte a nuestro enemigo? Sola ella ha de ser nuestro amparo, y fortaleza, y la esperanza de toda nuestra salud, si fuéremos diligentes en ocuparla, pues los Samnites han sido tan ciegos, que la dejaron.

Estas ventajas de sitios, se consideran mucho en la moderna milicia, siendo por la mayor parte, ocasión de felicísimos sucesos. El impar Carlos Quinto fiaba sólo de su vista negocio tan importante. Tenía por costumbre visitar a caballo el ejército todos los días, atendiendo por la campaña vecina, si se hallaba algún lugar, que o él contra los enemigos, o los enemigos contra él pudiesen ocupar con ventaja. Así muchas veces queriendo reconocer por su persona la parte en que alojaba su contrario, se expuso a peligros no pequeños. En las guerras con el Sajón, y Lanzgrabio, le sirvió tanto esta diligencia, que a menudo por la oportunidad de los lugares, teniendo al principio pocos más de siete mil hombres, con reparos fortísimos descompuso los disinius opuestos, burlando con la

industria las fuerzas de un potentísimo ejército. El orden observado entonces era el siguiente: Al marchar iba algo delante la vanguardia, puesta en ordenanza. Después seguía el batallón dividido en escuadrones; y mientras la vanguardia enderezaba las tiendas, y compartía los cuarteles, era amparada del batallón, a quien después mientras alojaba hacía espaldas la retaguardia, siendo la última de todas que ocupaba la parte señalada en el alojamiento. Con esta orden, jamás marchando, o alojando, se hallaba el ejército confuso, ni descompuesto. El consejo y madurez en los movimientos militares, es sin duda importantísimo. Por esta razón Cayo Mario, creado seis veces Cónsul, adquirió fama de ser uno de los mayores soldados de su tiempo. Porque si bien fue General de muchos ejércitos, y vitorioso en tres gruesas batallas, todavía se mostró tan prudente, y atentado en sus empresas, que jamás dejó lugar a sus enemigos para forzarle a combatir. Este ardid manifestó particularmente en la respuesta dada a Sila, cuando le envió a decir, saliese a batalla con él, si era tan grande Capitán como se tenía: Antes (le dijo) si tú eres tan valeroso como es fama, oblígame a pelear contra mi voluntad.

Con todo eso no debe estar el buen Adalid desvanecido con su valor, y experiencia. Puesto que no era de olvidar haber causado la presunción y confianza, afrentosa pérdida, y muerte al invictísimo Ciro, en la guerra que hizo en Citia contra Tomiris Reina de los Mesagetas, y a Marco Craso, en la que movió a los Partos. La inadvertencia redujo a Afranio, y Petreyo en España, por falta de agua, a entregar el ejército a discreción de César. Lo mismo sucedió al Rey Lisimaco en el país de los Getas, diciendo tras haber bebido: ¡Oh cuánta felicidad perdí por un breve gusto! Quintilio Varo, por haberse metido en tierra pantanosa, y de muchas espesuras, fue rodeado de los Alemanes que le mataron cruelmente con toda la gente de sus tres legiones. Así la considerada resolución de Leónidas, y Temístocles, libertó los Griegos del yugo Asiático; como la temeridad de Gastón de Foix, habiendo ya ganado la batalla de Ravenna, le quitó la vida y el fruto de sus vitorias. Caso bien semejante y reciente pudiéramos alegar, sucedido en Flandres, si la pena no estorbara la expresión. La terquedad hizo perder reputación al Emperador Federico Segundo en el sitio de Parma; y al Rey Francisco sobre Pavía, la libertad, y el señorío de Italia. A Monseñor de Lautrec, dio en Nápoles muerte la obstinación, sembrando miserables estragos en su ejército. Síguese, que mientras se tiene la fortuna propicia, se ha de proseguir, como lo hizo Cimón Ateniese, que en un día y con unos mismos soldados, siendo inferior en fuerzas, tuvo dos señaladas vitorias de los Persas. La primera en la mar; y la otra en tierra. La constancia si se mira, hizo ilustre a Cayo Mario en la guerra Címbrica; y no menos famoso al gran Capitán sitiado en Barleta, entre peste y hambre, y después tolerando junto al Garellano, infinitas incomodidades. De aquí es encarecerse tanto, considere el General atentamente los motivos del adversario; para conocer (si posible) luego el disinio que tiene, y prevenirsele, valiéndose de la oportunidad que le ofreciere su descuido, o temor; como le sucedió al señor don Juan de Austria, que con poquísima gente rompió un grueso ejército junto a Giolurs.

La prevención hecha de larga mano, y el secreto de toda resolución, son sin duda el alma de los buenos sucesos, en que fue maravilloso el Rey don Pedro de Aragón en el trato de Sicilia, y cuando juntó la armada y ejército para socorrer la isla, pues sus mismos Generales, y Consejeros, no sabían adónde iban. Las facciones importantes, no se logran, ni tienen jamás feliz acaecimiento, si se descubren antes de ejecutarlas. Refiere a este

propósito Suetonio, no haber Julio César dejado salir jamás de la boca: Hoy haremos esto; mañana aquello: sino hágase ahora tal cosa, y después pensaremos lo que conviniere hacer. Instado Lucio Metelo (advierde Plutarco en su Política) de un Capitán suyo, para saber el cuándo disponía dar una batalla, le respondió: Si creyese, alcanzaba mi camisa el mínimo de los pensamientos que tengo en el corazón, sin duda la abrasara al punto, sin ponerme jamás otra. Infiérese desto, poderse bien tratar entre muchos las ocurrencias de la guerra, mas las resoluciones entre pocos, o ninguno, debiéndose conferir con gran secreto, a fin no sean antes descubiertas que concluidas. Todavía es necesario se aconseje el General por instantes; mas con hombres expertos, prudentes, y no temerarios. Cuanto a las cosas que piden brevedad, no es de perder tiempo en investigar muchas razones, sino tomar con presteza generoso partido, y acelerada determinación. Por tanto se requiere sea hombre de gran consejo, y de no menor ánimo para ejecutarle. Viose en más de una guerra, perderse muchos Capitanes, sólo porque en ocasiones de celeridad perdían tiempo, en largas y ociosas consultas.

En fin hecho el deber, cuanto a ponderar menudamente el pro y el contra de lo que puede ocurrir, conviene atajar dilaciones, y remitir a las manos lo que meditó el discurso. Y aunque muchas cosas suelen atribuirse al entendimiento y buena fortuna del que gobierna; y muchas también al valor y esfuerzo de los soldados; sólo la suprema bondad concede la virtud del bien aconsejarse, la razón del bien obrar, y el talento de enderezar los principios a los deseados fines. La prosperidad, y calidades de los sucesos, y la salida de las operaciones, sin duda proceden del divino querer, cuya fuerza soberana rectora y moderatriz de nuestras acciones, por ser a los humanos incógnita, les agradó llamar fortuna, no siendo ésta más que los remates de nuestras mismas obras particulares, emanados de causas oscuras, y no conocidas.

Conviene sobre todo, no se den alcances que respiren difíciles evasiones. El enemigo apretado, y sin esperanza alguna, suele sacar fuerzas de flaqueza, y hacer gran daño. Sucedió esto a un Conde de Flandes con los de Gante, teniendo sitiada aquella ciudad. Lo mismo a Juan Rey de Francia, habiendo cerrado todos los pasos a Eduardo Príncipe de Gales, que viéndose sin otro remedio para escapar que el de sus manos, rompió los Franceses, y prendió al Rey. Pretendía el Inglés capitulación de paz, y facultad de partir salvas las vidas. Era el ejército Francés de cincuenta mil hombres. Débense ajustar las órdenes con la disposición de las cosas presentes. Tiénese por maravillosa acerca desto, la providencia de Muley Maluco, que fue midiendo los accidentes de la jornada con los minutos de su corta vida, en tan justa proporción, que le faltó al tiempo que la vitoria inclinaba de su parte, dejando tan buenas órdenes, que después de muerto eran obedecidas, y por ellas se acabó de vencer. Encomiendan todos la celeridad en las expediciones, por los riesgos que concurren mientras duran. La velocísima diligencia de César, le facilitó sus empresas y conquistas. Al opósito se descubre Aníbal admirable, por haber mantenido deciséis años la guerra en Italia, con ejército de diversas naciones, naturalmente enemigas, sin sucederle discordia, ni alteración, faltándole las más veces lo necesario para el sustento. En la milicia es cosa de gran consideración la buena orden. Confírmalo la famosa retirada de Jenofonte, en la forma apuntada arriba. No fue menor la de don Álvaro de Sande, en otro aprieto harto semejante que le sucedió en Berbería. En

nuestros días fue asimismo memorable la resistencia prodigiosa de dos mil Españoles, hecha en las campañas de Lan contra toda la caballería de Francia.

Si por otra parte se considera la confusión, ¿qué menoscabos no intenta, qué daños no solicita? Perdióse por ésta el ejército del Rey de Romanos en Hungría, regido por Cacianer su General; siendo también causa de la rota que recibieron los Católicos de la liga de Francia junto a Iverí. No trae consigo menores inconvenientes el descuido, pues ocho mil infantes Suiceros, que de noche salieron de Novara, con imprevisto asalto desbarataron un grande ejército de Franceses, y Alemanes, que estaban junto a la propia villa. Tampoco se debe ignorar, basta un Capitán animoso para dar reputación a los pueblos, que antes no eran estimados, como se vio en Epaminondas, que con los Tebanos menguó mucho la de los Lacedemonios. Es loable todo ardid para infundir valor en los desmayados. Con igual artificio aseguró Cesar su ejército, que se había algo espantado oyendo la gran pujanza que traía el Rey Juba, en favor de Cipión su contrario. Díjoles habiéndolos juntado, no anduviesen informándose de las fuerzas de los enemigos, porque él sabía ciertamente las que eran. Fueles contando tras esto, la infantería, los caballos, los elefantes, y pertrechos en mayor número del que se había dicho. Después, cuando los vieron mucho más inferiores de lo que creían, tomaron tanto ánimo, que en pocas escaramuzas acabaron la guerra. Es de ponderar, cuánto conviene la valentía en los soldados; pues solos tres mil Aragoneses, y Catalanes, defendieron el Imperio de Grecia, y conquistaron los Ducados de Atenas, y de Neopatria, títulos que aún hoy adornan la Corona de Aragón. Y en nuestros tiempos poquísimos Españoles ejecutaron la sobrehumana hazaña del esguazo de Cirquicea, y rompieron un grueso ejército en Ambers. No es justo ignore el General, ser perniciosísimo el perder ocasión en la guerra; como al opósito sabiéndola escoger, se reparan notables daños. Hízolo así Timoleón contra los Cartagineses, en la rota que les dio junto al río Cremeso en Sicilia; y el Duque de Guisa en la batalla de Dreux, que con poca gente quitó al Príncipe de Condé la vitoria, y le prendió. El cuerdo, no debe fiar en las primeras lisonjas de la fortuna, pues como instable suele en los casos desesperados dar vuelta, y en un momento levantar al caído. Esto se vio suceder en el conflicto que tuvieron los dos hermanos Artajerjes, y Ciro el menor, donde el vitorioso fue muerto y vencido. No es loable la blandura en el caudillo, y menos la remisión en castigar en la milicia a los delitos. La severidad de Domicio Córbuló volvió a renovar la antigua disciplina, y el valor en los Romanos, en tiempo que por los vicios y descuidos de sus Emperadores habían descaecido notablemente. Así por las hazañas deste varón, se mantuvo la reputación y autoridad de aquel Imperio, con terror de sus enemigos. Jamás convino hacer guerra a quien no tiene que perder, por ser el provecho ninguno, y certísimo el daño, como lo probó Carlos Duque de Borboña, contra los Suiceros. Algunos encumbran con velocidad lo que derriba la falta de otros, con su sagacidad, con su esfuerzo. La industria y valor de Lucio Marcio restauró en España las pérdidas que tuvo su República con la muerte de los Cipiones. Importa mucho al imperante, poseer certeza, y seguridad del amor que le tienen los soldados, para entrar con doblada confianza en los combates y empresas dificultosas. Movido desto Germánico, cuando quiso dar la batalla a Arminio, procuró inquirir el ánimo con que se hallaba su ejército. Sabía ser costumbre de Tribunos y Centuriones, referir lo que da gusto, y no lo que entienden. Conocía por de baja condición a los Libertos, y por aduladores a los amigos; por eso determinando a hacer por sí semejante descubrimiento,



se disfrazó, y con sólo un compañero anduvo asechando por las tiendas lo que decían los soldados. Oyó al fin, que estando a la mesa cenando (tiempo cuando se suelen abrir los pechos y decir verdades) éstos le alababan de liberal, aquéllos de valeroso, otros de magnánimo, y que todos conformaban en que debían poner las vidas por él. Incitado pues de tan buenas premisas, se apercibió para la batalla; y habiéndoles hecho el día siguiente un razonamiento, los llevó a pelear, y ganó una gran vitoria. No sucedió así a Lucio Papirio Cursor, por ser malquisto de sus gentes, pues se dejaron vencer de los Samnites, por ministrarle afrenta, y para con tan vil resolución desfogar el odio que le tenían. Y al contrario los de Julio César, habiendo sido rotos junto a Durazo, le pidieron el castigo con tanto sentimiento, que fue menester que el mismo los consolase. Toca, según antiguo precepto militar al Capitán prudente, disponer las cosas de la guerra al paso que conoce el valor, y la experiencia los enemigos. El Duque de Alba observó esta misma forma en muchas jornadas, arriesgándose en unas más que en otras. En ninguna parte son tan necesarios los ardidés y estratagemas, como en campaña, pues suelen ser la salvación de un ejército, como le sucedió a Aníbal con el de los Bueyes. La autoridad del que gobierna, es sobremanera importante para los peligros, que piden más pronto remedio. César con sola una palabra quietó un motín, obligando a los sediciosos a pedirle perdón. Alaban todos por cosa de grande aviso la diversión, siendo difícil de referir el número de sus beneficios. Agatocles con este medio libró a Sicilia de la guerra que le hacían los Cartagineses, y por este ejemplo Cipión Africano a Italia. No hay cosa tan abominable como las hechicerías, y el uso de los Nigrománticos, según doctrina de la sagrada Escritura, manifestándose en el fin que tuvo el Rey Saúl, sin olvidar esta advertencia Lucano en su Farsalia, con ser Gentil, y así indignas de todo buen General. Nunca los siniestros presagios dan temor al Capitán fuerte, antes se vale dellos, como lo hizo el Conde Fernán González, que estando acompañado de pocos, y a punto para dar batalla a gran multitud de Morisma, se abrió la tierra, y a vista de los dos ejércitos tragó uno de los del Conde, que vuelto para los suyos, dijo en alta voz: Nuestra es la vitoria Caballeros, pues no nos sufre la tierra; y cerrando, rompió los enemigos. Ornatos propios de una excelente cabeza, son la entereza y serenidad de rostro, puesto que en los mayores peligros da seguridad a los suyos, de que se hallan ejemplos sin número, y el mayor y no poco reciente, es el de nuestro gran Capitán, que habiéndosele quemado la pólvora estando peleando, dijo eran luminarias de la vitoria; y mostrando la espada; Con esta (prosiguió) hemos de acabar de vencer, y lo cumplió así.

En suma, para explicar bien la obligación y oficio de un General, no se puede traer a la memoria ejemplo tan admirable como el del Cónsul Catón Uticense. Habiendo este gran varón en los principios de su empleo tenido autoridad de mandar a una legión, juzgó ser cosa baja y humilde mostrarse sólo virtuoso, atento era su persona no más que la de un hombre; y al contrario, magnífica y real, hacer se volviesen sus semejantes todos los que se hallaban a su orden. Ni con el temor de su autoridad quitaba a otros la esperanza de poder conseguir tal intento; antes para este fin daba la mano a todos. Ayudábalos, instruíalos con razones, y amaestramientos, ya remunerando méritos, ya castigando culpas. De modo, que fácilmente no se pudiera discernir, si con su disciplina salían los soldados más pacíficos que belicosos; más valientes que justos. Tanto (llegada la ocasión) se mostraban con los enemigos terribles, y feroces; y tanto con los amigos amorosos y agradables: tímidos al mal obrar; audaces al adquirir honra. La milicia de

Pompeyo, es digna también de ser imitada de todo gran Capitán, por la templanza de su vida, ciencia en las armas, elocuencia en el decir, y fe en las palabras: por la facilidad con que se dejaba tratar; por el refugio admirable que en él hallaba cualquiera. Fue liberalísimo en distribuir entre los suyos las riquezas y despojos ganados; sin retener jamás para sí de tantas ciudades como tomó, más que lo necesario para el sustento. Amonestaba a los Capitanes, no quisiesen sacar de sus cargos y gobiernos, sino sólo las preseas de honor y gloria: virtudes que imitadas de quien desea aciertos en la milicia, sacará dellas eternas alabanzas de prudencia y valor.

Finalmente, se puede llamar del todo inconsiderado, y bien ignorante de las acciones humanas, quien ligeramente, sin relevante, y necesaria ocasión (como la tiene el provocado a defenderse de ajenas injurias) emprenderá el piélagos de dificultades, que contiene una peligrosa guerra. Manifiesta es a todos ya la incertidumbre de sus progresos; y que un Príncipe cuantas veces sale a combatir, tantas pone en riesgo, estado y reputación. Las más graves, y largas dolencias comienzan poco a poco, después creciendo vienen a establecerse de forma, que el enfermo cuantas veces trata de recobrar la perdida salud, tantas pone en combate su vida. En igual condición, es cierto se hallan las cosas de los Príncipes, pues según reciben bueno, o mal principio, mala, o buena voz, arrastran tras sí todo el resto, sin dejar más esperanza que la pendiente de la inconstante fortuna; o lo más cierto de la celeste voluntad. Por eso es justo, no confunda y atierre la ambición del dominar, las razones divinas y humanas; sino que sobre todo, sea grandemente justificada la guerra que se intimare a quien no fuere común enemigo, y se opusiere a la religión Católica, y verdadero culto de Dios. Ya que sólo por él, no por la majestad del mayor imperio, es loable sufrir con fuerte ánimo calor, frío, hambre, ser, trabajos, peligros, y todo cuanto de incomodidad trae consigo el ejercicio de las armas. Sobre todo no aspire el de pocas fuerzas a temeridades, ni dé mientras está enflaquecido ocasión a que se le atrevan. Primero conviene engruesecer y fortificar bien el tronco para poder sustentar los ramos, regla que siguió felizmente Roma. No lo hicieron así Atenienses y Espartanos, que con pocas fuerzas, y débiles fundamentos de tronco, quisieron abrazar, y dominar gruesos ramos de ciudades, y provincias, ocasión de quedar oprimas a un pequeño soplo de rebelión.

#### VARIEDAD DECIMASEXTA.

ESTA apuntar ahora brevemente (antes de venir a las particulares obligaciones del soldado) cuál deba ser la elección de la gente militar; punto de pocos tratado, ni menos importante de cuantos hasta aquí se propusieron. Consistiendo la principal fortaleza de un ejército, en la verdadera y constante benevolencia de los soldados con el Príncipe cuyas banderas siguen; hallarla es casi imposible, salvo en los súbditos naturales, como partícipes del bien y el mal, que al señor y a la patria se siguiere. Por tanto si consideráremos con diligencia las causas de quien nació la total ruina del Romano dominio, se verá haber emanado de los modos usados y tenidos por más eficaces de los Emperadores, para su conservación y seguridad. Los ejércitos extranjeros, que Augusto (por comenzar de aquí) constituyó tan cerca de la Metrópoli, y confines del Estado,

destruyeron a muchos de los sucesores, y el imperio mismo, que tal vez como en público pregón, fue expuesto al que más ofrecía. Es cierto ser la intención de cuantos militan fuera de su patria, sólo mejorar de fortuna, enriqueciendo aunque sea con destrozo y asolación de cuanto se les pone delante. Así, no es poco peligroso el guerrear de forasteros en la propia tierra, pues se vio quedar oprimidas muchas por este camino. Los Alemanes, llamados en socorro de los Secuanos contra los de Autun, los constriñeron a darles la mitad de las tierras, y tras discurso de años compelieron a todos los originarios del país a desampararle, ocupando la mayor parte de la Gaula.

Las armas con que los señores defienden sus Estados, o son propias, o estrañas; atraídas con sueldo, o enviadas por Potentado amigo, o mezcladas unas con otras. Los que afirman ser necesario a la prosperidad, y conservación de una bien gobernada República, el no servirse de estrañeros, presuponen ser sólo a propósito su favor para ocasionar daños, y pérdidas. Por eso concluyen, no poder fundar, establecer, ni conservar Príncipe alguno la seguridad de su distrito sobre fuerzas forasteras, por no unirse, ni conformarse jamás, sino por su propia utilidad, y menoscabo de quien se vale dellas. También faltando la fidelidad y el amor (como por la mayor parte en las mismas sucede) ¿qué felices progresos se podrán esperar en las facciones que intervinieren? Dejo aparte la falta de obediencia, de temor y respeto a Dios; de la fe para con los hombres, circunstancias y defetos, que los hacen insolentes y bravos entre amigos, mas entre enemigos viles, y pusilánimes. No les queda más esperanza que de sacos, robos, incendios. Halláanse lejísimos de arriesgar con voluntad la vida por quien los llamó, por quien los conduce y paga. Al fin, como mercenarios y no sujetos, antes desean su opresión que su grandeza. Experimentó más veces la mísera Italia, cuánto daño resulta de su aparente beneficio. En particular, cuando Carlo Octavo la corrió, y atravesó toda sin obstáculo, ni resistencia de los presidios de estraños, puestos para su defensión. Llamados los caudillos a su alojamiento, con facilidad se acomodaban con él, volvían al punto casaca, y tiraban sin otra consideración sueldo suyo. Demás, o son los Capitanes forasteros estipendiados, excelentes en valor, o no. Si lo primero, debe el Príncipe fiarse dellos poco, y temerlos mucho; por lo que procuran siempre buscar su aumento, y utilidad, aunque sea con daño y ruina del a quien sirven. Y al contrario, si fueren inexpertos, inútiles, y de oscuro nombre, ¿qué provecho se puede sacar de entretenerlos? Vuélvense perniciosas las armas auxiliares, cuando algún poderoso, instado, corre con sus fuerzas en ayuda, y defensa de otro. Tal suerte de milicia (dicen los Estadistas) puede ser útil, y buena, mas sólo para sí, no para el de quien es llamada, y recibida. Siente por lo menos el interesado el padecer de su tierra, el empobrecer de los súbditos. Si pierde, queda deshecho y disipado; si vence, reconócese obligadísimo, y casi prisionero.

Igual socorro es más de temer, que el de las fuerzas asoldadas; pues por lo menos en éste obedecen al Capitán, cuya paga llevan. Mas en el otro, esto es, cuando se recibe un ejército, unido y acostumbrado a obedecer al General que le conduce, cesa toda esperanza de buen acontecimiento. Sin duda puede esperar inevitable y pronta destrucción quien abre la puerta de su casa al más fuerte, al más prevenido. Debe pues el Príncipe sabio, juzgar por expediente más oportuno el de otro cualquier partido, que el de tener en sus aprietos recurso a tales gentes. Tanto más, que si examina las cosas pasadas, y presentes, conocerá, que por uno a quien haya sucedido bien el valerse de armas estrañeras, mil se

han hallado engañados miserablemente, viendo su última perdición. Ninguna ambiciosa República, ni avaro Rey, puede desear más oportuna ocasión para ocupar Ciudad, o Provincia, que ser buscado para defenderla, y ayudarla con su ejército. ¿Quién duda se olvida hoy, para conseguir cuanto injustamente se desea; todo deber, todo cumplimiento de palabra; y se atropella cualquier inconveniente, profanando las leyes divinas, y humanas, derramando sangre ajena, o propia, perdiendo, o quitando vidas? Con tales medios, edades atrás, se hicieron señores de Italia los Erulos, Godos, y Longobardos; los Ingleses de la gran Bretaña, los Escoceses de Escocia, habiendo echado los Britanos, y los Pitios, de quien fueron llamados en socorro. Los Turcos ocuparon también por este camino el Imperio de Oriente, y el Reino de Hungría. Lo mismo sucedió a Selín, Príncipe de la ciudad de Argel, y su distrito, con Cairadín cosario; pues valiéndose dél contra Españoles, quedó muerto a sus manos, alzándosele con el Estado; de quien se intituló Rey, dejándosele después a Ariadeno Barbarroja su hermano. El Saladino Capitán Tártaro, llamado del Califa, y de los moradores del Cairo, contra los Cristianos de Soria, conseguida la vitoria, mató al mismo Califa, haciéndose señor absoluto de su dominio. El ejemplo superior a todos, puede ser el origen del pérfido Mahoma, cuya narración conviene dilatar un poco para que se tenga mayor noticia.

Cuando los cuatro mil Árabes, que se hallaban en servicio del Emperador Heraclio, pidieron les fuese dada la vestidura militar, como a los otros soldados, un Eunuco, tesorero entonces, les respondió: no se debía dar a canes, lo reservado para la milicia Romana. Desdeñados por esto, se amotinaron, y con particular despecho conmovieron los otros de su nación. Con éstos juntándose Mahoma, los irritó con mayor exceso, confirmándolos en la rebelión. Una parte dellos en aquel incidente le señaló por su caudillo, según es costumbre en las sediciones elegir por cabezas los que toleran la muchedumbre en sus depravados consejos, y contumacia, contra la fidelidad debida a los superiores. Algunos despreciaban en él la vileza de su raza, y la pobreza de la precedente vida; puesto que en sus principios era trajinante, y conductor de Camellos; hasta que enriquecido después con el matrimonio de una viuda su ama, llegó a ser Capitán de soldados Árabes, entre las gentes del mismo Heraclio. Así por librarse deste común menosprecio, siendo fácil introducir cualquier novedad con el poblacho simple, usó de allí adelante en sus acciones pretexto de divinidad; no llamándose más caudillo, electo por militar favor; sino profeta, y mensajero de Dios, para que so color deste embeleco, le obedeciesen todos los hombres de mejor gana. Persuadióles, era enviado para endulzar la ley Mosaica, y Cristiana, demasiado rigurosas, con la publicación de preceptos más blandos. Deste modo estableció una secta perniciosísima; mezclada del Viejo, y Nuevo testamento, de quien pervirtió muchos pasos. Por eso los Fieles que contra él han escrito, le llaman, y con verdad le tienen por diabólico Mago, mentiroso, calumniador; que fue hijo de un Pagano, y de una Judía, ladrón cauteloso, idolatra de religión, pobre de fortuna, presuntuoso de ingenio, ignorante de letras, y célebre por maldades.

En suma, acompañado de Sergio Eubocara, Alí, y Zaide, se intituló Profeta de Dios, predicando públicamente, y se hizo grande, no sólo de palabras, sino también de fuerzas. Pregonaba, podía más con las gentes la espada que la razón, y así combatió a menudo contra sus adversarios. Cuéntanse veinte y nueve expediciones suyas, habiendo asistido a nueve en persona. Halló tan en su favor el infernal poder por los pecados de la

Cristiandad (dividida, y trabajada en aquella sazón de las herejías Arrianas, Nestorianas, y Maniqueas) que salió vitorioso de dezinove batallas, dadas en su vida. Por tanto viéndose ya bien fortificado con ocupar a Meca, junto con los lugares convecinos, y el resto de Arabia, escribió a los Príncipes de otras lenguas, como al Rey de Persia, al Emperador Romano, al Rey de Etiopía y otros, quisiesen recibir su ley voluntariamente. Tantas son las falsedades y blasfemias absurdas de los suyos, acerca deste monstruo, que tendré por cordura queden en silencio, porque no ofendan sus escándalos los Cristianos oídos. Basta decir, haber procedido tan grandes daños de una indignación estrangera y bárbara, mientras servía a señor de nación diferente.

Con esta consideración suelen los Príncipes poner en los Reinos de menos confianza presidios de sus más fieles súbditos. Igual cuidado no puede tener lugar cuando se llevan las armas a provincia forastera, donde es casi imposible abstenerse del ajeno poder, y servirse sólo de las propias fuerzas. Entonces no sólo importan los confederados en liga, sino el granjear los más remotos en amistad, para divertir y quitar al enemigo semejante socorro, con que le podría acumular doblada ocasión de enemistad y guerra. Mas esto se ha de entender, con no fiarse tanto de la muchedumbre advenediza, que se descuide en la prevención conveniente, para resistirla y superarla si fuere menester. Esta vigilancia requiere ser mayor con las naciones por su naturaleza inconstantes, y que sólo militan por su estipendio, sin vínculo de confederación, o liga.

Los batallones instituidos para defensa de la propia patria, es cierto serían utilísimos, si se atendiese con cuidado a su orden, amaestrando bien los comprendidos en el manejo de las armas, y en la rígida observancia de la milicia. En esta forma Francisco el Primero Rey de Francia, estableció siete legiones, de a seis mil infantes por legión, número señalado a la defensa del Reino, con que pretendía excluir la molestia y gasto de los Suiceros, por sus predecesores introducidos.

Toda República siguiendo igual estilo, se volverá venerable, y tremenda juntamente a los estraños; ni tendrá ocasión de temer sus empresas, y poderío. La exhortación, en ausencia del Príncipe, del que recibe la autoridad absoluta y suprema en el ejército, es apta para ganar los corazones, y estimularlos a grandes hazañas, bien que de naciones diferentes. Habiéndose (decía Aníbal platicando con los suyos) ordenado a todos necesariamente el morir, gran vileza sería rehusarlo un poco antes, si ocurre ocasión de fama inmortal. Principalmente cuando se ofrece por igual gloria lo que en todo caso se ha de dejar de allí a poco por pura necesidad, y de balde. ¿Quién no prefiere (oh amigos) la muerte gloriosa a una vergonzosa vida, manchada con el deseo de quererla conservar? Con estas palabras los llenaba de coraje y brío, los animaba y encendía al combate. Demás, fundaba tales recuerdos sobre la justa causa de tomar las armas, y sobre el tiempo, lugar, estado y condición de los enemigos, representándoles el bien que les había de resultar de la vitoria.

Entre todas las cosas que dan ánimo a los hombres de valor, para combatir egregiamente, tiene el primer lugar la justicia de la causa, sin quien jamás se debería guerrear, séase contra quien fuere. No debe cegar al caudillo de naciones mezcladas la prosperidad de algún buen suceso, para que confiado en la ventaja, le resulte della descuido, o flojedad. Antes entonces le convendrá estar más advertido y cuidadoso, recelándose por instantes

tanto de alguna novedad entre sus propias gentes, cuanto de la forzosa ofensa del enemigo. Aníbal tras la rota de Canas, envió luego a Cartago la nueva de la vitoria, y juntamente a pedir nuevo socorro para reforzar el ejército. Dio el aviso y la instancia mucho que pensar al Senado Cartaginés, cuanto a la resolución que debía tomar sobre uno y otro. Anón, anciano prudente, fue de parecer, se debiesen servir del vencimiento con moderación, haciendo paz con los Romanos, que hallándose perdidosos, la habrían acetado con más honestas condiciones que antes, y de más ventaja para la República. Alegaba, era peligroso, ponerse en riesgo con nueva batalla, cuya incertidumbre era justo diese que considerar y temer. Debían contentarse con haber mostrado el rostro al contrario, y haberle vencido, con que se excluía el engaño de toda arrogante esperanza. Este consejo reprobaban los Cartagineses; mas después, pasada la ocasión de abrazarle, le reconocieron por bonísimo.

Apenas (insisto en la misma consideración) había sometido casi todo el Oriente Alejandro, cuando la República de Tiro grande y poderosa, por hallarse sitiada en agua como Venecia, recelosa con la reputación de aquel Monarca, envió sus Embajadores a ofrecerle toda obediencia y sujeción, como él y los suyos no entrasen en su ciudad. Indignado el Macedón de que una sola presumiese cerrar las puertas, a quien se las tenía abiertas todo el mundo, los licenció sin acetar la oferta. Tras esto, enderezó el ejército a sus confines, y finalmente puso cerco a Tiro, que duró cuatro meses. Al cabo, pareciéndole escurecía sola una ciudad su gloria, por detenerse en ella más tiempo que en la conquista de otras muchas, deliberó concederles lo que antes habían pedido. Mas en tanto los Tirios, vueltos con la presente resistencia más audaces, no sólo dejaron de acetar semejante concierto, sino mataron los que habían ido a proponérsele. Con acción tan inhumana concitaron de tal suerte el ánimo del Emperador, que asaltada con impetuoso esfuerzo la ciudad, la tomó, y saqueó, pasando a cuchillo la mayor parte de los moradores, y haciendo esclavos a cuantos reservó el destrozó.

Desto se infiere, deber ser antepuesto siempre un honesto pacto y acuerdo a la continuación de la guerra; y más cuando su agente, es instrumento de varias cuerdas, de quien una destemplada, perece la armonía. Ni se debe jamás, por gran seguridad que se pueda tener de una vitoria, exponerse al peligro de la incertidumbre de las cosas humanas. El valeroso Aníbal llamado de los suyos mientras en Italia aún tenía entero su ejército, porque lo socorriese en el apretado sitio, en que Romanos los tenían, antes de llegar a batalla con ellos, los requirió de paz, conociendo, ponía su patria en perpetua servidumbre, si era vencido. Con esto enseñó este Capitán a cualquier otro menor en experiencia y virtud, no deberse rehusar las honestas condiciones que se proponen para establecer pacífica quietud. Los hombres que por falta deste conocimiento caen en manifiesto error, descubren cuán mal saben poner término a la vanidad de sus esperanzas, y cuán mal rastrean la ruina que tiene, y oculta la presunción de su soberbia. Demás, es cosa clarísima (como arriba se tocó) ser el demasiado desprecio que se hace del enemigo, un pretender reducirle a punto desesperado; un animarle, y volverle intrépido para ejecutar las más arduas, difíciles, y peligrosas empresas. La desesperación (dijo Tiberiano) es la última, pero la más invencible, y poderosa torre que se pueda expugnar. Prodigioso caso, sobrehumana proeza es a este propósito lo sucedido, y ejecutado por don Lope de Figueroa en Flandres, referido de un Moderno casi con estas palabras: Siguiendo

a Ludovico con los suyos, se metió tan adentro, que cuando quiso, no pudo retirarse. El enemigo por imposibilitalle más, abrió los valladares del camino, por donde entraba el agua, y en un momento les subió sobre los tobillos. No quisieron los Españoles morir vilmente, y acometieron trecientos a trece mil. Aterrorizó el increíble atrevimiento a los contrarios, y volvieron espaldas con tanta turbación, que ni la artillería, entrando por sus bocas, ni una ruciada de arcabuces derribó a más de dos soldados. Maravillosa confusión, atropellábanse unos a otros, echábanse en el río, finalmente de trece mil, escapó Ludovico a nado, por el buen bridón, y con él otros pocos. Murieron ocho mil; los demás quedaron presos, ganando los vencedores con ricos despojos gran crédito.

Mas ¿para qué canso? Llenas se ven las historias de tales ejemplos, donde por las mismas ocasiones, pequeños ejércitos quedaron vitoriosos de grandes; contra Ciro Tomiris; Alejandro contra Darío, César contra Pompeyo, Cipión contra Aníbal, Augusto contra Marco Antonio, y Sila contra Mitrídates, que todos eran inferiores de fuerzas a sus enemigos. Por tanto dijo admirablemente el buen Trajano, ser obras de hombres el promover la guerra, el formar copiosa unión de gentes, el ponerlas en orden, el dar batalla, y acciones semejantes; mas el conceder la vitoria, pertenecer sólo a Dios, aprovechando poco contra su ira las gruesas muchedumbres de armados. Así, podemos concluir, consiste el más seguro medio de no quedar perdidosos, no en confiarnos del todo en las fuerzas de nuestros ejércitos, sino en rogar a la Majestad divina con puro celo, enderece nuestros corazones, y consejos a buen fin. Por este camino, nos será fácil también, valernos moderadamente de la vitoria, acción propia de varón generoso. Sólo aquella se puede llamar verdadera (escribió Marco Aurelio a Popilión Capitán de los Partos) que trae consigo algún señalado efeto de piedad. Por eso el hombre riguroso y cruel, no se puede decir con razón vitorioso. Pero ¿qué mucho, si el alcanzar vencimiento, es cosa humana, y don divino, el saber usar de clemencia? Y advierte Cicerón, no se debe temeraria y cruelmente poner saco, y arruinar las ciudades, tomadas en la guerra, conviniendo al justo, y magnánimo vencedor castigar con particularidad los autores del exceso, y los más culpados en él, salvando la muchedumbre. Es loable ejecutar sólo cuanto pertenece a lo honesto, y mostrarse juntamente valeroso y humano. Conviene, se descubra áspero con los soberbios, blando con los afligidos, rígido con los pertinaces, placable con los humildes, acciones con que se volvieron admirables y dignos de toda veneración, Alejandro, Julio César, Cipión, Aníbal, Ciro, y otros muchos Capitanes.

Síguense las advertencias, que sirvan como de introducción paralos nuevos en la milicia. Ésta parece más obra de soldado, que de hombre de mi profesión; mas puesto que todas las objeciones tienen respuesta, valiéndome de la que en semejante propósito dijo un plático moderno, digo, se me puede fiar bien este discurso, parte por lo que noté andando entre escuadrones, sin que me impidiese el ministerio que ejercitaba; parte por el continuo trato y conversación entre expertos Capitanes de varias naciones. A la ponderación de semejantes progresos, se añade la lección de historias antiguas y modernas, que ministraron ayuda no pequeña para tener conocimiento de algunos particulares. Pero en nada desto confiado, quiero recorrer al discreto incógnito, que dice casi desta suerte.

Respeto de que entre las armas (hablaré siempre con los nobles que las han de profesar) no son bien vistos los hinchados, y arrogantes proceda el nuevo en este ejercicio, como cortés y afable; no escaso, sino liberal. No permita donde estuviere género de murmuración, y sobre todo estorbará la que se enderezare contra su General, y los otros cabos del ejército. Desvíe de sí los hombres de mala vida y fama; los negociadores, y bulliciosos, para que no le empeñen en lo que fuere indigno. Sea recatado en el hablar, y en la conversación honesto sin perjuicio de alguno. Guárdese de no motejar, porque es cosa de peligro, por la facilidad con que muchos se corren; demás de que en este hábito no se sufren burlas. Apártese de porfiados y revoltosos, por las muchas y grandes pesadumbres que a menudo causan. Si le sucediere alguna pendencia, que debe evitar cuanto fuere posible, resuélvase de meter mano a la espada, antes que afrontar a nadie por obra, o palabra; porque suele tener inquietos los hombres toda la vida. Deposite el secreto que se le fiare en su pecho para guardarle, como negocio sacro. Déjese ver de continuo a su General, y visite a menudo los cabos del ejército, a quien ha de respetar grandemente, advirtiendo, no se haga parcial en las diferencias que tuvieren. Sean sus camaradas soldados de opinión, y hombres de verdad; porque de su trato sacará grande fruto, como lo hizo Cipión de la compañía de Lelio. Su mesa (toca esto en particular a los oficiales) ha de ser más abundante que regalada, procurando se emplee en viandas ordinarias el gasto que se había de hacer en las exquisitas, dando a comer a muchos, con que andará bien acompañado, y será en las ocasiones mejor seguido. Débese usar la templanza, no sólo en los apetitos sensuales, mas también en moderar las pasiones del ánimo, que no es poco difícil. El exceso en el vino es sobremanera vituperable, indigno aun de ser nombrado. Crece la embriaguez con la edad, y es vicio, que arraigado, es sin remedio. Si alguna vez se pusiere a jugar sea por divertirse, y no con fin de ganar, y apenas pierda cuando pague, pero cuanto menos jugare será mejor. Escuse cuanto pudiere dar la palabra, mas la que prometiére, cúmplala presto, porque se mira mucho en este punto. El mentir y jurar es vileza. Sean sus acciones y ademanes viriles, y los atavíos de su persona más limpios y aseados que curiosos, y de olor. Las armas defensivas tales que le guarden la persona, y cuantas más piezas trujere, parecerá mejor. Las ofensivas, como picas, espadas, y otras, relucientes, y siempre a punto, preciándose de reverlas. Sea puntual en servir, y obediente en guardar las órdenes, advirtiendo de no excederlas por ningún caso; ni en adelantarse del que le guiare, pues podría perderse con poca reputación. Nunca pregunte, dónde vamos, ni a qué; porque el buen soldado debe seguir a su Capitán, sin ser curioso en tales preguntas, que son del todo impertinentes. En los rebatos que se tocaren, hállese apercebido: no se turbe, ni precipite, antes sosiegue el ánimo, para estar en sí, y acudir a lo que conviniere. Cuando fuere a pelear, vaya con lozanía y gallardo semblante, y en los peligros del conflicto muestre entereza y valor. Sucediendo alguna buena suerte, si la hubiere de contar, sea con modestia, honrando los que le acompañaron, porque los jatanciosos, soberbios, y fanfarrones, a los hombres son odiosos, y a las piedras pesados. En todas las ocasiones procure el servicio del Rey, con afecto de mucho amor. Si viniere a tener cargo, no le defraude la hacienda, ni consienta lo hagan otros; ni tampoco las pagas a lo soldados, de quien debe ser protector. Ame y favorezca la justicia, acordándose, hizo esta virtud a Trajano tan bienquisto, que siendo el primer Emperador extranjero que tuvo Roma, después de muerto fue llorado como padre. Aborrezca la crueldad, porque es defeto inhumano, y que denota cobardía en quien le tiene. Reprehenda los vicios, pero con modos blandos, de suerte que la corrección cause



emienda, y atraiga a su amistad la persona. En las posadas no sea molesto, ni sus criados insufribles, antes proceda con tan buen término, que todos le deseen por huésped. Muéstrese piadoso a los afligidos, misericordioso con los enfermos y necesitados, consolando a todos por obra, y de palabra. Con los rendidos, no sólo ha de ser clemente, pero aun apacible y bienhechor, ya que suele causar grandes beneficios; demás de ser de ruines ofender a quien ya está vencido. Sea continente tomando ejemplo en Tito, que siendo Emperador, y estando en la flor de su mocedad, se apartó de la conversación que tenía con la Reina Berenice, aunque la amaba ardentísimamente. Ha de mirar mucho por la honestidad y honra de las mujeres, así en el furor de las armas, como en los demás casos, por ser precisa obligación de caballero, volver por este sexo débil y sin fuerzas, incapaz de reprimir las injurias que reciben de hombres insolentes. A los Sacerdotes y Religiosos debe reverenciar con grande humildad, y defenderlos de todas vejaciones, teniendo mucha cuenta que no se toquen las cosas sagradas, ni se damnifiquen los bienes de la Iglesia; ni tampoco se haga violencia a los que se retrajeren a ellas. Tenga particular devoción con la Virgen sacratísima, pues por su intercesión y medio recibimos continuamente tantas mercedes. Sobre todo, ame y tema a Dios, y sea celoso observador de su santa Religión Católica. Con esto, cumpliendo lo que debe a fiel y devoto Cristiano, imitará los gloriosos caballeros, que siguiendo este ejercicio, merecieron nombre de santos, y de otros que por su mucha piedad fueron exaltados a la mayor dignidad temporal, como nos lo certifican el gran Teodosio, Carlo Magno, y el Emperador Rodulfo Primero, de quien deciden los serenísimos Príncipes de la casa de Austria.

El tiempo que le sobrare ocupe en leer libros que le hayan de aprovechar, particularmente en lo que profesa. Entendiendo la Geografía, tendrá noticia de diversas naciones, reinos y provincias; las comodidades que se sacan dellas; qué gente es belicosa; de cuál se componen nuestros ejércitos; la que acude a los enemigos, y para qué facciones es buena cada una. En esto se halla la diferencia, pues unas se señalan en las escaramuzas y asaltos, y otras al contrario, prueban mejor, peleando a pie quedo, como los Alemanes y Suiceros, que como poco ágiles, raras veces se emplean en otras cosas. Son importantes la Aritmética y Geometría para los escuadrones. No le será de menos consideración saber algunas lenguas estrañas, y en particular la Italiana y Francesa. También es útil mucho hallarse en conversaciones de soldados pláticos, y estar atento en los discursos que hicieren de cosas de la guerra, porque son de mucho provecho, como dice Tito Livio alabando a Filopomeno Capitán Griego con las palabras siguientes: Desde su mocedad se dio a éstos discursos, y a conocer la campaña, la ventaja de los puestos, y valerse dellos tan diestramente, que en cualquiera caso se hallaba apercebido, sin ser necesario tomar muchos pareceres.

No se halla en los mancebos reposado el entendimiento, la experiencia es poca, la presunción mucha, el calor grande, los pensamientos elevados; los caimientos, o impulsos de la naturaleza infinitos, con que apenas es posible tener la debida gravedad. Advérteseles por eso, frecuenten las escuelas, vayan a ver el mundo, entiendan las costumbres y gobiernos, aprendan diversos lenguajes, según los ejércitos y las Cortes, y se fatiguen en saber cuanto reconocieren faltarles. Los maestros muertos, esto es los libros, le representarán estrañísimos acaecimientos, y a costa ajena oviará los inconvenientes, aprovechándose de documentos sanos. No son de menospreciar estos

avisos, y más de quien sin rastro de luz alguna entra a sulcar piélago de tantos peligros. Tanto más que no vimos hasta ahora hayan hecho los Capitanes que suben sin estas noticias a tales grados, las proezas de otros que comenzaron con ellas. Los antiguos insinúan, dieron los más estimados antes prueba de su virtud en cargos menores, y según la satisfacción que se tenía dellos, los iban promoviendo, que es lo más seguro para no poner las cosas en riesgo.

No muestre descuido en notar cómo sale un tercio de infantería de su cuartel; de la manera que cada oficial mayor acude a lo que le toca; qué puesto toma en la plaza de armas; cómo se pone en escuadrón; el orden que guarda en marchar; y si es que se junta el ejército, dónde le incorporan, y la división que se hace de todo el campo, en vanguardia, batalla y retroguardia. En qué puesto se lleva la artillería y las municiones, dónde las vituallas, y el bagaje. En cuántas tropas se reparte la caballería por sus géneros, arcabuceros, lanzas y corazas, y en qué forma camina: porque no es siempre de una; pues en tierra montuosa, y de bosques se guarda y cubre de Infantería, y en la campaña se le da la vanguardia, y los lados del ejército. Reconozca dónde va el Generalísimo, y los demás cargos, y lo que a cada uno en el suyo pertenece. De qué naciones está compuesto el ejército. Si viven conformes entre sí, y las armas que son más propias y fáciles de manejar a cada una. Repare en qué forma se administra la justicia a todos, y cómo se cumplen los bandos. Inquiera las relaciones de los que fueren a reconocer y tomar lengua, y aun siendo posible, lo que avisan las espías; y cómo se examinan, discerniendo las dobles y falsas de las fieles. Hállese a las preguntas que se hacen a los prisioneros enemigos, soldados, labradores y ciudadanos, y lo que responden. Asimismo pondere lo que dicen los que se vienen a rendir, y en qué discrepan los unos de los otros. Lo que advierten los ingenieros en las cartas Geográficas que todos los días fueren haciendo, para conocimiento de las provincias donde se campea. Note cómo se mueve aquella máquina de tantos pies, aquella República ambulatoria. De qué manera atraviesa los bosques, montes y valles, los pantanos, y otras angosturas, y el concierto con que se torna a juntar. Cómo pasa los ríos caudalosos, y los menores, y qué prevenciones se llevan, o tenían hechas para puente fijo, o sobre barcas; y con qué seguridad, y si es que ha de pasar en pontones y fragatas; y al opósito hay quien lo defienda. Mire con qué estratagemas se divierte el enemigo, dónde hace noche el campo, considerando la fortaleza del cuartel, y su comodidad de agua, leña y forraje. Para enterarse mejor, acompáñese con hombres peritos, que le adviertan y digan, por qué razón se hace cada cosa. Sobre todo tenga mucha cuenta, cómo se dan las órdenes en escrito, y de palabra: a qué tiempos, y por cuántas manos pasan antes de llegar a la ejecución. De qué suerte se hace el alojamiento a todos los miembros del ejército: cuál es la plaza de armas; cómo se reparten las guardias, y cuándo entran distintamente las de la Infantería, y de la caballería: dónde se ponen las postas de uno y otro género, dobles y sencillas, y las centinelas perdidas; cuándo se mudan, y a qué horas se hacen las rondas, y por quién, dentro de los cuarteles, y en el ámbito del campo: a qué tiempo se recogen las centinelas después de amanecido, y las que se dejaren de día, y en cuánta distancia de los cuerpos de guardia. Repare si se ha de marchar, en qué forma se levanta el ejército, y finalmente, si encuentra el del enemigo, en qué figura se representa el uno al otro: cuál tiene mejor orden, y se muestra más atrevido, cómo asientan los Reales, y en qué sitio: qué ventajas y eminencias ocupan, para poner la artillería, y cuál hace más daño: de dónde se proveen de

bastimentos, de forraje, y todo lo necesario: a qué riesgo, y con qué escolta se asegura; qué emboscadas y asechanzas se arman el uno al otro; la destreza con que se traban las escaramuzas, y la sagacidad que se usa en despartirlas; qué determinación toman los Generales, y los accidentes que se fueren ofreciendo hasta la última resolución; con el suceso y fin que tuvo la jornada, advirtiendo las astucias, ardidés, descuidos, y faltas que cada ejército hizo.

Si se fuere a sitiar alguna plaza, note cómo se acuartela, en qué modo guarda las avenidas del lugar, y de la campaña; qué pasos y puestos se fortifican para su seguridad, y estorbar el socorro; en qué parte se tiene la artillería, municiones y materiales, que se han de emplear en la expugnación: por dónde se comienzan las trincheas para arrimarse: si son no muy largas, harto anchas y hondas, cubiertas de buenos recodos para traveses y retiradas: cómo se guarnecen de gente: qué fortificaciones tienen los enemigos en la campaña, y con qué brío se defienden: de qué manera se plantan las baterías, y todas las demás faenas de minas, contraminas, hornillos, cortaduras, salidas, asaltos, y otras ofensas que fueren haciendo hasta que se acabe de ganar. Sucediendo que el ejército sea forzado a levantarse por oposición del de el enemigo, atienda al concierto, y orden con que se retira, que es lo más difícil, y peligroso de cuanto se ofrece en la guerra. Si se fuere a socorrer alguna plaza sitiada, mire todo lo que se hiciere, tanto en llegarse, como en las diversiones, inquietudes, y encamisadas que se dan al adversario, para forzarle a que se levante; o abrir camino para meter el socorro, y en todas las demás cosas que sucedieren, que por ser tan varias, y accidentales no se pueden prevenir, ni poner en escrito.

Bastantemente se ha tratado hasta ahora de la guerra, y de sus circunstancias más esenciales, si alguno se le inclinare, aquí hallará epilogado parte de lo mucho esparcido en otros volúmenes.

Tiempo es ya de retirarse a más caseros asuntos, y más seguidos en general. El principal viene a ser el matrimonio, materia no poco importante, si se mira el número de quejosos, y malcontentos en tal estado. Es grande perfección (escribe Séneca) no procure conseguir un hombre más que sola una cosa; bien que ninguno, excepto el sabio, puede ser uno, siendo todos los demás de diversas formas. ¿Quién no conoce de cuánta inquietud se halle ceñido el entendimiento humano, de qué ligereza sea por todas partes conmovido, y de qué ambición, y deseo estimulado, para abrazar a un tiempo muchas, y varias cosas? Por eso si con diligencia notamos, hallaremos haber desde el principio hecho la divina Sabiduría distinción de estados, y maneras de vivir, ordenando entre los hombres, fuesen los dos primeros hijos de Adán, uno labrador de terreno, y otro pastor de ganado. Después en los siguientes siglos ha siempre la misma providencia ordenado, acuda todo mortal en todas las acciones de su vida a mirar su vocación. Ésta se debe tener como regla perpetua, señalada por la suprema Majestad, a quien conviene enderezar el fin de todas nuestras intenciones. Ni es justo se olvide jamás resplandecerá, y será preciosa delante el divino trono cualquier obra, si la hiciéremos con fe, sirviendo a nuestro llamamiento, y dando a Dios gloria por el estado y condición en que fue servido ponernos. Pues tras haber criado Dios al hombre con su omnipotencia y bondad, para hacerle partícipe de su gloria, y para que dominase la tierra, el mar, y todas las demás

cosas, contenidas en tales elementos, le dio incontinentemente a la mujer por su fiel compañera, por amorosa ayuda en su vida, y por conservación de su sexo, instituyendo y consagrando entonces el matrimonio.

Si con la vista corporal, dijo Platón, pudiésemos ponderar la belleza que tiene en sí la honestidad, sin duda le cobraríamos particular afición, mas siendo imposible verla sino con los ojos del espíritu; con ellos será fácil contemplarla todas las veces que consideráremos el decente fundamento y correspondencia recíproca de semejante ayuntamiento. Por tanto, si detuviéremos la atención sobre su mérito y calidad, reconoceremos cuán cabal sea en todas sus partes. Es cierto, no hallarse sobre la tierra cosa más decorada, ni de mayor hermosura que este santo vínculo, salvo la continencia y estado virginal, de quien debemos entender, ser mucho más grato a Dios, y más excelente.

Habiéndonos producido la naturaleza para vivir en compañía, y no en soledad, como los brutos, es casi necesario, dice Aristóteles, sea el que vive en los yermos, o más que hombre, o casi bestia. La compañía es reducción y conveniencia de muchos en uno, para procurar la adquisición de algún bien, útil, deleitoso y honesto, o para evitar y huir algún mal. Toda comunidad porque la mira en la conservación de Monarquías, Reinos, y Repúblicas. Mas puesto que un todo no se puede conocer, sino examinando primero sus partes, como dicen los Filósofos, convendrá mucho a la causa de nuestra reducción, seamos principalmente instructos en el consorcio conyugal, que es el origen y fundamento de todas compañías. Este viene a ser, sólo una comunión de vida de marido y mujer, que se extiende hasta todas las partes pertenecientes a su casa, de quien convendrá discurrir más abajo.

El origen y antigüedad desta unión, llamada matrimonio, es sobremanera memorable, habiendo tenido a Dios por autor. Apenas hubo este Señor poderoso criado el primer hombre, cuando determinó darle la mujer, como su conveniente socorro. Y si bien se repara, mejor está, que el Médico más en su ciencia admirable; en vez de simples y compuestos con suave dulzura, y atractiva belleza, restaura el perdido vigor, y vuelve (excluida toda molestia) los más turbulentos ánimos tranquilos, restituyendo los más lánguidos miembros, y descaecidas fuerzas a su natural gallardía, y primer temperamento. Habiendo pues, establecido Dios esta junta, la puso al instante en ejecución, instituyendo este divino Sacramento, para la universal producción del género humano, y para la legítima propagación de la naturaleza.

Varias opiniones hubo antiguamente en pro y en contra del matrimonio. Afirmaban algunas, se debía apetecer y abrazar: otras evitar y huir. Quien se mostró entre Filósofos su más particular enemigo, fue Pitágoras, cuyo aborrecimiento puede bien certificar cuanto dejó escrito en este propósito. Así, convidado una vez a las bodas de cierto su amigo, se escusó con decir, jamás le había venido gana de ir a semejantes congresos, ni de intervenir en tales mortuorios, juzgando, fuese el desposar una mujer, entregarse al ataúd, o comenzar a tomar la sábana para entrar en la sepultura. Otros muchos antiguos siguieron este parecer, corroborándole con razones, si bien más de apariencia que de conclusión. Algunos manifestaron más el odio que le tenían con semejante proposición, y

congruencia. Habiendo (decían) la naturaleza producido su contrario a todos los animales, no quiso quedase reservado del suyo el hombre, a quien se hallan todas las cosas sujetas, y así le dio la mujer, cuya malicia es mortal enemiga de la razón humana.

Secundo, asimismo seguidor desta secta, preguntado qué cosa fuese la mujer, respondió, Contrariedad del marido. Afirmaban también, ser ésta de tal calidad, que si bien hubiese cohabitado treinta años con su consorte, al cabo descubriría nuevas fantasías, antojos, y diferentes modos de vivir. Proponían, haberse mostrado la naturaleza más rígida madrastra con los hombres que con los animales. Fundábanlo en tener éstos instinto para huir sus contrarios; no así aquellos que naturalmente buscan y quieren a quien es su enemigo. Así encarecían por suma miseria, fuese la carne, con ser tan flaca y débil, tan suficiente y poderosa a violentar un corazón libre, induciéndole las más veces a seguir lo que le daña, y a estimar lo por quien viene a ser despreciado y escarnecido; comunes hazañas de mujeres contra hombres.

Tales, uno de los sabios de Grecia, queriendo mostrar, cuán grande inconveniente era al varón casarse, preguntado, cómo hallándose en la flor de sus años, no recibía esposa, respondió, Aún no es tiempo; y llegado a edad madura, satisfizo con decir, Ya pasó. Deseando Mario saber de Metelo su igual, la causa porque no quería recibir por mujer a su hija, hermosa de cuerpo, de habla elocuente, de linaje noble, de dote rica, ornada de buena opinión, se la sinificó, con decir: Conozco ser verdad todo eso; mas juzgo por mejor ser mío que de tu hija. Alegan más en su favor los desta parcialidad; que si bien el nombre de marido, es dulce y honroso, considerado como se debe, se halla ceñido de insufribles pesos, siendo fuerza asistan muchas espinas entre las escasas rosas del matrimonio. ¿Quién podría (dicen) tolerar con paciencia las obligaciones del consorcio, el cuidado de los hijos, la penuria que tal vez se padece en la casa, la imperfección de los criados, y sobre todo, la insolencia y arrogancia de sexo tan mal contentadizo y novelero? ¿Quién puede poner límite a sus galas, a sus pompas, a sus desvanecimientos, a sus insaciables apetitos? En nave y mujer siempre falta qué hacer, dice el adagio antiguo. La riqueza da cuidado, la pobreza melancolía, el navegar temor, el caminar cansancio, y estos trabajos están divididos en muchos, sólo en los casados concurren todos. Andan siempre imaginativos, melancólicos, fatigados, y de ordinario temerosos de lo que les puede suceder por malicia, o mala inclinación de sus compañeras.

Al consultar cuál casamiento convenga, brotan dudas de una y otra parte. Si se recibe mujer pobre, abundan discordias y desprecios. Si rica, quiere supeditar, quiere ser señora. En la hermosura hay grandes peligros, el más fuerte castillo es difícil de guardar, no obstante le ciñan vigilantes centinelas. Fuera de que es dudosa la vitoria a quien es forzoso combatir solo contra muchos. El ornato hace a la esposa soberbia, la hermosura sospechosa, la fealdad aborrecible. ¿Puedese hallar, dice Plutarco, fecha más veloz que la lengua de mujer desenfrenada, o más penetradora que sus ultrajes? ¿Hay cosa más temeraria que su atrevimiento, más execrable que su malicia, más peligrosa que su furor? Enriquecen también los maldicientes sus razones, con introducir mil ejemplos de las infelicidades causadas por ellas, recogiéndolas de varias historias. Con ser tan común, no olvidan la precipitosa caída del primer hombre, por quien se abrió camino al pecado, y a la muerte, dando resbaladizo ingreso a todas las calamidades y miserias humanas.

Recuerdan, haber entregado Dalida a Sansón. Que Salomón salió de sí por sus concubinas, que Acáz fue destruido por Jezabel; que se mató Marco Antonio por Cleopatra; que Troya se abrasó por Elena, y España se perdió por la Cava. Ponen delante la Pandora de Hesíodo, la piadosa muerte de Hércules por Deyanira, y otros muchos infelices sucesos, por su respeto causados. Ni olvidan aquel dicho de Hipónates, esto es, no poderse esperar de un casamiento sino dos buenos días, el uno cuando se recibe mujer; el otro cuando se acompaña a la sepultura. Llamán a la festividad de las bodas principio de muchos males. Publican, no haber estado, donde la fortuna se muestre más varia, y menos fiel en lo que promete, cuanto en el matrimonio, puesto que apenas se concierta, o contrae uno, en que no se mezcle engaño, bastante a dejar quejoso al hombre. Dicen, ser la mujer para el marido un mal necesario, pero inmortal, según Filemón. Hacen ostentación con lo que respondió un Romano a ciertos sus familiares que le representaban grande ocasión de juzgarse contento y feliz, por tener mujer hermosa, rica y noble, cuando mostrándoles un pie, les dijo: Amigos, este zapato es nuevo, vistoso y bien hecho, por lo que juzgaréis todos, me viene pintado al pie, ignorando en qué parte dél me cause dolor. Proponen lo que dijo Alfonso Rey de Aragón, convenir para un perfecto y concorde matrimonio, fuese el marido sordo, y la mujer ciega; porque el uno no oyese el ruido de la otra, ni ésta viese los defectos de aquél. El que se fiere de mujer (nota Hesíodo) se hallará tan seguro, como quien se asiere de las hojas de un árbol por Otoño, tiempo en que comienzan a caer. Sabio es (le dijeron a un padre) vuestro hijo en tomar mujer. Antes, respondió, si lo fuera, no la tomara. Grandes según esta prontitud debieron ser las borrascas padecidas con su madre por el viejo escarmentado.

Esto alegan los contrarios al casamiento, mas todo se puede rechazar fácilmente. Es semejante contrato santo y bueno, por su autor, por su origen, y por el lugar donde fue instituido en el estado de inocencia. Sábese, quiso el divino Verbo honrar con su presencia el convite nupcial, ilustrándolo con el primer milagro que hizo en el mundo. Pregunto, ¿qué se puede hallar tan santo, como lo que el Santo de los santos, Padre y Criador de todo, estableció, honró, y consagró con su presencia? Más ¿cuál mayor equidad podemos hacer, que dejar a nuestros sucesores lo que tenemos de nuestros antepasados? Nosotros venimos al mundo por unión conyugal, y por la misma debemos dejar otros, para continuar la generación de nuestros predecesores. Grande inconsideración sería, querer huir como cosa profana lo que Dios ha tenido por consagrado; por malo lo que él ha reputado por bueno. ¿Hallarse aseveración tan inhumana, como la que reprobare el origen de la humanidad, ni más ingrata, que el denegar a los venideros lo que recibimos de los pasados? Crió Dios a la mujer, no del limo de la tierra, como al hombre, sino de sus mismos huesos, para demostrar, no podría tener cosa que le fuese más adherente, o más conjunta. Manifestolo también, con declarar, no era bien viviese el hombre solo; casi infiriendo, habría sido su vida miserable y penosa, si no le hubiese dado este noble asunto de perfecciones, este fiel alivio de sus infortunios. ¿Acaso tendremos tanta osadía, que presumamos conocer mejor nuestra necesidad, que quien nos formó, y entiende nuestra vida, antes de salir de las entrañas maternas? ¿Hállase cosa tan justa, como la piedad debida a quien nos engendró? pues a ésa ha sido preferida la conyugal fidelidad, para ser guardada y conservada hasta el último suspiro. También el Espíritu de Dios hablando por su Profeta en honra del matrimonio, le llama imagen y representación de la unidad santa y sagrada que tiene con

la Iglesia. Nótese, si puede quedar más exaltada su dignidad. Lo que comenzó Dios, acaba sólo la muerte. No haya hombre que rompa lo que Dios fortificó. ¡Oh cuán grande prerrogativa y preeminencia es la del matrimonio! Por eso ha sido continuado por todos los grados de las edades pasadas hasta la presente, y recibido y aprobado de todas las naciones. La gente más inculta, y lejana de toda policía, hace convites nupciales, y en las bodas, solenes fiestas y alegrías. ¿Quién defendería las Repúblicas sin armas? o éstas ¿quién las pusiera en uso, si los hombres faltarán, si por la generación no se renovase lo que recibe necesariamente fin por la muerte? ¿Cómo se pudiera continuar el humano linaje? Las leyes de los Romanos (ejemplares de virtud a todas naciones) castigaban rigurosamente los que rehusaban casarse, prohibiéndoles las públicas dignidades, y privándolos de las ya conseguidas. Y para incitarlos más al matrimonio, concedían varios privilegios, a quien tuviese hijos, y más aventajados a los que se hallasen con mayor número. En tiempo de César Augusto, siendo Censor, interponiendo su autoridad, procedió contra un caballero Romano, que oponiéndose a la ley, no se quería casar. Y sin falta fuera castigado, si no probara haber sido padre de tres hijos. El mismo Augusto, ya conseguido el Imperio, deseó extinguir la detestable imprudencia de los súbditos, y forzarlos al casamiento, con quitar la imposición de los legados, y sucesiones caducas sobre los que no se casaban. Por este camino extirpó muchas sensualidades, adulterios y sodomías, y a un tiempo llenó a Roma de buenos Ciudadanos, hallándose casi desierta por las guerras civiles. ¿De donde nació, dice el Jurisconsulto Ulpiano, haber sido las dotes de las mujeres tan privilegiadas, sino de la utilidad que se sigue a las Repúblicas por los matrimonios? Quien tenía tres hijos entre Romanos, no podía ser compelido a ir a legación o embajada pública. Quien tenía cinco, era esento de cargo personal, quien trece, de todos cargos. En Florencia (como refiere Rafael de Volterra en su Filología) todo ciudadano que es padre de doce hijos, se halla franco de toda imposición, tributo y subsidio público. Si no hay cosa más feliz, ni dicha más deseable que la inmortalidad, cierto es la conseguimos con la propagación de la sangre, por continuación de especie. De aquí es, ser la mayor felicidad de hombre y mujer dejar progenie, pues con ella certifican y dan testimonio a la posteridad, de que tal vez estuvieron en el mundo, y dejaron señales de sus vidas.

Por las leyes de Licurgo fue establecido, se privase todo ciudadano que quisiese preferir el estado de continencia al conyugal, de concurrir a los juegos públicos, cosa entonces de grande ignominia. No será buen jardinero quien cultiva bien los árboles fructíferos, si no muestra solicitud y cuidado en plantar y sembrar otros nuevos, para poner en lugar de los que por sucesión de tiempo se envejecen y mueren. Así pues, ¿como juzgaremos buen ciudadano, ni amador de su República al que contentándose con los que de presente habitan su ciudad, menosprecia engendrar otros en matrimonio legítimo, para poner en lugar de los que fueren faltando?

Por otra parte es indecible el contento de que gozan marido y mujer viviendo juntos con amor y correspondiente conformidad. Dulce puerto en las borrascas de la vida viene a ser la consorte de buena inclinación, cuerda, prudente, capaz, con quien nos acompañamos, no sólo por benevolencia, sino por recíproca comunicación de los cuerpos. Si recibimos sumo deleite, cuando conferimos nuestras ocurrencias secretas con los amigos y familiares, ¿no le sentiremos sin comparación mayor en descubrir nuestro pensamiento a

la con quien hablamos tan seguramente como con nosotros mismos, a la que es partícipe de nuestras fortunas, así adversas como prósperas, y que tiene por cierto, ser suyo nuestro bien, o mal? Con los amigos nos hallamos solamente conjuntos por benevolencia de ánimo; mas con la mujer, por suprema caridad, por comición corporal, y confederación secreta, en todos los sucesos inseparable. Si el hombre abunda de bienes, la mujer los conserva fielmente, y a todo su poder los aumenta. Si es pobre, y perseguido de adversidades, le consuela. Si se halla opreso de enfermedad, o cualquier otro accidente, la mujer le sobrelleva, y quita el enfado que le causaría la soledad. Si hace jornada, va gustoso, por dejar en casa la persona de quien más se fía. Serale en la juventud amable compañía, y en la vejez alivio singular. Demás, con el casamiento se aumentan amigos y parientes, fortaleza inexpugnable en todas ocasiones. También se consiguen por iguales parentescos, firmes paces entre Monarquías y Príncipes, sosegándose por su medio infinitas querellas y disensiones. No es de olvidar el gozo superior que se sigue a los padres de mirar los hijos, de ver y contemplar sus naturales medallas, sus vivos trasuntos. Dóblase el contento con la consideración de que en siendo grandes, serán el gobierno de su casa, y el apoyo de su ancianidad.

¿Quién habrá pues, tan irracional, que condene el casamiento, si le exhortan las leyes divinas y humanas, si incita a seguirle la naturaleza, si le abrazan todas las naciones, y finalmente si nos compele a no desampararle la necesidad de perpetuar nuestra especie? Los argumentos alegados en contra, se absuelven sólo con decir, ser Étnicos los que más condenan el matrimonio; sabios en opinión de las gentes, mas sin luz de la Fe ignorantes y ciegos. Mayormente que no se hallará haberle menospreciado Sócrates, Platón, y los más excelentes de todos los Filósofos. Antes le honraron y encarecieron, habiendo sido casados la mayor parte.

Cuanto a los engaños hechos a los hombres por las mujeres, si bien parece fuerte su razón, no merece respuesta, pues toca al sexo de más perfección, más sagaces advertencias, y más astutas vigilancias. Ni hacen fuerza cien ejemplos, ni cien mil de infelicidades en tan grandioso número de dichosos, como habrá resultado del lazo matrimonial. Las mujeres son más mudables en querer, y más frágiles en consejo, y así no se debe poner en su vaso más de lo a que se estiende su capacidad. Ni es justo darles en rostro con las imperfecciones, si algunas se les conocieren, pues el hombre más cabal no se halla libre de todas. Desampara los límites de toda razón quien no las ama tiernamente, y el que las aborrece se publica falto de juicio, y se hace indigno de que le concibiesen, pariesen y criasen. Sin ellas ¿de qué servirían galas, regalos y riquezas? Fuentes son de placer, suavísimas guerreras, y caras, cuando más desdeñosas a los más afligidos amantes, cuya falta haría en el mundo, lo que el Sol en el Cielo.

Mas esto aparte, toquemos algo de las menudencias caseras, y de algunas costumbres antiguas observadas en el matrimonio; puesto que será forzoso causar con su novedad algún deleite. El gobierno de la familia llamaron los Griegos Economía; edificio que consiste en piedras vivas, partícipes de razón, y enderezadas al fin del bien y útil doméstico. Ante todas cosas (dice Aristóteles) es necesario juntar los que no pueden estar uno sin otro, como marido y mujer por la generación. Después quien ha de ejecutar las



órdenes del Señor, con las fuerzas del cuerpo, esto es, el criado y sujeto por naturaleza, siendo constituida la casa principalmente destas dos juntas.

Gran yerro cometió Platón, cuando imaginó establecer con mezcla de otras buenas leyes, y útiles estatutos, la comunidad de los bienes, mujeres y hijos entre los ciudadanos, sin que pudiesen tener cosa alguna de propio, y particular. Afirmaba, se movía con intento de excluir y desterrar de su ciudad estas dos palabras: Mío, y Tuyo, que a su parecer eran causa de todos los males y ruinas de las Repúblicas. Admira, ponderase tan poco los grandes inconvenientes que se habían de seguir, varón de tanta excelencia en sabiduría, de tan virtuosa bondad, tan insigne en elocuencia de palabras, y en persuasión de verdadera y docta Filosofía. Nicolao Antioqueno suscitó en la primitiva Iglesia el mismo error, y otros muchos pusieron esfuerzo en defender semejante abominación; bien que con sofísticas, y débiles razones. Decían principalmente, convenía introducir y mantener este dislate, por extirpar y extinguir de lo interior del alma los afectos humanos, que inclinan con más facilidad los hombres a las mujeres, hijos, y hacienda, que a otras cosas. Reinando pues (van suponiendo) tales pasiones entre ciudadanos, son a menudo ocasión de divertirlos de su deber para con la República, por quien viene a ser menos estable y firme.

Tras muchos argumentos y razones, que se ofrecen contra absurdo semejante (que recebido llenara el mundo de confusión y desorden, con pronta ruina del consorcio humano) es certísimo, ni se puede contradecir, que siendo la legítima división de los bienes, y la forma de los casamientos institución de Dios, ni pudiéndose mudar por consejo del hombre, se sigue ser inmutables uno y otro; y por el consiguiente ser derechamente contraria a la orden establecida por Dios la comunión de haciendas, hijos, y mujeres, y según esto reprobable. Gran contento y comodidad hallarían en este desatino los inútiles y perezosos (cantidad de que abunda toda provincia) pues a manera de zánganos, sólo servirían de consumir y devorar los frutos de la tierra, con daño indecible de los que pusiesen trabajo, y sudor en todo género de cultura. Mas ¿cuál mayor vergüenza y escándalo pudiera hallarse entre los hombres como la comunidad de las mujeres, por quien se verían sin cesar frecuentados y favorecidos la sensualidad y el adulterio? Así será escusado perder tiempo en refutar opinión tan escandalosa y llena de tanto horror, con que procuraban quitar todo rastro de buen gobierno; ya que cosa no se hallaría pública, si algunas no hubiese propias; ni común, si no interviniesen otras particulares. Tal inconveniente dio causa a Platón, para desdecirse con prudencia, renunciando tácitamente a su primera República, para dar lugar a la segunda.

#### VARIEDAD DECIMASÉPTIMA.

SIGUIENDO pues, el orden establecido por Dios, y continuado por tantos siglos, tratemos lo perteneciente a la casa. Compónese, como ya se dijo, de marido y mujer, señor y criado, siendo del todo perfecta y cumplida, cuando intervienen hijos. Ésta se puede dividir, siguiendo la opinión de los Filósofos, en cuatro partes, conyugal, paternal, señorial, y posesoria. La conyugal contiene marido y mujer; la paternal, padre, madre,

hijos; la señorial, señor y criados; la posesoria, bienes, muebles y raíces. Observando con diligencia la primera parte, nos ministrará la necesaria instrucción para las otras. Quien estuviere bien cursado en las buenas letras, y estudio de sabiduría, reconocerá hallarse cuatro especies de uniones y casamientos; esto es, de honor, de amor, de afán y de dolor. El de honor se divide en supremo, mediano, ínfimo. El supremo, es el sobrenatural, por quien Dios, y la naturaleza humana se juntan misteriosamente, superando en esto la inteligencia más elevada del hombre, de que hemos visto el efecto, y verdad en la Encarnación, y Natividad del eterno Hijo de Dios. El segundo es, cuando Dios y el alma, se juntan por gracia y gloria. El tercero, cuando Dios, y la Iglesia, se unen, y se hacen un cuerpo místico. Estas tres especies de casamiento son sobrenaturales, ordenadas por Dios inefablemente. Mas viniendo a los que sólo miran la codicia humana; el matrimonio de amor es el que contrae un hombre honesto con una mujer virtuosa. Júntalos Dios para la conservación del género humano; y puede llamarse mezcla caritativa, unión y compañía de buenos, que se hace por gracia, paz y concordia. Desta junta habló el sabio Hebreo, diciendo, hallarse tres cosas entre otras, aprobadas delante de Dios, y de los hombres, la concordia de los hermanos, el amor del prójimo, y el de los casados. Y a decir verdad, uno de los mayores bienes, antes una de las mayores felicidades que en el mundo se puede hallar, es sin duda el matrimonio, bien y debidamente observado. Nada se opone a su quietud cuando temen a Dios marido y mujer, y se guardan fidelidad el uno al otro.

Hállase un nuevo género de casamiento, llamado de industria, usado en nuestra edad de muchos, en que casi todos le contraen por avaricia, no por virtud, castidad y buena fama de doncellas. Paulo Poeta cómico, dijo, debía el hombre que se casaba, recibir a su mujer por las orejas, no por los dedos; como si dijera, por su buena opinión, y no por los dineros del dote, que se cuentan con las manos. Lo que deseando Licurgo poner en uso entre sus ciudadanos estableció una ley cuyo tenor prohibía dar dote a las hijas, hasta que enriqueciesen de virtudes, por quien, y no por la hacienda fuesen pedidas en matrimonio. La misma razón hizo preferirse Temístocles de dos que le pedían a su hija, el virtuoso al rico, diciendo agradarle más para hierno hombre que tuviese necesidad de bienes, que bienes con necesidad de hombre. De muchos casamientos son medianeros los ojos. Grande tercera es la afición. Con ésta ninguno duda atropellar montes de inconvenientes, eligiendo por antojo y capricho, lo que después se pagará con lágrimas, no haberlo visto, ni poseerlo. De aquí nace ser tan crecido el número de malcontentos. Engañalos al principio el ardor de la voluntad; mas ya en casa la novia, templada, si no helada del todo la encendida afición, reconocen las imperfecciones del sexo, y la penuria de lo forzoso (a esto llaman los modernos casarse por amores) con que al punto se entregan a increíble desesperación.

La desigualdad de bienes siembra asimismo grandes discordias en la casa, y más cuando la mujer fue la facultosa. Dijo Menandro, queriendo manifestar esta perpetua inquietud, ser el pobre que se casa con rica, el entregado como inferior a la esposa, haciendo ella en toda ocasión las partes del agente, esto es del hombre. Por otra parte algunas mujeres cuerdas dejan de tomar tan presto estado, por ver son apetecidas más por sus haberes, que por sus virtudes. Marcia viuda principal Romana, preguntará de la dilación en recibir esposo hallándose en la flor de su juventud, y por extremo rica, respondió: Porque no puedo hallar hombre que estime más mi persona que mi hacienda. La misma razón hizo

echar a Vendis, Reina de Rusia en un río, por vengarse de los que le hacían guerra por conseguir su matrimonio, respeto de no haberla podido alcanzar de su voluntad, sabiendo la pretendían por su estado, no por amor que la tenían.

Tales son los matrimonios de industria, o por mejor decir, de avaricia. De forma que se debrían huir con todas veras, así éstos, como los apetecidos por la hermosura del cuerpo y otras gracias exteriores. Raras veces deja de suceder mezclarse entre los casados deste jaez un espíritu de discordia, que los mantiene en perpetuo dolor y ansia. Desvanécese el placer al paso que el vuelo de la edad afea el humano edificio, y hace amarillear los nativos colores.

Pongamos también en este número los casamientos de disparidad, así de años, como de costumbres, pues comúnmente suelen ser no menos penosos. Movido desto Dionisio el mayor, respondió a su madre, que anciana ya, quería en todo caso casarse con un mancebo; En mi mano está violar las leyes de Zaragoza, mas no las de naturaleza. Aristóteles advierte, deberse casar hombres, y mujeres en tal edad, que a un mismo tiempo falten de engendrar, y concebir. Por esta regla el marido debía tener veinte años más que la mujer. Sábese puede la hembra naturalmente ser fecunda hasta el cincuenta; y en el setenta ser también potente el varón, si bien tales hijos como de vejez son por la mayor parte de fuerzas débiles, y de complisión flaca. Licurgo asimismo, prohibió al hombre casarse antes de tener treinta y siete años, y la mujer decisiete. Puédese decir, que no impropriamente se ordenase tal ley, porque con más facilidad se haga a la condición del marido (ya con juicio maduro) habiendo venido a su poder en tan tiernos años. Porque (como dice Aristóteles) la diversidad de costumbres, y condiciones, impide la benevolencia, y el verdadero amor. Hoy cuanto a la edad, corre diferente estilo en la República. Cásanse los más en los principios de su juventud, atribuyendo igual anticipación a la brevedad de la vida: fundamento que sin duda hizo fuerza a Augusto, cuando propuso a sus ciudadanos, la priesa en el matrimonio. Mas con todo, no se puede dejar de reprehender la demasiada celeridad, que en razón desto se usa, particularmente en España, donde bien a menudo se hacen casi en la cuna los casamientos. Así el gobierno de su casa es todo niñez; ni sabe obedecer la mujer, ni mandar el marido; ambos sin discurso, sin cordura, sin experiencia.

El matrimonio de la viuda requiere particular aviso, y consideración: porque hallándose habituada al querer, y condición del primer marido, es difícilísima de mudar y reducir. Suélese a propósito alegar el símil de Timoteo, excelente músico de flauta. Acostumbrada éste cuando recibía algún discípulo, preguntarle si poseía algún principio en lo que deseaba aprender, y teniéndole, quería doblado precio por enseñarle. Alegaba, ponía mucho mayor trabajo en quitar el mal uso de los que sonaban no bien, que en enseñar el bueno a quien jamás tomó en la mano el instrumento. Quilón, uno de los siete Sabios de Grecia, dijo, se debía juzgar inconsiderado y loco, el que habiendo escapado de grande naufragio con nadar fatigoso, entraba de nuevo en la mar, como si la fortuna no tuviese poder sobre todos los bajeles. Grandes honras, y esenciones adjudicó el Derecho a la continencia viudez, casi como ponderando, había de ser rara quien las mereciese. Valeria Romana, puede servir a las buenas de notable ejemplo, cuando publicó era muerto su marido para los otros, mas para ella había de vivir perpetuamente, sin dividirle jamás de

su alma. San Gerónimo, cuenta una historia bien contraria ésta, afirmando vio en Roma una viuda de veinte y dos maridos, de quien no contenta, pasó a desposar el veinte y tres, que había tenido veinte mujeres. Éste excediéndola en vida, fue como vitorioso coronado de laurel, acompañando el funeral de su consorte, con una palma en la mano.

La cuarta especie de casamiento llamado de dolor, es una junta y unión de pésimos, de quien el proverbio dice, ser mejor se manche una casa, que dos. La vida éstos no puede ser sino llena de infelicidad y miserias, atormentándolos su ansia eternamente. Mas volviendo a tomar el hilo del primer razonamiento, es justo proseguir el matrimonio de amor, que es el santo, el bueno, el legítimo, hecho con sana razón, y conforme la constitución divina. Habiendo pues visto los mortales su virtud, valor, y necesidad, quisieron enriquecerle y honrarle, con cuantos consuelos, y deleites supieron imaginar. Juntaron parientes, convocaron amigos, y para mayor aplauso introdujeron convites, bailes, fiestas, alegrías, comedias y semejantes pasatiempos. En esta conformidad son dignos de toda alabanza los Epitalamios, así Griegos como Latinos, compuestos para entretener, y solenizar las bodas.

En la forma, y celebración de los matrimonios hubo entre los antiguos costumbres buenas y malas, de quien pretendo apuntar algunas, no menos útiles que deleitosas. Los Asirios tenían ciertos Magistrados, que llamaban Triunviros y Prefectos de bodas, hombres aprobados. El cargo éstos era conducir una vez en el año de toda ciudad y villa, a la plaza pública las doncellas que se hallaban en estado de poderse casar; y haciéndolas poner en almoneda una tras otra, comenzando de las más bellas, las daban a quien más ofrecía. Con el dinero que éstas se sacaba, se casaban las feas, a menor precio que se podía. Ni era lícito a alguno contraer matrimonio de otra manera, mostrando en esto el maravilloso cuidado que tenían en proveer de remedio igualmente a todas sus hijas. Usaban los antiguos Griegos, quemar delante la puerta de la nueva esposa, el eje del carro en que había sido conducida a la casa del marido, dándole a entender con esto, era necesario quedase en tal habitación, quisiese, o no, sin partirse jamás. No permitió Licurgo, durmiesen juntos marido, y mujer, en los principios del desposorio. Antes ordenó, se comunicasen como a escondidas, y a hurto. Decía, se conservaría por este camino más bien entre ellos la benevolencia gozándose a deseo. Fuera de que durarían más en salud, y serían más fuertes, y robustos los hijos que de ambos naciesen.

Los Romanos, excedieron las otras naciones en pompas, ceremonias, y honestidad de matrimonios: porque observaban inviolablemente, no se casasen por fuerza doncellas y viudas. El día de la boda usaban el más común modo desta edad. Estaba la novia ornada ricamente, con los cabellos esparcidos sobre las espaldas, ceñida la cabeza con guirnalda de flores. Caminaba la madre delante de la hija que era nueva esposa, llevando en un cofre las cadenas, sortijas, joyas, y ornamentos mujeriles. A las monjas de rico linaje, se preparaba un coche, tirado de caballos blancos, para mostrar la inocencia de ánimo, y pureza de cuerpo que debía tener la doncella. Llevábanla de la paterna casa a la del marido por las mayores calles de la ciudad, para denotar con esto, debe siempre la mujer caminar por las calles más cursadas y públicas (no rehusaran las desta edad semejante partido a trueque de ser vistas) sin dejarse hallar jamás en lugar sospechoso, y escondido. Cuando llegaban a las puertas de los esposos, las tomaban debajo del brazo, y de tal

manera al entrar las levantaban en alto, que se lastimaban la cabeza, poniéndolas dentro sin dejarlas tocar la tierra con los pies. Querían significar con el dolor del golpe, se acordasen de no salir a menudo de casa, si no querían cobrar fama de mujeres poco honestas. Sus galas, sus movimientos, sus acciones eran llenas de modestia, y decoro. Traían una cadena al cuello, para manifestar se hallaban ligadas, y puestas en sujeción del marido. Presentábanle en una mano agua, y en otra fuego, para demostrar, que así como la comunicación de la vida humana consiste principalmente en el uso de estos dos elementos, así no podía introducirse más familiar, ni más conjunta unión, que la de marido y mujer, por ser el fuego, y agua símbolo de comunicación. Otros quisieron entender, que así como el fuego, y el agua son derechamente contrarios, tanto en las primeras como en las segundas calidades; lo mismo sea del hombre y de la mujer, siendo el uno de la naturaleza del fuego, caliente y seco; y la otra de la del agua, fría y húmeda, cuyas contrariedades conjuntas, se reducen en armonía, y en temperamento de amor. Los poco favorables al matrimonio, lo interpretan de otra manera. Proponen significar esta diversidad de elementos las discordias, murmuraciones, y querellas que se hallan de ordinario en los casamientos, donde la risa se mezcla con llanto, el reposo con fatiga, la dulzura con amargor, siguiendo la condición de las cosas terrenas, inconstantes entre sí, y comúnmente opuestas.

Decendamos ahora a la particular obligación del marido para con la mujer, negocio por las malicias del siglo lleno de no pocas dificultades. Apenas hay quien ignore temen los médicos más las calenturas engendradas de causas ocultas, maquinadas, y recogidas lentamente por espacio de tiempo, que las procedidas de claras, manifiestas y aparentes. Lo mismo pues sucede en las pequeñas discordias y quejas, que ocurren cada día entre casados, incógnitas a los de fuera. Déstas se va formando poco a poco una llaga tan incurable, que indigna los ánimos, siembra entre ellos rancores, y al fin hace se divida uno de otro. Por eso es necesario cortar en las familias con tiempo todas las raíces de tan malos frutos, huyendo cualesquier ocasiones, que puedan ministrar, ni aun mínimas diferencias. Amad (oh maridos) dice san Pablo, a vuestras mujeres, como Cristo amó a su Iglesia, habiéndose ofrecido a sí mismo por ella. Gorgias orador excelente, alabado de Cicerón, exhortaba con una oración de admirable artificio, siguiesen los Griegos la paz y concordia. Mas dado fin al acto público, se puso en pie en presencia de todos, uno cuyo nombre era Melanto, diciendo: Gorgias, señores, como veis con largo y elocuente orar, procura persuadir la paz a un número casi infinito de hombres como comprende nuestra República; y él para sí no sabe discurrir de manera que la pueda conservar un punto con su mujer, y sola una criada. Por tanto juzgo grande temeridad la suya, en querer aconsejar concordia a tantos, cuando en su casa, y familia de tres, no la puede tener él.

Y cierto sin la pena indecible, causada de las iras y controversias, viene a ser vergonzoso escándalo las entiendan y conozcan los de fuera. Tenían los antiguos una fabulosa y fingida deidad, familiar y doméstica, llamada Lar, dios del hogar como si dijésemos. A éste veneraban de tal forma, que si alguno se retiraba a la casa de su más capital enemigo, mientras tenía los pies en aquel cerco, ninguno osaba ofenderle, tal era su inmunidad, tal su franqueza. Este fue quien salvó la vida a Temístocles; cuando desterrado de Atenas, y perseguido de muchos, huyó al hogar de su mayor contrario, que por tal respeto no se

atrevió a injuriarle, cuanto más a herirle. Hallábase dedicado a la diosa Vesta, y era su propio lugar donde se hacía el principal fuego de la casa. Pues si era prohibido y reputado por acto injusto injuriar y ofender los propios enemigos que se valían de aquel sitio, déjase entender, cuán infame cosa, y cuán indigna de la naturaleza del hombre juzgarían aquellos antiguos el hacer cualquier ofensa a los del mismo hogar, y sobre todo a la mujer, principal persona del lecho, de la mesa, y de toda la casa del marido. Obsérvase también hoy, no ofender por algún modo los que nos vienen a visitar, no obstante nos hallemos con ocasión de queja, si no queremos adquirir nombre de imprudentes y groseros. Pues ¿por qué no usaremos igual cortesía y estilo, con quien es nuestra mitad, con quien nos asiste y beneficia, y en fin con quien nos conviene vivir hasta la muerte?

Los principales puntos para hacer estable y firme el amor matrimonial consisten en la uniformidad de buenas costumbres, de honestas acciones, y en la prudencia y suavidad con que se debe proceder. De ambas cosas se engendra una continua y viva afición, un recíproco respeto, una conformidad inseparable. Máxima es de los más sabios, ninguno ser digno de mandar, si no es mejor de los a quien manda. Por tanto parece dio la naturaleza comúnmente más fuerza, autoridad, gravedad y cordura en hechos y dichos al hombre, que a la mujer. Así, no puede manifestar mejor los efectos de tales gracias, como en el acertado gobierno de su familia, guiándole con discreción, y en el blando y amoroso proceder para con su consorte. Debe amarla primeramente como a sí, mandándola como a persona libre, y (como dice Aristóteles) forzándola más con razón que con autoridad. Hase de huir todo lo posible el injuriarlas. Sábese, son sus mayores bienes nuestras honras y caricias, demás de ser honor del mismo marido el que recibe la mujer, debiendo ser, según afirma el Jurisconsulto, ilustrada con su esplendor. El disimulo de algunas menudencias, es importantísimo entre casados, por ser la hembra animal que con facilidad se altera. Quítese toda ocasión de prorrumper en injurias, y palabras atroces, pues llegada a tal punto, sólo se puede poner freno con castigo riguroso, digno de ser evitado con exquisita diligencia. En la infelicidad de igual rompimiento, es la mujer enemigo de quien es imposible guardarnos; ni hay cosa que no intente para su venganza, hasta maquinarse contra la vida del marido, como hicieron muchas. Clitnestra, mujer de Agamenón, por vengar una injuria que recibió dél, cometió adulterio, y al fin consintió en su muerte. Este sexo es frágil y despechoso, por eso conviene al varón usar prudencia en regirlo. El perro más irritado muerde más presto, cuanto más se aprieta la anguila, más resbala: así el cuerdo marido debe guiar este malseguro bajel con vigilancia, con sagacidad, con astucia. Indigna cosa es sobre todo ponerle la mano. Es compañera, no esclava; siendo entre antiguos loable antes corregir los siervos con palabras, que con golpes. Marco Aurelio Emperador, no menos prudente que lisiado en esta materia, respeto de su Faustina, aconseja a este propósito, procure el que desea vivir en paz con su mujer, amonestarla mucho, reprehenderla poco, y jamás aporrearla. Homero introduce a Júpiter riñendo a Juno, porque se oponía a sus quereres, sin pasar de las riñas más que a las amenazas. Con ser Catón declarado enemigo de las mujeres, no se lee en su vida hubiese jamás puesto la mano en la suya, juzgando por sacrilegio semejante castigo.

Es propia y debida al grado y dignidad conyugal, la continencia en el varón para con otras, principalmente por el temor de Dios, y porque no llegue no sólo entera noticia: pero ni mínima sospecha a su consorte. Entraría, si no se abstudiese deste exceso en un

intrincado laberinto, siendo casi imposible le mirase jamás su mujer con semblante alegre. Es grande la pasión que se engendra de la consideración de semejante incontinencia, que para al fin sólo en rabia, llamada comúnmente celos. Éstos dice Crisipo, ser una enfermedad de ánimo, nacida del temor que se tiene, no se comunique a otro lo que sólo para sí desea; puesto que el amor no admite compañía en la cosa amada. El Jabalí (dice un Poeta) perseguido de los perros, el León hambriento, la Tigre a quien hayan robado los hijos, la Víbora pisada, no son tan terribles como una mujer ofendida. Ni hay cosa que tanto la haga entrar en furor como los celos. Ariadna enterró vivo a Zenón Isaurio Emperador, por vengarse de igual agravio. Quien recibe, y hurta los placeres que prohíbe a su compañera, hace como el que manda pelear habiéndose rendido a los enemigos.

Debe pues el marido corregirse a sí principalmente, y después enseñar a la mujer con sabiduría. No desdeñe compartirla cuantas riquezas hubiere recogido de los estudios llenos de moralidad, y documentos. Las mismas almas (dice Platón) poseen los mismos entendimientos, y muchas veces más perspicaces, agudos, y excelentes. Así no es justo hacerles agravio con juzgarlas incapaces de las advertencias más profundas, de las razones más sutiles; pues hubo no pocas que llevaron conocidas ventajas a muchos grandes Filósofos. El deleite de las sabiduría divierte y aparta de todas ocupaciones indignas; y así atraída de los vagos discursos, y útiles razonamientos de su marido, despreciará la mujer la pérdida de tiempo de otros cualesquier inútiles y vanos ejercicios. También con esta vigilancia evitarán los peligros en que suelen caer a menudo las no bien instruidas antes de casarse. La sana doctrina y virtuosos amaestramientos, suelen enderezar las más torcidas costumbres, y limpiar el ánimo de estraños pensamientos y extraordinarias pasiones. El Sol (como en sus fábulas enseñan los Poetas) tiene fuerza mayor que el viento Boreal. La razón es, porque cuanto más éste esfuerza el soplo para quitar a uno los vestidos, tanto más se los aprieta y ciñe al cuerpo. Mas el Sol haciendo con suavidad después del aire su efeto, calienta poco a poco al hombre de forma que por sí mismo arrima la capa, y continuando el calor, se quita por su exceso la ropilla, y otra cualquier cosa. Así pues los maridos, si piensan dominar a sus mujeres con fuerza, y sólo rigor de autoridad, hallaranlas prontas a la contradición y resistencia, mas cuando las mandan con razón, ceden de buena gana, y reciben pacientemente los preceptos y amonestaciones.

Algunos se suelen reír, y hacer burla de quien tal vez usa de humanidad, y agrado con su legítima mujer. Juzgan por falta de valor semejante blandura, y desean más gallardo brío, y austeridad, en quien elige la prudente cortesía en vez del riguroso dominio. Mas por otra parte, no echan de ver, son ellos quizá tratados pésimamente de una infame ramera, por quien no dudan exponer la vida, y honor a mil peligros. No se engañan menos asimismo los que habiéndose casado con nobles ricas, en lugar de estimarlas y honrarlas como conviene, ponen toda diligencia en ultrajarlas, y envilecerlas, persuadiéndose las dominan mejor al paso que las someten, y humillan. Pero si bien se advierte, el que sembrare soberbias cogerá engaños, pues cuando menos imaginan, les quita un divorcio junto con la mujer y hacienda el cuidado de maltratarla. Lo que importa es, atender a conservar la dignidad del matrimonio. Si el caballo de más precio y estima, se gobierna con justo y proporcionado freno, ¿quién niega a tan hermoso individuo lo que a un

irracional se concede? El alma del sabio rige su cuerpo con mutua benevolencia, y recíproca afición, gobierno apropiadísimo para la mujer, a quien debe el marido aplaudir, complacer, y gratificar en las cosas honestas.

Las ausencias largas ocasionan las más veces grandes infortunios, juzgando las mujeres ser despreciadas y aborrecidas, cuando huyen de su compañía los maridos. A este propósito me ocurre un caso referido en las Crónicas de Rusia en esta forma. Los habitantes de Noveguardia, cabeza y asiento de la misma provincia, partiendo a Grecia, pusieron cerco a la ciudad de Corsún, en que se detuvieron siete años. En tanto sus mujeres enfadadas de tan largo esperar, se casaron con sus sirvientes. Mas al fin vueltos los maridos vitoriosos, hallando los criados en campaña, tuvieron con ellos fiero combate, en que los dejaron muertos. Corriendo con alborozo a sus casas, por ver a sus mujeres, hallaron se habían ahorcado casi todas, causándoles desesperación tal vencimiento.

Cleóbulo, antiguo Sabio, condena las pendencias que traban y caricias que se hacen en público los casados, por el mal ejemplo que de ambos géneros resulta a quien los oye y mira. Catón privó a un Romano de la dignidad Senatoria, porque en presencia de una hija suya besó a su mujer. Platón, si bien en esta parte menos rígido, amonesta a los hombres de edad, se muestren vergonzosos en presencia de la juventud. En tal forma (dice) los advierten a no perder el debido decoro y reverencia, precepto que sobre todo debe ser observado entre marido y mujer, por la obligación que tienen de dar a todos ejemplo de honra y castidad. Es menester asimismo comparta el hombre los oficios, y negocios de casa con la mujer, dándole en ausencia suya autoridad sobre las cosas. Quanto a las ocurrencias de puertas adentro, sábase han de ser absolutas patronas de todo, siendo impertinencia en el varón usurparle la jurisdicción casera. El principal cargo suyo consiste en hacerla obedecer como a sí propio, de hijos y criados. La unidad de sus mandatos ha de imitar la música de dos instrumentos bien concordados, no admitiendo todo gobierno loable más que una cabeza, que un dueño, que un señor. Hallaríanse de otra manera las órdenes divididas por instantes, contrarias entre sí, y opresa la familia de continua confusión. En suma, el fundamento de la mayor obligación que puede intervenir en el matrimonio, se cifra en la amorosa comunicación, y verdadera benevolencia. El proceder y trato ha de ser puro y sencillo, no doblado, no cauteloso. En esta conformidad los Romanos cuando volvían de algún largo viaje, o sólo que tornasen del campo a la ciudad, enviaban delante haciendo a sus mujeres entender su venida, para que llegando improvisamente, no recibiesen sospecha de que lo hubiesen hecho con estudio y astucia, para probarlas y cogerlas de repente.

Grande amor mostraron en diversas edades muchos hombres a sus compañeras; parte de cuyos ejemplos será a propósito referir, para que se induzgan a querer y estimar las suyas los destos tiempos. Tiberio Graco, Romano principalísimo, habiendo hallado dos culebras en el retrete donde dormía, quiso saber del agorero (a quien prestaba entero crédito) la causa y significación. Y respondióle, que matando de los dos el macho, moriría el mismo Graco, primero que su mujer: mas dando muerte a la hembra, se adelantaría a su consorte. Oído este anuncio mató al culebro, y el se murió poco después.



Refiere Baptista Fregoso, que habiendo sido robada a cierto Napolitano su esposa, orilla del mar, por unos cosarios Moros, llegando al partir de la fusta, y entendida su pérdida, se arrojó al punto al agua, y nadando, los seguía y rogaba, le quisiesen también llevar cautivo. Concedieron los bárbaros su petición, y conducidos ambos delante del Rey de Túnez, los libró al instante, que entendió el suceso, enternecido de tan perfecto amor, y de fidelidad tan acrisolada. Orfeo (según escriben Poetas) amó tan vivamente a su mujer Eurídice, que habiendo muerto el primero día de las bodas, conservo inviolable semejante afición; ni quiso jamás poner los ojos en otra. Nino Rey de Asirios, enamorado de Semíramis, mujer de Menón, uno de sus vasallos, le rogó se la concediese, ofreciéndole en recompensa, casarle con una hija suya. Amaba Menón ternísimamente a Semíramis, causa de no querer consentir, ni aceptar lo ofrecido: por lo que airado el Rey, amenazándole con que le haría sacar los ojos, y se la tomaría por fuerza, como hizo, de dolor y desesperación se colgó de un árbol. Periandro Rey de Corinto, amó con tan grande exceso a su mujer, que muerta, la tuvo a su lado en la cama algunos días. Marco Lépido, mientras cumplía el destierro, oyendo decir se casaba su mujer con otro, murió de sentimiento. Lo mismo hizo Silano, por haberle desposeído de su mujer (dél únicamente amada) la tiranía de Nerón. Dominico Catalusio Príncipe de Lesbo, tuvo tan ardiente afición a su consorte, que si bien se volvió asquerosa con cantidad de lepra, jamás la privó de su mesa y cama. Grandes finezas hicieron también muchos varones de España en tales acontecimientos, entre quien es digno de conmemoración Rodrigo Sarmiento, que por la pérdida de su mujer durmió un año vestido, sin comer sobre manteles, sentarse en silla, ni quitarse cabello y barba.

No es justo poner en olvido por otra parte, la obligación que corre a la mujer con el marido, para que la cumpla y tenga viva y fija en la memoria. Ornó la naturaleza este sexo de tan graciosos movimientos, de ojos tan atractivos, de tan regalada voz, de acciones tan apacibles, que sin más artificios, sin más prevenciones, tienen en sí mismas los medios más eficaces para adquirir la gracia, y benevolencia del hombre. Conoció esto admirablemente Olimpia mujer de Filipo, cuando tuvo en su poder la Tesala, amada del marido con extremo tan superior, que se decía públicamente le había hechizado. Viéndola puesta hermosísima, enriquecida de maravillosas dotes, de singular discreción, y en todo cabal y perfecta, le dijo: Esté lejos de vos la calumnia y vituperio que los míos os procuran aplicar. Conozco asisten en vos misma los engaños y hechizos de que os valéis para cautivar a Filipo.

Indisolubles lazos, fuertes atraimientos son según esto los que forman y ministran las partes excelentes de una hermosa dama, y así no es mucho encienda y conquiste su valor la voluntad más helada, el albedrío más rebelde. En particular, si se descubren en ella los resplandores de modestia, los realces de honestidad acompañados de conveniente prudencia, y vigilancia cuidadosa en el amor de su marido, en el gobierno de su casa, mostrando humildad en la sujeción, y agrado en la obediencia. La mayor loa que se puede atribuir a este sujeto amable, resulta del contento con que se debe rendir a la disposición del Cielo, que quiso hacerla súbdita al varón, dándosele por su amparo, y escudo. Así las mujeres que eligen maridos efeminados y para poco, manifiestan aborrecer su vocación, recibiendo placer con mandarlos. Imitan éstas propiamente a los que gustan más de guiar los ciegos, que seguir a quien posee sana y aguda vista, siendo de ver a menudo cuán

hembras son algunos hombres, y cuán hombres algunas mujeres. Pasean, visten y comen a costa del sudor del sexo más flaco; ni se avergüenzan de pervertir el orden natural, que comete los más nobles cuidados a los más dignos agentes.

La sabia mujer elige siempre por leyes de su vida las costumbres de su marido, siendo buenas, y débelas imitar con cuidado al paso que sufrir con paciencia si fueren malas. Las de virtuosa inclinación se ajustan de manera con el querer de su dueño, que parece se compone un individuo de dos sujetos. No tengo más voluntad que la de mi marido (oí decir ha poco a cierta señora) con él me hallaré contentísima en la soledad de un monte. Reverénciolo, no sólo porque así me lo manda Dios, sino por mi propio interés, pues depende toda mi honra y estimación de la que él tuviere. ¡Oh varón felicísimo el que mereció gozar en el mundo de tal compañía! Sin esta regresión, sin esta conformidad, ¿qué valen cuantas buenas calidades puede tener la más bella, la más noble, la más rica? ¿De qué sirve el cristal preciosamente guarnecido, si no hace buena cara? Pregunto, si representase rostro triste y feo, a quien fuese hermoso y alegre; o al contrario, risueño y gustoso, a quien estuviese enfadado y afligido, ¿no se podría decir con verdad, ser falso y de ningún valor? Pues así una mujer se puede llamar de mala, y odiosa naturaleza, cuando viendo al marido burlarse apaciblemente con ella, a fin de recibir algún honesto deleite y recreación, se le muestra desdeñosa y esquiva; y por otra parte cuando viéndole melancólico, y opreso de algún cuidado, procura imprudentemente reír y jugar con él. Puesto que por un camino se publica enfadosa, y por otro descubre manifiestos indicios de menospreciar los afectos de su dueño. No debe la virtuosa y buena tener por sí misma propia y particular pasión, sino participar de las de su marido, o juegue, o ría, o se melancolice y afane, casi como línea y superficie que tiene su movimiento del cuerpo. La Luna cuanto más lejos del Sol, más se ve luciente y clara; y al contrario muestra menor luz, y se esconde mayormente cuanto más se le acerca. Pueden pues ser comparadas a ésta las mujeres pésimas; ya que hacen lo mismo con sus maridos, cuando no los aman, y aborrecen estarles cerca. Sin duda en ausencia de los tales casi siempre se veen alegres y burlonas, y en presencia, melancólicas, y apesaradas. Tampoco la que es cuerda pone mucha confianza en los bienes de naturaleza y fortuna, beldad, hacienda, nobleza, y dignidad, porque huyendo fácilmente, sólo dejan rastros de ansias y afliciones. Las riquezas del alma, son las que continuo permanecen; y así no se han de ausentar las mismas de los ojos, y de la voluntad. Guiadas desta razón, se mostraron en la adversidad constantísimas no pocas, dignas de eternas alabanzas. Casó en España el favor a una señora de nobilísimo imagen con un mancebo de menos calidad. Dejó de ser valido el padre del esposo, y llenándose su casa de infortunios y confusión, ofrecieron a la dama por partido, se retirase al palacio de un tío suyo, grande titular, mas ella respondió animosamente: Fulano es mi marido, y él sólo en cualquier fortuna ha de ser mi amparo; mirárase al principio lo que se hacía. Dicho de excelente matrona, y de estar grabado con letras de oro, para ejemplo de todas.

Las condiciones y temperamentos de varios hombres, requieren diversos artificios y sainetes. Para no errar, debrían las mujeres conocerlos; pues sabrían así cuando se les podrían mostrar apacibles, y cuando recelar serles enfadosas, ajustándose en todo con sus querer. Las más veces publica el semblante el corazón, del modo que la frente suele manifestar la ira, que como tan veloz elige siempre por asiento la parte más alta. Según

esto, de la variedad del rostro se rastrea la buena, o mala disposición interna, con que se puede acertar el uso, o la detención de las caricias. Los Persas esperaban a sus enemigos con gran silencio; mas si se les acercaban callando, los acometían con grandes gritos. Cuando las mujeres vieren a sus maridos enojados y vocingleros, cordura será callar; si ya no dicen alguna cosa con suave y dulce manera para sosegarlos. Mas templada la cólera, suelen algunas tomar la mano, y proponerles cuán sin ocasión introducen las riñas. Produce este género de advertencia y persuasión peligro de renovar el enojo; y así es más seguro valerse en los malos tratamientos de sufrimiento y constancia. Con ésta se suelen detener los más coléricos, los más arrojados, corridos de hallar paciencia tan larga en tan frágil capacidad. Si con grande congoja interrumpieren en lágrimas y quejas (descanso tal vez del corazón afligido) por ningún caso pasen a las orejas de los vecinos, porque descubriéndolas, o les darán materia de risa, y burla, o causa a los malafectos de maquinarse contra el honor de los que riñen con infames solicitudes. Las mujeres, cuya virtud y bondad obliga a cualquier decoro, excluyen sólo con la honestidad de la presencia los mayores atrevimientos de terceras. Las domésticas asechanzas son mucho más peligrosas, ejercitadas por las sirvientes, a quien llaman doncellas. Aquel tratar las señoras familiarmente (hechas sacristanes de iguales templos) infunde algún género de osadía, con que tal vez o las vuelven celosas, o las inducen a declinar de sus obligaciones. Muchos destes enemigos forzosos por ligeros intereses hicieron perder vidas y honras a sus amas; o por lo menos la posesión de casas, y nupciales lechos. Cerrar pues los oídos a tales encantos, es gran cordura, sin hacer fundamento de las palabras que conocieren se enderezan a depravado fin, con fingidas persuasiones.

Es acto de singular prudencia poner límite a sus deseos, ajustando y midiendo sus galas y pompas con la posibilidad del dueño. Preciosas joyas y atavíos vienen mal con caudales cortos. Milagros son que murmura la vecindad, y pondera con escándalo el pueblo. Sin expreso mandato del marido, no se ha de abrir la puerta ni a Religiosos: tan lejos se han de hallar otras visitas. Déstas se suelen engendrar vanas, y locas impresiones, que perturban el ánimo, y le desvían de lo honesto y justo; por lo que se debe evitar no perder la quietud con tales pasiones. Sobrellevar las faltas naturales es acción heroica en la mujer, considerando, le paga quizá el marido en la misma moneda. ¿Hállase por suerte alguna sin defeto?, y más si es vista por la mañana, antes de del ornato y compostura. Remítase la respuesta al sutil ponderador Ovidio que desmenuza sus partes, y las representa a los encendidos pretensores en el ingenioso tratadillo del remedio de amor.

La fragilidad deste sexo, tiene muy en su contra toda sospecha, todo indicio; por eso debe esforzarse en hacer mentirosos a tantos maldicientes que no saben abrir la boca sin topar en las mujeres, y hablar licenciosamente de su incontinencia. César dijo, ser necesario fuese la matrona no sólo limpia de toda obscenidad, sino también de toda mínima sospecha, por cuyo levísimo recelo repudió la propia mujer. La comunicación de amigas suele ser odiosa mucho a los maridos, y con justísima causa, por ser basas fundamentales de crecidos años. Desterrallas del todo, es difícil demasiado, por las controversias que resultan en casa de su entera exclusión; y así conviene poner cuidado en inquirir el género de metal que van descubriendo, para confirmar, o prohibir su comunicación y compañía. Admira con todo extremo la clausura que profesan las Madonas de Italia. Partes hay donde sólo salen la noche del Jueves santo, para andar estaciones; tan retiradas

las tiene la natural costumbre, o sea la celosa condición de maridos y padres. En España y Francia cesan tales escrúpulos dándose más digno lugar a la confianza. Todos andamos juntos (apacible mezcla) gozando las mismas esencias de salir las hembras que los hombres. Inútil fuera en esta edad el hilado de Celestina, toscas sus agudezas, superfluas sus asechanzas. Repúblicas son libres y absolutas el habla y solicitud. Todos galantean, todos escriben; mucha libertad, poco riesgo.

La mayor virtud de la mujer, dijo Euboide, era el ser conocida sólo de su marido. Hasta su alabanza en boca ajena, según Argeo, es como secreta sátira. Las altaneras y ostentadoras, se hallan más prontas a ser vituperadas; por el boato de apariencia y ruido. Mucho disimula el recato público, mucho la modestia exterior, y más que todo la cordura del vestido. Ornamento, según Crates Filósofo, es el que adorna y compone; y aquel sin duda orna más a la mujer, que la hace parecer más honrada. Quédense las suntuosidades para grandes señoras, permitidas allí por la ventaja de sangre, por la sobra de riquezas, y en vez de iguales excesos usen las de mediana condición honestidad, cordura y continencia: galas de más estimación, y que las hace mucho más hermosas y gallardas. Evidentes señales de incontinencia son sin duda las ropas de colores, los rizos, los afeites, los perfumes, el aspecto lascivo, el mirar alegre, y así ¿qué mucho

sean en las casadas, mensajes de adulterios? Lea quien no lo creyere a Tibulo, Propertio y Ovidio, que delinearon bien en sus escritos tales instrumentos de sensualidad, dando título y grado de ramerías a las que en su tiempo los frecuentaban. Dijo un Poeta, era la vergüenza de la mujer, como la ocasión en la guerra, que una vez perdida, no se podía recobrar. Siendo pues ésta la más digna dote, la mejor herencia, la joya de más precio, justo es se pierda la vida antes que perderla. Esta es la fuerte roca que les dio naturaleza para amparo de su reputación, de su honor, de su castidad: por eso faltándoles igual defensa, parece todo cuanto en sí podían suponer de bueno. Sócrates advertía a los que usaban espejos, si eran feos, corrigiesen la fealdad con la virtud, y si hermosos, no manchasen la belleza con el vicio. Este parecer debería seguir la mujer casada cuando tiene en la mano el espejo, hablando si fuese fea entre sí desta suerte: ¿Qué sería de mí, si tras no tener buen rostro, me volviese mala? y siendo bella, ¿cuánto más estimada seré, conservándome honesta y sabia? La decencia de costumbres, la discreción, la limpieza y agrado, suelen hacer amables a muchas feas (vitoria señalada contra la hermosura) y al contrario, aborrecer a muchas lindas las propias satisfacciones, las soberbias, las arrogancias. Gárrula y falaz llamó a la hembra el Taso, esto es, engañosa y charlante; mas perdone poeta tan culto: muchas hay que pueden servir de excepción a su regla. Déjase entender por sí cuánto en la mujer importe el silencio. Virtud grande es en ella el hablar poco (pienso pretendo en general inaudito imposible) con quien no fuere su marido, salvo en las ocurrencias domésticas con los criados. Ni es de advertida divulgar las necesidades de la casa; pues de su secreto se le sigue, cuando menos reputación. Muchos considerando cuán difícil de observar sea este punto, son de opinión no sepa la mujer propia en materia de dineros con certeza la cantidad de su casa, sino que se ponga estudio en la abundante provisión de todo, según la posibilidad de las fuerzas. Con esto cesará en ella el temor de imaginada penuria, y el descrédito que de comunicarla a otras se podría seguir al velado. Es cosa estraña ver la facilidad con que algunas dan escusadas cuentas de lo más interior, y más menudo de su familia. Confiesan entre las amigas cuanto oculta

el corazón sin darles tormento; y al opósito, admira nieguen, puestas a cuistión dél, con singular valentía cuanto se les pregunta. En peligro se halla la donairoza y decidora de ser murmurada; mas ¿qué bufonería no es apetecible, y está de perlas en tal sujeto? Con todo, requiere cuidado este modo de gracejar, y provocar a risa: no desdore con él la dama el realce de su decoro. Es su honor vidrioso y delicado, diferente mucho del rostro, pues allí el lunar más pequeño causa fealdad.

En suma, la mujer que nació con virtud, y quiere poner en ejecución cuanto le dicta el deber para con su marido, procura agradarle con todas sus fuerzas. Llévale discretamente la condición. No se altera con facilidad: súfrele las imperfecciones: tiénele cumplido amor: reverencia su sombra, y ejecuta con voluntad cuanto le manda. Descubre cordura en gobernar la casa, limpieza en criar los hijos, solicitud y cuidado en dar gusto a su dueño. Muéstrase amorosa con los vecinos; ni envía, ni admite chismes, profesando con todos buena lengua, buen trato, buena correspondencia: amiga de honestidad, y grande enemiga de juveniles ligerezas. Parece divinamente en ella toda casera ocupación. La ociosidad engendra vicios y malos deseos, y así nunca mejor entretenida que cuando con su labor. Algunas sabiendo leer, en lugar de elegir libros devotos, o por lo menos de loables documentos, abrazan la peste y abominación de discursos amorosos, no sólo profanos del todo, sino bastantes a corromper las mejores costumbres, y a depravar las más sanas inclinaciones. ¡Oh carne, oh corteza materialísima, sólo te agrada lo que oyes, o ves con el sentido, no lo que puedes comprehender con la alteza del espíritu!

Al fin la buena mujer tiene sólo a su marido por preceptor y maestro, de quien aprende honestos ejercicios y compostura de vida. Dos cosas se me olvidaban dignísimas de toda reprehensión en la que desearé nombre de virtuosa: bailes y juegos; ambas ocupaciones indignísimas. Este género de salticos, vueltas y meneos, podría ser bueno sólo para visto sola una vez en algún sarao, o notable festividad; mas profesarlo con ansia y desvelo, denota escasa cordura, y ocasiona entre los más cuerdos vituperio y afrenta. Quanto al juego, ejercitado de no pocas con más codicia y fullería que el más perdido tahúr, pienso será escusado gastar palabras en condenarle en las mujeres, pues sólo se inclinan a él las que del todo carecen de honor y bondad.

Mas volviendo al lazo con que se halla trabado el matrimonio, que es la benevolencia, no se puede negar, haberse hallado muchas casadas insignes en ella, y en fidelidad. Hipsicratea, mujer del Rey Mitrídates, tuvo tan grande amor a su marido, que habiéndose por su causa cortado los cabellos, no obstante fuese moza y hermosísima, se acostumbro a traer armas a pie, y a caballo, y se fue a la guerra con él. A éste superado de Pompeyo siguió la consorte en su fuga por toda la Asia, aliviándole con su compañía el dolor, recibido por la rota y vencimiento. Triara, mujer de Lucio Vitelio hermano del Emperador de su nombre, viendo a su marido en peligrosa batalla, se puso entre los soldados para ayudarle, y participar con él de una misma fortuna, combatiendo al igual del más valiente. La mujer del Rey Admeto, reconociéndolo con grave indisposición, y habiendo oído la respuesta del Oráculo, que afirmaba, no se podía librar de tal enfermedad, si uno de sus mayores amigos no moría por él, se mató ella al punto.

No es menos famosa por este camino, la esposa del Conde Fernán González, que viéndole en prisión con peligro de muerte, le fue a visitar, y despojándose de sus ropas, se las dio al marido; con cuyo artificio y astucia pudo escaparle, quedándose ella en su lugar. Otra dama de nuestro siglo se valió de la misma estratagemas, para librar a su esposo de muerte certísima, sucediéndole felizmente, si bien con participación de prisión larga. Cenobia Reina de Armenia, viendo huir perdidoso en cierta batalla a su consorte Radamiso, no pudiendo seguirle, por hallarse preñada, le rogó la matase: y sin duda se hubiera conseguido el efeto, si en el ínter no quedaría herida y presa de los enemigos. Después habiéndola curado con toda diligencia, sanó, recibéndola por esposo el Rey Tirídates vencedor de Radamiso. La Princesa Pantea amó tan entrañablemente a su marido Abrudado, que muerto él en el campo de Ciro, se arrojó y mató sobre su cuerpo. Artemisa Reina de Caria, por el grande amor que tenía a su consorte, viéndole difunto, bebió todas las cenizas de sus huesos, queriéndole servir de sepulcro. Julia mujer de Pompeyo, vista una vestidura de su marido, ensangrentada con cierto sacrificio hecho por él, imaginando hubiese perdido la vida, murió al instante de dolor. Porcia mujer de Bruto, entendida su muerte, y viendo, le quitaban sus parientes los modos de poderse matar, se metió en la boca algunos carbones encendidos, con que cerrándola estrechamente, se ahogó. Sulpicia guardada de su madre Julia con gran desvelo, porque no partiese a Sicilia, donde estaba desterrado su marido Lentulo, se vistió en hábito de esclavo, con cuyo disfraz llegó a su presencia, eligiendo voluntario destierro por no dejarle. Singular fineza fue también la de Otavia hermana de Augusto, y esposa de Marco Antonio. Ésta, no obstante el ultraje de ser pospuesta a dama impúdica, menos moza y hermosa que ella, le tuvo tanto amor, que jamás a ruegos del hermano quiso desamparar la casa del marido.

Antes siempre más firme, atendió a criarle los hijos que tenía del primer matrimonio, con la misma afición que si fueran propios. Demás, procuró con todos los medios posibles reconciliar, y unir los dos Emperadores, alegando ser cosa demasiado indigna, se hiciesen guerra dos Príncipes tan poderosos; el uno por los malos tratamientos que recibía la hermana; y el otro por hallarse hechizado de una maligna hembra.

Por tanto, conducida esta virtuosa Princesa hasta Atenas, con intento de ir a buscar al marido, que guerreaba con los Partos (a quien llevaba socorro de soldados, dineros y gran copia de diversas municiones) recibió una carta de Antonio, en que la mandaba, no pasase más adelante, sino que volviese a Roma, donde le podría esperar. Hízolo así, sin manifestar sentimiento ni alteración, enviándole todas las referidas provisiones; bien que conociese se burlaba de ella, atendiendo sólo a gozar a Cleopatra. Finalmente ardiendo la guerra entre Otavio y Antonio, la envió a mandar se saliese de su casa, a que obedeciendo, no por eso dejó el gobierno de sus hijos, sino que continuó con la misma solicitud, lamentándose de su desgracia, en razón de hacer la tuviesen por una de las principales causas de aquella guerra civil.

Aria mujer de Cecina siguió hasta Roma dentro de un pequeño bajel a su marido que llevaban preso, por haber tomado las armas contra Claudio Emperador. Allí condenado a muerte, queriéndolo acompañar, se lo estorbaron el yerno y la hija; mas opresa de dolorosa ira por igual impedimento, dio un gran golpe con la cabeza en la pared, con que se desmayó. Al fin vuelta en sí les dijo: ¿No echáis de ver, me ocasionáis, mientras me

estorbáis el morir, más cruel y áspera muerte? Permitid vea a quien tanto amo; puesto que si bien he de morir, muriendo en su compañía no sentiré la muerte. Quedando pues los dos atónitos, así por el acto, como por las palabras, la dejaron en libertad, con que al punto corrió a buscarle; y siendo en matarse primera, generosamente le dijo: No me pesa, Cecina, de lo hecho; mas sí bien de que te halles forzado a perder la vida.

Séneca condenado por Nerón a morir, con arbitrio de eligirse el género de muerte que más le agrádase, se hizo abrir las venas en un baño. Ansiada desto Paulina su mujer, quiso hacer lo mismo en el propio lugar, por mezclar su sangre con la del marido, y sellar en aquella forma el fin de su larga y perfecta benevolencia. De que advertido Nerón, mandó luego le cerrasen las venas, forzándola a vivir breve tiempo en perpetua melancolía. Hiparquia por extremo hermosa y rica, amo tanto al Filósofo Crates feo y pobre, que contra la voluntad de todos sus parientes, lo recibió por marido, y lo seguía por todo, vestida vilmente, con los pies descalzos según costumbre Cínica. Pisca, viendo, se debilitaba más cada día su marido, por cierta grande enfermedad que encubrió largo tiempo, cuando tuvo noticia, y la conoció incurable, movida a piedad de lo que padecía quien era amado della más que su vida propia, con generoso corazón le aconsejó se librase por medio de la muerte de dolor tan intolerable, y para incitarlo mayormente, ofreció hacerle compañía. Consintió el marido, alentado de brío tan valiente, y abrazándose los dos, se despeñaron juntos al mar desde una alta roca. La mujer de Pandocto presa por el Rey Persiano vitorioso matador de su marido, queriendo casarse con ella, se privó voluntariamente de la vida, al punto que dijo estas palabras: No permita el cielo jamás, dé la mano, por ser Reina, a quien ha sido cruel homicida de mi caro consorte.

Camma natural de Galacia en Grecia, fue tan fiel amante de su marido, que después de su muerte, siendo recuestada para mujer de un gran señor, llamado Sinoriso, que con igual intento había hecho dar la muerte a su querido dueño, mostró rehusar el partido con pequeñas repulsas: mas después poco a poco, disimulando la ira interior, fingió condescender, y acetarle. Por tanto, prometiéndolo así, se fue al templo de Diana, casi como para autorizar el desposorio con la intervención de su presencia. Llegada, esparció a la diosa un rocío de cierta bebida venenosa, que llevaba prevenida: después gustando parte, dio lo demás a Sinoriso, que lo bebió todo. Visto esto por ella, hizo con un gran suspiro reverencia al simulacro, y le dijo: Yo te llamo en testimonio de haber elegido sobrevivir a Sinato ni amado esposo, no más que por ver el presente suceso; pues no he gozado, desde que me faltó su persona, otro bien, ni placer, que la esperanza de poder vengarle algún día. Esta venganza protesto haber hecho ahora; y así parto alegre en busca de mi marido. Mas tú (y al decir esto se volvió a Sinoriso) el más perverso de todos los hombres, da orden luego a tus amigos y parientes, para que en vez del lecho nupcial, te prevengan hórrida sepultura; y esto apenas dicho, terminaron los dos el curso de sus días. Lastimó de modo la ausencia de Torcuato a Macrina su mujer, que estuvo un año entero sin salir de casa, ni asomarse a ventana, o puerta; habiendo hecho el marido largo viaje, respeto de cierta expedición. Otros muchos ejemplos proponen las historias acerca del grande amor de mujeres para con maridos, por quien podríamos afirmar, excederles en amar perfectamente: mas por no causar molestia con la prolijidad de un mismo asunto, me contentaré con los referidos.

Hasta aquí se propusieron los tres caminos más frecuentados en el mundo, para pasar con honor los que en él nacen y viven, matrimonio, armas y letras. Ahora será de no menor utilidad exponer algunos accidentes que envilecen, o califican los humanos, al paso que dellos se abunda, o carece. Serán los primeros con justísima causa, el inviolable candor de la Fe, fuerte cadena de los hombres, y el cumplimiento seguro y cierto de la palabra que se da, a quien haremos resplandecer más con ponerle al lado la escuridad de sus opuestos. Grande es la corrupción de nuestro siglo, grande su impiedad y malicia, cuyo general aplauso usurpa licenciosamente el lugar debido a la sinceridad de la inocencia. Hállanse los vicios hoy con tantas raíces, y tan en su colmo el perverso vivir, que casi se puede perder toda esperanza de que se haya de introducir jamás generalmente el hábito de la virtud, y la integridad de las costumbres que antiguamente florecieron. Frutos serían éstos fuera de estación, que si bien pareciesen bellos, no serían propios al uso común. Con todo, no ha de ser parte el vigor de un infame abuso, para que dejemos de representarlos a la vista, quizá agradada la voluntad de su hermosura, los estimará como preciosos dones.

Violar la fe es impiedad. Tiene Dios como verdad pura, en execración la mentira, siendo terrible en vengar el desprecio de su nombre. Amar, o aborrecer al descubierto, dice Tulio, es más digno de un generoso corazón, que esconder y disimular su afecto. Los engaños, escribe Séneca, son armas propias del vil y pusilánime. Así, según advierte Plutarco, no hubo virtud más observada entre los ilustres y grandes hombres antiguos, que el cumplimiento de la palabra; procurando, no manchase su pureza, ni aun sospecha mínima. Llamábanle fundamento de la justicia, lazo indisoluble de amistad, y seguro apoyo del consorcio humano. Vínculo de las ciudades nombró Tulio a la fidelidad, atadura de las Repúblicas, y armonía de los pueblos. Cualquiera que interpone su fe (hablo sólo de la que mira a la observancia de las mutuas convenciones y promesas) empeña cuanto tiene en el alma de precioso y divino. Por eso dudo, se halle quien se olvide tanto de sí mismo (si por ventura no le acompaña sangre vil) que ose romperla y violarla.

Atrévase a Dios inícuamente quien se sirve de su nombre con pretexto de mentira, quebrantando lo que es inviolable por naturaleza. Sería por tanto, de menor inconveniente, dejarle de traer en testimonio, que contaminar su decoro santísimo, perjurándose. Disputa es bien controvertida, si lo prometido y jurado por fuerza, se ha, o no, de observar. Alegan, ser justo atender la necesidad del que en tal ocasión promete, debiendo ser libres los actos de la voluntad. Mas sin duda, conformándose con los que mejor sienten, es forzoso decir, no permite jamás la magnanimidad perfecta se prometa cosa sobre el empeño de la fe, sin intención de cumplirla. No puede haber aprieto tan urgente, ni peligro tan grande, que obligue a violentar el albedrío, olvidándose el varón constante tanto de quién es, que se deje inducir a lo injusto, ni aun por huir la misma muerte. Así no hay cosa por quien se pueda conocer el necio del sabio, como por la promesa. Alárgase el indiscreto en este particular a cuanto el interesado quiere, y bien a menudo a mucho más de lo que se le pide: mas el varón de buen juicio considera bien la palabra en sentido y razón, primero que la envíe fuera de los labios: puesto que una vez dada, jamás la revoca, por daño, o pérdida que de haberla dado se le pueda seguir, estimando mucho más la honra de verdadero que la propia vida. Si no pregunto, ¿de



quién nos podríamos fiar en todo género de contractos, si fuese lícito a cada uno alegar necesidad, o fuerza, para colorir la falta y quiebra de fe? Todos los conciertos que se tratan entre los mortales, así en paz como guerra, y en todas las negociaciones particulares, es cierto, se hayan fundados sobre el bien que cada uno juzga necesario y provechoso a su parte. Según esto, debe cualquiera ponderar con atención y viveza lo que más le conviene, antes de prestar consentimiento sobre algún expediente; ya que alegar después engañosos menoscabos, es propio de necios y menores. Fuera de que en razón de romper la palabra, no pueden ser jueces de sí mismos los interesados. Convendría primero llamar las partes a quien tenemos obligación, y convenirlos delante del juez, para decidir si los prometimientos son lícitos, o no; necesarios, o violentos, según lo manifiesta la ley, relevando de su promesa al que la hubiere hecho injusta.

La equidad pone siempre la mira en la sinrazón, en la graveza, y en si alguno fue circunvenido por dolo, fraude, error, fuerza, justo temor, o por lesión enorme. Esto, cuando se ventilan en juicio tales circunstancias: mas cuando de nuestro propio motivo faltamos a lo que prometimos, ¿qué se podrá alegar sino falta de fe, malicia, engaño, cautela?

Conviene, dice Cicerón, cumplir inviolablemente lo que se promete al mayor enemigo, no obstante nos hubiesen compelido a hacerlo las incomodidades de la guerra. Siendo pues esto así, ¿cómo podremos, guiados de más fuerte razón, romper la fe a nuestros amigos, de quien hemos recibido solamente beneficio y placer? Vilísima cosa es la mentira, y los hombres que della se alimentan, indignos de respirar, pues no advierten, se alejan al pronunciarla de la verdad, origen de todo bien. Con igual engaño se destruye la trabazón y conformidad de la humana compañía; antes el lazo de la misma naturaleza, que nos obliga a querer y beneficiar a nuestros prójimos. Epeneto Espartano pretendió enseñar esta máxima, cuando dijo, ser los mentirosos en el mundo causa de cualesquier pecados y crímenes; y así merecedores de grave castigo.

Escribió Plutarco, ser la mentira un vicio servil, digno de ser aborrecido de todos, y punido hasta en los esclavos. Los que dicen uno, y piensan otro, deben, según Cicerón, ser juzgados por pésimos y faltos de fe: y añade, el hombre de bien abomina el mentir en toda ocasión, y más cuando compra, o vende. Pierde el que intenta tan infame ardid el nombre de leal y sincero. Ni es justo y virtuoso celar al comprador el vicio de la cosa vendida. Así son engañadores y falsos por la mayor parte, los que se sirven de copiosas palabras y artificios, a fin de encarecer su mercancía. Siempre los antiguos tuvieron por grande escrúpulo contaminar en cualquier forma la verdad, que debe hallarse en el corazón, y en la boca del virtuoso.

Mas si la mentira produce a todos deshonra y vituperio, es de considerar cuánto mayor le ocasionará a los Reyes, siendo propio de su autoridad poder hacer lo que les agrada. Si el Maquiavelo y sus secuaces, fautores de la tiranía, atendieran bien a lo que se lee en tantos lugares de las divinas letras, donde promete Dios destruir a los mentirosos y faltos de fe, sin duda no hubieran loado y defendido tan fácilmente las simulaciones, los engaños, las perfidias. No procuraran con semejantes maldades avenenar los ánimos de los buenos Príncipes, a fin de hacerlos degenerar de su ínclita naturaleza, y desviar de las huellas

honrosas que siguieron sus virtuosos antecesores. Hállase determinado por cierta decisión, digna de ser grabada con letras de oro, se deba poner entre los casos fortuitos el contravenir el Príncipe a su promesa, y no de otra suerte: puesto que es doblada en él la obligación; por la equidad natural, que quiere sean observadas las convenciones, y por la palabra del soberano, que se debe cumplir, no obstante cualquier daño que se le siguiese. Está constituido sobre sus vasallos, como por seguridad verdadera de toda la fe que se tienen unos a otros; y así el perjurio vendrá a ser en su persona el delito más detestable. Si no pregunto, ¿qué crédito se podrá aplicar a los propios juramentos, cuando se descubre desleal el que es deudor a la observancia de la justicia, el que olvida mantener en toda entereza los ajenos? Al opósito, siendo estable, su simple palabra es ley, y su fe Oráculo. Dios mismo (escribe el Maestro de las sentencias) está obligado a su promesa. Juntáos (dice) todos los pueblos de la tierra, y juzgaréis entre mi pueblo y mí, si se halla cosa que debiese hacer, sin estar hecha. Con esto, ¿quién pondrá en duda si tiene obligación el Príncipe de cumplir lo que jura y promete?

Del mismo origen de profanar la fe, y valerse de la mentira, se deriva, y nace la peste de los Reinos y Repúblicas, la traición, aborrecida de Dios, y de los hombres. Al traidor compararon los antiguos al veneno de alguna bestia, que tomándose para determinada ocasión, en habiéndose servido dél, se arroja, y echa de sí, como cosa ofensiva y aborrecible. Puédesse ejercitar el hombre ocioso; es fácil volverse callado el hablador; el goloso templado; continente el sensual; suave el furioso, y así de otros vicios: mas el que una vez adquirió nombre de traidor, ni hay agua que le lave, ni modo que le escuse. Atilio Régulo gran sujeto Romano (ejemplificó el cumplimiento de la fe) preso en la guerra por los Cartagineses, y enviado a Roma sobre su palabra, a fin de tratar la paz, y la permutación de los prisioneros, cuando llegó a su ciudad, aconsejó al Senado diversamente, mostrándole, no convenía al honor de la República condescender en lo que pretendía Cartago. Resuelto al cabo, en que convenía observar la fe, se volvió al enemigo, que le mató cruelmente.

Demarato Rey de Esparta, hallándose en Persia con su Rey, contra quien se había rebelado un gran señor, trató entre los dos de concierto. Después habido el vasallo en su poder, pretendía aquel Príncipe bárbaro vengarse de su osadía, con hacerle morir; mas el virtuoso Espartano se lo disuadió grandemente. Representole, resultaría en notable vergüenza suya, no hubiese podido castigar su rebelión, mientras era su enemigo, y que habiéndose ya reconciliado y teniéndole por servidor, lo intentase hacer, y más debajo la seguridad, derivada del pacto y reducción. Tras haber mandado publicar Augusto con son de trompetas, daría veinte y cinco mil escudos a quien le entregase a Erocota, cabeza de ladrones en España, él mismo se presentó al Emperador, pidiéndole la ejecución de la promesa: y no sólo se hizo cumplir, sino le concedió también su gracia, porque no pensase la gente, le quitaba la vida, por no pagarle el premio; y porque la fe y seguridad pública fuese observada a quien de su voluntad se venía a la justicia, no obstante pudiese proceder contra él, y formar enteramente su proceso.

Catón el mayor en la guerra contra los Españoles, se halló en un gran peligro. Nacía éste de la prevención que hacía la muchedumbre de contrarios para cercarle. Así, no pudiendo por entonces ser socorrido sino de los Celtíberos, le pedían de antemano docientos

talentos (esto es, ciento y veinte mil escudos) por razón del sueldo. Mostrole el Consejo, era imposible, prometiéndoles tal suma podérsela pagar en el tiempo señalado, y así ser mucho más expediente no servirse dellos. Mas el sabio y experto Capitán con mucha comodidad, y muy a propósito, se valió de tal ocasión, para dar a entender a los suyos la necesidad de morir, o vencer a los enemigos (tras haberse convenido con los Celtíberos) a fin de no manchar con mentira la Romana gloria en sus promesas. Porque si nosotros (dijo) vencemos la batalla, les pagaremos no con la hacienda propia, sino con la de los contrarios; y si perdemos, ni habrá quien pague, ni quien pida ser pagado. No se trataba punto en los magnánimos consejos de los Romanos en razón de cómo se pudiese engañar a los enemigos, ni a los de quien eran necesitados servirse; sino se resolvía morir, antes que faltar en algún modo a lo prometido. En esta conformidad salían siempre felices las empresas fundadas en la basa de manifiesta realidad. Como por opósito es fácil de ver, seguirse donde intervenía quiebra de Fe, por la mayor parte efectos contrarios a los desinios, junto con desdichados fines a los que eran culpados. Tisafernes lugarteniente del Rey de Persia, habiendo roto una tregua con los Griegos, le dio un Haraldo las gracias en su nombre, casi como infiriendo, hubiese con la perfidia y quiebra suya, cedido el favor de los dioses a la parte de los Griegos; y así le fueron faltando desde entonces los prósperos sucesos. Cleomenes, Rey de Esparta, hecha tregua con los Argivos, la tercera noche sabiendo se hallaban ocupados del sueño, los asaltó y rompió con cautelosa sutileza, alegando haber comprendido en la misma los días solamente, y no las noches. Mas los Griegos aplicaron el violarla a buen agüero, ni les salió vano del todo. Era la intención principal del Lacedemonio, señorearse de la ciudad de Argos con ocasión de aquella rota, pero no le sucedió así, porque habiendo las mujeres, movidas de justo enojo, tomado las armas para vengar la traición hecha a sus maridos, procedieron de modo, que retiraron de la muralla varonilmente al enemigo, y destruyeron la mayor parte de su gente. Desto sintió el Espartano tan grande rabia, que vuelto furioso, se hirió con un cuchillo el vientre, y murió. Caracala Emperador, habiendo encaminado su ejército a la provincia de los Partos, con pretexto de querer desposar la hija de Artabano su Rey, que venía en su busca para tal efecto; el Emperador contra la fe dada le asaltó, y puso en huida con mortandad increíble: mas decendido poco después del caballo para orinar, fue muerto de los suyos mismos. Sin duda justa disposición del cielo, que quiso castigar su perfidia con venganza de Artabano. Los Corintios, por haber ultrajado contra la razón de las gentes los Embajadores de los Romanos, vieron destruir, y arrasar por tierra sus ciudades. El Emperador Justiniano tuvo infinitas pérdidas, por haber roto la fe a los Sarracinos, y violado la paz que tenía con los Búlgaros. Concitó con esto, y con los infelices sucesos de las guerras contra sí el odio de los suyos de tal manera, que vuelto a Constantinopla, le usurpó Leoncio el Imperio, desterrándolo, tras haberle cortado la nariz. Rastrix Duque de Cleves habiendo quebrantado la fe a Ludovico Rey de Germania, fue vencido por él, haciéndole sacar los ojos, mientras le tenía en prisión.

## VARIEDAD DECIMOCTAVA.

PASEMOS ahora a los premios, aplicados por los antiguos a los traidores. Lastenes habiendo ayudado a Filipo Rey de Macedonia, para hacerse señor de la ciudad de Olinte, de quien era morador, y lamentándose con el Rey, de que algunos le daban nombre de traidor, sólo sacó por respuesta: Son por naturaleza los Macedonios tan materiales y rústicos, que sin saber colorir cosa alguna, a las piedras llaman piedras, hablando siempre con el rigor de la propiedad. Augusto oyendo se gloriaba Rimeralce Rey de Tracia, de haber dejado a Marco Antonio por juntarse con él, dijo en alta y clara voz: Podría ser me agradase según el incidente la traición; mas el traidor es imposible; pues dél no se debe fiar jamás algún hombre de buen juicio. El que entrega a su Príncipe, a su bienhechor, a su ciudad, a su patria, a sus parientes y amigos en las manos de los a quien no tiene obligación, ¿no venderá mejor cuando se ofreciere, los que para con él se hallan lejos de semejantes vínculos? Conoció bien esto Agides, hijo de Arquidamo Rey de Esparta, y lo supo dar a entender cómodamente a los Éforos, de quien era persuadido, quisiese llevar en su compañía la juventud de la ciudad, para tomar cierto castillo, en quien había un hombre prometido meterle por asechanza y a hurto, cuando volviéndose a ellos, les dijo: ¿Qué razón permitirá jamás, se haya de cometer la salud de tantos valerosos mancebos a uno que vende su patria?

Pausanias Capitán de Lacedemonios, habiendo recibido del Rey Jerjes quinientos talentos de oro, por la promesa hecha de entregarle la ciudad de Esparta, fue descubierta la traición por Agesilao su padre, que le persiguió hasta dentro del templo, donde muradas al punto las puertas, quedó encerrado hasta que murió de hambre. Después sacándole de allí, arrojó su cuerpo a los perros su propia madre, sin darle sepultura. Lo mismo sucedió con su padre a Casio Bruto, porque intentó vender a Roma. Darío Rey de Persianos, hizo cortar la cabeza a Ariobarzán su hijo, porque trató de entregar su ejército al Macedón Alejandro. Bruto pago en la misma moneda a sus hijos Tito, y Tiberio, por haber conspirado contra la patria, procurando restituir a Tarquino en ella. Tras haberles hecho dar en su presencia cruelísimos azotes, mando a los Litores los degollasen a sus ojos, sin apartar de los dos mientras se ejecutaba el suplicio, el severísimo semblante: celo y valor sin duda más que de hombre mortal. Así Plutarco, prudente ponderador de las más valientes acciones, atónito en medio de tan inaudita y prodigiosa resolución, se manifiesta perplejo en el juicio, por haber efetuado cosa que justamente, ni loar, ni vituperar se podía. Ambiguo pues en medio del apretado amor de la patria, y del estrechísimo vínculo de la sangre, concluyendo afirma; o que la alteza de su virtud le sosegó el ánimo, o la grandeza del infortunio le quitó el sentimiento del dolor. Habiendo tomado Mahometo a Constantinopla, por vileza y traición de un Capitán, tras crearle Rey, en cumplimiento de lo prometido, ordenó le cortasen la cabeza dentro de tres días; premio condigno a la maldad de hombre tan pésimo, por quien fue herida la Cristiandad de llaga tan dolorosa. Quedó en aquella calamidad muerto Constantino, el Patriarca y todos los Cristianos, junto con la Emperatriz, sus hijas y sus más nobles damas, fueron conducidas delante del mismo Mahometo, que tras infinitos ultrajes los mandó hacer pedazos. Merece toda alabanza el heroico hecho de Solimán, que enviando armada a la Belona, para pasar a Italia, tomó el Bajá tierra en el puerto de Castro, donde los moradores espantados de su repentina llegada, se le rindieron, bajo de su palabra y juramento, de poder partir salvas

las vidas y bagajes. Esto no obstante, el bárbaro Capitán dio muerte a cuantos no juzgó a propósito para servir de esclavos. Avisado desto Solimán hizo dar garrote al Bajá, apenas entrado en Constantinopla, volviendo a enviar los prisioneros a Italia con todos sus bienes; acto verdaderamente de tan gran Príncipe.

Por la mayor parte es la ingratitud compañera de la traición, y así parece convenir tocar algo della. Con tanta facilidad se pierde la memoria de los beneficios recibidos, que muchas veces queda del todo extinta antes de ser conocido su fruto, cuanto más reconocido. Al revés de los que recibieron algún daño; pues le olvida el interesado con indecible dificultad. Sin duda es éste el mayor crimen de cuantos puede ponderar la imaginación humana; abominable a cualquier varón bien instruido en la virtud. Jamás puede el ingrato ser generoso, ni justo. Por eso (como dice Sófocles) es menester tenga el hombre bien agradecida memoria del por cuya causa recibe cortesía y placer, puesto que el beneficio engendra beneficio, y todo ánimo apacible perdona fácilmente las injurias, excepto el ingrato que las conserva grabadas en bronce. Tan imprudentes vuelve a los hombres la ingratitud, que osan damnificar hasta los con quien tuvieron más estrecha amistad, hasta los a quien tienen más obligación, por sangre y naturaleza. Habiéndose mostrado el primer hombre ingratisimo a su Criador, parece le quiso castigar con el medio de tan grave ofensa suya. Sus propios miembros sujetos antes a la voluntad del ánimo, se le rebelaron contra de tal suerte, que a menudo le dejan cautivo en la servidumbre del pecado. Pues si necesaria y justamente nos hicimos herederos de la propia maldición, y por su respeto de la muerte, sería terrible ceguedad perder de vista, para dejarla de aborrecer, la eficiente causa de nuestra perdición. Y con ser esto así (¡oh miseria grandísima de la flaqueza humana!) si queremos examinar las vidas de los hombres más justos al parecer, será difícil, o imposible del todo hallarlas limpias de tan detestable vicio, así para con Dios, como para con los prójimos. Dilatado imperio posee la ingratitud. Gran deleite reciben los que la usan en tener delante las injurias, y tan a las espaldas las buenas obras, que jamás conceden lugar a su representación. Este defeto es mucho más propio en el ignorante, que en el discreto. No medita el primero las circunstancias del bien. Casi es un Dios el socorredor para el necesitado. Su honra y su ser restaura, pues se debe poner en igual ponderación la pérdida de la vida, y la extrema penuria. Al contrario el discursivo que se vio en las manos de la calamidad, no se harta de dar gracias a quien le libró della, y le trasladó a los límites de algún descanso. Treinta y dos años ha que dejada mi propia tierra peregriné por las estrañas, y en todas me fue necesario lidiar contra fuertes trabajos, para sustentar a su despecho la vida. No me inclinó a sumisiones a la entereza de mi condición, por lo que sólo en los mayores trances me valió el amparo del Cielo. Jamás experimenté propicio el favor humano, fuese, o por mi rígida condición, o por mi escasa fortuna; y aunque por este camino me hallé libre de reconocer particulares obligaciones, no puedo negar renunciaría de buena gana potencias y sentidos en quien por algún modo fuese mi bienhechor. De aquí nace el menosprecio de riquezas y ricos, pues serlo sin comunicación, será bueno sólo para comodidad de los poseedores, y así ellos solos se honren y estimen.

Enseñó varias veces la experiencia convenir a los privados, y otros ministros, que tienen grande mano en el manejo de la República, adelantar y anteponer a los más avisados y beneméritos, por hallarse de ordinario los deste metal, lejísimos de toda ingratitud, ya que

se olvidan antes de sí, que de los beneficios que recibieron. La vida del imprudente (dice Séneca) fue siempre ingrata, vacilante y movable en las cosas presentes por el vano deseo de las futuras. Vacía de reposo y tranquilidad; incierta de razón, ignorante del verdadero bien. De necios hinchados es airarse consigo mismos, y mostrarse disgustados y malcontentos acerca de todo: con que inconsideradamente entran en la jurisdicción de la ingratitud, y en el olvido de las propias calidades, de quien proceden pesares y melancolías sin propósito, que atieran los hombres, y los hacen envejecer más que los años. ¿De qué os halláis tristes, oh vosotros quizá indignísimos, a quien injusto favor colocó en sublimes grados? ¿Por ventura de ver ocupáis con mala conciencia, como desnudos de virtud, los puestos señalados para quien la tuviere? Jamás están contentos los deste género con la presente condición, ansiosos siempre de mayores cosas. Esta apatencia inmoderada les hace formar lamentos y murmuraciones contra quien los ampara y favorece, en lugar de celebrarle y encarecerle, sin desviar jamás de sus labios sus alabanzas. Por cualquier mínimo golpe de aflicción olvidan millones de gracias y mercedes. Házelos exclamar, y dolerse el asomo de la menor adversidad, estando apenas seguro el Cielo de sus blasfemias. No advierten dispensa Dios con justicia bien ordenada salud y enfermedad, riqueza y pobreza, honra y menosprecio, según juzga convenir a cada uno. Hállase la destemplanza de nuestra carne pronta para sacudir el yugo de la razón, la vez que somos tratados con demasiada blandura, y así conviene interponer el freno de alguna tribulación, domándola como con disciplina, porque no desistamos del todo del servicio y obediencia que debemos al Señor. Los sabios desechan la ira de sí, en particular cuando las cosas suceden al contrario de lo pretendido por nuestra inconstante y rebelde voluntad, como quien las más veces, ni sabe, ni conoce lo que le importa. Quien siente lo irremediable (dice Pitágoras) devora su corazón, y ofende su propio espíritu, aniquilándole con pesados pensamientos. Demás, considerado bien, no hay cosa que tanto moleste esta miserable vida, como el permitir entren súbitamente en la imaginación aflicciones y penas, de donde no salen después sino poco a poco. Estas son las melancolías que según Platón, provienen de humos tristes y amargos vapores, amasados dentro de nosotros, que se levantan entre las vías del alma. De cuyas claras y evidentes señales, se forjan los extraordinarios sueños. Proceden éstos de replección de gruesos humores, que bullendo perturban los espíritus vitales, ofuscando los sentidos con las nieblas de ignorancia, de murmuración, codicia insaciable, arrogancia y otras íntimas pasiones, de que se engendra y alimenta la ingratitud. Ésta nos impide reconocer los beneficios alcanzados, así para con Dios con acciones de gracias, como para con los prójimos con obras de caridad, que el mismo sin haberlas menester pone a su cuenta. Conociendo esta humana fragilidad, debrían los bienhechores no dar ocasión de indignar a los que tienen obligados: puesto que la breve austeridad de un rostro hace olvidar cuantos favores se han conferido por lo pasado.

Suelen cometer también semejante vicio los más nobles sujetos, pues olvidan por ligera ocasión los mayores servicios de los suyos, premiando y engrandeciendo los introducidos de nuevo en la casa; prontos ministros quizá de sus ilícitos gustos. No se halla cosa tan molesta para ellos como la recordación de criados viejos, con quien se desabren por instantes, olvidados de las antiguas obligaciones que les tienen. Sácase de aquí por cosa cierta, no poder un Príncipe ingrato tener largo tiempo en su servicio a un hombre de capacidad; por ser, como dice Platón, la esperanza del premio, y honra uno de los

principales fundamentos de la virtud, siendo la benignidad y agrado de los señores, el más apetecido galardón de los virtuosos. Con medio tan fácil, y cosa que cuesta tan poco, los encienden de continuo, y dejan deseosos de solicitarles mayor aumento de estado, y grandeza.

Advirtieron no sin propósito los antiguos, ser compañera de la imprudencia la ingratitud: ya que si no se halla cosa tan descarada como el imprudente, ¿de quién se puede afirmar tenga menos vergüenza que del ingrato? Entre las leyes que Dracón estableció a los Atenienses, se leía este orden y precepto: Si alguno hubiere recibido buena obra de su vecino, y al cabo de mucho tiempo se le descubriere ingrato, y mal reconecedor della, sea conducido a muerte. Y si bien proponen varios autores, no haberse hallado Rey, o Príncipe que igualase al grande Alejandro en magnificencia y liberalidad; ni a Julio César en clemencia, y en perdonar injurias, leemos por otra parte, que en reconociendo a uno ingrato, ni Alejandro le daba, ni le perdonaba César; tan odiosa fue siempre a los magnánimos la ingratitud. Esta es quien siembra disensiones, discordias y querellas entre hijos y padres, entre hermanos, parientes y amigos, sólo por falta de reconocimiento de unos a otros. Ella quien rompe los vínculos de naturaleza que nos ligan, y de nuevo inseparablemente nos unen, por los beneficios con que todos los días nos hacen sus nuevos deudores, si consideramos bien la calidad de nuestra condición, que no puede conservarse sin el socorro y ayuda de muchos, por grandes que seamos. Por experiencia se ve, ser demasiado verdadero el dicho de un antiguo, que afirmaba, todas las cosas humanas envejecerse, y venir a su fin con largo curso de años, si no es la ingratitud, que antes se renueva y crece al paso que crece, y se aumenta el género de los mortales.

Muchos ejemplos se pueden sacar de las historias contra este monstruo, a propósito para representar más vivamente a cada uno su obligación. Pirro de condición agradable con los suyos, y fácil en perdonarlos, en medio de su mayor indignación se mostraba vehemente sobremanera en remunerar los placeres recibidos. Por esta causa de oro con exceso la muerte de un su amigo. No, decía, por haber visto en él lo que es común y necesario a la naturaleza humana, sino por haber perdido la ocasión de mostrarle el reconocimiento de algunos beneficios que dél había recibido, de que a sí mismo reprehendía y vituperaba, por haber dilatado y diferido semejante demostración. Puesto que si bien los dineros de empréstito se pueden entregar a los herederos de quien los dio, lastima en el corazón al hombre de generosa naturaleza, no poder hacer gozar de la recompensa merecida a la causa principal. Por eso los antiguos recelando y aborreciendo ser notados de ingratitud para con los amigos, contendían aun con los mismos adversarios, sobre quién dellos se adelantase en hacer mayor bien, y usase mayor cortesía al compañero. Esto manifestó el mismo Pirro con los Romanos, de quien fue advertido de una traición, enviándoles un gran número de soldados prisioneros, sin algún rescate. Pero no sufriendo los otros ser superados en beneficios, y por quitar todo escrúpulo de que se hubiese podido creer, no habían querido consentir semejante maldad, con intento de esperar galardón, remitieron en retorno a Pirro otros tantos prisioneros de los suyos. Cicercio, secretario del gran Cipión, teniendo por su competidor al pretender la Pretura el hijo de su dueño ya difunto; visto alcanzaba más apretado favor que el mancebo, receló de manera ser notado de ingratitud (respeto de reconocer de su padre todo su aumento y ser) que despojada la vestidura blanca, traída por los que pedían los Magistrados, se puso a solicitar por la parte

de Cipión, haciéndole conseguir el honroso grado de quien él se podía ornar. Léese de un bárbaro Turco, Almirante por los infieles en la guerra contra Balduino Rey de Jerusalén, que deseando no quedar vencido en beneficencia, ni adquirir nombre de ingrato con el mismo Príncipe, de quien una vez junto con su mujer había sido librado teniéndolos en prisión; fue de noche a buscarle dentro de la ciudad, donde se había retirado tras la pérdida de una batalla. Declarole allí por estenso los disinius de sus compañeros, y sacándole de aquella parte, le hizo compañía y escolta, sin desampararle jamás hasta ponerle del todo fuera de peligro.

Mas cuanto a la consideración que deben tener los grandes en galardonar liberalmente los hombres de mérito, es loable la determinación hecha por Bayaceto Emperador de Turcos. Éste habiendo en la guerra contra Venecianos, tomado la ciudad de Modón, y entendido, fue un Jenízaro de veinte y dos años el primero en subir la muralla, animando con su valor a los otros compañeros, le hizo al punto merced de un Sanyacado oficio de los mejores, y más ricos tras los Bajáes. En suma, para huir del todo la nota de ingratitud, es menester se considere el beneficio al recibirle, para estimarle mayor de lo que es en efeto, como al contrario, menor de lo que podría ser de parte de quien le hace, resultando desto, la prosecución en las buenas obras, y la conservación de la benevolencia con que se halla ligado el humano consorcio. El cuerdo no desdeña jamás recibir comodidad, y favor del que le hace a título de amigo con sincera voluntad, sin haberle de dar en rostro. Común es en el mundo el dar, y recibir, ni desta recíproca correspondencia se escapan los mayores Monarcas. El Príncipe, es un mar formado de arroyos y ríos (esto es, a quien hacen rico los tributos y rentas) de quien vuelven a salir para particular y común beneficio; advirtiéndole, ocasiona siempre la honra la doblada remuneración de lo recibido, cuando es posible conferirla. Artajerjes Rey de Persia, no despreció el agua de un pobre labrador, ofrecida en las manos. Antes la recibió con rostro alegre, midiendo la ofrenda, no de la pequeñez de su valor, sino de la buena voluntad de quien la hizo. Manifestó con esto, no ser menor acto de magnanimidad, acetar y recibir con gozoso ánimo las dádivas pequeñas, que aplicar a otros las grandes. Consistiendo la verdadera virtud, según Platón, en lo que se obra no por otro fin que la misma, debe quien tiene inclinación de hacer bien a todos, no perderla respeto de haber hallado ingratitud en alguno. Arrepentirse, dar en rostro, pretender recompensa de lo hecho, no es acto de hombre generoso, siendo bastante satisfacción de la buena obra, el contento de haberla puesto en ejecución.

Mas pasemos de igual tema de ingratitud, digno por su mala calidad de ser dejado presto, a los instrumentos de la liberalidad, que son las riquezas. Déstas afirmó Epícteto no debían ser comprendidas en el número de bienes, por incitarnos a demasías, y distraernos de la templanza. Esto nace de la dificultad que tiene el rico de ser templado, como el templado de ser rico. Por tanto, del modo que ninguno sabe servirse de un caballo sin freno; así dijo Sócrates, no se halla quien sepa valerse del bajel de las riquezas, sin el gobernalle de la razón. Es casi imposible (advirtió Diógenes) pueda residir la virtud en ciudades, ni en casas ricas, por hacer de ordinario no menos altivo al dueño la mucha hacienda al poseerla, que codicioso al recogerla, y avaro al conservarla, fuera de la disolución que ocasiona el deleite y uso de la misma. Admira sobremanera, ver cuán ocupados se hallan los hombres de nuestra edad, en amasar y crecer



instrumentos que les han de servir tan corto espacio. Pueril imprudencia es, anteponer a los bienes inmortales, y ciertos, las cosas terrestres y caducas, cuya calidad produce inquietudes. Justo es dice Sócrates, no desestimar las riquezas, si dellas no se halla lejos la bondad: mas raras veces se ve ser bueno el rico. La abundancia de haberes corrompe las costumbres, a quien lisonjean con su comodidad. Hace a los dueños insolentes, y arrogantes, débiles y perezosos, sintiendo con extremo entrar en las fatigas de afuera, quien goza en los límites de su aposento de muchos regalos. Feliz llaman comúnmente al facultoso, mas yerran los que así opinan: los buenos sí que se deben juzgar dichosos, como quien acaudala hacienda con que adquirir inmortalidad. La posesión de las riquezas es, según Sócrates, sumamente peligrosa, pues sirven más a lo injusto que a lo honesto, ministrando licenciosa vida. ¿Quién frecuenta tanto los vicios como los poderosos? O ¿quién como ellos comete atrocidades, y escándalos? Los hombres (advierde Tales) son por naturaleza no del todo enemigos de la virtud, mas los deleites los trastornan, los atraen, y entregan a todo género de perdición. Desvíanlos de las cosas ciertas con la falsa apariencia del bien, sin permitir se aparten un punto del riesgo en que los mantiene su engaño. Cuanto a lo primero, le ciegan los ojos del discurso, porque no pueda entender particular alguno que pase de lo exterior. Las riquezas dijo Anacarsis, son insolentes y tímidas, quien dellas se sirve, vuélvese sensual, quien se abstiene miserable. Por lo menos tienen por propiedad no dejar contentos jamás a sus poseedores, antes los atormentan con insaciables deseos. Hemos visto en nuestra edad sujetos decrépitos del todo con tan abominable codicia, que con cuanto el mundo contiene no fuera posible satisfacerla. Olvidan restituir siquiera cuando a la tierra los huesos, a sus dueños los bienes, muriendo como hidrópicos a quien dobla la sed la copia del agua. Tristes entre montes de plata, y oro, y entre las mayores riquezas con mayor ansia de su aumento. Dellas se derivaron sin duda cuantos males afligieron al mundo, perturbaciones, guerras, y calamidades. Entre los más estrechos amigos, y conjuntos parientes, siembran discordias: introducen muertes, profanando las leyes divinas y humanas, y los más apretados vínculos de naturaleza. ¿A qué no se atreven injustas ganancias, ruina y asolación de provincias enteras, como lo puede certificar tanto ilícito contrato? ¡Cosa rara y sobremanera perniciosa, que sea bastante un extranjero cuyo caudal las más veces consiste sólo en una pluma, a empobrecer y destruir con execrables negociaciones el Reino de mayor opulencia! ¡Ay dolor! ¿quién conocida la enfermedad, deja de aplicar el remedio?

El vivir mal (según Eurípides) es propio del que más tiene, siendo acción casi divina no desamparar los confines de la templanza quien de más riquezas abunda. Así como la embriaguez engendra rabia (dice Aristóteles) así la inconsideración junta con la potencia, causa insolencia, y furor. Y en el cuyo ánimo se halla mal compuesto, ni la hacienda, ni el vigor, ni la hermosura merecen título de bienes: antes al paso que todo esto se fuere aumentando, irá produciendo mayor mal en su poseedor, respeto de su depravada calidad. Velo de la vida llamó Bías a la plata, don de fortuna a quien la avaricia afrenta, y deshace la prodigalidad. La verdadera riqueza (escribe Platón) consiste en disminuir el deseo de adquirirla; pues será lo demás un ser de continuo pobre.

Casi siempre para en abuso la dispensación de los bienes. Éstos los gastan en deshonestos placeres, aquéllos en fábricas que no habitan, otros en pretensiones que no consiguen. De aquí es desear el sabio verse libre de tales estorbos, para seguir con más ligereza los

encumbrados caminos de la contemplación. Conoce la naturaleza vana de cuanto los mortales estiman por bien y felicidad en este mundo, y así no puede tolerar su cuidado. No da el vestido calor al hombre, enseña Plutarco, sino sólo contiene dentro el natural, impidiendo no se dilate por el aire. Pues de la misma suerte, no porque uno se halle ceñido de muchas riquezas vivirá con más quietud y contento, si no procediere de lo interior del alma su alegría, y reposo. Conviene pues, escombrarla de íntimas pasiones, si no ha de ser perturbado lo exterior. Poco alegre de suyo es la vida; justo es entretenerla, y divertirla con el loable uso de medianas riquezas. Sobre todo, es necesario desechar hasta el menor pensamiento de adquisición, porque la más tenue codicia, consume y roe siempre el corazón. Todo se alcanza, se suele decir con el dinero; mas es engaño, pues a menudo carece de más reposo quien más tiene. Jamás se pone límite al deseo, y así la congoja continua de juntar más bienes, despidе el gozo que pudieran ocasionar los poseídos. Por este camino es sin cesar agitada la imaginación, puesta como en medio de una perpetua batalla. No es juzgado mejor el caballo, dijo Epícteto, por la comida más abundante, ni por los jaeces más ricos, sino por ser más fuerte, más veloz, y mejor amaestrado. Síguese, que siendo estimado cualquier animal por su virtud, no cuadra lo sea el hombre sólo por su riqueza, por su nobleza, por su hermosura. Partes más preciosas ha de tener, tales son las dotes del alma, templanza, prudencia, valor. Sin éstas, dijo un moderno, eran los de mayor fausto como Gigantones de procesión; en lo aparente grandazos, con muchas sedas y atavíos, mas en lo interior, unos pícaros sudados, viles y rotos. El facultoso según común opinión, pasa más fácilmente la penalidad de la vejez, mas yerra quien lo imagina. Podrán bien los haberes hacer gozar al cuerpo más regalos, más deleites, mas no serán parte para quitar de su alma la tristeza, el horror y miedo de la muerte; antes le serán causa de aumentarle dolor con el pensamiento de haberlos de dejar por fuerza, y quizá prestísimo.

Finalmente, si se ponderan los documentos de los antiguos a este propósito, reconoceremos producir de ordinario las riquezas perniciosos efetos, si no se poseen y dispensan con razón de verdadera prudencia. Pues ¿qué si son granjeadas injustamente? Por rudo y bestial que sea el dueño, será atormentado, y consumido del interior sindéresis, del incesable escrúpulo de la conciencia. Merecen conmemoración algunas personas ilustres por sabiduría, de quien fue con todas veras huida y menospreciada como frívola la ocupación, la insaciable codicia que comúnmente se descubre en el cúmulo de bienes. Marco Curio Cónsul Romano, el primero de los varones de su tiempo, que gozó tres veces la gloria del triunfo por las señaladas vitorias conseguidas en honra de su patria, hizo tan poco caudal de las riquezas, que su mayor posesión consistía en una pequeña granja de bien pobre edificio. Habitaba en ésta la mayor parte del tiempo; cuando se hallaba desocupado, y libre de los negocios públicos, cultivando por sí mismo el limitado terreno que la ceñía. Déste se escribe, que visitado de ciertos Embajadores, le hallaron en la cocina cociendo algunos nabos para cenar; y habiéndole presentado de parte de su República crecida suma de plata y oro, rehusó acetarla, diciendo, ser superflua del todo para los que como él se contentaban con aquella despensa y provisión, juzgando por más honra mandar a los dueños del oro, que poseerlo. Los Embajadores de Alejandro, presentaron a Foción cien talentos, sinificándole, se los enviaba en don aquel Monarca, y preguntándoles la ocasión que le había movido a emplear particularmente en él igual cantidad hallándose otros muchos Atenenses; dijeron, que sólo por haberle parecido

hombre de bien entre todos los otros. Pues yo me contento (replicó) con parecérselo, y ojalá fuera tal. Volved el presente, que os certificó será en mi poder sólo un pedazo de tierra inútil. Acción heroica y grande, y más en quien era supeditado de pobreza. Filopomenes Capitán general de los Aqueos, habiendo sido autor de la amistad, y unión de la ciudad de Esparta con la suya, los Lacedemonios le remitieron un donativo de setenta y dos mil ducados: mas él sin admitirlos, se partió luego a Esparta. Allí insinuó al Consejo, no ser cosa de hombres valerosos, y buenos amigos, procurar corromper, y granjear con interés, a quien sin gasto acudiría a su servicio. Que sólo se debía tapar las bocas con dones a los que con inteligencias sediciosas abrasaban las ciudades; a fin de que diesen menos trabajo al gobierno de la República. Un gran señor Persiano, asistente en Atenas, por un caso grave sucedídole en su patria, conociendo serle importante el favor, y ayuda de Cimón, uno de los más principales de la ciudad, le presentó dos fuentes grandes, llena la una de piezas de oro, y la otra de vasijas de plata. Ocasiónó risa la diligencia al sabio Griego, y vuelto al Persa, le preguntó: cuál estimaba en más, tenerle por su amigo, o por su mercenario. Por amigo, respondió el Caballero. Según esto guarda (dijo Cimón) ese presente, pues estoy seguro tendré siéndolo tuyo, a mi disposición, la plata y oro que poseyeres. Habiendo Anacreonte recibido de Polícrates en don cinco talentos, le inquieto de tal forma dos noches el cuidado de su empleo, que se los volvió a entregar, diciendo, no merecían la perturbación, y enfado que se le había seguido por su respeto. Senócrates, no admitió la gracia de treinta mil escudos hecha por Alejandro, escusándose con que no los había menester. ¿Es posible (replicó el grande Emperador) que carece por lo menos de un amigo a quien darlos? Porque cuanto a mí sé decir, no me basta el tesoro de Darío, para dispensar entre los míos. Sócrates instado grandemente del Rey Arquelao, prometiéndole porque le fuese a buscar grandes riquezas, respondió: Vale en mi ciudad la harina muy barata, y el agua de la ofrecen de balde las fuentes. Poco más de pan y agua, dijo Menandro, es menester para pasar la vida. Polvo de la tierra, y arena del mar, llamó Bías al oro, a la plata, y a las piedras preciosas, y como tales, dignas de menosprecio. Riquezas que no traemos dentro del alma, advierte Pitágoras, en vano nos persuadimos a llamarlas nuestras. A este propósito viendo Sócrates, se juzgaba Alcibíades poderoso por la gran cantidad de lugares que poseía, le enseñó un mapa universal, preguntándole, si reconocería allí sus tierras en los límites Áticos, respondió: ser esto imposible, por no hallarse descriptas en igual carta. Pues cómo, añadió el Filósofo, te glorias de cosa que no tiene género de parte en el mundo?

El uno de los medios que tuvo Licurgo, de quien se sirvió mucho en la reformation del estado de Lacedemonia, fue el desterrar toda manera de oro y plata, ordenando corriese sólo una de hierro de precio bajísimo, con que desterró de la ciudad la codicia de riquezas, por la mayor parte ruina de los estados. El considerar este inconveniente hizo decir a Platón, no quería tuviesen manejo de estimados metales los Príncipes y Gobernadores de su República, ni sus gentes de armas, sino que del público les ministrasen todo lo necesario. Alegaba, que así como los vestidos largos sirven destorbo al cuerpo; las grandes riquezas causaban impedimento al alma. Al contrario de la pobreza, que la mantiene ágil para toda ocupación, y libre de cualesquier cuidados. Así la llamó Diógenes, ayuda para la Filosofía, siendo por sí misma docta, pues lo que aquélla hace conocer con palabras, persuade ésta con efectos. Los ricos, dijo Sócrates, tienen necesidad de muchos preceptos, esto es, que vivan templadamente, que ejerciten los

cuerpos, que no se deleiten mucho en adornarlos, y otros casi infinitos, que por sí misma enseña la corta posibilidad. La tierra común madre (si bien pródiga en dar todo lo necesario a nuestra conservación) nos echó a todos fuera de su vientre desnudos, y de la misma forma nos ha de recibir dentro de sí. Supuesta pues esta verdad, no puedo descubrir ocasión por donde unos se hayan de llamar pobres, y otros ricos. El principio, el ser y el fin de la vida temporal de todos los hombres en cosa se hallan disímiles, salvo si no queremos decir en gozar algunos, durante el vital momento, con más abundancia lo de que otros sólo según su necesidad. Mas parece bien fuera de propósito, y sin alguna apariencia de razón, sean reputados los que llamamos pobres, según la vulgar opinión, menos fortunados que los ricos, y por modo decir hijos espurios. Fúndase queja semejante, en no ser igualmente acomodados de los bienes de su madre, esto es, de las riquezas del mundo, viéndose con todo exceso en él, unos faltos, y otros copiosos dellas. Porque quanto a lo primero, no se halla, ni aun entre los más indignos, y miserables (si ya no es por algún extraordinario infortunio) quien deje de ganar, bien que con alguna fatiga, lo conveniente, y forzoso al sustento, y vestido: ni que por falta desto llegue antes al fin de sus días. Viejos son muchos mendigos, y menos sujetos a enfermedades peligrosas que los más facultosos. Pocos mueren de apoplejías, y hartazgas, pocos de corrupción de sangre, de que se derivan tabardillos, y dolores de costado. Tampoco ceden su parte y porción a la de los más ricos, quanto a los bienes incomparables y eternos de nuestro común padre. Antes suelen llevar conocidas ventajas los pobres en ser recompensados sobre los otros. Siendo así, que retirados del cuidado, y gobierno de varias cosas terrenas, se sienten mucho más aptos por gracia especial y divina para la contemplación de las celestes. Por tanto les viene a ser facilísimo sacar grande, y firme contento en la vida presente, por la cierta esperanza del cumplido gozo que les aguarda, llegado el día de su inmortalidad. Resplandece sin duda la luz divina mucho mejor en los ánimos libres, que en los conmovidos de los afectos mundanos, cuales son los que producen, y ocasionan las riquezas. Queriendo enseñar el mismo Salvador doctrina tan provechosa, dijo al que le preguntó lo que debía hacer para poseer la vida eterna: Si quieres ser perfecto, vende lo que tienes, dalo a pobres y sígueme; que tendrás un tesoro en el Cielo; añadiendo la dificultad con que entraría en él quien fuese rico. Si en un convite, dice Epícteto, nos contentamos con lo que se nos da; y juzgamos acto de grande imprudencia, y villanía pedir al dueño otra cosa; ¿cómo tendremos osadía para solicitar en Dios más de lo que fuere servido darnos, siendo siempre el no concedérselo singular merced y misericordia? Él sólo es quien ordena la condición de unos y otros. No se olvida del sustento de los mismos irracionales, compartiendo entre los vivientes quanto con su infalible y eterna presciencia conoce ser conveniente. Mas como herederos del primer hombre, no es maravilla esperamos de la memoria, con el detestable vicio de la ingratitud, tantas mercedes como por instantes confiere en nosotros su infinita bondad.

La pobreza, dijo Aristófanes tratando de sus frutos, es maestra de las costumbres. Parece áspera a la vista, grosera y enfadosa, mas sin duda es ama de buena cría, como quien enseña templanza, y abstinencia. A las riquezas acompañan muchos vicios, (dice Eurípides) a quien evitar del todo es casi de valor soberano, mas la pobreza como escuela de toda virtud, es desamparada de la sabiduría. Todos los hombres de bien se contentan con las cosas necesarias; ni para con el Cielo tiene más calidad el sacrificio de muchas víctimas, que el de escaso incienso. Hállanse (advierde Menandro) los pobres debajo la

custodia y amparo de Dios, y así es mejor poseer pocos bienes con alegría, que muchos con tristeza. Con el limitado desear iguala el más pobre al más rico; volviendo según Anaxímenes la falta de hacienda el espíritu del hombre más pronto y vivo, y más excelente para todo. La vida de los pobres es semejante a la navegación hecha por las orillas del mar; mas la de los ricos penetra en los golfos, por eso en cualquier borrasca es fácil a los primeros arrojar el áncora, y salvarse en tierra: no así a los otros por hallarse en poder de la fortuna, y no estar en su mano arribar. No huyas (aconseja Hipseo) la pobreza, sino la injusticia. Ninguno fue castigado por pobre, mas sí bien por injusto. La hambre (dice Plutarco) no engendra jamás adulterio, ni la falta de oro sensualidad; amable según esto es la pobreza, por ser una breve templanza. Si naciste entre Persianos (dice Epícteto) allá vivirás felizmente, sin procurar avecindar en Grecia. Según esto, loco quien no gusta de vivir quietamente en escaseza de haberes, si nació en ella, dejando de afanarse en acumular riquezas con que pasar más desvanecido. Mejor es dormir en pequeña cama estando sano, que en grande y espaciosa hallándose enfermo. Así es mucho mejor vivir con pocos bienes en reposo, que con muchos en zozobra. No es la pobreza quien causa los trabajos; ni quien libra de temor la riqueza, sino la razón, que induce al hombre a no desear la última, y a no tener la primera. Si las cosas hablasen, dijo el prudente Bías, defendería la pobreza maravillosamente su partido. Podría alegar por lo menos no hacer injuria a alguno; si ya no se pretendiese contra ella serlo perficionar los dotes del alma, la prudencia, la justicia, la fortaleza.

Quien piensa (dice Tales) que impide la pobreza la Filosofía, y que la riqueza la ayuda, engañase grandemente. Suelen sin duda filosofar mucho mejor los profesores de aquélla, que los profesores désta, como quien desvía los ánimos del derecho camino de la virtud, ocupada en los negocios y tráfaos del mundo. A esto quiso también aludir Teonio cuando dijo, eran más los que morían de hartura, que de hambre. Arístides, intitulado el justo, fue elegido antes siendo pobre, que todos los ricos, para quitar el tributo en Atenas. La amistad déste procuró Calias el más facultoso de aquella ciudad, por diferentes medios; mas por no divertirse con hombre de diversa ocupación, nunca la quiso arrostrar el Filósofo. Epaminondas no fue llamado semidios, ni salvador Licurgo, por ser abundantes de riquezas, y siervos de sus pasiones; sino porque contentos con su pobreza, fueron de indecible utilidad a su patria. Es común casi entre todos haber hecho voluntaria dejación de las riquezas muchos sabios antiguos, por retirarse sin género de impedimento al sagrado de las Academias, donde sólo se trataba de inquirir los tesoros de sabiduría. A menudo la calamidad es causa de seguir la virtud, dice Aristóteles. Así Zenón, fundador de la escuela de los Estoicos, tras haber poseído grandes bienes, y haber hecho muchas pérdidas, no quedándole más que una nave para sus mercancías, entendido se le había también ido a pique; Haces bien, dijo, oh fortuna, en quitar de mí el último estorbo, bastante a divertirme de mis estudios. El ser Diógenes desterrado de la patria, fue ocasión y principio de su perfección, y ciencia. No es difícil poder llegar a ser sabio un pobre, si se considera lo que Cleantes respondió a Antígono Rey de Macedonia. Preguntole este Príncipe, si había cesado ya de dar vueltas a la rueda de un molino: No señor (dijo) todavía la revuelve mi mano, por depender desta ocupación mi sustento: mas no por eso desamparo un punto la Filosofía. ¡Cuán grande y generoso era el ánimo deste personaje!, pues tras haberse fatigado en el ejercicio que se apuntó, con la propia mano que giraba la muela, escribía de la naturaleza de Dios y de los Cielos. Otros dicen servía de llevar agua

a un jardín, con cuyo jornal sustentaba la vida. Hacia esto la noche solamente, por tener desocupado el día para oír las disputas de los Filósofos. Éste me trae a la memoria otros dos; el uno Menedeno, y otro Asclepiades, que acusados en presencia de los Aeropagitas, jueces supremos en Atenas, como personas ociosas, y que no poseían hacienda alguna; preguntados de qué vivían, respondieron sólo, se informasen de su amo que era un hornero. Por tanto hecho llamar incontinentemente testificó, se empleaban todo el día en el estudio de las letras, cerniendo de noche su harina, por cuya ocupación les pagaba lo bastante al sustento. Bien limitada sería sin duda la cantidad; mas hállese contentos tales hombres con muy poco, consistiendo todo el regalo de su comida en pan, agua, yerbas y frutas de quien con grande alegría, y felicidad se alimentó siempre Pitágoras.

No obstante lo alegado en favor de la pobreza, es si no del todo imposible, difícil por lo menos mucho despojar a los hombres del miedo y odio que le tienen huyendo naturalmente della. Para cuyo desengaño es justo oír a los antiguos sobre quién sea el que con propiedad deba ser tenido por pobre. Visitado una vez Diógenes de Alejandro, entre otras cosas le vino a decir últimamente: Echo de ver, oh Filósofo, careces como pobre de muchas cosas; y así pídemelo cuanto quisieres, con seguridad de que te lo concederé al punto. A esto menospreciando el excelente varón sus ofertas, como quien no las había menester, respondió: ¿Cuál de los dos, oh Alejandro, te parece tenga mayor necesidad, y por esta causa deba ser llamado más pobre; yo que no deseo más que mi escudilla de madera con un poco de pan, o tú que siendo Rey de Macedonia, te expones a tan varios peligros por estender tu Reino tanto, que apenas el mundo basta a terminar tu ambición, a contentar tu avaricia? El Monarca admiró tanto la magnanimidad de aquel sujeto, que dijo en voz alta: A no ser Alejandro, gustara de ser Diógenes. Haciendo el Cónsul Mario la distribución de las tierras entre sus ciudadanos, dio a cada uno solamente catorce campos, y entendiéndose se mostraban algunos con pedir más descontentos: No quiera Dios (les dijo) juzgue quien es Romano poca la tierra que basta para alimentarle. Por tan loable cosa tenían aquellos sabios el contentarse con poco.

Por otra parte ¿con qué razón podremos llamar pobre al que tiene el alma rica de raras, y preciosas perfecciones? Cicerón escribiendo a Ático, supuso han de intervenir tres cosas en la amistad, y que tenía obligación el amigo a procurarlas al con quien se daba por tal: que tenga salud, que no pierda la honra, y que no padezca necesidad; circunstancias que concurren fácilmente en el templado. En suma, si algún género de pobreza merece odio, y vituperio, será la que se deriva de flojedad, de pereza, de ocio, de sensualidad y glotonería; vergonzosa sin duda, y reprehensible. Mas cuando concurre en hombre de buena vida, industrioso, diligente, justo, osado y discreto, sólo sirve de singular prueba de magnanimidad, y grandeza de corazón, por aplicar el ánimo a cosas sublimes, y altas, no a las que son tan pequeñas, y viles, como caducas riquezas. ¿Es por ventura mejor ser como usan hoy muchos por hacerse facultosos, desalmados ladrones, públicos facinerosos, infieles en cuanto meten la mano, aniquilando pobres, desollando miserables, y destruyendo totalmente la República? Mas en el número de los pobres loables y buenos, se puede entre otros muchos poner Arístides, Capitán Gobernador del Estado de Atenas, pues tras muchos cargos supremos, ejercitados por él en beneficio de su patria, quedó con tan gran pobreza, que muerto faltó con qué poderle enterrar. Éste solía decir, debía ser

sólo menospreciando el pobre por negligencia, por incapacidad; no el que con valor conocido aspiraba al honor, a la fama; propios bienes de la inmortalidad.

Por lo menos se halla la riqueza sitiada las más veces de dos fuertes enemigos, que a no valerse a menudo de los actos de prudencia, o la destruyen, o la deslustran; éstos son avaricia y prodigalidad, de cuya oposición y contraste vive libre la pobreza. Así me parece no fuera de lo propuesto, representar las más importantes circunstancias de uno y otro indigno, y condenable extremo. El codicioso de bienes (dijo Anacarsis) hácese difícilmente capaz de buen consejo y doctrina. Quien añade riquezas al deseo por sí insaciable, vuélvese según Sócrates, desenfrenado y rabioso; ya que ni por vergüenza del mundo, ni por temor de la muerte se reprime, o modera la avaricia. Tras haber entrado en los hombres la codicia de acumular oro y plata, es cierto se estrechan generalmente con su posesión los ánimos, para actos de virtud, y obras de caridad, ensanchándose sólo para vicios, y abominaciones. Lenguaje es éste bien usado entre los más ricos con particular mengua suya, causando admiración se vean más encogidas las gentes, al paso que con más veloz curso van corriendo los años. Apenas hallan socorros los padres en los hijos. Todos se reforman y retiran; todos publican necesidad; tan diverso y trocado está el mundo de lo que solía ser. Hasta los propios vicios sienten igual penuria; pues lamenta el garitero el corto caudal de sus feligreses, y la ramera la escasa satisfacción de sus entrantes. Si se considera la causa desta cortedad, y miseria, se conocerá ser sólo la general avaricia, que ocupa los pechos de los vivientes, pues nunca más suntuosos edificios, nunca más costosos vestidos, ni más preciosas vajillas, que en estos tiempos. Pero nada es bastante para disminuir la ardiente sed de tener más, antes crece con el aumento del haber. Engaño grande, dar en mayor pobreza, cuando más pensamos enriquecer, siendo propio deste vicio hacer al hombre miserable todo el espacio de su vida; con falso presupuesto de que sólo sea rico al punto de la muerte. La avaricia dice Aristóteles, es un defeto del alma, por quien se desea acumular por todos caminos, sin modestia, sin razón, sin término. Retiene injustamente lo que pertenece a otro, siendo al dar escaso, y larguísimo al recibir. El Poeta Lucrecio la llama ciega pasión de adquirir; por eso sirve a la luz del entendimiento de poderoso obstáculo, con que se veda al avaro el estar jamás contento. La medicina que busca, esto es, la plata, y el oro, crece su enfermedad, cual suele el agua la hidropesía. Es un verdadero Tántalo en el infierno, que entre el agua y la fruta, muere de continua sed y hambre. De aquí es, haber la naturaleza señalado a los prudentes, y de entero juicio ciertos términos de riquezas, limitados a la proporción, así del centro, como de la circunferencia de su necesidad. Mas la avaricia haciendo en los ánimos de los inconsiderados contrarios efectos, trasporta el deseo natural de las cosas necesarias, en un desordenado apetito de cosas peligrosas, raras y difíciles de conseguir. Y lo que es peor fuerza al avaro, adquirirlas con grande afán, prohibiéndole el gozarlas. Estratónico se reía de la antigua superfluidad de los Rodianos; diciendo, edificaban como si fueran inmortales, y frecuentaban la glotonería, como si hubiesen de vivir poco. Diferentes los avaros, pues granjeando como magníficos, gastan como mecánicos; sin poder remunerar el trabajo de adquirir con el placer de gozar. Así se deben equiparar a las bestias que trajinan oro, y comen paja. No participan de reposo y libertad; bienes los más preciosos, y más buscados del hombre; sino viven de continuo inquietos, bien como esclavos de su riquezas, siendo el cumplimiento de su calamidad, que por crecerlas, y conservarlas, no cuidan de equidad y justicia. Como consigan su

intento, menosprecian todas las leyes divinas y humanas, ni temen sus amenazas y penas. Viven sin amor y caridad, adorando sólo el idolillo de su ganancia. Y si por desdicha sucede hallarse constituidos en autoridad y potencia sobre otros, condenan los inocentes, absuelven los culpados, sin poner diferencia entre lo bueno, y lo malo, procediendo en todo, según les dicta su interior apetencia y corrupción. ¿No es hoy terrible calamidad, trate el ministro, no de lo que es justo y provechoso a la República, sino sólo de cuanto vale el cargo conseguido, desfigurando los súbditos, por crecer sus emolumentos? Púedese pues decir, ser la avaricia raíz de males sin número, por derivarse cualquier infortunio de vicio tan execrable. Este origen tienen sólo las querellas, las disensiones, los aborrecimientos, los robos. Desta sentina salen los venenos, las guerras, incendios, sacos y homicidios. En suma, no hay especie de crueldad que no ejercite este monstruo, haciendo, se olvide a Dios, y se destruya al prójimo. Por él se vuelven insufribles Reyes, Gobernadores, y Magistrados, respeto de los tributos generales, y sus particulares intereses. ¿En qué parte del mundo podré habitar (exclamaba Sócrates) sin ser alcanzado y constreñido de la avaricia de algún Príncipe, enemigo por la mayor parte de la abundancia y quietud de los suyos?

Mas pasando al punto de la prodigalidad, ¿quién no advierte, se cierran del todo los caminos para poder decir cosa sobre extremo al parecer tan poco ejercitado? Con todo, son éste, y el pasado vicios que sin dificultad pueden unirse, y albergar en un mismo sujeto. Para esto es bien afirmar con los antiguos, consistir la avaricia en guardar y recibir; mas donde y cuando no se debe, ejercitándose necesariamente por una de dos cosas, o por escaseza y arte vil, o por prodigalidad, como hacen los que procuran copiosa hacienda, para satisfacer desordenados deseos y apetitos, con gastos inútiles y superfluos. Es la común opinión de los hombres, sea sin comparación más miserable el que no se sirve de las riquezas adquiridas con avaros y estrechos modos, que quien tras haberlas ganado no bien, se sirve dellas mal. Puesto que por lo menos se puede tal vez sacar de los últimos algún provecho; no así de los otros, a quien un truhán comparaba a los cabrones, buenos después de su muerte sólo por los pellejos. Diferente en los Príncipes, cuya avaricia conjunta con la prodigalidad, es para los súbditos en extremo perniciosa. Por ejemplo, para cobrar veinte que apenas entran en su poder, se hacen a los oprimidos, daños de cuarenta; como si en vez de sacar diez onzas de sangre, se soltase la vena, y saliesen veinte. La mayor lástima sería, que debilitado de tal forma el brazo, por la demasiada efusión, no fuese de alguna utilidad para la mejoría de todo el individuo. Lo mismo sucede en quien desperdicia por mayor lo que recoge por menudo. Trajano aquel ínclito Español, solía llamar nervios de su fortaleza a los vasallos ricos; y así alegaba, no se debían afligir con opresiones los que se deseaban hallar alentados en la ocasión. Terrible deslumbramiento sería, querer aniquilar y empobrecer una muchedumbre, por enriquecer un corto número. Libre Dios destes alanazos feroces los gozques pequeñuelos, los miserables súbditos, cuyas carnes, cuya sustancia se ve despedazada por momentos en diversas provincias de varios ministros injustos.

Infiérese de lo apuntado, que al Príncipe pródigo por naturaleza, y deseoso de superfluidad, por muchas riquezas que junte, jamás le bastarán para dejar de ser inicuo y avaro, si no modera los gastos inútiles. En lo demás, pienso no puede haber cosa tan triste, como amasar haberes, sólo para dejar a otros, sin gozarlos. Considerando pues, los



perniciosos efectos que resultan de estos dos vicios, se ofrece en primer lugar Muleaces Rey de Túnez, a quien cegó el hijo, por apoderarse de sus tesoros. Príamo Rey de Troya, temiendo perder su ciudad, envió a Polidoro, su hijo el más pequeño, con gran cantidad de oro y plata a Polinéstor su yerno. Éste deseoso de quedarse con todo, mató al inocente muchacho; mas no se libró de castigo, porque la Reina Ecuba habiendo ido a visitarle, sin hacer demostración o sentimiento, le retiró aparte, donde con ayuda de sus criados le sacó los ojos. El Emperador Calígula, en extremo inclinado a la avaricia, se valió de toda ilícita ganancia, de toda suerte injusta de sacar dineros. No hubo abominable arbitrio que para este efecto no pudiese en ejecución. Codicioso de los bienes de sus hermanas, las desterró por quitárselos, después de haberlas violado. Introdujo derecho hasta sobre la orina, y con todo en un año que reinó, gastó prodigamente sesenta y siete millones por su predecesor recogidos. Tiberio Nerón usando muchas crueldades, robos y confiscaciones contra los súbditos, dio a los ministros de sus tiranías en quince años que imperó, el valor de cincuenta y cinco millones. Asimismo hizo edificar un palacio dorado casi todo, y tan soberbio, que ceñía gran parte de Roma, derribado por tierra después de su muerte, por extinguir en la ciudad la memoria de tan cruel tirano. Ejemplo notable para los que vanamente piensan adquirir gloria por medio de grandiosas fábricas, pues sólo sirven de fieles testigos de sus tiránicos hechos, y de un perpetuo testimonio a la posteridad de haber edificado con la sangre, y sudor ajeno. La avaricia del Emperador Mauricio fue causa no sólo de que le quitasen el Imperio, sino de que le cortasen la cabeza. Ejecutose el mismo rigor en cinco hijos suyos y en su mujer, por la justa malquerencia del pueblo, y de sus soldados, que no pudieron tolerar más su codicia, por quien disimulaba robos y homicidios, retardando el sueldo debido a la gente de armas. En tiempo del Rey san Luis, los pueblos de cinco ciudades, y otras tantas villas de los que ahora son llamados Suiceros, se convocaron a sedición, y acometieron con tal ímpetu a sus Regentes, que los degollaron a todos, sólo porque dominando avaramente, oprimían y tiranizaban con varias injusticias los sujetos. El castigo dado por Dionisio el mayor a un rico avaro, fue no menos ridículo que notable, y lleno de instrucción. Avisado de que tenía oculto aquel mezquino gran tesoro, le mandó pena de la vida lo trujese a su presencia. Obedeció con gran dolor la orden, reservándose alguna parte con que se fue a vivir a otra ciudad, donde lo gastó con brevedad, empleándolo en posesiones. Advertido de esto Dionisio, le volvió a llamar, y le restituyó el oro y plata con que se había quedado, diciéndole: Ahora que has aprendido a servirte mejor de las riquezas, y a no volver inútil lo introducido para el uso del hombre, recibe lo que antes como indigno poseías. Que vicio semejante ciega a menudo los humanos, hasta reducirlos a privarse de la vida, sin algún temor de condenar sus almas, lo testifica infinito número de logreros, cuya avaricia los puso en la última desesperación de colgarse. Casio Licinio acusado, preso y convencido de muchos hurtos y extorsiones, viendo a Cicerón, entonces Presidente, con toga de púrpura para pronunciar la sentencia que contenía la confiscación de sus bienes, y el destierro de su persona, hizo antes de la condenación entender al juez, era ya muerto, ahogándose en tanto con una toalla. Así se desesperó Licinio, por salvar a sus hijos la hacienda, al contrario de otros, que muriendo quisieran llevársela consigo, porque a ninguno sirviera, ni aprovechara, como leemos haber hecho Hermócrates, que en su testamento se instituyó heredero de todos sus haberes. De otro hace mención Ateneo, que en la hora de su muerte tragó muchos pedazos de oro, y sobrándole algunos, los cosió en el sayo, mandando, le enterrasen con él. Valerio Máximo refiere de uno, que hallándose en la ciudad de

Casilina, sitiada por Aníbal, antepuso el deleite de la ganancia al interés del vivir. Fue el caso, que habiendo cazado un ratón, con que aún se podía mantener en vida algún tiempo, reducido a lo extremo ya, quiso antes perecer de hambre, que perder doscientos denarios, que otro más sabio le ofreció por igual gazapo, para el mismo fin de evitar la muerte. También notan los Históricos a Craso Cónsul Romano de extrema avaricia, con que caminaba en medio de las parcialidades que había entre César y Pompeyo, sirviéndose de ambas a dos, y cambiándose a menudo en la administración de la República, con no mostrarse ni constante amigo, ni enemigo dañoso. Con esta provechosa industria compartía amistad y enemistad, al paso que reconocía, serle más o menos útil. Semejante arbitrio fue ocasión del indecible aumento de sus bienes, puesto que poseyendo antes de entremeterse en los negocios públicos, solamente ciento y ochenta mil escudos, se halló al partir de Roma para ir a la guerra contra los Partos con cuatro millones docientos y sesenta mil ducados. Entiéndese tras haber ofrecido a Hércules la décima parte de sus bienes, y hecho un banquete público a todo el pueblo Romano de mil mesas, y dado a cada uno de los ciudadanos tanto trigo, cuanto tenía necesidad para sustentarse tres meses. Solía decir éste, no tenía por hombre rico sino al que podía asoldar, y mantener con sus dineros un ejército. Porque así como la guerra, según Arquidamo, no se hacía con suma determinada de gastos, así la riqueza suficiente a sustentarla, debe tampoco tener límite. Mas tan asidas estuvieron con él la avaricia y ambición, que jamás le desampararon, hasta conducirlo a muerte violenta.

¡Cuán diferente calidad descubrió Pompeyo en la presa de Jerusalén!; acto en fin grande, y lleno de singular piedad. Vistas por él (ya tomada la ciudad, y rendidos sus moradores) las preciosas riquezas de aquel templo; la tabla, los candeleros, y crecido número de vasos, todos de oro; la excesiva cantidad de exquisitos aromas, sin más dos mil talentos de plata labrada, no quiso permitir se tocara a cosa alguna, acción dignísima de incesables alabanzas.

En razón de miserables cuenta Juan Pontano un suceso ridículo de cierto señor llamado Ángel. Acostumbraba éste, cuando los mozos de sus caballos habían dado los piensos de parte de noche, bajar por una puerta falsa a la caballeriza solo y sin luz, a fin de robar la cebada, para volverla al granero, de quien sólo él tenía la llave. Continuó pues tantas veces el ir y volver, que reconociendo todos el hurto, uno de los más fornidos se puso en asechanza, para esperarlo en punto a la hora que solía venir, sin reparar en quién podía ser el ladrón. Llegado al fin, cerró con él animosamente, dándole con una tranca la cantidad de golpes que bastó para dejarle medio muerto: mas reconocido después, fue llevado a su retrete entre cuatro de los suyos; pena bien debida a su avaricia extraordinaria.

La mayor miseria que se sabe, se vio ha pocos años en Madrid en cierta persona de calidad. Por ahorrar carecía totalmente de quién le sirviese. Persuadiose, resultaba en particular salud el no cenar. De suerte que a mediodía libraba la sustancia de su continuo sustento en un cuartillo de leche, y un panecillo candeal, a quien porque se endureciese, y por librarle de los ratones, ponía en la punta de una alabarda. Con tan rigurosa dieta, sobrándole no pocos dineros, vino a debilitar de manera el calor natural, que reducido a lo último de flaqueza, murió hecho un esqueleto, armado de huesos y piel.

## VARIEDAD DECIMANONA.

RARAS veces deja el avariento de ser envidioso, por el cercano parentesco que se halla entre ambos vicios. El ánimo del hombre criado por su naturaleza grato, sociable y misericordioso para con todos, incitado también de la caridad, cooperante con el mismo, se siente como forzado a condolerse con los que lloran, y a regocijarse con los que ríen. Así no puede demostrar cosa alguna más indigna de sí, cuanto dejarse vencer de la envidia, que es en el alma, como en un jardín, planta venenosa, productora de contrarios efectos a la benevolencia del prójimo. ¡Oh antigua imperfección y exceso de los humanos, mirar con ojos enfermos las ajenas felicidades! En toda ocasión procede de malignidad, provocando a los sujetos de poco juicio (según Píndaro) a alegrarse con ver parecer los unos, y a entristecerse con el buen suceso de los otros. No comas con el hombre envidioso, ni desees su manjar, se dice en los Proverbios. Esto es, huye dél, ni recibas cosa de su mano, que es todo engaño, todo fingimiento. Y en otro lugar: No quedará sin castigo quien se deleitare con el daño ajeno. Así el virtuoso no se debe regocijar de ver precipitar a su enemigo; puesto que irritando a Dios, le podrá hacer partícipe de su ira. Toda inconstancia, toda obra vil y perversa, interviene donde presiden la discordia, y la envidia. Contemplé (dice el Eclesiástico) todas las ocupaciones, todos los trabajos de los hombres, y reconocí hallarse sujetos a envidia, reina sin duda de dilatado dominio. Por ésta (advierte el Sabio) entró la muerte en el mundo, siendo el demonio su autor, y así le imita cualquiera que la abraza. La vida de las carnes (se dice en los Proverbios) es la salud del corazón, como la corrupción de los huesos la envidia, sacando por premio su posesor áspides que siempre roen, dolor que sin cesar atormenta. Por esta razón se concluye, no haber cosa tan justa, como la misma en castigar con puntualidad la culpa de su paciente y súbditos. Della penden cualesquier litigios, pues casi serían comunes los bienes, si faltase de los pechos humanos. La gloria y virtud (dice Virgilio) rarísimas veces dejan de ser envidiadas, porque siendo imposible en muchos igualarlas, consideran con odio lo que debrían con alabanza. Antiquísimo origen es el suyo, pues se sabe, haber albergado en el pecho del segundo hombre, envidioso de su hermano, que fue el tercero, a quien sólo por esta causa dio muerte. ¡Oh envidia, furiosa y torpe, fecunda planta de execrables delitos! ¿qué inocencia vivirá de ti segura, si en la primera tuvo memorable principio tu horrenda operación? Viene pues a ser ésta dolor del bien ajeno, hallándose continuamente acompañada de malignidad. Parece nace accidentalmente en el sujeto, como causada de algún odio, o malevolencia, por depravada voluntad que entre sí se pueden tener los hombres. Por ésta razón Plutarco separa el odio de la envidia, diciendo, engendrarse el uno de la imaginación, y aprehensión recibida sobre ser malo el que aborrecemos, o generalmente con todos, o particularmente con nosotros. La otra, tenerse sólo a los que juzgamos ser fortunados. De lo apuntado se podría decir, ser la envidia indeterminada, como el mal de ojos que siempre queda ofendido de la luz. No así el odio, que tiene su cierto término, hallándose de continuo fundado sobre conocidos sujetos, pertenecientes al mismo. Si esto, jamás puede alguno ser envidioso del bien ajeno justamente, respeto de que por ser venturoso no se hace agravio. Al contrario, muchos pueden ser aborrecidos con justa causa, como por sus vicios, y éstos deben huir los buenos, siendo el odio contra los humanos calidad de varón egregio. Mas el aborrecimiento que se tiene a los virtuosos, es pasión poco distante de la envidia. Por tanto se suele decir, suelen ambas pasiones alimentarse, mantenerse, y crecer a un

tiempo, como plantas de una misma condición, por suceder la una a la otra. El mismo Plutarco queriendo dar a entender, en qué horror se debe tener la envidia, la llama venenosa, pues con su ponzoña no sólo llena el cuerpo del envidioso de pésima disposición, sino le corrompe de suerte, que brota por los ojos la interior perniciosa calidad, sobre quien los mira, quedando ofendidos casi como de rayos venenosos. Compárala también el mismo a las moscas cantáridas, porque así como éstas se agarran a las más bellas espigas, y a las rosas más abiertas, así la envidia se ase de ordinario a los supuestos más valerosos, de mayor gloria y virtud; siendo la riqueza, el honor, la fortaleza y poder, los más acomodados tizones con que se enciende su fuego. De aquí nace, haber dicho Tucídides, elegir el sabio con gusto ser mordido de la envidia en las cosas grandes, puesto que se manifiesta por aquel camino más excelente. Bías notó, caían a menudo sobre los hombres, sin que las tocasen, la envidia, y la casa vieja. Mas si bien ocasiona a otros bestia tan detestable daños sin número, no deja quien la posee de participar de muchos. Cuanto a lo primero, se halla sin cesar atormentado dentro y fuera de mil turbulentas pasiones que abrevian sus días, disminuyendo la virtud corporal. De igual calamidad y detrimento toca también parte al alma, quedando imposibilitada de poder gustar, o comprender provechosa palabra, ni sana doctrina; antes la contradice y desecha como quien tiene enferma la potencia mejor, esto es, eclipsada la luz del entendimiento. Fúndase siempre en el odio que se tiene a la felicidad ajena: respeto de los superiores, porque se aventajan; de los inferiores, porque no lleguen a igualar; de los iguales, porque no se les excede. Por esta causa, Caín envidió la prosperidad de Abel; Raquel la fecundidad de Lía; Saúl la felicidad de Jacob. Fue la primera autora de la más execrable maldad, como quien tuvo por madre a la soberbia. No se hace al demonio (dice el divino Agustín) cargo para su condenación, de haber cometido adulterios, de haber perpetrado robos, sino de que al instante tuvo envidia al hombre. Deseo saber (pregunta el gran padre Gerónimo) en qué consista el placer del envidioso, si la conciencia, como bestia cruel de ferocísimas uñas, está siempre despedazando sus entrañas, si hace tormento propio el deleite ajeno. Aunque el común enemigo (escribe el glorioso Gregorio) arma redes, tiende lazos para cogernos por todos caminos, la peste principal que esparce por los corazones es la envidia, de cuyo contagio se le escapan pocos. La librea (prosigue) de los tales, es la continua palidez del rostro, la melancolía del semblante. Retíranse y encógense sus ojos; entristécense, y abránsanse los sentidos, hiélanse los miembros; asiste mortal rabia en la imaginación, perpetuo crujido en los dientes siempre amarillos. Vierten ponzoña las lenguas, ahoga los pechos amarga hiel, desterrándose de sus bocas la risa, y toda diversión de sus pensamientos. Al paso que los electos van aprovechando en virtud, los réprobos se conmueven en furor, y lejos de quererlos imitar, persiguen, y muerden los bienes que ven nacer. Siempre (dijo Crisóstomo) es la envidia contraria de sí misma, pues quien la tiene, adquiere ignominia para sí, y gloria para el envidiado. Y así suele tener tantos ejecutores de penas el uno, cuantos ministros de alabanzas el otro. Incita al varón fuerte para seguir mucho más la virtud el estímulo del envidioso: ya que es cierto no imperara Josef en Egipto, si no le odiara y vendiera la inconsiderada envidia de sus hermanos.

No hay tan modesta felicidad (dice Valerio Máximo) que pueda evitar los dientes del maligno. Siempre los más facultosos se hallan más sujetos a igual calamidad, por ser común pensión de las riquezas la envidia. Y aun es justo tengan contra sí tan depravado y

pernicioso fiscal las que por la mayor parte turban la buena consideración, impiden el uso de la sabiduría, y hacen con la soberbia que engendran, olvidar a los hombres de su deber. Preguntado uno, cómo se podían evitar los envidiosos, respondió, No metiéndose en cosas grandes, ni teniendo sucesos felices, pues sólo la miseria carece de envidia. En suma, la mayor penalidad deste vicio nace de la próspera fortuna del envidiado, y el mayor contento de la adversa; digamos pues algo de una y otra.

En el teatro donde se representan de continuo las humanas acciones, preside según común opinión la buena, o mala fortuna. Es de saber, cómo se haya de recibir esto entre Cristianos, para no errar, por atribuir el general abuso a este nombre más de lo que es razón. Así como punto tan importante, será forzoso disponerle con alguna extensión. Si bien en todos tiempos hubo hombres de grande sabiduría en las cosas humanas, no se puede negar por otra parte, haber procedido como ciegos en el infalible conocimiento de la verdad, pues mantenían ser todas las cosas, o por la naturaleza ordenadas, o por la fortuna regidas. Los que reconocían la naturaleza por causa primera de todo, le atribuían una constelación que gobernaba por fuerza y eficacia de estrellas la razón y consejo de los hombres. Otros llegándose a la fortuna, defendían hacerse todo acaso, y como si dijésemos, a ventura. Errores son éstos fáciles de convencer hoy con las infalibles razones y autoridades de los mismos Étnicos; con que será forzoso confiesen los más imprudentes y temerarios la omnipotencia infinita por criadora de la naturaleza, y de todo lo que en ella tiene movimiento y ser. Asentada pues, esta verdad, en que el de más bestial entendimiento no pondrá duda, pasemos a la declaración de los humanos accidentes, comprendidos debajo deste nombre, fortuna. Recogeremos de lo mucho que en varias partes esparcieron graves autores, lo que pareciere más esencial, y más propio de la materia.

El templado y constante que sabe desechar el temor, resistir los trabajos, encubrir el gozo excesivo, y frenar el deseo inmoderado, se puede con verdad llamar venturoso. Por eso concluyen todos, consiste en la buena fortuna en el contento que procede de la perfección del sujeto, ornado de un hábito excelente en las virtudes, sin quien es imposible haya felicidad alguna. El continuo parentesco, y súbita mudanza de un estado en otro (contrariedad que siempre se ha podido conocer en la naturaleza y disposición, así de las obras, como de los consejos de los hombres) dio ocasión a no pocos bien entendidos para juzgar los enfermos más felices que los sanos; pues según su opinión, aquéllos esperaban la salud, y éstos la enfermedad.

Movido desta consideración Amasía, el último de los que pacíficamente reinaron en Egipto, rehusó el concierto y alianza de Polícrates Rey de Samo, según el mundo, el más venturoso de cuantos entonces vivían. Este fue quien habiendo arrojado al mar, por ocasionarse algún disgusto un precioso anillo, le halló en las entrañas de un pez que le presentaron. Ponderando pues, iguales extremos de felicidad, juzgó el sabio Egipcio del todo imposible, no hubiese ser tan gran ventura contrapesada de alguna desgracia mayor, de quien por ningún caso quiso participar, como le fuera forzoso, si continuara en la confederación que juntos habían tenido. Ni quedó Amasía engañado en su bien fundada opinión; puesto que no mucho después fue Polícrates desposeído del Reino, feneciendo sus días con muerte de horca.

A este propósito es singular el caso sucedido a San Ambrosio, y a un compañero suyo. Viniendo de Roma a Milán el ejemplar Prelado, como suelen los de su vida, a pie, y sin alguna provisión, le salió al camino un caballero, suplicándole, quisiese quedarse a comer con él en una granja, que cerca de allí tenía. Acetó el santo el ofrecimiento, y al levantar la mesa, preguntando a su huésped cómo se hallaba en aquel sitio, respondió, que admirablemente. Tengo (prosiguió) aquí cuanto puede apetecer el deseo, pues demás de la suntuosidad deste palacio, y de las abundantes riquezas y criados, con que gozo de su amenidad, jamás en él me ha sucedido cosa adversa. Llegose Ambrosio, entendido esto, a su compañero, y díjole al oído: Partamos, padre, con brevedad, que no estamos seguros en casa de tanta ventura. En fin, despedido cortésmente de su albergador, apenas volvió la espalda al edificio, cuando sintió un espantoso rumor, a quien volviendo los ojos, vio se había venido abajo su máquina, sepultando con sus ruinas al dueño, a su mujer, hijos y sirvientes. Con tanta inestabilidad procede el ser humano, y así es cosa demasiado absurda, poner su bienaventuranza en felicidad tan incierta.

Entre las infinitas imperfecciones con que nace el mortal, viene a ser la más ordinaria el perder con facilidad la memoria del bien recibido, y conservar largamente la del mal: causa de juzgar siempre sus desdichas sin comparación mayores que sus venturas. Resulta de aquí el lamentarse continuamente de sus calamidades, sin acordarse de los innumerables favores que por instantes le concede la bondad divina. En esta conformidad, según advierte Sócrates, si todos los hombres, así pobres como ricos, juntasen en común sus desgracias, y se repartiesen de forma, que cada uno tuviese igual porción, es cierto, se hallarían entonces muchos que se juzgan por demasiado opresos, mejorados y cómodos, contentándose con volver a tomar si pudiesen su fortuna. Si quieres, dijo Demócrito, huir el trabajo de tu miseria, contempla la vida de los afligidos, y compárala con la tuya, seguro de que hallarás ocasión para llamarte venturoso. El que midiere su cargo con los ajenos, podrálo llevar bonísimamente.

Graves fueron las sentencias, y notables las opiniones de muchos antiguos acerca de la buena y mala fortuna. Si supieres, escribió Pitágoras, liberar tu alma de miserables perturbaciones, sin duda merecerás título de dichoso: y mucho más si alcanzares lo más necesario en la disposición de las cosas. Feliz se puede llamar asimismo, dice Homero, el a quien la fortuna contrapesó el bien con el mal. La mayor miseria de todas notó Bías, es no poder tolerar la miseria. Venturoso nombró Dionisio el viejo, al que desde su juventud aprendió a ser infeliz; puesto que agrava y pesa menos el yugo a quien se sometió con tiempo. Demetrio, llamado el Expugnador, juzgó por el más infeliz al que jamás sintió adversidad, como si quisiera decir, ser esto un cierto indicio y testimonio de haberle juzgado la fortuna por tan vil, que no mereciese el haberse ella mezclado entre sus acciones. Cicerón adjudicó la dicha a quien piensa, no haber entre las cosas humanas, por graves que sean, alguna intolerable, o suficiente a hacerle inclinar, ni rendir el ánimo. Ni por otra parte alguna tan excelente, que sea bastante a descomponer su corazón con exceso de alegría. Lo necesario en nada es adverso dice Plutarco, entendiéndolo así él, como Tulio, de cuanto acaece al sabio por fatal disposición; pues lo sufre con paciencia como cosa inevitable, creciendo mayormente en virtud; y así nada puede suceder de malo al hombre bueno. Solón acercándose más a lo cierto de la dicha verdadera, dijo, consistía en vivir y morir bien. Y que el juzgar fortunados los vivientes, atento el peligro de tantas

inestabilidades del mundo, sería como querer atribuir el premio de la victoria antes de tiempo, a quien combate sin seguridad de vencer.

Sócrates hablando con espíritu divino, explica, cuando nos viéremos libres destos cuerpos, a quien se hallan asidas las almas, entonces, y no antes nos podremos llamar dichosos. Por tanto (prosigue) la felicidad no se puede adquirir en esta vida, sino debemos esperar gozarla perfectamente en la otra; lo principal por gracia del cielo, y luego por nuestras virtudes. Los que juzgan, dice Aristóteles, los bienes exteriores como causa de buena fortuna, engañanse en la forma que si pensasen, procede el buen son del instrumento; no del arte. Así conviene buscarla en el estado quieto del ánimo, pues no ocasiona la perfección del cuerpo el vestido precioso, sino su buena disposición, y su entera salud. Tal la virtuosa institución del alma es ocasión que así ella como el cuerpo, en quien está encerrada, sean fortunados, sin poderlo ser el hombre rico sólo de oro y plata. Opinión es ésta contraria a la que comúnmente sigue el vulgo, pues sólo llama feliz al abundante de riquezas, de regalos, de honras, y sólo desdichado al que de todo esto carece. Mas la experiencia nos ha enseñado, no ser todos aquellos instrumentos firmes columnas de buena dicha, pues muchos que los poseyeron, pasaron por tremendas caídas.

Apolonio Tiano tras haber dado vuelta al Asia, al África y Europa, afirma entre cuanto discurrió por el mundo, causarle singular admiración haber siempre visto, mandar el soberbio al humilde, el inquieto al pacífico, el tirano al justo, el cruel al piadoso, el cobarde al valiente, el ignorante al sabio, y ahorcar los mayores ladrones a los menores; mas haberlos juzgado, como peores, por más infelices en medio de las mayores dignidades. Es menester, según Demócrito, no desee el corazón de quien quiere vivir dichosamente, sino cosas posibles, contentándose de las presentes. La fortuna dice Plutarco, puede bien hacer, se caiga en alguna enfermedad, es bastante a quitar la hacienda, y a poner al más bienquisto en mala consideración, y en desgracia del pueblo; mas no puede hacer cobarde, vil, ni envidioso al osado, al constante, al magnánimo, ni quitarle la cuerda y acertada disposición, con que juzga, no poderle suceder cosa de molestia, o enfado. Hállase firme, no en las basas corruptibles de bienes temporales, sino en las sentencias Filosóficas, y sólidos discursos de razón. Con la prudencia, resiste a todos los asaltos de fortuna, y cuando no se puede oviar a todos sus acaecimientos, ni cerrar la puerta a todas sus improvisas desgracias, viene, amparado de la virtud en cualquier estado con suma alegría. Si sobre tal infortunio no tiene dominio la potencia humana, se consuela y conforta, con tener fiel recurso a la consideración del cercano puerto de salud. Con ella convierte su tristeza y amargura en suavidad y contento. Espera librarse con brevedad desta prisión terrena, conduciéndose con ánimo intrépido, como a nado roto el bajel, fuera de las mundanas miserias, para ir a gozar de la felicidad perfecta y cumplida.

Lloró Alejandro ya señor de la mitad del mundo, por ver disputaba y mantenía Anaxarco hallarse otros muchos. Al opósito Crates Filósofo, alimentado en la escuela de la Sabiduría, sin poseer por riqueza más que un mal vestido, y unas alforjas, jamás en sus ojos se descubrieron lágrimas; antes siempre risueño y festivo pasaba sus años alegremente. Por cuyas contrariedades de vida, claro se echa de ver, se halla dentro de nosotros mismos, y no en las cosas exteriores, todo cuanto tiene el mundo de bien y mal.

Y así no conviene buscarles más fundamento que el de las virtuosas acciones, productoras de cualquier gozo y buena dicha, como salidas del alma con la guía de recta razón y ciencia. Homero hace, se lamenta mucho Agamenón, por haber de mandar a tanta parte del mundo, como si sobre sus hombros tuviera un peso intolerable. Y a la verdad, si se mira bien, penosísima cosa es el Reino, tanto más duro de sufrir cuanto mayor. Si se administra como debe, apenas sobra un instante para recreación y reposo: tal es la vigilancia que ha de acompañar al Príncipe, Sol que ha de imitar al del cielo en la perpetua fatiga, y en comunicar su luz a las demás estrellas, su autoridad a los buenos ministros, guardando justicia, conservando paz, o intimando guerra, al paso que juzgare ser conveniente a la defensa y pública quietud. Si en esto anduviere descuidado y remiso, ¿qué mayor molestia (puesto que para él mientras vive, no puede haber otra corporal) que la de su interior remordimiento, que la inquietud de su conciencia, viéndose faltar a sus obligaciones? Movido de semejantes turbulencias de ánimo, menospreciaba tan de veras Diógenes las dignidades más soberanas, lastimándole considerar de cuántos ansiosos cuidados eran oprimidos los mortales. Así cuando fue conducido a la plaza, para venderle por esclavo, sin sentir dolor, hacía burla del pregonero, a quien al decirle, se alzase del suelo donde estaba tendido, sin obedecer, respondió con risa: Si vendieses un pez, ¿mandaríasle acaso levantar? Prosigue tu oficio, y pregona que me venga a comprar quien hubiere menester de un buen maestro, que te aseguro serviré bien en tal oficio. Tan lejos vivía de apetecer mundana grandeza, o popular gloria; y con tanta serenidad se hallaba entre las impetuosas ondas de las calamidades y miserias. Para esto conviene tener el alma limpia y pura de toda cosa indecente, así de obras, como de voluntad y consejos; junto con las costumbres incorruptas; no pervertidas, ni inficionadas de algún vicio. Porque reconociendo entonces la condición de las cosas mortales y perecederas, las juzgaremos del todo indignas del pensamiento; con que levantaremos las almas a la contemplación de las divinas y eternas, centro de verdadero bien, y perfecta felicidad.

Pero acercándonos más a los particulares accidentes desta fantasma aparente, llamada fortuna, es de saber, nacen todos los efectos de sus causas. Estas son públicas, o secretas. Públicas entenderemos las que mediante razones probables, o necesarias, hacen se apacigüe nuestro ánimo en ellas. Secretas, las que por ser sobre la capacidad del hombre, o indeterminadas, se nos encubren. Púedese decir, hallarse la fortuna en el número de las segundas, por traer y repartir sus bienes de forma, que dello no se puede dar alguna razón. Vemos a menudo, agravia sin ocasión a los buenos, y favorece a los malos: hace salir mal las cosas bien guiadas, aplicando buen suceso a las que se encaminan mal. Esta diversidad trabajó de tal suerte a los Filósofos, que algunos en todo la negaron, y otros conociéndola, le atribuyeron los principios y fines de las mayores cosas. Contra los que niegan haberla, parece obsta la multitud de las obras humanas, donde interviniendo muchas que salen bien, no enderezadas con prudencia, juicio ni discurso, obliga a creer, tienen por guía alguna causa secreta: y más si producen efecto fuera de la intención de quien las hace. Por ejemplo, como del que siendo su fin sólo labrar una casa, halla fabricándola un tesoro. Llamola Demócrito ciegamente autora del mundo, contra quien arguye Aristóteles en esta forma:

Todas las especies de cosas corruptibles, como de hombre, león, plantas, etc., son hechas sólo de cierta principal causa que simplemente entiende conservar a cualquiera en su



especie. Por tanto, si el hombre que es corruptible, es engendrado del hombre, el león del león, y no de la fortuna, mucho menos serán producidos della cielos y estrellas, siendo incorruptibles, eternos, y de más estima que el resto de los entes inferiores. ¿Quién ignora, hallarse menos de fortuna, donde hay más de divinidad?, con que viene a quedar refutado el error de Demócrito. A los que le daban título de divina, y la hacían ignota a los humanos, infiriendo, fuese una sustancia apartada, en cuyas manos estuviesen puestos todos los bienes temporales, repartidos a su voluntad, se puede responder, no ser esta opinión en todo falsa, ni en todo verdadera. No en todo falsa, en cuanto dicen ser causa ignota, porque siendo incierta, accidental, indeterminada, es también forzoso venga a ser secreta, y no conocida. No en todo verdadera, tomándola por sustancia apartada, por cuanto ella no es Dios, ni otra sustancia. No es Dios, puesto que su sabiduría no obra fuera de propósito, ni sin certeza. Tampoco es sustancia, por no darse (según los Peripatéticos) otra, fuera de las que son aplicadas a los cuerpos celestiales. Pensaron algunos fuese una potencia natural impresa en el hombre fortunado como el peso en la piedra, y la virtud atractiva en el imán. Opónese a esto, que pasando la naturaleza por los debidos medios, no vería su operación en las cosas que produce, buena mayor parte dellas. No así la fortuna, pues en un día, en un hora, y en un instante varía sus efectos, volviéndose de buena mala, y de mala buena, sin fundamento.

Demás, que como se suele decir, consiste cerca de las cosas que acaecen pocas veces, y fuera del juicio y discurso humano. Hubo también quien imaginase era aquel dictamen que nos guía al verdadero camino de poder alcanzar cualquier suerte de bienes temporales. A ser verdad esto, no se debería llamar fortuna, sino prudencia, con cuyo medio se ordena, se advierte, y muchas veces se antevé el futuro. Tanto más, que sus efectos no son ordenados, advertidos, ni prudentes, pues a serlo, no fueran suyos. En esta conformidad quiere Aristóteles, repugne y contradiga de tal manera a la razón, que donde hay mucho entendimiento haya poca fortuna; y al contrario, mucha donde poco. De aquí emanó aquel común adagio, no de todos bien entendido: Ventura tengas, que saber poco, te basta.

Asimismo no ha faltado quien creyese ser una bienquerencia particular de Dios, con algunos a quien beneficia más que merecen. Esto como absurdo es indigno de respuesta, sabiéndose, no cae jamás en Dios, por ser suma bondad, suma justicia y perpetua estabilidad, elección menos que buena, justa y uniforme. Visto pues no ser cosa de las apuntadas hasta aquí, es forzoso hacerse algo atrás, para encontrar con la proposición, en que afirmamos proceder todos los efectos de sus causas. Son principales algunas destas, otras accidentales. Las principales producen verdaderamente su efecto, como el fuego que calienta, o tiene intención de hacerlo; como un hombre que pone en ejecución lo que antes había dispuesto con la voluntad. Las accidentales, son las que verdaderamente no lo hacen, ni entienden hacerlo aunque suceda. De ambos ornamentos pues podemos componer la causa secreta llamada fortuna, dándole una parte de accidente, y otra de naturaleza. Hallarase la accidental en los que tienen elección, y en las cosas que suceden pocas veces, respeto de las que miran a un fin determinado, como si uno yendo a pagar una deuda, fuera de su opinión encontrase con quien en el camino le diese cien ducados. O como si el que haciendo profesión de Legista, en forma de Médico curase felizmente alguna enfermedad. Con todo se supone, no haya jamás de faltar en ésta, intervención de

entendimiento; a diferencia de los que obran sin tenerle, como son niños, locos, y bestias, donde reina el caso, y no la fortuna; cuyos efectos por la mayor parte son raros, ya que de otra manera serían prevenidos. Caer malo un hombre en Estío por desórdenes, no es de la fortuna por ser efecto que le intervendrá las más veces, acaeciendo pocas las obras de la misma; bien como sucede pocas (por ejemplo) hallarse quien va a la plaza alguna bolsa con dineros.

Pone también la fortuna la mira en algún fin de que resulta un efecto, no antevisto, ni alcanzado, como si alguno yendo a visitar a un su amigo, en el camino le salteasen, y le hiriesen. Esto cuanto a la de accidente, de quien como de rara se hablará poco. La de naturaleza, se reparte en el hombre en buena y mala. Es la buena, aquel ímpetu natural en el ánimo, privado de razón que le hace alcanzar el bien deseado, sin el medio de prudencia, ni de algún buen consejo, donde siguiendo lo que la razón le mostrase, o nunca lo alcanzaría, o alcanzándolo sería fuera de tiempo, o contrapesado de tantas aflicciones de cuerpo, y espíritu, que tal ganancia se podría atribuir después antes a suerte adversa, que a próspera. Así como se podría decir de todos los que con querer pensar mucho sobre una cosa, matan en sí el ímpetu natural que les inclina a ponerla en ejecución. Por eso dejando pasar la ocasión que les presenta la buena fortuna, caen a menudo en la mala, siendo propio de la misma tener poder sobre buenos, y malos efectos. De la buena recibimos tres cosas. La primera, el bien no solicitado, advertido, ni esperado de nosotros. La segunda, el que deseándole adquirimos sin el medio de la prudencia. La última, el sentir apartarnos del mal en que estábamos para caer sin su arrimo y favor.

En común los hombres toman la fortuna por el caso, y al opósito. Ni sólo indiferentemente interponen lo uno por lo otro, mas confunden también el hado, y la providencia. Por tanto, para más clara inteligencia de lo que se fuere ofreciendo, será forzoso poner aquí su distinción. El caso pues, es una cosa accidental en lo que carece de entendimiento sucedida pocas veces, advirtiéndose se puede tomar éste por la fortuna, mas al contrario, no la fortuna por él. Los hombres cuerdos que más ponderan la variedad y multitud de efectos que suele traer esta causa secreta, totalmente la atribuyen a Dios. De que persiga a los buenos, y favorezca a los malos, debemos remitirnos a la suma providencia; no siendo lícito a nosotros el dar ley, ni poner término a su santa voluntad. Y bien que por su gracia nos haya concedido entendimiento, no se ha de suponer fuese tan alto, que pudiésemos investigar los conceptos de su divina Majestad. Tal, muchas veces vemos permite un Príncipe bueno y justo algunas cosas en sus pueblos, que por no ser conocidas sus causas, son tenidas por injustas, no obstante hayan sido por él consideradas con mucha prudencia, y ejecutadas justamente por su orden a común provecho de sus vasallos. Lo mismo se podría decir de Dios cuanto a los efectos referidos a la fortuna, en que debemos remitirnos a él, loarle, y darle muchas gracias. De la forma que los pies son guiados de los ojos, los ojos de la cabeza, y la cabeza con el resto de los miembros del cuerpo, mediante el entendimiento; así son guiadas de la fortuna nuestras obras con el medio de la voluntad de Dios; siempre uniforme en él, jamás varia, jamás diferente en sí, antes la misma en cualquier tiempo, y lugar. Así depende la variedad sólo de las complexiones de los sujetos, que son movidos, y de las segundas causas que los mueven. Sirva de símil el fuego, que según su calidad, mediante la voluntad divina de quien es

movido, calienta variamente las cosas, según son más, o menos dispuestas a recibir el calor. Mas semejante variedad, sólo se debe atribuir a la naturaleza del sujeto en quien se imprime, o a la virtud de la segunda causa como agente, y muchas veces al uno, y al otro, y no a Dios. En quien no pudiendo haber jamás alguna diversidad, debemos creer, no sea cargo suyo, sino de causas segundas: afine el fuego al oro, derrita el metal, endurezca la tierra, ablande el hierro, y en suma en tantas otras cosas haga efeto cuando bueno, y cuando malo. Puédese también aplicar esto a los hombres, entre quien uno, es ingenioso, y prudente, otro ignorante y loco; aquél en los negocios diligente, y presto; éste perezoso y remiso, haciendo dueños a las particulares causas, cuyas obras siguen la naturaleza del a quien habrán dado el ser.

Comúnmente se nombran estas dos palabras Providencia, y Hado, sin tener muchos noticia de su sinificación, mas de lo que se apuntare se vendrá a su bastante conocimiento. Débese pues notar, que así como el buen Príncipe, tras haber resuelto querer dar a sus vasallos buenas leyes, pone particulares Gobernadores, cuyo cuidado consiste en hacer guardar lo instituido, así Dios como universal Monarca, ordenó en su divina mente, se encaminasen a su fin todas las cosas por los debidos medios, llamándose esta orden Providencia, y su ejecución Hado.

Considerando la multitud, y variedad de los efetos de la buena fortuna, o sea por su naturaleza, o por la del sujeto en que obra, es forzoso afirmar, se divide en dos, de quien una es continua y firme, otra mudable y varia. Y aunque ambas sean prósperas y buenas vienen a ser diferentes, en que la continua guarda casi siempre una misma forma y tenor, en dispensar los bienes. La segunda al opósito varía de modo, que es como por accidente, y fuera de toda opinión cualquier bien recibido della. El primer caso se puede ejemplificar con Lucio Metelo, que fue dos veces Cónsul, dos Dictador, y otras dos maestro de Caballeros, siendo en su triunfo de África el primero que trujo Elefantes a Roma. Tuvo por hijo a Quinto Metelo, fortunado mucho en tenerle por padre, y haber nacido en la República de Roma. Fue acompañado de muchas virtudes, de mujer castísima con abundante sucesión. Vio casi en un mismo tiempo, tres hijos suyos Cónsules, uno Censor, y los otros Pretores. Gozó nietos de tres hijas, y finalmente murió en los brazos de las personas más amadas. Sea símil del segundo, Marco Fidustio Romano Senador. Éste habiendo sido desterrado por Sila, volvió a la patria; mas de nuevo fue echado della. Después otra vez restituido, vio fuera de toda esperanza dejar la Dictadura a Sila, y también su muerte. Vivió hasta el tiempo de Marco Antonio con tranquilidad y honrosamente, según la calidad de aquellos tiempos.

Los que tratan de propósito esta materia, concluyen, sea la fortuna en los mortales un ímpetu natural, privado de razón. Inténtanlo probar con que no habiendo cosa tan cara al hombre como la vida, ni alguna más propia a todos los animales como la diligencia en conservarla, viendo la ponen muchos al peligro de muerte sin fundamento, o por lo menos con poco, parece proceda esto sólo del referido ímpetu natural en el ánimo. Con igual determinación no guiada de discurso (hablo por lo que toca a lo bueno) no pocos famosos Capitanes salieron vitoriosos en muchas empresas: y no pocos (cuanto a lo malo) con sus propias manos se dieron muerte. Así no es menos natural al hombre este impulso, que el subir al fuego, que el bajar a la tierra, sino que le impida fuerza de razón,

o falta de libertad. Comprehendiendo pues un caso y otro cierto Poeta Castellano, dijo agudamente:

Cuando los hados porfían arrastran de los cabellos al que no quiere ir tras ellos, y si los sigue, le guían.

La fortuna, según común refrán, vela por los que duermen, esto es, por quien sin fundamento, sólo por el ímpetu apuntado, ha de ser venturoso. Verdad es, vienen a ser pocos los que pudiéndola detener, la procuran abrazar. Bien como dominando en todos un vivo deseo de saber, apenas hay quien trate de conocer los efectos de naturaleza, no obstante se halle siempre a esto atentísima, como quien mira mucho por su conservación. Igual incentivo pretende imprimir generalmente en todos los animales, y así no queriendo el hombre ayudase con arte, o razón, cuanto podría, no debe por lo menos extinguir en sí el ímpetu dado por la naturaleza. Porque si bien parece el tal privado de discurso y consejo, todavía como inclinado, movido, y llevado de su vigor, alcanzará su intento con el mismo. A cuyo propósito dijo un Poeta:

Abrir conviene el paso a la ventura.

Por esto nuestro ánimo se enciende muchas veces, para intentar grandes y honrosas ocupaciones, como gobiernos de ejércitos, de ciudades, de estados. Mas entonces aniquila y desvanece las fuerzas del ingenio más discursivo, cuando sin algunos méritos, ni diligencias, coloca los más indignos en los mayores puestos. No fue así la fortuna de Darío hijo de Hiscaspe, pues causada primero del ímpetu que se dijo, le hizo resolver en matar los Magos tiranos de Persia, señoreando después con astucia el mismo Reino. Suele también aquel interior movimiento ser causa de que muchos hombres se inclinen singularmente así a ciencias divinas y humanas, como a todas artes; y esto desde la niñez. Por este dictamen dejan elegir los Chinos los ejercicios por las inclinaciones. A menudo se ve un muchacho, aunque privado de juicio, dado más a una ciencia, o arte, que a otra. Tal vez los hijos de Príncipes se deleitan hasta con dibujo y pintura, saliendo algunos de tal forma excelentes, que en la antigüedad tomaban della el apellido. Fabio, fue por único en el pincel llamado Píctor, y decendiendo a más moderna edad, Juan de Angio, hijo de Reynero Rey de Provenza, pintó una gran sala de su mano. Alfonso Duque de Ferrara labraba al torno muchas cosas de suma perfección. Era sobre todo único en fundir y vaciar, viéndose hoy maravillosas piezas de artillería hechas por él. Solimán señor de Turcos labraba de su mano esferas de Astrología, y relojes. Francisco que murió Delfín, hijo de Francisco primero Rey de Francia, era de tal suerte inclinado a fabricar armas, que movido deste ímpetu natural, nunca hablaba de otra cosa, ni cesaba jamás de forjar y reducir a perfección espadas, y dagas. Podríanse traer muchos ejemplos de grandes hombres llevados deste fervor a seguir algunas artes (en apariencia convenientes poco a su calidad) que después salieron insignes y raros en ellas, dejando eterna memoria de sí. Colíge-se desto, no deberse torcer el camino que enseña la inclinación, pues sólo se puede esperar tendrá en cualquiera duración y deleite. Conócese de ordinario corta, o ninguna eminencia en los que abrazan profesión más conforme a su codicia que a su voluntad. Siguiendo ésta, salieron famosos en letras, y en el mundo estimadísimos Homero, y Virgilio, no obstante fuesen por nacimiento de baja calidad. Lo mismo sucede en las

armas, donde muchos de humilde condición consiguieron grandes puestos. El primero del linaje de los Arsácidas, de mulatero vino por la milicia a ser Rey de los Partos; y Agatocles hijo de un hortelano, o alfaharero, Rey de Sicilia, sin otros casi infinitos.

Por la afinidad que tiene esta materia de aliento en emprender particularmente en nuestros tiempos cosas nuevas y grandes, con la pasada de fortuna, conviene no dejarla abreviada en tan cortos límites. Prosiguiéndola pues, es de advertir ser lo que en semejante punto solía desanimar generalmente, ver cuán lleno de estorbos se hallaba el camino para ir adelante por propios merecimientos. ¿Qué no torcía el favor, qué no vencía el interés? Pero, ¡oh felicísima edad, que en un instante miró incorporado en sí el dichoso siglo de Saturno!

*Et durae quercus sudabunt roscida mella:*

viendo con divina disposición enderezado lo torcido, y toda tormenta ya convertida en bonanza:

Dii nostra incepta secudent.

Mas aunque corriera cualquier reprobado estilo, cualquier adverso proceder, no se habían de perder los bríos, así para dejar de seguir las virtuosas inclinaciones, como para poner en olvido las obras heroicas, pues por la mayor parte jamás fenecen sin premio.

El mismo desmayo se apodera de los profesores de ciencias, pareciéndoles, no poderse ya decir cosa, que antes no esté dicha. Conocido error es éste. Conviene aumentar con la propia invención la doctrina de los predecesores. Cortos fueron los principios de las disciplinas; puesto que la mayor dificultad consistió en hallarlas. Después por la industria de los hombres sabios recibieron aumento poco a poco, corrigiendo lo mal observado, y supliendo lo pretermitido. Corroboraba esta opinión el ejemplo de tres cosas descubiertas en modernas edades, por ningún caso conocidas de las antiguas; el arte de imprimir; el uso de la Aguja de marcar, y el del artillería. Del provecho de la primera traté en la Plaza universal menudamente, hasta referir los varios instrumentos de que se formaba. Por tanto, no es menester dilatarse ahora en celebrar su excelencia, su artificio sutil, y sobre todo su indecible utilidad. No se ignora hacerse por este camino más obra en sólo un día, que en un año pudieran muchos diligentes escritores. Por esta causa los libros antes raros, y de gran precio, se han vuelto más comunes, y cómodos. Promoviéronse con este medio todas las ciencias, puesto que parece haber sido introducida milagrosamente, para vivificar con más facilidad las letras casi muertas por lo pasado. El segundo loor debe ser atribuido sin duda al admirable instrumento de la Aguja, por mostrar siempre el punto correspondiente al lugar donde el Polo Ártico se imagina. Nada entendieron desta propiedad Aristóteles, Galeno, Alejandro Afrodiseo, ni Avicena, curiosísimo observador de las cosas naturales. Puesto que a conocer tal milagro de naturaleza, y modo tan útil y seguro de navegar, no lo hubieran llamado en sus libros, habiéndose detenido en tratar de otras muchas cosas de menor momento. Tampoco lo supieron los Romanos, que tantos naufragios padecieron guerreando por mar contra los Cartagineses, con muchas pérdidas; sobre todo imperando Otaviano, con la de una gruesa armada contra Sexto Pompeyo. Con

esta guía, se ha corrido todo el Océano, se han hallado innumerables islas, y descubierto gran parte de la tierra firme hacia Occidente, y Mediodía, incógnita a los antiguos; por cuya causa fue llamado mundo Nuevo, a quien no sólo venció la potencia Española, sino que también le convirtió, y agregó a la Religión Cristiana. Empresa, que comenzaron Cristóbal Colón Ginovés, y Américo Vespucio Florentín, varón de ingenio excelente, y de exquisito juicio, mereciendo no menor alabanza, que aquel Hércules tan famoso entre Griegos. Continuáronla después los Castellanos, émulos de la misma gloria, perseverando en diferentes descubrimientos con grande ardor y tolerancia. Déstos quedaron muchos sumergidos en espaciosos mares, navegados jamás de vivientes. Otros dando al través en desiertas playas, fueron devorados de monstruos, o hechos pedazos de crueles y bárbaras naciones, dejando piadosa memoria de su miserable audacia. Entre todos se hallaron tres, que gozando de más favorable fortuna hicieron en remotas regiones ilustrísimos progresos. Fue el uno Cortés, famoso descubridor del Reino de Méjico, y de la gran ciudad de Temistitán, semejante a Venecia en sitio, estructura, y frecuencia de habitantes.

El segundo, Pizarro, conquistador del dilatado Pirú, rico de oro y plata, y fertilísimo de todo. El último, Magallanes que penetró hasta las Molucas, donde nacen drogas y especerías. Al mismo tiempo dividiendo los Portugueses el mundo con los Castellanos, en el Pontificado de Alejandro Sexto, con la misma pericia de navegar, pasaron el mar Atlántico, acometiendo muchas poblaciones sujetas a Sarracinos en la exterior Berbería. Después atravesando la Zona, llamada Tórrida otro tiempo, y tenida por inhabitable falsamente, sulcaron bastísimos piélagos, haciendo acquisto del Brasil, y otras tierras. Desde allí enderezando al Levante sus navegaciones, costearon toda el África, y las riberas de Etiopía, atravesando los golfos del mar de Persia, y de Arabia. Llegados a la India, y vencidos con las armas los Reyes de Cambaya, Cananor, y Calecut, edificaron fortalezas en sus tierras, para asegurar el comercio de Oriente. Demás, pasando los dos ríos Indo, y Ganges, caminaron hasta la Tapobrana, y Quersoneso, haciéndose tributario el Rey de Malaca. Desde allí desplegando la veda al Norte, discurrieron hasta la China, y Catay, donde por aquella parte pusieron fin a sus navegaciones. Trabaron amistad y confederación con el gran Can, con que adquirieron libertad de contratar seguramente en su país, donde los forasteros no podían ejercer comercios sin conocido riesgo de la muerte. Hállase según esto hoy por la industria, por la determinación, y valentía Española todo el mundo conocido, una gran parte de quien estuvo tan largo tiempo incógnita. Comunicanse ahora por su ocasión los extremos de Oriente, y de Occidente, de Setentrión, y Mediodía, viéndose discurrir por ellos los hombres, separados de tantos y tan remotos mares, y distritos. Concediera justamente el lugar tercero de alabanza a la artillería, que ha hecho cesar todos los otros instrumentos militares antiguos, a quien excede grandemente en ímpetu, violencia y velocidad, si no fuera por reconocer haber sido hallada su invención antes para ruina, que para utilidad del género humano. Sin duda le cuadra el nombre de enemiga mortal de toda virtud generosa, a quien deshace indiferentemente, despedazando, y convirtiendo en polvo todo lo que encuentra. ¿Qué valor puede ostentar si se le contrapone un mosquete? O ¿qué atrevimiento no enfrena la puntería de un arcabuz? ¿Qué castillos, qué murallas, qué reparos (séanse cuanto quisieren altos y fuertes de sitio) están seguros de una escuadra de cañones, disparados a un tiempo?

De cuanto en tierra, en aire, en mar, en los primeros principios del mundo crió la naturaleza, no todo sale a luz con las mismas leyes. Así carecerá de temeridad decir, no hallarse ciencia tan perfectamente cumplida, a quien no se pueda añadir algo. Ninguna cosa comenzó y acabó juntamente, sino en suceso de tiempo crece, y se emienda. Inventó casi todas las artes el uso y experiencia. Reformáronse después con la razón y observaciones; y por consiguiente fueron en mejor y más cierta forma reducidas. Entre la confusión primera se interpusieron divisiones, difiniciones, argumentos, demostraciones, por preceptos y reglas universales, sacadas de la naturaleza. No se detuvieron en lo que los primeros habían hecho, dicho y escrito, imitándolos solamente con perezosa imaginación, sino añadiendo las cosas que ocurrían a sus delgados discursos, según las materias se descubrían de tiempo en tiempo. Es cierto era la fatiga indecible, mas compensábase con quedar siempre el honor de parte de los últimos, como más exquisitos, y menos defetuosos. Con igual ejemplo es bien tomar osadía para trabajar, con esperanza de hacerse mejores que los antiguos, aspirando continuamente a la perfección, aún hoy apenas vista en alguna cosa. No como algunos modernos, que tras cincuenta años de prolijos estudios, mueren sin dejar a los vivos algún fruto de sí, y de su asistencia en los libros. Fenecen por su pusilanimidad (si ya no por falta de ingenio, y disposición) sus continuas vigiliias, sin poderse aplicar a todas ellas aquel parto ridículo del Poeta, aquel ratón nacido de los montes. Mas a la verdad pasan y viven con artificio, siendo la misma ignorancia con afeite y semblante de sabiduría. Sería simplicidad atribuir tanto a los predecesores que se crea, sólo ellos habérselo sabido todo. Mucho resta por inquirir; en esto conviene poner asistencia, y desvelo. No fueron tan arrogantes los pasados, que prohibiesen proseguir las materias por ellos tratadas. Antes considerando la dificultad del saber, junto con la flaqueza humana, incitaron a los venideros para no desamparar el trabajo de investigar, discurriendo en sus obras más por alentarlos a escribir, que por infundirles cobardía. Ni es bien juzgar, haya concedido la naturaleza a unos cuanto tenía de una vez, para dejar en lo por venir estériles los sucesores. Si produjo tiempos atrás insignes personajes, que manifestaron muchos de sus secretos, es de creer podrá también producir otros que por influencia de clima, por singular inclinación, por viveza de ingenio, y perseverancia de estudio lleguen donde la experiencia larga, la curiosa observación, y la razón más sutil hasta hoy no pudieron penetrar. Ella es la misma que fue en los más ilustres siglos: con el ser que antes se halla en el mundo: el tiempo y el Cielo mantienen el mismo orden. No mudaron el Sol, y los otros planetas sus cursos, ni se conoce Estrella trocada. Los elementos tienen la misma fuerza: los hombres son formados de la propia materia, y en el propio modo dispuestos que eran antiguamente. Menos está corrupta la manera de vivir de que usamos, anteponiendo el ocio a la diligencia, el placer a la utilidad, las riquezas a la virtud. Mas esto se prosiguirá más despacio en lo que se sigue.

#### VARIEDAD VIGÉSIMA.

NINGUNA cosa impide, pueda esta edad elevar en Filosofía varones tan eminentes como Platón, y Aristóteles; en Medicina como Hipócrates, y Galeno; en Matemáticas como Euclides, y Arquímedes. ¿Hemos por ventura de aspirar a menos con el socorro recibido

de sus obras, con tantos ejemplos con que nos ha instruido la antigüedad, con tantas observaciones hechas después? No debe ser así; ya que bien considerado, nunca (hablo cuanto a letras) hubo siglo tan feliz como el que gozamos, por el aumento y mejoría que resplandece en todas facultades. No tiene acabada su obra la ciencia, mucho le falta que hacer, sin que jamás se pierda la ocasión de añadir. La verdad se descubre a todos los que procuran buscarla, y son capaces de recibirla, no obstante la queja de Demócrito sobre hallarse escondida en lugar profundísimo de donde es imposible sacarla. Todos los misterios de Dios, y secretos de naturaleza, no se descubrieron de una vez. Las grandes cosas no son menos difíciles que tardas en venir, puesto que hay muchas aún no reducidas a arte, produciendo novedades el mundo todos los días. Descúbranse tierras nuevas, nuevos mares, nuevas formas de hombres, costumbres, leyes, nuevas hierbas, árboles, raíces, gomas, licores, frutos, nuevas enfermedades, y nuevos remedios, nuevos caminos del Cielo, y del Océano jamás por tiempos atrás intentados, nuevas Estrellas vistas, sin otros muchos particulares de que a la posteridad quedará reservado el conocimiento. Lo que se halla hoy oculto saldrá con el tiempo a luz, y nuestros sucesores se maravillarán de que no lo hayamos sabido. Certifica Marco Varrón, fueron en espacio de mil años inquiridas y aumentadas las artes, sin que aún en los nuestros hayan recibido perfección. Mas no porque ésta haya faltado hasta ahora, se debe decir, no se puede hallar, pues las cosas juzgadas por mayores, y más admirables en esta edad, en alguna estación tuvieron principio. Lo que hoy es bonísimo, no fue tan bueno antes, sino creció poco a poco, afinándose de tiempo en tiempo. Tarda es (no hay duda) la excelencia en todas las cosas, difícil, rara, apreciándose apenas en centenares de años entre infinitos estudiosos un personaje digno de admiración, con verdad docto, y elocuente, que junto con el buen natural posea perspicacia de imaginativa, sutileza de ingenio, experiencia y práctica de los negocios, y tenga la constancia y prudencia necesaria a empresas de toda calidad. Y con ser esto así, no conviene perderse de ánimo, ni entrar en desesperación, pues dado haya poca esperanza de pasar adelante a los mejores, por lo menos es honra seguirlos, siendo cuando falte el vigor para igualarlos, no poco loable ocupar tras los mismos el lugar segundo, o tercero.

Infiérese desto, ser puesto en razón aplicar la industria a la inquisición de la verdad, como ellos hicieron, y tentar argüir la doctrina de los predecesores, sin someterse tanto a la antigüedad que mientras vive no haga el hombre nada por sí para beneficio de las futuras edades. Demás, muchas cosas inventaron los antiguos que se ven hoy del todo olvidadas, y perdidas. La sabiduría Egipcia, Etiópica, Persa, Batriana, no llegó a nuestro siglo. Muchos buenos autores Griegos y Latinos no se hallan; y muchos de los que se gozan, no cuadran a las costumbres y usos presentes. No se fabrica hoy al modo de Vitrubio: no se cultiva, o planta según Columela, y Varrón: no se restaura el cuerpo, o se toma medicina siempre conforme enseña Hipócrates, o Galeno: no se juzga en todo según la razón civil Romana, ni se defienden ya las causas como solían Demóstenes, y Tulio. Las Repúblicas, no se gobiernan con las leyes de Licurgo y Solón, o con las observaciones políticas de Platón, y Aristóteles; hasta el moderno canto es diferente del antiguo. Menos se guerrea del modo que escribe Vegecio, habiéndose trocado el arte militar, y mudándose las armas defensivas, y ofensivas.



Advierte Tolomeo, se dé crédito en la Cosmografía a los más recientes caminantes por lo que toca a la longitud, y latitud de los lugares. Confiesa Aristóteles, se puede saber la cuadratura del círculo, mas que aún hasta ahora los más especulativos no la pudieron hallar. Afirma Platón, era en su tiempo imperfecta la Geometría, y que le faltaba la Stereometría, y Cúbica. En esta conformidad, suele salir errada la planta de más meditación, por la incapacidad de los artífices, si ya no por el defeto del arte. Las calculaciones del Cielo, no se hallan siempre justas. Andrea Vejali, curioso observador de anatomía, descubrió muchos puntos, pretermitidos por Aristóteles, y Galeno. Plinio se loa y jata de haber añadido en la historia de los animales lo que no supo Aristóteles. El Leoniceno, nota y culpa al propio Plinio de mentira, y error en muchos lugares. Avieno Reis escribe contra Galeno, Galeno contra Aristóteles, Aristóteles contra Platón. No hay autor tan cabal en quien no se pueda desear, o reprehender alguna cosa.

Por otra parte hay algunos con tanta afición dados a la antigüedad, que ignoran el tiempo, y tierra en que viven, ni les parece puede haber cosa loable donde se alegue autoridad moderna. Saben puntualmente como se gobernaban Atenas, Esparta, Cartago, Persia, Egipto, y no alcanzan los hechos de su patria misma, en quien se pueden llamar forasteros. ¡Oh cuántos necios se hallan con presunción de saberlo todo! ¡Oh cuántos con hueca y resonante voz todo lo presente vituperan con la representación de lo pasado! Grandes Estadistas de a pie quedo, de cuyo inconsiderado arrojamiento cuando presiden en las ruedas, ni escapa el más digno gobierno, ni vive seguro el mejor ministro. Allí con fáciles consultas se eligen Virreyes, se nombran Generales, o se reprueban los electos. Tales consejos, tales juntas condenan, o absuelven como Magistrados superiores, no como tribunales de apelación. Enderezan torcidos Reinos y Monarquías; examinan acciones, facilitan desempeños, siendo en todo lo demás sin estar en Roma, unos vigilantes Marfodios, unos ambiciosos Pasquines.

Si hubiera llegado a nuestra edad todo lo que escribieron los antiguos Filósofos, Históricos, Oradores, Poetas, Médicos, Teólogos, Jurisconsultos, apenas se hallaría parte desocupada de volúmenes, ni sería menester para las casas más muebles que ellos. Demás, todos los días se van multiplicando otros en tan gran cantidad, que es cierto no bastará la vida humana a leer los publicados en sola una doctrina, cuanto más los compuestos en varias ciencias. La muchedumbre antes sirve de cuidado que de instrucción; y es más a propósito detenerse en pocos buenos, que vagar por muchos malos. Luciano vitupera a un ignorante, que se gloriaba de tener muchos libros, y Marcial escarnece a otro, que pretendía opinión de erudito por este respeto. Setecientos mil tomos se hallaron en la Biblioteca de Alejandría en ceniza convertidos, por un inconveniente de fuego. Los hombres doctos concurrían allí de todas partes con sus obras, y las recitaban en el Museo, como en teatro de doctrina, asistente en los juegos ordenados en honor de Apolo, y de las Musas. Conseguían los vencedores grandes dádivas en razón de más profunda ciencia, sin la fama esparcida luego por todo el mundo. De suerte, que ninguno era juzgado por docto, si primero no había conseguido premio. A esta insigne librería llama Tito Livio obra bellísima de la magnificencia y solicitud Real; mas Séneca le niega igual título; y apenas le aplica el de juego estudioso, por haberle juntado los Reyes Tolomeos, no por ocasión de estudio, sino de espectáculo. En esta forma poseen muchos hombres casi innumerable cantidad de libros, bien impresos y curiosamente

encuadrados, sólo con intento de hacerlos servir de pompa. Tal hubo que inclinado a semejante calamidad dio en comprar muchos de una misma suerte, agradándose sólo de la igualdad que hacían en los estantes, sin abrirlos jamás, ni permitir los abriesen otros, con temor de que no se manchasen los pergaminos. Deste género se hallan en casi todas provincias y ciudades infinitos, ocupados toda la vida en comprar lo de que no se sirven, ni entienden. Así el Rey Átalo congregó en Pérgamo a emulación de los Tolomeos docientos mil volúmenes, dados después por Marco Antonio a Cleopatra. Exquisito número de tomos tuvieron las librerías de Lúculo, y Octaviano, sin otras alegadas por mí en la Plaza universal, donde si gustare las podrá ver el curioso.

Mas discurriendo por las profesiones hallo haber compuesto Dídimio Gramático cuatro mil libros, Apión seis mil, pero sin duda debían ser cortísimas obras semejantes; esto es, a manera de capítulos. Decía Cicerón, no ser bastante la duplicación de los años, sólo para leer los Poetas Líricos. Séneca juzga otro tanto de los libros de los Dialécticos. No hay pueblo, nación, gente, ciudad, república, dominio, imperio, que no tenga sus historias, y anales. Solamente la guerra de Maratona en Grecia, hizo recuperar trecientos Históricos. Y Plutarco en las vidas, cita más de docientos no conocidos, o que por lo menos no se hallan. Salustio, Livio y Tácito, los tres mejores entre Latinos, llegaron a nuestra edad imperfectos y sin corrección, como otros muchos de menor cuenta, Griegos y Romanos. No es posible recitar los tomos que tratan de Física y Medicina, mudada muchas veces y esparcida en diferentes sectas. Aristóteles compuso cuatrocientos volúmenes. Varrón el más docto entre Latinos otros tantos. Justiniano Emperador por la excesiva multitud que se hallaba en la razón civil, fue constreñido a hacer ordenar las Pandectas, sobre quién contra su edito se fabricaron comentarios innumerables. San Juan Evangelista dice, no será el mundo capaz para recibir los libros que ha de haber del Salvador; como sucedió en progreso de años, pues se veen infinitos en todas lenguas, concernientes a la Religión Cristiana, y a la exposición del Viejo, y Nuevo Testamento: ya que compuso seis mil Orígenes solo. Los Godos, Vándalos, Alanos, Hunnos, Longobardos, Sarracinos, Turcos y Tártaros ocasionaron inestimable pérdida a las librerías, y como bárbaros a las lenguas corruptela indecible.

También son diferentes los libros según la disposición de los tiempos, y la naturaleza de las Provincias en que son hechos, y las opiniones de los autores, que los escriben. Cualquiera edad tiene su particular género de locución; sus frases cualquiera nación, y siglo. Los Griegos y Latinos escriben de una misma suerte; de otra los Hebreos, Caldeos y Árabes. No consiguen duración todos los partos del ingenio, puesto que como se engendran ligeramente muchos, así con facilidad se pierde su memoria y aplauso. Algunos son desamparados por su escuridad, o sutileza con demasía afectada. Otros menospreciados como inútiles, se consumen a largo andar, o se pierden por guerras, mudanzas de Reinos, y religiones, o se extinguen por mal trasladados, corruptos, o falsamente supuestos. Entre otros no se hallan sino réplicas molestas, mudando órdenes y términos, y en algunos falta lo que sobra en los niños, esto es, la común forma de hablar con perfectos periodos, y cláusulas rodadas. Plinio, hombre de singular lección, afirma haber hallado confiriendo cantidad de autores, muchos de los antiguos copiados palabra por palabra, callando sus nombres del todo quien los usurpa. Los que en un lugar alcanzan estimación, en otro son tratados con desprecio. Las Poesías, oraciones, epístolas,

anales, historias, comedias, no son vistas sino de los que entienden las lenguas en que se escriben. En general los más no agradan, si no son hechos maduramente con gran juicio y profundidad de saber (concedido por singular gracia de Dios) resistiendo a la enfadosa vejez, y defendiéndose con su rara bondad del silencio que suele ministrar un largo olvido. Tales parecen ser los de Platón, Aristóteles, Hipócrates y Tolomeo, que sin detenerse en las imágenes de las cosas, y en las sombras de las opiniones filosofaron derechamente. Por esta causa evitaron las injurias de los siglos, seguros entre tantos incendios y guerras, entre tantas naciones, y sectas contrarias, en muchas lenguas trasladados, conservando todavía el mismo valor, como si hoy fueran compuestos. Porque así como la edad borra y desvanece las opiniones mal fundadas, así confirma, y establece los juicios infalibles de la inteligente y sabia naturaleza; aumentando sin cesar la reputación de los escritores que la observaron, y entendieron mejor. El discurso del tiempo descubre finalmente las más escondidas faltas, siendo propio en él, como en padre de verdad, y juez desapasionado, pronunciar siempre justa sentencia sobre la vida, y muerte de los escritos.

Según esto, tras haber tenido principio las artes, y ciencias, es forzoso crezcan, y se conserven por medio del cuidado, memoria, meditación, y que se borren y aniquilen por ignorancia, olvido, y flojedad. Por tanto, siendo sobremanera importante, se halle noticia de todo entre los hombres, es necesario produzgan nuevas plantas frutos nuevos, que a los antiguos sucedan, por donde esté contenida la claridad, y solución de cualquier duda. Es cierto, necesita ésta como las demás cosas sujetas a mudanza, de continua generación, para renovarse, y mantenerse cada una en su especie. Acción es de valiente ingenio buscar nuevas invenciones en cambio de las ya perdidas, mudando lo que no está bien, o añadiendo lo que falta. Con igual diligencia en lugar de perecer, irán de continuo mejorando, con singular utilidad de los vivientes. Puesto que hallándose el universo constituido de dos partes, de quien unas son perpetuas, otras mudables y corruptibles, cierto es se están las perpetuas como Cielo, Sol, Luna, y otras Estrellas constantemente en un mismo estado; mas las mudables comienzan y se acaban, nacen y mueren, crecen y se disminuyen incesantemente, esforzándose con todo, tanto, que pueden con singulares cercanías participar de la eternidad. Es imposible en ellas perseverar siempre en un propio ser como las superiores y divinas; salvo si no continúan sus especies con el medio de la generación, que es obra inmortal en la mortalidad. En semejante forma las plantas, y todos los animales, que por la necesidad de la materia de quien son compuestos largamente no pueden durar, se renuevan continuamente, procreando sus semejantes por medio de plantaciones, y semillas. Así vemos suceden siempre por orden de naturaleza los mozos a los viejos, y a los muertos los vivos, sin que jamás falten sus géneros. Mas los hombres como dotados de almas inmortales y divinas, aspiran con ansia mayor a continuación igual, intentando remediar por este camino la fragilidad que en sí conocen. Esto es, engendrando los que tienen el cuerpo más fértil, hijos por cuyo medio esperan perpetuar su nombre y linaje. Otros que tienen el alma mejor organizada y dispuesta, producen lo que es propio de la misma, como virtudes, ciencias, escritos doctos y elegantes, frutos más nobles, más admirables y de mayor duración que los corpóreos, y como tales antepuestos a propios hijos, exponiéndose por su respeto voluntariamente a cualesquier fatigas y peligros de vida y hacienda. Nace de aquí el incesable deseo de honor en los sutiles entendimientos, incitándoles sólo este fin día y noche a no detenerse

en cosas humildes y casuales. De aquí procede también el maravilloso cuidado de hacerse conocer, de dejar buena opinión, y de adquirir fama inmortal, compensando la brevedad de la vida con la perpetua memoria que por intervención de actos virtuosos se consigue en la posteridad.

Los buenos autores como inmortales, muestran si bien difuntos a los vivos de quien son maestros, las sendas de piedad, las de equidad y justicia. Declaran los secretos de la naturaleza, escalando los cielos, y penetrando las mayores profundidades de la tierra. Ponen delante cuanto contienen las Historias, llenas siempre de útiles amaestramientos. Advierten y aconsejan con verdad, y sin adulación, instruyendo con ejemplos maravillosos. Dan remedios contra las enfermedades, y explican innumerables documentos, provechosos a cuerpo y alma, sin quien pasarían los racionales peor que brutos, careciendo de religión, enseñanza y policía. La esperanza de ser celebrados alienta los más remisos a solicitar eminencia. Y así ¿qué alabanzas no merecen los Jurisconsultos que engendraron, que instituyeron leyes y estatutos, dando a los pueblos modos de vivir honestos y durables, los que enderezaron los negocios, los contractos, las causas de particulares, los que expusieron los edictos y órdenes, mostrando la razón de cada uno, y advirtiéndolo cuanto era justo se observase, y cuanto se prohibiese? O ¿qué loores no se deben a los Capitanes ínclitos que hicieron actos heroicos por la defensa y libertad de sus patrias, que fundaron Imperios y Monarquías, que edificaron ciudades, olvidados de toda comodidad, a título de conseguir gloria? Justo es, si vituperamos la fecundidad del cuerpo, detestemos con más fuerte razón la esterilidad del alma, anhelando de continuo por fama que jamás perece; por nombre que siempre honra. Aborrece el labrador la tierra estéril, el marido a la mujer, y todos loan más al Económico que aumenta sus bienes, que a quien los mantiene sólo en el estado en que los recibió por sucesión. Así, no basta saber por libros, si no se publican muestras del caudal y talento, provechosas para los presentes y venideros. Confiesa Platón, haber mejorado los Griegos lo que habían deprendido de los bárbaros. Cicerón es de parecer deberse más a la invención de los Italianos, que a la de los mismos Griegos. ¿Quién pues, nos prohíbe el hacernos sus semejantes, creciendo lo que nos dejaron como por herencia, Bárbaros, Griegos y Romanos? No faltan buenos ingenios, y más si la erudición los instruye, y encamina. Puede ser haya más en un lugar que en otro, pero en toda parte se halla alguno; y más en España, donde la naturaleza compartió tanto de su benigno favor. No crío el cielo a sus hijos inferiores a cuantos se conocen en el mundo, en salubridad de sitio, en fertilidad de país, en disposición de sujetos, policía de costumbres, equidad de leyes, gobierno y duración de Monarquía, habilidad en las artes liberales y mecánicas, variedad y perfección de cuantas cosas nacen en la provincia, abundancia de términos propios, usados en su lengua, para significarlas, y exprimir las; muchedumbre de estudios públicos bien privilegiados, y fundados ricamente para institución de mancebos, y profesores de ciencias. Éstas es justo se conserven, como las otras cosas necesarias a la vida, para transferirlas de edad en edad por medio de doctos y elegantes escritos, dando claridad a las oscuras, crédito a las dudosas, orden a las confusas, elegancia a las toscas, gracia a las desabridas, novedad a las antiguas, y autoridad a las nuevas.

Rara y maravillosa es por sí toda doctrina, causa de habersele aplicado con ardiente corazón en los más felices siglos, y entre las más sutiles naciones los mayores ingenios,

que juzgaron por bastante premio de su trabajo el poseerla. Mas todavía el colmo de su mayor excelencia pende sin duda de la sombra y remuneración de los Príncipes; valiente aliento del más destituido. ¡Cuán descuidada y remisa se descubre mi patria en semejante amparo! Tiemblan los más ricos de ver entrar por sus puertas los que dignamente pueden ser llamados estudiosos. Oprime la avaricia sus ánimos, para no mostrarlos generosos con estos clarines de la fama, con estos ministros de la inmortalidad. Justamente por no haberlos menester, desearon ser ricos Platón y Aristóteles. Es cierto, lastimoso inconveniente y miserable calamidad hallarse forzados los autores a recorrer con sus obras por premio y protección a extranjeros, hombres sólo de su interés, de viva quien vence, de poca fe, engañosos, ingratos, negociantes, codiciosos, sagaces mercaderes, gente no bien afecta a nuestra nación, y en todo diferentísima de nuestros naturales. El saber, dicen ser como el amor. Cánсанle respetos. Lo que él iguala con el gusto del alma, eso es lo noble, y eso lo estimable. Olvida Reinos, y deja Reyes, cuando halla sujeto que satisface al corazón, y agrada a la voluntad. ¿Quién pues, con pródiga afición no es amante del sabio, objeto en quien depositó el cielo tan durables tesoros? ¿Quién sin otra inquisición más que la pública de sus méritos, no le honra, no le ampara, no le premia?

Merece según esto, ser socorrido, y llevado adelante quien emprende toda loable profesión, con feliz naturaleza, con diligente solicitud, con firme perseverancia. Los que estudian con escaseza dedícansen de buena gana a las artes gananciosas, por asegurar el sustento, ocupándose en ellas tal vez antes de tiempo, esto es, sin los necesarios fundamentos y requisitos. Inclínanse los ricos a placeres, buscando la apariencia fácil, y no la fatigosa profundidad del saber. Sin práctica, es toda teórica imperfecta, y así conviene no detenerse mucho en la sombra escolástica, sino penetrar lo intrínseco con la experiencia de las cosas, para que se hallen en esta edad supuestos tan eminentes como en las pasadas. Ni se puede negar haber florecido en tiempos más cercanos, varones modernos que pudieran competir con los más sabios antiguos, de quien apenas fue entendida la mitad del Cielo, y de la tierra. Tales, Pitágoras, Aristóteles, Hiparco, Artemidoro, Eratóstenes, Estrabón, Plinio, Macrobio, y casi todos pensaron fuesen de las cinco Zonas habitables las dos, y que las otras se quedasen desiertas, o por el excesivo calor, o por el extremo frío. Hoy no se halla cosa tan cierta, como ser todas habitadas. Plinio, Lactancio, y como se apuntó, S. Agustín sintieron no hallarse Antípodas; ahora se ve están sujetos a nuestro dominio, teniendo de ordinario comercio con ellos. Los que entonces contemplaron el cielo, hallaron pocos movimientos, pudiendo entender diez apenas. En este siglo, como si el conocimiento de uno y otro mundo fuese por algún destino reservado a nuestra edad, han sido observados en mayor y más admirable número, añadiendo otros dos principales, útiles para demostrar con certeza muchas cosas en las estrellas representadas, y descubrir los ocultos misterios de la naturaleza. Tan ilustrada y tan entera se ve hoy la Cosmografía, junto con la Astrología, que si volviera a vivir Tolomeo, padre de ambas, las reconociera con dificultad, por el aumento recibido de las observaciones modernas, y recientes navegaciones. De suerte que aplicando la memoria al conocimiento de lo pasado, y a la instrucción de lo presente, es mucho de temer, habiendo subido a tan superior excelencia, la potencia, el saber, las disciplinas, los libros, la industria, las obras manuales, la noticia del mundo, no vuelvan a faltar, y a disminuirse de nuevo, como hicieron otras veces, sucediendo a la perfección y concierto, el

desorden y confusión, la rusticidad a la policía, la ignorancia al saber, a la elegancia el barbarismo.

En tal estado debía hallarse la Europa, cuando a manera de diluvio la ocuparon ejércitos de naciones, extrañas en forma, color y traje, como fueron Godos, Hunos, Longobardos, Vándalos y Sarracinos. Éstos asolaron ciudades, villas, palacios y templos sin número, mudando costumbres, leyes, lenguas y religión. Abrasaron librerías, destruyeron todo cuanto se les puso delante hermoso y singular en las provincias que ocuparon, sólo con intento de cancelar y deslucir la virtud y el honor. Resucitaron después las cosas, haciéndose entre todos honroso lugar los varios artifices. Hállanse comúnmente las obras más exquisitas entre los más facultosos, como curiosos de bellos edificios, muebles, armas, y otras preseas, eligidas no sólo para comodidad del cuerpo, sino también para deleite de los ojos. Frecuéntase igual estilo principalmente en las grandes ciudades, donde campea y halla aplauso todo género de magnificencia. Allí florece toda suerte de artifices, nunca tan perfectos como hoy, acercándose en algunas obras a los antiguos; y superándolos en otras. Los Griegos fueron un tiempo en todas las artes excelentes, después los Italianos les compitieron, siendo de ordinario diestros en lo a que se aplican. Labran los Alemanes admirablemente en toda suerte de metales. Descúbranse los Flamencos únicos en algunas pinturas y tapicerías. No son menos industriosos los Franceses para imitar cuanto veen, hecho con singularidad en otras partes. Los Españoles como coléricos entran en el trabajo con menos asistencia que conviene: mas los que con la debida duración y prolijidad, atienden a las artes, llevan en perfección conocidas ventajas a los demás. Los Egipcios del Cairo son tenidos por sutiles en sus operaciones, profesando tan noble condición, que honran y estiman con extremo los inventores de cualquier curiosa novedad.

La propia emulación y competencia que en las obras, corre en las costumbres. Fue siempre antigua queja, se iban éstas empeorando de día en día, de forma, que según canta el vulgar verso, Cualquiera tiempo pasado fue mejor. Mas esta opinión es cierto se aparta de la verdad; pues siendo así, hubieran llegado ha mucho los vivientes a la cumbre de todo exceso, ni albergara por ningún caso integridad en ellos, ni se conociera bondad, lo que afirmar, sería no pequeño absurdo. Conviene pues, para hablar con distinción, y como se debe, considerar, se halla cierta afinidad y correspondencia entre la virtud y el vicio, por cuyo respeto ya asciende el uno, ya cae la otra, para que como opuestos, puedan ser mejor conocidos, y con más facilidad separados. Publicaron a este propósito graves autores, acompañaba al orbe de la tierra cierta redondez, por quien a menudo, cual suelen girando los tiempos, así iban dando vuelta las costumbres. Ni acerca de los antiguos fueron todas las cosas siempre mejores, dice Tácito. También nuestra edad ha producido muchas dignas de alabanza en beneficio de los venideros. Alienta más este parecer la consideración de las infinitas maldades, que los mortales ejercitaron en pasados siglos. Abominación del mundo fueron muchos Emperadores, y no menos que ellos escandalosos sus ministros. Regábanse las provincias con arroyos de sangre, habiéndose apoderado de almas y cuerpos la ambición, la sensualidad, la tiranía. ¿Qué excesos no cometía la pasión, qué vidas no destrozaba el odio, qué religión reservó inviolable la insolencia? Todo lo profanó la temeridad: todo lo pervirtió la codicia. Abrasábase todo con execrables vicios, con horrendas maldades. Mas hoy se gobiernan

las Repúblicas con estilo diferente. Triunfa la justicia aun entre los mismos infieles. Venérase la Religión. Tiene lugar la caridad. Abrázase la virtud, y en fin entre muchos malos no es corto el número de buenos. ¡Oh cuanto se pudiera decir en esta ocasión de la vuelta y mejoría del presente siglo!, mas resérvalo para otra, en que con dilatado Panegírico celebre la causa de tanta, y tan inopinada felicidad, siendo el tema: *Ingrederere o Divum genus: Paribus in Regnum vocaris auspiciis*. Y la conclusión.

*Semper bonos, nomenque tuum, laudesque manebunt.*

Los que sin cesar murmuran, y se lamentan de los tiempos presentes, son los más ancianos, en quien pasada la flor de la edad llena de alegría, llegados a la extrema vejez, con la sangre helada, con los impulsos muertos, sólo tienen por compañera a la melancolía. Ésta les hace juzgar malo el recreo y placer de los mozos, ocasionándoles suma tristeza hallarse flacos de sentidos y debilitados de miembros para entrar a la parte. Dobla también su angustia el verse como inútiles despreciados de los que antes los estimaban por su vigor; de forma que con justa causa se podría decir, ser como Tántalos atormentados en medio de los gustos, por faltarles las fuerzas para su ejecución, y haberles quedado solamente vivos los deseos para su mayor penalidad. Engañados pues, con la falsa opinión que tienen de las cosas, piensan no hallarse ya entre los hombres ni valor, ni virtud, ni fe, ni amistad, refiriendo de su florida juventud maravillas a los mancebos. Sucede a éstos lo mismo que a los que se embarcan para hacer algún viaje, que comenzando a navegar, a la proporción que se alejan de tierra, juzgan huyen y desvanecen de su vista las riberas, los montes, los árboles, las casas, firmes por naturaleza. Así, hallándose los ancianos en el Occidente de sus días, en el confín de la muerte, llaman movible a lo que está quedo, publicando con este deslumbramiento haberse resuelto en aire la justicia, la amistad, la modestia, la valentía.

Por el consiguiente, es de advertir cuanto a mudanza de costumbres, que los extremamente viciosos, no pudiendo pasar más adelante, o permanecer más largamente en aquel estado, son constreñidos a dar vuelta poco a poco. Muévelos a ser diferentes la vergüenza, natural en los hombres; y a veces la misma necesidad; puesto que por ser con publicidad relajados, son editados y huidos casi de todos. Principalmente para esta diversidad concurre y obra la providencia divina, que los compele a reconocerse, y emendarse. Desdicha grande sería, y evidente señal de prescito, no cambiar de forma de vivir siquiera en la ancianidad. Dureza inaudita alcanza en el corazón quien elige siempre por su reposo cama de espinas. La terquedad de semejantes se suele comparar a la pertinacia del perro, que deshace sus dientes por desmenuzar un hueso, de ninguna sustancia. Singular virtud viene a ser abrir los ojos para evitar las culpas, sin dar lugar a que se apoderen de las almas con profundas raíces. Piérdese con dificultad el hábito de lo malo una vez aprehendido; por tanto es prudencia no permanecer en el yerro, cuando en él se cayere.

Los afectos envejecidos, dice Sócrates, son invencibles, y como castillos bien artillados inexpugnables. Del no reconocerse nacen todos los males y defetos del mundo, acompañando siempre la imperfección al agrado del propio parecer. Derívase de aquí todo género de controversias, y bien a menudo infinitas desgracias, y malquerencias. Es suma

felicidad caer la reprehensión en sujetos dóciles que obedezcan, y no resistan, se humillen, y no se ensoberbezcan. Deste metal, si en ésta pocos, hubo muchos en otras edades, según afirman antiguas historias, entre quien detestados los vicios, reinaron ínclitas virtudes. Este punto resuelve Séneca en esta forma: Desto se lamentaron nuestros mayores, nos dolemos nosotros, y se quejarán los que nos sucedieren. Hállanse desterradas las buenas costumbres. Campea la malignidad, y siempre se hacen peores las cosas humanas. Pero a la verdad, de contino se halla todo en un mismo término, y en éste permanecerá, si bien con poco más o menos de progreso, o disminución. Cometeranse pecados en un tiempo más que en otro, y en cortísimo espacio se reconocerán en un Reino grandes mudanzas. No están siempre los aciertos y desórdenes en un ser; antes discordes entre sí, se persiguen y contrastan. Hasta aquí Séneca.

Dos sentidos, y un instrumento, esto es, oído, vista, y lengua, son los tres comunes pilotos del bajel humano, con que bien, o mal se ejerce la navegación de la vida. Del oficio de la última se dijo en otra parte lo que pareció conveniente. Por tanto lo discurrido hasta aquí, parece toca más al cuidado del primer sentido que al del postrero, como a quien sólo se han representado proceder y sucesos de la antigüedad, a fin se tome della lo que pareciere convenir para mejoría de lo presente. Ahora no será fuera de propósito poner delante el beneficio que se sigue al hombre del ejercicio de los ojos, si atentamente considera con ellos los diversos tráfigos del mundo, y las inclinaciones de sus vivientes, libro sin duda de perfetísima erudición. Mas antes de tocar menudamente su variedad y contingencias, conviene referir con brevedad el oficio y excelencia de semejantes instrumentos, para que con mayor claridad se exponga lo que a cada uno perteneciere.

La sabiduría de Dios es tan grande, y acude su providencia a todo con tan singular magisterio, que jamás hace cosa en vano, causa de no hallarse en la naturaleza alguna sin tener su propio uso. Semejante perfección está siempre amonestando a los mortales, se eleven con sentidos y potencias en continua admiración; mas ellos como groseros de imaginativa, y torpes de ingenio, por culpa de su natural corrupción, se desvían fácilmente del fin principal de su ser, y de la contemplación de las cosas celestes y divinas, abrazando en su lugar el molesto cuidado de las terrenas y caducas. De aquí es, tratar con descuido conocimiento, bien como a familiar y común, la fábrica humana, digna en todo cuanto comprehende de atentísima ponderación. Puede ser comparada la composición del cuerpo racional a un singular edificio, cabal de todas sus partes exteriores y ocultas. La extremidad deste palacio, que es la cabeza, mucho más que todo rara y admirable, como suele la casa material, se ve adornado de sus ventanas y puertas. Hácenle éstas con todo extremo claro, airoso, y a maravilla ilustrado, respeto de los miembros exteriores, que formó Dios en él, principalmente en el rostro, ordenados por ministros de los principales sentidos corpóreos; que sirven también después a los interiores y espirituales. En la parte elevada deste tabernáculo precioso hizo resplandecer la poderosa mano la mayor hermosura que se halla en él, siendo como imagen de claros y vivos matices, enriquecida de muchas y excelentes obras. Esto no sólo por causa de la piel y el color, sino de la misma forma, y de tantos vagos y hermosos miembros de quien se halla adornada, tan necesarios todos; que sin el de menos importancia al parecer, quedarían los demás como inútiles, sin poderse bien mantener y conservar. No hablo ahora de las partes ocultas y contenidas dentro de la cabeza, sino sólo de las que se ven



por defuera, dispuestas con tan perfeto artificio, cada una en su lugar, que no obstante haya poquísima distancia de una a otra, todavía no es causa la vecindad de algún impedimento; antes se mira en todas libres y separados sus oficios, por ser maravillosamente diversos. Así con este símil nos amonesta Dios de la manera que nos debemos sufrir, y sobrellevar todos, conteniéndose cada uno en sus términos y confines, sin querer con superioridad y fuerza ocupar lo que es de nuestros prójimos y vecinos. Porque así como se halla en la cabeza suficiente espacio y capacidad para todos los sentidos, y asimismo en el resto del cuerpo para todos los miembros, causa del buen orden, concordia y conveniencia que tienen entre sí: tal la tierra y el mundo es bien capaz y grande, con abundantísimos bienes para cuantos le habitan, si saben conformarse unos con otros, contentándose cualquiera con su estado y oficio, y con los dones que de Dios recibieron como miembros de un mismo cuerpo. Siendo posible hallarse esta buena concordia y conveniencia entre los hombres, sin duda sería bastante casi el más pequeño lugar para contenerlos a todos: pero procediendo de otra manera, apenas la extensión de todo lo criado podrá poner límite a sus deseos. Por tanto es justo deprender la regla y moderación que debemos tener unos con otros, de nuestros miembros y sentidos corporales.

Cuatro requisitos (volviendo al principal propósito) son menester en éstos para tener perfección y ejercicio. El primero, la potencia y virtud del alma, que da el sentimiento, conducido por los nervios. El segundo, el instrumento bien templado, y apropiado a su oficio, y uso por quien obra el alma. El tercero, la cosa que debe ser sentida y conocida para con quien ejercita el alma su oficio; y el último el medio que recibe el objeto de la parte sensible, llevándolo al instrumento. Por ejemplo, si se ha de ver, conviene cuanto a lo primero, esté en el alma igual potencia y virtud. Después son necesarios los ojos, como instrumentos propios para recibir la luz. Tras esto, que la haya, pues sin ella todo está cubierto de tinieblas, y por la misma razón invisible. Y finalmente es menester tengan los ojos medio entre sí, por quien sea traída y comunicada la luz, esto es, el aire, penetrado della como vidrio, o cristal. Más desto un poco más abajo, porque no se quejen los oídos, respeto de haber olvidado su calidad en lo escrito hasta ahora.

Las orejas pues, son sin duda como guardas de todo el cuerpo: ya que no sólo se requiere vea y hable una centinela, sino que también oiga. Según esto, con magisterio divino están colocadas al uno y otro lado de los ojos, así por ornato de la cabeza, como por comodidad y uso del individuo. Pueden en aquel eminente lugar oír mejor los sonos que llegan a las mismas, siendo propio del Soberano artífice disponer en cuanto cría materia y forma, según el oficio a quien quiere sirva. Por esta causa las compuso de cartiláginas, de más dureza que la carne, glándulas, nervios, ligamientos; mas de mucha menos que los huesos, si bien en los que están asidas, más firmes y duros que cuantos tiene la cabeza. Detenerse en las demás menudencias de su maravillosa formación fuera más propio de Anotomista, que de escritor diferente; y así sólo es de advertir ser su natural oficio juzgar de los sonos, voces, y armonías, distinguiéndose por igual sentido las diferencias de instrumentos músicos, y las melodías de los cantos, compuestos con artificio y gracia. Mas el principal provecho que ocasionan las orejas a los hombres, nace de las palabras, por quien comunican unos con otros concetos, imaginaciones y pensamientos. De tal manera, que sin tal uso toda la vida humana sería no sólo sorda, sino también muda, y por

extremo imperfecta; al fin como quien carecería de lengua, de boca, y palabra. Por otra parte, siendo así, que el hombre tiene siempre necesidad de instrucción y consejo, aunque los demás sentidos le son útiles para su consecución, ninguno posee tan propio, ni que le sirva más en este particular, que las orejas, después de los ojos. Por eso, si las llama Salomón hijas del canto, respeto del placer que reciben con la música, les cuadra no menos el serlo de la disciplina; puesto que así como no tiene el humano, medio más propio que la palabra para dar a entender todo lo depositado en la mente y en el corazón, así no hay cosa más eficaz que el oído para aprender todas artes y ciencias. Este es el fundamento principal del edificio de la doctrina, sin quien no viene a tener cumplimiento, ni hermosura. ¿De qué sirven los conceptos pronunciados con la voz, si se desvanecen en el aire, ni se logran por falta de este sentido? Con él percibimos y acumulamos con brevedad lo que el maestro adquirió y preparó con larga dilación de tiempo. Así debemos reparar no poco en igual circunstancia, considerando cuán propia y benignamente obra Dios con los hombres, haciéndoles tan cómoda y fácil una cosa con tanto extremo útil y necesaria. Mucho aprende quien oye mucho, aun con memoria flaca, siendo forzoso, no pierdan del todo las ideas la reminiscencia de mucho escuchado y entendido. El sabio escuchará (dice Salomón) crecerá en doctrina, conseguirá prudencia; no le serán difíciles las más oscuras interpretaciones, y las palabras más dudosas de los científicos. Este medio quiso valerse el artífice soberano para enseñar a los vivientes, haciéndolos capaces de su voluntad. Por tanto, así como es cierto recibimos los ojos principalmente para contemplar sus admirables obras, así no admite duda, nos dio también las orejas para escuchar y entender su voz, articulada por medio de sus Profetas y ministros, para enviarla desde allí a los oídos del alma, blanco donde ha de poner la mira toda perfección.

Resplandeciendo pues, en semejantes instrumentos la grande ciencia y sabiduría de la inmensa mano que los fabricó, es justo recojamos en la memoria, y en ella conservemos con tenacidad cuanto de provechoso se ha tratado en las antecedentes variedades, tocante a virtuosas costumbres. Lástima sería, entrar como se suele decir, lo bueno por un oído y salir por otro. Elija el entendimiento de tanta diferencia de documentos como contienen los renglones pasados, la cantidad que más juzgare convenir para su íntima utilidad. Ni es razón dañe la disposición al intento, si por ventura fuere juzgada defetosa, o molesta, pues estará en mano del lector coger de entre espinas rosas, para deleite y recreo de olfato y vista.

De lo que se ha de proponer de aquí adelante, pienso hacer jueces a los ojos, tocando por mayor las singularidades, sino defectos de que abundan las mayores provincias, y más populosas ciudades. Quiero valerme de tan fieles testigos, por no ser argüido sin causa de mala intención, escarmentado de haber recorrido en otras obras al sagrado de la generalidad, que con saberse, no ofende a alguno, no me he podido librar de nota de maldiciente acerca de ignorantes. Título dan de sátira a la reprehensión de algún vicio, sin advertir prohíben injustamente los partos más ingeniosos de los antiguos. Condenen si les parece por esta razón a Horacio, a Persio, a Marcial, singulares en elegancia y agudeza.

Fue siempre opinión de los Filósofos, Estoicos, y Académicos, sirviesen para la adquisición de sabiduría los sentidos corporales antes de impedimento, que de ayuda. Afirmaban dellos, no podía alguno conocer, entender, ni saber. Teníanlos por tardos y

débiles, juzgando lo más sensible por tan pequeño, que no se puede sentir, o por tan movable, que carece de conocimiento y certeza. Consideraban ser nuestra vida breve, y cuanto se mira lleno de opiniones y usanzas; todo como ceñido de tiniebla, y así que en esta conformidad no debían profesar los hombres, afirmar, ni aprobar cosa alguna. Platón escribió en muchos lugares; convenía creer sólo a la inteligencia que ve lo que es simple, y uniforme tal cual es, y que no había ciencia, sino en estas razones, y discursos que hacía el alma cuando no es divertida con los estorbos corporales, como de la vista, y del oído, del dolor, y del deleite. Eusebio disputando al opósito, muestra sirven los sentidos grandemente para adquirir la sabiduría; y que cuando se hallan en su derecha natural habitación, jamás engañan el ánimo considerado y sutil. Siguiendo pues este parecer, como más piadoso y discreto, propongo haber dado Dios los ojos a los hombres, para que ejerciendo su oficio, sirvan de atalayas, de guías, de capitanes a todo el cuerpo, siendo como principales ventanas del mismo, y del alma que alberga dentro. En esta obra excelentísima parece uso particular maestría el supremo artífice, o se considere la materia de que los compuso; dispuesta y propia al ministerio que les fue señalado; o la belleza que se mira en su forma, y en la diversidad de los colores, o el provecho y uso de los movimientos; o en la manera que están asentados en su lugar, como piedras preciosas de perfetísima labor; y el cómo se hallen ceñidos y armados por arriba, y por debajo, a diestra y a siniestra de párpados, y sobrecejos, no sólo para su protección y defensa, sino también para gracioso ornamento, y para darles más hermosa luz. Ni es causa haya puesto Dios en ellos tan superior excelencia, y que los haya criado y formado con tan raro magisterio. Cuanto a lo primero, son los miembros más principales entre todos los sentidos, por quien más que por otros, la naturaleza se llega más a la del alma y espíritu, respeto de la similitud que tienen entre sí. Por tanto señorean justamente a los demás, siendo como Reyes del teatro y edificio del hombre. Viénese por su causa con más facilidad al conocimiento de Dios, contemplando con tales instrumentos sus admirables obras, que se manifiestan singularmente en cielo y tierra, y en el orden con que se ven colocadas y dispuestas. No se tendría noticia sin los ojos de los varios cursos y movimientos de los cuerpos celestes, y de lo demás que contiene la dilatada máquina del mundo. Sin su favor y ayuda ¿cómo se podrían poseer las Matemáticas (tan importantes y menesterosas al común comercio y consorcio) conviniendo hacer sus demostraciones por figuras, que son sus imágenes y letras? Dejo aparte otras artes y ciencias, como la de Anatomía del cuerpo humano, imposibles de ser aprendidas, ni alcanzadas sin la atenta intervención de la vista. En esta conformidad, siendo los sentidos corporales los primeros maestros del viviente, en cuya casa habitan y están interclusos el ánimo y el entendimiento, es dado con justísima causa el principal y primer honor al oficio de los ojos, como a quien habilita las potencias al estudio de la sabiduría. Claro es, se engendra del mirar la admiración de lo que se vee. Ésta hace después se proceda en los objetos con más interioridad, incitando a que se adviertan mejor. De aquí se pasa a contemplar con más diligencia, y a penetrar con mayor ponderación varias materias, con que se da en la noticia de la sobrenatural, esto es, la del entendimiento, de quien son mensajeros los ojos, para inducirle a la consideración de la luz divina, en cuya comparación, no es la corporal, sino una imagen por extremo pequeña. Iguales instrumentos pues, por medio de la claridad nos amonestan las obras excelentes, y grandes secretos de las cosas espirituales y divinas. Así debemos rendir al sumo Criador infinitas gracias, por habernos concedido

dádiva tan importante, beneficio tan superior, aun cuando nos sirviera sólo de lo que a los brutos; esto es, de guiarnos, y conducirnos sin riesgos en la peregrinación desta vida.

El segundo alimento de los ojos es el color, que viene a ser diversísimo, según la mistión de luz y tiniebla que reina en él. Primeramente se hallan dos suertes de colores simples, por cuya mezcla quedan compuestos los otros. El blanco con más claridad que los demás; causa de poderlos recibir todos en sí: y el negro, que tiene menos, y por eso incapaz de admitir en su jurisdicción a cualquiera. Tras esto al paso que se incorporan y mezclan estas dos suertes de colores, se engendran, y componen cuantas tiene el mundo, señalando su diferencia, según toman más de una que de otra. Pero la maravilla mayor consiste en la diversidad que se halla en una misma suerte de color. Puesto que si se considera en un prado, o jardín entre todas sus yerbas, arboles, y plantas, jamás se verá en una de sus hojas verdor que deje de ser diferente en algo, siendo al parecer de otra especie, no obstante sean todas verdes. En las flores sucede lo propio, varias siempre entre sí de colores. Lo mismo también en las plumas, y en particular en las cambiantes, tan diversas, que no habrá juicio que les pueda aplicar un nombre cierto, como es fácil de ver en las de un cuello de paloma. Síguese, que a no ser los ojos capaces de luz, fuera imposible ver, ni discernir algún color, y según esto, ni otra cualquier cosa; pues ninguna puede ser vista, si no es por medio de los colores, como ni tampoco sin luz, de quien salen los mismos; por eso conviene les sea dispensada por justa medida y proporción, respeto de su calidad.

En fin, queriendo pasar más adelante en el principal discurso de los ojos con más particular consideración, confieso ignorara por dónde había de dar principio. Es cierto sufficientísima la más pequeña particula que se halla en su circunferencia, para volver atónitos los más sutiles ingenios, para robar en admiración los que más se precian de curiosos. Con todo juzgara por no pequeño inconveniente dejar de decir como de paso alguna cosa de su forma, porque della como de corta muestra se rastree lo demás casi indecible quanto a la perfección de su misteriosa fábrica. Hállanse compuestos de tres suertes de humores, uno de quien semejante al agua; otro al vidrio colado, o a la clara de huevo; y el último al hielo, o cristal. Quanto al humor cristalino, viene a ser si bien menos líquido, más firme que el resto, esto es, como la cera, aunque mucho más luciente que los dos. Éste se aplicó a los ojos, respeto de darles luz; por eso reside en ellos como un pequeño espejo de cristal redondo. Y aunque los otros son transparentes de modo que la luz puede pasar por su medio, como por agua, o por vidrio, todavía por sí no tienen alguna en la forma que el cristalino, de quien es forzoso afirmar, no podría admitir, ni retener la luz que recibe por defuera, si también no fuese partícipe, y si por igual participación no tuviese conveniencia de naturaleza con ella. Añádense los otros dos: para alimentarlo y humedecerlo, a fin no se deseque demasiado, y para ayudarlo a conservarse, y moderar el ímpetu de espíritus y colores que les podrían dañar. Por ser estos humores líquidos y blandos, han menester vasos propios para contenerlos en el lugar que se les destinó para hacer su oficio. Hállase el cristalino en medio, por ser el espejo de los ojos que recibe la luz, y las imágenes de las cosas que por su intervención le son descubiertas. Por eso tiene detrás el que según se apuntó, se asimila al vidrio colado, o a la clara, que no es tan blando, y líquido como el otro que está delante, parecido al agua. Dispúsolos Dios así según su conveniencia natural, para que entre sí tuviesen el ligamento y trabazón al uso necesario, y propio. Lo demás de su fábrica dignísimo de

larga ponderación, y de estilo más elegante, es forzoso remitir a los volúmenes que dello, y de las otras partes del edificio humano compuso la curiosa Anotomía, descubridora de la providencia, y obras admirables de Dios.

En suma, son los ojos entre los sentidos los que más sirven al alma, por donde entran y salen muchos afectos. En ellos como en teatro, dice Plinio, se descubre y conoce cuanto el ánimo encierra. Llamolos Séneca arcaduces de bienes; Eurípides galanes del alma, sus medianeros, sus intercesores: Teseo, escuderos de la voluntad; Menandro espejos de la memoria: los Griegos Reyes de lo criado, concluyendo, con que no hay gozo sin vista, y que con ella son todos los gustos tributarios del corazón. Tan abonados pues como esto, tan sin excepción, son los testigos de que me valgo para las verdades del libro que tras éste prometo, y así recibirán agravio, si no se les diere indubitable creencia, singularísima atención.

Movido de las maravillas y novedades que contiene esta insigne villa de Madrid, está ínclita Corte del mayor Monarca, tuvo deseo de visitarla, y de residir en ella algún tiempo cierto joven cuya patria era la abundante Andalucía. Sevilla madre de tanto ingenio sutil, de tanto valiente soldado, de tanto experto piloto, fue donde primero respiró nuestro Laureano (este era su nombre) feliz en reconocer su nacimiento de tan suntuosa ciudad. Allí con los años fue creciendo en él la capacidad y talento, llenándose de industrias, de cautelas, de sagacidades, según juzgaba convenir, considerada la naturaleza, y disposición de los con quien trataba. Apenas había cumplido cuatro lustros cuando aspiró a desamparar su distrito, para con visitar los ajenos hacerse más prevenido, y plático con el caudal de varias noticias y experiencias. Embarcado pues en galeras, que el Betis arriba, émulo, y más si se enoja, de estendidos mares, habían llegado a ser árbitras del vistoso desmiembro de aquella antigua población, fue corriendo las riberas Españolas, fronterizas del África, insigne siglos atrás, en religión, letras y armas. Desbocado el estrecho, límite del valor Tebano, o por ponerle a su deseo allí; o por juzgar se le aplicaba el Cielo a la tierra en aquellas dos puntas, araron el Mediterráneo con dulces encuentros entre otras de cuatro ciudades bellísimas, Málaga, Valencia, Tarragona, y Barcelona, hasta entregarse desde Colibre al golfo que por su ferocidad, y braveza tiene nombre de León. Comunicáronle esta vez tratable y manso, y así hallando dentro de veinte y cuatro horas cortés albergue en Marsella, gastaron algún tiempo en frecuentar regalos, y principalmente en visitar las reliquias de aquella gran penitente, que tras tanta borrasca padecida, supo tomar tan seguro puerto. Discurrieron velozmente por los Franceses, y Ligurios términos, gratos a la vista y olfato; en particular los últimos por la variedad de sus soberbios edificios, colocados por su ribera, y por la suavidad de olores que todo el año espiran sus verdes países, de limones, cidros y naranjos. Llegados a Génova, depósito común de las riquezas Indianas, a quien sólo sirve de puente la Española provincia, tan disfrutada ahora sin cesar por sus moradores, como vejada por otras naciones antiguamente, se detuvo en ella tres días. Reconoció en semejante intervalo lo más notable de aquella República; su estilo y proceder, así en el gobierno político, como en la distribución de cargos, y administración de justicia. Admiróle la sagacidad de sus gentes, sutilísimas en su negocio en que jamás peligran, respeto de rastrear los fines por los principios, y los medios por la misma disposición de la cosa. Poco diestro Laureano en la lengua Italiana; y más en aquella, que como espuria de la más corriente, tiene por

costumbre pronunciar apenas la mitad de las palabras, con un tonillo molesto, indigno de sujetos varoniles, padeció no pocas incomodidades, por no ser entendido. Desamparando por esto la ciudad con presteza, asentó plaza de soldado en la compañía de cierto Capitán, en quien halló menos socorros que impertinencias, causa (dejada Alejandría) de visitar a Milán, con ánimo de no seguir milicia, por considerarla vestida de trabajo, y desnuda de provecho. Duraban los dineros sacados de su casa en razonable cantidad, y así determinó divertir algunos meses con las visitas de las más insignes ciudades. Fue Venecia la que en primer lugar le dejó atónito, fundada como se sabe en las Adriáticas lagunas, o mar Muerto de las reliquias de Aquileya, que escaparon de aquel tan temido azote Stentrional, Atila. Allí notó despacio la disposición de la República, la fidelidad y secreto en tratar los más arduos negocios; la autoridad de la nobleza, de quien es todo el gobierno, sin admitir en cosa a los comunes ciudadanos, y menudencia popular. Espantábanle la veneración con que eran tratados los que se intitulaban Clarísimos; hombres pláticos en igualar, y detener las potencias aunque a costa de sus tesoros: puesta la mira siempre en conservar la absoluta libertad, durable en ellos ha más de mil años. La correspondencia y termino con los Reyes, y Potentados miden siempre con su utilidad, persuadiéndose ser ésta solamente la verdadera razón de estado. Conservan reputación entre Católicos, ayudada con incesables inteligencias y prevenciones, arte no tan feliz en ellos para con infieles. El Turco cuya gracia conservan con astucias, tiempos atrás los dejó algo diminuidos, usurpándoles a Chipre, y otras islas de la Grecia, no poco fértiles. Confinan con él por mar y tierra espacio de muchas millas, y para mantenerse, y librarse de sus invasiones, fuera de los donativos que le ofrecen fortifican sus lugares con singular vigilancia, proveyéndose en buena ocasión de bastimentos, y municiones. De allí pasó al celebrado Loreto, depositario felicísimo del retrete, donde por el celestial Mensajero fue hecha la salutación a la Virgen purísima; traído allí en brazos de Ángeles desde Nazaret. Visitado con gran devoción este Santuario milagroso, discurrió por el Reino de Nápoles hasta llegar a su mayor metrópoli, tan ilustre y suntuosa como es notorio. También quiso ver la Sicilia, detenido lo que bastó para ponderar sus dos mejores ciudades Palermo, y Mesina. Dando en fin la vuelta por la misma Italia, fue huésped algunos días de la insigne Roma, poderosa madre un tiempo de famosos Césares; y sagrado albergue otro de gloriosos Mártires, cabeza hoy de la Iglesia Católica, y silla del Vicario de Cristo. Encaminándose desde allí a Lombardía, entró en Florencia, dividida del Arno; noble por edificios, y sobre todo clara por sus dueños los Médices, amparo generoso de letras y armas. Llegó prosiguiendo su viaje a Bolonia, centro de todos estudios, y baluarte, en otra edad de extranjeros furios. Tocó de paso en Módena, donde se conserva el esclarecido linaje de los Estes, antiguo poseedor de la egregia Ferrara; y luego en Mantua, ciudad regalada y hermosa, ufana no sólo por ser productora del mayor Poeta Latino, sino por ser regida con cristiandad de su cabeza; superior tronco de los Gonzagas. En fin llegado segunda vez a Génova, se embarcó en un navío, que tras haber tocado en Mallorca, le puso brevemente en Alicante. De allí enderezó las jornadas a Madrid, donde llegó en pocos días, eligiendo su deleitosa variedad, por reposo de la apuntada peregrinación. Pareciole se hallaba bastantemente instruido en el manejo de las cosas que de continuo se ofrecen a la vida en su discurso; y así pronto en los ardides, y estratagemas deprendidas con la pasada comunicación de estraños, determinaba meditar cuidadoso los peligros de la Corte, y evitarlos con toda diligencia.

La variedad de ingenios, de humores, de caprichos, que mediante la introducción de un su amigo y conterráneo fue conociendo, dirá el libro que tras éste se publicare, con título de Residencia de talentos.

FIN